

Los secretos enterrados verán de nuevo la luz

LAS RAÍCES DEL ÁNGEL

LUCINDA RILEY



DEBOLSILLO

D.J.57

Los secretos enterrados verán de nuevo la luz

LAS RAÍCES DEL ÁNGEL

LUCINDA RILEY



DEBOLSILLO

LUCINDA RILEY

Las raíces del ángel

Traducción de

Rosa Pérez

DEBOLS!LLO

Para mi hermana, Georgia

Nota de la autora

Fue en Navidad del año 2013 cuando me preguntaron si me gustaría reeditar *Not Quite an Angel*, que se publicó por primera vez en 1995 con mi antiguo pseudónimo, Lucinda Edmonds.

Me había gustado revisar *The Italian Girl* (antes *Aria*) el año anterior y, mientras celebrábamos la Navidad en familia, una imagen empezó a formarse en mi mente de un paisaje galés nevado y una hermosa casa con un enorme árbol de Navidad en el vestíbulo...

Quitó el polvo a mi único manoseado ejemplar de la novela, la leí por primera vez en dieciocho años y me sorprendió gratamente qué historia tan apasionante narraba. No obstante, mi estilo literario ha evolucionado con los años y sabía que podía hacerlo incluso mejor (ahora comprendo por qué algunas novelas tardan varios años en escribirse: a veces solo la distancia permite a un autor despegarse verdaderamente de un manuscrito). Así pues, me puse a trabajar, sin saber dónde me metía, y me enfrasqué tanto que acabé escribiendo una novela completamente nueva: *Las raíces del ángel*.

Aunque la novela conserva muchos elementos del original, he reescrito los papeles y diálogos de los personajes clave, he desarrollado los escenarios, y varios capítulos y tramas son completamente nuevos. Incluso he resucitado un personaje que siempre me arrepentí de haber eliminado en la novela original. Me siento privilegiada de haber tenido la oportunidad de insuflar nueva vida a esta historia.

Espero que la disfrutes.

LUCINDA RILEY, 2015

Nochebuena, 1985

Marchmont Hall,
Monmouthshire, Gales

1

David Marchmont lanzó una mirada a su pasajera mientras conducía por el estrecho camino comarcal. Ya estaba nevando mucho, lo que hacía que la carretera, ya peligrosamente helada, fuera aún más insegura.

—Ya queda poco, Greta, y parece que llegamos justo a tiempo. Creo que este camino estará intransitable por la mañana. ¿Te suena alguna cosa? —preguntó con vacilación.

Greta se volvió hacia él. Su tez marfileña seguía tersa, aunque tenía cincuenta y ocho años, y sus enormes ojos azules dominaban lo que David siempre había considerado su cara de muñeca. La edad no había atenuado la intensidad de su color, pero ya no brillaban de emoción ni de enfado. Su luz se había apagado hacía tiempo, y seguían tan vacíos e inocentes como la réplica inanimada de porcelana a la que le recordaba.

—Sé que viví aquí. Pero no me acuerdo, David. Lo siento.

—No te preocupes —la tranquilizó él, sabiendo cuánto la angustiaba no hacerlo. Y pensando también que, si él pudiera borrar de su memoria la imagen dantesca del hogar de su infancia justo después del incendio (aún recordaba el olor acre a humo y madera carbonizada), a buen seguro que lo haría—. Por supuesto, las obras de rehabilitación de Marchmont ya están prácticamente terminadas.

—Sí, David, lo sé. Me lo explicaste la semana pasada cuando viniste a casa a cenar. Preparé chuletas de cordero y nos bebimos una botella de Sancerre —dijo ella, a la defensiva—. Me dijiste que dormiríamos en la mansión.

—Exacto —convino David sin alterarse, entendiendo que Greta siempre sintiera la necesidad de describirle los acontecimientos recientes con todo lujo de detalles, aunque no pudiera recordar nada anterior a su accidente. Mientras

conducía por la carretera surcada de hielo y notaba cómo los neumáticos apenas se agarraban a la ligera pendiente, se preguntó si llevar a Greta a Marchmont para Navidad era una buena idea. A decir verdad, se había quedado asombrado cuando ella por fin había aceptado su invitación, después de llevar años intentando convencerla para que saliera de su piso de Mayfair y de recibir siempre una firme negativa.

Por fin, tras una minuciosa reforma de tres años que había devuelto a la mansión gran parte de su antiguo esplendor, él había creído que era el momento oportuno. Y por alguna razón, de forma inesperada, ella también. Al menos, David sabía que la mansión estaría físicamente acogedora y cómoda. Aunque, dadas las circunstancias, tanto para Greta como para él, no sabía si lo estaría emocionalmente...

—Ya está oscureciendo —observó Greta sin emoción—. Y solo son poco más de las tres.

—Sí, pero espero que la luz aguante el tiempo suficiente para que al menos veamos Marchmont.

—Donde yo vivía.

—Sí.

—Con Owen. Mi marido. Que era tu tío.

—Sí.

David sabía que Greta solo había memorizado la información del pasado que había olvidado. Como si se estuviera examinando. Y era él quien había sido su profesor, ateniéndose al consejo de los médicos que la trataban de eludir cualquier acontecimiento traumático, lo que no incluía mencionar nombres, fechas y lugares que pudieran activarle algo en el subconsciente y brindarle la llave para recuperar la memoria que había perdido. De forma esporádica, cuando iba a visitarla y charlaban, le parecía percibir en Greta un atisbo de reconocimiento por algo que él mencionaba, pero no podía estar seguro de que ello se debiera a lo que él le había explicado desde entonces o bien ella lo recordaba de verdad. Y después de tantos años, los médicos —convencidos al principio de que Greta recuperaría la memoria poco a poco, pues no había nada que indicara lo contrario en los numerosos TAC cerebrales que le habían practicado desde el accidente— hablaban ahora de «amnesia selectiva» provocada por un trauma. En opinión de estos, Greta no quería recordar.

David tomó despacio la traicionera curva del camino, sabiendo que unos pocos segundos más tarde aparecerían los portones por los que se accedía a Marchmont. Aunque era el propietario legal y se había gastado una fortuna en rehabilitar la mansión, solo era su custodio. Con las obras de rehabilitación casi terminadas, Ava, la nieta de Greta, y su marido, Simon, habían dejado la Caseta del Guarda para instalarse en Marchmont Hall. Y cuando David muriera, Ava heredaría la hacienda. El momento no podía ser más oportuno, pues solo faltaban unas pocas semanas para que el matrimonio tuviera su primer hijo. Y quizá, pensaba David, los últimos años de una historia familiar tan malograda podrían por fin enterrarse con el aliento de una nueva vida inocente.

Lo que complicaba aún más la situación eran los acontecimientos que habían sucedido después de que Greta perdiera la memoria... Acontecimientos de los que él la había protegido, preocupado por cómo podían afectarle. Después de todo, si no recordaba de qué modo había empezado todo, ¿cómo iba a lidiar con el final?

En conjunto, la situación significaba que Ava, Simon y él tenían que hacer equilibrios durante sus conversaciones con Greta, dispuestos a refrescarle la memoria pero siempre atentos a lo que hablaban delante de ella.

—¿La ves, Greta? —preguntó David cuando cruzaron los portones y apareció Marchmont Hall.

De origen isabelino, la mansión de poca altura se erigía con elegancia contra un horizonte de onduladas colinas que se alzaban hacia los majestuosos picos de las Montañas Negras. Por debajo de ella, el río Usk serpenteaba por el ancho valle y los campos que lo bordeaban brillaban por la reciente nevada. La vetusta fachada de ladrillo rojo culminaba en tres frontones y los intrincados cristales de las ventanas con parteluz reflejaban los últimos rayos rosáceos del sol invernal.

Aunque las viejas vigas, al estar tan resacas, habían sido el alimento ideal para las ávidas llamas del incendio y el tejado se había desplomado, el armazón exterior, en cambio, había resistido. Según le había explicado la brigada de bomberos, se debía en parte al oportuno aguacero que había caído con fuerza más o menos una hora después de que prendiera la primera ascua. Solo la naturaleza había librado a Marchmont Hall de la devastación y al menos había quedado algo para que David pudiera rehabilitarla.

—Oh, David, está mucho más bonita que en las fotos que me has enseñado —

susurró Greta—. Con tanta nieve, parece una postal de Navidad.

Y, en efecto, cuando aparcó el coche lo más cerca posible de la entrada, David vio por una ventana el cálido resplandor de lámparas ya encendidas y las lucecitas intermitentes de un árbol navideño. La estampa estaba tan reñida con el ambiente sombrío y austero del hogar de su infancia, grabado a fuego en su memoria, que lo invadió una inesperada euforia ante su evidente transformación. Puede que el incendio hubiera quemado el pasado, tanto metafórica como físicamente. Ojalá siguiera su madre con ellos para ver su extraordinaria rehabilitación.

—Sí que está bastante bonita, la verdad. Bien —dijo cuando abrió la puerta del coche y le cayó encima nieve del techo—, salgamos por patas. Volveré a por las maletas y los regalos después.

David rodeó el coche para abrir la puerta del acompañante y, cuando Greta bajó con cautela, sus zapatos de ciudad desaparecieron, junto con sus tobillos, en la honda nieve. Cuando alzó la vista para contemplar la mansión y volvió a mirarse los pies hundidos en la nieve, la asaltó un recuerdo.

«Ya he estado aquí...»

Petrificada, atónita de que ese momento por fin hubiera llegado, se afanó por atrapar el retazo de recuerdo. Pero ya no estaba.

—Vamos, Greta, vas a pillar un catarro de campeonato aquí fuera —dijo David, ofreciéndole el brazo. Y juntos recorrieron los pocos metros hasta la puerta de Marchmont Hall.

Después de saludar a Mary, la sirvienta que llevaba más de cuarenta años trabajando en Marchmont Hall, David acompañó a Greta a su habitación y la dejó para que se echara un rato. Imaginaba que la tensión de decidir marcharse de su piso por primera vez en muchos años, sumada al largo viaje desde Londres, debía de haberla dejado agotada.

Luego entró en la cocina en busca de Mary. Ella estaba en la isla central recién instalada, extendiendo con el rodillo la masa para hacer pastel de carne picada. David miró alrededor, admirando las relucientes encimeras de granito y los elegantes muebles integrados que cubrían las paredes. La cocina y los baños eran la única concesión que David había hecho al diseño moderno en la rehabilitación de Marchmont Hall. El resto de las estancias imitaban el modelo original, una labor ingente que había requerido semanas de investigación y días enteros

dedicados a revisar fotografías de archivo en bibliotecas y a rebuscar entre sus propios recuerdos de infancia. Había contratado ejércitos de artesanos locales para asegurarse de que todo, desde los suelos de piedra hasta los muebles, se pareciera lo más posible a la antigua Marchmont Hall.

—Hola, señorito David. —Mary le sonrió cuando alzó la vista—. Jack ha llamado hace diez minutos para decir que el tren de su Tor se ha retrasado por culpa de la nieve. Deberían llegar en una hora a lo sumo. Se ha llevado el Land Rover, así que no tendrán problemas para volver.

—Ha sido muy amable ofreciéndose a recogerla. Sé cuánto le cuesta encontrar un rato libre con todas las responsabilidades que tiene en la hacienda. Dime, ¿qué te parece la cocina nueva, Mary?

—Es maravillosa, señorito. Todo es nuevísimo —respondió la sirvienta con su suave acento galés—. No me puedo creer que sea la misma casa. Ahora hace tanto calorcito que casi no necesito encender las chimeneas.

—¿Y tu piso es cómodo? —El marido de Mary, Huw, había fallecido hacía unos años y ella se había sentido aislada viviendo sola en el chalet de la hacienda. Así que, mientras trabajaba con el arquitecto en los nuevos planos de la casa, David había incorporado una serie de habitaciones al amplio desván para Mary. Después de lo que había sucedido, estaba más tranquilo teniendo a una persona en la mansión de forma permanente si Ava y Simon tenían que salir de viaje.

—Oh, sí, gracias. Y además tiene unas vistas maravillosas del valle. ¿Cómo está Greta? A decir verdad, me quedé asombrada cuando me dijo que venía para Navidad. Dios santo, nunca creí que vería este día. ¿Qué piensa ella?

—Casi no ha dicho nada —respondió David, sin estar seguro de si Mary se refería a la reacción de Greta a las obras o a su regreso a la mansión después de tantos años—. Ahora está descansando.

—Ha visto que la he instalado en su antiguo cuarto, por si eso le refresca la memoria. Aunque ahora está tan distinto que ni yo lo reconozco. ¿Cree de verdad que no sabe quién soy? Pasamos por mucho las dos juntas cuando vivía en Marchmont.

—Por favor, intenta no dejar que te afecte, Mary. Me temo que a todos nos ocurre lo mismo.

—Bueno, quizá sea lo mejor si no recuerda parte de lo que pasó —respondió

ella con aire triste.

—Sí —convino David con un suspiro—. Va a ser una Navidad muy rara, en todos los aspectos.

—Ni que lo diga, señorito. No hago más que buscar a su madre por la casa y entonces caigo en que ya no está. —Mary contuvo las lágrimas—. Para usted es peor, claro, señorito David.

—Bueno, a todos nos va a costar acostumbrarnos. Pero al menos tenemos a Ava y a Simon, con su hijo en camino, para ayudarnos a superarlo. —David le pasó el brazo por los hombros para reconfortarla—. Oye, ¿puedo probar uno de tus deliciosos pastelitos de carne picada?

Ava y Simon regresaron a la mansión veinte minutos después y se reunieron con David en el salón, que olía a pintura y al humo de la leña que ardía en la inmensa chimenea de piedra.

—Ava, estás estupenda. Rebosante de salud. —David sonrió cuando la abrazó y estrechó la mano a Simon.

—Parece que me haya hinchado de golpe en el último mes. Es evidente que voy a tener un jugador o jugadora de rugby —respondió Ava, mirando a Simon con cariño.

—¿Pido a Mary que nos prepare una tetera? —preguntó David.

—Ya voy yo —se ofreció Simon—. Ava, cariño, siéntate con tu tío y pon los pies en alto. La han llamado en plena noche por una vaca que estaba de parto y pasándolo mal —dijo a David al salir, encogiéndose de hombros con resignación.

—Y espero que alguien me eche una mano a mí cuando esté de parto y pasándolo mal —replicó Ava con una risita, mientras se arrellanaba en uno de los sillones recién tapizados—. Simon siempre me está dando la lata para que afloje el ritmo, pero soy veterinaria. No puedo dejar a mis pacientes y que se mueran, ¿no? Es decir, la comadrona no me dejaría, ¿verdad?

—No, Ava, pero sales de cuentas dentro de seis semanas y a Simon le preocupa que estés cargando demasiado las tintas, eso es todo.

—Cuando venga el suplente a la consulta después de Navidad, todo será mucho más fácil. Pero, con este tiempo, no puedo prometer que no vayan a

llamarme para que atienda a ovejas con hipotermia. Los granjeros hicieron bien bajándolas de las colinas antes de que llegara el mal tiempo, pero siempre se dejan alguna. En fin, tío David, ¿qué tal estás? —Ava siempre lo había llamado «tío», aunque, en teoría, eran primos de segundo grado.

—Estoy muy bien, gracias. Grabé mi programa de Navidad en octubre y desde entonces, bueno... De hecho —David se ruborizó de repente—, estoy escribiendo mi autobiografía.

—¿En serio? Seguro que será interesante leerla.

—Mi vida lo es, desde luego, y ese es el problema. Hay partes de las que no puedo hablar, obviamente.

—No... —Ava se puso seria—. Si te soy sincera, y ya sabes que siempre lo soy, me sorprende que hayas accedido a escribirla. Es decir, siempre te has cuidado mucho de no hablar nunca de tu vida privada.

—Sí, pero, por desgracia, un periodista sensacionalista ha decidido que va a escribir la versión no autorizada, así que yo he decidido que más vale que lo deje todo bien claro antes. Es decir, en la medida que pueda dadas las circunstancias.

—Vale. Entonces entiendo por qué quieres hacerlo. Dios santo —dijo Ava con un suspiro—, después de tener una madre que fue actriz de cine y un primo que es un cómico conocido, aborrezco que pueda hacerme famosa. No dirás nada de... lo que me pasó, ¿verdad, tío David? Me moriría si lo hicieras. Sobre todo después de la última vez, en la que aparecí en primera plana con Cheska en el *Daily Mail*.

—Claro que no, Ava. Estoy haciendo todo lo posible para dejar a la familia al margen. El problema es que, sin eso, casi no tengo nada que explicar. En mi vida no ha habido drogas, crisis nerviosas, problemas con la bebida ni asuntos de faldas, así que el libro será un aburrimiento. —David suspiró y sonrió con ironía—. Hablando de mujeres, Tor debe de estar a punto de llegar.

—Me alegro de que venga, tío David. Le tengo mucho cariño. Y cuantos más seamos esta Navidad, mejor.

—Bueno, al menos por fin hemos conseguido que venga tu abuela.

—¿Dónde está?

—Arriba, descansando.

—¿Y cómo se encuentra?

—Igual, la verdad. Pero estoy muy orgulloso de que haya tenido el valor de

venir. —David vio los faros de un coche por la ventana—. Debe de ser Tor. Iré a ayudarla con el equipaje.

Cuando David salió del salón, Ava reflexionó sobre la leal y duradera relación de este con Greta. Sabía que se conocían desde siempre, pero se preguntaba qué tenía ella que le atraía tanto. La tía abuela de Ava, la madre de David, LJ, quien había fallecido hacía solo unos meses, decía que su hijo siempre había amado a Greta. Y sin duda Greta aún tenía un aspecto muy juvenil, casi como si perder la memoria le hubiera borrado las señales físicas de haber vivido cincuenta y ocho años, lo que habitualmente se manifestaba en la cara como un mapa emocional exterior.

Ava odiaba reconocerlo, pero su abuela le parecía bastante vacía e infantil. En las pocas ocasiones que había visto a Greta a lo largo de los años, había tenido la sensación de que era como hablar con un huevo de Fabergé, perfecto por fuera pero hueco por dentro. Sin embargo, por otra parte, puede que el accidente le hubiera arrebatado toda su sustancia y personalidad. Greta vivía como una reclusa y rara vez se aventuraba a salir de su piso. Que Ava supiera, esa era la primera vez que pasaba más de unas pocas horas fuera de él.

Sabía que no debería juzgar a su abuela, ya que no la había conocido antes del accidente, pero, por otro lado, reconocía que siempre la había comparado con LJ, cuyo espíritu indomable y entusiasmo por la vida hacían que Greta, incluso después de todo lo que le había sucedido, pareciera endeble y sosa. «Y ahora —pensó, mordiéndose el labio—, Greta está aquí en Navidades y LJ no.»

Se le hizo un nudo en la garganta, pero tragó saliva, sabiendo que su tía abuela no querría que estuviera triste.

«Hay que seguir adelante», había dicho siempre que los había golpeado la tragedia.

Ava no podía evitar desear con toda su alma que LJ se hubiera quedado un poco más para poder presenciar el nacimiento de su hijo. Al menos había vivido para verla casarse con Simon y había muerto sabiendo que Marchmont, y Ava, no corrían peligro.

David volvió a entrar en el salón acompañado de Tor.

—Hola, Ava. Feliz Navidad, y todo eso. Dios mío, qué frío. ¡Vaya viaje! —dijo Tor, acercándose a la chimenea para calentarse las manos al fuego crepitante.

—Bueno, has llegado, y justo a tiempo, por lo visto. Jack me ha dicho que esta noche ya no habrá más trenes a Abergavenny —observó David.

—Sí, debo reconocer que no me apetecía pasar la Navidad en una pensión de Newport —dijo Tor en tono irónico—. Y la casa está preciosa, Ava. Simon y tú debéis de estar encantados.

—Sí —respondió Ava—. Es preciosa, y te estamos muy agradecidos, tío David. Simon y yo jamás habríamos tenido los recursos para rehabilitarla por nuestra cuenta.

—Bueno, de todas formas, como ya sabes, un día será tuya. Ah, Simon. —David lo miró cuando entró en el salón—. Té recién hecho. Justo lo que todos necesitamos.

Greta se despertó sintiéndose desorientada e incapaz de recordar dónde estaba. Presa del pánico, buscó un interruptor en la oscuridad y encendió la luz. El fuerte olor a pintura le refrescó la memoria cuando se incorporó en la cómoda cama y admiró la habitación recién decorada.

Marchmont Hall... La casa de la que tanto le había hablado David a lo largo de los años. Mary, la sirvienta, le había dicho antes que esa era su antigua habitación, donde había traído a Cheska al mundo.

Se levantó y se acercó a la ventana. Seguía nevando. Intentó recuperar el fugaz recuerdo que había acudido a ella nada más llegar a la mansión, y suspiró desanimada cuando su mente se negó con terquedad a revelar sus secretos.

Después de lavarse en el elegante cuarto de baño privado, se puso una blusa de seda color crema que había comprado hacía unos días. Se pintó los labios y se quedó mirando su reflejo en el espejo, nerviosa por tener que abandonar el refugio de su dormitorio.

Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para tomar la decisión de reunirse con su familia en Marchmont para Navidad. Tanto le había costado que, después de acceder y de ver la expresión atónita de David al oírle decir que sí, había sufrido graves ataques de pánico que la habían tenido despierta hasta la madrugada, sudando y temblando. Había ido a ver a su médico, quien le había prescrito betabloqueantes y sedantes. Con los ánimos que le había dado y la perspectiva de pasar aun otra deprimente Navidad sola, había conseguido hacer

el equipaje, subir al coche de David e ir a Marchmont.

Puede que los médicos discreparan de su motivación; argüirían en su habitual jerga de psicólogos que quizá estaba lista, por fin, y que su subconsciente la consideraba lo bastante fuerte para regresar. Y sin duda, desde que había tomado la decisión, había soñado vívidamente por primera vez desde el accidente. Por supuesto, ninguno de sus sueños tenía sentido, pero la sorpresa de tener lo que los médicos llamarían un *flashback* cuando había bajado del coche y había contemplado Marchmont Hall hacía unas horas daba cierto crédito a su análisis.

Sabía que aún tenía muchos retos que superar. La «compañía», por lo pronto, y durante un periodo prolongado. Y entre las personas que pasarían la Navidad en la mansión había una en especial con la que no le apetecía nada relacionarse: Tor, la amiga de David.

Si bien había visto a Tor de forma esporádica cuando su sobrino la había llevado a merendar a su piso de Mayfair, nunca había pasado más de unas pocas horas con ella. Aunque, a primera vista, Tor había sido amable y educada, y parecía interesada en lo que ella tenía que decir, que no era mucho, Greta había notado que la trataba con condescendencia, como si fuera una anciana senil con una deficiencia mental.

Miró su reflejo en el espejo. Podía ser muchas cosas, pero eso, desde luego, no.

Tor era profesora en la Universidad de Oxford. Intelectual, independiente, atractiva, sin ser nada del otro mundo; eso pensaba siempre de ella, y después se reprendía por su instintivo menosprecio de una rival.

Hablando claro, Tor era todo lo que ella no era, pero hacía feliz a David y Greta sabía que debía alegrarse por ello.

Al menos, David había dicho que Ava estaría con su marido, Simon. Ava, su nieta...

Si había algo de su amnesia que la disgustaba especialmente, era Ava. Sangre de su sangre, la hija de su hija... No obstante, aunque la había visto cada cierto tiempo en las dos últimas décadas y la apreciaba mucho, se sentía culpable por no poder forjar con ella el vínculo que toda abuela debería tener con su nieta. Aunque no recordara su nacimiento, debería sentir por instinto un lazo emocional más profundo, ¿no?

Greta creía que Ava sospechaba, como había hecho LJ, que ella recordaba más

de lo que decía y que por algún motivo fingía no hacerlo. Pero, pese a años de sesiones con psicólogos, hipnotizadores y practicantes de cualquier otro tratamiento para la amnesia sobre el que había leído, su memoria seguía en blanco. Greta sentía que vivía en un vacío, como si fuera una mera observadora del resto de la humanidad, para la que era fácil recordar.

El ser humano al que más unida se sentía era su querido David, quien había estado con ella cuando por fin había abierto los ojos después de un coma de nueve meses y se había pasado los últimos veinticuatro años cuidándola lo mejor que sabía. De no ser por él, dado el vacío de su existencia, estaba segura de que habría perdido la esperanza hacía muchos años.

David le había dicho que se habían conocido hacía cuarenta años, cuando ella tenía dieciocho y trabajaba en Londres en un teatro llamado el Windmill justo después de la guerra. Al parecer, ella le había explicado en una ocasión que sus padres habían muerto en el bombardeo alemán de Londres, pero jamás había mencionado a ningún otro pariente. David le había explicado que eran muy buenos amigos, y Greta suponía que su relación no había pasado de ahí. David también le había contado que al poco de conocerse ella se había casado con un hombre llamado Owen, su tío, el antiguo propietario de Marchmont.

A lo largo de los años, Greta había abrigado el eterno deseo de que la amistad que David le había descrito hubiera sido algo más. Lo amaba; no por lo que había sido para ella antes del accidente, sino por todo lo que significaba en el presente. Por supuesto, sabía que él no le correspondía, y no tenía motivos para creer que alguna vez lo hubiera hecho. David era un cómico de gran fama y éxito y continuaba siendo extremadamente atractivo. Además, llevaba seis años con Tor, quien siempre iba de su brazo en los actos benéficos y ceremonias de entrega de premios.

En sus peores momentos, Greta sentía que era poco más que una obligación; que David solo estaba cumpliendo con su deber, por su buen corazón y porque eran parientes políticos. Cuando el hospital por fin le había dado el alta, después de dieciocho meses, y había regresado a su piso de Mayfair, David había sido la única persona que la había visitado con regularidad. Su culpa por depender de él había aumentado con los años y, aunque David le decía que no le costaba nada pasar a verla, ella siempre intentaba no ser una carga, con lo que a menudo fingía que estaba ocupada cuando no era cierto.

Greta se alejó de la ventana, sabiendo que debía armarse de valor para bajar a reunirse con su familia. Abrió la puerta de la habitación, salió al pasillo y se detuvo al principio de la suntuosa escalera de madera de roble, cuyos balaustres labrados y recargados copetes en forma de bellota relucían a la tenue luz de la araña que pendía sobre ella. Cuando observó el gran árbol de Navidad que se alzaba desde el recibidor, olió la fragancia fresca y delicada del abeto y, una vez más, se le avivó la memoria. Cerró los ojos y respiró hondo, tal como los médicos le habían dicho que hiciera, para intentar concretar el vago recuerdo.

Cuando los residentes de Marchmont Hall se despertaron el día de Navidad, afuera había un idílico paisaje nevado. A la hora de comer se zamparon un ganso con verduras cultivadas en la hacienda. Después se reunieron en el salón junto a la chimenea para abrir sus regalos.

—Oh, abuela —exclamó Ava cuando desenvolvió una suave mantita blanca para bebé—, nos vendrá muy bien. Gracias.

—Además, a Tor y a mí nos encantaría compraros un cochecito, pero como ninguno de los dos sabe nada de todos esos artilugios modernos que los padres utilizan en estos tiempos, os hemos extendido un cheque —dijo David, entregándoselo a Ava.

—Esto excede la generosidad, David —observó Simon, rellenándole la copa.

Greta se conmovió cuando Ava le regaló una fotografía enmarcada de las dos, tomada cuando esta era una minúscula niña y ella aún estaba hospitalizada.

—Solo es para recordarte lo que te espera —dijo su nieta, sonriendo—. ¡Dios santo, vas a ser bisabuela!

—Sí, ¿verdad? —Greta soltó una risita ante la perspectiva.

—Y estás prácticamente igual que cuando te conocí —comentó David con galantería.

Sentada en el sofá, Greta observó a su familia con placer. Quizá fuera el efecto de haber bebido mucho más vino durante la comida del que estaba acostumbrada, pero, por una vez, no se sentía de más.

Después de desenvolver los regalos, Simon insistió en llevarse a Ava arriba para que descansara, y David y Tor salieron a dar un paseo. David pidió a Greta que los acompañara, pero ella rehusó con tacto. Necesitaban pasar tiempo juntos,

y tres siempre eran multitud. Se quedó un rato sentada junto a la chimenea y se echó una agradable siestecita. Cuando se despertó, miró por la ventana y vio que el sol ya estaba bajo, pero aún brillaba y arrancaba destellos a la nieve.

Llevada por un impulso, decidió que también le vendría bien tomar el aire y fue en busca de Mary para preguntarle si podía prestarle unas botas y un buen abrigo.

Cinco minutos después, calzada con unas botas de agua que le venían enormes y cubierta con un viejo abrigo, Greta echó a andar a zancadas por la nieve virgen, respirando el maravilloso aire puro y vivificante. Se detuvo, sin saber hacia dónde ir, confiando en que un instinto interior la guiara, y decidió dar un paseo por el bosque. Mientras paseaba, alzó la vista para mirar el intenso azul del cielo y una inesperada alegría le corrió por las venas al contemplar la extrema belleza del paisaje. Era una sensación tan poco habitual que casi brincó mientras zigzagueaba entre los árboles.

Al llegar a un claro, vio un majestuoso abeto que se alzaba en el centro y destacaba entre las altas hayas sin hojas que componían el resto del bosque por la intensa tonalidad verde de sus frondosas ramas cargadas de nieve. Cuando se acercó, vio que había una lápida debajo del árbol, con la inscripción tapada por la nieve. Suponiendo que debía de ser la tumba de un animal de compañía de la familia, quizá de uno que ella había conocido, Greta alargó la mano y quitó los duros copos helados raspándolos con el guante.

Despacio, la inscripción empezó a aparecer.

JONATHAN (JONNY) MARCHMONT

Querido hijo de Owen y Greta
Hermano de Francesca

NACIDO EL 2 DE JUNIO DE 1946
FALLECIDO EL 6 DE JUNIO DE 1949

Que Dios guíe los pasos de su angelito hasta el Cielo.

Greta leyó y releyó la inscripción; luego cayó de rodillas en la nieve, con el corazón palpitándole.

Jonny... Las palabras de la lápida decían que el niño fallecido era su hijo...

Sabía que Francesca, Cheska, era su hija, pero nadie había mencionado a ningún niño. La inscripción decía que había fallecido con solo tres años...

Llorando de exasperación y desconcierto, Greta miró el cielo y vio que empezaba a oscurecer. Paseó la vista por el claro con impotencia, como si los árboles pudieran hablarle y darle respuestas. Postrada de rodillas, oyó que un perro ladraba a lo lejos. La imagen de otro momento le vino a la mente; ya había estado en ese claro y había oído un perro... Sí, ¡sí!...

Se volvió y se quedó mirando la tumba.

—Jonny... hijo mío... por favor, déjame recordar. Por el amor de Dios, ¡déjame recordar lo que pasó! —gritó, casi atragantándose con las lágrimas.

Los ladridos del perro fueron apagándose y, cuando dejaron de oírse, Greta cerró los ojos y vio de inmediato la vívida imagen de un bebé diminuto en sus brazos, acurrucado contra su pecho.

—Jonny, mi querido Jonny... mi niño...

Mientras el sol se escondía tras los árboles camino del valle, anunciando la llegada de la noche, Greta abrió los brazos para abrazar la lápida cuando, por fin, empezó a recordar...

Greta

Londres, octubre de 1945

2

El estrecho camerino del teatro Windmill olía a perfume en barra Leichner n.º 5 y a sudor. No había suficientes espejos, de manera que las jóvenes se empujaban para hacerse sitio mientras se pintaban los labios, cardaban el pelo y fijaban los elaborados peinados con chorritos de agua azucarada.

—Supongo que aparecer medio desnudas tiene sus ventajas; al menos, no hay que preocuparse por hacerse carreras en las medias de nailon —dijo entre risas una atractiva joven morena mientras se miraba en el espejo y se recolocaba hábilmente los pechos para lucirlos con su escotado traje de lentejuelas.

—Sí, pero el jabón con fenol no te deja precisamente la piel como una rosa cuando te has quitado el maquillaje, ¿eh, Doris? —respondió otra joven.

Llamaron con brío a la puerta y un joven asomó la cabeza por ella, indiferente según parecía a los cuerpos ligeros de ropa que tenía ante sus ojos.

—¡Cinco minutos, señoritas! —gritó antes de retirarse.

—En fin —dijo Doris con un suspiro—. Quien no baila, no cobra. —Se levantó—. Solo doy gracias por que no haya más ataques aéreos. Pasé muchísimo frío hace un par de años, sentada en aquel maldito sótano prácticamente en paños menores. El trasero se me puso morado. Venga, chicas, salgamos a dar a nuestro público algo con lo que soñar.

Doris salió del camerino y las otras jóvenes lo hicieron detrás de ella, charlando amigablemente, hasta que solo quedó una, pintándose los labios a toda prisa con un pincelito.

Greta Simpson nunca llegaba tarde. Pero ese día no se había levantado hasta después de las diez, pese a tener que estar en el teatro a las once. Eso sí, había valido la pena correr los ochocientos metros hasta la parada del autobús, pensó mientras se miraba en el espejo ensimismada. La noche anterior con Max, en la

que habían bailado hasta la madrugada y luego habían paseado junto al río cogidos de la mano mientras el sol salía sobre Londres, hacía que todo mereciera la pena. Se abrazó el cuerpo con fuerza al recordar sus brazos rodeándola y sus apasionados besos.

Hacía cuatro semanas que había conocido a Max en el club Feldman's. Por lo general, Greta estaba demasiado cansada después de cinco funciones en el Windmill para hacer nada aparte de irse a casa a dormir, pero Doris le suplicó que la acompañara para celebrar que cumplía veintiún años y ella acabó accediendo. Las dos jóvenes eran como la noche y el día: Greta, callada y reservada; Doris, descarada y provocativa, con un marcado acento obrero. No obstante, habían trabado una cierta amistad y Greta no quería defraudarla.

La pareja se dio el gusto de coger un taxi para el corto trayecto hasta Oxford Street. Feldman's estaba abarrotado de soldados británicos y estadounidenses desmovilizados, así como de la flor y nata de la sociedad londinense que frecuentaba el club de swing más de moda en la ciudad.

Doris consiguió una mesa en un rincón y pidió un cóctel Gin & It para cada una. Greta miró alrededor y pensó en lo mucho que había cambiado el ambiente de Londres desde el Día de la Victoria, hacía tan solo cinco meses. Una sensación de euforia lo impregnaba todo. En julio había salido elegido un nuevo gobierno laborista, con Clement Attlee al timón, y su lema «Plantémosle cara al futuro» resumía las renovadas esperanzas del pueblo británico.

De repente, Greta se sintió exultante, después de haber dado un sorbo a su cóctel y empaparse del ambiente del club. La guerra había terminado tras seis largos años. Sonrió para sus adentros. Era joven, era bonita y eran tiempos de emociones y nuevos comienzos. Y Dios sabía lo bien que le vendría volver a empezar...

Mientras miraba alrededor, se había fijado en un joven especialmente atractivo que estaba en la barra con un grupo de soldados rasos estadounidenses. Hizo a Doris un comentario sobre él.

—Sí, y seguro que será un salido. Todos los yanquis lo son —dijo Doris, llamando la atención de uno de los soldados del grupo y sonriéndole con descaro.

No era ningún secreto en el Windmill que Doris era pródiga en sus afectos. Y cinco minutos después, un camarero se acercó a su mesa con una botella de

champán.

—Obsequio de los caballeros de la barra —dijo.

—Es fácil cuando se sabe hacer, cariño —susurró Doris a Greta mientras el camarero servía el champán—. Esta noche no va a costarnos un penique a ninguna de las dos. —Le guiñó el ojo con complicidad y ordenó al camarero que pidiera a los «caballeros» que se acercaran para que ella pudiera darles las gracias en persona.

Dos horas después, ebria de champán, Greta se encontró bailando en brazos de Max. Había descubierto que era un oficial militar estadounidense que trabajaba en Whitehall, la sede del Ministerio de Defensa británico.

—Casi todos los muchachos están a punto de volver a casa, que es donde yo iré en unas semanas —le explicó Max—. Solo tenemos que poner unas cuantas cosas en orden antes. Caray, voy a echar de menos Londres. Es una ciudad bárbara.

Pareció sorprendido cuando Greta le dijo que trabajaba en «el mundo del espectáculo».

—¿Te refieres a actuar sobre un escenario? ¿Eres actriz? —le preguntó con el ceño fruncido.

Greta percibió de inmediato que la verdad no iba a causarle buena impresión y enseguida rectificó.

—Trabajo como recepcionista de un agente teatral —se apresuró a añadir.

—Oh, entiendo. —Max relajó las facciones de inmediato—. El mundo del espectáculo no te va nada, Greta. Tú eres lo que mi madre llamaría una verdadera dama.

Media hora después, Greta consiguió soltarse de los brazos de Max y dijo que debía regresar a casa. Él asintió con educación y la acompañó a la calle para pararle un taxi.

—Ha sido una noche maravillosa —le dijo mientras la ayudada a subir—. ¿Puedo volver a verte?

—Sí —respondió ella, antes de poder contenerse.

—Genial. ¿Podemos vernos aquí mañana por la noche?

—Sí, pero trabajo hasta las diez y media. Tengo que ver un espectáculo en el que actúa uno de nuestros clientes —mintió Greta.

—Vale, te estaré esperando aquí a las once. Buenas noches, Greta, no te

retrases mañana.

—No lo haré.

Camino de casa en el taxi, Greta descubrió que su mente era una mezcla de emociones encontradas. Su sentido común le dictaba que sería inútil empezar una relación con un hombre a quien solo le quedaban unas pocas semanas en Londres, pero Max parecía un caballero, y eso era muy agradable comparado con el público masculino, a menudo tosco, que frecuentaba el Windmill.

Sentada en la parte de atrás del coche, pensó con tristeza en las circunstancias que la habían llevado a acabar en la entrada de artistas del Windmill apenas cuatro meses atrás. En todas las revistas y periódicos que había leído cuando era adolescente, «Las chicas del Windmill» siempre le habían parecido glamurosas, vestidas con sus bonitos trajes y retratadas con montones de sonrientes británicos famosos. Tras su precipitada huida del mundo completamente distinto que antes habitaba, el Windmill había sido su primera parada al llegar a Londres.

La realidad, como ya sabía, era bien distinta...

Ya en la pensión, después de acostarse en la estrecha cama, con una chaqueta sobre el pijama para protegerse del frío otoñal que hacía en el cuarto sin calefacción, Greta comprendió que Max era su pasaporte a la libertad. Y decidió que haría lo que fuera necesario para convencerlo de que ella era la mujer de sus sueños.

Tal como habían quedado, Max y Greta tuvieron su encuentro en Feldman's a la noche siguiente, y desde entonces se habían visto prácticamente cada tarde. Y pese a todas las advertencias de Doris sobre los yanquis demasiado bien pagados y demasiado obsesionados con el sexo, Max siempre se había comportado como un perfecto caballero. Unos días atrás había invitado a Greta a una cena seguida de un baile en el Savoy. Mientras estaba sentada a la mesa del suntuoso salón de baile y escuchaba a Roberto Inglez y su Orquesta, decidió que le encantaba que su rico y apuesto oficial estadounidense la agasajara. Y, cada vez más, también estaba aprendiendo a quererlo.

Gracias a sus conversaciones, Greta empezaba a comprender que Max había llevado una vida muy privilegiada pero un tanto protegida antes de llegar a Londres hacía unos meses. Le había explicado que había nacido en Carolina del

Sur, hijo único de unos padres con dinero, y que vivían en las afueras de la ciudad de Charleston. Greta se quedó boquiabierta cuando le enseñó una fotografía de la elegante casa blanca con columnas en la que vivían. Max le había dicho que su padre tenía varios negocios prósperos en los estados del sudeste de Estados Unidos, entre ellos una gran fábrica automotriz que parecía haber prosperado durante la guerra. Cuando se marchara de Inglaterra para regresar a casa, pasaría a formar parte del negocio familiar.

Greta sabía por las flores, las medias de nailon y los restaurantes caros a los que la invitaba que Max tenía dinero de sobra, así que, cuando él empezó a hablar de «nuestro» futuro, una llama de esperanza de que quizá podían tenerlo prendió en su corazón.

Esa noche, Max la llevaba a cenar al Dorchester y le había pedido que se pusiera algo especial. Zarpaba con rumbo a Estados Unidos dentro de dos días y no había dejado de repetirle cuánto la echaría de menos. Quizá regresara a Londres para visitarla, o quizá, solo quizá, pensaba Greta, ella lograra ahorrar lo suficiente para viajar a Estados Unidos y verlo...

Sus ensoñaciones románticas se vieron interrumpidas por unos golpecitos en la puerta. Alzó la vista cuando por ella asomó una cara afable y familiar.

—¿Ya estás lista, Greta? —preguntó David Marchmont.

Como siempre, el distinguido acento inglés que tan reñido estaba con su personaje la pilló por sorpresa. Además de ser el asistente de dirección, David también actuaba en el Windmill como cómico, haciéndose llamar Taffy —una pícaro alusión a sus raíces galesas y al modo en que todos solían dirigirse a él en el teatro—, y presentando su divertido monólogo con un marcado acento galés.

—¿Me das dos minutos? —le pidió Greta, recordando de golpe lo que tenía que hacer esa noche.

—Pero no más, me temo. Te llevaré entre bastidores y ordenaré tu atrezo. —David frunció un poco el entrecejo cuando la miró—. ¿Seguro que esto te parece bien? Estás blanca como el papel.

—Estoy bien, en serio, Taffy —mintió ella, notando cómo se le aceleraba el corazón—. Salgo en un momento.

Cuando él cerró la puerta, Greta suspiró hondo mientras acababa de retocarse el maquillaje.

Trabajar en el Windmill era mucho más duro de lo que había imaginado.

Revudeville se representaba cinco veces al día y, cuando las vedetes no actuaban, ensayaban. Todo el mundo sabía que la mayoría de los hombres del público no iban para ver a los cómicos ni las otras actuaciones del espectáculo de variedades, sino para mirar con la boca abierta a las despampanantes jóvenes que desfilaban por el escenario con sugerentes trajes.

Greta hizo una mueca y contempló con aire culpable su elegante abrigo rojo cereza, colgado de la percha junto a la puerta. Había sido incapaz de resistirse a él en un arrebató especialmente derrochador en Selfridges, pues quería estar lo más guapa posible para Max. El abrigo rojo era un símbolo demasiado gráfico de los problemas económicos que la habían llevado hasta ese momento —Greta tragó saliva—: a punto de aparecer prácticamente desnuda ante centenares de hombres que la mirarían con lujuria.

Hacía unos días, cuando el señor Van Damm le había pedido que actuara en los atrevidos *tableaux vivants* del Windmill, una tarea que requería permanecer inmóvil en una postura elegante mientras las otras chicas del Windmill andaban alrededor de ella, Greta había vacilado ante la perspectiva de desnudarse casi por completo. Unas pocas lentejuelas para taparle los pezones y un tanga minúsculo eran todo lo que tendría para proteger su pudor. Pero empujada por Doris, quien ya llevaba más de un año apareciendo en los *tableaux*, y el hecho de no haber pagado el alquiler, había aceptado a regañadientes.

Se estremeció al pensar en lo que Max, que era baptista y tenía una familia muy religiosa, opinaría de su trayectoria profesional. Pero necesitaba con urgencia el dinero extra que ganaría actuando en los *tableaux*.

Cuando echó un vistazo al reloj de pared, se dio cuenta de que más le valía darse prisa. El espectáculo ya había empezado y ella tenía que hacer su gran entrada en menos de diez minutos. Abrió el cajón del tocador y dio un trago rápido de la petaca que Doris tenía escondida allí, con la esperanza de que el alcohol le diera valor para salir. Volvieron a llamar a la puerta.

—Siento tener que apremiarte, pero será mejor que espabilemos —dijo Taffy detrás de ella.

Mirándose por última vez en el espejo, Greta salió al pasillo poco iluminado y se arrebujó con la bata como si eso la protegiera.

Al ver su cara de preocupación, Taffy se adelantó y le cogió las manos con dulzura.

—Sé que debes de estar nerviosa, Greta, pero se te pasará en cuanto salgas.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. Imagínate que eres la modelo de un pintor en un estudio en París, posando para un bonito cuadro. He oído que allí se desnudan a la mínima de cambio —bromeó, intentando levantarle el ánimo.

—Gracias, Taffy. No sé qué haría sin ti. —Le sonrió agradecida y dejó que la acompañara por el pasillo que conducía a los bastidores.

Siete horas y tres angustiosas actuaciones después, Greta volvía a estar en el camerino. Su *tableau vivant* había causado sensación y, gracias al consejo de Taffy, había conseguido vencer sus miedos y posar bajo los fuertes focos con la cabeza bien alta.

—Bueno, ya ha pasado lo peor; la primera vez siempre es la que más cuesta —dijo Doris, guiñándole el ojo, mientras estaban sentadas una al lado de la otra, Greta quitándose el espeso maquillaje y Doris retocándose el suyo para el espectáculo de la noche—. Bien, tú solo concéntrate en estar despampanante para luego. ¿A qué hora has quedado con tu americano?

—A las ocho, en el Dorchester.

—Guau, te va eso de vivir por todo lo alto, ¿eh? —Doris le sonrió en el espejo, se levantó y cogió su tocado de plumas—. Bueno, a mí me toca salir otra vez a escena, mientras tú te paseas por el West End como Cenicienta con tu apuesto príncipe. —Le dio un apretón en el hombro—. Diviértete, cariño.

—Gracias —dijo Greta cuando Doris salió del camerino.

Sabía lo afortunada que era por tener la noche libre. Había prometido al señor Van Damm que trabajaría horas extra la semana siguiente. Alborozada, se puso el vestido de fiesta nuevo que había comprado con los chelines de más que sabía que ganaría con su reciente ascenso y volvió a maquillarse con esmero antes de ponerse su querido abrigo rojo y salir a toda prisa del teatro.

Max la estaba esperando en el vestíbulo del Dorchester. La tomó de las manos y la contempló.

—Estás impresionante esta noche, Greta. Debo de ser el hombre con más suerte de todo Londres. ¿Entramos? —Le ofreció el brazo y los dos se dirigieron

sin prisas al restaurante.

Él no le hizo la pregunta que ella estaba deseando oír de sus labios hasta que se hubieron terminado los postres.

—¿Que si quiero casarme contigo? Esto... Oh, Max, ¡hace tan poco que nos conocemos! ¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Segurísimo. Reconozco el amor cuando lo siento. Llevarás una vida distinta en Charleston, pero será una buena vida. Nunca te faltará de nada, te lo prometo. Por favor, Greta, di que sí y pasaré el resto de mi vida haciendo todo lo posible para que seas feliz.

Greta miró el rostro hermoso y franco de Max y le dio la respuesta que ambos querían oír.

—Siento no tener tu anillo aún —añadió él, tomándole la mano izquierda y sonriéndole—, pero quiero que tengas el anillo de compromiso de mi abuela cuando lleguemos a Estados Unidos.

Greta le sonrió extasiada.

—Lo único que importa es que vamos a estar juntos.

Durante el café, hablaron de sus planes: Max zarparía a su país dentro de dos días y Greta lo seguiría en cuanto resolviera el preaviso en el trabajo y hubiera hecho la maleta con sus pocas pertenencias.

Más avanzada la noche, ya en la pista de baile, Max la arrimó más a él, ebrio de romanticismo y euforia.

—Greta, lo entiendo si esto es inapropiado, pero como acabamos de prometernos y tenemos tan poco tiempo antes de que yo me vaya, ¿vendrías conmigo al hotel? Te juro que no te comprometeré, pero al menos podremos hablar en intimidad...

Greta vio que estaba ruborizado. Por lo que Max le había explicado, suponía que probablemente aún era virgen. Y, si iba a ser su marido, no había nada de malo en besarse y abrazarse, ¿no?

Más tarde, en su hotel de Saint James, Max la abrazó. Greta sintió cómo crecía su excitación, y también la de él.

—¿Puedo? —preguntó Max con timidez, con los dedos en los tres botones traseros del cuello de su vestido.

Greta se dijo que unas horas antes había aparecido casi desnuda delante de unos tipos que ni tan siquiera conocía; por tanto, ¿qué había de vergonzoso en

ofrecer el presente de su inocencia y hacer el amor al hombre que iba a ser su esposo?

Al día siguiente, mientras estaba sentada en el camerino del Windmill sujetándose el pelo con un par de horquillas, Greta no pudo evitar sentirse inquieta. ¿Era casarse con Max la decisión correcta?

Aparecer en la gran pantalla era su ambición desde que le alcanzaba la memoria, y su madre no había hecho nada para desalentarla. Estaba tan obsesionada con el cine que incluso había puesto a su única hija el nombre de la legendaria Garbo. Además de llevar a Greta a incontables sesiones de tarde en el cine Odeon de Manchester, también la había apuntado a clases de dicción e interpretación.

Pero, reflexionó Greta, si su destino fuera ser actriz de cine, ya se habrían fijado en ella, ¿no? Siempre había directores pasándose por el Windmill para echar un vistazo a sus famosas vedetes. En los cuatro meses que llevaba en el teatro, la organización Rank se había llevado a dos de sus amigas para que debutaran en la gran pantalla. Esa era la razón por la que muchas jóvenes, ella incluida, trabajaban en el Windmill. Todas vivían con la esperanza de que un día llamaran a la puerta del camerino y dieran a la joven elegida el recado de que un caballero de un estudio de cine quería «charlar con ella».

Negó con la cabeza cuando se levantó y se preparó para salir del camerino. ¿Cómo podía siquiera pensar en no casarse con Max? Si se quedaba en Londres, puede que aún estuviera en el Windmill dentro de dos, o tres, o cuatro años, soportando la degradación y hasta el cuello de deudas. Con tantos jóvenes muertos en la guerra, sabía que tenía suerte de haber encontrado un hombre que parecía quererla y, por lo que le había dicho, también podía darle una vida estable y cómoda.

Ese día era el último que Max pasaría en Londres. Zarpaba a Estados Unidos a la mañana siguiente. Esa noche habían quedado en el hotel Mayfair para cenar y ultimar los planes del viaje de Greta. Después pasarían la última noche juntos antes de que él se marchara al amanecer para subir a su barco. Aunque lo echaría de menos, sería un alivio poner fin al engaño de cómo se ganaba realmente la vida. No soportaba mentirle constantemente, tener que inventarse que su

exigente jefe la obligaba a quedarse trabajando en el despacho hasta tarde.

—¡Greta, cariño! ¡Están a punto de subir el telón! —Taffy la arrancó de su ensimismamiento.

—¡Tranquilo, ya voy! —Le sonrió y lo siguió por el pasillo poco iluminado hacia el escenario.

—Oye, Greta, ¿te apetecería tomar una copa después de la función? —susurró Taffy, esperando detrás de ella entre bastidores—. Acabo de hablar con el señor Van Damm y va a darme un puesto fijo. ¡Me apetece celebrarlo!

—Oh, Taffy, ¡qué buena noticia! —Greta se alegró sinceramente por él—. Te lo mereces. Tienes mucho talento —dijo, y le dio un abrazo. Con su más de metro ochenta de estatura, su alborotado pelo rubio y sus risueños ojos verdes, siempre lo había encontrado atractivo y le parecía que él tenía debilidad por ella. A veces salían a comer algo y David practicaba con ella chistes nuevos para su número de «Taffy». Se sentía culpable de no haberle dicho aún que estaba prometida.

—Gracias. Entonces, ¿qué me dices de tomar esa copa?

—Lo siento, Taffy. Esta noche no puedo.

—Entonces, ¿quizá la semana que viene?

—Sí, la semana que viene.

—¡Greta! ¡Nos toca! —gritó Doris.

—Lo siento, tengo que irme.

David la vio salir a escena y suspiró. Los dos habían compartido algunas veladas fantásticas, pero justo cuando él empezaba a pensar que ella podía corresponderle, Greta había comenzado a cancelar sus citas. Él sabía el motivo, al igual que todo el teatro. Salía con un rico oficial estadounidense. ¿Y cómo podía un cómico mal pagado, decidido a colmar de risas un mundo que tan poco se había reído en los últimos años, competir con un apuesto norteamericano de uniforme? David se encogió de hombros. En cuanto ese yanqui se hubiera ido a su país... Bueno, esperaría el momento propicio.

Max Landers se sentó y miró con incomodidad el ruidoso público que lo rodeaba, formado exclusivamente por hombres. Él no había querido ir, pero los muchachos de su despacho de Whitehall, que habían salido a celebrar su última

noche en Londres y ya iban medio borrachos, habían insistido en que el espectáculo del Windmill era una atracción que no deberían perderse antes de marcharse de Londres.

Max no prestó atención ni a los cómicos ni a los cantantes, sino que estuvo contando los minutos que faltaban para poder escabullirse y reunirse con su adorada prometida, su Greta, más avanzada la noche. Iba a ser duro para ella cuando zarpara por la mañana, y por supuesto tendría que preparar el terreno con sus padres, quienes querían que se casara con Anna-Mae, su novia del instituto en Charleston. Tendrían que entender que había cambiado. Era un muchacho cuando se marchó, pero ahora era un hombre, y estaba enamorado. Además, Greta era una auténtica dama inglesa y estaba seguro de que los conquistaría con su encanto.

Max apenas miró el escenario cuando los aplausos resonaron en todo el teatro y el telón bajó después del primer acto.

—¡Eh! —Su amigo Bart le dio un puñetazo en el brazo y él se sobresaltó—. Tienes que ver el próximo acto. Es lo que hemos venido a ver. —Bart dibujó con las manos la silueta de un cuerpo de mujer—. Por lo visto, te pone a cien, tío —dijo sonriendo.

Max asintió.

—Sí, Bart. Claro.

El telón volvió a levantarse, con un aplauso atronador y fuertes silbidos. Max alzó la vista para mirar a las jóvenes prácticamente desnudas del escenario. ¿Qué clase de mujer podía hacer tal cosa?, se preguntó. En su opinión, eran poco mejores que las putas.

—Oye, son fantásticas, ¿verdad? —dijo Bart, con los ojos brillándole de lujuria—. Mira la tía del centro. ¡Caray! Casi en cueros, pero qué sonrisa tan bonita.

Max miró a la joven, que estaba tan quieta que casi podría ser una estatua. Se parecía un poco... Se inclinó hacia delante y se fijó mejor.

—¡Hostia! —Soltó la palabrota entre dientes y el corazón casi se le salió del pecho cuando escrutó los grandes ojos azules que miraban por encima del público, los dulces labios y el abundante pelo rubio recogido en un peinado alto. Apenas fue capaz de mirar los familiares senos turgentes con sus tiesos pezones apenas tapados por unas pocas lentejuelas, o la seductora curva del vientre que

conducía a sus partes íntimas...

Era su Greta, sin ningún género de duda. Volvió la cabeza y vio a Bart comiéndose a su prometida con los ojos.

Supo que iba a vomitar. Se levantó y salió del teatro a toda prisa.

Greta sacó su tercer cigarrillo de la pitillera de plata que Max le había regalado, lo encendió y consultó su reloj por enésima vez. Ya se retrasaba más una hora. ¿Dónde demonios estaba? El camarero de la coctelería no dejaba de lanzarle miradas suspicaces mientras ella estaba sentada sola a una mesa. Sabía exactamente qué pensaba.

Apuró el cigarrillo, lo apagó y volvió a mirar la hora. Si Max no aparecía a medianoche, se iría a la pensión y lo esperaría en su cuarto. Él sabía dónde vivía, pues había ido a recogerla a la pensión en una o dos ocasiones, y estaba segura de que tendría una buena razón para no presentarse.

Pasó la medianoche y la coctelería se vació. Greta se levantó despacio y también se marchó. Cuando llegó a la pensión, le decepcionó no ver a Max esperándola en la calle. Entró y puso agua a hervir en el pequeño hornillo.

—Cálmate —se dijo mientras echaba en una taza una cucharadita del valioso café en polvo que Max le había regalado—. Llegará enseguida, ya verás.

Se quedó sentada muy tesa al borde de la cama, sobresaltándose cada vez que oía pasos en la calle y obligándolos mentalmente a detenerse delante de su puerta y subir la escalera. No quería cambiarse ni quitarse el maquillaje por si llamaban al timbre. Por fin, a las tres de la madrugada, temblando de frío y miedo, se echó sobre la cama y lloró mientras miraba el papel pintado de la pared, despegado por la humedad.

La invadió el pánico: no tenía la menor idea de cómo localizar a Max. Su barco zarpaba de Southampton y sabía que él tenía que presentarse a las diez de la mañana. ¿Y si no se ponía en contacto con ella antes de partir? Ni tan siquiera tenía sus señas en Estados Unidos. Max había prometido darle toda la información sobre su pasaje y el resto del viaje durante la cena.

Cuando las estrellas se desvanecieron con el amanecer, también lo hicieron los sueños de Greta de tener una nueva vida. Estaba segura de que Max no acudiría; a esa hora, estaría camino de Southampton, dispuesto a salir de su vida para

siempre.

Greta llegó al Windmill a la mañana siguiente, sintiéndose aletargada y agotada.

—¿Qué pasa, corazón? ¿El soldadito americano se ha largado sin ti, pobrecita mía? —gorjeó Doris.

—¡Déjame en paz! —gritó Greta con aspereza—. Además, sabes que no es un soldado cualquiera; es oficial.

—No hace falta que te pongas desagradable, solo era una pregunta. —Doris se la quedó mirando, claramente ofendida—. ¿Le gustó a Max el espectáculo ayer? —preguntó.

—Eh... ¿A qué te refieres?

—Anoche tu novio estaba entre el público. —Doris dejó de mirarla y se concentró en perfilarse los ojos—. Supuse que lo habías invitado —añadió con énfasis.

Greta tragó saliva, debatiéndose entre disimular que no sabía que Max hubiera estado en el teatro y asegurarse de que Doris decía la verdad.

—Sí, esto... claro que lo invité. Pero nunca miro al público. ¿Dónde estaba sentado?

—Oh, en el lado izquierdo. Me fijé en él porque justo después de que subieran el telón para que saliéramos las *jolies mesdames*, se levantó y se marchó. —Doris se encogió de hombros—. Desde luego que hay gente rara, sobre todo los tíos.

Esa noche, Greta entró en su cuarto con la certeza absoluta de que jamás volvería a tener noticias de Max Landers.

3

Ocho semanas después, Greta se dio cuenta de que Max le había dejado un legado a consecuencia del cual era improbable que ella llegara a olvidar su breve pero apasionada aventura. No le cabía ninguna duda de que estaba embarazada.

Desconsolada, entró en el Windmill por la puerta de artistas. Se encontraba fatal, después de pasarse la madrugada vomitando y, entre las carreras al baño, intentando decidir qué demonios iba a hacer. Entre otras cosas, el bulto de su barriga le impediría seguir trabajando en el Windmill en cuestión de semanas.

No había dormido nada la noche anterior por el miedo que le atenazaba la boca del estómago. Mientras daba vueltas en la cama, incluso se había planteado regresar a casa. Pero, en el fondo, sabía que eso era imposible.

Estremeciéndose por el recuerdo de esa época, se obligó a concentrarse en su difícil situación actual. Cuando se sentó delante del espejo del camerino, fue presa de la desesperación. Dejar el Windmill para echarse en brazos de un rico marido estadounidense era fácil, pero lo que ahora le esperaba era, en el mejor de los casos, una plaza en uno de los centros que se ocupaban de las mujeres en su situación. Aunque la dirección del Windmill era amable, las normas morales impuestas a las vedetes eran inquebrantables. Y estar soltera y embarazada era el mayor pecado que una vedete podía cometer.

Greta sabía que su vida estaba arruinada. Todos sus planes de casarse o de ser actriz de cine se frustrarían si tenía al bebé. A menos que... Se quedó mirando su aterrado rostro en el espejo, pero comprendió que era su única salida. Tendría que pedir a Doris la dirección de un tal «don Arreglos». Sería lo más justo para su hijo nonato, ¿no? Ella no tenía nada que ofrecerle: ni un hogar, ni dinero ni un padre.

El telón bajó a las once menos cuarto y las vedetes regresaron cansadas al

camerino.

—Doris —susurró Greta—, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, corazón.

Greta esperó a que las otras jóvenes hubieran entrado en el camerino antes de hablar. Con toda la calma de que fue capaz, le pidió la dirección que necesitaba.

Doris la escrutó con sus ojos pequeños y brillantes.

—Oh, madre mía. Ese soldadito te hizo un regalo de despedida, ¿verdad?

Greta bajó la cabeza y asintió. Doris suspiró y le puso una mano en el brazo en actitud compasiva. Podía ser dura como el acero en ocasiones, pero bajo su apariencia descarada había un corazón de oro.

—Claro que te daré la dirección, cariño. Pero es caro, ¿sabes?

—¿Cuánto cuesta?

—Depende. Dile que eres amiga mía y a lo mejor te hace un descuento.

Greta volvió a estremecerse. El tono de Doris era como si estuvieran hablando de ir a la peluquería a rizarse el pelo.

—¿No es peligroso? —se atrevió a preguntar.

—Bueno, yo he tenido dos y sigo aquí para contarlo, pero he oído algunas historias de terror —observó Doris—. Cuando te lo haya hecho, vete a casa y tumbate hasta que pare la hemorragia. Si no para, vete rápidamente al hospital. Venga, te escribiré la dirección. Pásate mañana y te dará hora. ¿Quieres que te acompañe?

—No, no hace falta. Pero gracias, Doris —respondió Greta agradecida.

—No hay de qué. Las chicas tenemos que cuidarnos unas a otras, ¿no? Y recuerda, cariño, no eres la primera ni serás la última.

A la mañana siguiente temprano, Greta tomó un autobús a Cricklewood en Edgware Road. Encontró la calle donde vivía don Arreglos y la recorrió despacio. Se detuvo delante de un portón y miró la casa de ladrillo rojo que había detrás. Respirando hondo, abrió el portón, enfiló el camino y llamó a la puerta. Un momento después, vio moverse un visillo y oyó que recorrían un cerrojo.

—¿Sí?

Un hombre minúsculo, que guardaba un inquietante parecido con los dibujos

del enano saltarán de los libros de cuentos de su infancia, abrió la puerta.

—Hola. Yo... esto... Me manda Doris.

—Entonces, será mejor que entre.

El hombre abrió más la puerta para dejarla pasar y Greta entró en un lóbrego recibidor.

—Por favor, espere ahí. Estoy terminando con una paciente —dijo, señalándole una sala sin apenas muebles.

Greta se sentó en un sillón lleno de manchas y, arrugando la nariz por el olor a gato y moqueta vieja, cogió un estropeado número de *Woman* y lo hojeó. Se descubrió mirando las instrucciones para tejer una chaquetita de bebé y se apresuró a cerrar la revista. Volvió a recostarse en el sillón y miró el techo, con el corazón palpitándole.

Unos minutos después, oyó que alguien gemía calladamente en una habitación próxima. Tragó saliva cuando el hombre entró en la sala y cerró la puerta.

—Muy bien, señorita, ¿qué puedo hacer por usted?

Era una pregunta absurda, y ambos lo sabían. Los gemidos seguían oyéndose, aunque la puerta estuviera cerrada. Greta tenía los nervios destrozados.

—Doris dice que usted quizá podría resolver mi... mi problema.

—Quizá. —El hombre la miró de hito en hito mientras se alisaba los pocos mechones de graso pelo castaño que le tapaban la calva—. ¿De cuánto está?

—De unas ocho semanas, creo.

—Eso está bien, sí. —El hombre asintió.

—¿Cuánto me costará, por favor?

—Bueno, normalmente cobro tres guineas, pero, como es amiga de Doris, se lo haré por dos.

Greta hincó las uñas en el sillón y asintió.

—Bien. Bueno, si no le importa esperar una media hora, podría atenderla de inmediato. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, ¿no? —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Podré ir a trabajar mañana?

—Eso depende de cómo vaya todo. Algunas muchachas sangran mucho, otras casi nada.

Llamaron a la puerta y una mujer de aspecto adusto asomó la cabeza. Ignorando a Greta, llamó al hombre con el dedo.

—Disculpe, tengo que ir a ver cómo sigue mi paciente. —Se dio media vuelta y se marchó a toda prisa.

Greta enterró la cabeza entre las manos. «Algunas muchachas sangran mucho, otras casi nada...»

Se levantó del sillón, salió de la lúgubre sala dando traspiés y corrió por el pasillo para abrir la puerta de la casa. Descorrió el oxidado cerrojo y giró el pestillo.

—¡Señorita, señorita! ¿Dónde...?

Greta dio un portazo al salir y huyó calle arriba, con las lágrimas nublándole la vista.

Esa noche, después del espectáculo, Doris se acercó a ella con disimulo.

—¿Has ido a verlo?

Greta asintió.

—¿Cuándo vas a... ya sabes?

—Pues... la semana que viene.

Doris le acarició el hombro.

—No te pasará nada, cariño, hazme caso.

Greta se quedó sentada hasta que las otras vedetes hubieron salido del camerino. Cuando estuvo vacío, apoyó la cabeza en la mesa y lloró. Los gemidos de la mujer anónima la perseguían desde que se había ido de aquella horrible casa. Y aunque era consciente de que estaba condenándose a una vida de espantosa incertidumbre, sabía que era incapaz de abortar.

No oyó los suaves golpes en la puerta del camerino y dio un brusco respingo cuando notó una mano en el hombro.

—¡Eh! Tranquila, soy yo, Taffy. No quería asustarte. Solo he venido a comprobar que no quedaba nadie. ¿Qué pasa, Greta?

Cuando ella alzó la vista, Greta vio la afable cara de Taffy mirándola con aire compasivo en el espejo, y buscó algo con lo que limpiarse la moquita. Su preocupación la conmovía, sobre todo porque sabía que apenas le había hecho caso desde que había conocido a Max. Taffy le pasó un pañuelo de cuadros impecable.

—Ten. ¿Quieres que me vaya? —Taffy vaciló detrás de ella.

—Sí, eh, no... oh, Taffy... —exclamó Greta, sollozando con desconsuelo—. ¡Tengo un problema gravísimo!

—¿Y por qué no me lo cuentas? Te sentirás mejor, sea lo que sea.

Greta volvió la cara hacia él y negó con la cabeza.

—No merezco la compasión de nadie —gimoteó.

—No digas tonterías. Ven aquí y deja que te dé un abrazo. —David la rodeó con sus fuertes brazos y la tuvo abrazada hasta que sus sollozos dieron paso a meros hipidos. Después empezó a quitarle el maquillaje corrido por las lágrimas—. Vaya disgusto, ¿no? Bueno, como decía mi abuela, nada es nunca tan malo como parece.

Greta se separó de él, incómoda de repente.

—Lo siento, Taffy. Ya estoy bien, en serio.

Él la miró, nada convencido.

—¿Has comido? Podrías desahogarte mientras te tomas un buen plato de empanada con puré. Opino que siempre va bien con las penas del corazón. Que es donde supongo que radica tu problema.

—Prueba un poco más abajo —masculló Greta, y lo lamentó de inmediato.

David hizo todo lo posible por no dejar traslucir sus verdaderas emociones.

—Entiendo. Y ese yanqui se ha largado sin más, ¿verdad?

—Sí, pero... —Ella lo miró atónita—. ¿Cómo sabes quién es?

—Greta, trabajas en un teatro. Todos, desde el portero hasta el director, están al tanto de la vida de los demás. Una monja con voto de silencio sería incapaz de guardar un secreto en este sitio.

—Siento no haberte hablado de él. Debería haberlo hecho, pero...

—Lo pasado, pasado está. Vamos, voy a esperar fuera mientras te cambias y después te llevaré a cenar.

—Pero, Taffy, yo...

—¿Sí?

Greta le dirigió una débil sonrisa.

—Gracias por portarte tan bien.

—Para eso están los amigos, ¿no?

Taffy la llevó al café de siempre enfrente del teatro. Greta descubrió que estaba

muerta de hambre y devoró su empanada con puré mientras le explicaba su difícil situación.

—Así que pedí a Doris la dirección y he ido a verlo esta mañana. Pero, Taffy, no te puedes hacer una idea de cómo era el sitio. Ese don Arreglos... llevaba las uñas sucias. No puedo... No puedo...

—Lo entiendo —la tranquilizó él—. ¿Y tu americano no sabe que estás embarazada?

—No. Zarpó a la mañana siguiente de ir al Windmill y verme en cueros. No tengo su dirección en Estados Unidos y, aunque la tuviera, después de verme actuar, es poco probable que acepte llevarme con él, ¿no? Su familia es muy tradicional.

—¿Sabes dónde vive en Estados Unidos?

—Sí, en una ciudad que se llama Charleston. Está en el Sur, parece. Oh, Taffy, me hacía tanta ilusión ver las luces de Nueva York.

—Greta, si Max vive donde dices, dudo que hubieras llegado a ver Nueva York. Está a cientos de kilómetros de Charleston, casi tan lejos como Londres de Italia. Estados Unidos es un país inmenso.

—Lo sé, pero todos los americanos que conozco parecen muy progresistas y nada remilgados como nosotros los británicos. Creo que me habría ido bien.

Taffy la miró, sintiendo una contradictoria mezcla de irritación y compasión ante su ingenuidad.

—Bueno, por si te anima, querida, la ciudad a la que estabas a punto de irte a vivir está en pleno centro de lo que llaman el Cinturón Bíblico. Sus habitantes siguen las Escrituras tan al pie de la letra que, a su lado, la moral incluso de nuestros ingleses más religiosos parece relajada.

—Max dijo que era baptista —reflexionó Greta.

—Pues ahí lo tienes. Sé que no es un consuelo, pero, sinceramente, Greta, Charleston dista tanto del ambiente de Nueva York como la casa de las montañas galesas en la que me crie dista de Londres. Allí te habrías sentido como pez fuera del agua, sobre todo después de la vida que has llevado aquí. Personalmente, creo que has tenido suerte.

—Puede. —Greta sabía que Taffy intentaba consolarla, pero todos sabían que Estados Unidos era el Nuevo Mundo, el país de las oportunidades, con independencia de dónde se viviera—. Pero si dices que tienen una moral tan

estricta, ¿por qué Max...?, bueno, ya sabes... —Greta se ruborizó.

—A lo mejor pensó que podía saltarse las reglas si estabais prometidos — sugirió David sin mucha convicción.

—Creía que Max me quería, en serio. Si él no me hubiera pedido matrimonio, yo nunca, nunca habría...

Greta se interrumpió, avergonzada y consternada. David le tomó la mano y se la apretó.

—Lo sé —dijo con dulzura.

—Yo no soy como Doris, de veras. Max... ha sido el primero. —Los ojos volvieron a inundársele de lágrimas—. ¿Por qué parece que todo ha de irme mal en la vida?

—¿Ah, sí, Greta? ¿Quieres hablarme de ello?

—No —se apresuró a responder—. Solo estoy regodeándome, compadeciéndome por el error tan terrible que he cometido.

Mientras veía cómo Greta forzaba una sonrisa, Taffy se preguntó qué la había llevado al Windmill cuando estaba claro que era una joven culta cuyo acento indicaba que era de buena familia. Greta estaba por encima de las otras vedetes y, para ser sincero, esa era la razón por la que se había sentido atraído por ella. Pero, obviamente, ese no era el momento de preguntárselo, de modo que cambió de tema.

—¿Quieres al niño, Greta?

—A decir verdad, no lo sé, Taffy. Estoy confundida y asustada. Y avergonzada. Creía de verdad que Max me amaba. ¿Por qué me...? —se lamentó, sin terminar la frase—. Cuando estaba en esa horrible casa esperando para ver al don Arreglos de Doris, no solo he salido corriendo porque me asustaba la operación. No podía dejar de pensar en esta criaturita que llevo dentro. Luego, camino de casa, me he cruzado con dos o tres madres que llevaban a sus bebés en cochecitos. Y me he dado cuenta de que, por minúscula que sea, está viva, ¿no?

—Sí, Greta, lo está.

—En ese caso, ¿puedo cometer un asesinato por mi error? ¿Negar al bebé su derecho a vivir? No soy religiosa, pero creo que jamás me perdonaría por haberlo matado. Por otra parte, ¿qué futuro nos espera a los dos si lo traigo al mundo? Ningún hombre volverá a mirarme nunca. ¿Una vedete del Windmill

preñada a los dieciocho? Un pésimo historial, ¿no?

—Bueno, yo te recomiendo que lo consultes con la almohada. Lo más importante es que no estás sola. Y... —Taffy expresó la idea que había ido perfilando mientras escuchaba su triste historia— yo puedo estar en situación de echarte una mano, de proporcionarte un sitio donde vivir si decides seguir adelante con el embarazo. Ese don Arreglos no tiene demasiada buena pinta, ¿no? Podría acabar matándoos a los dos, y eso no lo querríamos, ¿verdad?

—No, pero aún no estoy convencida de tener alternativa.

—Créeme, Greta, siempre hay alternativa. ¿Y si hablas con el señor Van Damm? Estoy seguro de que ya habrá tenido casos como el tuyo.

—¡Oh, no! ¡No podría hacerlo! Sé que es amable, pero el señor Van Damm exige que sus vedetes tengan una conducta intachable. Cuida muchísimo la imagen del Windmill. Me pondría de patitas en la calle mañana mismo.

—Tranquilízate, solo era una idea —respondió David, levantándose para pagar la cuenta—. Venga, voy a subirte a un taxi. Vete a casa y descansa un poco. Pareces agotada, Greta.

—No, en serio, Taffy, puedo coger el autobús.

—Insisto.

Después de parar un taxi delante del café, Taffy le dejó unas monedas en la menuda mano y le puso un dedo en los labios cuando ella volvió a protestar.

—Por favor, me preocuparé si no lo coges. Dulces sueños, Greta, y no te preocupes, ahora estoy aquí.

—Gracias otra vez por portarte tan bien, Taffy.

Cuando le dijo adiós con la mano mientras el taxi se alejaba, David se preguntó por qué intentaba ayudarla, pero la respuesta era simple. Al margen de lo que Greta hubiera hecho, había sabido que la amaba nada más verla.

4

A la mañana siguiente, los dos volvían a estar sentados en el café enfrente del Windmill. Greta se había escabullido del ensayo matutino para reunirse con David, arguyendo que estaba mareada y necesitaba tomar el aire, lo cual no distaba mucho de la verdad.

—Estás blanca como el papel —dijo él—. ¿Te encuentras bien?

Greta tomó un buen sorbo de su aguachinado té y añadió otro terrón de azúcar.

—Estoy cansada, nada más.

—No me sorprende. Anda, ten la mitad de mi sándwich.

—No, gracias. Me entran náuseas solo de olerlo. Comeré algo más tarde.

—Hazlo sin falta. ¿Qué has pensado? —Taffy la miró expectante.

—He decidido que no puedo seguir adelante con la... operación, así que eso no me deja alternativa. Voy a tener al bebé y sufrir las consecuencias.

—De acuerdo. —David asintió despacio—. Bueno, ahora que te has decidido, voy a explicarte cómo podría ayudarte. Lo que tú necesitas es tener un sitio donde vivir y un poco de paz e intimidad hasta que llegue el niño. ¿Sí?

—Sí, pero...

—Calla, y escucha mi propuesta. Dispongo de una casita en Monmouthshire, en la frontera con Gales. He pensado que podrías ir allí a pasar una temporada. ¿Has estado alguna vez en esa zona?

—No, nunca.

—Pues entonces no sabrás el sitio tan especial que es. —Taffy sonrió—. La casita está en una gran hacienda llamada Marchmont, cerca de las Montañas Negras, en un hermoso valle no muy lejos de la ciudad de Abergavenny.

—Qué nombre tan curioso. —Greta consiguió sonreír sin entusiasmo.

—Supongo que te acostumbras al idioma cuando te crías ahí. En fin, como

trabajo en Londres, ahora mismo no necesito la casa. Mi madre también vive en la hacienda. La llamé anoche y está dispuesta a cuidar de ti. Gran parte del terreno está cultivado, así que hay suficientes productos frescos para alimentarte durante este invierno. La casita es pequeña, pero está limpia y es acogedora. Podrías irte del Windmill, tener el bebé y, si quieres, volver a Londres sin que nadie sepa nada. Bueno, ya está. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso, pero...

—Greta, lo único que puedo hacer es ofrecerte una alternativa —dijo David al percibir vacilación y temor en sus ojos—. Y sí, aquello es muy distinto de Londres. No hay luces rutilantes, no hay nada que hacer por la noche y es posible que te sientas sola. Pero al menos estarás protegida y calentita.

—Esa... esa hacienda es donde tú te criaste, ¿verdad?

—Sí, aunque estuve en un internado desde los once años y, después, fui a la universidad. Luego estalló la guerra y me marché con mi regimiento, así que no he vuelto tan a menudo como me habría gustado. Pero, Greta, nunca has visto nada tan bonito como una puesta de sol sobre Marchmont. Tenemos más de doscientas hectáreas, la mansión está rodeada de un bosque que da cobijo a innumerables especies de plantas y pájaros y está regado por un río salmonero. Es un paraje precioso.

Un rayo de esperanza por un futuro mejor empezó a brillar en la mente de Greta.

—¿Dices que tu madre ha dicho que no le importa que vaya? ¿Sabe... sabe lo del niño?

—Sí, lo sabe, pero no te preocupes, Greta. Mi madre no se escandaliza por nada y es muy abierta. Y, para serte sincero, creo que le gustará tener compañía. La mansión de la hacienda se utilizó como clínica de convalecencia durante la guerra y, desde que se fueron todos los trabajadores y pacientes, echa de menos la actividad.

—Te lo agradezco muchísimo, Taffy, pero no querría abusar de tu amabilidad. Tengo muy poco dinero para pagar un alquiler. De hecho, no tengo nada.

—No tienes que pagar un solo penique. Serías mi invitada —confirmó él—. Como he dicho, la casita está vacía y es tuya si la quieres.

—Eres muy generoso, de verdad. Si aceptara tu ofrecimiento —dijo ella despacio, sabiendo que, fuera como fuera la casita, tenía que ser preferible a un

centro para madres solteras—, ¿cuándo podría ir?

—En cuanto quisieras.

Dos días después, Greta comunicó al señor Van Damm que dejaba su trabajo en el Windmill. Cuando él le preguntó la razón, pese a abrigar la fuerte sospecha de que ya la sabía, Greta solo dijo que su madre estaba enferma y tenía que volver a casa para cuidar de ella. Salió del despacho nerviosa, pero sintiéndose mejor por haber tomado una decisión. Ese mismo día, informó a su casera de que dejaría libre su habitación al final de la semana y pasó sus últimos días en el teatro intentando no preocuparse por el futuro. Todas las vedetes le firmaron una tarjeta y Doris se despidió de ella con un abrazo mientras, con discreción, le daba un sobre donde había unos patucos de lana.

Greta no tardó nada en meter sus pocas pertenencias en dos maletitas. Pagó a su casera y se despidió de la habitación que había sido su hogar en los últimos seis meses.

David la acompañó a la estación de Paddington una neblinosa mañana de diciembre para verla partir en su largo viaje a Abergavenny.

—Oh, Taffy, ojalá vinieras conmigo —dijo Greta, asomada a la ventanilla mientras él aguardaba en el andén.

—Estarás como en casa, Greta. Créeme. Yo nunca haría nada que pudiera perjudicarte, ¿verdad?

—¿Tu madre irá a recogerme de la estación? —preguntó por tercera vez Greta, nerviosa.

—Sí. Y una advertencia: intenta acordarte de llamarme David cuando te refieras a mí. Mi apodo del Windmill no le causará buena impresión, te lo aseguro —dijo él entre risas—. E iré a verte en cuanto pueda, te lo prometo. Esto es para ti. —Le puso un sobre en la mano cuando el jefe de estación tocó el silbato—. Adiós, cariño. Buen viaje, y cuida de los dos.

David se puso de puntillas y la besó en las mejillas. Pensó que Greta parecía una niña de diez años a la que estaban evacuando a un destino desconocido.

Greta no dejó de mover la mano hasta que David fue un minúsculo punto en el andén; después, se dirigió a su vagón y se sentó entre un grupo de soldados

licenciados. Estaban fumando y hablando con entusiasmo sobre amigos y parientes que llevaban meses sin ver. El contraste entre ellos y Greta era de un patetismo casi insoportable: los soldados regresaban con sus seres queridos y ella iba rumbo a lo desconocido. Abrió el sobre que David le había puesto en la mano. Dentro había dinero y una nota diciéndole que era para cualquier emergencia.

Cuando vio cómo los conocidos edificios de Londres daban paso a prados ondulados, su miedo empezó a aumentar. Se consoló pensando que si la madre de David resultaba ser una loca y la casa era poco más que un gallinero, ahora tenía dinero suficiente para regresar a Londres y reconsiderar sus planes. En su viaje hacia el oeste, el tren paró en numerosas estaciones y los soldados fueron apeándose poco a poco para ser recibidos en el andén por padres, esposas y novias alborozadas. Ya solo quedaba un puñado de pasajeros cuando Greta cambió de tren en Newport y al final se quedó sola en el vagón. Comenzó a relajarse un poco mientras contemplaba el desconocido paisaje galés por la ventanilla. Cuando el sol comenzó a ponerse, se dio cuenta de que el paisaje había cambiado de forma sutil; era más agreste y espectacular que nada de lo que había visto en Inglaterra. Montañas con las cumbres nevadas aparecieron en el horizonte cada vez más oscuro conforme el tren avanzaba hacia Abergavenny.

Eran más de las cinco, y ya plena noche, cuando el tren por fin llegó a su destino. Greta bajó las maletas de la rejilla, se colocó bien el sombrero y descendió al andén. Soplaban un viento frío y se arrebujó con el abrigo para protegerse el cuerpo. Se dirigió a la salida con aire indeciso y miró alrededor por si había alguien esperándola. Se sentó en un banco a la salida de la minúscula estación mientras sus compañeros de viaje saludaban a quienes habían ido a recibirlos y después se perdían en la noche.

Al cabo de diez minutos, la estrecha explanada estaba casi desierta. Después de pasar unos minutos más tiritando en el banco, Greta se levantó y volvió a entrar en la estación relativamente caldeada. El empleado seguía trabajando tras la ventanilla y ella llamó al cristal con los nudillos.

—Disculpe, señor.

—¿Sí, señorita?

—¿Puede decirme a qué hora sale el próximo tren que enlaza con Londres?

El empleado negó con la cabeza.

—Esta noche no hay más trenes. El próximo pasa mañana por la mañana.

—Oh. —Greta se mordió el labio cuando notó las lágrimas escociéndole en los ojos.

—Lo siento, señorita. ¿Tiene algún sitio donde quedarse esta noche?

—Bueno, tenían que venir a buscarme para llevarme a un sitio que se llama Marchmont.

El empleado se restregó la frente.

—¿Sabe?, eso está a unos cuantos kilómetros de aquí. No puede ir a pie. Y esta noche Tom, el taxista, está en Monmouth con su señora.

—Vaya por Dios.

—Oiga, no se ponga nerviosa aún. Estaré aquí durante otra media hora más o menos —dijo el empleado con amabilidad.

Greta asintió y regresó al banco.

—Virgen santa —se lamentó, suspiró y se sopló en las manos para intentar que no se le entumecieran.

Entonces oyó que un coche se acercaba. Un bocinazo le horadó los tímpanos y unas fuertes luces la deslumbraron. Cuando el ruidoso motor del vehículo que tenía delante enmudeció, una voz de mujer gritó:

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Hola! ¿Eres Greta Simpson?

Greta intentó distinguir la figura sentada al volante del coche descapotable. La conductora llevaba los ojos tapados con unas enormes gafas de motorista de cuero.

—Sí. ¿Es usted la madre de Taff... de David Marchmont?

—Sí. Pues sube, rapidito. Perdona el retraso. Se me ha pinchado una dichosa rueda y he tenido que cambiarla a oscuras.

—Eh... vale. —Greta se levantó del banco, cogió las maletas y las llevó al coche.

—Mételas atrás, querida, ponte estas gafas y coge esa manta. Puede hacer un poco de viento si la abuelita se pone a más de treinta kilómetros por hora.

Greta cogió las gafas y la manta que le ofrecía. Después de unos cuantos intentos fallidos, el motor arrancó y la conductora salió tan rápido de la explanada marcha atrás que casi se dio contra una farola.

—Pensaba que no venía —se atrevió a decir Greta cuando se incorporaron a la carretera y el coche alcanzó una velocidad aterradora.

—No hables, querida. ¡No oigo una palabra con este estruendo! —gritó la conductora.

Greta se pasó la siguiente media hora con los ojos bien cerrados y los puños apretados, con los nudillos blancos de la tensión. Por fin, el coche redujo la velocidad y se detuvo bruscamente, casi arrojando a Greta sobre el capó por encima del pequeño parabrisas.

—Sé buena y abre la verja, ¿quieres?

Greta bajó del coche con paso vacilante. Se colocó delante de los faros y abrió dos enormes portones de hierro forjado. En el muro contiguo había una ornamentada placa de bronce con la palabra MARCHMONT grabada en ella. El coche cruzó la verja y Greta volvió a cerrarla.

—Anímate, querida. No tardaremos mucho —dijo la conductora en voz alta para imponerse al rugido del motor.

Greta volvió a subir rápidamente al coche y empezaron a recorrer el camino particular lleno de baches.

—Ya hemos llegado. Esta es la Casa de la Alondra. —El coche se detuvo con un temblor, y la conductora bajó de un salto y cogió las maletas de Greta del asiento trasero—. Hogar, dulce hogar.

Cuando Greta se apeó, vio que la mujer se adentraba en un bosquecillo iluminado por la luna. La siguió nerviosa y suspiró aliviada cuando apareció una casita. Los quinqués que alumbraban el interior irradiaban un suave resplandor amarillo. La mujer abrió la puerta y ambas entraron.

—Bien. —Su acompañante se quitó las gafas de motorista y se volvió hacia ella—. Aquí la tienes. ¿Crees que será suficiente?

Era la primera oportunidad que Greta tenía de verla bien y, de inmediato, le llamó la atención el gran parecido que tenía con su hijo. Era muy alta y zanquilarga, con unos penetrantes ojos verdes y el abundante pelo cano muy revuelto y corto. Su conjunto de pantalón de pana, botas de cuero hasta la rodilla y chaqueta de tweed ceñida era a la vez masculino y extrañamente elegante. Greta echó un vistazo al acogedor interior de la casita y miró agradecida la chimenea, con las brasas encendidas.

—Sí. Es preciosa.

—Bien. Un poco sencilla, me temo. Aún no hay electricidad. Íbamos a instalarla justo cuando estalló la guerra. El retrete está afuera y hay una bañera

de hojalata en la cocina para los días festivos y las vacaciones, pero tarda tantísimo en llenarse que es más fácil lavarse en el fregadero.

La mujer se acercó a la chimenea a grandes zancadas, cogió un atizador, removió las brasas y añadió tres troncos de la cesta que había al lado.

—Ya está. La he encendido antes de ir a buscarte. El aceite para los quinqués está en una lata en el retrete, los troncos están en el cobertizo de atrás, y en la despensa tienes leche, pan fresco y queso para cenar. Seguro que estás rendida. Pon agua al fuego y hervirá enseguida. Y no te olvides de meter leña en la cocina todas las mañanas. Es una bestia insaciable, si no recuerdo mal. Lo siento, pero tengo que irme. Se nos ha perdido una oveja, ¿sabes? Sospechamos que se ha despeñado por el barranco. David me ha dicho que eres una muchacha bastante autosuficiente, en todo caso me pasaré mañana cuando ya estés instalada. Soy Laura-Jane Marchmont, por cierto —tendió la mano a Greta—, pero todos me llaman LJ. Tú también deberías llamarme así. Buenas noches.

Cerró de un portazo al salir.

Greta movió la cabeza confundida, suspiró y se arrellanó en el sillón raído pero cómodo delante de la chimenea. Tenía hambre y se moría por una taza de té, pero antes necesitaba sentarse un momento para recuperarse del suplicio del día.

Miró el fuego, pensando en la mujer que acababa de irse. Laura-Jane Marchmont no era precisamente como había esperado que fuera la madre de Taffy. A decir verdad, había imaginado una sencilla viuda campesina rubicunda y ancha de caderas. Miró alrededor y empezó a fijarse bien en su nuevo hogar. El salón era acogedor, con un bonito techo de vigas y una gran chimenea que ocupaba toda una pared. Apenas había muebles: solo el sillón, una mesa auxiliar y un estante repleto de libros desordenados. Descorrió el pestillo de una puerta y bajó dos peldaños de piedra hasta llegar a la pequeña cocina. Había un fregadero, un aparador lleno de platos de vajillas diversas, una mesa de pino bien limpia con dos sillas y una despensa, en la que encontró una hogaza de pan recién hecho, un trozo de queso, mantequilla, algunas latas de sopa y media docena de manzanas. Abrió la puerta trasera y encontró a su izquierda el congelador que servía de retrete.

La cocina daba paso a una vieja escalera de madera que conducía a una puerta, detrás de la cual se hallaba el dormitorio. La habitación de techo bajo estaba

ocupada casi en su totalidad por una robusta cama de hierro forjado con una alegre colcha de retazos. Un quinqué irradiaba una cálida luz que alargaba las sombras. Greta miró la cama con anhelo, pero sabía que, tanto por el bien del bebé como por el suyo, necesitaba comer antes de dormir.

Después de cenar sopa y pan con queso delante de la chimenea, bostezó. Se lavó lo mejor que pudo en el fregadero de la cocina y se dio cuenta de que en el futuro tendría que calentar el agua si no quería congelarse. Luego, tiritando, cogió las maletas y subió por fin a su habitación.

Tras ponerse el camisón por la cabeza y un jersey encima, se metió agradecida bajo la colcha en la cómoda cama. Cerró los ojos y esperó a que la invadiera el sueño. El silencio, después de su ruidosa habitación de Londres, era ensordecedor. Por fin, vencida por el agotamiento, se quedó profundamente dormida.

Cuando Greta se despertó a la mañana siguiente, oyó los arrullos de dos palomas junto a la ventana de su habitación. Sintióse desorientada, cogió su reloj y vio que eran más de las diez. Se levantó, descorrió las cortinas y miró por la ventana.

El cielo estaba azul claro y la escarcha de la noche anterior, derretida por el débil sol de invierno, lo había dejado todo cubierto de rocío. Más abajo había un suave valle con las laderas tapizadas de un espeso bosque cuyos enormes árboles ya estaban sin hojas. Un rumor de agua le indicaba que cerca debía de haber un riachuelo. Al otro lado del río que dividía el valle, veía prados ondulados que ascendían en suave pendiente, poblados de puntitos blancos que debían de ser ovejas. Y a su izquierda, dominando el valle, se alzaba una mansión de poca altura con paredes de ladrillo rojo rodeada de extensos jardines y terrazas de piedra. Sus numerosas ventanas con parteluz reflejaban el sol y Greta vio humo saliendo por dos de las cuatro majestuosas chimeneas. Supuso que debía de ser Marchmont Hall. A la derecha de la mansión había cuadras y otros edificios anexos.

Contemplar el apacible paisaje natural que la rodeaba la colmó de un inesperado placer. Se vistió con rapidez, con ganas de salir a explorar. Mientras bajaba la estrecha escalera, llamaron a la puerta y se apresuró a abrirla.

—Buenos días. Solo he venido a comprobar que estás bien instalada.

—Hola, LJ —dijo Greta con timidez—. Estoy bien, gracias. Acabo de despertarme.

—¡Santo cielo! Yo llevo levantada desde las cinco cuidando a la dichosa oveja. Se había caído por el barranco, en efecto, y a los hombres les ha costado horas subirla. Pero parece que saldrá de esta. En fin, tenemos que hablar de la

logística mientras vives aquí, así que ¿por qué no te vienes a cenar a casa esta noche? —le propuso LJ.

—Me encantaría, pero no quiero molestar.

—No eres ninguna molestia. A decir verdad, me vendría bien tener un poco de compañía femenina.

—¿Vive en esa casa tan grande? —preguntó Greta.

—Antes sí, querida, antes sí. Pero actualmente vivo en la Caseta del Guarda junto al portón principal. Allí estoy a gusto. Gira a la derecha desde aquí y sigue el camino. Son unos cinco minutos a buen paso. Hay un fanal en la despensa. Te hará falta. Esto se pone como la boca del lobo cuando anochece, como comprobaste ayer. Bueno, tengo que irme. Nos vemos a las siete.

—Sí, lo estoy deseando. Gracias.

LJ sonrió a Greta, se dio la vuelta y le dijo adiós con la mano mientras se alejaba resueltamente por el camino.

Greta pasó el día situándose en su nuevo hogar. Deshizo las maletas y salió a dar un paseo, siguiendo el rumor del agua. Al cabo de un rato, encontró el riachuelo y se arrodilló para beber de sus límpidas aguas burbujeantes. El aire era tonificante y helado, pero hacía sol y las hojas que habían caído de los numerosos árboles formaban una alfombra natural bajo sus pies. Llegó a casa cansada, pero con un poco de color en sus mejillas normalmente pálidas. Se puso la mejor falda y chaqueta que tenía, ilusionada por cenar con LJ.

A las siete menos cinco, Greta llamó a la puerta de la Caseta del Guarda. A la débil luz de la luna, vio que era un edificio de ladrillo rojo modesto pero bello cuya fachada de tres frontones recordaba a la de la propia Marchmont Hall. El jardincito delantero estaba immaculado.

LJ abrió la puerta unos segundos después.

—Veo que eres puntual. Me gusta. Soy muy estricta con la puntualidad. Pasa, querida.

Cogió el fanal que Greta llevaba y lo apagó antes de ayudarla a quitarse el abrigo.

Después, Greta la siguió por el pasillo hasta un salón solemne pero acogedor

en su desorden.

—Siéntate, querida. ¿Te apetece beber algo?

—Sí, por favor. Nada que sea fuerte, gracias.

—Te prepararé una ginebra corta. No os hará ningún daño ni al bebé ni a ti. Yo bebí como una cosaca cuando estaba embarazada de David ¡y mira lo grande que es! Vuelvo enseguida.

LJ salió del salón y Greta se sentó en una silla cerca de la chimenea. Miró alrededor y se fijó en el aparador de madera de caoba lleno de porcelana que parecía cara y en los dibujos enmarcados que representaban escabrosas escenas de caza. Los muebles eran valiosos, sin duda, pero estaban bastante deslucidos.

—Aquí tienes. —LJ le dio un vaso grande y se sentó en el sillón enfrente de ella—. Bienvenida a Marchmont, querida. Espero que, mientras estés con nosotros, seas muy feliz. —Tomó un buen trago de su ginebra mientras Greta daba un sorbito a la suya.

—Gracias. Ha sido muy amable acogiéndome. No sé qué habría hecho de no ser por su hijo —murmuró con timidez.

—Siempre ha tenido debilidad por las damiselas en apuros.

—Además, a Taffy le está yendo muy bien en el Windmill —dijo Greta—. El señor Van Damm acaba de darle un puesto fijo. Su número es muy gracioso. Todas las vedetes nos morimos de risa cuando lo escuchamos.

—Sí, bueno, ¿puedo pedirte un favor? Mientras estés aquí, ¿procurarás acordarte de llamar a mi hijo por su nombre de pila? Lo siento, pero hiere mi sensibilidad oír su apodo tan poco original. Sobre todo porque, para empezar, solo es medio galés.

—Por supuesto, le pido disculpas, LJ. Así que su padre es galés, supongo.

—Sí; como te habrás imaginado, yo soy tan inglesa como tú. Es una pena que David apenas conociera a su padre. Robin, mi marido, murió en un accidente de equitación cuando él tenía doce años, ¿sabes?

—Oh, lo siento —murmuró Greta.

—Yo también lo sentí, querida, pero si algo se aprende viviendo en una hacienda como esta, es que la muerte es tan parte de la vida como la propia vida.

Greta tomó otro sorbito de ginebra.

—¿Esta mañana ha dicho que antes vivía en la mansión?

—Sí. David nació ahí. Cuando la utilizaron como clínica de convalecencia

durante la guerra, me vine a vivir a la Caseta del Guarda. Decidí que era mucho más apropiada para mí y ya no volví a la casa grande, sobre todo desde que... — LJ se interrumpió—. El hermano mayor de mi marido vive ahora en la mansión.

—Entiendo. Parece bonita —se atrevió a observar Greta, percibiendo la tensión de LJ.

—Supongo que sí. Pero es inmensa, y mantenerla resulta una agonía. La instalación eléctrica costó un dineral. Eso sí, con diez dormitorios grandes, era ideal como clínica de reposo. Hubo una época en que estuvo ocupada por veinte oficiales y un equipo de ocho enfermeras. Pudo demostrar su verdadera utilidad, pienso yo.

—Entonces, ¿ayuda a administrar la hacienda de Marchmont? —preguntó Greta.

—No, ya no. Cuando mi marido murió, lo hice, sí. Me ocupaba del mantenimiento, lo que te aseguro que no te deja tiempo para nada más. Owen, el hermano de Robin, estaba en Kenia, pero volvió cuando estalló la guerra y, como es natural, pasó a ocuparse de todo. La granja producía leche y carne para el Ministerio de Agricultura, con lo que éramos autosuficientes. El racionamiento apenas nos afectó. Todos arrimábamos el hombro, créeme. Yo trabajaba en la granja de sol a sol. Luego, cuando requisaron la mansión para la clínica de convalecencia, ayudaba al personal médico. Sé que debería sentirme aliviada de que la guerra haya terminado, pero me gustaba la actividad. Ahora me siento un poco como si me hubieran jubilado —dijo con un suspiro.

—Pero ¿aún ayuda en la granja?

—De momento, sí. Algunos de los hombres jóvenes de la zona no han vuelto aún, así que el administrador de la granja siempre anda corto de trabajadores. Me llaman para que ayude a ordeñar las vacas o buscar ovejas extraviadas cuando hace falta. Es una explotación bastante grande, ¿sabes? Hoy en día, las tierras tienen que rentabilizarse. La leche y la carne que producimos nos dan suficientes ingresos para ir tirando. Bueno, basta de hablar de mí. Cuéntame cosas de ti.

—No hay mucho que decir, la verdad. Trabajaba con Taff... David en el teatro y nos hicimos amigos.

—Entonces, ¿eras una de las vedetes del Windmill?

Greta se sonrojó y asintió.

—Sí, pero solo durante unos meses.

—No tienes de qué avergonzarte, querida. Las mujeres tienen que ganarse la vida de alguna manera y, hasta que el mundo espabile y vea nuestra fortaleza interior, tenemos que salir adelante como podamos. Yo, sin ir más lejos. El clásico ejemplo de inglesa de alta cuna. Hasta tenía un «honorable» delante de mi nombre. Como era niña, tuve que quedarme en casa y aprender punto de cruz mientras mis hermanos, que en mi opinión no tenían dos dedos de frente, se educaban en Eton y Oxford. Uno es un borracho y consiguió dilapidar la fortuna de la familia en unos pocos años, y al otro lo mataron de un disparo mientras cazaba en África.

—¡Cielos! Lo siento.

—No lo sientas. Se lo merecía —dijo LJ con aspereza—. He pasado los últimos treinta años en Marchmont desempeñando diversas funciones y ha sido la época más feliz de mi vida. En fin, parece que hemos acabado hablando otra vez de mí. Culpa mía. Siempre divago. Una de mis malas costumbres, me temo. Estábamos hablando de ti. No querría parecer grosera, pero ¿qué relación tienes con David? —La nariz aguileña casi le tembló de curiosidad.

—Somos buenos amigos. Nada más, de verdad.

—¿Sería una impertinencia sugerir que me da la sensación de que David tiene más que un ligero interés por ti? Después de todo, no es que vaya prestando la casa a todas las jóvenes desamparadas que conoce.

—Como he dicho, solo somos buenos amigos. —Greta notó que se sonrojaba—. David me ha ayudado porque yo no tenía a nadie más.

—¿Qué hay de tu familia?

—Pues... murieron en el bombardeo alemán de Londres. —Era mentira, pero LJ no podía saberlo.

—Ya veo. Pobrecilla. ¿Y el niño?

—El padre es un oficial estadounidense. Yo creía que me quería y...

LJ asintió.

—Bueno, pasa desde hace siglos, y seguirá pasando eternamente, estoy segura. Y hay muchas con menos suerte que tú, querida. Al menos tienes un sitio donde vivir, gracias a mi hijo.

—Y siempre le estaré agradecida —dijo Greta, de golpe con ganas de llorar y embargada por la emoción.

—En fin, no te importa que comamos aquí en bandejas, ¿verdad? —preguntó

LJ, cambiando de tema—. El comedor es terriblemente lúgubre y frío. Solo apropiado para velatorios, en mi opinión.

—No, en absoluto.

—Bien. Pues iré a buscar la cena.

LJ regresó poco después, con dos platos llenos a rebosar de un sustancioso guiso de ternera y puré de patatas con abundante mantequilla.

—Está riquísimo —dijo Greta, comiendo con apetito—. Lo que comíamos en casa durante la guerra era bastante horrible.

—He oído que a los huevos en polvo costaba cogerles el gusto. —LJ enarcó las cejas—. Bueno, aquí no te faltarán productos frescos. Tenemos ovejas a porrillo, aves de corral, aves de caza y, además, hortalizas de cosecha propia. Y lácteos, claro.

—¡Dios santo! Estaba muerta de hambre —dijo Greta poco después cuando dejó el cuchillo y el tenedor juntos en el plato vacío.

—Una combinación del aire puro y el embarazo. Anda, ven a ayudarme a lavar los platos. No soporto encontrármelos sucios cuando bajo por la mañana.

Greta cogió su bandeja y entró en la cocina detrás de LJ.

—Hablando de comida, te llevaré huevos, leche, verdura y carne una vez a la semana. Si quieres algo más, puedes coger el autobús a Crickhowell, el pueblo más cercano. No esperes gran cosa, pero hay una bonita tienda de lanas. A lo mejor podrías tejer ropita para el niño... y para ti, bien mirado. Vas a necesitar ropa de abrigo; aquí puede hacer mucho frío en invierno. —LJ miró la fina chaqueta y la falda de Greta.

—No sé hacer punto, LJ.

—Pues entonces tendremos que enseñarte, ¿no? Durante la guerra, debí de tejer cien jerséis para nuestros muchachos. Es increíble lo que se aprende cuando hay necesidad. Y David tiene un montón de libros que deberían mantenerte ocupada. Acabo de terminar *Rebelión en la granja* de ese tipo, George Orwell. Un libro maravilloso. Te lo prestaré si quieres.

Greta asintió con entusiasmo. Siempre había sido una ávida lectora.

Regresaron al salón, se tomaron un chocolate caliente y escucharon las noticias de las nueve en la radio.

—Una vía de comunicación vital para los que vivimos aquí, esa fea caja de tela metálica —dijo LJ—. Me he enganchado bastante a Tommy Handley en

Otra vez aquel hombre, y David lo idolatra.

—¿Puedo preguntarle por qué se marchó David de Marchmont para trabajar en Londres? —dijo Greta—. Si yo hubiera nacido aquí, seguro que no me habría ido.

LJ suspiró.

—Bueno, en verdad, David se marchó de Marchmont hace mucho tiempo. Estudió en un internado de Winchester y le faltaba un año para terminar en Oxford cuando estalló la guerra. Aunque no era necesario, se alistó de inmediato y lo hirieron unos meses después en Dunkerque. Cuando se recuperó, lo mandaron a la instalación militar de Bletchley Park y, por lo que dicen, allí trabajó en asuntos de alto secreto. Un muchacho inteligente, David. Tiene un expediente académico excelente. Me parece una lástima que no pudiera terminar los estudios o que no se haya dedicado a una profesión en la que pueda usar la cabeza.

—Bueno, he visto actuar a David. Sus monólogos son una maravilla. Creo que hay que ser muy inteligente para ser buen cómico —arguyó Greta en tono defensivo.

—Sí, bueno, no es precisamente lo que habría querido para mi único hijo, pero él sueña con las candilejas desde que era pequeño. Dios sabe de dónde le viene. No hay muchos artistas en la familia de su padre o la mía —dijo LJ con altivez—. Pensé que trabajar para el ejército quizá le hiciera cambiar de idea, pero no. Hace ocho meses lo relevaron de sus funciones. Vino a casa y me dijo que se iba a Londres para probar suerte en el teatro.

—Bueno, si le sirve de consuelo, le va estupendamente. En el Windmill, todos pensamos que llegará lejos.

—Es un consuelo, sí. Cuando tengas a tu pequeñín dentro de unos meses, entenderás el sufrimiento de ser madre. Aunque tuviera otros planes para David cuando era más joven, agradezco que haya sobrevivido a la guerra para perseguir sus sueños. Ahora, mi principal preocupación es que sea feliz. —LJ bostezó de repente—. Perdona. Después de la debacle de anoche con la oveja, estoy agotada. Siento echarte, pero tengo que levantarme temprano para ordeñar las vacas. No te pasará nada si vuelves sola, ¿verdad?

—Estaré bien —prometió Greta.

—Genial. Pasaré a verte cuando pueda y, si necesitas algo, siempre ando por

aquí.

LJ salió al recibidor y descolgó el abrigo de Greta del pasamano. Se agachó para coger un par de botas de agua.

—Ten, llévatelas. Probablemente te irán enormes, pero esos zapatos de ciudad que llevas no te durarán más que unos días aquí.

Greta se puso el abrigo y cogió las botas de agua.

—Muchísimas gracias por la cena. Es muy amable por cuidarme de esta forma.

—Siempre he tenido debilidad por mi querido David. —LJ suavizó las facciones cuando volvió a encender el fanal de Greta y se lo dio—. Pronto entenderás a qué me refiero. —Le señaló la barriga—. Buenas noches, Greta.

—Buenas noches.

LJ se quedó en la entrada de la caseta y vio cómo la joven bajaba con cuidado por el camino. Cerró la puerta, absorta en sus pensamientos, y fue a sentarse en su sillón preferido cerca de la chimenea, intentando discernir por qué se sentía tan inquieta.

Cuando David la había llamado para decirle que quería que Greta fuera a quedarse en su casita, LJ había oído la calidez de su voz cuando hablaba de ella. Quizá esperaba que la gratitud de Greta se transformara en otro sentimiento, que un día ella le correspondiera. Greta parecía una joven bastante agradable, pero LJ veía que no estaba enamorada de su hijo.

Cuando subió la escalera para irse a la cama, rezó para que su David del alma no tuviera que lamentar su acto de bondad.

Tenía el palpito de que la llegada de Greta a Marchmont influiría en el destino de su hijo. Y, por alguna razón que no alcanzaba a entender, también en el suyo.

6

Después de llevar una semana en Marchmont y con la Navidad ya cerca, Greta sabía que en los meses venideros el aburrimiento sería su peor enemigo. La introspección jamás la había atraído; en verdad, la asustaba. La perspectiva de tener todo el día para pensar en su vida y en cómo la había echado a perder no la entusiasmaba. Pero allí, sin otra ocupación que no fuera leer libros —algunos de los cuales eran clásicos de Charles Dickens y Thomas Hardy, cuyos relatos de tragedias solo servían para reflejar su propia desgracia—, Greta se descubrió mirando el reloj y ordenando mentalmente al tiempo que corriera.

Se pasaba horas pensando en Max, en dónde estaba, en lo que hacía. Incluso consideró llamar a Whitehall para intentar localizarlo, pero no le parecía que tuviera mucho sentido. Max ya no la querría.

Lo echaba de menos. No los regalos, ni la vida que podría haber tenido, sino al hombre. Su suave acento sureño, su risa, la dulzura de sus caricias cuando le había hecho el amor...

Por las tardes, se había habituado a dar un largo paseo, solo para salir de la casita. Pasaba junto a la Caseta del Guarda, rezando para que su inquilina la viera desde la ventana y saliera a charlar con ella. LJ había ido a verla hacía unos días con provisiones, unas agujas de punto y lana. Se había pasado una hora con ella, enseñándole lo básico con paciencia, pero después Greta no la había visto y había ido sola al bosque.

Por fin, el día anterior, LJ había aparecido con una cesta llena de chucherías navideñas.

—Me voy a Gloucestershire, a casa de mi hermana, dentro de una hora más o menos. Volveré el día de San Esteban temprano —le había informado con su habitual aspereza—. Con esto deberías tener suficiente, y he pedido a Mervyn, el

jornalero, que pase a dejarte pan y leche fresca mientras no estoy. Feliz Navidad, querida. Pronostican nieve para mañana, así que asegúrate de tener la chimenea encendida.

Al verla marchar, la sensación de aislamiento de Greta se había intensificado. Y cuando la nieve que LJ había vaticinado empezó a caer en Nochebuena, ni tan siquiera el placer de acompañar un pastelito de carne picada casero con un vasito del jerez dulce de la cesta le había levantado el ánimo.

—Estamos completamente solos, chiquitín —había susurrado a su barriga cuando las campanas de la capilla cercana dieron las doce de la noche—. Feliz Navidad.

El día de Navidad, Greta descorrió las cortinas y vio una ilustración de cuento de hadas al otro lado de la ventana.

Durante la noche, la nevada había transformado el paisaje. Las ramas de todos los árboles estaban cubiertas del puro polvo blanco, como si alguien hubiera espolvoreado azúcar glasé sobre ellas. El suelo del bosque, una superficie perfecta solo rota por alguna que otra oscura ramita, parecía una alfombra de armiño. La recia capa de escarcha añadió titilantes reflejos a la idílica escena conforme el sol matutino ascendía sobre el valle helado.

Cuando bajó la escalera, Greta pensó en que, cualquier otro día de Navidad, habría estado encantada de que hubiera nevado; sin embargo, mientras encendía la chimenea y ponía agua a hervir, pensó que jamás se había sentido tan desdichada.

Más avanzado el día, cuando cocinó y se comió el pollo que LJ le había dejado y después se zampó los pastelitos de carne que quedaban —últimamente su apetito parecía insaciable—, pensó en la Navidad anterior y en lo distinta que había sido.

Sin querer recordar, pero sin nada que la distrajera e incapaz de impedir que la inundaran los recuerdos, se puso el abrigo, el sombrero y las botas de agua para dar su paseo de todas las tardes.

Abrió la puerta trasera y salió. La nieve crujió cuando la pisó y el aire glacial cristalizó su respiración en finas volutas blancas. Vagando por el bosque, mejoró algo su humor mientras se empapaba del mágico entorno, parándose de vez en cuando a mirar los relucientes dibujos que la escarcha había formado en troncos y ramas caídas. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que volviera a

sumirse en sus divagaciones.

Quizá, pensó, la razón por la que estaba tan baja de moral era que ese día hacía justo un año que el problema que había provocado su repentino traslado a Londres había surgido por primera vez.

Había tenido una infancia feliz, en un respetable barrio residencial de Manchester, hija única de unos padres que la adoraban. Pero cuando tenía trece años, un funesto día en el que los alemanes recrudecieron sus ataques aéreos, su padre salió en su Ford negro y ya no regresó. Su madre, histérica y deshecha en lágrimas, le dijo al día siguiente que había muerto en un bombardeo en el Royal Exchange de Manchester. Una semana después, Greta vio cómo daban sepultura a lo que quedaba de su querido padre.

En los dos años siguientes, en un clima de tensión mientras la guerra proseguía, su madre cayó en una fuerte depresión y llegó a pasarse semanas seguidas sin levantarse de la cama, mientras Greta volcaba toda su energía en los estudios y se sumergía en la lectura. La única otra cosa con la que se consolaba era el cine, al que su madre la había llevado con regularidad. El mundo de fantasía, en el que todos eran guapos y la mayoría de las historias terminaban bien, suponía un feliz desahogo frente a la realidad. Greta había decidido que, cuando fuera mayor, sería actriz.

A los quince años, su situación cambió. Una noche, su madre llegó a casa en un cochazo con un hombre gordo de pelo cano y anunció a Greta que iba a ser su nuevo padre. Tres meses después, se mudaron a la enorme casa de su padrastro en Altrincham, una de las ciudades más deseables de Cheshire. Su madre, aliviada por haber encontrado otro hombre que cuidara de ella, volvió a ser la misma de siempre y su casa se llenó otra vez de invitados y risas. Y durante un tiempo Greta fue feliz.

Su padrastro, un industrial de Manchester desabrido pero adinerado, era una figura distante a quien Greta apenas veía al principio. Pero, cuando se hizo mujer, él dejó de prestar atención a su esposa para fijarse en la hija joven y más guapa. Tomó la costumbre de buscarla siempre que estaban solos en casa. La situación había alcanzado un punto crítico el día de Navidad del año anterior, cuando, durante una fiesta en casa, mientras su madre estaba abajo atendiendo a los invitados, él la siguió arriba...

Greta se estremeció al recordar su aliento fétido, su cuerpo gordo

aprisionándola contra la pared con todo el peso, mientras le magreaba los pechos e intentaba besarla con sus húmedos labios.

Por suerte, en esa ocasión, un ruido de pasos en la escalera le impidió llegar más lejos, y Greta corrió a su habitación aterrada y en estado de shock, rezando para que el incidente se debiera únicamente a los efectos del alcohol y no volviera a repetirse.

Por desgracia, no fue así, y Greta pasó los meses siguientes haciendo todo lo posible por eludir las insinuaciones de su padrastro. Una calurosa noche de junio, irrumpió en su habitación cuando ella se estaba quitando las medias para meterse en la cama. La agarró por detrás y la arrojó contra el colchón, tapándole la boca con una mano para que no gritara. De algún modo, ella consiguió subir la rodilla y, cuando él dejó de aprisionarla con su peso para desabrocharse el pantalón, logró asestarle un fuerte rodillazo en la entrepierna.

Con un alarido, él se cayó de la cama y se dirigió a la puerta tambaleándose y gritándole obscenidades.

Sabiendo que no tenía alternativa, Greta hizo la maleta y, cuando la casa estuvo en silencio, bajó con sigilo después de medianoche. Recordaba que en una ocasión su padrastro la había invitado a su despacho y le había insistido para que se sentara en su regazo. Asqueada, pero no queriendo provocar su ira, había obedecido. Él había abierto un cajón, había sacado la llave para abrir su caja fuerte, le había enseñado un collar de diamantes y le había dicho que sería suyo si se portaba bien. Greta se había fijado en que la caja estaba llena de dinero en metálico. Así que, aquella noche fatídica, se dirigió rápidamente al cajón, sacó la llave, abrió la caja fuerte y cogió un buen fajo de billetes.

Luego salió de casa, fue caminando a la estación de Altrincham y esperó sentada en el andén hasta que llegó el tren de las cinco para llevarla a Manchester. Desde allí, cogió el tren a Londres y fue derecha al Windmill para pedir trabajo.

Greta miró el cielo ya casi oscuro, preguntándose si su madre había intentado buscarla después de su partida. A veces había pensado en escribirle, pero ¿cómo podía justificar su precipitada marcha? Aunque su madre la creyera, lo que era poco probable, Greta sabía que la verdad le rompería el corazón.

La tristeza la embargó cuando se detuvo en un claro al darse súbitamente cuenta de que había estado tan absorta en sus pensamientos que no se había fijado en el camino. De pie entre los altos árboles que relucían a la luz mortecina, Greta buscó un punto de referencia, algo que la guiara a casa. Pero todo estaba tapado por el blanco manto de nieve.

—Dios mío —masculló, girando sobre sí misma en vano, desesperada por orientarse.

Exasperada, se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío y, mientras intentaba decidir qué dirección tomar, oyó que un perro ladraba cerca. Se detuvo, miró atrás y vio un enorme sabueso negro corriendo hacia ella. Petrificada de miedo, vio cómo se acercaba, sin aminorar el paso. Con gran esfuerzo, consiguió que su cuerpo la obedeciera, se dio la vuelta y echó a correr lo más rápido posible.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó, oyendo los jadeos del perro a pocos metros de ella.

Ya casi no quedaba luz y no veía bien dónde pisaba. Como sus botas le iban demasiado grandes, a punto estuvo de resbalar en la nieve helada, hasta que al final tropezó, y al caer se dio en la cabeza contra la base de un árbol. Todo se volvió negro.

Cuando Greta volvió en sí, notó un aliento caliente en la cara y una áspera lengua lamiéndole la mejilla. Abrió los ojos, miró los grandes ojos enrojecidos del perro y soltó un chillido agudo.

—¡Morgan! ¡Morgan! ¡Ven aquí!

De inmediato, el perro la dejó en paz y corrió obediente al encuentro de la alta figura que se acercaba a ella a toda prisa. Greta intentó incorporarse, pero el mareo se lo impidió. Cerró los ojos y volvió a desplomarse sobre la nieve con un gemido.

—¿Se encuentra bien?

La voz era masculina y grave.

—Yo... —Greta volvió a abrir los ojos y vio un hombre alzándose sobre ella—. No lo sé —susurró, y empezó a tiritar de forma incontenible.

El hombre se agachó.

—¿Se ha caído? Tiene un feo corte en la frente. —Alargó una mano y le apartó el pelo. Le examinó la herida y buscó un pañuelo con el que le enjugó la sangre.

—Sí. Me perseguía ese perro. ¡Pensaba que iba a matarme!

—¿Morgan? ¿Matarla? Lo dudo mucho. Saludarla con bastante alboroto, quizá —dijo el hombre con voz ronca—. ¿Puede andar? Necesitamos llevarla a la mansión para poder secarla y mirarle la herida como es debido. Aquí está demasiado oscuro para ver a qué nos enfrentamos.

Greta hizo un valiente esfuerzo para ponerse de pie, pero, cuando apoyó el peso en el tobillo derecho, gritó de dolor. Volvió a desplomarse en la nieve, moviendo la cabeza con impotencia.

—Vale. Solo se puede hacer una cosa. Tendré que llevarla a cuestas. Abrácese a mi cuello.

El hombre se arrodilló junto a ella y Greta hizo lo que le pedía. Él la levantó del suelo sin dificultad.

—Agárrese bien. Podrá entrar en calor enseguida.

Greta enterró la cara en el hombro del impermeable de su salvador. Estaba tan mareada que a duras penas consiguió no desmayarse de nuevo. Diez minutos después, alzó la vista y vio que habían salido del bosque y se dirigían hacia las potentes luces de la mansión. Llegaron a la entrada porticada y el hombre abrió la gran puerta de madera de roble empujándola con el hombro.

—¡Mary! ¡Mary! ¿Dónde estás, mujer? —gritó mientras cruzaba el cavernoso vestíbulo.

Pese a estar aturdida por el dolor, Greta se fijó en el enorme árbol de Navidad colocado en el hueco de la solemne escalera isabelina. La luz de las velas que se reflejaba en los delicados adornos de cristal danzaba hipnóticamente ante sus ojos y un maravilloso olor a pino lo perfumaba todo. El hombre llevó a Greta a un amplio salón, donde había una gran chimenea de piedra con la lumbre encendida. La depositó con cuidado en uno de los dos grandes sofás de terciopelo dispuestos alrededor del hogar.

—Perdone, señor Owen. ¿Me ha llamado? —Una rolliza joven que llevaba un delantal apareció en la puerta del salón.

—¡Sí! Trae agua tibia, una toalla, una manta y un buen vaso de coñac.

—Sí, señor. Claro, señor —dijo Mary, y salió del salón.

El hombre se quitó el abrigo, lo arrojó a una silla y se puso a alimentar el

fuego. Al poco, Greta empezó a entrar en calor. Lo miró en silencio mientras intentaba contener los escalofríos. No era tan alto como le había parecido en el bosque cuando estaba postrada sobre la nieve. Su cara curtida pero de facciones bonitas estaba muy bronceada y tenía el pelo cano rizado y abundante. Iba vestido con una indumentaria ideal para estar al aire libre —recio pantalón de molesquín, chaqueta de tweed y jersey de lana de cuello alto— y Greta le echaba unos cincuenta y cinco años.

—Aquí tiene, señor. —Mary, la sirvienta, regresó a toda prisa al salón con lo que él le había pedido. Lo dejó todo en el suelo junto al sofá—. Iré rápidamente a buscar el coñac a la biblioteca, señor.

—Gracias, Mary. Bien —el hombre se arrodilló junto a Greta y metió una esquina de la toalla en el agua—, voy a limpiarle la herida, después Mary puede buscarle algo seco que ponerse. —Le pasó la toalla por el corte de la frente y Greta hizo una mueca—. No es usted una cazadora furtiva, ¿verdad? No tiene pinta, pero hoy en día nunca se sabe.

—No.

—Bueno, puede que no lo sea; aun así, estaba cometiendo una infracción. Se encontraba en una propiedad privada. —Aclaró la toalla manchada de sangre en el agua y volvió a presionarle la sien con ella.

—No he entrado sin permiso —respondió Greta—. Vivo en la hacienda.

El hombre enarcó una poblada ceja castaña, sorprendido.

—¿De veras?

—Sí, en la Casa de la Alondra. Es de David Marchmont, y me la ha prestado por un tiempo.

El hombre frunció el ceño.

—Entiendo. Es su novia, imagino.

—Oh, no, nada de eso —se apresuró a aclarar Greta.

—Bueno, agradecería que Laura-Jane me avisara cuando su hijo ofrece una de las casas de Marchmont a una jovencita desamparada. Soy Owen Marchmont, el tío de David, por cierto. La hacienda es mía.

—Entonces, siento que no supiera que estaba aquí.

—No es culpa suya; típico, muy típico —gruñó Owen—. Ah, aquí llega el coñac. Gracias, Mary. Busca para esta jovencita algo seco que ponerse y luego ayúdala a quitarse la ropa mojada. Volveré dentro de poco para echar un vistazo

a ese tobillo —añadió, dirigiéndose a Greta; después se despidió de ella con un seco gesto de la cabeza y salió, con Mary pisándole los talones.

Greta volvió a recostarse contra el brazo del sofá; le dolía mucho la cabeza, pero al menos ya no estaba mareada. Recorrió el elegante y cómodo salón con la mirada y vio que tenía una ecléctica mezcla de muebles antiguos de buen gusto. El viejo suelo de piedra estaba cubierto por varias alfombras Aubusson descoloridas, y cortinas moradas de seda enmarcaban las grandes ventanas. Una sola viga enorme sustentaba el techo y las paredes revestidas de madera de roble estaban decoradas con pinturas al óleo.

Mary regresó enseguida, ayudó a Greta a desnudarse y la envolvió en una recia bata de lana.

—Gracias —dijo Greta cuando la joven le tendió el vaso de coñac—. Siento darte trabajo.

—Ahora descanse, señorita. Ha tenido una fea caída, ¿sabe? El señor Owen volverá enseguida para mirarle el tobillo —respondió Mary con amabilidad, mientras volvía a retirarse.

Unos minutos después, Owen entró en el salón y se acercó a Greta.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

—Eso creo —respondió ella con timidez, tomando un cauto sorbo de coñac.

—Echémosle un vistazo. —Owen se sentó en el sofá y le examinó el tobillo—. Está muy hinchado, pero, como puede moverlo, dudo que se lo haya roto. Yo diría que es un fuerte esguince. Lo único que hay para eso es reposo. Con tanta nieve, me temo que tendrá que quedarse a pasar la noche. Se ha llevado un buen susto y ahora mismo no le conviene apoyar peso en el tobillo.

—Oh, no, señor, no... no querría abusar de su amabilidad. Yo...

—¡Bobadas! Tenemos nueve habitaciones vacías y Mary solo debe preocuparse de mí. Le pediré que encienda el fuego en uno de los otros dormitorios. ¿Tiene hambre?

Greta negó con la cabeza. Seguía con ganas de vomitar.

Owen tocó una campanilla para llamar a Mary y, cuando la sirvienta regresó, le dio más órdenes. Después se sentó en un sillón enfrente de Greta.

—Bueno, este es un giro interesante de los acontecimientos en el día de Navidad. Mis invitados se han marchado hace un par de horas, después de comer, y parece que ahora tengo otra. En fin, ¿qué hacía en el bosque cuando ya

era casi de noche, querida? Estaba muy lejos de la Casa de la Alondra cuando Morgan la ha encontrado. Dudo que hubiera dado con el camino de vuelta. Podría haberse muerto de frío.

—Me... he perdido —reconoció Greta.

—Bueno, después de todo, a pesar del esguince, creo que ha tenido suerte.

—Sí. Muchísimas gracias por rescatarme —dijo ella, sofocando un bostezo.

—De acuerdo, por su aspecto, es hora de acostarla. La llevaré arriba.

Quince minutos después, Greta llevaba puesto un pijama limpio de Owen y estaba tumbada en una cama con dosel grande y cómoda. Tanto la cama como la propia habitación, con sus recias cortinas de damasco, alfombras orientales y exquisitos muebles de madera de nogal, le recordaban la cámara de una reina.

—Si tiene algún problema, toque la campanilla y Mary la atenderá. Buenas noches, ¿señorita...?

—Simpson, Greta Simpson. Y siento de verdad causarle tantas molestias. Estoy segura de que mañana ya me encontraré bien.

—Por supuesto. Y, por favor, llámeme Owen. —Le dirigió una media sonrisa casi vergonzosa y se marchó.

Después de que Mary le llevara una taza de chocolate caliente, del que Greta solo consiguió tomarse unos sorbos, el agotamiento se apoderó de ella. Cerró los ojos y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Mary llamó a la puerta y entró en la habitación sin hacer ruido. Dejó una bandeja con el desayuno en la mesilla y descorrió las cortinas.

—Buenos días, señorita. ¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó mientras Greta se movía en la gran cama y se estiraba con exuberancia.

—De hecho, hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. —Esbozó una sonrisa mientras veía cómo Mary se agachaba para encender la chimenea—. Necesito ir al baño —dijo, destapándose y bajando de la cama—. ¡Ay! —Se agarró al colchón cuando el tobillo le dio una punzada.

—Vaya por Dios, señorita. —Mary corrió a su lado de inmediato y la ayudó a volver a la cama. Le miró el tobillo, que había adquirido un fuerte color morado durante la noche—. La ayudaré a ir al baño, pero creo que más vale que pida al señor que llame al doctor Evans.

Poco después, Owen se levantó de su escritorio y estrechó la mano al médico.

—Gracias por venir tan rápido, doctor Evans. Dígame, ¿cuál es el veredicto sobre nuestra invitada?

—La he examinado a fondo y la herida de la cabeza no es tan grave como parece, pero el esguince que se ha hecho en el tobillo lo es. Recomiendo reposo absoluto al menos durante los próximos días. Sobre todo en su situación —añadió el doctor Evans.

—¿Y cuál es su situación?

—Según mis cálculos, la joven está embarazada de casi tres meses. No querría exponerme a que tenga otra caída y dañe al feto, sobre todo con este tiempo tan nefasto. Recomiendo que guarde cama. Me pasaré dentro de un par de días para ver cómo evoluciona.

Owen se quedó impasible.

—Gracias, doctor. Y espero poder confiar en su discreción en este asunto.

—Por supuesto.

Cuando el doctor Evans se marchó, Owen subió la escalera y se dirigió a la habitación de Greta. Llamó a la puerta con suavidad y la abrió. Vio que estaba dormida y se quedó mirándola desde el pie de la cama. Parecía vulnerable y menuda en esa cama tan grande, y se dio cuenta de que casi era una niña.

Se encaminó a la silla de la ventana, se sentó y pensó en las circunstancias que habían llevado a Greta a Marchmont. Observó la hacienda por la ventana; en las circunstancias actuales, la propiedad pasaría a manos de su sobrino cuando él muriera.

Diez minutos después abandonó la habitación, bajó la escalera y salió de casa.

LJ estaba en el establo, ordeñando la última vaca. Oyó pasos y alzó la vista. Arrugó la frente al ver quién era.

—Hola, Owen. Según se rumorea en Marchmont, tienes una invitada imprevista en casa. ¿Cómo está la paciente?

—Su tobillo no está demasiado bien, me temo. El médico le ha prescrito reposo absoluto, así que parece que se quedará unos días en la casa grande. Ahora mismo lo tiene difícil para volver sola a la suya. La pobrecilla apenas se tiene en pie.

—Vaya por Dios —dijo LJ con un suspiro—. Lo siento.

—Supongo que estás al corriente de su... estado.

—Sí, claro.

—Es de David, ¿verdad?

—¡Virgen santa, no! Un soldado estadounidense la dejó tirada y David le ha ofrecido su ayuda. No tenía donde ir.

—Entiendo. Es muy generoso de su parte, dadas las circunstancias.

—Sí. David es un muchacho generoso.

—Entonces, ¿no tiene familia?

—Parece que no —respondió LJ lacónica, poniéndose de pie—. Ahora, si me disculpas...

—Claro. Te tendré al tanto de cómo evoluciona. Es muy guapa, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—Adiós, Laura-Jane.

Owen se dio la vuelta y salió al patio.

LJ lo miró, desconcertada por sus preguntas. Cogió el cubo ya rebosante de leche recién ordeñada e interpretó la conversación como otro ejemplo de la compleja personalidad de Owen Marchmont.

No comprendió la importancia de lo que había dicho sobre Greta hasta esa noche, cuando, atípicamente, seguía despierta de madrugada.

—No... no puede ser —refunfuñó, horrorizada por la idea que se le acababa de ocurrir.

Pasaron cuatro días antes de que Greta pudiera andar cojeando por la habitación sin ayuda. Sentada cómodamente en la gran cama con sus bonitas vistas sobre el valle, y atendida por Mary siempre que lo necesitaba, empezó a pasarlo bien. Owen iba a verla todas las tardes y, como había descubierto su afición por la lectura, se sentaba a leerle un libro. Greta hallaba un extraño consuelo en su presencia y le encantaba escuchar su voz grave.

Cuando Owen terminó *Cumbres borrascosas* y cerró el libro, vio lágrimas en sus ojos.

—Mi querida Greta, ¿qué te pasa?

—Lo siento. Es una historia preciosa. Es decir, querer a alguien de esa manera y no poder nunca... —No acabó la frase.

Owen se levantó y le acarició la mano.

—Sí —dijo, asintiendo, conmovido por cómo le había emocionado el libro—, pero es una historia, nada más. Mañana empezaremos *David Copperfield*. Es una de mis novelas preferidas. —Le sonrió y salió de la habitación.

Greta se recostó en las almohadas y pensó en qué agradable sería no tener que regresar nunca a la soledad de su fría casita. Allí se sentía protegida. Le extrañaba que Owen no estuviera casado. Era culto, inteligente y, aunque ya tenía sus años, aún era un hombre atractivo. Se descubrió imaginando cómo sería tenerlo por esposo; ser la señora de esa mansión y la hacienda de Marchmont, vivir segura y protegida hasta el final de sus días. Pero, por supuesto, era un sueño. Ella era una mujer sin un céntimo que daría a luz a un hijo ilegítimo y pronto tendría que afrontar de nuevo la realidad.

A la tarde siguiente, después de que Owen le leyera parte de *David Copperfield*, Greta se desperezó y suspiró hondo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Es solo que... Bueno, has sido muy amable, pero no puedo seguir abusando de tu amabilidad durante mucho más tiempo. Ya queda poca nieve, tengo mejor el tobillo y debería volver a la Casa de la Alondra.

—¡Bobadas! Me gusta tu compañía. La casa está casi desierta desde que nuestro último oficial se marchó hace unos meses. Y la casita de mi sobrino es húmeda, fría y, en mi opinión, totalmente inapropiada hasta que estés recuperada del todo. ¿Cómo demonios vas a subir la escalera hasta la cama por la noche?

—Me las apañaré, estoy segura.

—Insisto en que al menos te quedes otra semana hasta que puedas andar por tu propio pie, por así decirlo. Después de todo, yo tengo la culpa de lo que te ha pasado. Lo menos que puedo hacer es ofrecerte mi hospitalidad hasta que estés completamente recuperada.

—Si estás seguro, Owen... —respondió Greta, intentando disimular su euforia por poder quedarse más tiempo.

—Totalmente. Es un placer tenerte aquí. —Owen le sonrió con afecto y se levantó—. Bueno, te dejaré descansar. —Se dirigió a la puerta, pero se detuvo y se dio la vuelta—. Y, si te ves con fuerzas, quizá me darías el gusto de cenar abajo conmigo esta noche.

—Esto... sí, me encantaría. Gracias, Owen.

—Hasta las ocho, entonces.

Esa tarde, Greta se dio el lujo de un baño caliente. Luego se sentó al tocador e hizo lo que pudo para arreglarse el pelo. Sin maquillaje y con las mejillas sonrojadas por el baño, parecía aún más joven que de costumbre.

Entró en el salón veinte minutos después, llevando una blusa y una falda de lana rizada recién lavadas y apoyándose en una muleta que Owen había encontrado para ella.

—Buenas noches, Greta. —Él se levantó para tomarla del brazo y la ayudó a sentarse en un sillón—. Permíteme decirte que tienes muy buen aspecto esta noche.

—Gracias. Ya te he dicho que estaba mejorando. Me siento un poco tramposa pasando todo el día en la cama.

—¿Te traigo una copa?

—No, gracias. Creo que el alcohol se me subiría derecho a la cabeza en este momento.

—Pues quizá un poco de vino con la cena.

—Sí.

Refrescaba en el salón y Greta alargó las manos hacia el fuego.

—¿Tienes frío, querida? He pedido a Mary que encendiera el fuego, pero no utilizo mucho esta habitación. La biblioteca me resulta mucho más práctica cuando estoy solo.

—No, estoy bien, de veras.

—¿Un cigarrillo? —Owen le ofreció una pitillera de plata.

—Gracias.

Greta cogió uno y Owen se lo encendió.

—Anda, háblame un poco de ti.

—No hay mucho que contar. —Nerviosa, Greta dio una calada a su cigarrillo.

—Laura-Jane dice que trabajabas con David en un teatro de Londres. ¿Eres actriz?

—Eh... sí, soy actriz.

—Yo no soy mucho de teatro. Lo mío es la naturaleza, más bien. Pero dime, ¿en qué obras has actuado?

—Bueno, más que actriz, era... bailarina, la verdad.

—Comedia musical, ¿eh? Me gusta ese tal Noël Coward. Algunas de sus canciones son muy alegres. Entonces, ¿estabas en Londres durante la guerra?

—Sí —mintió Greta.

—Los bombardeos aéreos debieron de ser espantosos.

—Sí. Pero íbamos todos a una. Supongo que no queda otra cuando meten a la gente a empujones en el andén de la estación de metro de Piccadilly Circus para que pase la noche junta. —Greta repitió sin trabarse la descripción de Doris de lo que había ocurrido.

—El gran espíritu británico. Es lo que nos ayudó a aguantar y a ganar la guerra, ¿sabes? Bien, ¿cenamos?

Owen la ayudó a ir al comedor, el cual, lo mismo que el resto de las estancias que Greta había visto hasta el momento, estaba amueblado con mucho gusto, con parpadeantes candelabros de pared y una larga mesa muy bien encerada. Lucía

un servicio para dos comensales en un extremo. Owen le retiró una silla y ella se sentó.

—Esta casa es preciosa, pero enorme. ¿No te sientes solo viviendo aquí sin compañía? —preguntó Greta.

—Sí, sobre todo desde que me acostumbré a tenerla llena de pacientes y enfermeras. Y, además, en invierno hay mucha corriente de aire. Calentarla cuesta un dineral, pero no me gusta el frío. Viví en Kenia antes de la guerra. El clima era mucho más de mi agrado, aunque no el estilo de vida.

—¿Volverás? —se atrevió a preguntar Greta.

—No, decidí vender la granja cuando me marché. Y, además, ya había dejado Marchmont en manos de Laura-Jane durante demasiado tiempo y sentía que debía cumplir con mi deber.

Los dos alzaron la vista cuando Mary entró en el comedor.

—Ah, la sopa. Y Mary, ¿puedes servir el vino?

—Desde luego, señor.

Owen esperó a que Mary les sirviera y se marchara para decir:

—No quiero entrometerme en tus asuntos, pero ¿qué hace una guapa jovencita como tú marchándose de Londres para venir a Monmouthshire, que está en el quinto pino?

—Oh, es largo de contar —respondió Greta con evasivas, cogiendo su copa.

—No hay prisa. Tenemos toda la noche.

—Bueno —dijo Greta, comprendiendo que no iba a librarse de dar una explicación—. Estaba harta de Londres y necesitaba un cambio. David me ofreció su casa y decidí aceptar para tener algo de tiempo para pensar.

—Comprendo. —Owen vio cómo se tomaba la sopa, sabiendo perfectamente que mentía—. Si estoy siendo indiscreto, dímelo, pero ¿hubo algún joven de por medio?

Greta dejó la cuchara de golpe, decidiendo que era inútil negarlo.

—Sí.

—En fin. Él se lo pierde, y yo salgo ganando. Debía de estar ciego.

Greta miró su plato sopero, con los ojos anegados de lágrimas. Exhaló despacio.

—Y hay otra razón.

Owen no dijo nada; solo esperó a que hablara.

—Estoy embarazada.

—Comprendo.

—Lo entenderé si quieres que me vaya. —Greta sacó el pañuelo que llevaba en la manga y se limpió la nariz.

—Tranquila, querida. No te disgustes, por favor. Creo que, con lo que me has contado, razón de más para que te cuiden en este momento.

Greta lo miró muy sorprendida.

—¿No estás escandalizado?

—Greta, puede que viva en mitad de la nada, pero no nació ayer. Es muy triste, pero estas cosas pasan. Sobre todo en tiempos de guerra.

—Era un oficial estadounidense —susurró Greta, como si, por alguna razón, eso lo mejorara.

—¿Sabe lo del bebé?

—No. Ni nunca lo sabrá. Me... pidió que me casara con él. Yo acepté, pero luego, bueno, volvió a Estados Unidos sin despedirse siquiera.

—Comprendo.

—No sé qué habría hecho de no haber sido por David.

—¿Estáis...?

—No, qué va —respondió Greta con firmeza—. Solo somos buenos amigos. David se ha portado muy bien.

—Y dime, ¿qué planes tienes para el futuro?

—No tengo ni la más remota idea. Para serte sincera, desde que vine aquí he intentado no pensar en ello.

—¿Y tu familia? —preguntó Owen justo cuando Mary regresaba con una bandeja de plata de rosbif, que dejó en el aparador antes de llevarse los platos soperos.

—No tengo. Mis padres murieron en el bombardeo alemán de Londres. —Greta bajó la mirada para que Owen no viera la mentira en sus ojos.

—Lamento oír eso. Pero es obvio que eres culta. Tus conocimientos sobre literatura, por ejemplo, son amplios.

—Sí, siempre me ha encantado leer. Tuve suerte. Antes de que mis padres murieran, fui a un colegio femenino privado. —Eso, al menos, era cierto.

—Así que ahora estás completamente sola en el mundo, ¿verdad, querida? —Owen alargó la mano con vacilación y la puso sobre la de Greta—. Pues no te

preocupes. Prometo hacer todo lo posible por cuidar de ti.

Conforme la velada avanzó y la conversación dejó de versar sobre el pasado, Greta empezó a relajarse. Después de cenar, regresaron al salón y ella se sentó cerca del fuego y acarició a Morgan, el labrador negro, que estaba echado junto al hogar. Owen tomó un whisky y habló de su vida en los montes de Kenia. Le explicó que tenía una gran explotación agrícola cerca de Nyeri, en las tierras altas centrales, y que le encantaban el paisaje agreste y la gente de la región.

—Pero me harté de las juergas de mis vecinos británicos. Aunque el «Valle Feliz», como lo llamaban, estaba donde Cristo perdió el gorro, ellos encontraban formas de divertirse, si sabes a qué me refiero. —Owen enarcó una ceja—. Yo era una presa fácil para ciertas aves de rapiña, al ser un hombre soltero. Me alegró encontrar una cierta normalidad moral a mi vuelta.

—¿Nunca has estado casado?

—Bueno, hubo una persona, hace mucho tiempo. Estábamos prometidos, pero... —Owen suspiró—. En fin, no miento cuando digo que desde entonces nunca he sentido el deseo de pedírselo a nadie. Además, ¿quién querría a un viejo gruñón como yo?

«Yo.» La idea le vino a la cabeza de golpe, pero Greta la ahuyentó de inmediato. El vino y el calor del fuego le estaban dando sueño y bostezó.

—Hora de irse a la cama, jovencita. Pareces agotada. Llamaré a Mary para que te ayude a subir a tu habitación —dijo Owen, tocando la campanilla.

—Lo estoy, disculpa. Hace tiempo que no me acostaba tan tarde.

—No te disculpes, y gracias por ser tan buena compañía. Espero que no te hayas aburrido.

—No. En absoluto. —Greta se levantó cuando Mary entró en el salón.

—Entonces, ¿te parecería bien volver a cenar conmigo mañana?

—Pues claro. Gracias, Owen. Buenas noches.

—¿Greta?

—¿Sí?

—Solo recuerda que ya no estás sola.

—Gracias.

Cuando subía la escalera despacio con Mary y después, mientras la sirvienta la ayudaba a acostarse sin dejar de parlotear, Greta intentó sacar algo en claro de la velada. Estaba convencida de que, en cuanto Owen supiera que esperaba un hijo,

cambiaría su actitud hacia ella. No obstante, cuando se acomodó bajo las mantas y Mary se marchó, comprendió que, a su brusco estilo, Owen había estado coqueteando con ella. Pero era imposible que siguiera interesado después de saber la verdad, ¿no?

Durante la semana siguiente, en la que entraron en el nuevo año, Greta cenó con Owen todas las noches. Como su tobillo ya estaba mejor, en vez de leerle por las tardes, él la llevó a dar cortos paseos por las tierras que constituían la hacienda de Marchmont. Ella empezó a darse cuenta de que, a su anticuado estilo, la estaba cortejando. No podía entenderlo. Después de todo, el señor de Marchmont no podía casarse con una mujer que llevaba en el vientre el hijo de otro hombre. ¿Verdad...?

No obstante, pese a sus sinceras protestas de que debía regresar a la Casa de la Alondra, cuando casi llevaba un mes viviendo en la mansión, Greta supo con seguridad que Owen no quería que se marchara.

Una noche después de cenar, estando los dos en el salón en amena charla sobre *David Copperfield*, Owen cerró el libro y se hizo el silencio. Su expresión se tornó grave.

—Greta. Hay una cosa que quiero preguntarte.

—Entiendo. No es algo malo, ¿verdad?

—No... Al menos, eso espero. Bien —Owen se aclaró la garganta—, el caso es, querida Greta, que te he tomado muchísimo afecto en el poco tiempo que llevas aquí. Me has devuelto una energía y un entusiasmo que yo creía haber perdido hace tiempo. En pocas palabras, me horroriza que te vayas. Así que... lo que quiero preguntarte es: ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Greta lo miró boquiabierta.

—Por supuesto, entendería perfectamente que no consintieras en ser la esposa de un hombre mucho mayor que tú. Pero me parece que necesitas cosas que yo puedo darte. Un padre para tu hijo y un entorno seguro en el que tanto él como tú podáis prosperar.

Greta consiguió recuperar el habla.

—¿Te... te refieres a que estás dispuesto a criar al hijo que voy a tener como si fuera tuyo?

—Por supuesto. No hace falta que nadie sepa que no es mío, ¿no?

—Pero ¿y LJ y David? Ellos saben la verdad.

—No te preocupes por ellos. —Owen utilizó la mano para apartar metafóricamente el problema—. ¿Qué me dices, mi querida Greta?

Ella guardó silencio.

—Te estás preguntando por qué quiero hacerlo, ¿verdad?

—Sí, Owen, así es.

—¿Sería demasiado simplista si te dijera que tenerte aquí ha hecho que me dé cuenta de lo solo que estaba? ¿Que siento un afecto por ti que antes no creía posible? Marchmont necesita juventud... vida, o se marchitará conmigo. Creo, además, que podemos darnos lo que a cada uno le falta en la vida.

—Sí, pero...

—No espero que te decidas ahora —se apresuró a decir Owen—. Tómame un tiempo para pensarlo. Vuelve a la Casa de la Alondra, si lo deseas.

—Sí. No... Yo... —Greta se restregó la frente—. ¿Me disculpas, Owen? Estoy agotada.

—Por supuesto.

Se levantaron. Owen le tomó la mano y se la besó con dulzura.

—Piénsatelo bien, querida. Sea cual sea tu decisión, ha sido un placer tenerte aquí. Buenas noches.

Ya en la cama, Greta estuvo dando vueltas a la proposición de matrimonio de Owen. Si aceptaba, su bebé tendría un padre y ambos se librarían de la lacra que perseguía a los hijos ilegítimos y a sus madres. Ella sería la señora de una bonita mansión y jamás debería preocuparse por tener un plato de comida en la mesa.

Lo único que no tendría era un hombre al que amaba. Aunque Owen era amable, considerado y atractivo a su manera, si era franca consigo misma, no le entusiasmaba la idea de compartir lecho con él.

Pero, si lo rechazaba, significaba regresar a la Casa de la Alondra para tener sola a su hijo. Y después, ¿quién sabía? ¿Qué posibilidades tenía de encontrar el amor verdadero que tanto deseaba en los años venideros? Y no digamos ya de ganar lo suficiente para cubrir sus necesidades y las del niño.

La imagen de Max se le pasó por la mente. Negó rápidamente con la cabeza para ahuyentarla. Él no iba a volver y Greta tenía que forjarse una vida para ella y su hijo.

¿Qué dirían David y LJ? Esperaba que lo entendieran. Además, no estaba en situación de tener en cuenta los sentimientos de otras personas.

—No hay nadie más que cuide de nosotros, ¿eh? —preguntó, acariciándose la barriga.

A la noche siguiente, Greta bajó a cenar y dijo a Owen que aceptaba su proposición de matrimonio.

Dos días después, Mary irrumpió en el comedor mientras Owen estaba desayunando y leyendo *The Times*.

—Disculpe, señor, ha venido a verlo la señora Marchmont.

—Dile que tendrá que esperar a que haya terminado de desa...

—No creo que esto pueda esperar, Owen. —LJ apareció en la puerta detrás de Mary y la apartó para poder pasar.

Owen refunfuñó.

—Muy bien. Gracias, Mary. Cierra la puerta al salir, ¿quieres?

—Sí, señor.

Mary se marchó y LJ se quedó de pie en el otro extremo de la mesa, fulminándolo con la mirada. Con calma, Owen se limpió la boca con la servilleta y se esmeró en doblar el periódico.

—Dime, ¿qué es eso que no puede esperar?

—Lo sabes perfectamente. —LJ habló en apenas un susurro.

—Estás disgustada porque me caso con Greta, ¿es eso?

LJ se dejó caer en una silla del otro extremo de la mesa y suspiró hondo.

—Owen, no pretendo conocer tus pensamientos más íntimos, ni tampoco soy tu tutora, pero, por el amor de Dios, no sabes nada de la chica.

Owen cogió una tostada de la rejilla y procedió a untarla con mantequilla.

—Sé todo lo que necesito.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿no te supone un problema que la nueva señora de Marchmont sea una mujer que se ganaba la vida desfilando por el escenario del Windmill prácticamente en cueros?

—He investigado y estoy al tanto de lo que hacía antes de venir. Sencillamente, agradezco haber encontrado a una persona que me da la clase de felicidad que creía que no volvería a encontrar.

—¿Acaso estás diciendo que te has enamorado de ella? ¿O solo te ha cegado su cara bonita?

—Tal como has dado a entender antes, Laura-Jane, esto no es asunto tuyo.

—Oh, sí que lo es, ¡si significa que el hijo ilegítimo de Greta heredará Marchmont en vez de mi hijo! —La voz le tembló de emoción—. Si lo haces para castigarme, lo has conseguido.

—Bueno, tu hijo nunca ha manifestado un gran entusiasmo por esto, ¿no?

—Le corresponde a él, Owen, y tú lo sabes.

—Lo siento, pero eso no es verdad, Laura-Jane. Marchmont será para los hijos que yo pueda tener. Y, aparte de David y tú, nadie sabe que el hijo de Greta no es mío. La gente puede especular que el niño se ha concebido fuera del matrimonio y que por eso nos casamos con tantas prisas, pero no pasará de ahí.

—Eso crees, ¿verdad? —A LJ le temblaban las manos mientras intentaba dominar su ira—. Entonces, ¿esperas que yo me quede de brazos cruzados mientras el patrimonio de mi hijo pasa al hijo bastardo de un soldado americano?

—Sería tu palabra contra la nuestra, pero si quieres llevar el caso a los tribunales, por favor, hazlo —respondió Owen con calma—. No se puede demostrar, así que sospecho que la gente solo pensará que nos tienes envidia. Y es la clase de escándalo que le encanta a la prensa. Ten por seguro que ensuciarán nuestra reputación, pero, por favor, haz lo que creas que es tu deber.

—No sé cómo puedes hacerle esto a David, Owen. Después de todo...

—¿Que «tú» no sabes cómo «yo» puedo hacer esto? —Owen rio con desdén—. Solo tienes que hacer memoria, querida Laura-Jane, y recordar lo que tú me hiciste a mí hace treinta años.

LJ guardó silencio mientras lo miraba de hito en hito. Por fin, suspiró.

—¿Así que se trata de eso? ¿Venganza?

—No, aunque debes recordar que este problema te lo has buscado tú. De no haber sido porque te casaste con mi hermano menor mientras yo estaba luchando por mi país, nosotros quizá habríamos tenido un hijo y esta situación no habría surgido.

—Owen, estuviste fuera casi cinco años, ¡y durante tres de ellos todos creímos que estabas muerto!

—En ese caso, ¿no deberías haberme esperado? Al fin y al cabo, te pedí que te casaras conmigo antes de irme y tú aceptaste. ¡Hasta llevabas mi anillo de

compromiso! ¿Puedes imaginarte cómo me sentí cuando volví a Inglaterra de aquel espantoso campo de prisioneros de guerra en Ingolstadt y descubrí que mi prometida estaba casada con mi hermano y vivía en la mansión de mi familia? No solo eso, sino que estabas embarazada de su hijo. ¡Dios mío, Laura-Jane! La guerra casi acabó conmigo, pero lo único que me daba fuerzas era pensar que tú me estabas esperando.

—¿Crees que no me desprecio por lo que hice? —LJ se retorció las manos, desesperada—. Pero es a mí a quien deberías odiar, no a mi hijo, no a David. Él no se merece que lo traten como lo tratas tú. ¡Nunca has sido capaz siquiera de mirarlo!

—No, ni nunca lo seré.

—Bueno, puedes pensar que te traicioné, pero ¿no crees que ya he tenido suficiente castigo viviendo con la culpa y viendo lo que sientes por David? ¡Y ahora esto!

—En ese caso, ¿por qué vives aquí?

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

Owen se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—No, Laura-Jane. No me pongas en el papel del malo de la película. Marchmont es tu hogar tanto como el mío. Y recuerda que fue decisión tuya irte a la Caseta del Guarda cuando volví de Kenia.

Laura-Jane enterró la cabeza entre las manos con desaliento.

—Por favor, Owen, te lo suplico. No prives a David de su legítimo patrimonio por querer castigarme. Sabes que nunca me enfrentaría a ti públicamente, así que apelo a tu conciencia. No solo está mal privar a David de lo que es suyo, sino que legar Marchmont a un niño por cuyas venas no corre una sola gota de la sangre de los Marchmont parece demasiado sacrificio para una venganza. —LJ se levantó despacio—. No tengo nada más que decir, salvo que he decidido que tienes razón. Debería marcharme de Marchmont. Me habré ido en una semana. Como bien dices, no hay nada que me retenga aquí, sobre todo ahora.

—Como quieras.

—Y no has respondido a mi pregunta. ¿Estás enamorado de Greta?

Owen la miró y solo vaciló un instante.

—Sí.

—Adiós, Owen.

Él vio cómo salía del comedor sin volver la cabeza, el aire de elegancia que tanto lo había fascinado cuando ella era una joven de dieciséis años aún visible en sus andares. Había sido una mujer hermosa por aquel entonces, y él la había amado con locura.

Se levantó, se dirigió a la ventana y vio a Laura-Jane alejarse de la mansión con paso rápido. Una vez más, le entraron remordimientos. Se había ido a Kenia para evitar el dolor de su traición, incapaz de ver juntos a su hermano Robin y a su ex prometida. Cuando se enteró de que Robin había muerto en un accidente de equitación hacía tantos años, nada habría sido más fácil que regresar a Marchmont para pedir matrimonio a LJ. Pero su orgullo no se lo permitía. Por eso se había quedado lejos de ella hasta que la guerra lo había obligado a regresar.

Aun así, la idea de que LJ se marchara de Marchmont lo entristecía. ¿Debería correr tras ella, confesarle que, después de tantos años, seguía enamorado? ¿Que la razón por la que nunca se había casado era porque, incluso después de lo que le había hecho, ella era la única mujer que había deseado nunca?

«¡Ve, corre! Díselo, antes de que sea demasiado tarde —le instó una voz interior—. Olvídate de Greta y vete con Laura-Jane. Aprovecha al máximo los años que os quedan...»

Owen se dejó caer en una silla junto a la ventana. Lloró y negó con la cabeza, sabiendo que, al margen de lo que le dictara el corazón, el orgullo que había dominado y arruinado su vida hasta entonces volvería a robarle la libertad de correr junto a la mujer que amaba.

8

La carrera de cómico de David estaba empezando a despegar. El Windmill le había ampliado el contrato y la entusiasta reacción del público aumentaba a la par que su confianza. Un buen agente que había visto su número una noche y pensaba que podía llegar lejos se había ofrecido a representarlo. Gracias a los ingresos regulares del Windmill, había podido mudarse de su pensión del barrio de Swiss Cottage a un piso de una habitación en Soho, más próximo al teatro. El cambio de residencia y el duro calendario de trabajo no le habían dejado tiempo para visitar a su madre y a Greta en Marchmont tal como tenía previsto. Pero estaba decidido a hacerlo el fin de semana siguiente.

Cuando se levantó y se vistió después de hacer la cama y guardar en su sitio un calcetín y una corbata, se notó el corazón un poco acelerado. Esa mañana lo esperaban en la sede de la BBC en Portland Place para grabar su primera escena para un programa de humor que se emitía todos los viernes a las siete de la noche, en horario de máxima audiencia. El programa daba a conocer a talentos de la comedia con futuro, y sabía que muchos grandes cómicos lo habían utilizado como trampolín a la fama y la prosperidad.

Entró en su pequeña cocina y puso agua a hervir. Oyó el golpecito seco del buzón y fue al recibidor para recoger el correo. Cuando regresó a la cocina, miró el sobre sorprendido. La letra de su madre era inconfundible, pero el matasellos era de Stroud, no de Monmouth.

Después de prepararse una taza de té, se sentó a la mesita y comenzó a leer.

*72 Lansdown Road
Stroud
Gloucestershire
7 de febrero de 1946*

Querido David:

Sé que ya habrás visto que no te escribo desde Marchmont, sino desde casa de mi hermana Dorothy. Iré directa al grano: ya no vivo en la Caseta del Guarda y voy a quedarme aquí hasta que decida qué voy a hacer. No te aburriré con los detalles, pero basta con decir que he decidido que es hora de cambiar, de volver a empezar, por así decirlo. De todas formas, no te preocupes por mí, por favor. Estoy bien, y Dorothy ha hecho que me sienta bienvenida y muy cómoda. Como William murió el año pasado, se siente sola en esta casa tan grande y parece que nos hacemos compañía. Puede que me quede aquí, puede que no. El tiempo dirá, pero no volveré a Marchmont.

Cariño, tengo noticias. Owen se ha enamorado de tu amiga Greta; le ha pedido matrimonio y ella ha aceptado. Lo siento, pero tuvimos una pelea por ese motivo. Ya sabes lo terco que puede ser tu tío en ocasiones. En fin, espero que esta noticia no te disguste demasiado. Temo que lo que sientes por Greta sea más que una mera amistad. No obstante, después de pensarlo fríamente, creo que Greta ha hecho lo mejor para ella y su hijo. Nos han invitado a la boda y te mando la invitación. Yo no iré.

Espero que encuentres tiempo para visitarme, o quizá vaya a verte yo a Londres en tren.

Espero que te vaya todo bien. Escribe si tienes un rato.

Con todo mi amor. Besos.

MAMÁ

David releyó la carta, moviendo la cabeza con incredulidad.

Greta se casaba con Owen... Notó la extraña sensación de lágrimas escociéndole en los ojos. Por supuesto, entendía el motivo. Owen podía dar a Greta todo lo que ella necesitaba. Era imposible que se hubiera enamorado de él, ¿no? Owen tenía edad suficiente para ser su padre. Se reprendió por no haber sido más claro con lo que sentía por ella. En ese caso, quizá habría sido él quien la hubiera llevado al altar. Ahora, probablemente la había perdido para siempre.

Y con respecto a la decisión de su madre de marcharse de Marchmont... David no podía evitar preguntarse si era por la boda. Sabía cuánto le gustaba vivir en la hacienda y cómo le habría costado despedirse. Era consciente de que no se llevaba bien con Owen, de que su relación era fría y distante, pero siempre lo había atribuido a una incompatibilidad de caracteres.

Miró su reloj y se sirvió otra taza de té. Mientras se lo bebía, se le pasó una idea por la cabeza. Si Greta se casaba con Owen y él se hacía cargo de su hijo, ¿significaba eso que el niño heredaría Marchmont un día? Suponía que sí. De forma sorprendente, ese hecho significaba muy poco para él. Desde que era joven, siempre había sabido que su futuro no residía en la mansión de su familia. Y si quería alguna posesión material, su intención era ganársela con su propio

esfuerzo y talento. Aun así, era plenamente consciente de cuánto significaba para su madre que él heredara Marchmont. Sabía que LJ no podría digerir que un niño cuyo verdadero padre era un estadounidense desconocido fuera a quedarse con lo que ella pensaba que le correspondía a él.

David suspiró hondo. Dadas las circunstancias, ir a Marchmont no parecía tener mucho sentido, de manera que decidió ir a Gloucestershire ese fin de semana, o quizá verse con su madre en Londres, en un terreno más neutral.

—¡Maldita sea! —exclamó al darse cuenta de que solo tenía quince minutos para ir a Portland Place.

Se puso el abrigo a toda prisa, se metió la carta en el bolsillo, salió corriendo y cerró de un portazo.

Owen Jonathan Marchmont se casó con Greta Harriet Simpson diez semanas después de haberla visto por primera vez en el bosque. Un gris día de marzo pronunciaron sus votos en la capilla de la hacienda ante un reducido grupo de asistentes.

Greta no había invitado a nadie. Había recibido una cariñosa carta de David en la que rechazaba la invitación de su prometido, no sin desearle todo lo mejor para el futuro. LJ tampoco acudió. Se había ido de la Caseta del Guarda hacía un mes sin despedirse. Pese a sentirse un poco culpable, sabiendo que el anuncio de su compromiso fuera, muy probablemente, lo que había provocado su partida, Greta no podía evitar sentirse también aliviada. La presencia de LJ, y su evidente desaprobación, solo habría servido para ponerla nerviosa.

Con la marcha de LJ, estaba decidida a olvidar el pasado. La boda significaba un nuevo comienzo, una oportunidad de ilusionarse con el futuro. Cuando estaba en el altar junto a Owen, rezó con toda su alma para que eso fuera posible. Su vestido de brocado estilo imperio era largo y holgado a propósito. Habrían hecho falta unos ojos muy perspicaces para notarle la barriga. Y a partir de ese momento, pensó, cuando Owen la sacó de la iglesia, el hijo que llevaba en su vientre pertenecía a su marido.

En el banquete de bodas, que se celebró en Marchmont Hall, Greta vio cómo los invitados bebían champán y charlaban entre ellos con una extraña sensación de distanciamiento. Owen había invitado a tres oficiales de su antiguo

regimiento militar, al doctor Evans, a un par de primos lejanos y a cuatro granjeros de la región. El señor Glenwilliam, el abogado de Owen, había sido su padrino.

Aunque los invitados se dirigían a ella con amabilidad, casi podía oler su sorpresa de que Owen se hubiera casado después de tanto tiempo. Y, más concretamente, que lo hubiera hecho con una mujer tan joven. Sabía que cuando el niño naciera menos de nueve meses —bastantes menos— después de la boda, todos asentirían con complicidad.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Owen, ofreciéndole una copa de champán.

—Sí, gracias.

—Bien, voy a decir unas palabras, para dar las gracias a la gente por haber venido y eso.

—Claro.

Su marido se levantó. Los invitados dejaron de hablar y se volvieron hacia él.

—Damas y caballeros, muchas gracias por acompañarnos a mi esposa y a mí —Owen miró a Greta con afecto— en este día tan feliz. Algunos de vosotros debisteis de sorprenderos cuando recibisteis nuestra invitación, pero ahora que habéis conocido a Greta entenderéis por qué le pedí matrimonio. He tardado casi seis décadas en subir al altar y solo quería decir cuánto agradezco a mi nueva esposa que haya aceptado mi proposición de matrimonio. ¡No podéis imaginaros cuánto valor tuve que echarle para pedírselo! —bromeó—. Y, antes de terminar, quería dar las gracias a Morgan, mi labrador, por habernos presentado. ¡Es viejo, pero sigue pegando fuerte!

Hubo aplausos cuando el señor Glenwilliam alzó la copa para brindar.

—¡Vivan los novios!

—¡Viva!

Greta tomó un sorbo de champán y sonrió a Owen, su protector y salvador.

Los invitados se marcharon a última hora de la tarde y Greta y Owen se sentaron en el salón y, junto a la chimenea, apuraron el champán que quedaba.

—Bueno, señora Marchmont, ¿qué se siente siendo una mujer casada?

—¡Es agotador!

—Claro, querida. El día debe de haberte dejado agotada. ¿Por qué no subes a tu habitación y pido a Mary que te lleve una sopa a la cama? —Owen vio de inmediato su cara de sorpresa—. Querida, en tu actual estado, no me parecería

razonable que yo esperara que tú... consumaras nuestra unión. Propongo que sigamos durmiendo como hasta ahora. Cuando... no haya impedimentos, bueno, nos lo volveremos a plantear.

—Si es lo que quieres, Owen... —respondió ella soñolienta.

—Lo es. Venga, sube.

Greta se levantó, se acercó a él y se agachó para darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches. Y gracias por una boda tan bonita.

—Yo también lo he pasado bien. Buenas noches, Greta.

En cuanto ella abandonó el salón, Owen se sirvió un whisky y se quedó mirando el fuego con aire taciturno. Cuando estaba en el altar y había puesto a Greta el anillo en el dedo, solo había sido capaz de pensar en que era Laura-Jane quien debería haber estado a su lado, ambos prometiéndose fidelidad eterna. Desde que se había marchado de Marchmont, la había echado muchísimo de menos. No fue esa la primera vez que se preguntaba si casarse con Greta había sido la decisión correcta.

Pero a lo hecho, pecho, y Owen se prometió que jamás revelaría a Greta sus verdaderos sentimientos. Ella tendría todo lo que necesitaba.

Salvo su corazón.

Cuando las últimas nieves se derritieron y el fresco olor a primavera llegó con el mes de abril, Greta vio cómo su incipiente barriguita crecía de forma considerable. Empezó a sentirse muy incómoda y le costaba dormir. También se fijó en que tenía los tobillos hinchados y enseguida le faltaba el aliento. Al ver lo molesta que estaba, Owen insistió en llamar al doctor Evans.

El médico la exploró con delicadeza, palpándole la barriga y escuchando a través de ella con un instrumento que parecía una trompetilla.

—¿Va todo bien? —preguntó Greta preocupada cuando el doctor cerró su maletín.

—Oh, sí, totalmente. Pero espero que esté dispuesta a tener el doble de trabajo dentro de un par de meses. Creo que está embarazada de gemelos, señora Marchmont. Por eso ha sentido tantas molestias. Creo que será mejor que a partir de ahora se lo tome todo con mucha calma. Y, por el momento, recomendaría reposo absoluto en cama hasta que controlemos la hinchazón de los tobillos.

Usted es muy delgada, señora Marchmont, y dos niños son mucho peso para su cuerpo. Quédese en la cama y descanse. No hay razón para aventurar problemas, dado que los latidos de los dos niños son fuertes y usted goza de buena salud. Puede que la traslademos al hospital del pueblo durante las últimas semanas, pero ya veremos cómo está cuando se acerque la fecha. Bajaré para dar al padre la buena nueva. —Aunque lo obsequió con una amable sonrisa, Greta percibió un atisbo de ironía en su mirada—. Pasaré otra vez a verla en los próximos días.

—Gracias, doctor.

Greta se recostó y suspiró aliviada. Si había tenido alguna duda sobre la prudencia de casarse con Owen, acababa de apartarla. Gemelos: dos niños que alimentar, vestir y cuidar. Dios sabe qué habría sido de los tres si hubiera estado sola...

Diez minutos después llamaron a la puerta. Owen cruzó la habitación, se sentó en la cama y le tomó las manos.

—El buen doctor me ha dado la noticia, querida. Tienes que cuidarte y descansar. Diré a Mary que te suba todas las comidas a la habitación.

—Lo siento, Owen. —Greta apartó la mirada y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lo sientes?

—Es que has sido muy bueno conmigo. Y estoy segura de que no esperabas tener dos niños bajo tu techo.

—Vamos, vamos. Tu bondad ha sido aún mayor casándote conmigo. Gemelos, ¿eh? ¡Animarán esta casa tan vieja! Y ahora tenemos el doble de posibilidades de tener un varón. —La besó en la mejilla—. Tengo que ir a Abergavenny, pero ¿quieres que pase a leerte luego?

—Sí, si tienes tiempo. Y, Owen, ya que vas, ¿podrías comprarme lana y un libro de labores? Quiero intentar tejer ropita para los bebés. Mary ha dicho que me ayudaría.

—Qué buena idea. Al menos, eso te mantendrá ocupada.

Cuando Owen se marchó, Greta pensó en lo que había dicho. No era la primera vez que insinuaba cuánto le alegraría tener un varón. Suponía que era lo que todos los hombres querían.

—Por favor, Dios —susurró—, déjame tener un varón.

Greta se puso de parto en plena noche un mes antes de salir de cuentas. Llamaron al doctor Evans y a la comadrona de la zona, Megan. El médico tenía intención de trasladarla al hospital, pero cuando llegó, vio que no estaba en condiciones de que la movieran.

Al cabo de cinco horas, Greta alumbró a una niña que pesaba menos de dos kilos y medio. Veinte minutos después, tuvo un niño que no llegaba a los dos kilos. Agotada, con su hijita en brazos, vio cómo el doctor Evans daba a su hijo cachetes en el minúsculo culito.

—Vamos, vamos —murmuró, y por fin la criaturita tosió y chilló.

El doctor Evans limpió al bebé, lo envolvió bien en una manta y se lo dio.

—Aquí están, señora Marchmont. Dos niños preciosos.

Greta notó lágrimas corriéndole por las mejillas mientras contemplaba a los seres humanos perfectamente formados que había traído al mundo. Sentía tanta ternura por ellos que le faltaba el aire.

—¿Están bien? —preguntó preocupada.

—Los dos están sanos, señora Marchmont, pero después de que los haya tenido en brazos, me los llevaré para examinarlos. El niño es muy pequeño y necesitará más cuidados. Voy a recomendar a su marido que contrate una niñera durante las próximas semanas para que la ayude. Ahora debe descansar un poco. Megan se quedará con usted y la aseará.

A regañadientes, Greta le entregó primero a su hijo y después a su hija.

—No se los quede durante demasiado tiempo, ¿de acuerdo? —dijo antes de recostarse en las almohadas y apretar los dientes cuando la comadrona comenzó a coserla.

Más tarde, cuando se estaba quedando dormida, notó un áspero roce en la mejilla. Abrió los ojos y vio que Owen le sonreía.

—Oh, mi mujercita valiente. Qué lista eres. Tenemos un hijo precioso.

—Y una hija.

—Claro. ¿Podríamos llamar al niño Jonathan, Jonny, en diminutivo, como mi padre y como yo? —preguntó él.

—Sí, claro. ¿Y a la niña?

—He pensado en dejarte elegir a ti.

—Francesca Rose —dijo Greta en voz baja—. Cheska, en diminutivo.

—Como quieras, querida.

—¿Cómo están los niños?

—Bien. Durmiendo plácidamente en su cuarto.

—¿Puedo verlos?

—Ahora no. Debes descansar un poco. Órdenes del médico.

—De acuerdo, pero pronto, por favor.

—Sí, claro.

Owen le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

Greta no vio a su hijo en las siguientes cuarenta y ocho horas. Demasiado débil para levantarse de la cama, rogó a la niñera que Owen había contratado que le llevara a Jonny, pero ella se negó y solo le llevó a Cheska.

—Está enfermo, ¿verdad? —preguntó preocupada.

—No, solo tiene un poco de fiebre y el médico no quiere que lo muevan.

—Pero soy su madre. ¡Debo verlo! ¡Me necesita! —Greta volvió a recostarse en las almohadas con un grito de exasperación.

—Todo a su debido tiempo, señora Marchmont —dijo la niñera con aspereza.

Esa tarde, Greta consiguió incorporarse y levantarse de la cama. Tambaleándose por el pasillo, fue al cuarto de los niños, donde encontró a Owen con su lloriqueante hijo en brazos, arrullándolo en voz baja. Cheska dormía tranquilamente en su cuna.

—¿Qué haces levantada? —Owen frunció el ceño.

—Quería ver a mi hijo. ¿Está bien? La niñera no ha querido decirme nada. Ni tan siquiera me permite darle el biberón.

Greta fue a coger al niño, pero Owen lo acunó entre sus brazos como protegiéndolo.

—No, Greta. Estás demasiado débil. Se te podría caer. Ha tenido un poco de fiebre, pero el médico dice que ya le ha bajado. Querida, ¿por qué no vuelves a acostarte? Necesitas descansar.

—¡No! Quiero coger a Jonny. —Greta casi se lo arrancó de los brazos. Miró a su hijo. Había olvidado lo pequeño que era y se fijó en que tenía las mejillitas un poco sonrojadas—. Me lo llevo a la cama conmigo —dijo con firmeza.

—Vamos, señora Marchmont, no haga tonterías. El niño está bien cuidado y usted debe recobrar fuerzas —dijo la niñera, que había irrumpido en el cuarto.

—Pero...

De golpe, Greta perdió las ganas de pelear. Dejó que la niñera le arrebatara a Jonny y volviera a acostarlo en su cuna, mientras Owen la acompañaba hasta su habitación como si fuera una niña que se había portado mal. Una vez en la cama, Greta se deshizo en inconsolables sollozos.

—Pediré a la niñera que venga, querida —dijo Owen, claramente abochornado por su estado emocional, antes de marcharse con brusquedad.

—Tranquila, señora Marchmont. Todas las madres primerizas se sienten un poco así. Tenga. —La niñera le dio una pastilla y un vaso de agua—. La calmará y la ayudará a dormir.

Pero Greta no logró conciliar el sueño. Se quedó mirando la oscuridad, recordando la mirada ferozmente protectora de Owen cuando ella había pedido tener a su hijo en brazos.

No por primera vez, se preguntó si eso era lo que él esperaba cuando se había casado con ella. Tener un heredero para Marchmont.

Y ahora Greta le había dado lo que quería.

En los días siguientes, Greta recobró sus fuerzas y equilibrio mental. Empezó a participar activamente en el cuidado de sus hijos, sin tolerar que la niñera se opusiera, y vio, feliz, cómo ambos iban fortaleciéndose. Su vida se convirtió en una larga sucesión de dar biberones, cambiar pañales y dormir cuando podía. Mary y la niñera estaban a su disposición, pero ella quería hacer todo lo posible por sí sola.

Sus pensamientos ya no se centraban en sus propias necesidades. Cada vez que sus hijos chillaban y gimoteaban, corría a su lado para tranquilizarlos, darles cariño y protegerlos. Greta se dio cuenta de que jamás había sido tan feliz. Su vida había cobrado un nuevo y maravilloso sentido por el mero hecho de ser necesaria; era una guardiana irremplazable para esas dos criaturitas humanas. En vez de estar molesta por el desafío, gozaba con él, y los gemelos florecieron con sus tiernas atenciones.

Todas las tardes, Owen aparecía en el cuarto de los niños a las dos en punto. Sin apenas mirar a Cheska, cogía a Jonny y se lo llevaba durante una o dos horas. A veces, Greta encontraba al niño sentado en el regazo de Owen en la

biblioteca, o miraba por la ventana y veía a su marido empujando el voluminoso cochecito por la grava, con Morgan andando junto a su dueño.

—Casi no te hace caso, ¿verdad? —Greta besó el suave pelo rubio de su hija—. Da igual. Mamá te quiere. Te quiere mucho.

Con el paso de los meses, Greta empezó a pensar más en la extraña relación que tenía con su marido. Por las mañanas, ella se ocupaba de los gemelos, mientras Owen estaba fuera, en la hacienda o en la ciudad por negocios. Él pasaba al menos dos horas con Jonny todas las tardes mientras ella estaba con Cheska en el cuarto de los niños, con lo que, durante el día, los esposos apenas se veían. Por la noche, seguían cenando juntos en la larga mesa encerada del comedor, pero Greta se dio cuenta de que cada vez tenían menos de que hablar. De hecho, el único tema que tenían en común eran sus hijos. A Owen se le iluminaban los ojos cuando le explicaba que Jonny había tirado a Morgan del rabo o había gritado de placer mientras él le hacía cosquillas, pero después había largos silencios. Greta solía retirarse a su habitación justo después de cenar, agotada tras el duro día y agradecida de que Owen siguiera sin proponerle dormir juntos.

A veces, de madrugada, cuando estaba en el cuarto de los niños velando a Jonny, quien parecía resfriarse a menudo o tener un poco de fiebre, Greta reflexionaba sobre su extraño matrimonio. Tenía la sensación de que no conocía a Owen mejor que el primer día. Él continuaba siendo amable y considerado, pero Greta se sentía como una sobrina consentida más que como una esposa. Incluso había comenzado a preguntarse si, de hecho, se había casado con el padre que había perdido y echado tantísimo de menos cuando era más joven.

A menudo soñaba que estaba envuelta en unos brazos jóvenes y fuertes, pero, cuando se despertaba, decidía que el sacrificio merecía la pena. Sus hijos tenían un padre, todos tenían un techo bajo el que cobijarse y jamás les faltaría de nada el resto de sus vidas. Sus anhelos secretos no eran una prioridad.

Pasó un año, y después otro. Greta vio embelesada cómo Jonny y Cheska decían sus primeras palabras y daban los primeros pasos. Los gemelos estaban muy unidos: se comunicaban en un lenguaje propio a menudo indescifrable y se pasaban horas jugando juntos. Tenían un juego especial, Hansel y Gretel, en el

que fingían ser los hermanos de su cuento preferido e imaginaban que la casa de chocolate de la legendaria bruja se hallaba en un claro del bosque de Marchmont. Regresaban corriendo junto a Greta, gritando con una mezcla de miedo y excitación cuando llegaban al final del cuento, Jonny agarrando bien fuerte a Cheska de la mano.

Greta pensaba que las risas de sus hijos eran el sonido más hermoso que existía. Le encantaba ver cómo Jonny protegía a su hermana, y cómo Cheska estaba igual de pendiente de su hermano, más delicado, cuando el crío tosía o se resfriaba.

La relación entre Owen y Jonny también creció y floreció. Jonny obsequiaba a «pa», como él lo llamaba, una sonrisa radiante cuando Owen entraba en su cuarto, y alzaba los brazos para que él lo aupara. Greta a menudo veía desde la ventana cómo su marido e hijo se internaban en el bosque; Owen lo llevaba bien agarrado de la manita y él apenas podía seguirle el paso con sus piernecitas. Aunque a Greta le molestaba el evidente favoritismo, no lo manifestaba. En cambio, forjó un estrecho lazo con su angelical hija de dorados cabellos.

De vez en cuando tenían invitados: el señor Glenwilliam iba a cenar con su mujer, y en ocasiones, Jack Wallace, el administrador de la granja, comía con ellos los domingos. Un par de amigos de Owen del ejército fueron a pasar un fin de semana, pero Greta siempre había sabido que él no era muy sociable.

La amistad de Greta con Mary creció rápidamente, aunque ella fuera la señora y Mary, la sirvienta. Mary le había confiado que Huw Jones, un joven jornalero de la hacienda, llevaba varios meses cortejándola. Confesó que él la había besado en su último encuentro y que había sido muy agradable. Greta había sentido un ramalazo de envidia por el hecho de que Mary tuviera un pretendiente joven, pero vivía su romance a través de ella. A menudo hojeaban juntas el número semanal de la revista *Picturegoer* de Greta o se reían con las payasadas de los gemelos. Greta daba gracias a Dios porque Mary estuviera allí. Era la única compañía femenina joven que tenía.

9

—¡Cariño! ¡Qué alegría verte! ¡Caramba, qué buen aspecto tienes! —LJ cogió la cara a su hijo y lo besó en las mejillas.

—Yo también me alegro de verte, mamá. ¿Entramos?

—Sí. Pero ¿estás seguro de que puedes permitirte esto? —LJ miró la recepción del hotel Savoy cuando entraron para ir al Asador.

—Por supuesto. Las cosas me van bastante bien, mamá. He esperado mucho para poder hacer esto —respondió David con una sonrisa.

Sorprendida, LJ vio que el *maître* saludaba a su hijo con afabilidad y los acompañaba a un banquito de un rincón.

—¿Vienes a menudo, David?

—Leon, mi agente, siempre me trae a comer aquí. ¿Pedimos champán, mamá?

—¿Estás seguro, David? Debe de ser carísimo —dijo LJ mientras se ponía cómoda.

David hizo una seña a un camarero.

—Tomaremos una botella de Veuve Clicquot, por favor. Tenemos algo que celebrar.

—¿El qué, cariño?

—La BBC, dando muestras de su gran sabiduría, por fin ha decidido ofrecerme mi propio programa de radio.

—¡Oh, David! —LJ aplaudió contenta—. ¡Qué maravilla! Estoy encantada por ti.

—Gracias, mamá. Mi programa se emitirá los lunes por la tarde de seis a siete. Seré el presentador e invitaré a distintos cómicos y cantantes melódicos todas las semanas.

—Debe de irte bastante bien si puedes darte el lujo de invitar a tu madre a

comer con champán en el Asador del Savoy.

—No es gracias a la BBC, podría añadir, pero, por otra parte, nadie se ha hecho rico trabajando para ellos —respondió David con la voz cargada de ironía—. Son todas las otras cosas que he empezado a hacer. Todo suma. Leon cree que puede haberme conseguido un papel secundario en una película de los Estudios Shepperton, además está el Windmill y...

—¿Aún tienes que trabajar ahí, cariño? Es que solo de pensarlo... Bueno, ya sabes que nunca me ha entusiasmado.

—De momento, sí. Recuerda que ellos me dieron trabajo cuando nadie más lo hacía, mamá. En fin, prefiero ir sobre seguro hasta que tenga trabajo para al menos seis meses y el programa de radio haya triunfado. Aunque el nombre no te gustará.

—¿No? ¿Cómo se llama?

—*Los chistes de Taffy*.

—¡Dios santo! No hay quien te quite ese dichoso apodo, ¿no? Bueno, para mí siempre serás David, cariño.

Llegó el champán y el camarero les sirvió dos copas. David alzó la suya.

—Por ti, mamá. Por todo tu apoyo.

—¡No seas tonto! Yo no he hecho nada. Lo has hecho todo tú solo.

—Mamá, tú has hecho mucho. La primera vez que te dije que quería ser cómico, no me ridiculizaste, por grotesco que pudiera parecerte en ese momento. Y cuando me fui a Londres después de la guerra para probar suerte, no me reprendiste por ser un irresponsable.

—Bueno, me encanta que te haya salido todo tan bien. Brindo por ti, cariño. Hasta el fondo, como dicen. —LJ tomó un sorbo de champán, pero después se puso seria—. David, te lo tengo que preguntar, ¿has cambiado de idea con respecto a Greta y Owen? Sabes tan bien como yo que su engaño es poco menos que un delito. Los dos te han robado tu legítimo patrimonio. Estoy segura de que, si decides llevar el caso a los tribunales, tienes muchas probabilidades de ganar. De hecho, esos niños nacieron menos de seis meses después de que Owen conociera a Greta. Y el doctor Evans debe de saber la verdad. Él los trajo al mundo, después de todo.

—No, mamá —dijo David con firmeza—. Los dos sabemos que el doctor Evans jamás hablaría en contra de Owen. Se conocen desde hace años. Y,

además, ahora que mi carrera por fin está bien encaminada, un escándalo como ese podría arruinarla antes de que empiece de verdad. Por otra parte, soy muy feliz viviendo mi propia vida. Marcharme de Marchmont es lo mejor que he hecho nunca. Lo cierto es que aquí tengo todo lo que necesito. ¿Cómo están Owen y Greta?

—No tengo ni idea. No sé nada de Owen desde que me fui. Mary me escribe alguna que otra carta, pero no tengo noticias tuyas desde hace meses. Francamente, David, no entiendo cómo puedes tomarte todo esto con tanta calma. Yo, desde luego, no puedo —murmuró, tomando un trago de champán.

—Puede que sea porque nunca esperé heredar Marchmont. Cuando me hice mayor, me di cuenta de que a Owen no le caía bien. Aunque nunca he sabido por qué.

LJ apretó los dientes. Jamás había hablado a su hijo de su relación con Owen ni le había explicado su subsiguiente antipatía hacia él. Y no tenía intención de hacerlo en ese momento.

—No lo sé, David, la verdad. Basta con decir que la situación es bastante desagradable. Bueno, ¿pedimos? Estoy muerta de hambre.

Los dos pidieron sopa de langosta, costillar de cordero y macedonia para comer y estuvieron hablando sobre el formato del programa radiofónico de David.

—¿Y cómo vas de amoríos? ¿Has recogido alguna otra joven desamparada últimamente? —preguntó LJ, enarcando una ceja.

—No, mamá, ahora mismo estoy demasiado ocupado con mi carrera profesional para siquiera plantearme una relación. Dime, ¿qué tal te va en Gloucestershire?

—Bueno, las partidas de bridge y los cotilleos de los barrios residenciales nunca me han entusiasmado, pero no me puedo quejar.

—Reconócelo, mamá —David la miró de hito en hito—, echas de menos Marchmont, ¿verdad?

—Quizá. Aunque no muchas mujeres de mi edad dirían que echan de menos levantarse a las cinco para ordeñar las dichas vacas, pero al menos me sentía útil. Con todo el tiempo libre que ahora tengo, el día se me hace largo. Igual me estoy haciendo mayor, pero todavía no chocheo. Aunque Dorothy es un encanto. —LJ se quedó callada y suspiró—. ¡Sí, maldita sea! Lo echo muchísimo de

menos. Echo de menos despertarme por la mañana y ver la neblina en las cumbres de las colinas y oír el rumor del riachuelo. Aquello es precioso y... — No acabó la frase, y David le vio lágrimas en los ojos.

—Mamá, lo siento mucho. —Alargó la mano para cubrirle la suya—. Oye, podría dar los pasos necesarios para luchar por Marchmont si significa tanto para ti. Perdóname por ser egoísta. Ha sido tu hogar más que el mío, y ahora te has quedado sin él, todo porque te mandé a Greta.

—Dios santo, David, no te culpes solo por intentar ayudar a una damisela en apuros. Nadie podría haber previsto lo que pasaría. En fin —LJ sacó un pañuelo del bolso y se enjugó las lágrimas con disimulo—, no me hagas caso. He bebido demasiado champán y solo estoy siendo una vieja tonta, recordando el pasado.

—¿Estás segura de que no puedes volver a Marchmont, mamá?

—Jamás. —LJ miró a su hijo de hito en hito, con los ojos cargados de una súbita dureza—. Bueno, tengo que irme ya si quiero coger el tren. Son más de las tres y a Dorothy le entra pánico si no estoy en casa a la hora que dije que estaría.

—Claro. —David hizo una seña para que le llevaran la cuenta; detestaba ver sufrir a su madre—. Me ha encantado verte.

Cinco minutos después, acompañó a su madre a la calle y la subió a un taxi.

—Por favor, cuídate, mamá —dijo, y le dio un beso.

—Claro que sí. No te preocupes por mí, cariño. Soy fuerte como un roble.

David vio alejarse el taxi con una vaga sensación de abatimiento. A lo largo de los años, a menudo le había dado la impresión de que la fría relación de su madre con Owen tenía más enjundia de lo que parecía.

Pero ni por asomo sabía qué escondían.

El día que los gemelos cumplían tres años, Greta organizó una merienda en la terraza para celebrar su cumpleaños. Owen, Mary, Jonny, Cheska y ella se pasaron dos horas comiendo sándwiches y tarta de chocolate, y después jugaron a la gallinita ciega y al escondite en el bosque.

A la hora de acostarse, Greta tocó la frente de Jonny porque tenía las mejillas demasiado sonrosadas. Disolvió media aspirina en un poco de zumo y se lo hizo beber. Por lo general, eso conseguía bajarle la fiebre. El crío tenía mucha tos como consecuencia de la bronquitis que había contraído la semana anterior, pero esa tarde parecía haber estado de buen humor.

Mencionó su preocupación a Owen cuando Jonny por fin se quedó dormido y ella bajó a cenar con él.

—Está sobreexcitado, seguro —dijo Owen, mostrando una cariñosa sonrisa—. Se animará en cuanto mañana me lo lleve a dar una vuelta en su triciclo nuevo. Se está convirtiendo en un guapo muchachote. En los próximos meses le enseñaré a montar en poni.

Pese a sus tranquilizadoras palabras, Greta no pudo calmarse cuando se acostó. Aunque estaba acostumbrada a lidiar con las frecuentes dolencias de Jonny, esa vez su instinto maternal la había puesto en guardia. Entró en el cuarto de los niños sin hacer ruido y encontró a Jonny dando vueltas en la cuna. Tenía una ronca tos de pecho. Cuando le puso la mano en la frente, notó de inmediato que estaba ardiendo. Lo desnudó y le pasó una esponja fresca por el cuerpo, pero la fiebre no le bajó. Se quedó un rato observándolo, intentando no dejarse llevar por el pánico. Después de todo, Jonny a menudo tenía fiebre y no quería reaccionar de forma exagerada. Pero al cabo de una hora, cuando se inclinó otra vez más sobre la cuna para tocarle la frente, él no abrió los ojos y empezó a toser

y murmurar incoherencias.

—Jonny está muy enfermo, ¡estoy segura! —gritó cuando irrumpió en la habitación de Owen.

Su marido se despertó de inmediato, con los ojos cargados de miedo.

—¿Qué le pasa?

—No estoy segura —respondió Greta, conteniendo un sollozo—, pero nunca lo había visto tan mal como ahora. Por favor, llama al doctor Evans. ¡Date prisa!

Cuarenta minutos después, el doctor estaba inclinado sobre la cuna de Jonny. Le tomó la temperatura y escuchó su respiración superficial con el estetoscopio.

—¿Qué le ocurre, doctor? —preguntó Greta.

—Jonny tiene una bronquitis especialmente grave, y es muy posible que esté derivando en una neumonía.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —preguntó Owen, lívido de miedo.

—Recomiendo que lo llevemos al hospital de Abergavenny. No me gusta el ruido de sus pulmones. Sospecho que se le están llenando de líquido.

—Oh, Dios mío —se lamentó Owen, retorciéndose las manos con angustia.

—Intentemos no dejarnos llevar por el pánico. Solo estoy tomando precauciones. ¿Puede coger su coche, señor Marchmont? Será más rápido que avisar a la ambulancia. Llamaré al hospital para decirles que llevan a Jonny, y me reuniré con ustedes allí.

Owen asintió al tiempo que Greta cogía a su hijo de la cuna, luego los tres bajaron rápidamente la escalera para subir al coche. En el trayecto al hospital, con su hijo enfermo en los brazos, Greta vio que a su marido le temblaban las manos mientras los llevaba a Abergavenny.

La enfermedad de Jonny empeoró mucho en las siguientes cuarenta y ocho horas. Pese a los esfuerzos de médicos y enfermeras, Greta escuchó con impotencia la respiración entrecortada de su hijo cada vez más debilitado. Le pareció que el corazón podía rompersele de desesperación.

Owen estuvo sentado sin hablar al otro lado de la cama del pequeño, ambos incapaces de darse consuelo.

Jonny murió a las cuatro de la madrugada, tres días después de cumplir tres años.

Greta lo tuvo en brazos por última vez y se fijó bien en todos los minúsculos detalles de su querida carita: sus perfectos labios carnosos y sus pómulos marcados, tan parecidos a los de su padre.

Regresaron a casa en silencio, demasiado desconsolados para hablar. Greta fue derecha al cuarto de los niños, abrazó a Cheska y lloró con la cara enterrada en su pelo.

—Oh, cariño... cariño, ¿por qué él? ¿Por qué él?

Más tarde, bajó la escalera tambaleándose en busca de Owen.

Lo encontró en la biblioteca. Tenía una botella de whisky junto a él y la cabeza enterrada entre las manos. Estaba llorando; horribles sollozos graves y roncros.

—Por favor, Owen, no... no... —Greta se acercó a él y lo abrazó por detrás.

—Lo... lo quería muchísimo. Sabía que no era mío, pero desde el momento que lo tuve en brazos... —Owen se encogió de hombros desconsolado—. Sentí que era hijo mío.

—Y era hijo tuyo. Te adoraba, Owen. Ningún padre podría haber hecho más.

—Tener que verlo morir con tanto sufrimiento... —Owen volvió a enterrar la cabeza entre las manos—. No me puedo creer que ya no esté. ¿Por qué él? Aún no había empezado a vivir y aquí estoy yo, a mis cincuenta y nueve años. ¡Tendría que haber sido yo, Greta! —La miró—. ¿Qué razón tengo ahora para vivir?

Greta suspiró hondo.

—Tienes a Cheska.

Greta esperaba que el funeral pudiera ayudarlos a pasar página tanto a su marido como a ella. Owen parecía haber envejecido diez años en diez días y ella había tenido que sostenerlo junto a la tumba mientras veían cómo enterraban el minúsculo ataúd.

Había propuesto a Owen y al párroco que dieran sepultura a Jonny en el claro del bosque donde le encantaba jugar con su hermana.

—Y preferiría imaginarlo entre los árboles que rodeado de viejos huesos en un cementerio —había añadido.

—Como quieras —había masculado Owen—. Se ha ido. Me da igual dónde esté enterrado.

Greta no sabía si llevar a Cheska al funeral o no. La niña no entendía adónde había ido su hermano.

—¿Dónde está Jonny? —preguntaba con los enormes ojos azules llenos de lágrimas—. ¿Volverá pronto?

Greta negaba con la cabeza por enésima vez y le explicaba que Jonny se había ido al cielo y que era un ángel que los miraba desde una nube grande y esponjosa.

Al final decidió que era mejor que Cheska no viera cómo inhumaban a su querido hermano y, unos días después del entierro, la llevó al bosque y le enseñó el lugar. Había plantado un pequeño abeto para señalar la tumba de Jonny hasta que colocaran la lápida.

—Este es un árbol especial —explicó a Cheska—. A Jonny le encantaba el bosque y aquí es donde viene a jugar con sus amigos ángeles.

—Oh —dijo Cheska, acercándose al abeto despacio y tocando una de sus delicadas ramas—. ¿Jonny está aquí?

—Sí, cariño. Las personas que queremos nunca nos dejan.

—El árbol del ángel —murmuró de pronto Cheska—. Está aquí, mamá, está aquí. ¿Lo ves en las ramas?

Y, por primera vez desde hacía dos semanas, Greta la vio sonreír.

Pese a lo desolada que estaba, Greta sabía que tenía que mantener una cierta apariencia de normalidad por su hija. Pero Owen había empezado a beber de forma habitual, y en exceso. El aliento le olía a alcohol a la hora del desayuno y a la hora de cenar ya apenas se tenía en pie. Tras su desolación inicial, se había vuelto taciturno y retraído y era imposible mantener con él cualquier clase de conversación razonable. Greta empezó a cenar en su habitación, esperando que, con el tiempo, conforme el dolor disminuyera, su marido se rehiciera. Pero cuando los meses fueron pasando y llegó el otoño, le quedó claro que el estado de su marido se estaba agravando.

Una mañana oyó un grito en el pasillo y, cuando acudió corriendo, encontró a Mary fuera de la habitación de Owen, palpándose la cara hinchada con una mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmada.

—El señor me ha tirado un libro. Se ha quejado de que el huevo no estaba hecho como a él le gusta. Lo estaba, Greta. De verdad.

—Ve a mojarle la mejilla, Mary. Yo me ocupo de mi marido.

Greta llamó a la puerta y entró en la habitación de Owen.

—¿Qué quieres? —le preguntó él en tono agresivo. Estaba sentado en una silla con Morgan a sus pies. No había tocado la bandeja del desayuno y se estaba sirviendo whisky de una botella casi vacía.

—¿No crees que es un poco temprano para eso? —Greta le señaló el vaso y se fijó en lo delgado que parecía en pijama.

—No te metas, ¿quieres? ¿Es que un hombre no puede tomarse una copa en su propia casa si le apetece?

—Mary está muy disgustada. Va a salirle un buen moretón en la mejilla donde le has dado con el libro que le has tirado.

Owen se quedó mirando el vacío y la ignoró.

—¿No crees que deberíamos hablar, Owen? No estás bien.

—¡Claro que estoy bien! —bramó él, apurando el vaso y cogiendo otra vez la botella.

—Creo que ya has bebido suficiente por hoy, Owen —dijo Greta en voz baja, acercándose a él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué derecho tienes tú a juzgar mi vida?

—Ninguno, es... es solo que no me gusta verte así, nada más.

—Pues resulta que es culpa tuya. —Owen volvió a recostarse en la silla—. Si no me hubiera casado contigo y no me hubiera hecho cargo de tus dos hijos bastardos, no me haría falta beber, ¿no?

—¡Owen, por favor! —Greta se quedó horrorizada—. ¡No llames bastardo a Jonny! Lo querías.

—¿En serio? —Owen se inclinó hacia delante y la agarró por las muñecas—. Y por qué iba a querer a un crío ilegítimo yanqui, ¿eh? —Empezó a zarandearla, despacio al principio, y con más fuerza después. Morgan comenzó a gruñir.

—¡Para! Me haces daño. ¡Para!

—¿Por qué iba a hacerlo? —bramó Owen. Le soltó una muñeca y le propinó una fuerte bofetada—. No eres más que una puta estúpida, ¿verdad? ¿Verdad?

—¡Basta! —Greta logró soltarse y corrió a la puerta para alejarse de él, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

Owen la miró, con los ojos empañados por el alcohol. Después se echó a reír. Fue un ruido áspero y cruel que indujo a Greta a correr a encerrarse en su habitación. Se derrumbó sobre la cama y se llevó las manos a la cabeza, desesperada.

El comportamiento de Owen fue de mal en peor. Ya apenas tenía momentos de lucidez. La presencia de Greta parecía inflamar su cólera y la única persona a la que permitía acercarse era Mary.

Después de varias agresiones físicas de poca importancia, Greta llamó al doctor Evans, temiendo que la situación se estuviera descontrolando. El médico tuvo que salir corriendo de la habitación de su marido perseguido por una lluvia de libros, vasos y demás objetos que Owen tuvo a su alcance.

—Necesita ayuda, señora Marchmont —dijo el doctor Evans cuando Greta le ofreció una taza de café—. Ha caído en una depresión por la muerte de Jonny y está intentando consolarse con la bebida. Casi murió en la Primera Guerra Mundial, ¿sabe?, y sufría una grave neurosis de guerra cuando regresó a Inglaterra, antes de irse a Kenia. Me pregunto si su pérdida ha abierto viejas heridas.

—Pero ¿qué puedo hacer? —Greta se frotó la frente, nerviosa—. Me ataca cada vez que me ve, y estoy empezando a temer por la seguridad de Cheska. No come, solo bebe una botella de whisky tras otra.

—¿Hay algún sitio al que pudiera irse a vivir por un tiempo? ¿Tiene parientes? Si se marchara, puede que su ausencia lo espoleara a rehacerse.

—No. No tengo donde ir. Y, además, no podría dejarlo tal como está, ¿no?

—Por lo que veo, Mary lo está llevando de una forma admirable. Parece ser la única persona que puede manejarlo. Por supuesto, lo que hay que hacer es mandarlo a algún sitio donde puedan ayudarlo, pero...

—No se iría de Marchmont jamás de los jamases.

—En ese caso, el último recurso sería internarlo en una institución apropiada, pero tendríamos que acudir a los tribunales y conseguir la aprobación del juez. Y, en mi opinión, no está loco; solo es un borracho deprimido. Ojalá pudiera hacer más. Me preocupa su seguridad y la de su hija. Intente pensar si hay algún sitio al que podría ir, y no dude en llamarme si necesita ayuda o consejo.

—Lo haré, doctor Evans, gracias.

Noche tras noche, mientras oía los fuertes ronquidos que salían de la habitación de Owen, Greta se juraba que, cuando amaneciera, haría la maleta y se marcharía con Cheska. Pero, cuando despuntaba el alba, se topaba con la realidad. ¿Dónde podría ir? No tenía nada: ni dinero ni casa. Todo lo que tenía estaba allí con Owen.

Al final, no fue el maltrato físico y mental de Owen lo que la hizo decidirse.

Una tarde, cuando asomó la cabeza por la puerta del cuarto de los niños para ver si Cheska seguía dormida, vio que la camita estaba vacía.

—¡Cheska! ¡Cheska! —gritó.

No obtuvo respuesta. Echó a correr por el pasillo, y estaba a punto de llamar a la puerta de Owen cuando oyó risitas dentro de la habitación. Haciendo el menor ruido posible, giró el picaporte.

Lo que vio cuando miró por la rendija de la puerta hizo que se estremeciera de horror. Owen estaba sentado en su silla y tenía a Cheska en su regazo mientras le leía un cuento.

Era una escena de completa felicidad. Salvo por el hecho de que Cheska iba vestida de la cabeza a los pies con la ropa de su hermano muerto.

Greta llegó a Londres con Cheska una fría y brumosa tarde de octubre y se dio cuenta de que hacía casi cuatro años que se había marchado. Llevaba una sola maleta, con ropa para su hija y ella, y cincuenta libras en metálico: el dinero que David le había dado cuando se había ido de Londres, más veinte libras que había cogido a Owen de la billetera.

Después de encontrar a Cheska vestida con la ropa de Jonny, por fin había sabido que no le quedaba más remedio que irse. Tardó unos días en tomar la decisión y se sinceró con Mary, sintiéndose culpable por dejarla sola con Owen, pero sabiendo que apenas tenía alternativa.

—Debe irse, señora Greta, por el bien de Cheska, si no por el suyo. Yo me ocuparé del señor. Si me tira cosas, ¡las esquivaré! —Mary sonrió con valentía—. Y el doctor Evans vendrá con solo llamarlo, ¿no?

Owen estaba en su habitación, como de costumbre, empezando su rutina diaria de beber para ahogar las penas. Greta llamó a su puerta y le comunicó que se llevaba a Cheska a Abergavenny para hacer unas compras y que quizá pasarían todo el día fuera. Él la miró con los ojos enrojecidos; Greta dudaba que hubiera oído siquiera lo que había dicho. Huw, el joven novio de Mary, había accedido a llevarlas en coche a la estación de Abergavenny. Greta le dio efusivamente las gracias, compró dos billetes a Londres y subió a bordo del tren que esperaba en el andén.

Mientras se alejaba a toda velocidad de Gales y la ruina de su matrimonio, Greta miró por la ventanilla sin sentir apenas nada. Aunque no tenía la menor idea de dónde dormirían su hija y ella esa noche, cualquier cosa parecía mejor que vivir siempre con miedo a su marido, cada vez más inestable. No podía permitirse mirar atrás, pese a su terrible pérdida. Cheska estaba recostada en ella,

una muñeca de trapo sujeta bajo su brazo. Greta abrazó a la hija que le quedaba en actitud protectora. Y aunque sabía que regresaba a Londres con poco más de lo que tenía cuando se había marchado, para su sorpresa, se sentía fuerte y no tenía miedo.

Cuando el tren llegó por fin a la estación de Paddington, se apeó y cargó como pudo con la maleta y con Cheska, que estaba adormilada y confundida. Se dirigió a la parada de taxis y pidió al conductor que la llevara al hotel de Basil Street en Knightsbridge. Había ido una vez con Max y sabía que era respetable, aunque caro.

Acostumbrada a la silenciosa calma de Marchmont, el ruido de las bulliciosas calles londinenses le atronó en los oídos cuando pagó al taxista y entró en el vestíbulo del hotel. Pero al menos el aire antiguo del establecimiento la reconfortó. Las acompañaron a su habitación de dos camas, y de inmediato Greta pidió al mozo dos raciones de sándwiches y té.

—Aquí tienes, cariño. —Greta sentó a Cheska a una mesita—. Queso con tomate. Tus preferidos.

—¡No quiero, no quiero! —Cheska negó con la cabeza y se puso a llorar.

Greta enseguida desistió de intentar convencer a la niña para que comiera. En cambio, deshizo la maleta y le puso el camisón.

—Ya está, cariño. Qué lujo, ¿no? ¿Dormir en un hotel de Londres y compartir habitación con mamá?

La niña negó con la cabeza.

—Cheska quiere irse a casa —gimoteó.

—Bueno, ¿por qué no te metes en la cama y mamá te leerá?

La propuesta pareció animarla y Greta le leyó un cuento de los hermanos Grimm, el libro preferido de su hija, y también de su hijo, reflexionó entristecida, hasta que a Cheska por fin se le cerraron los ojos. Se quedó mucho tiempo sentada en la cama mirando a su hija. Los pómulos marcados, la nariz respingona y los labios carnosos se enmarcaban en una cara con forma de corazón. Gracias al rizo natural de sus suaves cabellos dorados no necesitaba ponerse rulos por la noche; estos le llegaban a los hombros en perfectos tirabuzones. Las pestañas, largas y oscuras, descansaban sobre la perfecta piel bajo los ojos. Dormida, parecía un ángel.

La invadió un hondo amor por su pequeña. Cheska nunca había sido

reclamante y parecía haber aceptado sin rechistar que Owen no le hubiera prestado atención y hubiera consentido tanto a Jonny. Aunque Greta seguía luchando a diario con el dolor causado por la muerte de Jonny, odiaba esa minúscula parte de ella que casi agradecía que se lo hubieran llevado a él y no a su querida hija.

Se desnudó, se agachó y besó a la niña en la mejilla.

—Buenas noches, amor mío. Que duermas bien.

Se metió en su cama y apagó la luz.

Pese a la determinación de Greta, los primeros días en Londres resultaron duros. Su primera prioridad era encontrar un lugar donde vivir, pero Cheska enseguida se cansó de que la llevara de piso en piso y se puso irritable y malhumorada. Y a Greta no le gustaba el recelo que veía en los ojos de sus posibles caseras cuando explicaba que era viuda. Suponía que iba a tener que habituarse a cargar con la lacra de ser madre soltera.

Después de buscar durante tres días, encontró unas habitaciones limpias y muy luminosas en el último piso de una casa que quedaba muy cerca de la pensión en la que había vivido antes de huir a Gales. Kendal Street estaba al lado de Edgware Road, y regresar a un barrio que ya conocía daba a Greta una sensación de seguridad. La otra ventaja era la casera, que había parecido muy comprensiva cuando Greta le había explicado que el padre de Cheska había muerto justo después de la guerra.

—Yo perdí a mi marido y a mi hijo, señora Simpson. Una situación terrible. — Suspiró—. Que tantos niños crezcan sin sus padres. Por suerte, mi marido me dejó esta casa y eso me permite salir adelante. Es un edificio tranquilo, le advierto. Yo vivo en el sótano y tenemos un par de señoras mayores en la planta baja. Su pequeñina se porta bien, ¿verdad?

—Oh, sí, se porta muy bien. ¿Verdad, Cheska?

Cheska asintió y obsequió a la casera con una sonrisa radiante.

—Qué hijita tan dulce tiene, señora Simpson. ¿Cuándo querría instalarse? — preguntó, claramente cautivada.

—Lo antes posible.

Greta le pagó la fianza y el alquiler de un mes. Se instaló con su hija en las

habitaciones dos días después y sacó una de las camas individuales al salón para que Cheska tuviera su propio cuarto y pudiera dormir sin que ella la molestara.

En su primera noche en el piso, Greta acostó a Cheska y fue a su salón dormitorio, donde se arrellanó en un sillón. Tras disfrutar de la amplitud de la mansión de Marchmont, se ahogaba en un espacio tan pequeño. Pero, por el momento, no podía hacer más. El dinero que había llevado ya se le estaba acabando y sabía que tenía que encontrar trabajo lo antes posible.

Cogió el *Evening News* que había comprado antes y buscó la sección de «Ofertas de trabajo». Echó una ojeada a los anuncios y rodeó las posibilidades con lápiz. Desaminada por la ausencia de empleos adecuados, y su falta de preparación para cualquiera de ellos, fue a la cocina, se preparó una taza de té y se encendió un cigarrillo. Haber trabajado en el Windmill no era precisamente la clase de información que podía dar a un posible jefe, y no tenía intención de retomar ese trabajo, ya que el duro horario conllevaría dejar a Cheska sola durante mucho tiempo por las noches. Lo ideal sería encontrar un puesto administrativo respetable en una oficina de la City o del West End. En cuanto encontrara empleo, tendría que poner un anuncio para buscar una niñera que se quedara con su hija mientras ella trabajaba.

Al día siguiente, Greta compró a Cheska una tableta de chocolate y la arrastró a una cabina telefónica mientras ella concertaba entrevistas. Mintió descaradamente, diciendo a sus posibles jefes que sí que sabía mecanografía, y que claro que tenía experiencia administrativa. Tras haber conseguido dos entrevistas para la mañana siguiente, ahora tenía el problema de qué hacer con Cheska mientras tanto. Regresó a casa despacio, tirando de su hija y sintiéndose desanimada. En el vestíbulo del edificio, una señora mayor estaba recogiendo las hojas que habían entrado de la calle.

—Hola, querida. ¿Es usted nueva?

—Sí. Acabamos de instalarnos en el último piso. Soy Greta Simpson, y esta es mi hija Cheska.

La mujer miró a la niña.

—¿Has estado comiendo chocolate, cielo?

Cheska asintió con timidez.

—A ver. —La mujer se sacó un pañuelo de la manga y le limpió la cara. De forma sorprendente, la niña no se quejó—. Ya está. Mejor así, ¿no? Soy Mabel

Brierley, por cierto. Vivo en el segundo piso. Tiene al marido trabajando, ¿no?

—Soy viuda, de hecho.

—Yo también, querida. Murió en la guerra, ¿verdad?

—Sí, bueno, justo después. Lo hirieron en el desembarco de Normandía y no llegó a recuperarse. Nos dejó después del Día de la Victoria.

—Oh, lo siento. Yo perdí al mío en la Primera Guerra Mundial. Vivimos una época trágica, ¿verdad, querida?

—Sí —convino Greta con aire triste.

—Siempre que le apetezca una taza de té y un poco de compañía, yo no me muevo de aquí. Es agradable tener una pequeñina en el edificio. Y eres una preciosidad, ¿lo sabías? —Se agachó, sonriendo, y dio a Cheska una palmadita cariñosa bajo la barbilla.

Greta vio que su hija sonreía a Mabel y decidió coger al toro por los cuernos.

—Señora Brierley, ¿no conocería usted a alguien que pueda quedarse con Cheska unas horas mañana por la mañana? Tengo una entrevista de trabajo y no me la puedo llevar.

—Bueno, déjeme pensar. —Mabel se rascó la cabeza—. No, la verdad. A menos que... —Miró a la niña—. Supongo que podría quedármela yo, siempre que no sea durante demasiado tiempo.

—Oh, ¿lo haría? Se lo agradecería muchísimo, y estaré de vuelta a la hora de comer. Por supuesto, le pagaré.

—De acuerdo, querida. Las viudas tenemos que ayudarnos entre nosotras, ¿no? ¿A qué hora?

—¿Podría bajársela a las nueve?

—Sí. Hasta mañana, entonces.

Aliviada, Greta subió a su piso con Cheska en brazos.

A la mañana siguiente, vestida con el único traje y sombrero elegante que se había llevado, Greta bajó a Cheska al piso de Mabel. La niña gimoteó cuando su madre le explicó que tenía que salir un rato pero que estaría de vuelta a la hora de comer.

—No se preocupe, señora Simpson. Cheska y yo estaremos bien —le aseguró Mabel.

Greta se marchó antes de poder presenciar las lágrimas que su hija sin duda derramaría y tomó un autobús a Old Street para su primera entrevista.

El puesto era de empleada en un banco, realizando tareas mecánicas como archivar, combinadas con algo de mecanografía. Greta estaba nerviosa y no supo mentir. Salió de la entrevista con el director de la oficina sabiendo que no tendría noticias suyas.

La siguiente entrevista era para el puesto de dependienta en la sección de perfumería de los grandes almacenes Swan & Edgar de Piccadilly. Su posible jefa era una cuarentona de facciones aguileñas que vestía un traje clásico de corte masculino. Le preguntó si tenía cargas familiares y Greta mintió mejor esa vez, pero, aun así, salió de la tienda sabiendo que sería un milagro que le ofreciera el puesto. Abatida, se acercó a un quiosco para comprar el periódico.

Esa semana, Greta dejó a Cheska en casa de Mabel todas las mañanas para acudir a entrevistas. Había empezado a darse cuenta de que el desempleo masivo de la posguerra, un problema que le había parecido tan lejano y ajeno mientras vivía en Marchmont, estaba afectando gravemente a sus perspectivas de encontrar trabajo. No obstante, perseveró, pues la idea de regresar a Gales con Owen solo hacía que aumentar su determinación.

El viernes dejó a Cheska con Mabel como de costumbre y cogió un autobús a Mayfair. No abrigaba muchas esperanzas con respecto a su entrevista, que era para el puesto de recepcionista en un bufete de abogados. El día anterior, un posible jefe le había hecho una prueba de mecanografía, que ella había suspendido de forma estrepitosa.

Respirando hondo, llamó al timbre de la imponente puerta negra.

—¿En qué puedo ayudarla? —La mujer que le abrió era joven, con una sonrisa afable.

—Hola. Tengo una cita con el señor Pickering a las once y media.

—Bien. Venga por aquí.

Greta siguió a la joven hasta la sala de visitas. La habitación tenía las paredes revestidas de madera de roble, una mullida alfombra en el suelo y sillones de piel.

La joven le señaló uno.

—Siéntese. Iré a avisar al señor Pickering de que ha llegado.

—Gracias.

Greta vio cómo la joven abría la puerta del fondo de la sala, salía por ella y la cerraba. Se preguntó si merecía la pena quedarse. En un bufete elegante como ese, estaba segura de que querían una persona con años de experiencia.

Alzó la vista cuando la puerta del fondo volvió a abrirse.

—Greta Simpson, supongo.

Ella se levantó y tendió la mano a un hombre alto y muy atractivo, al que echaba unos treinta y cinco años, vestido con un impecable traje de rayas. Tenía unos penetrantes ojos azules y el pelo negro y abundante con ligeras entradas.

—Sí. Mucho gusto.

El señor Pickering le tomó la mano y se la estrechó con firmeza.

—El gusto es mío. ¿Sería tan amable de venir conmigo?

—Por supuesto.

Greta lo acompañó hasta la puerta del fondo de la sala, que él le sostuvo para que pasara.

—Por aquí.

El señor Pickering condujo a Greta a un despacho grande y desordenado. La mesa estaba a rebosar de papeles y detrás había estantes repletos de recios libros de derecho.

—Siéntese, señora Simpson. Perdone el desorden, pero me temo que es el único ambiente en el que sé trabajar. —Sonrió con afabilidad cuando se sentó a la mesa y la miró atentamente, juntando los dedos bajo la barbilla—. Bien, hábleme un poco de usted.

Greta repitió su historia, pero no mencionó a Cheska.

—Bien. ¿Tiene experiencia laboral en una oficina?

Después de una semana de mentiras, Greta decidió ser sincera.

—No, pero tengo muchísimas ganas de aprender.

—Bueno... —el señor Pickering golpeteó la mesa con un lápiz—, de hecho, el puesto que ofrecemos no es técnico. Tratamos con clientes muy ricos e importantes y nos gusta asegurarnos de que están bien atendidos desde que entran en el edificio. Usted tendría que recibirlos, ofrecerles té y, por encima de todo, ser discreta. Casi todos nuestros clientes nos visitan porque tienen... alguna clase de problema personal. El teléfono de recepción sería responsabilidad suya, al igual que mi agenda de citas y la de mi socio, el señor Sallis. También tenemos a Moira, nuestra secretaria, que se ocupa de la mecanografía y la

administración del bufete con mucha eficacia, pero le pediremos que la ayude de vez en cuando. Sustituiría a la señora Forbes, a quien ha conocido en la recepción. Lamentamos que se vaya, pero tendrá un hijo en enero. Usted... eh... no tiene eso en perspectiva, ¿verdad, señora Simpson?

Greta consiguió aparentar la debida sorpresa.

—En mi situación actual de viuda, dudo que sea una opción para mí.

—Bien. La continuidad es clave, ¿sabe? A los clientes les gusta establecer una relación. Y estoy seguro de que, con su cara bonita, usted podrá cautivarlos. Dígame, ¿querría probar? ¿A partir del lunes?

—Yo... —Greta estaba tan sorprendida que no supo qué decir.

—¿O preferiría pensárselo?

—No, no —se apresuró a decir—. Me encantaría trabajar aquí.

—Excelente. Creo que será ideal. —El señor Pickering se levantó—. Le pido disculpas, pero he quedado para comer. Si quiere saber algo más, hable con Sally..., es decir, la señora Forbes. Ella le informará. El sueldo son doscientas cincuenta libras anuales. ¿Le parece bien?

—Oh, sí, desde luego. —Greta se levantó y le tendió la mano por encima de la mesa—. Muchas gracias, señor Pickering. No le defraudaré, se lo prometo.

—Estoy seguro de que no lo hará. Que tenga un buen día, señora Simpson.

Cuando Greta salió del despacho y entró en la recepción, se sentía eufórica. No llevaba ni tres semanas en Londres y ya había conseguido encontrar un lugar donde vivir y una fuente de ingresos para su hija y ella.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sally.

—Me ha ofrecido el puesto. Comienzo el lunes.

—¡Gracias a Dios! Ha visto a muchas chicas, ¿sabes? Ya empezaba a pensar que acabaría dando a luz en mi mesa si no me encontraba sustituta pronto. Ninguna parecía lo bastante encantadora, ¿si sabes a qué me refiero!

—Creo que sí. ¿Has sido feliz aquí? —preguntó Greta.

—Mucho. Es fácil trabajar con el señor Pickering, y el viejo, perdón, el señor Sallis, el socio principal, es un cielo. Eso sí, ten cuidado con Veronica. Es la hija del señor Sallis. ¡Está casada con el señor Pickering y es una auténtica bruja! Se deja caer por aquí de vez en cuando de camino a algún restaurante elegantísimo. Gobierna a su marido con mano de hierro. Ella es la que mueve los hilos. Si no le caes bien, estás despedida. Mi predecesora se marchó por su culpa.

—Entiendo.

—Pero no te preocupes. Su Alteza no nos honra con su presencia demasiado a menudo, gracias a Dios. ¿Hay algo más que te gustaría saber antes de irte?

Greta hizo unas cuantas preguntas, que Sally respondió en todo detalle, y después miró su reloj.

—Oh, cielos. ¡No me había dado cuenta de que era tan tarde! Tengo que irme.

—Bien, ha sido un placer conocerte. Me quedaré unos días después de que te incorpores, para enseñarte cómo va todo, pero estoy segura de que lo harás bien.

—Gracias. ¿Cuándo nace tu hijo? Yo... —Greta consiguió interrumpirse por los pelos antes de advertirle sobre los últimos agotadores meses de embarazo—. Hasta el lunes. Adiós.

Bajó a la calle a toda prisa y se dio el lujo de coger un taxi, con ganas de llegar a casa lo antes posible. Decidió preguntar a Mabel si le interesaba cuidar a Cheska de forma permanente durante el día. En caso contrario, tendría que colgar un anuncio en el tablón del quiosco de periódicos del barrio.

Cuando llegó a casa, Cheska, sonriente y con la cara manchada de chocolate, salió corriendo del piso de Mabel para saludarla.

—Hola, cariño. —Greta la aupó en brazos—. ¿Te lo has pasado bien?

—Hemos hecho pastelitos, mamá. —Cheska se acurrucó contra su madre.

—¿Se ha portado bien? —preguntó a Mabel, que había aparecido en la puerta.

—Como oro en paño. Tiene una niña encantadora, señora Simpson.

—Oh, por favor, llámame Greta. ¿Tienes cinco minutos, Mabel? Querría preguntarte una cosa.

—Sí. Pasa, querida. Acabo de preparar té.

Con Cheska en brazos, Greta entró en el piso de Mabel, que estaba atestado de muebles voluminosos y anticuados. Olía ligeramente a violetas y a desinfectante.

Mabel las sentó en su salón y sacó una bandeja en la que había una tetera con una alegre cubierta de punto, tazas y un plato de pastelitos bastante quemados.

—Aquí tienes. —Mabel pasó a Greta una taza de té bien cargado—. Dime, ¿qué me querías preguntar, cariño?

—Bueno, esta mañana he conseguido trabajo en un bufete de abogados de Mayfair.

—¡Oh! Qué lista eres. Yo nunca aprendí a leer y a escribir. Las mujeres no lo hacíamos en esa época, ¿sabes?

—Bueno, el problema que tengo es Cheska. Debo salir a ganarme la vida, pero obviamente no me la puedo llevar.

—No. Claro.

—Así que me preguntaba si estarías interesada en cuidarla todos los días. Te pagaría, como es natural.

—Bueno, déjame ver. ¿Cuál sería el horario?

—Tendría que salir a las ocho y media y no volvería hasta las seis.

—¿Cinco días a la semana?

—Sí.

—Bueno, podríamos probar, ¿no? —Mabel sonrió a Cheska, que estaba feliz, comiéndose un pastelito en el regazo de su madre—. Además, me haría compañía.

A continuación, acordaron que le pagaría quince chelines semanales.

—Me parece correcto —dijo Mabel—. Cualquier dinerito extra viene muy bien en estos tiempos. Con la pensión de mi marido, solo me llega para el alquiler y la comida.

—Te lo agradezco muchísimo. En fin, hoy ya no debemos robarte más tiempo. Venga, Cheska, vámonos a comer. —Greta se levantó.

—Sabes lo que te conviene hacer, ¿verdad, querida? —preguntó Mabel cuando las acompañó a la puerta.

—¿Qué?

—Buscarte otro marido. Estoy segura de que una joven guapa como tú podría buscarse un caballero apuesto y rico que se case y cuide de las dos. No está bien que una madre tenga que trabajar.

—Eres muy amable, Mabel, pero no creo que ningún hombre esté interesado en una viuda y su hija —dijo Greta con una sonrisa triste—. Hasta el lunes.

—Sí, querida. Cuídate.

Cuando Greta subió a su piso con Cheska en brazos, pensó en lo que Mabel había dicho. Incluso aunque fuera libre de hacerlo, dudaba que alguna vez volviera a casarse.

Greta y Cheska pasaron una agradable tarde de sábado comprando en el West End. En Gales, las boutiques de ropa eran contadas. En Marchmont, todo lo que había necesitado era ropa de abrigo funcional.

En Londres, las tiendas parecían estar llenas a rebosar de la clase de ropa que Greta no veía desde antes de la guerra. Cheska, fascinada con los grandes almacenes enormes, correteó detrás de su madre con cara de asombro. Greta compró dos trajes baratos y tres blusas para el trabajo, junto con un jersey color crema de Aran y una falda escocesa de cuadros para Cheska.

El domingo por la noche sentó a su hija y le explicó que mamá tenía que ir a trabajar para que las dos pudieran tener cosas ricas que comer y vestidos bonitos que ponerse. Le dijo que Mabel se haría cargo de ella durante el día, pero que mamá regresaría a casa para acostarla por la noche. Cheska pareció aceptar la situación sin apenas rechistar. Y declaró que Mabel era simpática y le daba chocolate.

A la mañana siguiente, Greta dejó a Cheska en el piso de Mabel. La niña se quedó con ella sin quejarse. Aliviada, Greta subió a un autobús para ir a trabajar.

Al final de su primera semana, ya se había adaptado y disfrutaba de su trabajo. Los clientes que iban al bufete eran afables y corteses. Moira, la secretaria de mediana edad, era muy servicial, y Terence, el recadero, era un muchacho del este de Londres que tenía unas salidas graciosas para todo. Rara vez veía al viejo señor Sallis, quien solo iba al bufete tres días a la semana. El señor Pickering o estaba encerrado en su despacho con un cliente o se marchaba a toda prisa porque había quedado a comer. Para alivio de Greta, la temida Veronica no había hecho acto de presencia.

Cheska parecía bastante feliz con su nueva rutina y, aunque Greta llegaba a

casa cansada después de pasarse el día trabajando, siempre sacaba energía para preparar una buena cena y leer a su hija durante una hora antes de acostarse.

Los fines de semana, aunque iba justa de dinero, Greta hacía un esfuerzo extra para organizar salidas especiales. A veces visitaban la juguetería Hamleys y después iban a merendar a una Lyons Corner House. Y en una ocasión había llevado a Cheska al zoológico de Londres para que viera los leones y los tigres.

Greta se sorprendía de la facilidad con la que ambas se habían adaptado a su nueva vida en la ciudad. Cheska rara vez mencionaba Marchmont y ella, con su apretada agenda, tenía mucho menos tiempo para pensar en la pérdida de su amado hijo. La culpa la atenazaba cada vez que recibía una carta de Mary, con faltas de ortografía, hablándole del continuo deterioro de Owen. Había sufrido un par de feos caídas y el doctor Evans había intentado ingresarlo en un hospital, pero él se había negado en redondo. Morgan, su querido labrador, había muerto hacía poco y, al parecer, su pérdida lo había empujado a beber todavía más. Estaba demasiado enfermo para ocuparse de la hacienda y el señor Glenwilliam, su abogado, se había hecho cargo de la administración de Marchmont.

Mary le decía estoicamente que no se preocupara, que había hecho lo correcto para Cheska marchándose. Greta se preguntaba cuándo le escribiría para comunicarle que dejaba el trabajo, sobre todo porque Mary había mencionado que Huw, el joven jornalero de la hacienda que la cortejaba, le había pedido matrimonio. Estaban prometidos y ahorrando para la boda, pero de momento Mary parecía seguir tomándose con filosofía el imprevisible comportamiento de su señor.

Greta no conoció a la mujer del señor Pickering hasta después de un mes trabajando en el bufete. Acababa de llegar de comer y sentarse a su mesa cuando una elegante mujer con un fastuoso abrigo de pieles y un sombrero a juego entró en la oficina sin tocar el timbre. Greta le sonrió.

—Buenas tardes, señora. ¿Puedo ayudarla?

—¿Y tú quién eres? —La mujer la miró de arriba abajo con perspicacia.

—Soy la señora Simpson. Sustituí a la señora Forbes hace unas semanas. ¿Tiene cita? —preguntó Greta en tono amable.

—No creo que necesite pedir hora para ver a mi marido o a mi padre, ¿no crees?

—No, claro que no. Le pido disculpas, señora Pickering. ¿A cuál de los dos

quiere ver?

—No te molestes. Pasaré a ver mi marido yo misma. —Veronica Pickering le miró las manos—. Y me temo que deberías buscarte una lima. Llevas las uñas sucias y descuidadas. No podemos permitir que nuestros clientes crean que contratamos gentuza, ¿no? —Dirigió a Greta una última mirada condescendiente, se dio la vuelta y cruzó con aire majestuoso la puerta que conducía al despacho de su marido.

Greta se miró las uñas, limpiísimas aunque sin arreglar, y se mordió el labio inferior. Poco después llegó un cliente y se mantuvo ocupada preparando té y dándole conversación.

Al cabo de diez minutos, la señora Pickering salió seguida de su marido.

—Coge las llamadas del señor Pickering, Griselda. Salimos a comprar un regalo de Navidad, ¿verdad, cariño?

—Sí, querida. Volveré a las cuatro, Greta.

—Muy bien, señor Pickering.

Camino de la puerta, Veronica Pickering se volvió hacia su marido.

—No tengo claro lo del acento, James querido. ¿Es que ya no enseñan a hablar correctamente en las escuelas?

Greta apretó los dientes cuando salieron y cerraron la puerta.

Conocer a Veronica Pickering la tuvo nerviosa durante el resto del día. El señor Pickering no regresó al bufete, y no lo volvió a ver hasta la mañana siguiente. Se detuvo junto a su mesa camino del despacho.

—Buenos días, Greta.

—Buenos días, señor.

—Solo quería disculparme por mi mujer. Lo siento, pero ella es así, y no debes tomarte en serio nada de lo que dice. De momento, nosotros, es decir, el señor Sallis y yo, estamos muy contentos con tu trabajo.

—Gracias, señor.

—Bien. Te dejo trabajar. —El señor Pickering le sonrió con su dulzura habitual y Greta se preguntó por qué demonios se había casado con una mujer tan espantosa.

Después de eso, el señor Pickering a menudo se detenía a charlar con Greta cuando pasaba junto a su mesa, como si quisiera asegurarle que no compartía la opinión que su mujer tenía de ella. Durante una de esas conversaciones, Greta le

pidió una máquina de escribir para poder echar una mano si había más cartas de lo habitual. El señor Pickering se la consiguió y, con la ayuda de la paciente Moira, Greta empezó a aprender mecanografía sola.

Solo faltaban unos días para Navidad y Greta estaba deseando que llegara la semana de vacaciones que tenía durante las fiestas. Ya se había gastado demasiado dinero en los regalos de Cheska, pues no quería que su hija pensara que Papá Noel se había olvidado de ella, y había reservado dos butacas en el teatro Scala para ver a Margaret Lockwood en *Peter Pan*. Estaba decidida a asegurarse de que su primera Navidad sin Owen y Jonny fuera tan feliz como lo permitieran las circunstancias.

—Papá Noel sabrá dónde estoy, mamá, ¿verdad? —preguntó Cheska preocupada, mientras Greta la arropaba.

—Claro, cariño. Escribí al Polo Norte para decirle que habíamos cambiado de dirección. La semana que viene saldremos a comprar un árbol y muchos adornos bonitos para colgarlos de las ramas. ¿Te apetece?

—Oh, sí, mamá. —Cheska sonrió encantada y se arrebujó entre las mantas.

Al día siguiente, Moira tuvo que irse a casa por la tarde porque había contraído la gripe y el señor Pickering empezó a dar a Greta montones de cartas para que las mecanografiara.

—Te pido disculpas, Greta, pero tenemos que atar muchos cabos sueltos antes de que el bufete cierre en Navidad. El señor Sallis ya se ha ido al campo, así que tengo que hacerlo todo yo. Por casualidad, ¿no podrías quedarte hasta más tarde mañana? Te pagaremos más, por supuesto.

—Sí, creo que podré —respondió ella.

Esa noche preguntó a Mabel si al día siguiente podía dar de cenar a Cheska, acostarla y quedarse con ella hasta su llegada.

—Te lo agradecería muchísimo, Mabel. He visto una muñeca preciosa en Hamleys que me encantaría comprarle, y con el dinero extra podré pagarla. Y comerás con nosotras el día de Navidad, ¿verdad? Cheska me ha preguntado si podías venir. Te adora, ¿sabes?

—Entonces será un placer echarle una mano. Siempre que no lo conviertas en

una costumbre, eso sí —respondió Mabel.

A la tarde siguiente, ya eran más de las siete cuando la última carta estuvo impecablemente mecanografiada, lista para que el señor Pickering la firmara. Greta las cogió y llamó a su puerta.

—¡Adelante!

—Aquí tiene, señor Pickering. Ya he terminado. —Greta dejó las cartas sobre la mesa.

—Gracias, Greta. Eres una maravilla, en serio. No sé qué habría hecho sin ti.

Firmó al pie de todas las cartas y se las devolvió.

—Bueno, eso es todo por hoy, creo. Oye, ¿qué te parece si te invito a una copa por haber trabajado tanto y así celebramos también la Navidad?

—Me encantaría, pero... —Greta estuvo a punto de decir que debía regresar a casa con Cheska, pero se detuvo a tiempo.

—Podríamos pasarnos por el Athenaeum. —El señor Pickering ya estaba cogiendo el abrigo—. No puedo quedarme mucho rato, porque he quedado con Veronica dentro de una hora para ir a una fiesta.

Greta sabía que debía decir que no e irse derecha a casa, pero hacía mucho tiempo que no salía de noche. Además, el señor Pickering le caía bien.

—De acuerdo —convino.

—Bien. Toma tu abrigo y te veré abajo en la calle.

—De acuerdo, pero antes debo meter estas cartas en sobres y poner los sellos.

—Por supuesto. Las echaremos al buzón de camino.

Diez minutos después, iban los dos andando por Piccadilly camino del Athenaeum. La coctelería estaba muy concurrida, pero consiguieron encontrar sitio y el señor Pickering pidió dos ginebras rosas.

—¿Y qué haces en Navidad, Greta? —le preguntó mientras se encendía un cigarrillo—. Ah, por cierto, llámame James ahora que no estamos en el bufete, por favor.

—Oh, nada especial —respondió ella.

—La pasarás con tu familia, ¿no?

—Eh... sí.

Llegaron las copas y Greta dio un sorbo a la suya.

—Viven en Londres, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú?

—Oh, lo de siempre. Mañana damos una fiesta en nuestra casa de Londres para celebrar Nochebuena, y luego nos vamos a Sussex a casa de los señores Sallis hasta Año Nuevo.

—No pareces muy entusiasmado con ir a casa de tus suegros —aventuró Greta.

—¿No? Vaya por Dios. Es lo que siempre dice Veronica.

—¿No te gusta la Navidad?

—Antes sí, cuando era pequeño, pero últimamente parece que solo consista en una sucesión constante de fiestas con gente que me cae bastante antipática. Supongo que sería distinto si tuviéramos hijos. O sea, la Navidad es para ellos, ¿no?

—Sí —convino Greta—. ¿Tienes... es decir, pensáis tener hijos la señora Pickering y tú?

—Me gustaría pensar que sí, algún día, pero mi mujer no destaca por su instinto maternal. —James suspiró—. En fin, cuéntame más cosas de ti.

—No hay mucho que contar.

—Seguro que una dama tan atractiva e inteligente como tú debe de estar con un hombre.

—No, ahora mismo estoy sola.

—Me cuesta mucho creerlo. Es decir, si yo estuviera soltero, me parecerías irresistible. —James tomó un sorbo de ginebra rosa y la miró por encima del borde del vaso.

Greta, mareada por el alcohol, se sonrojó y se dio cuenta de que sus atenciones le gustaban.

—¿Qué hiciste durante la guerra? —preguntó a James.

—Tengo asma, así que el ejército me rechazó. En cambio, trabajé en el Ministerio de Defensa en Whitehall y estudié para mis exámenes de derecho por la noche. El señor Sallis me hizo socio minoritario el Día de la Victoria, justo después de que yo aprobara —respondió.

—¿Ayudó que fueras su yerno?

—Pues claro, pero lo cierto es que también soy bastante buen abogado, ¿sabes? —Sonrió, tomándose bien su mordaz comentario.

—Oh, eso no lo dudo ni por un instante. ¿Y cómo conociste a tu mujer?

—En una fiesta poco antes de la guerra. Yo acababa de terminar en Cambridge. Veronica me echó el ojo y... —Se rio—. Para serte sincero, Greta, no tuve escapatoria.

Hubo un breve silencio mientras Greta asimilaba la información.

—Creo que no le caigo muy bien. Me acusó de ser descuidada y de tener acento.

—Eso solo son celos, Greta. Veronica ya no es tan joven y tiene celos de cualquier mujer que lo sea. Sobre todo si es tan guapa como tú. Bueno, lo siento pero voy a tener que irme. La fiesta empieza dentro de quince minutos y me juego la vida si llego tarde.

James pagó la cuenta y dio unas monedas a Greta.

—Ten, coge un taxi hasta tu casa, ¿quieres?

Se levantaron, atravesaron el vestíbulo y salieron por la entrada principal.

—Me lo he pasado bien —dijo él—. ¿Tal vez querrías cenar conmigo una noche?

—Tal vez.

—Bueno, por ahora, feliz Navidad, Greta.

—Lo mismo digo, James.

Él le dijo adiós con la mano mientras se alejaba rápidamente por la acera. El portero del hotel paró un taxi para Greta. Durante el trayecto, se permitió recordar la conversación. James le parecía atractivo, y no había duda de que el sentimiento era mutuo. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre que la halagara. Por un momento, imaginó a James abrazándola y besándola... pero enseguida se lo quitó de la cabeza.

Era una locura pensar siquiera en ello. Estaba casado. Y no solo eso, además era su jefe.

Aun así, mientras estaba en la cama esa noche, con el cuerpo ardiéndole de deseo por él, Greta supo que era poco probable que fuera capaz de resistirse a la tentación si se la ofrecían.

13

Durante las fiestas, Greta se esforzó por no pensar en James y se concentró en dar a su hija las mejores Navidades posibles. El día de Navidad por la mañana, la cara de Cheska fue el vivo retrato del asombro cuando desenvolvió sus numerosos regalos, entre ellos la muñeca de Hamleys, cuyos ojos se abrían y cerraban. Mabel subió a su piso para compartir su pequeño pollo asado y pasaron un día muy feliz. Pero cuando Cheska estuvo acostada y Mabel se marchó, Greta sintió un gran vacío interior. Miró las estrellas y mandó un mensaje al hijo que había perdido:

—Feliz Navidad, Jonny, donde quiera que estés —susurró.

El día de San Esteban llevó a Cheska a ver *Peter Pan* en el teatro Scala.

—¿Creéis en las hadas? —gritó Peter Pan.

Cheska se levantó de un salto en su afán por salvar a Campanilla.

—¡Sí! ¡Sí! —chilló con todos los demás niños del teatro.

Greta pasó más tiempo mirando la cara de su hija que el escenario. Verla tan contenta le alegró el corazón y compensó todos sus sacrificios.

Cuando volvió al trabajo en enero, James aún no había regresado del campo.

Una semana después, cuando lo vio entrar en recepción, casi le dio un vuelco el corazón.

—Hola, Greta. Feliz Año Nuevo —dijo; acto seguido, se dirigió a la puerta de su despacho a grandes zancadas y la cerró tras de sí. Desanimada, Greta pasó la tarde preguntándose si era real su comportamiento en el Athenaeum o se lo había imaginado.

Diez días después, sonó el teléfono de su mesa.

—Hola, Greta, soy James. ¿Ha llegado ya el señor Jarvis?

—No, acaba de llamar para decir que se retrasa un poco.

—Vale. Ah, por cierto, ¿haces algo esta noche?

—No.

—Entonces deja que te invite a cenar tal como te prometí.

—Me encantaría.

—Bien. Tengo una reunión a las seis, así que espérame aquí hasta que termine.

Con el corazón palpitándole de emoción, Greta llamó rápidamente a Mabel, quien dijo que estaba dispuesta a quedarse con Cheska, y esa noche, cuando la reunión de James terminó, dobló la esquina con él hacia Jermyn Street.

Una vez estuvieron sentados en el acogedor restaurante alumbrado por velas, les dieron dos grandes cartas encuadradas en piel.

—Tomaremos una botella de Sancerre, gracias. Y la especialidad del día. Aquí es la mejor opción —dijo sonriendo cuando el camarero se marchó—. Y tengo una cosa para ti. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un paquetito muy bien envuelto y se lo dio—. Un regalito de Navidad con retraso.

—Dios mío, James. No deberías haberte molestado.

—Tonterías. Quería hacerlo. Vamos, ábrelo.

Greta lo abrió. Dentro de la caja de Harrods había un alegre pañuelo de seda.

—Es muy bonito, gracias.

Durante la cena charlaron y, al principio, Greta más que nada escuchó. Pero cuando el riquísimo vino le hizo efecto, comenzó a relajarse, aunque sabía que no podía perder la cabeza, considerando la maraña de mentiras que le había contado para conseguir el trabajo.

—Entonces, ¿has pasado una Navidad agradable? —preguntó a James.

—Sí, ha estado... bien. Aunque demasiado ceremoniosa para mí.

—¿Y Veronica está bien?

—Sí, que yo sepa. Sigue en Sussex con sus padres. La señora Sallis está enferma. Tengo la sensación de que el señor Sallis se jubilará pronto y yo me haré cargo del bufete.

—Debe de ser una buena noticia para ti.

—Sí. En muchos aspectos, la empresa se ha quedado estancada en la Edad Media. Necesita modernizarse, pero tengo las manos atadas, al menos por ahora.

Escuchándolo, Greta tuvo la sensación de que James no estaba especialmente contento con la suerte que le había tocado. Siempre lo acompañaba un aire de tristeza, lo cual le resultaba bastante atractivo.

—Greta, si te has terminado el café, ¿te apetece que vayamos a mi casa a tomarnos una copa?

Sabiendo que debería negarse, pero deseando decir que sí, Greta consultó la hora en su reloj. Ya eran las diez y había jurado a Mabel que estaría en casa antes de las once.

—¿Está lejos?

—No, a cinco minutos de aquí, como mucho.

Cuando llegaron, James abrió la puerta y encendió las luces del pasillo.

—Anda, dame tu abrigo —se ofreció.

Condujo a Greta a un imponente salón. Tenía pocos muebles, pero eran elegantes: había tres sofás de piel color crema dispuestos en forma de «U» alrededor de una gran chimenea, sobre la cual había un cuadro moderno de vivos colores.

—Siéntate y serviré un par de coñacs.

—La casa es preciosa, James —dijo Greta mientras él cogía la licorera de una bandeja.

—Sí, Geoffrey... es decir, el señor Sallis, nos la regaló cuando nos casamos. Yo no la decoraría así. Preferiría un estilo un poco más acogedor, pero a Veronica le gusta.

James se sentó mucho más cerca de Greta de lo que era necesario, dada la inmensidad del sofá.

Después de diez minutos de charla intrascendente, durante los cuales James no despegó los ojos de ella, Greta se levantó del sofá. Lo impropio de la situación, por no hablar de la innegable tensión sexual, la estaba poniendo nerviosa y crispada.

—Gracias por la cena, pero tengo que irme ya, de veras.

—Claro. He disfrutado mucho de la velada y me gustaría repetir. —James también se levantó y le tomó las manos—. Muchísimo. —Se inclinó hacia delante y la besó con dulzura en los labios.

Greta notó sus brazos rodeándola por la cintura y arrimándola a él. Al cabo de un rato, empezó a responder al beso cuando un calor ya casi olvidado la recorrió por dentro.

James comenzó a desabrocharle los botones de la chaqueta. Metió una mano por debajo de su blusa y le cogió un pecho.

—Dios mío... Sueño con esto desde la primera vez que te vi —murmuró, y la echó sobre la alfombra.

Era casi medianoche cuando Greta se marchó, paró un taxi y se preparó para el rapapolvo que Mabel le echaría cuando llegara a casa. Por suerte, su vecina se había quedado dormida en una silla y estaba roncando. Greta la despertó con una suave sacudida y, aún atontada, no protestó por lo tarde que era cuando se marchó. Greta fue a ver a Cheska, que estaba durmiendo plácidamente, abrazada a su nueva muñeca. Después se desnudó por segunda vez esa noche y se acostó.

El olor de James seguía impregnándole la piel y se notaba el cuerpo relajado, saciado.

En la cama, sin poder conciliar el sueño, decidió que llevaría esa aventura como la mujer madura que era, tomando lo que necesitara y utilizando a James como él la utilizaba a ella. No acabaría dependiendo de él ni, peor aún, se enamoraría.

Cuando por fin se quedó dormida, lo hizo con una sonrisita satisfecha en los labios.

Una soleada mañana de junio, Greta se dio cuenta de que su aventura con James ya casi duraba seis meses. No podía seguir negando que él se había convertido en parte de su vida y que, si dejaba de estar en ella, el vacío sería enorme. Se veían cada vez que Veronica salía de viaje, lo que era a menudo.

Poco antes, Greta le había comentado que pensaba que lo que hacían estaba mal y que deberían ponerle fin. En esos momentos, James confesaba una vez más su infelicidad con Veronica y empezaba a hablar de un futuro con ella. Abriría un bufete en Wiltshire, le decía, donde los dos podrían volver a empezar. Solo tenía que encontrar el momento idóneo para hablar con Veronica. Pero seguro que lo haría, aseguraba. Y pronto.

Pese a sus dudas del principio, Greta empezó a creerlo. La idea de tener un hombre que cuidara de Cheska y de ella —estaba segura de que a James le parecería bien cuando le dijera que tenía una hija, pues había dicho que los niños le encantaban— le resultaba muy atractiva.

Y aunque se había jurado que jamás abriría su corazón, poco a poco su

determinación empezó a flaquear. Greta sabía que se había enamorado de él.

Veronica se encontraba en el salón, caminando a cuatro patas en busca de un caro pendiente que acababa de caérsele al suelo. James y ella tenían que salir pronto a cenar y no daba con él. Metió la mano por debajo del sofá y buscó a tientas. Tocó algo blando con los dedos y lo sacó. Era el pañuelo de seda que James le había regalado en Navidad. Qué raro, pensó para sus adentros, estaba segura de haberlo guardado en su cajón hacía un rato. Lo cogió y lo dejó en el sofá, antes de reanudar la búsqueda del pendiente que le faltaba.

A la mañana siguiente, Veronica abrió el cajón y vio su pañuelo de seda justo donde creía haberlo dejado el día anterior. Lo sacó y bajó al salón, tomó el que había encontrado debajo del sofá y lo olió. Perfume barato.

Veronica sabía exactamente de quién era el pañuelo.

Greta alzó la vista cuando Veronica entró en recepción.

—Buenos días, señora Pickering. ¿Qué tal está? —preguntó con toda la amabilidad de que fue capaz.

—De hecho, solo he pasado para devolverte una cosa. —Veronica sacó el pañuelo de seda del bolsillo del abrigo y lo dejó en la mesa de Greta—. Es tuyo, ¿verdad?

Greta notó que se sonrojaba.

—¿Quieres saber dónde lo he encontrado? Te lo diré. Debajo del sofá de mi salón. —Veronica habló en un tono bajo y frío—. ¿Desde cuándo estáis liados? Sabes que no eres la primera, ¿verdad? Solo eres una más de una larga lista de vulgares putillas que le inflan el ego a mi marido.

—¡Se equivoca! No es eso. Además, da igual que usted lo sepa. De todas formas, James se lo iba a decir esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Decirme qué, exactamente? —se mofó Veronica—. ¿Que va a dejarme por ti?

—Sí.

—Te ha dicho eso, ¿verdad? Sí, suele hacerlo. Pues deja que yo te diga algo a ti, querida. James no me dejará nunca. Necesita demasiado lo que yo le doy. No tiene un céntimo, ¿sabes? Estaba sin blanca cuando se casó conmigo. Bien, te

sugiero que recojas tus cosas y salgas del bufete ahora mismo. No hay razón para que no podamos hacer esto como personas civilizadas, ¿verdad?

—¡Usted no puede tomar esa decisión! Trabajo para James —arguyó Greta, incapaz de contener su enfado.

—Sí, querida, pero cuando mi padre se jubile, nos pasará el bufete a James y a mí. Será de los dos y estoy segura de que tendré todo su apoyo cuando le diga que quiero que te vayas ahora mismo.

—De todas maneras, nos iremos los dos. Él me quiere. ¡Tenemos planes!

—¿Ah, sí? —Veronica enarcó una ceja perfectamente depilada—. Entonces, ¿por qué no vamos a su despacho y le preguntamos por esos planes?

Greta siguió a Veronica al despacho de James. Él pareció sorprendido cuando las dos entraron con paso decidido.

—Hola, cariño. Y Greta. ¿Qué puedo hacer por vosotras?

—Bueno, el problema es que he descubierto que habéis estado teniendo una sórdida aventurilla a mis espaldas. He sugerido a Greta que lo mejor que puede hacer es marcharse rápida y discretamente, pero ella ha insistido en oírte decir a ti. —Veronica parecía tranquilísima, casi aburrida—. Díselo, querido, y podremos irnos a comer.

Greta escrutó la expresión de James, extrañada de que no dijera nada. Se miraron a los ojos y ella vio tristeza en los suyos. Luego, él apartó la mirada y ella supo que había perdido.

Por fin, James se aclaró la garganta.

—Sí... creo que lo mejor será que te marches, Greta. Por supuesto, te pagaremos toda la semana.

—¡Ni hablar! —exclamó Veronica con aspereza—. Greta se lo ha buscado, por así decirlo, y debe cargar con las consecuencias. No creo que tengamos obligación de pagarle nada, ¿y tú?

James miró a su mujer y, por un instante, Greta vio indecisión en sus ojos. Pero enseguida se disipó y el cuerpo entero pareció quedársele sin fuerzas. Negó tristemente con la cabeza.

Greta salió del despacho corriendo, cogió el abrigo y el bolso y se marchó del bufete.

Greta pasó la tarde deambulando por Green Park, incapaz de regresar a casa y enfrentarse a Cheska, o a las preguntas de Mabel cuando la viera llegar tan temprano. Se sentó en un banco al sol de junio y vio cómo pasaba la gente: niñeras charlando mientras empujaban cochecitos, hombres de negocios cargados con maletines, parejas jóvenes paseando de la mano.

—¡Dios santo! —se lamentó, enterrando la cabeza entre las manos.

No se sentía tan sola desde que Max la había abandonado. Y sabía que la culpa era suya. Debería haber sabido desde el principio que su aventura con James no podía tener un final feliz.

Reflexionó sobre por qué parecía destinada a elegir siempre al hombre equivocado. Si otras mujeres conseguían encontrar compañeros para toda la vida, ¿por qué no ella? No había hecho nada tan malo como para merecer su mala suerte, ¿no? Pero ¿acaso no era su debilidad lo que seguía poniéndola en esa situación?, se preguntó sin miramientos. Era como una polilla, atraída sin remedio por la llama de una vela que la destruiría de forma irremisible.

Se quedó sentada mirando el vacío. La perspectiva de tener que buscar otro trabajo, sin verdaderas esperanzas de llegar a conseguir el amor y la seguridad que ansiaba, le parecía demasiado dura para siquiera contemplarla.

Pero tenía que rehacerse. Sabía que debía seguir luchando, si no por ella, por su hija.

Había una cosa que tenía clara: había terminado con los hombres para siempre. Jamás volvería a permitir que otro hombre le calara tan hondo como para destrozarle la vida. A partir de ese momento, todo el amor que tenía se lo daría solo a Cheska.

Se levantó y echó a andar hacia Piccadilly. Atravesó la calle y se encaminó al

Windmill, preguntándose si debería entrar y suplicar que le dieran trabajo en vez de emprender otra infructuosa ronda de entrevistas. Si no iba a recibir ninguna paga por su última semana de trabajo, tenía que ganar dinero de inmediato. Sí, decidió, era la mejor solución. No pedían referencias ni hacían preguntas. Abrió la puerta por donde entraban los artistas y preguntó al portero si podía ver al señor Van Damm.

Quince minutos después volvía a estar en la calle, aún más abatida. El señor Van Damm lo sentía, pero no tenía ninguna vacante. Había tomado nota de las nuevas señas de Greta y le había prometido que le escribiría en cuanto surgiera algo, pero ella sabía que no lo haría. Era cinco años mayor que la primera vez y él sabía que tenía una hija, gracias a los chismes que corrían por el teatro.

Desconsolada, se quedó junto a la entrada de artistas y observó al grupo de prostitutas que charlaban en la otra acera de Archer Street. Reconoció algunas de las caras de la época en la que trabajaba en el Windmill. Siempre las había mirado por encima del hombro, pero ¿de verdad había sido mejor de lo que eran ellas? Después de todo, se había entregado a James gratis, aunque había desempeñado la misma función: satisfacer una necesidad que su mujer no colmaba.

—¡Greta! Greta, eres tú, ¿verdad?

Alguien le puso una mano en el hombro por detrás. Ella oyó la conocida voz y se dio la vuelta.

—¡Taffy! —La cara se le iluminó—. O sea... David. —Se rio, a pesar de todo.

—Me ha parecido verte saliendo del despacho del señor Van Damm y he corrido para alcanzarte. ¿Qué demonios haces aquí?

—Eh... bueno, de hecho, le estaba pidiendo que volviera a darme trabajo.

—Entiendo. Mi madre me dijo que dejaste a Owen hace unos meses, pero no teníamos ni idea de dónde habías ido. Los dos estábamos preocupadísimos por ti y tu pequeñina. Oye, ¿tienes tiempo para un té? Hemos de ponernos al día.

Greta miró su reloj. Eran las cuatro menos diez. Aún tenía un par de horas antes de regresar a casa.

—Con una condición.

—La que sea —respondió él con una sonrisa.

—Que no digas a tu madre, ni a nadie —recalcó—, que me has visto.

—Trato hecho.

David le ofreció el brazo. Ella se agarró a él y ambos se dirigieron amigablemente a un café próximo.

Mientras David pedía té para dos, Greta encendió un cigarrillo y se preguntó cuánto sabía sobre su marcha de Marchmont.

—Dime, ¿dónde te has escondido desde que llegaste a Londres? —le preguntó él.

—En realidad, cerca de donde vivía. Cheska y yo estamos en un pisito.

—Ya veo. Tengo entendido que dejaste a Owen por su... problema.

—Sí. Cuando Jonny murió, se derrumbó por completo.

—Me apenó mucho saber que había muerto. Debí de partirte el corazón.

—Fue... espantoso. —Greta notó un nudo en la garganta—. Y cuando Owen se puso agresivo, no tuve alternativa. Me siento muy culpable por haberlo abandonado en su estado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Bueno, para empezar, podrías haber acudido a mí cuando llegaste a Londres —le reprendió él.

—Oh, David, después de todo lo que habías hecho para ayudarme, no podía pedirte nada más.

—Deberías haberlo hecho. Por lo que sé, mi tío no sabe en qué día vive. Glenwilliam, el abogado, me llamó para decirme que se había caído después de beber aún más de lo habitual y que ahora tiene que ir en silla de ruedas porque se fracturó la pelvis.

—Dios mío, qué horror. —Greta miró su taza de té con aire culpable—. Debería haberme quedado, ¿verdad?

—No, Greta. Hiciste lo correcto. Por lo que ha dicho Glenwilliam, Cheska y tú no tuvisteis más remedio que iros. ¿Cómo te las has arreglado económicamente?

—Tengo... tenía trabajo, hasta esta mañana, pero he discutido con mi jefe y me he ido. Por eso estaba en el Windmill, por si podían ofrecerme alguna cosa.

David escrutó a Greta desde su lado de la mesa. Aunque seguía siendo tan hermosa como él la recordaba, vio que tenía los ojos enrojecidos por haber llorado y parecía agotada.

—Pobrecilla. Deberías haber acudido a mí, de veras. Sabes que te habría ayudado.

—Te agradezco muchísimo que digas eso, pero...

—Pensabas que estaría enfadado porque te casaste con mi tío. —David

terminó la frase por ella.

—Sí.

—Bueno, antes de que sigamos hablando, quiero decir que no te guardo ningún rencor por lo que hiciste. Aunque no me atrevería a aventurar qué sentías por el tío Owen.

—No lo amaba, David, si te refieres a eso. Estaba desesperada, y al principio fue muy amable conmigo —respondió Greta con descarnada franqueza—. De todas formas, creo que él también me utilizaba. Me he dado cuenta de que Owen solo se casó conmigo porque quería un heredero para Marchmont.

—Por desgracia, creo que lo que dices tiene parte de verdad. La idea de que yo heredara Marchmont cuando él muriera nunca le ha entusiasmado —repuso David con una sonrisa irónica.

—Debes creerme si te digo que yo no sabía nada de eso cuando empezó a cortejarme. Estoy segura de que tu madre se marchó de Marchmont porque yo iba a casarme con él. Eso también me sabe muy mal.

—Bueno, siempre he pensado que hay algo que mi madre no me ha contado de su relación con mi tío. Pero, si te sirve de consuelo, está encantada viviendo con su hermana en Gloucestershire.

—David, siento mucho todos los problemas que os he causado a ti y a tu familia. Tú fuiste muy amable ayudándome, y parece que yo os haya arruinado la vida a todos. Dios santo, ¿por qué lloro siempre que estoy contigo?

—No sé si debería tomarme eso como un cumplido o como un insulto. Ten. —David le ofreció su pañuelo—. Bueno, pasando a temas más alegres, ¿cuándo puedo ver a mi...?, a ver, ¿qué sería? Esto... —Se rascó la cabeza—. Prima, supongo. ¿Crees que Cheska es mi prima «de segundo grado»? ¡Siempre he querido tener un pariente «de segundo grado»!

Greta se rio y se sonó la nariz.

—David, no sabes cómo me alegro de verte.

—Y yo de verte a ti, Greta. Dime, ¿qué vas a hacer con el tema del dinero ahora que te has quedado sin trabajo?

—Intentar encontrar otro, supongo. En fin, dime, ¿qué tal te van a ti las cosas?

—Muy bien, la verdad. La semana que viene es la última que trabajaré en el Windmill. Tengo mi propio programa de radio en la BBC, y el mes que viene empezaré a rodar mi primera película importante, en los Estudios Shepperton.

Tengo un papel secundario muy bueno en el que interpreto a un tahúr desafortunado en el juego. Siempre se me ha dado fatal jugar al burro —dijo con una sonrisa.

—Dios mío, eso es estupendo.

—La verdad es que no puedo quejarme. Oye, ¿por qué no traes a Cheska a comer a mi piso este domingo? Me encantaría conocerla. Mi agente también vendrá. Celebramos que me voy del Windmill y empiezo la película.

—Nos encantaría ir, si no es demasiada molestia.

—No es ninguna molestia. —David le anotó la dirección en un papel—. Está a un tiro de piedra de aquí. También te he escrito mi número de teléfono. Si necesitas algo, Greta, llámame, por favor. Después de todo, somos familia, de una forma extraña.

—Gracias. Hasta el domingo, entonces. —Greta se levantó—. Tengo que irme. La niñera de Cheska se preocupa si me retraso.

—Claro. Adiós.

Después de pagar la cuenta, David cruzó la calle hacia la entrada de artistas. Cuando entró en su camerino, se dio cuenta de que estaba silbando. Se miró en el espejo y vio un brillo en sus ojos que nada tenía que ver con su floreciente carrera.

Era por Greta.

El destino se la había devuelto cuando él creía que la había perdido para siempre.

Y esa vez, no la dejaría marchar.

El domingo, Greta puso a Cheska su mejor vestido azul y una cinta a juego en sus rizados cabellos rubios.

—¿A quién vamos a ver, mamá? —preguntó cuando salían del piso.

—A tu tío David. Es un cómico famoso, lo que significa que es muy gracioso. Está a punto de salir en una película.

Ilusionada, Cheska puso como platos los enormes ojos azules cuando subieron al autobús. Se apearon en Seven Dials y enfilaron Floral Street hacia la dirección que David había dado a Greta.

—¡Pasad, pasad! —David las saludó cariñosamente en la puerta. Se agachó y

miró a Cheska a los ojos—. Hola. Soy tu primo, David, posiblemente «de segundo grado»... —Guiñó el ojo a Greta—. Pero ¿por qué no me llamas «tío»? Es una muñeca preciosa. ¿Cómo se llama?

—Polly —respondió Cheska con timidez.

—Bonito nombre. ¿Sabes?, eres muy guapa, igual que tu madre. —David la aupó en brazos—. Por aquí —dijo, y los tres entraron en el salón luminoso y amplio, donde un hombre de mediana edad estaba sentado tomándose un whisky.

—Te presento a mi prima, Cheska, y a su madre, Greta. Greta, este es Leon Bronowski, mi agente.

El hombre se levantó y tendió la mano a Greta.

—Encantado —dijo con un ligero acento extranjero.

David acomodó a Cheska en el sofá y cogió el abrigo de Greta.

—¿Qué os traigo de beber?

—Una ginebra me encantaría, y naranjada, si tienes, para Cheska.

David fue a la cocina para ocuparse de las bebidas.

—¿Se fijó en David en el Windmill, señor Bronowski? —preguntó Greta cuando se sentó.

—Por favor, llámame Leon. Y la respuesta es sí. Es un joven con mucho talento y llegará lejos, creo. Me ha dicho que tú solías trabajar ahí con él.

—Sí, aunque ahora parece que haga una eternidad de eso.

—Es de los pocos sitios de los que salen nuevos talentos. Hay muchas vedetes que se han convertido en actrices de éxito. Esa también era tu intención, supongo.

—La llegada de Cheska me paró en seco, pero era mi sueño, por supuesto. ¿No es el de todas las chicas?

Leon asintió pensativo mientras escrutaba a Cheska.

—Por supuesto.

Su anfitrión regresó con dos vasos.

—Gracias. Brindo por ti, David. Te felicito. Debes de estar entusiasmado con la película. —Greta alzó su vaso.

—Sí. Pero todo se lo debo a Leon. De no ser por él, lo más probable es que siguiera sudando la gota gorda en el Windmill, buscando mi primera gran oportunidad. Bien, disculpadme mientras me ocupo del cordero.

Poco después, David sirvió un asado muy sabroso, que los cuatro degustaron

sentados a la mesa de un rincón del salón. Greta vio con orgullo cómo Cheska permanecía sentada en silencio mientras David y Leon comentaban los chismes más recientes de la farándula.

Cuando tomaron café después de comer, Leon volvió a fijarse en la niña, quien se había levantado de la mesa y estaba sentada cerca de la chimenea con las piernas cruzadas, mirando su libro ilustrado preferido, *Cuentos de Grimm*, que Greta había llevado.

—¿Siempre se porta tan bien? —preguntó.

—Casi siempre. Tiene sus ratos, como todos los niños.

—Es muy guapa. Me recuerda a un querubín con esa maraña de rizos dorados y esos ojos tan increíbles —observó Leon con aire pensativo—. ¿Te has planteado alguna vez meterla en el cine?

—No. Es demasiado pequeña, ¿no?

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro.

—Bueno, Greta, te lo pregunto porque el director de la película que David está rodando en los Estudios Shepperton busca a una niña que interprete el papel de la hija de la protagonista. No es un papel importante, solo dos o tres escenas. Cheska se parece a Jane Fuller, que es la actriz que interpreta a la madre.

—Jane Fuller es muy guapa —dijo Greta.

—¿Sabes, Leon?, tienes razón —convino David.

Los tres miraron a Cheska, quien alzó la vista y les sonrió con dulzura.

—¿Qué te parecería, Greta, si comentara al director que conozco a una niña que podría ser ideal para el papel?

—No sé, la verdad. —Greta miró a David—. ¿Qué opinas?

—Bueno, si le dieran el papel a Cheska, su tío David estaría en el rodaje para vigilarla, ¿verdad, cariño? —Guiñó el ojo a la niña.

—Piénsatelo, Greta. Estoy seguro de que podría conseguirte trabajo como su acompañante. Pagan bien, y podrías asegurarte de que está bien atendida. Por supuesto, todo esto depende de que Charles Day, el director, la considere apropiada. Y, en todo caso, es posible que ya haya elegido una niña. Vamos apurados de tiempo.

—Bueno, supongo no hay nada de malo en que ese señor vea a Cheska. Imagino que también le pagarán. No es que eso sea importante, por supuesto —

se apresuró a añadir Greta.

—Claro. ¿Qué te parece si llamo a Charles mañana por la mañana, para saber si ya ha dado el papel? Si no lo ha hecho, lo organizaré para que vayáis las dos a verlo.

—Sí, ¿por qué no? —convino Greta.

—Ten mi tarjeta. Llámame mañana hacia el mediodía, para entonces ya debería tener noticias. Bien, siento dejar una compañía tan grata tan pronto, pero, por desgracia, tengo que ir al Dorchester para verme con otro de mis clientes. — Leon se levantó de la mesa—. La comida estaba excelente, como siempre, David. —Se acercó a Cheska e hizo una genuflexión junto a ella. Le tendió la mano y ella se la estrechó con solemnidad—. Adiós —dijo.

—Adiós, señor —respondió ella.

Leon se irguió y soltó una risita.

—Sería capaz de derretir un corazón de piedra. Creo que podrías tener una pequeña estrella en tus manos, Greta. Adiós a todos.

Greta y David llevaron los platos sucios a la pequeña cocina. David los lavó y Greta y Cheska los secaron. Regresaron al salón y la niña se subió al regazo de David cuando él le hizo una seña, se metió el pulgar en la boca y se quedó dormida de inmediato.

Greta se sentó en la alfombra y lo vio mirar cariñosamente a su hija. El vino que había tomado durante la comida, combinado con la humedad del día, le había dado sueño y la había relajado. Bostezó y se desperezó como un gato, sintiendo una paz poco habitual en ella.

—Tienes un piso muy bonito, David. Nadie diría que está en pleno centro de Londres. —Lo miró con el rabillo del ojo cuando él no respondió.

—Perdona, Greta, estaba en otro mundo. ¿Qué has dicho?

—Nada importante. Solo que esto es muy tranquilo.

—Sí, ¿verdad?, aunque estoy pensando en mudarme. Tengo dinero en la cuenta y mi contable me ha recomendado invertirlo en propiedades. Este piso es solo de alquiler. A lo mejor busco una casa en las afueras de Londres. Después de criarme en Marchmont, necesito más espacio cuando salgo de casa.

—Si yo tuviera dinero, me compraría una casa en Mayfair con dos columnas en la fachada y una escalera exterior —dijo Greta con aire soñador, pensando en la casa de James—. Bueno, me temo que debería llevarme a Cheska a casa y

bañarla.

—Deja que os acompañe en coche, Greta. Cheska está cansada —propuso David cuando la niña abrió los ojos soñolienta.

—Si no te importa, sería estupendo.

—¿Quieres subir a tomar café? —preguntó Greta cuando David paró delante de su edificio quince minutos después—. Lo siento, pero no es muy lujoso.

—No, gracias. Debo repasar el guion para el programa de mañana por la noche. Si puedes, escúchalo.

—Claro que lo haré —dijo ella, demasiado avergonzada para reconocer que no podía permitirse comprar una radio—. Vamos, cariño —añadió, dirigiéndose a su hija.

—Buenas noches, Cheska. —David se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, tío David. Gracias por una cena tan rica.

—Ven siempre que quieras, corazón. Ha sido un placer tenerte como invitada. Llámame cuando sepas si ella y yo trabajaremos juntos —añadió, dirigiéndose a Greta.

—Lo haré, y gracias, David. Hacía siglos que no me lo pasaba tan bien.

—No lo olvides: cualquier problema, ya sabes dónde estoy.

Greta asintió agradecida y entró en su portal.

Al día siguiente a mediodía, Greta llamó a la oficina de Leon desde una cabina telefónica. Se había pasado gran parte de la noche anterior preguntándose si era conveniente permitir que Cheska apareciera en una película a tan corta edad. No obstante, si le daban el papel, ella podría pasar mucho más tiempo con su hija que si tuviera otro trabajo. Y sabía lo bien que pagaban en el mundo del cine.

—Greta, gracias por llamar —dijo Leon—. Cheska y tú tenéis una cita con Charles Day, el director, mañana a las diez. Si me das tu dirección, te mandaré a mi chófer a las nueve para que os lleve a los Estudios Shepperton. Quedan muy lejos para ir en transporte público.

—Eres muy amable, Leon.

—No es nada, querida. ¿Puedo llamarte a casa cuando sepa algo? No tardará mucho en tomar una decisión, porque el rodaje empieza enseguida.

—Tendré que darte el número de mi vecina. No tengo teléfono ahora mismo.

—Bien. —Leon anotó el número de Mabel y la dirección de la casa—. Si todo va bien, creo que podrás darte el lujo de ponerte teléfono. Lo necesitarás. Ponle a Cheska el vestido que llevaba el domingo y dile que mucha mierda.

Greta colgó sintiendo un escalofrío de emoción. Cheska estaba a su lado, esperando pacientemente a que terminara de hablar. Greta la cogió en brazos y la abrazó.

—¿Te gustaría ir a merendar a Lyons Corner House?

—¡Sí, por favor, mamá! —exclamó Cheska, con los ojos rebosantes de alegría.

Greta se levantó temprano. Mientras la niña dormía, se lavó, se arregló el pelo y se vistió con su mejor traje. Fue a despertar a Cheska, le preparó el desayuno y le

puso el vestido azul.

—¿Dónde vamos, mamá? —Cheska había captado el entusiasmo de su madre y el hecho de que volviera a llevar su mejor vestido.

Llamaron al timbre.

—Vamos a ir en un coche a ver a un hombre muy simpático. Puede que quiera que actúes en una película, cariño.

—¿Como Shirley Temple?

—Sí, mi vida.

Subieron a la parte de atrás de un gran coche negro y Cheska puso los ojos como platos al ver su mullido asiento de piel. Cuando dejaron las calles de Londres y entraron en los arbolados barrios residenciales de Surrey, la niña prestó atención cuando Greta le dijo que tenía que portarse mejor que nunca.

La propia Greta se sintió como una estrella cuando el coche se detuvo en la entrada de Rainbow Pictures y el chófer facilitó sus nombres al vigilante. Este les dio paso y Greta miró fascinada cuando cruzaron por delante de lo que parecían unos hangares enormes. Pensó en su antiguo sueño de que la llamaran para ir allí a hacer una prueba y se estremeció de la cabeza a los pies.

El chófer detuvo el coche delante de la recepción.

—Esperaré aquí hasta que terminen. Buena suerte, señorita. —Inclinó la visera de la gorra y sonrió a Cheska cuando las dos bajaron.

Greta tomó a su hija de la mano, entró y explicó quiénes eran a la recepcionista.

—Por favor, siéntense ahí, señora Simpson. La secretaria del señor Day bajará a buscarlas en breve —dijo la mujer, señalando un sofá.

—Gracias.

Greta llevó a Cheska a la pequeña sala de espera y miró los fotogramas de diversas películas famosas que decoraban las paredes. «No debo hacerme ilusiones, ni dárselas a Cheska», se dijo con firmeza. Al cabo de un rato, una elegante joven que llevaba una carpeta salió de un ascensor y se acercó a ellas.

—¿Señora Simpson y Cheska?

—Sí.

—Tengan la bondad de acompañarme.

Greta se apresuró a alisar los rizos de su hija y le apretó la mano antes de que las hicieran pasar a un amplio despacho dominado por una gran mesa detrás de

la cual estaba sentado un hombre de unos treinta y cinco años.

—La señora Simpson y Cheska, señor —anunció la secretaria.

—Gracias, Janet. —El hombre se levantó—. Señora Simpson, encantado de conocerla. Soy Charles Day, el director de *Enigma*. Por favor, tomen asiento.

Señaló dos sillas delante de su mesa. Greta sentó a Cheska en una y ocupó la otra.

—Y esta, imagino, es Cheska.

—Es un gusto conocerle, señor —dijo la niña con un hilillo de voz.

El director la miró divertido.

—El gusto es mío. Bueno, jovencita, ¿sabes por qué estás aquí?

—Oh, sí. Para poder actuar en una película y llevar vestidos bonitos como Shirley Temple.

—Exacto. ¿Y eso te gustaría?

—Oh, sí, señor —repitió Cheska.

Charles se volvió hacia Greta.

—Leon Bronowski tiene toda la razón. Su hija se parece a Jane Fuller. ¿Podrías volverte para mirar a mamá, Cheska? —preguntó.

La niña obedeció y Charles la examinó.

—También se parece de perfil. Bien, bien. Veamos, señora Simpson, el señor Bronowski me ha dicho que estaría dispuesta a ser la acompañante de su hija.

—Sí.

—Aunque empezamos a rodar este lunes, las escenas de Cheska no se rodarán hasta dentro de un par de semanas. La contrataríamos para un mes, pero, obviamente, no la haríamos trabajar más de unas pocas horas diarias. ¿Encaja eso en sus planes?

Greta asintió.

—Sí, me parece bien.

—Estupendo. El señor Bronowski me ha dicho que Cheska se porta como un ángel.

—Es muy buena, sí.

—Excelente, eso juega mucho en su favor. No hay nada peor que un mocoso consentido que tiene una pataleta mientras estamos rodando. El tiempo es oro. ¿Eres buena chica, Cheska?

—Creo que sí, señor.

—Yo también lo creo. Si te sacamos en la película, tendrás que prometer que te portarás mejor que nunca.

—Lo prometo, señor.

—Bien. Creo que no necesito ver más, señora Simpson. Entrevistamos a otras dos niñas esta mañana y llamaré a Leon cuando me decida. Muchas gracias por venir a verme desde tan lejos. Ha sido un placer conocerlas a las dos. Adiós.

—Gracias, señor Day. —Greta se puso de pie—. Vamos, cariño.

Cheska bajó de la silla y, por iniciativa propia, se puso de puntillas y alargó la mano por encima de la gran mesa. Charles se la estrechó, sonriendo.

—Adiós, señor —dijo, antes de darse la vuelta y salir corriendo del despacho detrás de su madre.

—Charles Day al teléfono, Leon.

—Gracias, Barbara. ¿Sí?

—Leon, soy Charles. La niña que me has mandado hoy es justo como me la habías descrito. Si también sabe actuar, tenemos entre manos una Shirley Temple inglesa.

—Es una ricura, ¿verdad?

—Es adorable. Además de su aspecto angelical, tiene la maravillosa vulnerabilidad de Margaret O'Brien o Elizabeth Taylor cuando eran niñas. Huelga decir que la queremos para el papel. Aunque es pequeño, dará al estudio la oportunidad de ver cómo se desenvuelve delante de las cámaras sin presiones. ¿La has contratado ya?

—No. Estaba esperando tu llamada.

—Pues no esperes más. Podría equivocarme, pero Cheska tiene madera de estrella, y ya sabes lo poco común que es eso. Le vaticino un gran futuro.

—Desde luego.

—Tendremos que cambiarle el apellido. Simpson es demasiado soso.

—Vale. Lo pensaré.

Aprovechando el entusiasmo que había percibido en la voz de Charles Day, Leon pasó a hablar de las condiciones y pudo negociar unos generosos honorarios para Cheska, y para Greta como su acompañante.

Colgó el teléfono sintiendo la clase de entusiasmo que solo experimentaba

cuando se confirmaba su buen olfato para el talento.

Mabel llamó a la puerta del piso de Greta a las cuatro y media de la tarde, sin aliento tras haber subido la escalera a toda prisa.

—Es un tal señor Leon Bronosk..., alguien al teléfono que pregunta por ti, Greta.

—Gracias, Mabel. ¿Puedes vigilar un momento a Cheska mientras hablo con él?

Greta bajó rápidamente al piso de Mabel y se puso al teléfono.

—¿Diga?

—Greta. Soy Leon. Charles Day acaba de llamarme y quiere a Cheska para el papel.

—¡Oh, qué buena noticia!

—Qué bien que eso te alegre. Charles se ha quedado muy impresionado con ella. Cree que Cheska puede ser todo un hallazgo.

—¿Estás seguro de que esto no la perjudicará, Leon? Me refiero a que es muy pequeña.

—Bueno, Shirley Temple aún lo era más cuando apareció en su primera película. Y, además, aunque a Charles le ha gustado, es un error entusiasmarse hasta que hayamos visto cómo queda en la gran pantalla. La cámara o te quiere o no te quiere. Tendremos que esperar a ver si es su amiga o su enemiga.

—Claro.

—Bueno, creo que estarás contenta con los honorarios que he negociado para Cheska. Si lo hace bien, Rainbow Pictures quizá quiera ficharla para más tiempo. Y eso serían palabras mayores. Pero, de momento, ¿qué te parecen quinientas libras?

«Eso equivale a dos años de partirme el espinazo en mi antiguo empleo», pensó Greta.

—Bien —respondió en tono agudo—. Gracias.

—De acuerdo. También te pagarán diez libras diarias por acompañar a Cheska. ¿Puedes venir a mi despacho el viernes por la mañana? Necesitaré que firmes el contrato en su nombre. Ah, y Greta, Charles Day quiere cambiarle el apellido por uno que sea un poco más glamuroso. No te opondrías, ¿verdad?

—No, en absoluto. —De todas formas, Simpson no era el verdadero apellido de Cheska, pensó.

—Vale, pues hasta el viernes. Adiós.

Greta colgó el teléfono entusiasmada, dio unos cuantos saltitos en el salón de Mabel y corrió arriba para dar la noticia a su hija.

—Conque actuar en una película, ¿eh? Caray, pronto serás demasiado pija para hablar con personas como yo. —Mabel sonrió a Cheska y le dio un cariñoso cachete en la mejilla.

David llegó un poco después con una gran tableta de chocolate Nestlé para Cheska y una botella de champán para Greta.

—¿Dónde está mi chica lista? —Levantó a Cheska del suelo y la abrazó—. Sabía que lo conseguiría, Greta. Es un angelito, ¿a que sí, cariño?

—Sí, tío David. —Cheska asintió con seriedad y los adultos se rieron.

—A la cama, jovencita. Aún no eres Elizabeth Taylor, ¿sabes? —Greta guiñó el ojo a David.

Después de que su madre la acostara y su tío le contara un cuento, representando todos los personajes y provocando un huracán de risitas, Greta y David se sentaron en el pequeño salón para beberse el champán.

—Crees que hago bien, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Solo son unos días de rodaje, Greta. Si Cheska lo odia, no tendrá que volver a hacerlo nunca más. Yo creo que los otros actores la tendrán en palmitas y se lo pasará en grande. Y, seamos francos, el dinero os vendrá bien a las dos, ¿no? —A David no se le había pasado por alto la precariedad del piso, ni que tanto la falda como la blusa de Greta se vieran bastante gastadas por el uso.

—Así es, aunque me siento muy culpable de que tenga que ganarlo Cheska.

—Bueno, al menos la verás más, en vez de dejarla con tu vecina todo el día.

—Sí, supongo.

—Bien. Anda, deja de preocuparte y tómate otra copa de champán.

El viernes, Greta llegó con Cheska al amplio despacho de Leon, situado en Golden Square de Soho, a las once y media de la mañana. Contempló las fotografías de la pared cuando él las hizo pasar para que tomaran asiento.

—Eres tú con Jane Fuller, ¿no?

—Sí, en el rodaje de su primera película, hace diez años —respondió Leon—. Bien, vayamos al grano.

Greta prestó atención cuando el agente le explicó que representaría a Cheska y se quedaría con el diez por ciento de lo que ganara. Firmó donde él le indicó y Leon sonrió.

—Excelente, ahora solo nos queda pensar en otro apellido para Cheska. Si no se nos ocurre ninguno, lo elegiré el estudio, y creo que tienes derecho a decidirlo tú. ¿Qué apellidos hay en tu familia? ¿Cuál era el apellido de soltera de tu madre?

—Hammond.

—Cheska Hammond. Me gusta. Se lo propondremos al estudio y veremos qué opinan. Bueno, creo que ya estamos. —Se levantó para indicar que la reunión había terminado—. Os llamaré en cuanto sepa la fecha de inicio oficial y os mandaré un guion. Gracias por venir, Greta. Estoy seguro de que Cheska nos enorgullecerá a los dos, ¿verdad?

—Sí, señor Leon —respondió Cheska—. Adiós.

Tres semanas después, Cheska se puso delante de la cámara por primera vez. Fuera del plató, Greta vio cómo su hija se sentaba en el regazo de Jane Fuller.

—Bien, ¡silencio todo el mundo! —gritó Charles—. Vale, vamos a ver qué tal dice Cheska una de sus frases. Cheska, cuando diga «¡Ya!», ¿puedes abrazarte al cuello de Jane y decir: «Te quiero, mamá»?

—Sí, señor Day.

—Buena chica. Vale. Hagamos una toma.

El estudio se quedó en silencio.

—Escena diez. Primera toma. —La claqueta se cerró con un chasquido y Charles sonrió a Cheska para darle aliento—. ¡Ya!

Cheska puso los brazos alrededor del elegante cuello de Jane Fuller y la abrazó.

—Te quiero, mamá —dijo, mirando a la actriz a la cara mientras la cámara enfocaba un primer plano suyo.

Greta la miró con lágrimas en los ojos.

—Y yo te quiero a ti, Cheska —susurró.

Charles Day visionó las primeras pruebas con uno de los altos ejecutivos de Rainbow Pictures. Cheska Hammond era la actriz infantil más natural y cautivadora que ambos habían visto nunca.

—¿Has dicho que se acuerda de lo que tiene que decir? —preguntó el ejecutivo.

—Hoy lo ha hecho, en cualquier caso —respondió Charles.

—Bien, dale todas las frases que puedas, sin ofender a Jane, por supuesto. No nos conviene que sepa que está siendo eclipsada por una niña de cuatro años —dijo, riéndose entre dientes.

Extracto de *Picturegoer Monthly*

Marzo de 1951

Enigma es la nueva película de Rainbow Pictures. Su director, Charles Day, está siendo aclamado como el nuevo Selznick inglés, lo que queda plenamente justificado por lo que solo puede describirse como una película conmovedora y emocionante.

Está protagonizada por Jane Fuller y Roger Curtis, quienes brindan una excelente interpretación en los papeles de marido y mujer separados, y el cómico David (Taffy) Marchmont, que se estrena en la gran pantalla, aportando un sensible toque de humor a su personaje de tahúr fracasado. Pero lo que dicen sobre no actuar nunca con niños y animales no se cumple en esta película. El papel secundario de Cheska Hammond como la hija de cuatro años del matrimonio acapara la atención de todos. Según dicen, le dieron más papel en cuanto Charles Day vio su potencial. Rainbow Pictures la ha contratado para tres filmes y su próxima película ya está en marcha.

Vayan a ver *Enigma*; les garantizo que no habrá espectador que pueda contener las lágrimas cuando la conmovedora escena final de la señorita Hammond aparezca en la pantalla. Le vaticino un futuro brillante.

Día de Navidad, 1985

Marchmont Hall,
Monmouthshire, Gales

—Mary, ¿has visto a Greta? —preguntó David cuando entró en la cocina y la vio preparando pavo y jamón frío con pepinillos en vinagre y ensalada.

—La última vez ha sido hace horas, cuando me ha pedido unas botas y un abrigo para salir a dar un paseo. Oiga, igual ya ha vuelto y está en su cuarto descansando.

—Sí, probablemente.

—¿Saco la cena ahora o más tarde? —le preguntó Mary.

David miró su reloj y vio que eran casi las siete y media.

—¿Por qué no lo dejas todo aquí en vez de llevarlo al comedor y nosotros entramos a coger lo que queramos? Has tenido un día largo, Mary, y ya va siendo hora de que te sientes.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Pues muy bien, señorito David, eso haré —dijo la sirvienta, agradecida—. Y gracias por mi rebeca de cachemira. Nunca había tenido nada tan elegante.

—Te la mereces, Mary. No sé qué haría sin ti esta familia.

David le sonrió antes de salir de la cocina para subir a ver a Greta. Llamó a la puerta de su habitación y, como no obtuvo respuesta, la abrió sin hacer ruido después de probar por segunda vez.

—¿Greta? ¿Greta? —La habitación estaba a oscuras y David buscó a tientas el interruptor de la luz. Allí no había nadie y, a juzgar por lo bien hecha que estaba la cama, Greta no había subido a echarse. El corazón le dio un vuelco. Miró en todas las habitaciones de la primera planta y preguntó a Ava si había visto a su abuela. Como le dijo que no, David también la buscó por toda la planta baja.

—¿Se te ha perdido algo, David? —Tor alzó la vista de la biografía de Mao

Zedong que él le había regalado para Navidad.

—Greta, de hecho. Ha salido a dar un paseo y aún no ha vuelto.

—¿Quieres que vaya contigo a buscarla?

—No, fuera hace un frío que pela. Estoy seguro de que no habrá ido muy lejos. Vuelvo enseguida.

David abrió la puerta de entrada de la mansión, sin que su breve charla con Tor dejara entrever el temor que sentía. Si Greta había salido a media tarde y quizá se había perdido, para entonces podía estar muriéndose de frío.

Encendió la potente linterna que se había llevado y echó a andar penosamente por la nieve. Conforme se alejaba, esta crepitó bajo el peso de sus botas.

«Piensa, David, piensa... ¿Dónde puede haber ido?», masculló para sus adentros.

Lo cierto es que podía estar en cualquier parte, pues, si Greta no recordaba Marchmont, era muy improbable que hubiera decidido ir a un lugar concreto. Después de mirar en los jardines delantero y trasero, se internó en el bosque. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para buscarla.

Entonces recordó que Greta había entrado por primera vez en Marchmont Hall un día de Navidad de hacía muchos años, después de torcerse el tobillo en el bosque, y tuvo la sensación de que ya había vivido ese momento mientras avanzaba entre los árboles y el haz de la linterna alumbraba el reluciente mundo mágico que le rodeaba, lo que contradecía el peligro que Greta podía correr si aún estaba a la intemperie.

Cuando llegó al claro que albergaba la tumba de Jonny, la llamó y, para alivio suyo, oyó un débil grito de respuesta.

—Greta, ¿estás bien? ¡Sigue hablándome e iré hacia tu voz!

Unos momentos después, la enfocó con el haz de su linterna; Greta avanzaba hacia él dando traspies por la nieve. Cuando corrió a su lado, vio que tiritaba sin poder controlarse y tenía regueros de rímel en las mejillas.

—¿Qué demonios haces aquí, cariño? —dijo; se quitó el recio anorak, se lo echó sobre los hombros y la abrazó para ayudarla a entrar en calor.

—¡David! ¡Lo he recordado! He recordado lo que pasó con mis padres, y con Jonny, y por qué vine a Marchmont, y... —Acto seguido, se desplomó contra su pecho, sollozando.

David la cogió en brazos y salió del bosque para regresar a la mansión. Por el

camino, ella siguió explicándole lo que ahora sabía, hablando de forma atropellada.

—He recordado lo del soldado americano, y que trabajaba en el Windmill y por qué terminé allí y... ¡todo! Oh, Dios mío, David, me acuerdo de todo. Es decir, incluso de Marchmont, y de la muerte de Jonny, pero después de eso todo sigue un poco confuso.

—Bien —dijo David cuando entró con ella en la cocina, donde Tor, Ava y Simon se estaban sirviendo la cena—. Greta se ha perdido en el bosque y voy a llevarla arriba para que se dé un baño. Tor, ¿puedes preparar una bolsa de agua caliente, por favor, y una taza de té bien cargado con mucho azúcar, y subirlos?

—Claro. ¿Algo más?

—De momento no. A ver si conseguimos que entre en calor, y después puede que nos dé una noticia maravillosa.

Arriba, David ayudó a Greta a quitarse parte de la ropa, pues seguía temblando como una hoja, salió del baño y cerró la puerta. Al darse la vuelta, vio que Tor había entrado con el té.

—¿Qué ha pasado, David? Parecías casi eufórico cuando has llegado con Greta. No es precisamente la reacción que yo esperaría después de rescatar a una persona que podría haber muerto de hipotermia.

—Tor —dijo David, susurrando para que Greta no le oyera—, aún no conozco los detalles, pero Greta me ha dicho que ha recordado. Algunas cosas, al menos. ¿No es estupendo? Después de todos estos años.

Tor vio que David tenía lágrimas de alegría en los ojos.

—Sí que lo es. Un verdadero milagro de Navidad.

—Volver a Marchmont debe de ser lo que lo ha provocado. Dios mío, ojalá hubiera podido convencerla para que viniera hace años...

—Bueno, a lo mejor no estaba preparada. En cualquier caso, estoy deseando que nos lo cuente todo. Me sorprende que no se haya muerto de frío a la intemperie; debes de haberla encontrado justo a tiempo.

—Creo que tenía tanta adrenalina en el cuerpo que no ha parado de moverse, lo que probablemente la ha salvado. En fin, tú baja y cena. Yo mejor la espero aquí.

Tor asintió y salió de la habitación. David se desplomó en la cama y al cabo de diez minutos Greta salió del baño en bata.

—¿Has dejado ya de tiritar? —le preguntó, y le escrutó la cara para intentar juzgar cómo se sentía.

—Oh, sí. No siento nada de frío.

—¿Y qué es lo que sientes?

—No sé... No estoy segura. He... recordado algunas cosas más en la bañera, y lo que necesito hacer es intentar ponerlas en orden. A lo mejor puedes ayudarme con eso, David.

—Claro que puedo.

—Pero no esta noche. Voy a quedarme en la habitación, a ver si consigo darle un poco más de sentido a todo. Tú baja con tu familia. Si algo no quiero es arruinarle el día de Navidad a todo el mundo o ser una molestia, lo que, por desgracia, ya he sido.

—Greta, ¡no digas tonterías! Este es un momento importantísimo para ti. Debería quedarme, ¿no?

—No, David. Necesito estar sola. —Mientras decía estas palabras, se miraron, comprendiendo ambos lo importantes que eran.

—Está bien. Tienes té en la mesilla y una bolsa de agua caliente dentro de la cama. ¿Te subo una bandeja? Deberías comer algo.

—De momento no, gracias. Oh, David, aunque ahora mismo estoy desconcertada y confundida, es asombroso, ¿verdad?

David miró sus hermosos ojos azules y, por primera vez en veinticuatro años, los vio rebosantes de vida.

—Lo es, Greta, lo es.

A la mañana siguiente, Greta bajó a desayunar y su familia la abrazó y le dio la enhorabuena.

—Os pido disculpas por la forma tan aparatosa en que ha ocurrido todo —dijo con aire culpable, mirando a Tor.

—¿Sabes qué lo provocó? —preguntó Ava, no solo fascinada por lo que había sucedido, sino también por el visible cambio físico de su abuela. Era como si de verdad llevara años congelada por dentro, y ahora que había empezado el deshielo, los ojos le brillaban y tenía las mejillas sonrosadas.

—Me vino un recuerdo brevísimo cuando bajé del coche en Nochebuena, y

otro cuando miré abajo desde el final de la escalera y vi el árbol de Navidad en el recibidor. Y, por supuesto, ayer fui a dar un paseo por el bosque, de casualidad, porque no me acordaba de nada, y acabé junto a la tumba de Jonny. Puede que algo me llevara hasta ella, pero ahí fue donde empezó. Por favor, no me preguntéis todavía qué recuerdo y qué no, porque lo tengo todo un poco mezclado. Pero, al menos, esta mañana, cuando he visto a Mary, he sabido exactamente quién era. Y también lo bien que se portó cuando llegué a Marchmont. Y tú, David, por supuesto.

—¿Te acuerdas de mí, abuela?

—Dale tiempo, Ava —le advirtió David con dulzura al ver un atisbo de temor en el rostro de Greta—. Estoy seguro de que ahora que has abierto el baúl de los recuerdos, Greta, seguirás recordando.

—A lo mejor deberías ver a un psicoterapeuta, Greta —observó Tor—. No sé mucho de este tipo de cosas, pero podría ser un poco abrumador para ti.

—Gracias, pero de momento lo llevo bien. Bueno, voy a salir a dar un paseíto mientras todavía hace sol. Prometo no perderme esta vez —añadió con una sonrisa irónica.

David estuvo a punto de ofrecerse a acompañarla, pero se lo pensó mejor.

—Le he dicho a Mary que la ayudaría a preparar la comida. Parece agotada —dijo Tor, levantándose también—. Voto porque le demos el resto del día libre. Estoy segura de que nos las arreglaremos bien sin ella.

—Y si no os importa —intervino Simon—, yo me iré al estudio de grabación. Aún tengo que componer dos canciones para el nuevo álbum de Roger.

—Claro que no, cariño —dijo Ava—. Quédate todo el tiempo que quieras.

—Tú asegúrate de descansar. —Simon besó a su mujer y se marchó.

—Entonces, el estudio va bien, ¿no? —preguntó David.

—Dios, sí, va tan bien que creo que a Simon le gustaría quedarse también a dormir. —Ava soltó una risita—. Sé que parece que siempre esté dándote las gracias, tío David, pero fue una idea genial reformar una de las cuadras para él. A los cantantes les encanta grabar aquí por lo tranquilo y bonito que es esto. Y la Caseta del Guarda va a ser estupenda para alojarlos, ahora que Simon y yo nos hemos instalado aquí. Te devolverá el dinero, ya lo sabes, y probablemente antes de lo que crees. El estudio no tiene un solo hueco libre en los seis próximos meses.

—Lo cual debe de ser una bendición y una maldición para ti.

—Sí —convino Ava, reconfortada por la intuición de su tío—. Habría sido estupendo tener a Simon a mano en estos meses que vendrán, pero ahí lo tienes. La buena noticia es que está feliz. Y tú también debes de estarlo, con la revelación de anoche de la abuela.

—A decir verdad, aún me cuesta asimilarlo. Después de tantos años, es bastante impactante.

—Sí, pero hace un momento he entrevisto por primera vez cómo debía de ser antes del accidente. Y creo que probablemente Tor tenga razón en eso de que vea a un profesional. Sé que ahora la abuela está eufórica, pero si ha empezado a recuperar la memoria, tal como dice, va a ser un momento difícil para ella. Sobre todo con lo que todavía le queda por recordar —dijo Ava en voz baja.

—Lo sé, pero al menos está con nosotros y todos podemos apoyarla.

—Esta mañana ha dicho que lo ha recordado todo hasta que se marchó de Marchmont. Y en esa época hubo momentos duros. Saber de golpe que tuvo un hijo que murió a los tres años es espantoso. —Ava se estremeció y se protegió la barriga con una mano—. Pero el resto... Bueno, solo espero que pueda encajarlo.

—Cierto, pero después de haber estado viviendo a medias, es mejor así, ¿no?

—Bueno, el caso es, tío David, que, aunque recuerde la noche del accidente, quizá no necesite saber nunca toda la verdad.

—Entiendo lo que dices, Ava —convino David—, y creo que la respuesta es que todos tendremos que esperar a ver qué pasa. Lo único que sé es que Greta no es de las que se hunden. Y si alguien puede con esto, es precisamente ella. Además, no debes preocuparte por tu abuela. Yo cuidaré de ella. Tú concéntrate en cuidar de ti. Bueno, voy a atreverme a coger el Land Rover y ver si soy capaz de entrar en el pueblo para comprar el *Telegraph*.

Ava lo vio salir del salón y se preguntó si era la única persona del grupo que se daba cuenta de lo que sentía por Greta. Por el bien de Tor, esperaba que fuera así.

Más avanzado el día, David entró en el salón y encontró a Greta sola, mirando los rescoldos de la chimenea.

—¿Puedo sentarme contigo? Todos los demás están fuera o descansando.

—Desde luego, podrías avivar el fuego por mí. —Greta le sonrió.

—Por supuesto. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó David mientras rebuscaba entre los troncos y la leña menuda.

—¿Pasaría algo si dijera que ahora mismo no lo sé, la verdad?

—Claro que no. Dudo que haya reglas para lo que estás experimentando. Y si las hay, estoy seguro de que no pasa nada por romperlas. —David se sentó enfrente de ella y vio el fuego reavivarse alegremente en el hogar—. Estoy aquí para escuchar, no para juzgar, y para ayudarte en todo lo que pueda.

—Lo sé, David —dijo Greta agradecida—. De hecho, solo tengo una pregunta para ti: ¿por qué no me has hablado de Jonny ni de que murió cuando era tan pequeño?

—Los médicos me pidieron que no te explicara nada que pudiera traumatizarte. Perdóname, quizá debería haberlo hecho, pero...

—Por favor, no te disculpes. Sé que intentabas protegerme —se apresuró a decir Greta—. Como te puedes imaginar, me asusta un poco pensar en lo que me queda por recordar, aparte de todo esto. Pero, en serio, David, te has portado maravillosamente bien conmigo. He recordado lo que hiciste por mí cuando estaba embarazada y desesperada y... gracias. Lo cierto es que, aparte del hecho de sentir que debo llorar de nuevo la pérdida de mi hijo, cuando hoy he vuelto a la tumba de Jonny, he empezado a recordar más cosas. Sobre... —Greta tragó saliva—, después.

—¿Como cuáles?

—Cheska. David, ¿puedes ayudarme a recordar, aunque me duela saber la verdad? Necesito atar todos los cabos. Porque, hasta ahora, nada tiene sentido. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —respondió David con cautela—, pero ¿no crees que deberías dejar que todo pase de forma natural? Es decir, quizá deberíamos pedir consejo a un profesional sobre qué es lo mejor para ti.

—Llevo años tratando con loqueros de todo tipo, así que, por favor, créeme cuando te digo que conozco mi psique mucho mejor que nadie —replicó Greta con firmeza—. Y si no pensara que puedo con esto, no te pediría que llenaras las lagunas. Créeme, ya puedo explicarte una buena parte. Por ejemplo, sé, o creo saber, que Owen era un borracho y que tuve que irme de Marchmont con Cheska. Fui a Londres, y recuerdo bastante de lo que pasó allí; cosas que hice de

las que no puedo decir que esté orgullosa. Pero, si pudieras contármelo todo, y me refiero a la verdad, me ayudaría mucho. Te lo ruego, David, necesito saberlo todo.

—Si realmente crees que estás preparada, lo haré, sí.

—Siempre y cuando me jures que me lo explicarás todo. Sin dejarte nada. Solo entonces podré creer que es real y no un engaño de mi imaginación. Toda la verdad, por favor —suplicó Greta—. Es la única manera.

A David le habría gustado tomarse un whisky, pero, como solo eran las tres de la tarde, se contuvo. Greta debió de percibir sus reservas, porque añadió:

—Y ya sé qué parte es horrible, así que no te preocupes por impactarme.

—Está bien. —David cedió con un suspiro—. Has dicho que recuerdas haberte ido a Londres. ¿Recuerdas también que le conseguí a Cheska una prueba para su primera película?

—Sí, sí. Empieza desde ahí, David, porque es donde todo se vuelve confuso...

Cheska

Londres, junio de 1956

A veces, Cheska tenía un sueño. Siempre era el mismo, y se despertaba temblando de miedo. El sueño siempre tenía lugar en un bosque grande y oscuro con montones de árboles muy altos. Había un niño en el sueño que era idéntico a ella, y los dos jugaban al escondite entre los árboles. En ocasiones, también había un hombre mayor que siempre quería abrazar al niño pero nunca a ella.

Entonces, el sueño cambiaba y era de noche. El hombre mayor, que tenía muy mal aliento, la obligaba a mirar al niño dentro de un ataúd. Este tenía la cara muy blanca y los labios grises, y Cheska sabía que estaba muerto. El hombre le quitaba la ropa y se volvía hacia ella, y antes de que se diera cuenta, la llevaba puesta. La ropa olía a moho y había una araña enorme trepando por la pechera de la chaqueta hacia su cara. En ese momento, alguien le daba un golpecito en el hombro y, cuando se volvía, se encontraba con los ojos vidriosos del niño, que parecía haber surgido de las sombras de un pequeño abeto y alargaba la mano hacia ella temblando de frío...

Cheska se despertaba gritando y buscaba a tientas la lámpara de su mesilla. Después de encender la luz, se sentaba en la cama y recorría su acogedora habitación con la mirada para asegurarse de que todo estaba igual que cuando se había acostado. Veía a Polly, que solía estar en el suelo junto a su cama, se abrazaba a ella y se metía el dedo pulgar en la boca sintiéndose culpable. Su madre siempre le decía que, si continuaba con esa costumbre tan infantil, los dientes se le deformarían y su carrera de actriz famosa se acabaría.

Cuando el sueño por fin se desvanecía, Cheska volvía a recostarse en las almohadas y miraba el bonito dosel de encaje blanco que pendía por encima de ella. Los ojos se le cerraban y de nuevo se quedaba dormida.

No había hablado a su madre del sueño. Estaba segura de que le diría que era

una boba, que los muertos no podían resucitar. Pero Cheska sabía que sí podían.

A la tierna edad de diez años, Cheska Hammond era una de las caras más conocidas de Gran Bretaña. Acababa de terminar su séptima película, y en las tres últimas su nombre había figurado por encima del título. Los críticos cinematográficos le habían dado el apodo de «El Ángel» al principio de su carrera, y le iba como anillo al dedo. Su nueva película se estrenaría dentro de cuatro semanas y su madre le había prometido que le compraría un abrigo blanco de pieles para el día del estreno en el cine Odeon de Leicester Square.

Cheska sabía que los estrenos de sus películas deberían gustarle, pero la asustaban. Siempre había mucha gente en la entrada del cine cuando su coche llegaba y unos hombretones tenían que acompañarla rápidamente adentro abriéndose paso entre la multitud. En una ocasión, una señora la había agarrado por el brazo y había intentado separarla de su madre. Poco después le habían dicho que la policía se la había llevado.

Su madre siempre le decía lo afortunada que era: tenía más dinero del que jamás llegaría a necesitar, un bonito piso en Mayfair y montones de fervientes admiradores que la adoraban. Cheska suponía que lo era, aunque, por otro lado, no conocía otra cosa.

Durante el rodaje de su última película, *La niña perdida*, ambientada en un orfanato, Cheska había trabado amistad con una de las actrices infantiles que interpretaban un papel secundario. La niña, Melody, tenía un acento curioso y Cheska la escuchó fascinada cuando ella le habló de sus hermanos. Le explicó que dormía con su hermana en la misma cama porque en su pisito del este de Londres no había suficiente espacio para camas individuales. Le habló de las travesuras que hacían sus cuatro hermanos varones y de las Navidades que pasaban en familia. Cheska escuchó embelesada, pensando en las comidas de Navidad, elegantes pero bastante aburridas, que su madre y ella solían pasar con Leon y el tío David.

Melody le presentó a alguna de las otras niñas y Cheska descubrió que todas estudiaban en una escuela de teatro y que iban juntas a clase. Parecía divertido. La propia Cheska tenía un profesor particular viejo y malhumorado llamado señor Benny, que le daba clases siempre que sus compromisos de rodaje lo

permitían. Se sentaba con él en su camerino del estudio o en el salón de casa para hacer montones de sumas y aprenderse aburridos poemas de memoria.

Melody le pasó su chicle, y las dos compitieron detrás de uno de los decorados para ver quién hacía la pompa más grande. Cheska pensaba que Melody era la persona más simpática que había conocido nunca. Preguntó a su madre si podía estudiar en la escuela de teatro con las otras niñas, pero ella le dijo que no le hacía falta. Las escuelas de teatro enseñaban a ser una estrella, y ella, Cheska, ya lo era.

Melody le preguntó en una ocasión si le gustaría ir a merendar a su casa. A Cheska le apetecía mucho, pero su madre le dijo que no podía. Cuando le preguntó la razón, Greta tensó la mandíbula, como siempre hacía cuando su hija sabía que no admitía discusión. Le respondió que las estrellas de cine como ella no podían hacerse amigas de vulgares figurantes como Melody.

Cheska no estaba segura de qué significaba «vulgar», pero sabía que era lo que quería ser de mayor.

Melody terminó de rodar sus escenas y reanudó las clases. Las dos se intercambiaron las direcciones y prometieron escribirse. Cheska escribió numerosas cartas y se las dio a su madre para que las echara al buzón, pero nunca recibió una respuesta. Echaba de menos a Melody. Era la primera amiga de su vida.

—Vamos, cariño, es hora de levantarse.

La voz de su madre irrumpió en sus sueños.

—Hoy tenemos muchas cosas que hacer. Comer con Leon a las doce, y después ir a Harrods para recoger tu abrigo nuevo. Será divertido, ¿no?

—Sí, mamá. —Cheska asintió sin entusiasmo.

—Bien. —Su madre se acercó al gran armario empotrado que ocupaba una pared de su amplia habitación—. ¿Qué vestido quieres ponerte para ir a comer?

Cheska suspiró. Las comidas con Leon eran largas y aburridas. Siempre iban al Savoy y ella tenía que quedarse callada mientras su madre y él hablaban de negocios. Vio que Greta abría la puerta del armario para enseñarle una selección de treinta vestidos de fiesta, todos hechos a mano para ella con la mejor seda, organdí y tafetán, y guardados cuidadosamente en fundas de plástico. Su madre

sacó uno.

—¿Qué te parece este? Aún no lo has llevado, y es precioso.

Cheska miró el vestido rosa con sus enaguas de redecilla asomando por debajo de la falda. No soportaba llevar esos vestidos. La redecilla le picaba en las piernas y le dejaba marcas rojas en la cintura.

—Tienes unas zapatillas rosas de satén en algún sitio que combinarán muy bien. —Greta dejó el vestido sobre la cama de su hija y volvió al armario para buscarlas.

Cheska cerró los ojos y se preguntó cómo sería tener todo el día para jugar. La exquisita casa de muñecas con familia incluida, hecha de bonita madera tallada, siempre estaba en el suelo de su habitación, pero nunca parecía tener tiempo para disfrutarla. Cuando rodaba una película, la llevaban al estudio en coche a las seis de la mañana y rara vez regresaba a casa antes de las seis y media de la tarde, cuando ya era hora de merendar y darse un baño. Después tenía que terminar los deberes y ensayar sus frases con Greta, para saberse bien el papel al día siguiente. Su madre había dicho que era un crimen gravísimo olvidarse del texto durante una toma y, hasta la fecha, Cheska jamás se había quedado en blanco, como les ocurría a muchos actores adultos.

—¡Vamos, vamos, jovencita! Se te van a enfriar las gachas.

Greta la destapó y Cheska bajó las piernas al suelo. Metió los brazos en la bata que su madre le sostenía y salió de la habitación detrás de ella.

Se sentó en su sitio habitual a la gran mesa encerada del rincón del salón y miró el tazón de avena que tenía delante.

—¿Tengo que comérmelas, mamá? Sabes que no las soporto. Melody dice que su madre nunca la obliga a desayunar y...

—Por favor —dijo Greta, sentándose enfrente de su hija—. Lo único que te oigo decir es «Melody esto» y «Melody aquello». Y sí, tienes que comerte las gachas. Con tu ritmo de vida, es importante que empieces el día con el estómago lleno.

—Pero ¡son asquerosas! —Cheska removi6 la espesa mezcla con la cuchara, la sacó llena y volvió a vaciarla en el tazón. Las gachas salpicaron la mesa.

—¡Basta, jovencita! Te estás portando como una niña malcriada. Por muy estrella que seas, nada me impide ponerte en mi regazo y darte una buena zurra. ¡Come!

De mal humor, Cheska se metió una cucharada de avena en la boca.

—Ya he terminado —dijo al cabo de un rato—. ¿Puedo levantarme de la mesa, por favor?

—Ve a vestirme y yo iré en un momento para cepillarte el pelo.

—Sí, mamá.

Greta miró a su hija cuando se levantó y salió del salón. Sonrió con benevolencia al verla alejarse. Al margen de alguna que otra pataleta sin importancia, lo que era de esperar en una niña de su edad, Cheska se portaba verdaderamente como un ángel. Greta estaba segura de que sus impecables modales y educación la habían ayudado a alcanzar la fama de la que gozaba.

Cheska era una estrella porque tenía una cara bonita y fotogénica y talento como actriz, pero también porque Greta le había inculcado que debía ser disciplinada y profesional al cien por cien cuando trabajaba. Puede que el dinero de Cheska sirviera para comprar su bonito y amplio piso en Mayfair y sus armarios repletos de ropa, pero era Greta la que había guiado y modelado la carrera de su hija. Al principio había tenido que armarse de valor para ser más firme cuando se reunía con ejecutivos del estudio o directores, pero, motivada por el temor a retornar a su antigua vida, había aprendido enseguida. En general, estaba sorprendida de la facilidad con la que se había adaptado a su papel de representante de Cheska.

Era Greta la que había decidido qué guiones debía aceptar su hija, pues sabía en qué clase de película brillaría más, y su instinto jamás le había fallado. También se había vuelto una experta en negociar el mejor trato económico. Exigía a Leon que pidiera más dinero, aduciendo que no estaba dispuesta a firmar el contrato en nombre de Cheska a menos que el estudio le ofreciera lo que ella pedía. Los días siguientes eran tensos, pero el estudio acababa cediendo. Cheska era una actriz valiosísima que querían conservar a toda costa, y Greta lo sabía.

Sus dotes de negociación habían hecho a su hija inmensamente rica. Vivían tan bien que podían permitirse todos sus caprichos y, aun así, gastaban mucho menos de lo que Cheska ganaba. Greta había tenido la prudencia de invertir el resto del dinero para el futuro de su hija.

Su difícil pasado ya no era sino un recuerdo lejano. Había consagrado su vida a la carrera de Cheska, y si eso la había hecho más dura, ¿tan malo era? Al

menos la gente ya no la ignoraba ni la trataba a patadas, como hacían antes. En su fuero interno aún tenía momentos de duda en los que lamentaba el rumbo solitario que había tomado su vida personal; sin embargo, para el mundo, era una persona a la que había que tener en cuenta. Controlaba a una de las estrellas más cotizadas del cine británico. Era la madre de El Ángel.

Alguna que otra vez, Greta sentía una punzada de culpa cuando David le preguntaba si creía que Cheska era feliz. Se ponía a la defensiva y le respondía que por supuesto que sí. ¿Qué niña no sería feliz con la cantidad de atención y adulación que recibía? Además, ¿no era también él una gran estrella, y no le había gustado alcanzar su meta? David asentía despacio y se disculpaba por cuestionar su criterio.

Greta cogió una revista de cine de la mesa y la hojeó hasta encontrar el gran anuncio de *La niña perdida*. Sonrió al mirar el vulnerable rostro de su hija. En la fotografía, abrazaba un raído oso de peluche e iba cubierta de harapos. Sí, eso abarrotaría los cines. Lo que le recordaba que ese día tenía que reunirse con la señora Stevens, quien estaba a cargo del club de fans de Cheska. Tenían que decidir qué fotograma de la nueva película mandarían a su ejército de admiradores.

Greta cerró la revista con un suspiro. No le extrañaba que hiciera tanto tiempo que no había un hombre en su vida. Incluso en el caso de haber querido tenerlo, organizar la agenda de una estrella de cine famosa era una ocupación que no le dejaba tiempo para nada más.

Cheska era su vida, y ya no había vuelta atrás.

David se levantó al despuntar el alba. Fuera cual fuera la hora a la que se acostaba, que podía ser tardísimo después de relajarse tras una actuación, siempre se despertaba a las seis y media.

Ese día era tan libre como el viento. Su temporada en el Palladium había concluido hacía una semana, su programa de radio estaba de vacaciones de verano y no le hacía falta escribir material nuevo en un par de meses.

Miró el sol radiante por la ventana y de repente sintió añoranza del campo. Aunque el jardín de su bonita casa de Hampstead era grande para la zona en la que vivía, aún le parecía un tanto artificial. Ni el paisaje ni el clima tenían nada de duro o escabroso. De hecho, un hombre que vivía en Londres estaba depurado, en peligro de perder sus instintos básicos, pensó.

Quizá se tomaba unas largas vacaciones ese verano. Un amigo lo había invitado a su chalet del sur de Francia, pero la perspectiva de estar lejos de Greta no le resultaba atractiva.

Abrió las puertaventanas y salió al jardín. Con las manos en los bolsillos, dio un paseo y admiró los cuidados macizos de flores, cuyas abundantes rosas y cascadas de lobelias aportaban una riqueza de color que contrastaba con el uniforme césped verde esmeralda.

Era un hombre inteligente y racional, pero sabía que, cuando se trataba de Greta, su lógica se iba al traste. En los últimos seis años, se habían visto con regularidad. Muchos domingos, él iba a comer a su piso con ella y su querida Cheska. De vez en cuando, la invitaba al teatro y después a cenar.

El tiempo había pasado y sabía que su relación había adquirido una cómoda intimidad, muy parecida, pensó con tristeza, a la de unos hermanos. Greta le consultaba todas sus dudas sobre la carrera de Cheska y él sabía que lo

consideraba un muy buen amigo. El momento oportuno para cambiar la base de su relación parecía no haber llegado nunca. En todos los años transcurridos desde que Greta había reaparecido en su vida, aún no se había armado de valor para decirle que la quería con toda su alma.

David suspiró mientras arrancaba una flor marchita de uno de los rosales. Al menos podía consolarse sabiendo que, hasta donde él sabía, ella no había estado con otros hombres. Por supuesto, en teoría, seguía casada con Owen, aunque no habían tenido contacto en siete años. Además, sabía que Greta volcaba toda su energía y amor en Cheska. Sencillamente, no había sitio para nadie más.

Su obsesión con la pequeña lo preocupaba. Greta estaba viviendo a través de Cheska, lo cual no solo era insano para ella, sino también para la niña. A menudo, cuando miraba su delgado cuerpecillo y su pálida carita, temía por su futuro. La vida extraña y estresante que llevaba en su burbuja de fama no podía ser buena para una niña, ¿no? Se sentía culpable por haber animado a Greta a permitir que Cheska rodara su primera película, pero ¿cómo podía saber que se haría tan famosa? En ese momento había pensado que solo sería una experiencia divertida con la que ambas ganarían algún dinero extra.

Los domingos que comía con ellas en casa, incluso cuando estaban los tres solos, Cheska siempre llevaba uno de los serios vestidos de fiesta que Greta insistía en ponerle. Parecía tan incómoda sentada a la mesa que a David le entraban ganas de cogerla en brazos y llevársela al parque o a los columpios más cercanos. Quería ver cómo se soltaba la impecable melena, se ensuciaba el bonito vestido y, sobre todo, gritaba con la misma excitación que todo niño debería gritar.

A veces preguntaba a Greta con delicadeza si pensaba que Cheska debería jugar con otros críos, ya que pasaba mucho tiempo en compañía de adultos. Greta negaba firmemente con la cabeza y decía que los compromisos de su hija no le dejaban tiempo para esa clase de actividades.

David no insistía. Entendía que, pese a los lujos propios de la fama de Cheska, Greta no había tenido una vida fácil y solo intentaba hacer lo mejor para su hija. No le cabía duda de que la quería y cuidaba bien de ella. Además, no soportaba su expresión cuando la cuestionaba.

Echó a andar hacia la casa, pensando que al final quizá se iría al sur de Francia. Necesitaba unas vacaciones, y hasta que fuera capaz de armarse de

valor para decirle a Greta lo que sentía, era absurdo que su vida girara alrededor de ella.

Oyó sonar el teléfono de su estudio y se apresuró a entrar.

—¿Diga?

—David, soy tu madre.

—Hola, mamá. Qué gusto oír tu voz.

—Sí, bueno, yo siempre digo que este aparato solo se utiliza para dar malas noticias —dijo LJ con gravedad.

—¿Qué pasa, mamá?

—Es tu tío Owen. El doctor Evans me ha llamado hace un rato. Lleva un tiempo enfermo, como ya sabes, pero en este último mes su salud se ha deteriorado muchísimo. Por lo visto, Owen quiere verme. Ha insistido en que el doctor Evans me llamara para que vaya a Marchmont lo antes posible.

—¿Y vas a ir?

—Bueno, creo que debo hacerlo. He pensado que, si no estás muy ocupado, podrías acompañarme para darme apoyo moral. ¿Puedes recogerme en Paddington con el coche y llevarme allí? Lo siento, David, pero no me veo capaz de volver sola a Marchmont.

—Claro, mamá. De todas maneras, no tengo nada en las próximas semanas.

—Gracias, David. Te lo agradezco muchísimo. ¿Puedes organizarte para mañana? Por lo que dice el médico, a Owen no le queda mucho.

—Entiendo. ¿Se lo digo a Greta?

—No. —LJ habló con aspereza—. Owen no ha pedido verla. Más vale dejar las cosas como están.

Hablaron de los horarios de tren y quedaron en que David recogería a su madre a las diez y media y la llevaría a Gales desde la estación. Colgó el teléfono y se sentó a su escritorio, absorto en sus cavilaciones.

Pensaba que Greta debería estar al corriente de la enfermedad de Owen. Después de todo, seguía legalmente casada con él. No obstante, no quería alterar los planes, cuando era obvio que su madre estaba angustiada por la perspectiva de regresar a Marchmont y ver a Owen. Y cuando se levantó del escritorio, se preguntó qué sabría Cheska de su padre.

El buen tiempo y el poco tráfico hicieron más liviano el largo viaje a Gales. David y LJ charlaron tranquilamente durante el trayecto.

—Se hace muy raro volver, ¿verdad, David? —dijo ella mientras circulaban por la serpenteante carretera del valle flanqueada por exuberantes campos inclinados en la última etapa de su viaje a Marchmont.

—Sí. Tú llevas más de diez años sin venir, ¿verdad?

—Aunque es increíble cómo nos adaptamos. Me he convertido en un pilar de la comunidad de Stroud, y en una experta jugadora de bridge, además. Si no puedes vencerlos, únete a ellos, ese es mi lema —añadió LJ con ironía.

—Desde luego, parece sentarte bien. Tienes muy buen aspecto.

—Cuando se tiene tiempo libre, parece que tu cuerpo lo agradece, por no hablar del alma.

Se quedaron callados cuando dejaron la carretera del valle y empezaron a ascender por el estrecho camino que conducía a la hacienda. Cuando cruzaron los portones y avistaron la casa, LJ suspiró al contemplar su belleza. Esa calurosa tarde de junio, las ventanas centelleaban al sol radiante y parecían darle la bienvenida al hogar.

David paró delante de la mansión y apagó el motor. De inmediato, la puerta se abrió y Mary corrió a su encuentro.

—¡Señorito David! ¡Qué gusto verle después de tantos años! ¡Nunca me pierdo su programa de radio! Y los años no pasan para usted, señorito.

—Hola, Mary. —David le dio un cariñoso abrazo—. Te agradezco el comentario, pero me he puesto unos kilitos desde entonces. Ya sabes que nunca fui de los que rechaza una galleta o un trozo de tarta.

—Y mírese, le favorece, con su estatura —repuso Mary.

LJ bajó del coche y lo rodeó para saludarla.

—¿Cómo estás, querida?

—Muy bien, gracias, señora Marchmont. Mucho mejor por ver que ha vuelto a su casa.

Los tres se dirigieron a la puerta. Cuando entraron en el recibidor, David percibió la tensión de su madre.

—Ha sido un viaje largo, Mary. ¿Podrías prepararnos un té antes de que mi madre vea al señor Marchmont?

—Por supuesto, señorito David. El doctor Evans está con él. Ha pasado mala

noche. Si quieren ir al salón, le diré que han llegado y les traeré el té.

Cuando Mary subió, David y LJ cruzaron el recibidor y entraron en el salón.

—Dios santo, aquí huele a cerrado. ¿No ventila nunca Mary estas habitaciones? Y parece que los muebles no se hayan limpiado en meses.

—No creo que le quede mucho tiempo para ocuparse de la casa teniendo que cuidar a Owen, mamá. —Pero LJ tenía razón: el elegante salón, que él siempre recordaba immaculado, con los muebles perfectamente encerados, parecía andrajoso y abandonado.

—Claro que no. Se ha portado muy bien quedándose con él.

LJ se dirigió a una de las puertaventanas, descorrió el pestillo y la abrió de par en par. Los dos salieron a la terraza y respiraron el aire puro.

—Échame una mano, ¿quieres, hijo? Si quitamos el polvo de estas sillas, podemos tomarnos el té aquí. Dentro el ambiente es deprimente.

LJ estaba levantando una oxidada silla de hierro forjado cuando Mary regresó con el té unos minutos después.

—Déjanoslo y nos serviremos nosotros, Mary, querida —ordenó LJ.

—Muy bien, señora Marchmont. He avisado al doctor Evans de que han llegado.

—Gracias. ¿Me haces el favor de pedirle que baje a tomar una taza de té?

—Sí, señora —dijo Mary, y entró en la mansión.

Los dos se tomaron el té en silencio.

—¿Cómo pude marcharme de aquí? —murmuró LJ, contemplando el idílico paisaje. Por debajo del bosque que tapizaba la suave ladera, el sol se reflejaba en la vítrea superficie del río que serpenteaba sin prisas por el verde valle.

—Sé a qué te refieres. —David suspiró y le acarició la mano—. El rumor del agua siempre me recuerda a mi infancia.

Los dos se volvieron cuando oyeron pasos a sus espaldas.

—Por favor, no se levanten. Laura-Jane, David. Gracias por venir tan deprisa. —El doctor Evans, ya con el pelo salpicado de canas, les sonrió.

LJ le sirvió una taza de té cuando él tomó asiento.

—Dígame, ¿cómo está Owen, doctor?

—Nada bien, me temo. Sé que los dos saben que, desde hace algunos años, el señor Marchmont tiene un grave problema con la bebida. No me canso de repetirle que debería dejarlo, pero, por desgracia, no me ha hecho caso. Ha

sufrido incontables caídas a lo largo de los años y ahora también le está fallando el hígado.

—¿Cuánto tiempo le queda?

David se fijó en su madre. Su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción; como de costumbre, estaba siendo práctica. Pero reparó en que no dejaba de retorcerse las manos en el regazo.

—Para serle sincero, señora Marchmont, me sorprende que haya durado tanto. Una semana, quizá dos... Lo siento, pero es la verdad. Podría trasladarlo a un hospital, pero poco podrían hacer. Y, además, él se niega rotundamente a abandonar Marchmont.

—Sí. Bueno, gracias por ser tan sincero con nosotros. Sabe que yo lo prefiero así.

—Él está al corriente de que ha llegado, Laura-Jane, y querría verla lo antes posible. Ahora mismo está lúcido, así que le aconsejo que no espere mucho.

—De acuerdo. —LJ se levantó y David la vio respirar hondo—. Usted primero.

Momentos después entró en la habitación de Owen, que estaba sumida en la penumbra, con las recias cortinas a medio descorrer. Owen yacía en su gran cama, un anciano frágil y consumido. Tenía los ojos cerrados y respiraba de forma superficial. LJ se quedó junto a la cama mirando el rostro del hombre que una vez había amado. Pensó en cómo, muchos años atrás, siempre había imaginado un tiempo futuro en el que podrían hacer las paces; se pedirían perdón y sanarían las heridas. Ahora, la irreversibilidad de su estado la horrorizaba. Para Owen, y para los dos, ya no había futuro.

Se llevó la mano a la boca mientras se tragaba las lágrimas. Owen abrió los ojos y LJ vio cómo intentaba enfocar la mirada. Se sentó en el borde de la cama y bajó la cabeza para que él pudiera verla.

Con mano temblorosa, Owen le tocó el brazo.

—Per... perdóname...

LJ le tomó la mano, se la llevó a los labios y se la besó con dulzura, pero no respondió.

—Debo... explicarme. —Parecía que le costara expresarse, tanto física como

mentalmente—. Te... te amo... jamás he... amado a ninguna otra. —Una lágrima le rodó por la mejilla—. Los celos... son terribles... quería hacerte daño... perdóname.

—Owen, viejo tonto, ¡pensaba que no podías ni verme! Por eso me marché de Marchmont —respondió LJ, atónita por lo que acababa de decirle.

—Quería castigarte por haberte casado con mi hermano. Quise pedirte que te casaras conmigo cuando él murió... pero el orgullo... no pude, ¿sabes?

LJ notó un nudo de emoción en la garganta.

—Oh, Dios mío, Owen, ¿por qué no me lo pediste? Tantos años desperdiciados, años que podrían haber sido muy felices. ¿Fui yo la razón por la que te fuiste a Kenia?

—No soportaba verte con el hijo de mi hermano. Debo pedir perdón a David. No fue culpa suya.

—¿No sabes que pasé un infierno cuando llegó la carta del Ministerio de la Guerra comunicándome que estabas desaparecido en combate? Esperé tres largos años, rezando para que estuvieras vivo. Pero todos me decían que debía pasar página. Tu familia quería que me casara con Robin. ¿Qué más podía hacer? —dijo LJ desconsolada—. Sabes que nunca lo amé como te amaba a ti. Debes creerme, Owen. Dios mío, si hubieras vuelto a Inglaterra y me hubieras pedido que me casara contigo cuando murió Robin, habría dicho que sí de inmediato.

—Quería hacerlo, pero... —Owen crispó las facciones en una mueca de dolor—. Me enfrenté a la muerte muchas veces en la guerra, pero ahora estoy asustado, muy asustado. —Le agarró la mano—. Quédate conmigo hasta el final, por favor. Te necesito, Laura-Jane.

¿Serían suficientes esos últimos días para compensar la vida que no habían tenido? No, pero eran todo lo que tenían.

—Sí, amor mío —dijo LJ en voz baja—. Me quedaré contigo hasta el final.

Greta estaba en la bañera cuando sonó el teléfono.

—¡Mecachis! —Agarró una toalla, salió del baño a toda prisa y fue a cogerlo al salón.

—¿Sí? —dijo.

—Soy yo, David. ¿Te he molestado?

—No, estaba en la bañera, nada más.

—Bueno, me temo que tengo malas noticias. Te llamo desde Marchmont. Owen ha fallecido hace una hora.

—Lo siento, David. —Greta se mordió el labio, sin saber qué más decir.

—El funeral será aquí, en Marchmont, el jueves por la tarde. Te informo porque he pensado que igual querrías venir.

—Eh, bueno, gracias, David, pero no voy a poder, lo siento. Cheska tiene una sesión fotográfica que dura todo el día.

—Entiendo. Bueno, aunque no asistas al funeral, vas a tener que venir a la lectura del testamento. Owen ha insistido en que estés presente justo antes de morir. Por lo que le ha dicho a mi madre, creo que podría ser ventajoso para ti.

—¿Tengo que ir? Es decir, no necesitamos más dinero y, para serte sincera, no me apetece mucho volver a Marchmont.

—Así nos sentíamos mi madre y yo cuando llegamos hace un par de semanas. A todos nos trae algunos malos recuerdos. Pero ahora que llevo un tiempo aquí, incluso en estas circunstancias, me dará pena volver a Londres. Uno olvida lo hermoso que es esto.

—Para serte franca, David, estoy nerviosa. ¿Y qué pasa con Cheska? Como nunca me ha preguntado, no le he contado nada de Owen. Nunca he sabido qué decirle.

—Entonces quizá sea hora de que se lo expliques todo, Greta. Te lo acabará preguntando, así que este es tan buen momento como cualquier otro. Además, a Cheska le vendría bien salir de Londres.

—Supongo que sí —dijo Greta, pero no parecía convencida.

—Oye, Greta. Sé cómo te sientes, pero, legalmente, continúas siendo la esposa de Owen y, a todos los efectos, Cheska es su hija. El abogado no leerá el testamento sin ti, lo que significa que, si no vienes, tendremos que ir a Londres mi madre y yo. Ella apenas se ha separado de Owen en estas dos últimas semanas y está agotada. Yo preferiría terminarlo todo cuanto antes para que ella pueda empezar a recuperarse.

—¿LJ quiere que vaya?

—Piensa que deberías venir, sí.

Greta suspiró.

—De acuerdo. Supongo que podríamos cancelar la sesión de Cheska. El funeral será solo para la familia, ¿no?

—Sí.

—¿A qué hora empieza?

—A las tres y media.

—Pediré al estudio que nos proporcione un coche para llevarnos a Marchmont. Saldremos el jueves por la mañana temprano.

—Como quieras. Y ¿Greta?

—¿Sí?

—No te preocupes. Yo estaré aquí.

—Gracias, David.

Greta colgó, fue al mueble bar y se sirvió un whisky corto de la botella que tenía para David cuando iba de visita. Envuelta aún en la toalla, se dejó caer en el sofá y se preguntó qué diablos debería decirle a Cheska sobre Owen. Y sobre Marchmont.

—Cariño, esto... anoche recibí una llamada. —Greta miró cómo su hija se comía las gachas—. Eran malas noticias, me temo.

—Vaya, mamá. ¿Cuáles?

—Bueno, mañana tenemos que irnos unos días de viaje. Verás, cariño, tu padre

ha muerto.

Cheska pareció sorprendida.

—No sabía que tenía padre. ¿Cómo se llamaba?

—Owen Marchmont.

—Oh. ¿Y por qué ha muerto?

—Porque, para empezar, era mucho mayor que yo, y se puso enfermo. Y tú sabes que todas las personas se mueren cuando se hacen viejas. ¿Hay algo más que quieras preguntarme sobre él?

—¿Dónde vive?... es decir, ¿dónde vivía mi padre?

—En Gales, donde nació el tío David. Es un sitio precioso. Vivía en una casa muy bonita, y nos quedaremos allí.

A Cheska se le iluminó la cara.

—¿Estará también el tío David?

—Sí. Y será mejor que vayamos a comprarte ropa informal. Marchmont no es un sitio para vestidos de fiesta.

—¿Puedo comprarme un peto como el que llevaba Melody?

—A ver qué encontramos.

—Gracias, mamá. —Cheska bajó de la silla y abrazó a su madre en una espontánea muestra de afecto—. ¿Estás triste porque mi padre ha muerto?

—Claro. Las personas siempre se ponen tristes cuando otras personas mueren.

—Sí. En mis películas siempre pasa. Me voy a mi cuarto y te espero allí para que vengas a cepillarme el pelo.

—Buena chica.

Greta la vio salir del salón y se dio cuenta de que iba a necesitar todo su valor para afrontar el pasado, por el bien de ambas.

La noche antes del funeral, David estaba inspeccionando algunos de los viejos libros en la biblioteca cuando su madre apareció en la puerta.

—Casi he terminado de ayudar a Mary con la comida de mañana. ¿Te parece si nos tomamos una copa dentro de unos veinte minutos? Tengo... que hablar contigo, David.

—Claro.

LJ le dirigió una lánguida sonrisa y se marchó. David fue al mueble bar y miró

dentro. Había muchas botellas, pero todas estaban vacías. Justo en el fondo encontró una botella con restos de whisky y la cogió. Sacó dos vasos y repartió lo poco que quedaba entre ambos.

Su madre y él habían encontrado botellas de whisky vacías por toda la casa, escondidas detrás de sofás, dentro de armarios y bajo la cama de Owen; tantas eran que David se sorprendía de que su tío hubiera durado tanto. Se arrellanó en un sillón con su vaso y esperó a que llegara su madre.

—Y eso es todo, David. —LJ suspiró hondo. Llevaba quince minutos hablando, explicando por primera vez a su hijo por qué Owen siempre le había guardado tanto rencor—. No debes pensar que no quise a tu padre, porque lo hice. Me quedé desconsolada cuando Robin murió. Pero Owen y yo... bueno... —LJ se quedó callada—. Fue mi primer amor, y creo que esa clase de amor nunca se apaga del todo.

A David le sorprendió descubrir que no estaba escandalizado por lo que su madre le había contado, sino solo triste.

—¿Por qué no te pidió Owen matrimonio cuando murió papá?

—Por orgullo, principalmente. Supongo que todo se reduce a la falta de comunicación. —LJ se quedó mirando al vacío—. A Owen le costó cuarenta años decirme que aún me quería. Toda una vida desperdiciada. —Negó con la cabeza con aire triste—. Al menos pasamos dos preciadas semanas juntos al final, lo que me consuela un poco.

—Entonces, ¿una de las razones por las que Owen pidió a Greta que se casara con él era hacerte daño?

—Sí, sin duda. Y no soportaba pensar que tú heredarías Marchmont.

—¿Y qué pasa ahora con Marchmont? ¿Será para Greta? De hecho, legalmente, es su esposa.

—Owen no me habló de eso, así que tendremos que esperar a la lectura del testamento. No tengo ni idea de lo que habrá decidido.

—¿Por qué es la vida tan complicada?

—Oh, hijo mío, llevo cuarenta años preguntándomelo. Pero si algo me ha enseñado la vida, es que no debes desperdiciar un solo día de ella. Y, más importante aún, si quieres a alguien, por el amor de Dios, dile lo que sientes. —

Miró a su hijo de hito en hito—. No me gustaría verte sufrir como he sufrido yo.

David no pudo evitar ruborizarse.

—No, claro.

—Discúlpame, pero voy a retirarme. Mañana será un día largo y estas dos últimas semanas me han pasado factura. —LJ se levantó y besó a David en la frente—. Buenas noches, hijo mío. Que descanses.

David vio cómo su madre salía de la biblioteca y se puso a reflexionar sobre lo que acababa de explicarle.

El amor podía cambiar el destino y llevar las riendas de una vida. Como llevaba las riendas de la suya.

Su madre tenía razón: la vida era demasiado corta.

Y lo más que podía suceder era que ella lo rechazara.

Sentada en la parte de atrás de la limusina que el estudio les había proporcionado, Cheska vio cómo la silueta de Londres se perdía de vista y daba paso a verdes prados. Viajó en silencio, mirando por la ventanilla hasta que, por fin, el constante zumbido del motor le dio sueño.

—Cariño, ya casi hemos llegado.

Cheska notó que su madre la sacudía con suavidad y abrió los ojos.

—Esto es Marchmont Hall, Cheska —dijo Greta cuando el coche se aproximó a la mansión.

La puerta se abrió y David salió a su encuentro con paso enérgico.

—Hola, cariño —dijo, tomando a Cheska en brazos.

—¿De verdad vivía aquí mi padre? —susurró ella, mirando con asombro el enorme edificio.

—Sí, de verdad. Hola, Greta. —David la besó en las mejillas y después la miró con admiración. El corto vestido negro acampanado que llevaba le realzaba la esbelta figura, y su nuevo corte de pelo a lo «Hepburn» le quedaba bien con sus delicadas facciones—. Estás preciosa.

—Gracias. Tú también estás muy elegante.

—Este traje me gusta bastante, pero, por desgracia, solo me lo pongo en ocasiones tristes como esta.

El chófer había sacado la maleta de Greta y estaba esperando órdenes.

—Gracias por un viaje tan agradable —dijo ella, volviéndose hacia él—. ¿Quiere tomarse un té antes de irse?

—No, gracias. Me voy a Penarth a ver a mi primo. Que disfruten de su estancia.

David se fijó cómo se había acostumbrado Greta a tratar con los empleados.

Nada que ver con la joven timorata e insegura a quien él había mandado a Marchmont hacía tantos años.

—Venga, entremos —dijo—. Mi madre te espera.

Greta cogió a Cheska de la mano y siguió a David hacia la puerta de la mansión.

—Tú naciste aquí, cariño —le explicó.

—¡Dios mío! —exclamó Cheska—. ¡Es tan grande como el palacio de Buckingham!

—Casi. —David guiñó un ojo a Greta por encima de la cabeza de Cheska.

—¿Son ovejas de verdad? —Cheska señaló los lejanos puntos blancos que salpicaban la brumosa ladera.

—Sí.

—¡Cielos! ¿Podría ir a ver una de cerca?

—Estoy seguro de que podremos arreglarlo. —David sonrió.

Nerviosa, Greta entró en la mansión detrás de David y Cheska. El mismo olor a perros y a humo de leña que había notado la primera vez que había cruzado el umbral en brazos de Owen le asaltó las fosas nasales. Cuando pasaron al salón, LJ se levantó. El pelo se le había puesto blanco como la nieve en los años transcurridos, pero aún iba tiesa como un palo y nada más indicaba que el tiempo hubiera pasado para ella.

—¡Greta! Qué gusto verte. —LJ se acercó y la besó en las mejillas—. ¿Ha sido horrendo el viaje?

—No, ha ido bien, gracias —respondió Greta, agradecida por su cariñosa bienvenida.

—Y esta debe de ser Cheska. —LJ tendió la mano a la niña, quien puso los dedos en la palma de su mano.

—Mucho gusto en conocerla —respondió Cheska con solemnidad, mientras se estrechaban la mano.

—Qué buenos modales —dijo LJ con aprobación—. Bien, los coches llegan a las tres, con lo que tenemos una media hora. Estoy segura de que querrás asearte después del viaje, querida. Te he instalado en tu antigua habitación, y he pensado que Cheska también podría dormir en su cuarto. —LJ volvió a centrar la atención en la niña—. ¿Tienes hambre, Cheska?

—Sí. No hemos comido.

—¿Por qué no vienes conmigo a la cocina para saludar a Mary, que está deseando ver cuánto has crecido?

—Sí, por favor.

—Muy bien. —LJ le ofreció la mano y Cheska se la cogió encantada.

Salieron juntas del salón y Greta oyó a su hija charlando con LJ por el pasillo. Subió la escalera camino del cuarto en el que habían nacido sus dos hijos.

De pronto empezó a revivir recuerdos enterrados de Jonny, y se estremeció. Regresar a Marchmont era extremadamente perturbador. Cuanto antes terminaran y retomaran su vida de siempre, mejor.

Cheska vio cómo metían el ataúd en el hoyo. Suponía que debería estar triste. Cuando había estado junto a la tumba de su padre en su última película, el director le había pedido que llorara.

En verdad, no entendía qué era morir. Solo sabía que nadie volvía a ver al muerto nunca más y que este se iba a un sitio que se llamaba cielo y vivía en una esponjosa nube con Dios. Observó a su madre y vio que no lloraba. Miraba a lo lejos, no dentro del gran hoyo oscuro.

El ataúd le recordaba la pesadilla que siempre tenía. Apartó la vista y apoyó la cabeza en el brazo de su madre, esperando que todo terminara pronto y pudieran irse a casa.

—Creo que es hora de irte a la cama, jovencita.

Cheska estaba felizmente sentada en el regazo de David en la biblioteca.

—Vale, mamá.

—¿Qué te parece si subo cuando mamá te haya acostado para contarte uno de mis cuentos especiales?

—Oh, sí, por favor, tío David.

—Muy bien. Hasta ahora.

—Buenas noches, tía LJ. —Cheska bajó del regazo de David y besó a su tía en la mejilla.

—Buenas noches, cariño. Que sueñes con los angelitos.

—Lo haré. —Cheska soltó una risita y salió de la biblioteca detrás de Greta.

—Me gusta esto, mamá, y la tía LJ es muy simpática. Me alegro de tener otro

pariente. ¿Crees que es muy vieja? —preguntó mientras subían la escalera.

—No, no mucho.

—¿Más vieja que papá?

—Probablemente es un poco más joven.

Una vez en el pasillo, Greta llevó a Cheska al cuarto de los niños, esperando que no percibiera su nerviosismo por entrar en la habitación en la que había pasado tantas horas con los gemelos en otra época.

—Ya estamos, cariño —dijo en tono alegre, obligándose a sonreír—. Mira, aquí es donde dormías cuando eras chiquitina. Cheska, ¿qué demonios te pasa?

—Greta miró a su hija, que se había quedado en la puerta. Estaba lívida.

—Yo... Oh, mamá, ¿puedo dormir contigo esta noche?

—Ya eres mayor y, además, este cuarto es muy acogedor. ¿Sabes?, esta es una de tus viejas muñecas.

Cheska siguió petrificada en la puerta.

—No seas rebelde, Cheska. Mamá ha tenido un día muy largo. Hazme el favor de entrar y ponerte el camisón.

—Mamá, déjame dormir contigo, por favor. No me gusta estar aquí —suplicó.

—Bien, ¿por qué no te pones el camisón como las niñas obedientes, te metes en la cama y dejas que el tío David venga a contarte un cuento? Y después, si sigues sin querer dormir aquí, puedes venir a mi cama. ¿Qué te parece?

Cheska asintió y entró en el cuarto con paso vacilante.

Con un suspiro de alivio, Greta la ayudó a desnudarse. Después la metió en la estrecha cama y se sentó a su lado.

—Ya está. Es un cuarto muy agradable y acogedor.

Pero Cheska tenía la vista fija en algo detrás de Greta.

—Mamá, ¿por qué hay dos cunas? ¿Era una la de mi hermano Jonny?

Greta se volvió y las vio. No queriendo angustiar a su hija, contuvo las emociones.

—Sí, exacto.

—¿Y por qué siguen aquí?

—Oh, supongo que a Mary se le olvidó quitarlas después de que nos fuéramos.

—¿Por qué nos fuimos?

Greta suspiró, se agachó y besó a Cheska en la frente.

—Te lo explicaré mañana, cariño.

—No te vayas hasta que llegue el tío David, por favor, mamá.

—De acuerdo, cariño. No lo haré.

—¿Es mi niña preferida la que está metidita en la cama? —David apareció en la puerta.

Cheska consiguió esbozar una sonrisa cuando Greta se puso de pie.

—Buenas noches, cariño. No le cuentes nada que dé miedo, David. Está un poco inquieta —le susurró Greta cuando pasó por su lado para salir del cuarto.

—Claro que no. Voy a hablarle del famoso gnomo galés llamado Shuni, que vive en su cueva en la ladera de una colina a no muchos kilómetros de esta casa.

Greta lo vio sentarse al borde de la cama. Se quedó un momento en la puerta, escuchando el principio del cuento, antes de bajar la escalera sin hacer ruido.

Mientras David le contaba el cuento, Cheska empezó a relajar las facciones y se rio de la voz graciosa que David utilizaba para el gnomo.

—Y todos vivieron...

—¡Felices y comieron perdices!

—Bien. Creo que ya es hora de dormir.

—¿Tío David?

—¿Sí, cariño?

—¿Por qué en los cuentos y en las películas nunca muere nadie aparte de la gente mala?

—Porque es lo que pasa en esa clase de historias. El bien vive y el mal muere.

—¿Era malo mi padre?

—No, cariño.

—Entonces, ¿por qué se murió?

—Porque era una persona de carne y hueso, no de mentira.

—Ah. ¿Tío David?

—Sí.

—¿Existen los fantasmas?

—No, también salen solo en los cuentos. Dulces sueños, Cheska. —David la besó con suavidad en la mejilla y se dirigió a la puerta.

—¡No cierres, por favor!

—No lo haré. Mamá subirá luego a verte.

David bajó y se reunió con LJ y Greta en la biblioteca.

—No sé si ha sido buena idea dejar que Cheska fuera al funeral —dijo con un

suspiro—. Me acaba de hacer unas preguntas extrañísimas.

—Ha protestado mucho por dormir en el cuarto de los niños, lo cual no es nada propio de ella —señaló Greta—. Cuando hemos rodado en exteriores, se ha quedado en hoteles y ha dormido en camas extrañas sin rechistar. Aun así, todavía es muy pequeña. No creo que haya entendido verdaderamente lo que ha pasado hoy.

—Ya no es tan pequeña. En tres años será una adolescente —observó LJ.

—Supongo que yo la veo más pequeña de lo que es —convino Greta—. En las películas, casi siempre interpreta a niñas de siete u ocho años.

—Greta, ¿crees que Cheska entiende la diferencia entre la fantasía de sus películas y la realidad? —preguntó David con delicadeza.

—¡Claro que sí! ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por una cosa que ha dicho arriba, eso es todo.

—Sea lo que sea, yo no le daría demasiada importancia. Con el viaje y el funeral, las dos estamos agotadas. —Greta se levantó—. Creo que voy a subir a darme un baño.

—¿No quieres cenar, querida? —preguntó LJ.

—No, gracias. Aún estoy llena de los sándwiches de esta tarde. Buenas noches.

Greta se apresuró a salir de la biblioteca y David suspiró cuando se volvió hacia su madre.

—La he disgustado. No soporta que nadie critique a Cheska.

—Pero es una niña extraña, ¿no?

—¿Qué, mamá? —David salió de su ensimismamiento y se sentó en un sillón de piel enfrente de su madre.

—He dicho que Cheska es una niña extraña. Aunque, por otro lado, supongo que tiene una vida extraña.

—Sí.

—Personalmente, creo que ese disparate del cine no es manera de criar a un niño. Cheska necesita corretear al aire libre, dejar de tener la tez tan blanca y el cuerpecillo tan delgado.

—Greta dice que le gusta hacer películas.

—Bueno, a mí me parece más bien que Cheska no tiene mucha opción o, de hecho, no conoce otra cosa.

—Estoy seguro de que Greta no la obligaría a hacer nada que la hiciera infeliz, mamá.

—Puede que no —dijo LJ con altivez—. Pobrecilla. Hasta hace unos días, parece que desconocía incluso que tenía padre, por no mencionar que ni siquiera lleva su sangre.

—Vamos, mamá, este no es el momento.

—Todo indica que Greta apenas le ha contado nada de su pasado —continuó LJ, ignorando la súplica de su hijo—. Por ejemplo, ¿qué sabe de su hermano gemelo, si es que sabe algo?

—No estoy seguro. Oye, mamá, intenta entender que, si Greta apenas ha contado nada a Cheska de su pasado, es porque le pareció que era lo mejor. Cuando las dos se mudaron a Londres, fue en circunstancias extremadamente difíciles, y es evidente que ella quería volver a empezar. No tenía sentido explicar a Cheska lo que había pasado hasta que ella tuviera edad suficiente para entenderlo.

—¿Sabes que siempre defiendes a Greta, cariño? —dijo LJ en voz baja—. Parece que no veas cómo se le ha agriado el carácter desde que se fue de Marchmont. Con lo dulce y tierna que era antes.

—Bueno, si ha cambiado es porque no lo ha tenido nada fácil en la vida. No es culpa suya.

—¿Lo ves, David? Has vuelto a hacerlo. Sé por experiencia que tener el corazón cerrado, solo porque te han hecho daño, no es la solución. Ni tampoco lo es volcar en una niña todo el amor acumulado que reprimes dentro. En fin —se apresuró a decir LJ, cambiando de tema—, tengo una propuesta para ti: ¿por qué no les pides que se queden más días? Si, como imagino, Owen ha dejado la hacienda a Greta, ella necesitará tiempo para organizar unas cuantas cosas. Y Cheska también tendría la oportunidad de vivir como una niña normal durante unos pocos días.

—Dudo que Greta se quede más tiempo del necesario —repuso David—. Esperemos a ver qué pasa mañana.

—Bueno, si hereda la hacienda, y teniendo en cuenta lo que obviamente sientes por ella, casaros sería la solución ideal para todo este rompecabezas. Greta necesita un marido, tú necesitas una esposa, y la pequeña Cheska necesita un padre y una vida más estable. Y la hacienda de Marchmont necesita un

hombre que la administre, a ser posible, un hombre que tenga un lazo de sangre con ella.

—¡Eres una intrigante, mamá! Para —le advirtió David—. Por lo pronto, no me apetece nada administrar Marchmont, ni tan siquiera para complacerte.

LJ percibió ira en los ojos de su hijo y supo que se había pasado de la raya.

—Te pido perdón, David. Solo quiero verte feliz.

—Y yo a ti. Bueno, dejemos el asunto —dijo él con firmeza—. Vayamos a cenar.

Cheska estaba soñando otra vez. Él volvía a estar ahí, a su lado... el niño que se parecía a ella. Estaba muy pálido y le susurraba cosas que no entendía.

Cheska sabía que solo tenía que despertarse y encender la luz para ver su acogedora habitación y la pesadilla se desvanecería. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla, pero no tocó nada. Frenética, palpó la oscuridad, con el corazón desbocado.

—Por favor, por favor —gimoteó, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la mortecina luz gris de la madrugada, lo que vio no fueron las reconfortantes siluetas de su habitación. Era el cuarto de su sueño.

Se puso a gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Sabía que debería levantarse de la cama y salir del cuarto y que entonces la pesadilla cesaría. Pero estaba demasiado aterrorizada para moverse y las fantasmales siluetas alargaban sus frías manos muertas y...

Encendieron una luz y su madre apareció en la puerta. Saltó de la cama, corrió junto a Greta y se arrojó a sus brazos.

—¡Mamá, mamá! ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí! —gritó, sollozando.

—Tranquila, cariño, ¿qué pasa?

Cheska sacó a Greta al pasillo y cerró la puerta del cuarto.

—¡No me obligues a volver a entrar!, ¡por favor, mamá! —suplicó.

—Está bien, está bien, cariño. Cálmate. Ven a la cama con mamá y dime qué es lo que te ha asustado.

Se llevó a Cheska a su habitación. La sentó en la cama y la niña enterró la cara en su camisón.

—¿Has tenido una pesadilla, cariño? ¿Es eso?

—Sí. —Cheska miró a su madre con verdadero miedo en los ojos—. Pero no era un sueño. Era real. Él vive —Cheska se estremeció— en ese cuarto.

—¿En el cuarto de los niños? ¿Quién vive ahí?

Cheska negó con la cabeza y hundió su rostro en el pecho de Greta.

—Vamos, cariño. —Greta le acarició el pelo con dulzura—. Todo el mundo tiene pesadillas. No son reales. Solo es tu imaginación, que juega contigo mientras duermes, nada más.

—No, no. Era real. —La voz de Cheska sonó apagada—. Quiero irme a casa.

—Nos iremos mañana, te lo prometo. Oye, ¿y si nos metemos en mi cama y nos abrazamos? Hace fresquito a esta hora y te resfriarás.

Greta metió a Cheska en la cama con ella y la abrazó con fuerza.

—Ya está. ¿Te encuentras mejor?

—Un poco.

—Nadie puede hacer daño a mi chiquitina mientras mamá está con ella.

Greta la arrulló mientras los brazos le resbalaban poco a poco de su cuello. Se recostó ella también, preocupada por la reacción de Cheska en el cuarto de los niños, y se preguntó cuánto recordaba de Jonny. «Da igual», se dijo con firmeza; al día siguiente, a esas horas, ya habrían llegado a Londres sin percances y ella podría volver a correr la cortina que las protegía del pasado.

—¿Estás segura de que no te importa quedarte con Cheska? —preguntó Greta a Mary al día siguiente. Escrutó a su hija, buscando algún signo de preocupación.

—Claro que no. Lo pasaremos bien, ¿verdad, cariño?

Cheska, sentada en un taburete a la gran mesa de la cocina, embadurnada hasta los codos de la harina de la masa para pasteles que estaba ayudando a preparar a Mary, asintió.

—No tardaré mucho. ¿Seguro que estarás bien?

—Sí, mamá —respondió Cheska, con una nota de exasperación en la voz.

—Entonces, hasta luego.

Greta salió de la cocina, aliviada de que Cheska ni tan siquiera hubiera despegado los ojos de la mesa.

David y LJ la esperaban en el coche.

—¿Cómo está? —LJ había oído los gritos de la niña la noche anterior.

—Perfectamente —respondió Greta lacónica—. Creo que solo ha sido una pesadilla muy mala. Parece haberla olvidado por completo esta mañana.

—Bueno, estoy segura de que con Mary se lo pasará en grande. Bien, en marcha.

David condujo los pocos kilómetros que había hasta Monmouth y, una vez allí, los tres, tensos y en silencio, enfilaron la pintoresca calle principal donde estaba el bufete del señor Glenwilliam.

—Hola, Greta, David, señora Marchmont. —El señor Glenwilliam les estrechó la mano a todos—. Gracias por el magnífico banquete de ayer después del funeral. Creo que Owen habría estado orgulloso. Ahora, si son tan amables de pasar a mi despacho, podremos entrar en materia.

Siguieron al señor Glenwilliam y se acomodaron cada uno en una silla delante

de su escritorio. El abogado abrió una gran caja fuerte y sacó un recio rollo de documentos sujetos con una cinta roja; a continuación, se sentó en su sillón y los desató.

—Debo decir que, por insistencia de Owen, fui a visitarlo hace unas seis semanas para redactar un nuevo testamento, que invalida cualquier otro anterior. Aunque estaba muy enfermo, puedo corroborar que en ese momento no estaba ni ebrio ni trastornado y, por tanto, estaba en pleno uso de sus facultades físicas y mentales. Owen fue muy claro con respecto al contenido de este testamento. Me dio una idea de lo delicada que era la situación. —El señor Glenwilliam tosió con nerviosismo—. Creo que lo mejor será leerlo, y después podremos comentar los puntos que surjan.

—Pues adelante —dijo LJ, hablando en nombre de todos.

El señor Glenwilliam se aclaró la garganta y comenzó a leer:

Yo, Owen Marchmont, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales, declaro que esta es mi última voluntad. Lego la hacienda de Marchmont en su totalidad a Laura-Jane Marchmont. Esto es con la única condición de que viva en Marchmont durante lo que le queda de vida. Cuando muera, la hacienda es suya para disponer de ella como desee, aunque me complacería que la dejara a David Robin Marchmont, mi sobrino.

El saldo de la cuenta corriente de Marchmont también pasa a Laura-Jane Marchmont, para el mantenimiento y administración de la hacienda. De mi cuenta corriente personal, lego las siguientes sumas:

A mi hija, Francesca Rose Marchmont, con la condición de que visite Marchmont al menos una vez al año hasta que cumpla veintiún años de edad, la suma de cincuenta mil libras, que se mantendrá en fideicomiso hasta que sea mayor de edad. El fideicomiso será administrado por Laura-Jane Marchmont.

A David Robin Marchmont, la suma de diez mil libras.

A mi esposa, Greta, la suma de diez mil libras.

A Mary-Jane Goughy, en reconocimiento a la manera como me ha cuidado en mis últimos años, dejo la suma de cinco mil libras, así como la tenencia a perpetuidad de la Casa del Río de la hacienda de Marchmont.

El señor Glenwilliam continuó, mencionando unas cuantas pequeñas sumas más, pero las tres personas del despacho ya no le prestaron atención, absortas todas en sus pensamientos.

LJ estaba luchando contra el nudo que notaba en la garganta. Jamás lloraba en público.

David estaba mirando a su madre, pensando en que por fin se había hecho justicia.

Greta estaba aliviada de que hubiera terminado y de que Cheska y ella pudieran regresar a Londres con sesenta mil libras más en su haber y solo tuvieran que soportar una breve visita a Marchmont una vez al año.

El señor Glenwilliam terminó de leer y se quitó las gafas.

—Una última cosa. Owen dejó una carta personal para ti, Greta. Ten. —Le pasó el sobre por encima del escritorio—. ¿Alguna pregunta?

Greta sabía que el abogado estaba esperando que ella protestara arguyendo que Marchmont le correspondía por derecho. Se quedó callada.

—Señor Glenwilliam, ¿podría dejarnos solos un momento? —preguntó LJ en voz baja.

—Por supuesto.

El abogado salió del despacho y LJ se volvió hacia Greta.

—Querida, la probabilidad de que puedas demostrar que Owen no estaba en su sano juicio cuando mandó redactar este testamento es muy alta. Después de todo, tú eres su viuda. Si quieres impugnarlo, ni David ni yo nos interpondríamos, ¿verdad, David?

—Por supuesto que no.

—No, LJ. Owen ha hecho lo correcto y lo mejor para todos. De hecho, estoy aliviada. Cheska y yo tenemos una nueva vida en Londres. Sabes tan bien como yo que no es hija natural de Owen y que el matrimonio fue un fracaso. Creo que Owen ha sido extremadamente generoso con nosotras, dadas las circunstancias. Y, para serte sincera, solo estoy contenta de que todo haya terminado.

LJ la miró con renovado respeto.

—Greta, seamos sinceras. Todos sabemos por qué te casaste con Owen. Además de tenerle cariño —se apresuró a añadir—. Y quizá te sientas un poco culpable por eso.

—Sí —convino Greta.

—Asimismo, eres una mujer inteligente, y estoy segura de que ya te habrás dado cuenta de que a Owen también le convenía. Vuestro matrimonio le hizo revivir y, lo que era más importante para él, le dio un heredero para Marchmont, si Jonny hubiera vivido. Como ves, no debes sentirte culpable ni pensar que te guardo algún rencor. Fuiste, en cierto modo, un peón inocente en una partida de la que no sabías nada.

—En serio, LJ, no hace falta que digas nada más. Me alegro de que la

hacienda sea tuya. Yo no sabría por dónde empezar si tuviera que administrarla.

—¿Estás totalmente segura, Greta? Debes saber que yo legaré Marchmont a David en mi testamento. Le corresponde a él.

—Sí.

—De acuerdo. Pero recuerda que tanto Marchmont como yo te recibiremos con los brazos abiertos siempre que quieras venir a visitarnos. Es evidente que Owen no quería que Cheska y tú perdierais el contacto con nosotros.

—Gracias, LJ. Lo recordaré.

David volvió a llamar al señor Glenwilliam.

—¿Parece que todo está en orden? —preguntó.

—Sí. Greta ha decidido no impugnar el testamento —respondió David.

El señor Glenwilliam pareció aliviado.

—Bien. Obviamente, tengo que cerrar algunas cuestiones legales, y habrá que pagar impuestos por las sumas que Owen ha legado. Señora Marchmont, usted tendrá que volver para firmar algunos documentos cuando estén validados. Y yo estaré a su disposición para cualquier ayuda que necesite con la futura administración de la hacienda. Como sabe, llevo bastante tiempo haciéndome cargo de las cuestiones administrativas.

—Gracias. Agradezco toda su ayuda, tanto antes como ahora.

—No hay de qué —respondió el señor Glenwilliam, inclinando la cabeza cuando los tres se levantaron y salieron del despacho.

—¡Mamá, mamá! ¿Sabes qué? ¡Mary me ha llevado al prado y he acariciado una oveja! —Cheska estaba extasiada cuando Mary la llevó al salón después de que los adultos hubieran regresado de Monmouth.

—Qué bien.

—Y el granjero me ha dicho que mañana puedo ayudarle a ordeñar las vacas. Pero tendré que levantarme a las cinco de la mañana.

—Pero, cariño, esta tarde volvemos a Londres.

—Oh. —Cheska se quedó cariacontecida.

—Pensaba que querías irte a casa.

—Sí... —Cheska se mordió el labio—. Pero ¿no podríamos quedarnos solo un día más?

—Deberíamos volver, Cheska, en serio. Tenemos una sesión fotográfica el lunes y no puedes tener cara de cansada.

—Solo un día más. Por favor, mamá.

—¿Por qué no os quedáis unos días, querida? Creo que os vendría de maravilla a las dos. Mira el color que ha cogido Cheska. Y David y yo os lo agradeceríamos —intentó convencerla LJ.

Greta estaba sorprendida por el brusco cambio de humor de su hija.

—Siempre que no te pongas remolona a la hora de acostarte, jovencita.

—Te lo prometo, mamá. ¡Gracias! —Cheska corrió junto a ella, la abrazó y la besó en la mejilla.

—Vale, pues está decidido —dijo LJ—. Bien, debo ir a buscar a Mary para darle la buena noticia sobre la Casa del Río y su herencia. Estoy segura de que su prometido y ella se pondrán contentísimos. Él lleva años esperándola. Solo deseo que al final haga lo que Dios manda y se case con él. David, ponme una copa, hijo. ¡Estoy muerta de sed!

Esa noche, Greta se acostó después de comprobar que Cheska dormía plácidamente en la habitación contigua a la suya. Había decidido que no era prudente volver a acostarla en el cuarto de los niños después de lo que había sucedido.

Luego abrió la carta de Owen.

*Marchmont
Monmouthshire
2 de mayo de 1956*

Mi querida Greta:

Escribo esta carta sabiendo que solo la leerás cuando yo haya muerto, lo cual, si lo piensas, es bastante extraño. No obstante, ahora sabes lo que dice mi testamento y creo que te debo una explicación.

He dejado Marchmont a Laura-Jane no solo porque ella adora la hacienda, sino también porque se lo debía a ella y a David. Después de pensarlo mucho, he decidido que, aunque te la hubiera dejado a ti, habría sido una carga más que una alegría y casi seguro que la venderías, lo que me partiría el corazón. Y también a Laura-Jane.

Sé que no lo tuviste fácil mientras viviste aquí y eso se debe en parte a mi conducta imperdonable de

los últimos años, la cual lamento sinceramente. Yo era un hombre débil y tú te viste atrapada en algo que había ocurrido hacía muchos años. Espero que seas capaz de perdonarme y que eso te permita considerar Marchmont un refugio, un respiro tanto para ti como para Cheska de la ajetreada vida que lleváis en Londres.

Debes tener claro que os tenía mucho cariño a ti y a tus hijos, aunque no fueran míos. Tú, Jonny y Cheska me hicisteis revivir, por lo que estoy profundamente agradecido. Siento que mi dolor por la muerte de Jonny pusiera fin a esa época. No estuve a tu lado para apoyarte y reconozco que fui egoísta.

Por favor, dile a Cheska que la quería como si fuera mía. Mary me ha dicho que la vio en el cine en una película y que se ha hecho bastante famosa. Estoy orgulloso de haber sido su padre de hecho, aunque solo fuera por poco tiempo. Lo único que me consuela mientras yazco aquí esperando la muerte es que pronto veré a mi querido Jonny.

Os deseo una vida larga y feliz a las dos,

OWEN

Greta volvió a guardar la carta en el sobre y la metió en su bolso. Sintió que la inundaba un torrente de emociones, pero las apartó con firmeza. Max, Owen, James... todos formaban parte de su pasado. No podía permitir que influyeran en su presente.

Cheska estaba tumbada boca arriba bajo un roble, mirando las grandes ramas que pendían sobre ella, recortadas contra un impecable cielo azul. Suspiró satisfecha. Los estudios cinematográficos parecían estar muy lejos, allí no había nadie que la reconociera y, por primera vez en su corta vida, o eso le parecía, podía estar completamente sola y ser libre. En Marchmont se sentía segura. No había vuelto a tener la pesadilla desde que se había ido del cuarto de los niños tras la primera noche.

Se incorporó y miró a lo lejos. Vio que su madre y el tío David estaban comiendo en la terraza. Ya llevaban una semana en la hacienda, gracias a sus continuas súplicas para que se quedaran más tiempo. Volvió a tumbarse y pensó en qué maravilloso sería que su madre y el tío David se enamoraran, se casaran y vivieran allí para siempre. En ese caso, ella podría ayudar a ordeñar las vacas todas las mañanas, desayunar en la cocina con Mary e ir a la escuela del pueblo con otros niños.

Pero era un sueño. Cheska sabía que al día siguiente su madre y ella tendrían que regresar a Londres.

Se levantó, se aseguró una vez más de que su madre no la estaba buscando y se alejó en dirección al bosque, con las manos en los bolsillos de su nuevo peto. Escuchó el canto de los pájaros y se preguntó por qué le parecía mucho más dulce que el canto de los pájaros de Londres.

Andar entre los altos árboles le recordó el decorado de *Hansel y Gretel*, una película que había protagonizado el año anterior y que, según su madre, había sido un gran éxito navideño. Cuando se hubo internado más en el bosque, se preguntó si habría una bruja malvada en una casita de chocolate esperando para comérsela, pero cuando llegó a un frondoso claro, lo único que vio fue un bonito

abetito, con una piedra debajo.

Cuando se acercó, se dio cuenta de que era una lápida y se estremeció al pensar en la persona que yacía bajo tierra. Se arrodilló delante de ella. La inscripción estaba grabada en oro en letra muy clara.

JONATHAN (JONNY) MARCHMONT

Querido hijo de Owen y Greta
Hermano de Francesca

NACIDO EL 2 DE JUNIO DE 1946
FALLECIDO EL 6 DE JUNIO DE 1949

Que Dios guíe los pasos de su angelito hasta el Cielo.

Cheska sofocó un grito.

Jonny...

Le vinieron a la cabeza recuerdos fugaces que no logró retener.

Jonny... Jonny...

Entonces oyó que alguien susurraba.

«Cheska, Cheska...»

Era la voz del niño de su sueño. El niño muerto que yacía en el ataúd. El que había ido a buscarla al cuarto de los niños la primera noche.

«Cheska, Cheska... ven a jugar conmigo.»

—¡No!

Cheska se levantó, se tapó los oídos con ambas manos y echó a correr con todas sus fuerzas para salir del bosque.

—Greta, como esta es tu última noche, había pensado llevarte a cenar a Monmouth —sugirió David mientras estaban sentados en la terraza tomando café.

—Pues... ¡Dios mío, parece que a Cheska la persiga una jauría de perros! —Greta dejó de prestarle atención cuando vio a su hija corriendo hacia ellos.

La niña llegó, sin aliento, y se arrojó en sus brazos.

—¿Qué pasa, cariño?

Cheska alzó la cara para mirarla y negó firmemente con la cabeza.

—Nada. Estoy bien. Lo siento, mamá. ¿Puedo ir a ver a Mary a la cocina? Ha dicho que puedo ayudarla a preparar un pastel para que nos lo llevemos a Londres.

—Sí, claro. ¿Cheska?

—¿Sí, mamá?

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, mamá. —La niña asintió y entró en la mansión.

El interior del Griffin Arms estaba bañado de la suave luz de las velas cuando David y Greta entraron en el restaurante. Los acompañaron a una íntima mesa rinconera bajo el viejo techo de vigas, servida con relucientes cubiertos de plata y delicadas copas de cristal.

—Señor, señora, ¿les traigo algo de beber? —preguntó el *maître*.

—Sí, una botella de su mejor champán, por favor —respondió David.

—Muy bien, señor —dijo él, dándoles las cartas—. Les recomiendo los langostinos, pescados hoy mismo, y también el cordero galés. Y permítame decirle, señor, cuánto me gustó su última película.

—Gracias. Es usted muy amable —respondió David, incómodo, como siempre, de que lo hubieran reconocido.

Después de pedir las sugerencias del *maître*, esperaron bebiendo champán y charlando sobre LJ y Marchmont.

—Es una pena que Cheska tenga que volver a Londres mañana. Parece que haya florecido en estos días —comentó David.

—Sí, estoy segura de que le ha venido bien, pero no podemos defraudar a su público, ¿no?

—Supongo que no —murmuró David, esperando que el comentario de Greta fuera irónico, pero dándose cuenta de que probablemente no lo era—. Ah, por cierto, esta mañana he leído en el *Telegraph* que Marilyn Monroe y Arthur Miller se han casado. Vienen a Londres en avión, ya que ella está rodando una película con Larry Olivier.

—¿En serio? Hacen una pareja extraña —dijo Greta en el momento en que el camarero llegaba con los langostinos—. Todo el mundo parece estar casándose ahora mismo. ¿Viste la boda de Grace Kelly y el príncipe Rainiero en televisión

hace unos meses? Cheska estaba fascinada.

Durante la cena David estuvo tan nervioso que perdió su buen apetito habitual y apenas tocó la comida; ni tan siquiera pidió postre. Greta tomó fresas naturales mientras David se acababa el champán. Cuando pidió el café y dos coñacs, se dio cuenta de que se le acababa el tiempo. Era ahora o nunca.

—Greta, yo... Bueno, quiero preguntarte una cosa.

—De acuerdo. ¿Qué pasa? —Ella le sonrió con curiosidad.

—El caso es...

David había ensayado mentalmente montones de veces las pocas frases que seguían, pero ahora que tenía que decirlas en voz alta, no recordaba una sola palabra.

—Bueno, el caso es... que... te quiero, Greta. Siempre te he querido y siempre te querré. Nunca habrá nadie más para mí. ¿Considerarías...?, es decir, ¿podrías... considerar la posibilidad de casarte conmigo?

Greta lo miró atónita, fijándose en su expresión seria y las mejillas arboladas. Vio que sus bondadosos ojos estaban preñados de esperanza. Tragó saliva y sacó un cigarrillo. David era su mejor amigo. Sí, lo quería muchísimo, pero no como a él le habría gustado. Se había jurado que no volvería a querer de ese modo nunca más.

—El caso es, Greta —continuó él, titubeando—, que creo que tú necesitas una persona que cuide de ti. Y Cheska necesita un padre. Tu verdadero hogar es Marchmont, ¿y no ves que, si nos casáramos, Marchmont sería nuestro un día, lo que, en cierto modo, arreglaría las cosas? Por supuesto, no tendríamos que vivir en la hacienda ahora mismo. Podríais vivir conmigo en Hampstead y...

David se interrumpió cuando Greta alzó la palma de la mano.

—Para, David, por favor, para. ¡Oh, casi no lo puedo soportar! —Enterró la cabeza entre las manos y se puso a llorar.

—Greta, por favor, no llores. Lo último que quiero es disgustarte.

—David, querido David. —Al final, Greta lo miró y se enjugó las lágrimas con el pañuelo que él le ofrecía. Sabía que cualquier cosa que le dijera a continuación le haría muchísimo daño—. Deja que intente explicarme. Cuando conocí a Max hace muchos años y él me dejó embarazada, yo era lo bastante joven para rehacerme, con tu ayuda, y empezar de nuevo. Vine a Marchmont y me casé con Owen, solo porque estaba sola, asustada y a punto de ser madre.

Necesitaba seguridad y, durante un tiempo, Owen me la dio. Pero duró poco, y depender de Owen casi nos destruyó tanto a Cheska como a mí. Nos marchamos, volvimos a Londres y yo me enamoré de mi jefe, que era un hombre casado. Puede que, después de los años que pasé con Owen, necesitara un poco de romanticismo, de satisfacción física. —Greta se ruborizó por sus propias palabras—. Owen y yo nunca consumamos nuestra unión, ¿sabes? Además, James, así se llamaba, hablaba de dejar a su esposa por mí y yo fui tan estúpida como para empezar a creerle. Pero su mujer descubrió nuestra aventura y me di cuenta de que era un hombre débil y egoísta que jamás había merecido mi amor. Para colmo, perdí mi trabajo. De hecho, pasó justo el día que volvimos a vernos delante del Windmill.

—Entiendo —dijo David, esforzándose por asimilar todo lo que Greta acababa de contarle.

—En fin —Greta se interrumpió y frunció el ceño para concentrarse—, fue después de lo que pasó con James cuando me hice una promesa: jamás volvería a permitirme estrechar lazos con un hombre, al menos en el plano sentimental. Lo único que siempre han hecho es causarme dolor y sufrimiento. Confié en ellos para que me dieran lo que yo creía que necesitaba. Y en estos últimos seis años he sido más feliz que nunca en algunos aspectos. Mi vida es Cheska, y en mi corazón no hay sitio para un marido.

—Entiendo.

—Debes saber que te quiero muchísimo, David, más que a nadie en el mundo aparte de Cheska, pero no podría casarme contigo. Me preocuparía que las cosas fueran mal, y además... —Greta negó con la cabeza—, creo que ya no sé querer de ese modo. ¿Lo comprendes?

—Comprendo que te han hecho mucho daño, pero yo nunca te lo he hecho. Te quiero, Greta. Debes creerme.

—Sí, David, te creo. Te has portado maravillosamente bien conmigo. Pero estaría mal que yo aceptara tu propuesta, porque tengo el corazón cerrado, encallecido, supongo. Y no creo que eso cambie nunca.

—Dices que tu vida es Cheska. Un día, ella también tendrá su propia vida. ¿Qué harás entonces? —preguntó David en voz baja.

—Cheska siempre me necesitará —respondió Greta con firmeza—. David —dulcificó la voz—, tu proposición de matrimonio me desconcierta. No tenía la

menor idea de lo que sentías. Y si yo quisiera casarme, serías el único hombre con el que me lo plantearía. Pero no quiero. Y, por desgracia, no querré nunca.

David se quedó callado y desolado. No parecía que seguir hablando del tema tuviera mucho sentido. Sus sueños estaban hechos pedazos y no tendría una segunda oportunidad.

—Debería haberme casado contigo hace muchos años cuando estabas embarazada.

—No. ¿Es que no lo ves, David? Tenemos algo mucho mejor que el matrimonio. Somos amigos. Solo espero que no desaparezcas después de esta noche. No lo harás, ¿verdad?

David le tomó la mano por encima de la mesa, deseando que hubiera sido para ponerle el anillo que llevaba en el bolsillo, y esbozó una sonrisa triste.

—Claro que no, Greta.

Poco después, los dos salieron del restaurante y se dirigieron al coche en silencio.

A LJ le pareció oír voces en la primera planta. Salió de la biblioteca, donde estaba consultando los libros de contabilidad de Marchmont, y subió para mirar en la habitación de Cheska. La cama estaba vacía. Llamó a la puerta del baño, la abrió y vio que estaba a oscuras. Apretando el paso, miró en la habitación de Greta y en las otras habitaciones del pasillo hasta llegar al cuarto de los niños. La puerta estaba cerrada, pero dentro oyó unas risas agudas. Abrió la puerta despacio.

Contuvo el aliento y se tapó la boca con una mano.

Cheska estaba sentada en el suelo, de espaldas a la puerta. Parecía estar hablando con alguien cuando, de repente, arrancó la cabeza a un viejo oso de peluche y empezó a sacarle el relleno. Le retorció el brazo hasta separárselo del cuerpo. Después cogió la cabeza y se puso a tirar de los botones que tenía por ojos. Una vez hubo logrado arrancarle uno, metió el dedo en el agujero que había dejado y comenzó a reírse. Era una risa escalofriante.

LJ se quedó mirando la escena de pie, horrorizada de ver tanta violencia en una niña. Al final entró sin hacer ruido y se colocó delante de ella. Cheska no pareció darse cuenta. Seguía intentando arrancar el otro ojo al oso y murmuraba

para sus adentros.

LJ vio que tenía los ojos vidriosos. Parecía que estuviera en una especie de trance. Se agachó.

—Cheska —susurró—. ¡Cheska!

La niña dio un respingo, alzó la vista y sus ojos recuperaron su transparencia.

—¿Es hora de irse a la cama, mamá? —preguntó.

—No soy mamá, soy la tía LJ. ¿Qué le has hecho al pobre oso de peluche?

—Creo que quiero irme a la cama. Estoy cansada, y mi amigo también. Él también se va a la cama.

Soltó lo que quedaba del oso y alargó las manos hacia LJ, quien, con esfuerzo, la aupó en brazos. Cheska apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos de inmediato. LJ salió al pasillo y la acostó en su habitación. La niña seguía dormida cuando salió y cerró la puerta.

LJ regresó al cuarto de los niños y recogió con desagrado los trozos de relleno y tela del que había sido un entrañable juguete. Bajó los restos a la cocina y los tiró al cubo de la basura.

Fue a sentarse en la biblioteca, rezando para que Greta aceptara la proposición de matrimonio de su hijo. Cuando David le había dicho que por fin iba a armarse de valor para pedírselo, LJ le había entregado el anillo de compromiso que Robin le había regalado a ella. Era una reliquia familiar y le parecía justo que el siguiente Marchmont varón se lo regalara a su prometida.

Aunque Greta nunca sería la mujer que ella habría elegido para su hijo, no le cabía duda de que David la quería y necesitaba una esposa. Y Cheska no solo necesitaba un padre, sino tener una cierta normalidad en su mundo extraño y artificial. Y, después de lo que acababa de presenciar, quizá también ayuda psicológica.

Más tarde oyó abrirse la puerta de la mansión. David entró en la biblioteca y ella se levantó, escrutándole el rostro con preocupación. Fue junto a él y lo abrazó.

—Lo siento mucho, hijo.

—Bueno, al menos se lo he pedido. Era lo único que podía hacer.

—¿Dónde está Greta?

—Se ha ido a la cama. Ella y Cheska se marchan mañana a primera hora.

—Quería comentarle a Greta una cosa que he visto hacer a Cheska mientras

estabais cenando.

—Si esa niña ha hecho alguna travesura, bravo. Es hora de que empiece a tener voluntad propia —respondió David—. No le digas nada a Greta, mamá. De todas formas, no te creerá, y solo generará tensión.

—Ha sido una cosa extraña más que una travesura. Para serte sincera, creo que podría estar un poco perturbada.

—Como tú dijiste, Cheska solo necesita comportarse a veces como una niña normal. Casi todos los niños hacen cosas extrañas de vez en cuando. Déjalo, ¿lo harás por mí? Quiero que Greta vuelva a Marchmont, y criticar a su adorada hija podría ser contraproducente.

—Si insistes —dijo LJ con un suspiro.

—Gracias, mamá.

—Hay más mujeres en el mundo, lo sabes, ¿no?

—Quizá. Pero ninguna es como Greta. —David la besó con dulzura en la frente—. Buenas noches, mamá.

El cambio de Cheska fue tan lento y sutil que, poco antes de que cumpliera trece años, Greta no podía determinar con exactitud cuándo había empezado. En los dos años y medio que habían transcurrido desde la muerte de Owen, Greta había visto cómo su hija dejaba poco a poco de ser una niña alegre para convertirse en una persona introvertida y hosca que solo sonreía para la cámara.

Cheska se había distanciado de Greta, ya no respondía a sus abrazos y apenas le mostraba afecto. A veces, en plena noche, la oía hablando sola y gimoteando. Se acercaba a su puerta sin hacer ruido y la abría. Cheska se movía un poco, se daba la vuelta y se callaba. En numerosas ocasiones, Greta le preguntaba si todo iba bien, si había alguna cosa de la que quisiera hablar con mamá, pero su hija negaba con la cabeza y le decía que no, que ella estaba bien, que era un amigo suyo el que estaba triste. Greta le preguntaba quién era ese amigo, y Cheska se encogía de hombros y no decía nada.

Greta recordaba que ella también había tenido un amigo imaginario de pequeña, para ayudarla a sobrellevar los muchos ratos que pasaba sola por ser hija única. Decidió que solo tenía que esperar a que Cheska se hiciera mayor. La niña estaba sana: comía, dormía, aunque sus ojos ya no tenían la viveza de antes.

Nadie más parecía haber notado el cambio y Greta se alegraba de que Cheska dejara de fruncir el ceño y hablar con monosílabos en cuanto llegaba al estudio.

Físicamente, Cheska también estaba cambiando, y ver su imparable desarrollo había puesto en guardia a Greta. Empezó a insistir en que Cheska llevara camisetas recias y ceñidas que le aplastaban el pecho. Si alguna vez le salía un grano en la nariz o la barbilla, se lo desinfectaba y disimulaba con maquillaje corrector. Eliminó el chocolate y los alimentos grasos de su dieta.

Aunque Leon le había asegurado que no había ninguna razón para que Cheska

no hiciera la transición de estrella infantil a adulta, Greta sabía que cuanto más tiempo pudiera seguir interpretando a niñas inocentes, más le gustaría a su público.

Para celebrar que su hija cumplía trece años, Greta había decidido dar una fiesta en su piso. Invitó a los actores de la última película de Cheska, así como a David, Leon y Charles Day, el principal director en la carrera de su hija. Contrató un servicio de catering y la revista *Movie Week* acudiría a la celebración para hacer unas fotos. Unos días antes, había llevado a Cheska a Harrods para comprarle un vestido de fiesta de raso, que había colgado en su armario junto con su extensa colección.

El día de su cumpleaños, Greta despertó a Cheska llevándole el desayuno a la cama.

—Feliz cumpleaños, cariño. Ten, te he traído zumo de naranja y un pastelito de esos que tanto te gustan, ¡solo por esta vez!

—Gracias, mamá —dijo Cheska, incorporándose.

—¿Te encuentras bien, cariño? Estás muy pálida.

—No he dormido muy bien, eso es todo.

—No te preocupes, esto te animará.

Greta fue a la puerta y cogió algo del pasillo. Regresó a la cabecera, blandiendo una voluminosa caja envuelta en papel de regalo, y la dejó delante de su hija.

—Anda, ábrela —dijo.

Cheska rompió el papel y abrió la caja. Dentro había una muñeca muy grande.

—¿A que es bonita? ¿Reconoces la cara? ¿Y la ropa? La he mandado hacer especialmente.

Cheska asintió sin entusiasmo.

—¡Eres tú, haciendo de Melissa en tu última película! Di al pintor una fotografía tuya para que le pusiera tu cara. Creo que lo ha bordado, ¿verdad?

Cheska se quedó callada mientras miraba la muñeca.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí, mamá. Muchas gracias —respondió maquinalmente.

—Anda, tómate el desayuno. Tengo que salir un momento a recoger una cosa

especial para la fiesta de esta tarde. No tardaré. ¿Por qué no te das un baño cuando termines de desayunar?

Cheska asintió. Cuando oyó cerrarse la puerta del piso, tiró la muñeca al suelo, enterró la cara en la almohada y lloró.

Le hacía muchísima ilusión tener una radio y, pese a las semanas de indirectas, su madre le había regalado una ridícula muñeca, un regalo para una cría. Y ella ya no era una cría, pero parecía que su madre no lo entendiera.

Se incorporó y miró el vestido de raso colgado de la puerta de su armario.

Era un vestido bonito... para una cría.

La voz que había oído por primera vez en Marchmont empezó a susurrarle otra vez en la cabeza.

Greta recogió la tarta de cumpleaños de Fortnum & Mason y la llevó con cuidado al taxi que la esperaba. En el corto trayecto a casa, repasó mentalmente todo lo que tenía que hacer antes de que los invitados empezaran a llegar a las cuatro.

Abrió la puerta del piso, corrió a la cocina y escondió la tarta en un armario.

—¡Cariño! ¡Ya estoy en casa!

No obtuvo respuesta. Greta llamó a la puerta del baño. Era algo en lo que Cheska había empezado a insistir. No había nada que aborreciera más que su madre entrara sin avisar cuando ella estaba desnuda.

—¿Puedo pasar? —Al no obtener respuesta, Greta giró el picaporte. La puerta se abrió y vio que el baño estaba vacío—. ¡Pensaba que ibas a darte un baño! —gritó; salió al pasillo y abrió la puerta de la habitación de Cheska—. Tenemos mucho que hacer antes de que...

Lo que vio le impidió terminar la frase.

Su hija estaba sentada en el suelo, con unas tijeras en la mano, rodeada de un arrugado montón de raso, seda y redecilla. Greta vio que tenía los jirones de su bonito vestido de fiesta nuevo sujetos en la otra mano y seguía cortando la hermosa tela, riéndose para sus adentros.

—¿Qué demonios te crees que haces? —Greta entró resueltamente para encararse con su hija—. ¡Dame las tijeras! ¡Ya!

Cheska la miró sin comprender.

—¡Dame las tijeras! —repitió Greta, y se las arrebató mientras ella seguía mirándola, sin expresión en la cara.

Greta se dejó caer al suelo, con los ojos anegados de lágrimas. Se volvió hacia el armario abierto y vio que estaba vacío. Cuando echó un vistazo alrededor, identificó los vestigios cortados de la que había sido una preciosa colección de vestidos, amontonados junto a la cama.

—¿Por qué, Cheska? ¿Por qué? —preguntó, pero su hija no hizo sino mirarla con la misma expresión vacía. Greta la agarró por los hombros y la zarandéo—. ¡Respóndeme, maldita sea!

El movimiento pareció arrancar a Cheska de su trance. Miró a su madre a los ojos y el miedo inundó los suyos. Luego vio los vestidos destrozados y pareció que solo entonces se daba cuenta de lo que había hecho.

—¿Por qué? ¡Por qué! —Greta siguió zarandeándola.

Cheska rompió a llorar, ahogando horribles sollozos. Se arrojó a los brazos de su madre, pero Greta no la envolvió en los suyos mientras su hija sollozaba contra su pecho.

—Ha sido él, mi amigo. Él me ha dicho que lo hiciera. Lo siento, lo siento, lo siento. —Cheska repitió las palabras sin cesar.

—¿Quién es él? —preguntó Greta.

—No te lo puedo decir. ¡Le prometí que no te lo diría!

—Pero, Cheska, ¿cómo puede ser amigo tuyo si te obliga a hacer cosas como esta?

Ella se limitó a negar con la cabeza y gimió contra el hombro de su madre.

—Me duele mucho la cabeza —dijo, lloriqueando.

—Tranquila, tranquila. Mamá ya no está enfadada. Vamos, cálmate y recojamos este desastre. Tenemos que prepararte para tu fiesta.

Greta corrió a la cocina y regresó con varias bolsas negras de basura en las que empezó a meter los patéticos restos del vestuario de su hija. Tendría que llamar a la tintorería para ver si podían mandarle uno de los otros vestidos de Cheska para que lo llevara puesto en la fiesta.

Mientras recogía el último vestido destrozado del suelo, se le escapó un grito cuando la cabeza de la muñeca que acababa de regalarle para su cumpleaños la miró de hito en hito. Su hija la había arrancado de cuajo y le había cortado el pelo sin miramientos.

Greta vio un brazo asomando por debajo de la cama. Despacio, gateó por la habitación, con lágrimas rodándole por las mejillas, recuperando una a una las extremidades de la muñeca desmembrada. Las metió en una de las bolsas de basura junto con los vestidos cortados y volvió a caer de rodillas, con la cabeza entre las manos.

Sabía que ya no podía seguir cerrando los ojos ante lo que ocurría.
Cheska necesitaba ayuda urgente.

—Dígame, ¿qué opina, doctor? —Nerviosa, Greta se removió en la silla de la lujosa consulta de Harley Street.

—Bueno, la buena noticia es que Cheska tiene una salud física excelente.

—Gracias a Dios —murmuró ella. Había imaginado toda clase de horribles enfermedades mientras esperaba a que el médico terminara de reconocer a su hija.

—No obstante, yo diría que su... estado psicológico no es tan bueno ahora mismo.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, señora Simpson, le he preguntado a su hija por ese amigo imaginario suyo. Me ha dicho que le habla a todas horas, sobre todo por la noche. Según parece, él es quien le pide que haga estas... cosas desagradables. También me ha dicho que tiene pesadillas recurrentes y dolores de cabeza.

—Sí —dijo Greta con impaciencia—, pero ¿qué es lo que le causa estos problemas?

—Podría ser, señora Simpson, que su imaginación le esté jugando una mala pasada por la vida tan estresante que lleva. Al fin y al cabo, está en el candelero desde que tenía cuatro años. Sin embargo, después de hablar con ella y de escuchar lo que usted me ha explicado, también hay indicios de que su hija podría padecer una enfermedad llamada esquizofrenia. Así que voy a remitirla a un psiquiatra que pueda valorarla como es debido.

—¡Dios mío! —Greta ya había oído el término y conocía su significado—. ¿Me está diciendo que podría estar loca?

—La esquizofrenia es una enfermedad, señora Simpson. En nuestra época no la denominamos locura —le advirtió el médico—. Además, debe visitarla un

profesional antes de confirmar cualquier posible diagnóstico. Recuerde que Cheska también está entrando en la pubertad, un periodo difícil para cualquier niña. No obstante, lo que sí le recomendaría sin dudar es que le permita tomarse unas vacaciones. Llévela a algún sitio tranquilo durante unos meses. Dele tiempo para relajarse y madurar alejada de la atención pública.

—Pero, doctor, Cheska acaba de firmar un nuevo contrato para dos películas. El rodaje de la primera empieza en un par de semanas. Sencillamente, no puede tomarse unos meses de vacaciones. Además, le encanta. Es nuestra... su vida.

—Señora Simpson, usted me paga para recomendar un tratamiento adecuado, y esto es lo que le aconsejo. Voy a llamar a mi colega y a pedirle que las vea de inmediato. Entretanto, le recetaré unos tranquilizantes suaves. Solo debe tomarlos si Cheska parece especialmente angustiada. La calmarán, pero no deberían afectar a su capacidad de funcionar con normalidad.

—¿De verdad cree que debería ver a un psiquiatra? —preguntó Greta—. Como ha dicho, puede que esta conducta solo se deba a que está madurando y trabajando demasiado.

—Sí. Es posible que Cheska necesite más medicación, como la clorpromazina, y es mejor prevenir que curar. Aquí tiene la receta de los tranquilizantes. —El médico se la dio—. ¿Quiere que explique a Cheska lo que acabo de decirle?

—No, gracias, doctor. Se lo diré yo —se apresuró a responder Greta.

—De acuerdo. Y recuerde, señora Simpson, que, hasta que Cheska vea al psiquiatra, el reposo absoluto es prioritario. La llamaré cuando haya confirmado la cita.

—Sí. Gracias, doctor. Adiós.

Greta salió de la consulta y recogió a Cheska, que estaba aún más pálida que de costumbre. En Harley Street, Greta paró un taxi.

—¿Qué ha dicho el médico que me pasa, mamá? —preguntó Cheska en voz baja camino de casa.

Greta le apretó la mano.

—Nada en absoluto, cariño. Dice que tienes una salud excelente.

—Pero ¿y mis dolores de cabeza? ¿Y los... sueños extraños?

—El médico dice que has estado trabajando demasiado, eso es todo. No hay de qué preocuparse. Me ha dado una receta de unas pastillas que te ayudarán a relajarte. También ha dicho que te vendrían bien unas vacaciones. Así que he

pensado que podríamos pasar un par de semanas en Marchmont.

A Cheska se le iluminó la cara.

—¡Oh, me encantaría! ¿Estará el tío David?

—Lo dudo, pero podemos estar con la tía LJ y Mary, y tú podrás descansar y prepararte para empezar el rodaje de tu nueva película.

—Sí, mamá.

Greta miró a su hija con el rabillo del ojo y sintió alivio al verle un brillo en los ojos que no tenía desde hacía días.

Esa noche, después de dar a Cheska una pastilla y acostarla, Greta se sentó en el salón con un whisky corto. El médico había telefonado para confirmar que Cheska tenía visita con el psiquiatra dentro de dos días. Greta le había dado las gracias y le había asegurado que acudirían. No obstante, ya había decidido llevársela a Marchmont al día siguiente y esperar a ver cómo se encontraba después de las vacaciones. Aplazar la próxima película no era una opción, aunque el contrato lo permitiera. El dicho «ojos que no ven, corazón que no siente» se cumplía en el caso del público cinéfilo, sobre todo en ese momento de transición a la adolescencia de la carrera de Cheska. Cualquier ausencia prolongada de la pantalla acabaría con ella.

En lo que respectaba a que Cheska fuera esquizofrénica... —lo cual, en su opinión, continuaba siendo lo mismo que estar loca, dijera lo que dijera el médico—, bueno, la idea misma era absurda. Su hija era perfecta: brillante, hermosa, una gran estrella...

La pobrecilla necesitaba un descanso, nada más. Y Greta se aseguraría de que lo tuviera.

Cheska regresó de sus dos semanas de vacaciones en Marchmont más calmada, renovada y tomando dos tranquilizantes diarios. Aunque parecía un poco más callada de lo normal, ya no tenía dolores de cabeza ni pesadillas. Greta llamó al médico de Harley Street para pedirle otra receta de tranquilizantes. Él se negó a extenderla hasta que Cheska hubiera ido al psiquiatra. Greta le explicó que, después de pasar dos semanas de vacaciones, su hija parecía haber mejorado mucho y no quería alterarla con más exploraciones. El doctor se mantuvo firme,

arguyendo que los tranquilizantes, por suaves que fueran, solo eran una medida transitoria y no deberían administrarse durante un periodo prolongado. Irritada, Greta llamó a su médico de cabecera y pidió hora. Esa misma semana fue a su consulta y le dijo que estaba estresada y ansiosa. Le pidió que le prescribiera los mismos tranquilizantes que tomaba Cheska, aduciendo que un amigo se los había recomendado. El médico le extendió la receta de inmediato, sin hacer preguntas.

Una semana después, Cheska estaba en el rodaje de su nueva película. Greta le aumentó la medicación a tres pastillas diarias.

Cheska estaba sentada en su camerino leyendo un artículo sobre Bobby Cross, la última sensación del pop británico. Lo prefería a Cliff Richard, aunque, desde que se había comprado el gramófono, «Living Doll» era casi la única canción que ponía. Tocó la fotografía de la cara de Bobby con aire ensoñador y se preguntó si alguna vez lograría convencer a su madre para que la dejara ir a uno de sus conciertos.

Dejó la revista con un suspiro y alargó la mano hacia el alto montón de cartas de admiradores que Greta le había dejado para que les echara un vistazo. Sacó una al azar y la leyó.

*5 Saint Benet's Road
Longmeadow
Cheshire*

Estimada señorita Hammond:

Le escribo para decirle cuánto me gustó su película *La niña perdida*. Me hizo reír y llorar, y creo que es usted la estrella de cine más bella y brillante de la gran pantalla. Lo mejor de todo es que me gustó que la película tuviera un final feliz y usted encontrara al padre que había perdido hacía tanto tiempo.

Por favor, mándeme una fotografía firmada.

La saluda atentamente,

MIRIAM MAVERLY (53 años)

Cheska dejó la carta y se miró en el espejo. Las cosas iban mejor desde que había empezado a tomar las pastillas. Los dolores de cabeza y la voz que la perseguía en sueños y le ordenaba cometer maldades habían cesado.

Sin embargo, ahora no sentía nada. Era casi como si no fuera real y solo estuviera haciéndose pasar por una persona de carne y hueso. Se sentía tan adormecida por dentro que tenía la sensación de que lo miraba todo, incluso a sí misma, desde lejos.

Se tocó la mejilla, notó su calor y, de algún modo, eso la reconfortó.

Suspiró hondo. Tenía millares de admiradores y una brillante carrera que le brindaba privilegios con los que otros solo soñaban. La mayoría de la gente se pasaba la vida intentando conseguir lo que ella tenía desde los cuatro años. No obstante, a sus trece años, se sentía más vieja que Matusalén. Nada parecía tener sentido.

Llamaron a la puerta.

—Ya están listos para usted, señorita Hammond.

—Voy enseguida.

Se levantó, dispuesta a encarar una hora de ilusión que le parecía mucho más real que su propia existencia. Cuando salió del camerino, se preguntó si su propia vida tendría un final feliz.

Leon hizo pasar a Greta y a Cheska a su despacho y las besó con cariño.

—Tenéis las dos un buen aspecto. Sentaos y poneos cómodas. Bien, Cheska, sabes que tu madre y yo hemos hablado mucho en estos dos últimos meses sobre qué nuevo enfoque dar a tu carrera. Y ambos estamos de acuerdo en que, ahora que has alcanzado la estupenda edad de quince años, tenemos que cambiar la imagen que el público tiene de ti.

—Sí, Leon —respondió Cheska con voz de aburrimiento.

—Como sabes, el paso de actriz infantil a estrella adulta puede ser complicado, pero creo que Rainbow Pictures ha encontrado el vehículo ideal para ayudarte a darlo.

Leon volvió a sonreír y le pasó un guion por encima de la mesa. Cheska lo cogió y leyó el título. *Señor, esto mío es amor*. Su madre se lo arrebató antes de que tuviera tiempo de desplegar la primera página.

Greta fulminó a Leon con la mirada.

—Creía que habíamos acordado que yo tenía que aprobar los guiones antes.

—Perdona, Greta, pero este me llegó anoche.

—¿De quién es? —espetó ella.

—De Peter Booth. Un guionista nuevo del que Rainbow Pictures espera mucho.

—¿Cheska sería la protagonista?

—Por supuesto —le aseguró Leon—. Y la buena noticia es que Charles cree que ha fichado a Bobby Cross, el cantante pop, para que aparezca junto a ella. Sería su primera película.

—Pero ¿Cheska seguiría encabezando el reparto?

—Como mínimo, estoy seguro de que podríamos arreglarlo para que lo

encabece con Bobby —respondió Leon con tacto—. El caso es, Greta, que con esta película atraerá montones de nuevos admiradores. Todas las adolescentes irán a ver a Bobby Cross, y sus novios se enamorarán de Cheska. Es un guion estupendo, completamente distinto a todo lo que ha hecho hasta ahora. Y, además, darás tu primer beso en la gran pantalla —añadió Leon, guiñando un ojo a su representada.

—¿Te refieres que tendría que besar a Bobby Cross? —Cheska se ruborizó y los ojos se le iluminaron.

—Sí, más de una vez, creo.

—Leon, aquí hay un taco. Esto tendrán que quitarlo —dijo Greta, hojeando el guion.

—Greta, estamos en 1961. Tienes que entender que el mundo está cambiando, y los que hacemos cine tenemos que reflejar ese cambio. *Un sabor a miel*, con Rita Tushingham embarazada sin haber pasado por el altar, se estrena en solo unas semanas y...

—¡En serio, Leon! Delante de Cheska no.

—Vale, vale. Perdona, pero lo que estoy intentando decir es que las adolescentes ya no están pegadas a las faldas de sus madres ni se quedan en casa aprendiendo a cocinar hasta que aparece el marido adecuado. El año que viene, MGM estrenará la versión cinematográfica de *Lolita*, y Alan Bates protagonizará *Esa clase de amor*. Rainbow Pictures no quiere perder el tren. Los jóvenes son los que ahora llenan los cines. Los melodramas, las películas bélicas y los dramas de época han pasado a la historia. Los jóvenes quieren identificarse con lo que ven en la gran pantalla.

—Gracias por el sermón, Leon —dijo Greta—. Soy plenamente consciente de cómo está cambiando todo. Todavía no chocheo. Dime, ¿de qué trata la película?

—Trata de una colegiala adolescente que se enamora de su joven y apuesto profesor de música. Se fugan juntos y el profesor monta un grupo de música. Entretanto, las autoridades los persiguen por todo el país...

—Qué estupidez, ¡Cheska solo tiene quince años! —lo interrumpió Greta furibunda.

—Cálmate, Greta. El personaje de la película tiene dieciséis años, y para cuando se estrene el próximo verano Cheska también los tendrá. Además, el tema puede parecer un poco arriesgado, pero, aparte de algún beso, no hay más...

contacto físico. Es, básicamente, una película divertida, alegre, con toda la música compuesta por Bobby Cross. Se rodaría en exteriores, para darle ese toque de realidad que está tan de moda ahora.

—Tiene muy buena pinta, ¿verdad, mamá? —dijo Cheska con entusiasmo, y bastante a la desesperada.

—Me llevaré el guion a casa y lo leeré, Cheska, y luego decidiremos —respondió Greta tajante.

—Bueno, no tardes demasiado. Como tú y yo sabemos, la carrera de Cheska está en un punto crítico. Hay muchas otras chicas guapas que el estudio ha fichado.

—Pero ninguna con el montón de admiradores que tiene ella. Eso es lo que llena las salas de cine —le recordó Greta—. Vamos, Cheska, tenemos que irnos a casa. —Se levantó e indicó a su hija que hiciera lo mismo.

—Adiós, cariño.

—Adiós, Leon —respondió Cheska con tristeza cuando salió del despacho detrás de su madre.

Una vez se hubieron marchado, Leon se recostó en la silla y pensó en cómo había ido la reunión. Siempre había admirado a Greta por el tesón con el que había encaminado a Cheska hacia el éxito. Pero últimamente se había vuelto cada vez más dominante. Cheska era muy famosa, sin duda, pero la mayoría de sus admiradores pertenecían a la generación anterior. Ya no era una niña, por lo que había perdido la inocencia innata que la había convertido en una actriz infantil tan célebre. Su última película había tenido menos ingresos en taquilla que la anterior, y hacía nueve meses que no le ofrecían un guion. Cheska tenía que convencer a Rainbow Pictures y a un público completamente nuevo de que aún valía la pena pagar para verla como actriz adulta. Sencillamente, Greta tenía que darse cuenta de que el equilibrio de poder había cambiado y ya no podía seguir llevando la voz cantante.

Al menos, Leon estaba aliviado de que Cheska estuviera dejando de ser una dulce niñita para convertirse en una hermosa joven. Su delgadez extrema, combinada con sus largos cabellos rubios y exquisitas facciones, haría que cualquier joven con espinillas se pasara semanas babeando por ella. El futuro de Cheska residía en su capacidad para hacerse mayor y excitar a la población masculina.

Leon no tenía claro que su madre fuera a permitirlo.

—Por favor, mamá. ¡Me encanta el guion! ¡Me parece guay!

—No utilices una palabra tan ridícula, Cheska.

Estaban sentadas a la mesa desayunando. Cheska había leído el guion en la cama la noche anterior. Se había pasado las pocas horas que había dormido soñando que besaba a Bobby Cross. Por primera vez en años, estaba ilusionada.

—No sé, Cheska. Yo también lo he leído, y no creo que tus admiradores quieran verte con faldas cortas y pestañas postizas.

—Pero, madre, ya no puedo interpretar papeles de niñas. Soy demasiado mayor: hasta los críticos han empezado a decirlo.

—Sí, pero quizá deberíamos echar un vistazo a otros guiones antes de decidimos. Por el amor de Dios, ¡hay una escena en la que tu personaje sale de su habitación en ropa interior!

—¿Y qué? No me avergüenzo de mi cuerpo. Es más natural ir desnudo que llevar ropa, ¿sabes? —añadió Cheska, citando textualmente un artículo que había leído hacía poco en una revista.

—¡Cheska, por favor! ¡Puedes creer que ya eres adulta, pero aún no tienes dieciséis años y mi opinión todavía cuenta para algo!

—¡Madre, hay chicas no mucho mayores que yo que viven solas en pisos, que tienen novios y hacen... otras cosas!

—¿Y qué sabes tú de novios, jovencita?

—¡Lo único que sé es que otras chicas los tienen y que yo quiero hacer la película! —Cheska se levantó de la mesa, fue a su habitación y cerró de un portazo.

Greta tomó nota mental de que debía llamar al médico para que le recetara más tranquilizantes. Luego descolgó el teléfono y marcó el número de Leon.

—Hola, Leon, soy Greta. He leído el guion y estoy preocupada. Quiero que eliminen las escenas con poca ropa y el argot. Entonces nos lo plantearemos.

—No es posible, Greta. O Cheska acepta el papel tal como está, o lo hace otra.

—Pues entonces tampoco es posible por nuestra parte. ¿No puedes buscarle otros guiones?

—Greta, necesito que lo entiendas: por lo que al estudio respecta, es esto o

nada. ¿Les digo que deberían empezar a hacer pruebas de cámara a otras chicas para el papel?

Greta guardó silencio. Estaba contra las cuerdas y lo sabía.

—¿Y Cheska? —le preguntó Leon—. ¿Ella quiere?

—Sí, pero con muchas reservas.

«Y un cuerno», pensó Leon. Había visto la mirada ilusionada de la chica cuando él había mencionado a Bobby Cross.

—Bueno, déjame llamar a Charles y decirle que Cheska acepta antes de que él pierda la paciencia y escoja a otra. Podemos concretar los detalles más adelante. Vamos, Greta —suplicó—. Llevamos mucho tiempo trabajando juntos, y debes ver que es una oportunidad de oro para ella.

Hubo un largo silencio al teléfono.

—De acuerdo.

—¡Estupendo! No lo lamentarás, te lo prometo.

«Espero que tengas razón», murmuró Greta para sus adentros al colgar el teléfono; luego fue a dar la noticia a Cheska.

Hacía mucho tiempo que no veía la cara de felicidad que puso su hija.

—Gracias, mamá. Sé que esto es lo correcto. ¡Estoy muy contenta!

Y eso, al menos, alegró a Greta.

—Vale, ya está. —La maquilladora quitó a Cheska el pañuelo de papel que llevaba alrededor del cuello—. Estarán listos para ti en unos quince minutos. ¿Te apetece un café?

—No, gracias.

Cheska se miró en el espejo, que estaba apoyado contra una pared encima de un pupitre. La maquilladora le había extendido base de maquillaje en la cara y le había perfilado los párpados de negro. Además, le había puesto pestañas postizas y sombra azul para realzarle los grandes ojos. También le había pintado los labios de un tono rosa que le resaltaba la nacarada dentadura blanca. Se notaba la cabeza extrañamente liviana, acostumbrada como estaba a su pelo largo, que le habían cortado en un peinado estilo paje y le llegaba justo por encima de los hombros en una dorada aureola.

Vestía un tradicional uniforme escolar de chaqueta, camisa y corbata, pero el

bajo de la falda plisada le quedaba unos diez centímetros por encima de las rodillas, con lo que enseñaba las largas piernas hasta los pies enfundados en calcetines cortos y zapatos.

Cheska soltó una risita. A su madre le daría un síncope cuando la viera. Pero le traía sin cuidado. Se sentía fenomenal.

La regidora entró en el aula para acompañarla al rodaje.

—Estás increíble, Cheska. —Sonrió—. Me cuesta creer que seas tú.

La joven actriz salió al aireado pasillo detrás de ella y entró en el gran salón de actos.

—¿Sabes qué escena rodamos primero?

—Sí. —Cheska recorrió el salón de actos con la vista, buscando a Bobby Cross—. Es la escena de la reunión escolar, en la que presentan el nuevo profesor de música a los alumnos.

—Exacto. Siéntate aquí, Cheska, y te llamaremos cuando estemos listos.

El salón de actos estaba lleno de chicas que charlaban entre ellas, todas vestidas con el mismo uniforme que Cheska. Todo el mundo se calló de golpe cuando las puertas se abrieron y Bobby Cross entró con Charles Day. Cheska se volvió con el resto de las chicas y contuvo el aliento al verlo por primera vez en persona. Era más guapo en la vida real que en cualquiera de sus fotografías. Llevaba el pelo trigueño peinado en un tupé y tenía los ojos castaños perfilados por largas pestañas rizadas. Su cuerpo delgado, con esas caderas tan celebérrimas por sus movimientos, estaba cubierto por un sobrio traje gris.

—Hola, chicas, ¿qué tal? —gritó Bobby con su insolente acento de barrio obrero, luciendo su famosa sonrisa.

Un suspiro colectivo resonó por todo el salón de actos.

—Ven a conocer a Cheska Hammond, tu coprotagonista —dijo Charles Day.

Cheska se quedó petrificada cuando Bobby se acercó a ella.

—Hola, cariño. Nos vamos a divertir rodando esta película, ¿verdad?

Cheska consiguió asentir y mascullar un «sí».

Notó que las mejillas le ardían cuando Bobby la miró de arriba abajo, empezando por los cortos calcetines y demorándose en la curva de sus pechos. Se volvió hacia Charles Day.

—¡Creo que todos mis sueños se han hecho realidad!

—Hola. Soy la madre de Cheska, Greta Simpson. Encantada de conocerle. —

Greta apartó a Cheska para pasar y ofreció la mano a Bobby con aire majestuoso.

—Hola —respondió Bobby, sin estrechársela—. Nos vemos en el rodaje.

Guiñó un ojo a Cheska y se dio la vuelta para marcharse con Charles.

—¿Va a ser esa bruja la acompañante de la tía más maciza que veo desde hace meses? Me aguará la fiesta —le comentó a Charles Day, lo bastante alto para que las dos lo oyeran.

Greta no se inmutó. Cheska podría haberse derretido, pero sintió placer mezclado con vergüenza.

—Muy bien. —Charles Day dio una palmada—. Pongámonos a trabajar.

—Mamá, a partir de ahora quiero ir sola al estudio. —Cheska, recién salida de la bañera y lista para acostarse, se había reunido con su madre en el salón.

Greta alzó la vista de la revista que estaba leyendo, con expresión pétrea.

—¿Por qué diablos quieres hacer eso?

—Porque tengo casi dieciséis años y ya no necesito acompañante.

—Pero, Cheska, ¡yo he ido siempre contigo! Necesitas tener a alguien a tu lado que resuelva los problemas que puedan surgir, tú lo sabes.

Cheska se sentó a su lado en el sofá y le tomó una mano.

—Mamá, por favor, no pienses que no quiero que vengas, pero ninguna de las otras chicas de la película lleva a su madre... Me siento como si fuera una cría, y la gente se ríe de mí.

—No creo que eso sea en absoluto cierto.

—Pero te has pasado todos estos años cuidando de mí. —Cheska probó con otra táctica—. Y solo tienes treinta y cuatro. Seguro que ahora querrás tener algo de tiempo para ti sola, ¿no? Además —suspiró—, necesito aprender a valerme por mí misma.

—Te agradezco que pienses en mí, pero me encanta ir a los estudios. Es mi vida tanto como la tuya.

—Bueno, ¿te sabría muy mal si pruebo sola durante unos días para ver cómo me va?

—Pero ¿qué ocurrirá cuando ruedes exteriores? Entonces necesitarás a alguien que cuide de ti.

—Quizá. Oh, por favor, déjame probar, mamá. Es muy importante para mí.
Greta vaciló, mirando a Cheska directamente a sus ojos suplicantes.

—Está bien. Si es lo que quieres. Pero solo durante un par de días.

—Gracias, mamá. —Por una vez, Cheska abrazó a su madre—. Me voy a la cama. Mañana será un día largo. Buenas noches.

Le dio un beso en la mejilla y salió del salón.

A las ocho de la mañana siguiente, Greta vio cómo Cheska se marchaba en el coche del estudio. Se dio un baño largo y relajante, y después se entretuvo haciendo las camas y ordenando la cocina, aunque tenían una asistenta que iba tres días a la semana. Se preparó un café y vio que solo eran poco más de las diez. Se lo bebió a sorbos mientras se preguntaba qué podía hacer para ocupar las horas hasta que Cheska regresara. Podía salir de compras, pero la idea de probarse ropa sin su hija no la atraía. Decidió llamar a David y ver si estaba libre para comer.

Aunque había rezado para que su relación no cambiara tras la proposición de matrimonio de David años atrás, irremediablemente lo había hecho. En todo ese tiempo habían mantenido el contacto, pero no se habían visto tan a menudo como antes. David siempre estaba ocupadísimo y muy solicitado; ya tenía su propio programa de noche en la ITV, la nueva cadena de televisión privada, y se había convertido en una persona conocidísima. Aunque le echaba de menos, Greta lo entendía. Tenía que labrarse su propio futuro, conocer a otras mujeres.

Pero ese día lo necesitaba. Descolgó el teléfono y marcó su número. David respondió de inmediato.

—¿Diga?

—David, soy Greta.

—¡Greta! —Su tono era afectuoso—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias.

—¿Y Cheska?

—Está bien. Empezó a rodar su nueva película hace unos días.

—¿En serio? ¿No estás con ella?

—Eh... no, hoy no. Tenía unas cuantas cosas que hacer, así que Cheska me ha dado el día libre. ¿Te apetece que comamos juntos? Tengo que ir al centro para

hacer algunas compras. Podríamos ir al Savoy. Yo invito.

—Oh, Greta, me encantaría, pero tengo otro compromiso, lo siento.

—No te preocupes. ¿La semana que viene, quizá?

—Vaya, lo siento pero tampoco puedo. Ahora mismo estoy muy liado con el programa de televisión, pero me encantaría quedar contigo cuando todo se calme un poco. ¿Puedo llamarte en unos días y quedamos en firme?

—Vale.

—Bien. Siento tener que colgarte, pero el coche del estudio acaba de llegar. Adiós, Greta.

—Sí, adiós, David.

Greta colgó el teléfono, se acercó despacio a la ventana y se quedó mirando la calle. Volvió a consultar su reloj y vio que solo eran las once menos cinco. Sin Cheska, no tenía nada.

Y Greta sabía que la estaba perdiendo.

Cheska pasó las dos semanas siguientes en una nube de amor y confusión.

Casi todas sus escenas eran con Bobby Cross. Él era hablador, muy presumido y la trataba como a una persona adulta. Cheska tenía unas ganas locas de responderle con réplicas ingeniosas, pero la lengua se le trababa siempre que estaban juntos esperando a rodar una toma. A diferencia de las otras chicas, que le hacían ojitos y flirteaban, Cheska no tenía la menor idea de qué decir ni de cómo actuar.

Y con la libertad de la que gozaba durante el día, le resultaba incómodo pasar las tardes con su madre. Cuando llegaba al piso después del rodaje, Greta la estaba esperando con impaciencia y Cheska tenía que pasarse la tarde explicándole hasta el último detalle de lo que había sucedido durante la jornada. Le servía una cena deliciosa y ella hacía todo lo posible por terminársela, aunque había comido fuerte en el rodaje. El ambiente era claustrofóbico y siempre agradecía que llegara la hora de acostarse para poder cerrar la puerta de su habitación y quedarse dormida, soñando con Bobby.

—Estupendo, chicos. Por hoy hemos terminado. Nos vemos a primera hora del lunes en el vestíbulo del Grand Hotel de Brighton. Si no habéis ultimado vuestros planes de viaje, hablad con Zoe. Ella tiene toda la información.

—Será divertido, ¿verdad?

—¿Disculpa? —preguntó Cheska, volviéndose hacia Bobby.

—He dicho que Brighton será divertido. Estamos en el mismo hotel, ¿sabes?

—Bobby le guiñó el ojo.

—Sí —respondió ella, poniéndose como un tomate.

En ese momento, Zoe se acercó a ellos.

—Veamos, Cheska, he reservado una habitación doble para ti y tu madre. El coche os recogerá el domingo por la tarde a las cuatro.

Cheska volvió la cabeza y vio que Bobby fruncía el ceño.

—Esto... no, Zoe, no me hará falta una habitación doble. Mi madre no viene.

Miró a Bobby, quien sonrió con aprobación.

—Hasta el domingo por la noche, cariño.

—De acuerdo —dijo Zoe—. Si hay algún problema, tienes el teléfono de mi casa.

Esa noche, Greta y ella tuvieron su primera discusión seria. Cheska estaba empeñada en ir sola a Brighton; su madre estaba igual de empeñada en acompañarla.

—¡Eres demasiado joven para estar sola en una ciudad desconocida, Cheska! Lo siento, pero no irás sola, y no se hable más.

—Madre, ¿es que no ves que ya no soy una cría? ¿Por qué no dejas que me haga mayor? Si no puedo ir sola, ¡entonces no iré!

Cheska se puso a llorar, corrió a su habitación y cerró de un portazo.

Frenética, Greta descolgó el teléfono y marcó el número de Leon. Él escuchó en actitud comprensiva mientras ella explicaba el problema.

—El caso es, Leon, que Cheska es demasiado joven para ir sola. Se cree muy mayor, pero no lo es. Dice que se niega a ir si insisto en acompañarla.

—Greta, entiendo tu preocupación, pero Brighton no es precisamente el fin del mundo, ¿no? Solo está a una hora de Londres, y Cheska dormirá en un hotel lleno de actores y técnicos. Además, yo iré durante la semana, así que puedo vigilarla. Lo más probable es que esto solo sea una pataleta de adolescente. Yo que tú, dejaría que fuera sola para que se dé cuenta de lo mucho que te echa de menos. Y para serte franco, por el bien de la película, queremos que Cheska esté lo más contenta y relajada posible. Charles dice que hasta ahora lo está haciendo genial.

—De acuerdo —dijo por fin Greta—. La dejaré ir sola. Pero quiero que me prometas que te asegurarás de que se acuesta a las diez todos los días. Nada de salir por la noche. Sé cómo pueden ser vuestras fiestas.

—Te lo prometo y, en serio, intenta no preocuparte. Cheska estará perfectamente. Ah, y por cierto, ¿puedes encontrar un hueco para que comamos juntos la semana entrante o la otra? He recibido una llamada muy interesante de un productor estadounidense. Trabaja en Los Ángeles, pero es amigo de Charles y lleva unos días en Londres. Ha visto parte de las primeras pruebas y cree que Cheska podría triunfar en Hollywood.

—Bueno, tengo algunos compromisos la próxima semana —mintió Greta, con intención de guardar las apariencias—, pero podría organizarme para el otro lunes.

—Bien, bien —respondió Leon—. Quedemos en el Ivy a la una. Y no te preocupes, cuidaré de Cheska.

Greta colgó el teléfono y se preguntó qué demonios iba a hacer sola mientras su hija estuviera de viaje.

Cheska estaba sentada en el baño de su suite del Grand Hotel de Brighton, enjabonándose las piernas y sintiéndose desgraciada y abatida. El rodaje había sido una pesadilla. Habían estado intentando filmar la escena en la playa de Brighton en la que Bobby y ella se daban su primer beso. Había hecho un tiempo espantoso, con un vendaval que les rugía en los oídos, y ella había estado tan nerviosa por El Beso que se había liado continuamente con las frases.

Al final, como el tiempo había empeorado y los ánimos estaban crispados, Charles Day había dado el rodaje por terminado antes de lo habitual.

—No te preocupes —le había dicho Charles cuando regresaban al hotel por el paseo marítimo—. Volveremos mañana después de haber dormido bien, ¿de acuerdo?

Cheska había asentido, había corrido a su suite y se había arrojado a la cama deshecha en lágrimas.

—Oh, Jimmy, ¿no es maravilloso? ¡Nunca me había sentido tan feliz! — Cheska repitió la sencilla frase que precedía a El Beso cuando salió de la bañera y empezó a secarse.

El resto de los actores y técnicos estaban cenando abajo, pero no le apetecía acompañarlos. Estaba demasiado avergonzada. Decidió pedir unos sándwiches al servicio de habitaciones y acostarse temprano.

Sonó el teléfono de la habitación y Cheska salió del baño para cogerlo.

—¿Diga?

—Cariño, soy mamá. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿Cómo ha ido el rodaje de hoy?

—Muy bien.

—Me alegro. ¿Ya comes?

—¡Pues claro!

—No hace falta que me grites, Cheska. Solo estoy preocupada por ti.

—Mamá, solo llevo un día fuera de casa.

—No te sientes demasiado sola, ¿verdad?

—No. Ahora tengo que irme para aprenderme las frases de mañana.

—Sí, claro. Siempre que estés bien.

—Lo estoy.

—Ah, y Cheska, no te olvides de tomar las pastillas, ¿quieres?

—No, mamá. Buenas noches.

Cheska colgó el teléfono con rabia y se tumbó en la cama.

Charles Day estaba tomando una copa con Bobby en el bar del hotel. Mientras conversaban, sufrían las constantes interrupciones de adolescentes ruborizadas que querían que Bobby les firmara un autógrafo.

—El problema es que ahora mismo no hay química entre Cheska Hammond y tú. Este es su primer papel adulto y le está costando. Cada vez que intentabas besarla delante de la cámara parecía muerta de miedo.

—Sí, está claro que tiene que relajarse —convino Bobby.

—La gracia de la película es la energía sexual que vibra entre vosotros. Si eso no salta a la vista, la película se queda en nada. Puede que mañana ya se haya calmado. Cheska es una gran actriz, pero está acostumbrada a interpretar a niñas huérfanas, no a tigresas.

—Estoy seguro de que le va la marcha aunque parezca una estrecha —murmuró Bobby—. Oye, ¿tenemos que rodar la escena de la playa mañana?

Charles se encogió de hombros.

—Supongo que podríamos pasarla a otro día. ¿Por qué?

—Dame unos días y habré resuelto tu problemilla, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero ándate con cuidado. Cheska puede parecer una rubia explosiva, pero es un alma cándida. Hasta ahora, su madre la ha tenido vigilada bajo siete llaves.

—Me andaré con pies de plomo, tío —murmuró Bobby, sonriendo.

El teléfono de la habitación de Cheska volvió a sonar a las nueve y media, justo cuando había apagado la luz.

—¿Diga?

—Cheska, soy Bobby. ¿Dónde te has escondido durante toda la noche?

—Oh... —Tragó saliva, sorprendida de oír su voz.

—Estaba cansada, nada más.

—Bueno, ahora que ya has descansado un poco, levanta el culo y baja. Voy a llevarte de fiesta.

—Bueno... Ya estoy en camión...

—Suena bien. No te cambies. Te veo en el bar dentro de diez minutos. Adiós.

El teléfono comunicó en la mano de Cheska.

—¡Eh, muñeca! ¡Me encanta ese conjunto!

Bobby estaba en la barra con algunos de los técnicos cuando Cheska bajó. Su comentario sobre su vestido de pana con peto y sus leotardos de lana le sacó los colores.

—Tenía frío —dijo en voz baja.

—Ven aquí. —Bobby la recibió con los brazos abiertos—. Te haré entrar en calor enseguida. No muerdo, te lo prometo.

A regañadientes, Cheska se acercó más y él la atrajo hacia sí.

—No deberías esconder ese cuerpo tan estupendo que tienes, eso es todo —le susurró, rozándole la oreja con los labios—. Bueno, ya conoces a Ben, el electricista, comúnmente conocido como Chispas, y Jimmy, o Bum, el encargado de captar nuestras melodiosas voces con sus micrófonos.

—¿Cómo va? —dijo Chispas, encendiéndose un cigarrillo.

—¿Una copa? —le preguntó Bobby.

—Esto... una Coca-Cola, por favor.

—Una Coca-Cola, por favor, con un chorrito de ron para que entre en calor — dijo Bobby al barman.

—Oh, no creo que...

—Vamos, Cheska, Pruébalo. Ya eres una mujercita.

Bobby le dio el vaso. Le acercó un taburete y ella se encaramó al incómodo asiento mientras él charlaba con Chispas y Bum.

—¿Todo bien, nena? —Bobby le sonrió.

—Sí.

—Vale, termínatelo y cambiaremos de bar. ¿Llevas abrigo?

—Lo tengo en la habitación.

—Pues tendrás que abrazarte a mí, ¿no?

Bobby la ayudó a bajar del taburete y atravesaron el vestíbulo del hotel detrás de Chispas y Bum. Fuera hacía frío y Bobby la rodeó con el brazo cuando echaron a andar por el paseo marítimo.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A una discoteca que conozco. Te gustará. Cuando era un cantante desconocido, el dueño me contrató para actuar. Es un sitio estupendo.

Después de recorrer unos centenares de metros, Cheska bajó una escalera detrás de Bobby. El local estaba atestado de jóvenes que bailaban un tema de Elvis Presley interpretado por un grupo subido a un pequeño escenario.

—Siéntate ahí y te traeré una copa.

Bobby le señaló una mesa de un rincón y se dirigió sin prisas a la barra acompañado de Bum. Cheska tomó asiento y Chispas se sentó a su lado. Abrió una cajita y se puso a frotar algo marrón entre los dedos y a dejarlo caer sobre un papel de fumar. Añadió tabaco, lio el cigarrillo y lo encendió.

—¿Fumas? —preguntó a Cheska.

—No, gracias.

Chispas se encogió de hombros. Dio una buena calada al porro y dejó que el humo le saliera despacio por la nariz. Asintió satisfecho.

—Buen material, buen material.

Bobby regresó con las bebidas y se sentó al lado de Cheska.

—¿Todo bien, cariño?

Cheska asintió, con los ojos como platos, y cogió su bebida.

Bobby le pasó el brazo por la espalda con aire posesivo.

—¿Sabes?, estaba esperando una oportunidad para que tú y yo pudiéramos estar juntos.

—¿Ah, sí? —dijo Cheska sorprendida.

—Sí. Eres una de las tías más macizas que he visto en años. Venga. —Bobby la levantó del asiento—. Vayamos a bailar.

Cuando entraron en la concurrida pista de baile, el grupo comenzó a tocar una hermosa melodía.

—Esta canción se llama «Moon River» y es la música de *Desayuno con diamantes*, esa película nueva. He oído la versión que sacarán el mes que viene en Inglaterra y va a ser un exitazo. —Bobby la arrimó más a él y le habló al oído—: Puede que te lleve a ver la película. Audrey Hepburn está como un tren.

Cuando la canción terminó, se separaron y aplaudieron.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó él.

—Sí, gracias.

—Damas y caballeros —dijo de repente una voz por el micrófono—. Estoy seguro de que todos se han dado cuenta de que tenemos a una estrella entre nosotros. Me enorgullece decir que fue precisamente esta discoteca la que dio a Bobby Cross su primera oportunidad. Bobby, por favor, ¿podrías devolvernos el favor y subir aquí a cantar para nosotros?

Estalló un caluroso aplauso cuando Bobby saludó con modestia y subió al escenario. Cogió el micrófono y Cheska regresó a la mesa.

—Gracias, damas y caballeros. Me gustaría cantar mi nuevo tema «La locura del amor», que dedico a una amiga mía, la adorable señorita Cheska Hammond. —Tras colgarse en bandolera una guitarra prestada, Bobby empezó a interpretar la lenta balada—. Sí, esa es la locura del amor... —cantó, mirándola a los ojos, y Cheska se quedó fascinada, incapaz de apartar la mirada.

Cuando la canción terminó, el público prorrumpió en fuertes aplausos y pidió un bis. Bobby interpretó otro de sus éxitos, un tema con ritmo que enseguida llenó la pista de baile.

Cheska cogió su bebida y Bobby le guiñó el ojo. ¿Podía estar interesado en ella? Sin duda, actuaba como si lo estuviera. Soltó una risita cuando una inesperada y deliciosa sensación de felicidad la colmó por dentro.

Bobby fue a buscarla para sacarla a bailar.

—¿Te diviertes, cariño?

—Oh, sí, Bobby. Este sitio es genial.

—Sí. —Le acarició la cintura con suavidad—. Y tú eres preciosa, ¿lo sabías?

Después de un par de bailes gloriosos, Bobby le presentó a Bill, el dueño del club.

—Recuerdo que fui a verte en *La niña perdida*. Has crecido bastante desde entonces, ¿no? —dijo con aprobación.

—Sin duda —convino Bobby, pasando una mano por la espalda de su compañera de reparto.

La discoteca había empezado a vaciarse y, cuando Cheska y Bobby regresaron a su mesa, Bum y Chispas ya no estaban.

—Habrán ligado con un par de chicas y se habrán largado —observó Bobby cuando llevó a Cheska de la mano hacia la escalera que subía a la calle.

El viento, que soplaba con más fuerza que antes, levantó el pelo a Cheska y se lo alborotó alrededor de la cara.

—Vamos, atrevámonos a volver andando al hotel. Me encanta este viento tan fuerte.

Bobby la llevó a la otra acera y se apoyó en la barandilla con vistas a la playa.

—Las olas tienen una fuerza tremenda. Podemos creer que tenemos el control, pero nadie es capaz de parar eso —dijo, señalando la oscura masa de olas rompientes.

Cheska tembló sin querer, de frío por el viento glacial, pero también de emoción.

—Perdona, nena. Ten. —Bobby se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Luego le levantó la barbilla hacia él—. ¿Sabes?, eres despampanante. Entiendo por qué, en la película, Jimmy está dispuesto a dejarlo todo por ti. Dime, ¿te han besado alguna vez?

—No.

—Bueno, concédeme el honor de ser el primero.

Bobby acercó los labios a los suyos y se los tocó con suavidad.

Cheska sintió que el cuerpo se le relajaba cuando Bobby le abrió la boca con los labios. Con vacilación, dejó que su propia lengua tocara la de él y, al darse cuenta de que besar no tenía mucha más ciencia, se relajó y empezó a disfrutar.

Al final, Bobby se separó de ella.

—Caray, aprendes rápido —bromeó mientras la envolvía en sus brazos—. Es

romántico, ¿verdad? Estar solos en un paseo marítimo desierto en mitad de la noche, con el aullido del viento y el estruendo del mar. El primer beso nunca se olvida, Cheska.

—¿Dónde fue el tuyo?

—¡No me acuerdo! —Bobby se rio—. Vamos. ¡Mañana estaremos los dos en la cama con una neumonía doble si no movemos pronto el culo! Aunque, si estuviera acurrucado a tu lado, no me importaría.

Corrieron a refugiarse en el hotel y Bobby acompañó a Cheska a su suite.

—Sabes que me gustaría entrar contigo, nena, pero no voy a meterte prisa. ¿Cenamos mañana por la noche? —le preguntó, besándola con dulzura en la frente.

Cheska solo fue capaz de asentir quedamente.

—Buenas noches. Que duermas bien. —Y diciéndole adiós con la mano, se alejó por el pasillo.

Ya en su habitación, Cheska volvió a ponerse el camisón. Cuando se sentó para cepillarse el pelo, miró el tranquilizante y el vaso de agua que había dejado en la mesilla.

No se lo tomaría. Esa noche se sentía fabulosa y no quería que nada atenuara la sensación. Se acostó en la fría cama y metió la cabeza bajo las sábanas para intentar entrar en calor, reviviendo cada segundo de la maravillosa noche que acababa de pasar.

—Vale, Bobby, quiero que hagas girar a Cheska en tus brazos. Cheska, echa la cabeza hacia atrás y ríete, y después mira a Bobby a los ojos. Bobby, inclínate hacia delante y bésala.

En la gélida playa azotada por el viento, Bobby guiñó un ojo a Cheska.

—Bien, hagamos una toma antes de que se ponga a diluviar —dijo Charles, mirando el cielo.

—¿Estás bien, cariño? Pareces medio congelada. Ven aquí —dijo Bobby, estrechándola contra su pecho.

Cheska se relajó en sus brazos. Tenía los pies ateridos, el viento le hacía llorar los ojos, pero jamás se había sentido tan feliz.

—Escena cinco. Primera toma.

La claqueta se cerró delante de sus caras.

—¡Acción! —gritó Charles.

Bobby levantó a Cheska del suelo y la hizo girar en el aire. Ella echó la cabeza hacia atrás, riéndose, y lo miró a los ojos. Él le sonrió y acercó los labios a los suyos. Cheska se estremeció de forma involuntaria cuando él la besó. Se abrazó a su cuello y cerró los ojos.

—¡Corten!... ¡He dicho «Corten», chicos! —gritó Charles, riéndose, y Bobby y Cheska por fin se separaron.

Cheska se ruborizó. Casi todo el equipo le sonreía. Lanzó una mirada a Leon, que estaba detrás de la cámara. Él le guiñó el ojo y levantó el pulgar.

—Voy a mirar el objetivo, pero, si está limpio, la escena vale. Sois la bomba, chicos —dijo Charles, acercándose para felicitarlos—. Cheska, has terminado por hoy. Vuelve al hotel y métete rápidamente en la bañera. No quiero que este agente tuyo me demande por negligencia.

—La acompañaré al hotel y me aseguraré de que lo hace —intervino Leon.

Rodeó a Cheska por los hombros y se la llevó. Ella se volvió y dijo adiós a Bobby levantando la mano con timidez.

—Hasta luego, cariño —gritó él, antes de volverse hacia Charles con una sonrisa—. Te dije que lo resolvería, ¿verdad? Aunque no es que no lo haya disfrutado.

—Gracias, pero ándate con cuidado. Con tu... situación, no queremos que nadie se disguste.

—Soy la discreción en persona, Charles, ya lo sabes.

—Solo digo que todos nos damos cuenta de que Cheska está coladita por ti, y no queremos que ninguna pataleta retrase el rodaje.

—La trataré como a una figura de porcelana durante estas semanas, te lo prometo.

Bobby se despidió de Charles con un gesto de la cabeza y se dirigió por la playa a la carpa azotada por el viento donde estaban los maquilladores.

—Charles está entusiasmado contigo —dijo Leon a Cheska cuando regresaban al hotel por el paseo marítimo, empujados por el fuerte viento—. Dice que es tu mejor interpretación. Comenté a tu madre que recibí una llamada de un realizador estadounidense. Si esta película es el éxito que todos esperamos, creo que Hollywood querrá conocerte.

—Pero creía que Hollywood no estaba interesado en mí.

—No lo estaba cuando eras pequeña. Tenía su propia cosecha de estrellas infantiles. Pero, ahora que eres mayor, la cosa cambia. Fíjate en qué gran estrella se ha convertido allí Liz Taylor. Tu madre está tramitando vuestros pasaportes y yo estoy ayudando a sacar los visados. Cuando esta película termine de rodarse, nos iremos los tres en avión.

—Leon... —Cheska se apartó el pelo de la cara—. Este fin de semana no iré a casa.

—De acuerdo. ¿Se lo has dicho a tu madre?

—No. He pensado que, bueno... ¿podrías decírselo tú? ¿Podrías decirle que vamos atrasados o algo por el estilo y que tenemos que rodar en sábado y domingo?

—¿Quieres que mienta por ti, Cheska?

Ella se detuvo y se puso enfrente de él.

—¡Oh, Leon, por favor! ¡Ya sabes cómo es mi madre! Es tan sobreprotectora que casi no puedo respirar.

—Imagino que la verdadera razón por la que quieres quedarte en Brighton tiene que ver con tu coprotagonista.

—Más o menos, pero, sobre todo, he pensado que sería muy agradable tener un fin de semana entero para mí sola por primera vez en mi vida.

Leon miró a su clienta con aire pensativo. Ahora que Greta no estaba para hablar en su nombre y decirle lo que tenía que hacer, la personalidad de Cheska estaba empezando a afirmarse poco a poco. La química entre Bobby y ella era evidente. Moralmente, Leon sabía que debería decírselo, advertirle en qué lugar se metía e intentar disuadirla. No obstante, se engañó, lo peor que podía pasar era que Cheska tuviera mal de amores durante un tiempo, ¿no? Todo el mundo tenía que enamorarse por primera vez y, en su caso, no le haría ningún daño transmitir esa emoción en la pantalla mientras le ocurría. Y, además, su vida íntima no era asunto suyo.

—De acuerdo, Cheska —dijo por fin—. Se lo diré yo a tu madre.

—En fin, Cheska me ha pedido que te mande un abrazo y me disculpe en su nombre. Dice que te verá la semana que viene.

—¿No ha preguntado si yo iría a Brighton? —inquirió Greta, encendiéndose un cigarrillo nerviosa. Era un hábito que había retomado hacía poco, por puro aburrimiento.

—Para serte sincero, el tiempo de aquí es horrible y nos ha trastocado completamente el calendario de rodaje. Los próximos días rodarán en exteriores casi todo el tiempo y también algunas escenas de noche. —Leon no se trabó con sus mentiras—. Yo que tú, me quedaría en Londres dentro de casa.

—Supongo que tienes razón. Solo prométeme que mi niña está bien y que la estás vigilando.

—Está perfecta, Greta, créeme. Y haciendo un gran trabajo. Entonces, ¿nos vemos el lunes en el Ivy?

—Sí, gracias, Leon. Adiós.

Greta colgó el teléfono y escuchó el silencio de su piso. Solo lo rompía el reloj de la repisa de la chimenea que marcaba el lento paso de los segundos. Los últimos días se le habían hecho eternos. La perspectiva de que Cheska regresara esa noche era lo único que le había mantenido alta la moral. Había preparado pastel de carne y patata, el preferido de Cheska, y su tentador aroma le llegaba desde la cocina. Miró la mesa, ya preparada para dos.

No tenía amigas a las que llamar, nada que hacer ni ningún sitio adonde ir. David le vino a la cabeza. Tal vez había cometido una locura rechazando su proposición de matrimonio, consagrando su vida a la carrera de Cheska, cuando quizá, solo quizá, podría haber encontrado la felicidad. «No», se dijo con firmeza; había decidido cerrar esa puerta y ya no volvería a abrirla nunca más.

Lo único que podía hacer era afrontar la dura realidad de que Cheska iba a despedirla después de casi dieciséis años de abnegado servicio.

Greta había creído que no podía volver a sucederle. Pero parecía que, una vez más, estaba completamente sola.

—Oh, cariño, si supieras cuántas ganas tenía de hacer esto —susurró Bobby al oído de Cheska cuando despojó la última prenda de ropa a su esbelto cuerpo joven—. Deja que te mire.

Bobby estaba arrodillado junto a ella en la cama de su hotel, mirando las nuevas curvas de sus caderas, cintura y pechos y las sombras danzantes que la tenue luz proyectaba en su piel color crema. Normalmente, prefería que sus mujeres estuvieran un poco más rellenitas, pero, aun así, el cuerpo adolescente de Cheska era un espectáculo tentador.

Ella le sonrió con timidez cuando él se quitó la camisa, el pantalón y los calzoncillos. Se inclinó hacia delante y le lamió la oreja.

—Iremos despacio. Quiero disfrutarte entera.

Cheska cerró los ojos cuando Bobby le pasó la lengua por el cuello. Notó cómo le mordisqueaba la piel mientras seguía bajando y le acariciaba primero un pecho y después el otro. Se preguntó si lo que estaba permitiéndole hacer estaba mal, pero su cuerpo le decía que era lo más natural del mundo. Bobby volvió a erguirse sobre ella y cogió algo de la mesilla.

—Tengo que protegerte, cariño —dijo—. Vale, ¿preparada?

Cuando se tumbó sobre ella, Cheska alzó la cabeza.

—¿Bobby?

—¿Sí?

—¿Me... me quieres?

—Claro que sí, nena. Eres guapísima.

La besó en la boca, con vehemencia, y cuando Cheska respondió, notó que la penetraba.

Se le escapó un grito cuando un dolor agudo la atravesó.

—Mejorará a partir de ahora, ya verás —la tranquilizó Bobby—. Oh, nena, me encanta estar dentro de ti.

Cheska miró la cara de Bobby, a solo unos centímetros de la suya, cuando él empezó a moverse más deprisa, con los musculosos brazos apoyados a cada lado de su cuerpo. Luego se le escapó un gemido, se apartó y se dejó caer sobre los almohadones junto a ella.

Se quedó contemplando las parpadeantes llamas de la chimenea, preguntándose si lo que acababa de experimentar era como se suponía que debía ser. Una mano le acarició el pecho.

—¿Estás bien? Te noto muy callada.

—Creo que sí.

—No te preocupes. La primera vez siempre es la peor, pero la noche es joven y voy a enseñarte lo bien que se puede pasar en la cama.

El lunes por la mañana Cheska llegó al plató sintiéndose como si un tornado la hubiera atrapado y la hubiera depositado en un país mágico. Tenía el cuerpo lleno de pequeños moretones debidos a los golpes con los codos y las rodillas que se habían dado en los momentos de pasión. Después de pasar cuarenta y ocho horas en la cama con Bobby, tenía las partes íntimas doloridas y sensibles, y las piernas le temblaban, como si fueran de gelatina.

—Hola, Cheska. ¿Has tenido un buen fin de semana? —Charles se fijó en sus ojos risueños y en el rubor de sus mejillas.

—Oh, sí, gracias —le aseguró ella—. El mejor fin de semana de mi vida.

—Volveré tarde, mamá. Estamos rodando algunas escenas de noche. Adiós — gritó Cheska; abrió la puerta para salir del piso y cerró de un portazo antes de que Greta tuviera ocasión de responder.

Suspiró aliviada cuando se sentó en el mullido asiento beis de piel del coche que la esperaba para llevarla al estudio. Después de la libertad que había disfrutado en Brighton, regresar a Londres con su madre le daba más claustrofobia que nunca. Estaba deseando marcharse por las mañanas. Bobby había encontrado una pequeña pensión en Bethnal Green, cerca de la escuela donde se rodaba la película. Todos los días, los dos desaparecerían al final del rodaje para hacer el amor. Por lo general, Cheska solo decía a su madre que el rodaje se estaba alargando. Se había vuelto una experta mentirosa.

Media hora después el coche paró en las puertas de la escuela. Cheska se miró en el espejo retrovisor y bajó, con el corazón palpitándole de ilusión por ver a Bobby.

—¿No sería estupendo que pudiéramos quedarnos toda la noche juntos como lo hicimos en Brighton? —murmuró Cheska.

—Sí —respondió Bobby, arrojándole su ropa interior a la cama, donde ella seguía tumbada—. Date prisa, nena. Tengo que irme.

—¿Dónde?

—Oh, he quedado con unas personas, nada más.

—¿Puedo ir contigo?

—Esta noche no. Además, esa madre que tienes se te comerá viva si no estás en casa a las diez.

—¿Podríamos salir juntos alguna otra noche? Ya sabes... a una discoteca. —
Cheska se levantó a regañadientes de la arrugada cama y empezó a vestirse.

—Quizá.

—¿Cuándo?

—Pronto. —Bobby parecía irritado.

—El rodaje casi ha terminado. Solo queda una semana. ¿Qué haremos luego?

—Ya se nos ocurrirá algo. Vamos, Cheska. Son más de las nueve y media.

—Perdona, Bobby.

Ella salió obedientemente de la habitación detrás de él y bajaron la escalera.

—Hasta mañana.

Una vez estuvieron fuera, Bobby la besó en la mejilla mientras le paraba un taxi.

—Te quiero —le susurró Cheska antes de subir.

—Y yo. Adiós, nena.

Cheska se despidió con la mano por la luna trasera del taxi y se preguntó adónde iba. Sabía muy poco de Bobby, pensó, ni tan siquiera dónde vivía. Pero pronto lo sabría todo de él, compartiría su vida por completo, no sería únicamente una pequeña parte de ella.

Estaba segura de que Bobby le pediría que se casara con él. De hecho, en sus películas, cuando dos personas se enamoraban, el matrimonio siempre era el paso siguiente.

Cuando regresó al piso, giró la llave en la cerradura esperando que su madre ya se hubiera acostado. Con un suspiro, vio que las luces del salón seguían encendidas. Greta estaba sentada en el sofá, en bata, viendo la televisión.

—Hola, mamá.

Greta sonrió con tirantez.

—Una noche dura, ¿no?

—Sí. —Cheska bostezó—. ¿Te importa que me vaya derecha a la cama? Estoy agotada.

—Ven a sentarte mientras te preparo una taza de té. Quiero comentarte una cosa.

Cheska suspiró cuando su madre fue a la cocina para poner agua a hervir. Se sentó en el sofá y deseó que no fuera viernes. El fin de semana significaba pasar dos días enteros sin ver a Bobby.

Greta regresó al salón llevando una bandeja con una tetera, una jarra de leche y dos tazas. La dejó en la mesa y sirvió la leche y el té con mucha calma.

—Ten. Debería ayudarte a entrar en calor después de pasar tantas horas al aire libre. Es donde has estado, ¿verdad?

—Sí. Hacía muchísimo frío. —Cheska tiritó y tomó un sorbo de té.

—Es raro, porque esta noche he recibido una llamada de Charles Day. Hacia las siete.

—¿Ah, sí? ¿Por qué motivo?

—Por un cambio en la programación de la próxima semana. Parece que la actriz que interpreta a tu madre ha cogido una fuerte gastroenteritis y quieren pasar sus escenas al final para que tenga tiempo de recuperarse.

—Oh.

—Es curioso, ¿no? —Greta tomó otro sorbo de té.

—¿El qué?

—Que Charles Day haya tenido que llamar para decirte algo cuando se suponía que estaba dirigiéndote en ese mismo momento.

—Ah, bueno, el caso es que Charles tampoco se encontraba bien esta noche, así que se ha hecho cargo su ayudante —mintió Cheska a la desesperada.

—¿En serio? ¿Y qué me dices de las dos últimas semanas? He preguntado a Charles si habías estado rodando por las noches y me ha dicho que no. Así que la pregunta es, Cheska, si no has estado rodando, ¿dónde estabas?

—Por ahí —respondió Cheska en voz baja.

—Por ahí. ¿Puedo preguntarte con quién?

—Con gente de la película. Amigos, ya sabes, mamá.

—¿Y, por casualidad, esa «gente» incluiría a Bobby Cross?

—A veces.

—¡No te atrevas a mentirme, Cheska! ¡Estás insultando mi inteligencia!

—No te miento, mamá.

—Cheska, por favor. Ya es malo que por tu culpa haya quedado en ridículo al teléfono con Charles Day, pero que sigas mintiéndome tan descaradamente a la cara es...

—¡Está bien, mamá! —Cheska se levantó—. ¡Sí! ¡Estaba con Bobby! Lo quiero, y él me quiere a mí, ¡y un día nos casaremos! ¡No te lo he dicho porque sabía que tú nunca me dejarías tener algo tan normal como un novio!

—¿Novio? No creo que el señor Cross encaje en esa categoría, ¿y tú? ¡Debe de llevarte diez años como mínimo, Cheska!

—¿Qué importa la edad? ¿Y qué hay de mi padre? Me dijiste que era mucho mayor que tú. Si quieres a alguien, da igual, ¿no? —Cheska escupió las palabras con maldad.

—Vamos a calmarnos, ¿quieres? —Greta se pasó la mano por la frente, intentando dominar su ira—. Escucha, cariño, te ruego que entiendas que me duele que no me hayas dicho lo que hacías. Creía que siempre nos decíamos la verdad.

—¿Es que no ves que me estoy haciendo mayor? Necesito poder tener algunos secretos.

—Lo sé. Ya sé que tienes tu vida, y que de ahora en adelante yo solo puedo intervenir poco en ella.

—¡Oh, por favor! No intentes hacer que me sienta culpable. Me voy a la cama. —Cheska echó a andar hacia la puerta.

—Lo siento. Me he expresado mal —se apresuró a decir Greta, sabiendo que, al margen de lo que ella opinara, corría el peligro de perder del todo a su hija si no cambiaba de táctica. Se obligó a sonreír y añadió—: ¿Por qué no me hablas de Bobby?

Cheska se paró en seco, se dio la vuelta y la mirada se le enterneció al oír su nombre.

—¿Qué quieres saber de él?

—Oh, cómo es, las cosas que hacéis juntos. Sé que te estás haciendo mayor y quiero ser tu amiga además de tu madre.

—Bueno —empezó a decir Cheska con vacilación, pero cuando su madre le sonrió de modo alentador, se abrió y le habló de Bobby y de lo que sentía por él.

—Entonces, ¿Bobby fue la razón por la que te quedaste en Brighton el fin de semana?

—Sí. Lo siento mucho, mamá. Solo queríamos pasar tiempo juntos, nada más.

—¿Lo sabía Leon?

—Esto... no, la verdad —respondió Cheska con aire furtivo—. No le eches la culpa. Yo le pedí que te llamara.

—Entonces, ¿crees que estás enamorada de Bobby?

—Sí, sin duda.

—¿Y crees que él está enamorado de ti?

—Estoy segura.

—Cheska, no te estás... no te estás acostando con él, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Gracias a sus años de experiencia delante de las cámaras, Cheska consiguió parecer todo lo horrorizada que requería la ocasión.

—Bueno, eso ya es algo. Los hombres son extrañas criaturas, ¿sabes? Por supuesto, estoy segura de que Bobby no es así, pero debes saber que algunos solo buscan una cosa. Sé que el mundo ha cambiado, pero aún es mejor esperar un tiempo, hasta que se está completamente segura.

—Claro, mamá.

—¿Me lo dirás, verdad, si Bobby te pide que te acuestes con él?

Cheska se ruborizó y bajó la mirada.

—Sí.

—Nunca hemos hablado de este tema, pero supongo que ya sabes cómo... va todo. Y lo que puede pasar si no tienes cuidado. Si te... pasara algo, podría arruinarte el futuro. Ven a sentarte a mi lado, cariño. —Dio unas palmaditas en el cojín y abrazó a su hija mientras le acariciaba el pelo—. Recuerdo bien mi primer amor. Creo que nunca se olvida.

—Bobby me dijo algo parecido. ¿Quién fue el tuyo?

—Fue un oficial estadounidense, que estaba en Londres durante la guerra. Me quedé destrozada cuando se fue, creía que jamás lo superaría. Por supuesto, lo hice, con el tiempo. El tío David me ayudó mucho.

—¿Quieres a David? Antes lo veías siempre y ahora no.

—Sí, Cheska, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero también somos muy buenos amigos, lo que también es muy importante.

—¿Como un hermano, quieres decir?

—Supongo, sí. Para serte sincera, parece que los hombres y yo nunca hemos sido una buena combinación. Me han dado más problemas que alegrías. El amor es muy extraño, Cheska. Puede cambiarte la vida, empujarte a hacer cosas que en frío sabrías que son un error.

—La locura del amor —murmuró Cheska—. Es la nueva canción de Bobby.

—Y espero que entiendas que no quiero que vayas por el mismo camino que yo. Enamórate, claro que sí, pero quédate siempre con algo. Lábrate un futuro, sin depender de un hombre. Bien, creo que es hora de que te vayas a la cama.

Cheska se incorporó.

—Gracias, mamá, por ser tan... comprensiva. Siento haberte mentado.

—Lo sé, cariño. Solo quiero que recuerdes que soy tu amiga, no tu enemiga. Y siempre puedes contar conmigo para hablar de lo que sea.

Cheska abrazó a Greta de forma espontánea.

—Te quiero, mamá.

—Y yo. Anda, vete a la cama.

—Buenas noches. —Cheska se levantó del sofá.

—Ah, por cierto, nuestros pasaportes han llegado esta mañana, y Leon está tramitando los visados para Estados Unidos. Será emocionante visitar Hollywood, ¿no?

—Sí —respondió Cheska sin mucho entusiasmo.

—Buenas noches, cariño, y no te olvides de tomarte la pastilla.

—No.

Greta vio cómo su hija salía despacio del salón. Cerró los ojos aliviada, sintiéndose más calmada que desde hacía semanas. Era fundamental que Cheska confiara en ella. Cuando su relación con Bobby Cross terminara, como ella sabía que sucedería, Greta estaría a su lado para recoger los pedazos. Sería a Greta a quien su hija acudiría en busca de consuelo. Y Cheska volvería con ella, que era donde debía estar.

Después de echar la pastilla al váter y tirar de la cadena, Cheska se acostó y se puso a pensar en lo que había dicho su madre. Era la conversación más adulta que había tenido con ella. Sonrió. En vez de separarlas más, Bobby las había unido. Le gustaba la idea. Y estaba segura de que, cuando se casaran, aunque tendría que vivir con Bobby, no había motivo para que su madre no pudiera ser una parte importante de su futuro juntos.

No obstante, su madre había dicho una cosa que la inquietaba.

«Quédate siempre con algo...»

Suspiró y se dio la vuelta en la cama. Ella no podría hacer nada semejante. Era toda para Bobby. Si al día siguiente le pidiera que dejara su carrera y se fuera con él al otro extremo del mundo, iría con gusto.

Bobby Cross era su destino. Ella le pertenecía, en cuerpo y alma.

El domingo por la noche Cheska contrajo la misma gastroenteritis que había tenido la actriz que interpretaba a su madre en la película. Se pasó la mayor parte de la noche en el baño vomitando muchísimo.

A las siete de la mañana del lunes, estaba en la cama, sintiéndose débil y desdichada, cuando Greta entró en su habitación.

—He llamado a Charles y le he dicho que estás demasiado enferma para trabajar hoy. Te manda un abrazo y me ha pedido que te diga que no te preocupes. Pueden rodar sin ti durante un par de días.

—Oh, pero... —A Cheska se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar que no vería a Bobby en otras cuarenta y ocho horas.

—Tranquila, cariño. ¿Te ves con fuerzas para tomarte la pastilla? —Greta se la ofreció con un vaso de agua.

Cheska negó con la cabeza y se volvió en la cama con aire desconsolado.

Greta le arregló las mantas y le apartó el pelo apelmazado de la frente.

—Intenta dormir un poco, cariño. Estoy segura de que esto pasará tan rápido como ha llegado.

Al día siguiente, Cheska se encontró mejor y el miércoles dijo a su madre que ya estaba repuesta para regresar al rodaje.

—Pero llevas dos días sin comer nada. Creo que deberías quedarte en la cama otro día al menos.

—No, mamá, voy a ir. El rodaje termina el viernes y ya han tenido que cambiar la programación por mi culpa. Soy una profesional, ¿recuerdas? Es lo que tú me has enseñado.

Greta no pudo contradecirla, de manera que Cheska se levantó de la cama y se vistió. Por mal que se encontrara físicamente, la tensión de pasar otro día sin ver a Bobby era mucho peor. Se preguntó cómo iba a soportarlo cuando el rodaje terminara y ya no lo viera todos los días.

Hizo lo que pudo durante el rodaje, sintiéndose mareada y débil, hasta que Charles se acercó, le pasó un brazo por los hombros y le dijo que la mandaba a casa.

—Acuéstate temprano, cariño. Podemos rodar algunos exteriores con Bobby.

Cheska miró a Bobby, que estaba riéndose con una de las maquilladoras. Abrigaba la esperanza de que él le propusiera escabullirse juntos, pero apenas le había dirigido la palabra en todo el día. Vio cómo rodeaba a la chica con un brazo y después se marchaba. Cheska corrió para alcanzarlo.

—¡Bobby, Bobby!

Él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Hola, nena. Caray, qué mala pinta tienes.

—Estoy bien. ¿Vamos a la pensión esta noche?

—Creía que Charles te había mandado a casa.

—Sí, pero podría verte después.

—¿Y que me pases algo? Creo que no. —Se rio entre dientes—. Perdona, nena, eso ha sonado muy mal. Oye, vete a casa y métete en la cama.

—¿Y mañana por la noche?

—Bueno, parece que vamos a rodar hasta la noche para compensar el tiempo que hemos perdido. Pero el viernes es la fiesta del final de rodaje. Nos vemos entonces, ¿vale?

—Vale. —Cheska se quedó hecha trizas. En la fiesta estarían rodeados del resto de los actores y técnicos, lo que no era precisamente lo que ella quería.

—Adiós, cariño. —Bobby se despidió de ella con desgana mientras se alejaba.

Todas las escenas de Cheska estuvieron terminadas el viernes al mediodía. Charles la abrazó y le dijo que había estado maravillosa.

Ella se quedó a comer, por si estaba Bobby, pero él había desaparecido. Con un suspiro, salió de la escuela y subió al coche que la esperaba.

—¿A casa, señorita? —preguntó el conductor.

—Sí... esto... no. ¿Podría llevarme al West End, por favor?

—Claro.

El chófer arrancó el motor y se pusieron en marcha. Cheska miró por la ventanilla cuando pasaron por Regent Street. La gente que iba de compras se había abrigado bien esa fría tarde de octubre.

—Ya estamos, corazón. Cuídate.

—Gracias —dijo Cheska al bajar—. Bien, ¿por dónde empiezo? —masculló entre dientes. Se fijó en el escaparate de Marshall & Snelgrove y decidió que era un sitio tan bueno como cualquier otro.

Una hora y media después apenas podía andar con el montón de bolsas que llevaba. Se lo había pasado en grande, comprándose su primer vaquero, unas llamativas mallas que se le ceñían a las esbeltas caderas y dos jerséis de cuello alto. En Mary Quant se había comprado un vestido precioso para llevarlo a la fiesta de esa noche, un ceñido modelito negro, parecido al que lucía Audrey Hepburn en el material promocional de *Desayuno con diamantes*.

Paró un taxi, preguntándose qué diría su madre de sus compras, y regresó a casa.

—Bueno, ¿qué te parece? —Cheska entró en el salón y dio una vuelta para que su madre la viera.

Greta tragó saliva. Su hija estaba deslumbrante. El corto vestido negro realizaba su hermosa figura y, además, la manera como se había recogido el pelo en la coronilla le daba un aire de elegancia.

—Estás preciosa, cariño, pero necesitas joyas. Espera aquí. —Greta se levantó, entró en su habitación y regresó con un collar de perlas—. A ver. —Se lo puso en el cuello—. ¿Tienes abrigo? Cogerás un resfriado de campeonato con ese vestido.

—Sí, mamá.

—¿Dónde es la fiesta?

—En el Village de Lower Sloane Street.

—Es un sitio muy elegante, ¿no? Bueno, pásatelo muy bien. ¿A qué hora volverás?

—No lo sé. Pero tarde. No me esperes levantada. Adiós, mamá.

—Adiós, cariño.

Greta apretó los dientes cuando oyó cerrarse la puerta del piso. Le esperaba otra noche sola y pensó una vez más en lo difícil que le resultaba ver cómo su hija se hacía mayor.

Durante los largos días que había pasado sola mientras Cheska estaba trabajando, Greta había tenido mucho tiempo para pensar. Y gran parte lo había pasado analizando sus verdaderos sentimientos por David.

Había empezado a hacerlo la noche en que Cheska le había confesado que quería a Bobby y le había preguntado si ella quería a David. Desde entonces, Greta había estado pensando en la estrecha relación que tuvieron en otra época. David había sido una parte muy importante de su vida antes de que le propusiera matrimonio. Y Greta debía reconocer que lo había echado muchísimo de menos en los últimos cinco años. Él siempre la había apoyado, sin exigirle nada a cambio, y ahora se daba cuenta de que no había sabido valorarlo ni había apreciado su bondad.

Cuando David le había pedido matrimonio, ella estaba en la cresta de la ola, Cheska llenaba su vida, y eso, sumado a su decisión de no permitir que ningún hombre le llegara al corazón, había suscitado su firme negativa.

La cuestión sobre la que más había cavilado era si solo lo echaba de menos porque Cheska se había distanciado y había dejado un vacío en su vida que solo David podía llenar por ser el candidato obvio. O bien, si lo echaba de menos a él.

Greta había pensado en los momentos que habían pasado juntos a lo largo de los años. David no solo la había escuchado y le había dado buenos consejos, sino que siempre había sabido animarla cuando estaba decaída. Se sentía mejor en su compañía y añoraba la alegría que traía a su vida.

También había empezado a tener una imagen más clara de sí misma y su forma de actuar en los últimos años: de su firme determinación para convertir a Cheska en una estrella, para controlarla a ella y también a su carrera a costa de todo lo demás. Con el corazón encerrado bajo llave, Greta sabía que se había endurecido; había perdido por completo la dulzura que tantos problemas le había traído en otra época. Aunque ser más dura impedía que volvieran a hacerle daño, también significaba que apenas tenía momentos de felicidad. Intentó recordar la última vez que se había reído, y no pudo.

David la hacía reír. Su convicción de que cualquier situación, por terrible que

fuera, siempre tenía su parte de humor era el antídoto ideal para su tendencia a la seriedad.

Cuando Greta empezó a despertar de su letargo emocional, pensó en que siempre había entendido el amor como una locura pasional que todo lo consumía. Justo lo que Cheska sentía por Bobby Cross. Pero le quedaba muy claro que lo que su hija estaba experimentando era un enamoramiento, lo que solo tenía que ver con la atracción física.

Y se dio cuenta de que ella también había pasado por eso mismo años atrás.

Cuando pensaba en David, lo que sentía era completamente distinto: la colmaba una maravillosa sensación de bienestar con la que se sentía satisfecha, segura y querida. A diferencia de los otros hombres de su vida, entre ellos dos no había teatro; con David era completamente ella misma. Él la conocía a fondo, con todos sus fallos, y aun así seguía queriéndola.

Pero... Greta cerró los ojos. ¿Notaba las cruciales cosquillas en el estómago cuando pensaba en él? Nunca se habían besado. Pensó en cómo se sentía cuando lo veía en televisión; últimamente se había fijado en lo guapo que parecía haberse puesto, aunque puede que siempre lo hubiera sido y, sencillamente, ella no se hubiera dado cuenta, con lo inmersa que estaba en sus dramas personales.

Sin duda, se sentía posesiva con él. Recordó el ramalazo de celos que había tenido hacía unas semanas cuando lo vio en el periódico, fotografiado en un estreno con una bella actriz colgada de su brazo.

Su vida estaba hueca... vacía, desde que lo había rechazado. Greta reconocía que llevaba años siendo infeliz. Estar ocupada con la carrera de Cheska había tapado su insatisfacción, pero ahora...

Suspiró, se levantó y entró en la cocina para prepararse su bebida de malta de todas las noches. Imaginó que David estaba allí con ella, que haría un chiste sobre lo que fuera, y que después quizá la tomaría en sus brazos, le daría uno de sus fuertes abrazos, la besaría...

El estómago le hizo cosquillas al pensar en el beso.

—Dios mío —murmuró—, ¿qué he hecho?

El vestido produjo exactamente el efecto que Cheska esperaba. Cuando bajó la escalera de madera del bar alumbrado con velas, todo el mundo volvió la cabeza

para mirarla. Antes de que terminara de bajar el último escalón, Bobby ya la estaba esperando. La hizo girar en sus brazos y la besó en la mejilla.

—Hola, nena. ¡Estás impresionante! —Le pasó las manos por el cuerpo—. Mi pequeña se está haciendo mayor, ¿eh? —le susurró al cuello—. Anda, vayamos a pedirte algo de beber.

Durante el resto de la noche, Bobby estuvo tan atento como en aquella primera semana en Brighton. No se separó de ella ni le soltó la mano mientras iban de un grupo de gente a otro. Ella se bebió todas las copas que le dieron e incluso intentó fumarse un porro que le ofrecieron. Tosió y escupió mientras Bobby se reía de su intento.

—Te acostumbrarás.

Cheska vio que la maquilladora con la que Bobby estaba hablando antes de su llegada los observaba mientras se contoneaban juntos en la pista de baile. Ver el desengaño en sus ojos le provocó una gran satisfacción.

—Voy a echarte de menos —murmuró Bobby mientras se movía al ritmo de la música, con el cuerpo pegado al suyo.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, separándose.

—Me refiero a no verte todos los días en el rodaje.

—Yo también te echaré de menos. Pero aún podremos vernos a menudo, ¿verdad, Bobby?

—Claro. Aunque tengo que irme de viaje, corazón. Solo serán unas semanas.

—¿Adónde?

—A Francia. Daré algunos conciertos allí. Mi sello discográfico quiere que tenga más presencia en Europa.

—Oh. —Cheska tenía lágrimas en los ojos—. ¿Cuándo volverás?

—Antes de Navidad, espero.

—¿Podría ir contigo?

—No es buena idea. Estaré muy ocupado, viajando de una ciudad a otra. Te aburrirías muchísimo.

—No me importaría, siempre que estuviera contigo. —Cheska apoyó la cabeza en su hombro y olió la familiar fragancia almizclada de su loción para después del afeitado.

—Oye, nena, como no vamos a vernos en un tiempo, ¿qué te parece si... nos regalamos uno rapidito de despedida? —Le pasó las manos por los contornos del

cuerpo.

—¿Dónde? —preguntó ella, ebria de alcohol y excitación.

—Acompáñame.

Bobby la sacó de la pista y del bar y la llevó por un pasillo poco iluminado. Abrió una puerta y la hizo pasar a un pequeño despacho. Después echó el cerrojo, la agarró y la sujetó contra una pared. La besó, subiéndole el vestido con una mano mientras que con la otra le cogía un pecho.

—Eres fabulosa —gimió, separándole las piernas y penetrándola con brusquedad.

—Bobby, ¿no deberías ponerte un...?

—Lo tengo todo bajo control, cariño, no te preocupes.

Cuando Bobby la levantó del suelo, ella enroscó las piernas alrededor de sus caderas.

—Qué gusto da, ¿verdad? —susurró Bobby, moviéndose rítmicamente dentro de ella.

Cheska no sabía si era el alcohol, el riesgo de que los sorprendieran o solo Bobby, pero jamás se había sentido tan feliz, libre y desinhibida. Notaba una excitación cada vez mayor inundándole el vientre. Gimió extasiada, moviéndose al ritmo de sus embestidas, con el cuerpo al borde de la culminación. Gritó de placer cuando los dos llegaron a la vez.

Jadeando, se escurrieron al suelo cubierto de polvo con los cuerpos entrelazados.

—Te quiero, Bobby, te quiero —susurró.

—Perdóname. He perdido el control. —Bobby la miró y le echó el pelo hacia atrás—. Esto no tenía que acabar así, pero, nena, eres una de las chicas más sexis que conozco.

—¿A qué te refieres con «Esto no tenía que acabar así»?

—A nada, cariño. —Bobby se levantó, se metió la camisa por dentro del pantalón y se lo abrochó—. Solo me refería a que no esperaba enamorarme de mi coprotagonista. Vamos. —La levantó del suelo y abrió la puerta mientras ella se arreglaba el vestido a toda prisa.

—Bobby, me llamarás cuando vuelvas de Francia, ¿verdad?

—Claro que sí. —La besó en la nariz—. Ahora tengo que irme. Un amigo toca con un grupo en otra discoteca. Le dije que quedaría ahí con amigos para ver el

ambiente. Adiós, cariño. Ha sido un verdadero placer.

—Pero, Bobby, no te he dado mi número de teléfono...

Pero él ya había salido al pasillo y se había perdido entre la gente antes de que Cheska pudiera terminar la frase. La euforia se le desvaneció. Fue al lavabo, se metió en un cubículo, bajó el asiento del inodoro y se sentó con la cabeza entre las manos.

Le rodaron lágrimas por las mejillas al pensar en las semanas que pasaría sin ver a Bobby. ¿Cómo iba a soportarlo?

Greta tardó mucho más tiempo de lo habitual en arreglarse para comer con David en el Savoy. En las últimas semanas, mientras veía cómo Cheska se paseaba lánguidamente por el piso suspirando por Bobby Cross, había estado cada vez más segura de lo que sentía por David.

Lo quería, sí, tal como le había dicho a Cheska, pero, después de las cosquillas que había notado en el estómago, sabía que también lo deseaba.

—Lo tenías delante de las narices desde hace años y no lo veías —reprendió a su reflejo en el espejo—. ¡Tonta, más que tonta!

Después de permitir que su corazón saliera de su cárcel, Greta había empezado a imaginar la vida que podría haber tenido con David: lo cómodos y a gusto que siempre estaban juntos y de qué modo esto mismo podría haberle brindado la satisfacción interior que tanto le faltaba; cuán llena de amor, compañerismo e intimidad física podría haber estado su vida. Tener a David con ella para protegerla, apoyarla y gozar juntos de las pequeñas cosas de la vida, en vez de luchar sola contra viento y marea.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó a su reflejo.

No lo sabía. Lo único que podía hacer era hallar la manera de preguntárselo.

David se levantó en cuanto vio entrar a Greta en el Asador. Sonrió cuando ella se acercó y la besó cariñosamente.

—¿Qué tal, Greta? Qué gusto verte. Estás estupenda.

—Oh, pues... gracias. Tú también —respondió ella, nerviosa.

—¿Te ha costado mucho venir? Casi todo Londres se quedó paralizado ayer por el esmog.

—He venido andando. Coger un taxi era imposible. Eso sí, no debería haber estrenado zapatos. Los pies me están matando. —Greta señaló los zapatos Charles Jourdan de piel de cocodrilo y puntera estrecha que Cheska le había regalado una de las veces que habían ido de compras.

—Dicen que mañana por la mañana ya debería haberse disipado —respondió David mientras se sentaban.

—Ojalá.

—¿Estás bien? Pareces un poco agobiada.

—No, estoy... estoy bien. —Greta sabía que necesitaría un par de copas de vino antes de poder armarse de valor para hablarle de sus recientes revelaciones—. Solo estoy pasando un momento difícil con Cheska.

—No estará enferma, ¿verdad? —David hizo una seña a un camarero y pidió una botella de Chablis.

—No, no está enferma, o al menos eso creo.

—¿Les tomo nota, señor? —preguntó amablemente el camarero—. La sopa del día es de tomate y albahaca.

Greta echó un vistazo a la carta.

—Para mí la sopa y el lenguado de Dover, por favor.

—Buena elección. Lo mismo para mí, por favor.

El camarero asintió y los dejó solos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El A-M-O-R. —Greta deletreó la palabra—. Un caso especialmente grave de primer amor.

—Entiendo —dijo David—. Debo reconocer que me cuesta imaginar a Cheska teniendo emociones adultas. Aún la veo como a una niña.

—Bueno, ha madurado muy rápido en estos últimos meses. Desde que terminó el rodaje de *Señor, esto mío es amor*, se pasea por casa como un alma en pena. Se niega a hacer nada aparte de quedarse en su habitación escuchando esa ridícula canción nueva de Bobby Cross.

—Oh, ¿«La locura del amor»? Es buena, ¿verdad?

—Bueno, si la escucharas cincuenta veces al día como tengo que hacer yo, igual le perderías el gusto. —Greta enarcó las cejas y David se rio cuando el camarero llegó con el vino. Lo descorchó y sirvió dos copas. Greta dio un buen trago a la suya.

—¿Le corresponde el afortunado?

—No lo sé. Lleva varias semanas de viaje, lo que explica la conducta de Cheska. Puede que no sea mi ideal de primer novio, pero, para ser sincera, cualquier cosa es mejor que verla tan infeliz. Cheska dice que está segura de que él querrá casarse con ella un día.

—Entiendo. ¿Y va en serio?

—¿Quién sabe? Cheska cree que sí, pero, naturalmente, todo esto es ridículo. No tiene ni dieciséis años, por el amor de Dios. Y él es un hombre adulto.

—¿Y quién es?

—Oh, perdona, pensaba que te lo había dicho. Es su compañero protagonista en la película, y, además, el cantante de esa horrible canción, Bobby Cross.

Greta vio que David fruncía el ceño.

—Dios mío, Dios mío —dijo, suspirando.

—David, ya sé que no es lo ideal, pero ¿por qué lo dices así? ¿Lo conoces?

—Bueno, no lo consideraría un amigo, pero lo conozco. Lo invité a mi programa de televisión hace un tiempo y ha ido a un par de fiestas de Leon. Él le está abriendo camino en el mundo del cine. Resulta que también sé que está casado —dijo despacio.

—Dios santo. —Greta tragó saliva y se pasó una mano por la frente con angustia—. ¿Estás seguro? Pondría la mano en el fuego a que Cheska no lo sabe.

—No me sorprende. Es un secreto muy bien guardado, al igual que sus dos hijos.

Todo lo que Greta estaba deseando decirle dejó de tener importancia. Volvió a coger la copa y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—David, no sé qué decir...

—Lo siento, Greta, pero es mejor que lo sepas. Y también debería saberlo Cheska. Bobby se casó muy joven, antes de hacerse famoso. Cuando sus discos empezaron a venderse, su compañía discográfica sugirió que su mujer e hijos no se mencionaran nunca cuando se hiciera difusión. Querían que sus jóvenes admiradoras creyeran que estaba libre.

—¡Pero he visto incontables fotos en los periódicos de Bobby con modelos y actrices! No lo entiendo.

—Bueno, en palabras de Leon, Bobby y su mujer tienen un «acuerdo». Obviamente, él se ha hecho muy rico y a ella le encanta vivir con holgura alejada

de los focos. No le importa que él vea a otras mujeres, siempre que no se divorcie de ella. Es muy católica, ¿sabes?, y le ha dicho que, si alguna vez lo intenta, tirará de la manta y lo hará público. Es lo que podríamos llamar un pacto mefistofélico.

—¡Dios mío, David! De haberlo sabido, podría haber... —Greta se retorció las manos—. Entonces, ¿Leon sabe lo de Bobby?

—Por supuesto.

—¡Ese cabrón! —Greta rara vez decía palabrotas, pero estaba fuera de sí—. ¿Cómo ha podido?

El camarero llegó con la sopa. Se quedaron callados mientras se la servía. En cuanto se hubo marchado, Greta continuó:

—Leon estaba al corriente de la relación de Cheska con Bobby desde el principio. De hecho, estoy segura de que la alentó. Cheska ha reconocido que le pidió que me llamara y me mintiera sobre el motivo por el que ella se quedaba el fin de semana en Brighton. Debía de saber que iba a estar con Bobby.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso Leon? Sabe que Cheska ni tan siquiera es mayor de edad.

—No lo sé, David, a menos que fuera para hacerme daño. Siempre le ha molestado que Cheska me haga más caso a mí que a él. Supongo que vio una manera de interponerse entre las dos. Para convertirse en su confidente, su cómplice. ¡Me da asco!

—No sé qué decir, Greta. Si es cierto que alentó la relación, es imperdonable. Cheska es muy inocente, sin ninguna experiencia con los hombres. Y aún menos con uno tan seguro de sí mismo como el señor Cross. ¿Cuándo se lo dirás?

—Lo antes posible. Hay un realizador de Los Ángeles que quiere que vaya a Estados Unidos para hacer una prueba de cámara, pero Cheska se ha negado siquiera a plantárselo hasta que tenga noticias de Bobby. Está obsesionada, David. Cree de verdad que va a casarse con ella. Y que vivirán felices para siempre.

—También sé que Bobby ha tenido montones de aventuras, pero que no pasan de ahí. No puede arriesgarse a que su mujer levante la liebre. Quedaría ante el mundo como el embaucador que es.

—Bueno, al menos Cheska no ha llegado tan lejos. Le pregunté si se acostaba con Bobby y me dijo que no.

—¿Y tú la creíste?

—Me juró que era la verdad. En serio, David, creo que esto solo es un enamoramiento de colegiala. O al menos eso espero.

—Ándate con pies de plomo, Greta —le aconsejó él—. Como tú misma has dicho, Cheska está muy enamorada. Y un primer amor puede invalidar cualquier código moral que le hayas inculcado. Siempre ha sido frágil emocionalmente y...

—¿A qué te refieres con «frágil emocionalmente»?

—Bueno, es muy joven y, por tanto, vulnerable; una presa fácil para un casanova con experiencia como el señor Cross.

—Tienes toda la razón —murmuró Greta—. Oye, Cheska ha quedado aquí conmigo esta tarde para tomar algo antes de ir al cine. Le daré la noticia, pero dudo que me crea. ¿No podrías, por casualidad, acompañarnos? Ella siempre te ha apreciado mucho. A lo mejor nos haría caso si eres tú quien le dice que Bobby está casado.

—Claro, si crees que ayudaría. Tengo que ir a Bush House después de comer para ver al realizador de mi programa de radio, pero está muy cerca y puedo llegar hacia las seis menos cuarto.

—Muchísimas gracias. No creo que pueda hacer esto sola.

Greta le tendió la mano por encima de la mesa. Y David, pese a llevar años intentando olvidar lo que sentía por ella, después de comprender que era un callejón sin salida, se la cogió y se la apretó con fuerza simplemente porque había acudido de nuevo a él en busca de ayuda.

Notar su mano en la suya recordó a Greta lo que había ido a decirle.

—De hecho, David, hay otra cosa sobre la que quería... esto... hablarte.

—¿Ah, sí? Dispara.

—Yo... —Greta se echó atrás y suspiró—. La verdad es que, con lo que acabas de decirme, no es el momento, pero ¿podríamos quedar otra vez a comer a principios de la semana que viene?

—Claro. ¿Algo va mal?

—No, «mal» no, desde luego. Es solo que... —Greta se encogió de hombros—. Te prometo que te lo explicaré la semana que viene cuando hayamos resuelto el problema de Cheska. Dime... —se rehízo y esbozó una sonrisa—, ¿qué tal va la serie de televisión?

Cheska aguardaba nerviosa en la sala de espera. Cogió una revista del montón que había en la rayada mesa de centro y la hojeó sin fijarse en nada en concreto.

Las últimas semanas habían sido espantosas. No había tenido noticias de Bobby desde la noche de la fiesta, hacía casi dos meses. Entendía que estuviera ocupado en Francia, pero lo menos que podía haber hecho era llamarla para saludar. Había pasado por un verdadero infierno, imaginando situaciones de todo tipo: Bobby con otras chicas, Bobby ya no la quería, Bobby estaba muerto... Lo único que la consolaba era que él le cantara en su gramófono, como había hecho la noche de Brighton. Y entonces hacía memoria y se sentía mejor. Y pronto sería Navidad. Seguro que Bobby regresaría a Inglaterra para celebrarla, ¿no?

Pero la voz había regresado para atormentarla cuando estaba despierta y para perseguirla en sueños cuando conseguía dormirse.

«Bobby se ha ido... Bobby se ha ido... ya no te quiere...»

Cheska se preguntaba si llevar un tiempo sin tomarse las pastillas era la causa de que volviera a tener fuertes dolores de cabeza y a oír la voz, pero no lo creía. Todo era porque Bobby no estaba.

Además, no le venía la regla. No le había dado importancia la primera vez, pero cuando había tenido otra falta la semana anterior, Cheska supo que tenía que ir al médico. Igual se estaba muriendo, y tenía que decírselo a Bobby si así era.

Hacía cuatro días había pedido hora con una médica distinta a la suya habitual. La doctora Ferguson, una mujer de mediana edad, la hizo pasar a su consulta y la acribilló a preguntas, algunas de las cuales le sacaron los colores. En el transcurso de su conversación, Cheska empezó a darse cuenta de lo poco que sabía sobre el funcionamiento de su propio cuerpo. La doctora Ferguson también la exploró, le extrajo sangre y le sugirió que se hiciera una prueba de embarazo. Cheska contuvo un grito de horror, pero accedió. Desde entonces se había pasado las noches dando vueltas en la cama al pensar en lo que podía haberle ocurrido.

Y cuando conseguía dormirse, tenía pesadillas y oía la voz. Sabía que lo único que podía curar sus males era Bobby. Él haría que se sintiera mejor.

Esa mañana, después de que su madre saliera para comer con David, Cheska se había quedado en su habitación, paseándose de un lado para otro. Tenía hora con la médica a las dos y media para recoger los resultados de las pruebas, pero

se sentía tan confusa que no podía estarse quieta.

Entonces había sucedido algo horrible. Había ido al espejo para cepillarse el pelo. Pero su reflejo no estaba.

Era invisible.

Conteniéndose para no llorar, había salido del piso a toda prisa y había ido andando a la consulta de la doctora, sin atreverse a buscar su imagen en ninguno de los escaparates que se cruzaban por su camino.

—¿Cheska Hammond? —La recepcionista por fin dijo su nombre y ella se levantó. Como había llegado temprano, llevaba casi una hora en la sala de espera —. La doctora Ferguson ya puede verla.

Con el corazón palpitándole, Cheska enfiló despacio el pasillo que conducía a la consulta y llamó a la puerta.

—Hola, doctora Ferguson —dijo al entrar.

—Hola, Cheska. Por favor, siéntate. Bien, tengo los resultados de las pruebas que te hicimos hace unos días. Te alegrará saber que no estás enferma ni a las puertas de la muerte. Pero las pruebas han confirmado lo que yo pensaba en un principio. Estás embarazada.

Cheska prorrumpió en sollozos.

—Tranquila, no pasa nada. —La doctora Ferguson le dio un pañuelo de papel —. La semana pasada dijiste que no estás casada, ¿es así? —preguntó.

—Sí.

—Pero ¿tienes novio formal?

—Sí.

—¿Crees que cuando sepa la noticia estará dispuesto a hacer lo correcto? Obviamente, sería mucho mejor para ti y el niño que lo hiciera.

—Yo... ¿tengo que tenerlo?

—Pues sí. Quizá no lo sepas, querida, pero el aborto, que es como una mujer pone fin a un embarazo no deseado, es ilegal en Gran Bretaña. Así que me temo que no tienes alternativa.

Cheska se tragó las lágrimas, incapaz de asimilar lo que la médica le decía. Pero entonces... empezó a imaginarse diciéndole a Bobby que estaba embarazada de un hijo suyo. El hijo de los dos, fruto de su amor. ¿Cómo podía dudar de que él se casara con ella? Notó que la invadía una súbita calma. El corazón le latió más despacio y sonrió a la doctora.

—Sí, estoy segura de que me apoyará y nos casaremos —respondió.

—Bueno, esa es una buena noticia, al menos. Bien, te aconsejo que hables con él y después vuelvas para que podamos reservarte plaza en un hospital para el parto. ¿Tienes más familia?

—Vivo con mi madre.

—Pues yo también se lo diría a ella. Es mejor tener a alguien de tu parte en esta situación. Puede que al principio se escandalice, pero estoy segura de que te apoyará.

—Sí, doctora, gracias. —Cheska se levantó de la silla—. Adiós.

Se marchó de la consulta aturdida y salió a la bulliciosa calle. El esmog aún era muy espeso y el tráfico estaba totalmente parado. Había empezado a anochecer y lloviznaba.

Cheska necesitaba ir a pensar a algún lugar. Anduvo por Piccadilly, se internó en el laberinto de calles de Soho y entró en la primera cafetería que encontró. Después de pedir un café solo, rebuscó en el bolso, sacó un paquete de Embassy y se encendió un cigarrillo. Era la marca que fumaba Bobby y un hábito reciente. El olor a humo le recordaba a él y eso la reconfortaba. Buscó su polvera y la sacó.

—Dios, por favor, deja que esté aquí, por favor —rogó cuando la abrió. Suspiró aliviada cuando sus facciones le devolvieron la mirada.

Todo estaba en orden, en orden. Al final no era invisible. Debía de haber sido la preocupación por su visita con la médica.

Le llevaron el café y, mientras se lo bebía, se tranquilizó diciéndose que el bebé era lo mejor que podía haber ocurrido. Ahora, seguro que Bobby querría casarse y ella tendría lo que más deseaba, ¿no? Una feliz imagen de los tres, Bobby, ella y su hijo, le ocupó el pensamiento, y sonrió. Después se tocó vacilante la barriga. Dentro llevaba una parte de Bobby, una vida que le recordaba cómo él la había amado y seguiría amándola en el futuro.

Cheska sabía que tenía que pensar en las cuestiones prácticas. Decidió dar la noticia a su madre esa tarde mientras tomaban algo en el Savoy, pues sabía que Greta no montaría un número en un hotel. Le aseguraría que Bobby y ella se casarían lo antes posible. Su madre podía enfadarse por haberle mentado un poco, pero estaba segura de que la perdonaría cuando supiera que iba a ser abuela y que tendría un hermoso nieto al que querer. La prueba de Hollywood

debería aplazarse de forma indefinida, pero ¿qué era una ridícula película comparada con su amor por Bobby y el hijo de ambos?

Lo primero que debía hacer era llamar a Leon para que le diera el número de teléfono de Bobby en Francia. Se terminó el café, se dirigió al fondo de la cafetería en busca del teléfono y marcó su número.

—Hola, Cheska, me alegro de oír tu voz. ¿Has decidido cuándo os vais a Estados Unidos?

—No, no exactamente, Leon.

—No puedes dejarlo mucho más. No van a esperar eternamente, ¿sabes?

—Lo sé. Verás, Leon. Te llamo porque tengo que ponerme en contacto con Bobby.

—¿Qué Bobby?

—Bobby Cross, por supuesto —dijo Cheska irritada—. ¿Tienes su número de teléfono en Francia?

—¿En Francia? —Leon pareció sorprendido.

—Sí. Está ahí, ¿no?

—Ah... esto... sí. Claro que sí.

—Es muy urgente que hable con él.

—Entiendo. Se me ocurre una cosa, ¿por qué no lo dejas en mis manos? Está... viajando mucho ahora mismo, pero la próxima vez que me llame le diré que se ponga en contacto contigo de inmediato.

—Vale, pero, por favor, Leon, dile que es urgente.

—Lo haré. Todo va bien, ¿no, Cheska?

—Oh, sí, todo va bien. Adiós.

Cheska colgó el teléfono y miró su reloj. Tenía veinte minutos para llegar al Savoy.

Greta estaba sentada en el American Bar tomándose un gin-tonic y fumándose un cigarrillo. Llevaba una hora intentando pensar en cómo darle a Cheska la terrible noticia sobre Bobby Cross.

Cuando la vio llegar, el corazón le dio un vuelco. Se fijó en cómo los hombres que pululaban por el bar la seguían con la mirada. Estaba convirtiéndose en una joven muy hermosa, y no había motivo para que no pudiera superar su enamoramiento y tener a cualquier hombre que quisiera. La idea le infundió valor.

—Hola, mamá. —Cheska se sentó enfrente de ella.

Greta se fijó en que su hija tenía los ojos demasiado brillantes y las pálidas mejillas arreboladas.

—¿Ha ido bien la comida con el tío David? —continuó Cheska.

—Sí, ha sido muy agradable. De hecho, va a venir a tomarse una copa rápida con nosotras.

—Oh. Me encantará verlo.

—¿Te pido algo?

—Un zumo de naranja, por favor.

—De acuerdo.

Greta se lo indicó al camarero y se volvió hacia su hija, sin saber cómo empezar, pero entonces habló Cheska:

—Mamá... tengo que decirte una cosa. Sé que vas a disgustarte un poco, pero quiero que sepas que al final todo saldrá bien.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

—Bueno, esta tarde he sabido que Bobby y yo esperamos un hijo. —Cheska se atropelló con las palabras y continuó rápidamente, antes de que Greta tuviera

tiempo de responder—: Por favor, mamá, no te enfades conmigo. Sé que te mentí sobre Bobby y yo y la clase de relación que tenemos, pero sabía que, si te decía la verdad, tú solo te preocuparías. El bebé fue un descuido, pero ahora que ha pasado estoy muy feliz. Es lo que quiero y Bobby se pondrá contentísimo. Estoy segura de que querrá casarse conmigo lo antes posible.

Cheska vio que su madre palidecía.

—Yo... Oh, Cheska. —Una sola lágrima le rodó por la mejilla.

—Mamá, por favor, no llores. Todo irá bien, de verdad.

—Perdona, cariño. Tengo que ir al tocador.

Greta se levantó, atravesó el bar a toda prisa y bajó a refugiarse en los aseos. Cerró la puerta del cubículo y le entraron arcadas.

Cuando terminó de vomitar, se apoyó en la puerta, resollando.

Lo había hecho todo, todo, para proteger y educar a su hija, le había preparado el terreno para que tuviera la clase de amor, estabilidad económica y carrera profesional que ella jamás había podido tener. Y aun así, después de todos sus esfuerzos, la historia se repetía. Cheska estaba embarazada de un hombre que no la quería y jamás se casaría con ella, aunque tuviera libertad para hacerlo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gimoteó.

—Mamá, ¿mamá? ¿Estás dentro? ¿Te encuentras bien? —Era Cheska.

—Sí, cariño, me encuentro bien.

Greta se irguió y tiró de la cadena. Respiró hondo, sabiendo que tenía que ser fuerte por su hija. La situación aún podía remediarse, pero tenía que pensar deprisa. Dibujó una sonrisa en la boca y abrió la puerta. Cheska la esperaba, retorciéndose las manos, como siempre hacía cuando estaba nerviosa o disgustada. Greta fue al lavabo, se lavó las manos y se retocó los labios. Cheska la observó en silencio.

—Lo siento, cariño. Creo que debe de haber sido la sorpresa por lo que acabas de decirme. Me he notado un poco mareada, pero ya estoy bien. Vamos a tomarnos las bebidas, ¿quieres? Tenemos muchas cosas de que hablar.

Salieron juntas del aseo y regresaron al bar. Greta cogió su gin-tonic y tomó un buen trago, deseando que David se diera prisa.

—Mamá, por favor, dime que no estás enfadada conmigo. No quiero que te disgustes. Yo no estoy disgustada. Estoy feliz.

Greta negó con la cabeza con desaliento.

—No, cariño. No estoy enfadada, solo estoy muy preocupada por ti.

—Pues no lo estés. Como he dicho, todo irá bien.

—¿Le has dado la noticia a Bobby?

—No, todavía no. Sigue en Francia, pero he telefoneado a Leon y Bobby me llamará en cuanto pueda. Pero sé que estará encantado. Y lo único que cambia es que tendremos que casarnos antes de lo previsto.

—Entonces, Bobby te ha pedido que te cases con él, ¿no, Cheska?

—No explícitamente, pero sé que es lo que quiere. Me ama, mamá, y yo lo amo a él. Piénsalo, ¡vas a ser abuela!

Greta consiguió no mudar las facciones, pero por dentro tenía el corazón roto. Escrutó la expresión sincera de su hija y se preguntó si de verdad tenía alguna clase de problema emocional. ¿O era culpa suya por su empeño en protegerla de la realidad? Fuera cual fuera el motivo, su ingenuidad era pasmosa. Cheska daba por hecho, como siempre sucedía en sus películas, que su vida tendría un final feliz.

Greta no podía seguir esperando a David. Respiró hondo y cogió la mano a su hija.

—Cariño, tengo que decirte una cosa. Sé que a lo mejor no me crees, así que el tío David va a venir para confirmarte que no te miento. Te lo iba a decir de todas formas esta tarde, pero con la noticia que acabas de darme, es aún más importante que sepas la verdad.

Greta vio que Cheska ya había endurecido las facciones. La tensión se le notaba en las comisuras de la boca.

—¿Qué «verdad»? —preguntó.

—Antes de decírtela, debes saber que eres lo que más quiero en el mundo y que nunca haría nada para herirte. Daría lo que fuera por evitarte esto, Cheska, pero no puedo. Me has pedido que te trate como a una adulta y ahora debes tener el valor de actuar como tal. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, mamá. Dime qué pasa, por favor. ¿Se trata de ti? ¿Estás enferma?

—En ciertos aspectos, ojalá fuera así de simple. Vas a tener que ser muy valiente y recordar que estoy de tu parte y que te ayudaré en todo lo que pueda.

—¡Dímelo de una vez, mamá, por favor!

—Cheska, cariño, Bobby Cross está casado. Lo está desde hace varios años. También tiene dos hijos pequeños.

Cheska miró a su madre en silencio, con expresión pétrea.

Greta continuó:

—El tío David me lo ha dicho hoy durante la comida. Por lo visto, es uno de los secretos mejor guardados del mundo del espectáculo. Tener mujer e hijos no era bueno para su imagen de ídolo, así que la prensa no ha publicado nada sobre ellos. Y aunque quisiera casarse contigo, no podría, porque su mujer se niega a divorciarse de él. Lo que te ha hecho es imperdonable, Cheska, pero el tío David dice que no eres la primera y que seguramente no serás la última. Te prometo, cariño, que es la verdad. —Greta se interrumpió e intentó juzgar la reacción de su hija.

Cheska ya no miraba a su madre, sino al vacío.

—Cariño, por favor, créeme cuando digo que, aunque la situación es difícil, no es el fin del mundo. Podemos solucionar tu problema, Cheska. Estoy segura de que sabes que hay maneras. Después podríamos ir a Estados Unidos para hacer la prueba de cámara. En cuanto estrenen tu película allí, todos los estudios te perseguirán para ficharte. Pronto olvidarás a Bobby y...

—¡NO! ¡NO! ¡NO! No te estoy escuchando, no estoy escuchando. ¡Estás mintiendo! ¡Me estás mintiendo! —Cheska se tapó los oídos y empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

La gente empezó a mirarlas.

—Cariño, por favor, intenta mantener la calma. Te juro que estoy diciéndote la verdad. ¿Por qué iba a mentirte?

Cheska se destapó los oídos y miró a Greta.

—Porque no soportas la idea de perderme, por eso. Porque quieres que continúe siendo tu niña eternamente y tenerme para ti sola. No quieres que tenga una vida con Bobby, ni, de hecho, con ningún hombre. Pues no vas a salirte con la tuya, mamá. Quiero a Bobby y voy a casarme con él y tener a su hijo. Y si no puedes aceptarlo, ¡es tu problema, no el mío!

Greta se estremeció cuando Cheska crispó las facciones en una espantosa mueca y su expresión trastornada borró su excepcional belleza.

—Cariño, escúchame. Entiendo que estés disgustada, pero...

—¿Disgustada? ¡No! ¡No estoy disgustada! Solo me das lástima, nada más. Te da miedo sentirte sola durante el resto de tu vida, ¿eh?

—¡Ya basta!

El dominio de Greta se hizo pedazos bajo la lluvia de hiel de su hija.

—Deja que te diga una cosa sobre mí y mi «solitaria» vida. Tenía dieciocho años cuando me quedé embarazada. Tu padre era un oficial estadounidense que zarpó a Estados Unidos sin despedirse siquiera, dejándome tirada. Estaba sin dinero ni hogar, pero el tío David me salvó de la miseria y me mandó a Gales. Conocí a Owen Marchmont y me casé con él para dar un padre a mi hijo. Cuando Owen comenzó a beber, te llevé a Londres y me esforcé para que siempre tuviéramos un techo bajo el que cobijarnos. Lo único que siempre he intentado hacer es darte lo que yo no tuve. Todo es para ti, Cheska. No quiero nada a cambio, ¡pero te pido que tengas la decencia de creer que lo que he dicho es verdad!

Cheska sonrió despacio, pero su mirada penetrante estaba cargada de maldad.

—Vale, mamá. ¿Puedes decirme cómo esperas que crea lo que has dicho sobre Bobby cuando es obvio que llevas todos estos años mintiéndome sobre mi verdadero padre?

Greta se vino abajo. Encorvó la espalda cuando las fuerzas la abandonaron. Despacio, cogió el bolso, lo abrió y sacó dinero para pagar la cuenta.

—Me voy. Te sugiero que esperes al tío David y le pidas que te confirme lo que acabo de explicarte. No puedo hacer más aparte de decirte que siempre estaré a tu lado si tú quieres que lo esté, que te quiero muchísimo y que siempre he intentado hacer lo que es mejor para ti. —Greta se levantó—. Adiós, cariño.

Cheska vio cómo su madre salía del bar. Y la insidiosa voz comenzó a susurrarle.

«Está mintiendo, está mintiendo... Bobby te ama... te ama... Ella te odia, te odia, quiere destruirte...»

Cheska negó con la cabeza, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Solo veía borrosas sombras moradas.

Se levantó, cruzó el vestíbulo del hotel y salió a la calle detrás de su madre.

David apretó el paso por Strand Street. Su reunión en Bush House se había alargado y llegaba tarde a su cita con Greta y Cheska. El esmog aún era espeso, pero al menos había algunos claros. Camino del Savoy, se preguntó si Greta había hablado a Cheska de Bobby Cross. Se quedó en la acera de enfrente del

hotel, forzando la vista entre los gélidos remolinos de niebla para divisar un hueco en el tráfico y poder cruzar la calle.

Antes de que pudiera moverse, oyó un patinazo de neumáticos en el firme mojado, un fuerte golpe y un grito ensordecedor. El tráfico se detuvo.

Abriéndose paso entre los coches parados, David empezó a atravesar la calle. Al otro lado se había formado un corrillo de gente delante de un coche. Miraban a alguien tirado en el suelo.

—¡Dios mío!

—¿Está muerta?

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

—Debe de haber tropezado y haberse caído. Hace nada estaba esperando para cruzar y...

—¡No veía por el esmog y...!

Justo antes de llegar al corrillo, David tropezó con un objeto tirado en la calzada. Se arrodilló y lo cogió.

Gimió al acunar el delicado zapato de cocodrilo en la mano.

—No... ¡por favor!

Abriéndose paso a empujones entre el gentío, se arrodilló junto al cuerpo desmadejado que yacía inmóvil. Levantó la cara de Greta y vio que estaba incólume, con solo una mancha de tierra y una leve rozadura en la mejilla sobre la que se había caído. Le tomó el pulso, y su debilidad le indicó que la vida la estaba abandonando.

—Greta, querida Greta —le susurró con dulzura al oído, pegando su mejilla a la suya—. Por favor, no me dejes. Te quiero, te quiero...

No sabía cuánto tiempo había transcurrido antes de que una ambulancia se detuviera junto a él, con las luces intermitentes encendidas.

—Disculpe, señor, ¿nos deja echarle un vistazo? —Había un sanitario junto a su hombro.

—Tiene pulso, pero... se lo ruego, trátenla con cuidado —exclamó David.

—Deje que nos ocupemos nosotros, señor. ¿Puede apartarse, por favor?

Desconsolado, David se levantó, sabiendo que no podía ser de mucha ayuda. Desde lejos vio cómo colocaban a Greta en una camilla con cuidado. Después divisó a Cheska, sola bajo una farola a una cierta distancia. Se acercó a ella.

—Cheska —dijo en voz baja, pero ella no reaccionó—. Cheska. —Le pasó un

brazo por los hombros—. Tranquila. El tío David está aquí.

Cheska lo miró y pareció reconocerlo en ese momento.

—¿Qué ha pasado? Yo... —Meneó ligeramente la cabeza y miró alrededor como si intentara recordar dónde estaba—. ¿Mamá? ¿Dónde está mamá? —Escudriñó la calle, frenética.

—Cheska... —David señaló la ambulancia.

Ella se apartó de él y corrió hacia el vehículo. Greta estaba tendida en la camilla al lado de la ambulancia mientras los sanitarios se preparaban para subirla. Su rostro tenía el color y el aspecto vítreo de la porcelana. Cheska soltó un grito, se arrojó sobre la camilla y abrazó su cuerpo inerte.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quería hacerlo, no quería hacerlo! ¡Dios santo! ¡No!

David se quedó detrás de Cheska, escuchándola murmurar contra el pecho de Greta y prorrumpir en histéricos sollozos. Se arrodilló e intentó separarla de su madre, pero ella siguió aferrada a ella, sus palabras apenas eran audibles.

—Vamos, Cheska. Vamos, cariño. Tenemos que dejar que lleven a tu madre al hospital.

Cheska se volvió hacia David, con cara de verdadera angustia. Luego se desmayó en sus brazos.

En los días posteriores al accidente, David alternaba sus visitas entre la unidad de cuidados intensivos donde habían trasladado a Greta y el pabellón médico para mujeres del hospital Saint Thomas en el que estaba ingresada Cheska, en un angustioso estado de confusión.

Cuando se desmayó en la calle esa noche funesta, David no tuvo más remedio que hacerle compañía, pese a estar loco de preocupación por Greta. Un sanitario se quedó para atenderla, pero, mientras le hacía un reconocimiento, ella volvió en sí y se puso a gritar a pleno pulmón y a farfullar incoherencias sobre fantasmas, brujas y ataúdes. Arremetió violentamente contra David cuando él intentó calmarla. Al final, el sanitario se vio obligado a sedarla mientras esperaban a que llegara otra ambulancia.

Una vez que Cheska estuvo ingresada y durmiendo en el pabellón, David preguntó a la enfermera dónde podía encontrar a Greta. Con el corazón en un puño, subió al ascensor para ir a la unidad de cuidados intensivos, sin saber si estaba viva o muerta. Allí le informaron de que se encontraba en coma y su estado era crítico pero estable. Era imposible visitarla.

Durante horas no pudo hacer nada aparte de pasearse nervioso por el pasillo, preguntando preocupado a los diversos médicos y enfermeras que entraban y salían afanosamente de su habitación. Ellos no pudieron decirle nada, aparte de repetir que Greta estaba grave.

Transcurrieron dos días, durante los cuales los médicos guardaron un mutismo absoluto sobre su estado, antes de que le permitieran visitarla. Verla conectada a una serie de máquinas, con tubos que le salían de la boca y la nariz, y la cara hinchada y magullada, lo hizo llorar.

—Por favor, ponte bien, cariño —le susurró una vez tras otra, sentado a la

cabecera de la cama—. Por favor, Greta, vuelve conmigo.

—Ah, señor Marchmont. —El especialista se levantó y estrechó la mano a David—. Soy el doctor Neville. Por favor, siéntese. Tengo entendido que es pariente de Greta.

—Sí, supongo, pariente político. También somos muy buenos amigos.

—Entonces puedo decirle lo que sabemos hasta ahora. Cuando el coche la atropelló, sufrió una fractura grave de fémur y un fuerte traumatismo craneal que le ha provocado el coma. Obviamente, la lesión de la cabeza es la que más nos preocupa, sobre todo porque Greta aún no ha recobrado el conocimiento, ni tan siquiera momentáneamente.

—Pero acabará despertándose, ¿no?

—Estamos haciéndole pruebas, pero me temo que aún no hemos llegado a ninguna conclusión. Si no encontramos nada, es posible que la traslademos a la unidad de lesiones cerebrales del hospital Addenbrooke de Cambridge para que sigan controlando su estado.

—¿Cuál es el pronóstico en este momento, doctor?

—Hasta donde sabemos, no corremos peligro de perderla, si se refiere a eso. Sus signos vitales son alentadores y ahora sabemos con seguridad que no hay hemorragia interna. En cuanto al coma, bueno... solo el tiempo dirá. Lo siento.

David salió del despacho con emociones encontradas. Estaba tremendamente aliviado de que Greta estuviera fuera de peligro, pero desolado por las posibles repercusiones que el doctor había descrito. No sabía qué era peor: pensar que Greta podía no despertar jamás o que, si lo hacía, su cerebro pudiera estar tan dañado que, de todas maneras, su vida fuera insostenible.

Más avanzada la tarde, subió desalentado la escalera para hacer a Cheska su visita diaria. Como de costumbre, ella no lo saludó, sino que permaneció inmóvil en la cama, con los ojos fijos en un punto del techo.

David lo intentó todo para provocarle alguna reacción, pero no hubo ninguna.

Sus ojos vidriosos llenos de espanto lo perseguían cada vez que cerraba los suyos para descansar unos minutos en la sala de espera. El especialista del hospital le había explicado que Cheska estaba en un estado catatónico, provocado, creía, por el trauma emocional que había sufrido al presenciar el

accidente de su madre.

La semana siguiente, Greta —todavía en coma— fue trasladada al hospital Addenbrooke. Dijeron a David que era mejor que los médicos dedicaran unos cuantos días a valorarla antes de que él fuera a visitarla. Le llamarían si había noticias.

Debilitado por la falta de sueño y la mera tensión física y emocional de atender a las dos mujeres que tanto quería, David se fue a casa por primera vez desde hacía días y durmió veinticuatro horas seguidas. Cuando regresó, más recuperado, para ver a Cheska, su especialista lo llamó a su despacho.

—Siéntese, señor Marchmont, por favor.

—Gracias.

—Quería hablarle de Cheska. Cuando ingresó, dábamos por hecho que la conmoción por presenciar el accidente de su madre iría remitiendo poco a poco y su estado mejoraría. Por desgracia, hasta ahora, no ha sido así. Señor Marchmont, somos un pabellón médico y no tratamos casos como este. He pedido a nuestro psiquiatra residente que la reconozca, y él cree que necesita que la trasladen a una unidad psiquiátrica especializada. Sobre todo, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Cheska está embarazada de más de dos meses.

—¡Virgen santa! —gimió David, preguntándose cuánto más sería capaz de aguantar.

—Suponía que usted no lo sabía y, en teoría, no estoy respetando la confidencialidad de la paciente al informarle, pero como Cheska no está en condiciones de decírselo ella misma, y su madre está... incapacitada, usted es el pariente más cercano. Creo que es importante que conozca toda la situación.

—Por supuesto —respondió David con un hilillo de voz.

—Como Cheska es una cara famosa, le recomendaría una clínica discreta.

—¿De verdad es necesaria esa clase de institución? —preguntó David con desánimo.

—Como ahora mismo es poco probable que Cheska reaccione si algo fuera mal, debe tener supervisión médica durante su embarazo.

—Comprendo.

—Hágame saber a qué parte del país preferiría trasladarla, y pediré a nuestro psiquiatra que haga algunas llamadas a los centros apropiados.

—Gracias.

David salió al pasillo y regresó despacio a la habitación de Cheska.

Estaba sentada en su silla, mirando por la ventana. David se arrodilló delante de ella y le tomó las manos.

—Cheska, deberías habérmelo dicho. Vas a tener un hijo.

Nada.

—El hijo de Bobby. —David dijo esas palabras llevado por el instinto.

Cheska inclinó ligeramente la cabeza hacia él. De golpe, sonrió.

—El hijo de Bobby —repitió ella.

David enterró la cabeza entre las manos y lloró aliviado.

—¿Está dentro Leon? —preguntó David a la recepcionista mientras se dirigía resueltamente a la puerta cerrada del despacho.

—Sí, pero...

Leon colgó el teléfono cuando David entró sin llamar.

—Hola, David. ¡Feliz Navidad! ¿Cómo están Greta y Cheska?

David se acercó a su mesa y apoyó las manos en ella. Se inclinó hacia delante, sacando el máximo partido de su estatura y constitución robusta.

—Un poco mejor, pero no gracias a ti. Quiero que me digas si sabías que Cheska tenía una aventura con Bobby Cross y, si lo sabías, por qué no le advertiste de su estado civil.

Leon se encogió en la silla. David, por lo general tan amable y delicado, mostraba una actitud verdaderamente amenazadora.

—Yo... yo...

—¿Así que lo sabías?

—Sí, tenía una vaga idea de que pasaba algo.

—¡Venga ya, Leon! Greta me dijo que le llamaste y le dijiste que Cheska tenía que quedarse en Brighton el fin de semana. Cheska le confesó que no había rodaje. La encubriste, Leon. ¿Por qué, por el amor de Dios? ¡Tú, más que nadie, sabes cómo es Bobby!

—¡Vale, vale! Siéntate, David, por favor. Echándote encima de mí como ahora, pareces un matón.

David se quedó de pie y se cruzó de brazos.

—Quiero saber por qué —repitió.

—Mira, te juro que no alenté la relación, aunque sé que Charles Day quería, por la película. Cheska tenía problemas para despegarse de los papeles de niña que había interpretado, y Charles pensó que un agradable idilio con su coprotagonista no solo no la perjudicaría, sino que la ayudaría a madurar un poco. Y, desde luego, su interpretación mejoró. Deberías ver las pruebas. ¡Cheska está fabulosa!

David lo miró asqueado.

—Entonces, ¿me estás diciendo que, para conseguir un par de buenos primeros planos, ayudaste a Charles a echar a una adolescente emocionalmente inmadura, aún menor de edad, podría añadir, a los brazos de un hombre casado cuya reputación apesta todavía más que tu moralidad? ¡Por el amor de Dios, Leon! Sabía que para ti los negocios siempre son lo primero, ¡pero no me había dado cuenta de que eras un desalmado!

Leon le quitó importancia moviendo las dos manos.

—Oh, vamos, fue una aventurilla, eso es todo. Probablemente se dieron unos cuantos besos y achuchones, nada más. Sí, ella todavía no es mayor de edad, pero ¿qué más dan unos pocos meses? Llevas el tiempo suficiente en el mundo del espectáculo para saber que estas cosas pasan continuamente. ¿Qué podría haber hecho yo? ¿Prohibir a Cheska que viera a Bobby? Había empezado mucho antes de que yo llegara a Brighton. Estoy seguro de que no ha pasado nada grave.

—¿Nada grave? —David negó con la cabeza, frenético—. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo, maldita sea? Entre otras cosas, Cheska se ha enamorado de Bobby.

—Lo superará. Todos tenemos que enamorarnos por primera vez.

—No es tan sencillo, Leon. No puedo asegurarlo, pero creo que, en parte, Cheska está ingresada en estado catatónico porque su madre le dijo que Bobby Cross estaba casado.

Leon se inclinó hacia delante.

—¿Sabes?, ese ha sido siempre el problema con Cheska. Greta la ha consentido y protegido tanto que nunca ha tenido que hacer frente a la realidad,

tomar sus propias decisiones ni...

—¡No te atrevas a hablar así de Greta! —David volvió a apoyarse en la mesa en actitud amenazante, conteniéndose para no agarrar a Leon del cuello y borrarle la sonrisa engreída de la cara.

—Perdona, David, en serio. Eso ha sido una falta de consideración, dadas las circunstancias. Lo que intentaba decir es que Cheska se está haciendo mayor. Va a tener que hacer frente a experiencias y aprender a resolverlas, como todos. Lo ha pasado mal estas últimas semanas. Pero superará lo de Bobby. Estoy seguro.

—Podría haberlo hecho, por supuesto, si no resultara que espera un hijo suyo.

—¡Santo cielo!

David por fin se sentó. El silencio inundó el despacho mientras Leon asimilaba la gravedad de lo que acababa de decirle.

—Lo siento, David. Yo solo... ¡maldita sea! Jamás pensé...

—Estoy seguro de que lo pensaste, Leon. Y preferiste ignorar lo que podía ocurrir porque te convenía.

—¿Va a tenerlo?

—Cheska no está en condiciones de tomar una decisión racional en este momento. Dentro de dos días la trasladarán a una clínica de Monmouth, donde podrá recuperarse como es debido y en paz.

—Ya veo. Hablaré con Charles Day y veré si el estudio cubrirá los costes del centro mientras Cheska se recupera. Dadas las circunstancias, creo que es lo mínimo que puede hacer.

—Eso me da igual, pero quiero que llames al imbécil de tu cliente y le des la noticia. Sabes que podría llevarlo a los tribunales por lo que le ha hecho a mi sobrina, ¿verdad?

—¡Por Dios, David! No irías tan lejos, ¿no? Entre otras cosas, arruinaría la reputación de Cheska además de la de Bobby.

—¿Dónde está ese mierdecilla?

—En el extranjero, de vacaciones con su... mujer e hijos. —Leon bajó la vista, avergonzado—. Nunca dice a nadie adónde va. Ni tan siquiera a mí.

—¿Cuándo vuelve?

—El mes que viene. Tiene que grabar un álbum antes de empezar los ensayos para su temporada en el Palladium.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad, Leon?

—¡Dios santo, David! Recuerda que Cheska también es mi clienta, y resulta que para mí es mucho más importante que Bobby. Por no hablar de ti, por supuesto. Cuando vuelva, juro que se lo diré de inmediato. Aunque yo no esperaría gran cosa. Eso sí, embarazada o no, Cheska está mejor sin él. Podría dar al niño en adopción o algo por el estilo, ¿no?

—Pensando otra vez en los negocios, ¿eh, Leon? —espetó David con desprecio.

—Oye, te juro que haré todo lo que pueda para ayudar. Estoy tan horrorizado como tú. ¿Y cómo está Greta?

—Sigue igual. —De golpe, los ojos de David se cargaron de dolor.

—Bueno, mándale recuerdos, por favor.

—No te los devolveré, Leon, como ya sabes.

—¿Qué dicen los médicos?

—No creo que te interese, así que no voy a gastar saliva explicándotelo. — David se levantó—. Pero lo que sí te diré es que voy a prescindir de tus servicios como mi agente, con efecto inmediato.

David se dio la vuelta y salió del despacho antes de que Leon pudiera responder.

El día anterior a Nochebuena, Cheska fue trasladada en ambulancia al hospital psiquiátrico Medlin, situado a solo unos kilómetros de Monmouth. David la siguió en su coche y, cuando llegó, vio que LJ ya estaba esperando en recepción. Después de una larga conversación telefónica con su madre, quien deseaba apoyar a su hijo del modo que necesitara, LJ había insistido en que supervisaría la atención médica de Cheska mientras David se concentraba en estar con Greta.

El hospital Medlin podría haber sido un hotel. Era un bonito edificio georgiano rodeado de hermosos jardines, y el vestíbulo y otras zonas comunes tenían un aire de casa solariega. Las habitaciones de los pacientes eran pequeñas, pero estaban decoradas con gusto y resultaban acogedoras. Después de asegurarse de que Cheska estaba lo más cómoda posible, David y LJ la dejaron en su habitación con una enfermera y siguieron a la recepcionista hasta el despacho del jefe de psiquiatría.

—Buenas tardes. Soy John Cox. —El hombre de pelo cano sonrió con

afabilidad cuando estrechó la mano a David y a LJ—. Por favor, tomen asiento. Tengo el historial de Cheska, pero quiero conocer sus antecedentes para hacerme una idea más completa. ¿Les importa?

—En absoluto —respondió David, dando aliento a su madre con una inclinación de la cabeza.

—Bien, me gustaría empezar por el principio. ¿Dónde nació?

David respondió las preguntas lo mejor que pudo, pues le resultaba doloroso recordar el pasado.

—Entonces, ¿empezó a rodar películas cuando tenía cuatro años? —preguntó el doctor Cox.

—Sí. Por lo que a mí respecta, nunca me pareció bien —intervino LJ con altivez.

—Estoy bastante de acuerdo. Es mucha presión para una niña tan pequeña. Díganme, ¿alguno de ustedes sabe si ha tenido algún problema de carácter similar antes de esto?

LJ se mordió el labio antes de responder.

—Bueno, hubo una vez... —Vaciló cuando vio la expresión desconcertada de David, pero decidió que debía continuar—. Fue cuando Cheska se quedó unos días conmigo en Marchmont, cuando aún era muy pequeña. Una noche la encontré en el antiguo cuarto de los niños, mutilando un oso de peluche.

—Vamos, mamá —intervino David—. ¿No es «mutilar» un poco fuerte? Nunca lo habías mencionado, y todos los niños son a veces descuidados con sus juguetes, ¿no?

—Tú no viste su expresión, David —dijo LJ en voz baja—. Era casi... desquiciada.

El psiquiatra asintió y tomó nota en su cuaderno antes de continuar.

—Entonces, según las notas del hospital de Cheska, veo que presencié el accidente de su madre.

—Sí, o eso creemos —respondió David—. Al menos, llegó al lugar solo unos momentos después.

—Entiendo. ¿Recuerda Cheska algo más de esa noche?

—Para serle sincero, no lo sé —respondió David—. No dijo una palabra en los días que siguieron al accidente, y desde que ha vuelto a hablar, no lo ha mencionado nunca. No hemos querido sacar el tema por si la altera. Su madre

sigue en coma.

—Bueno, a menudo es mejor ser sinceros con pacientes como Cheska. Si surge el tema, no hay necesidad de evitar hablar de su madre, dentro de lo razonable, claro.

David y LJ asintieron.

—¿Querrían añadir alguna otra cosa que creen que puede ser de ayuda?

—Bueno, obviamente, sabe por sus notas que está embarazada. Y muy enamorada del padre del niño. Pero, por desgracia, es muy improbable que él llegue nunca a hacerse cargo —añadió David.

—Pobre Cheska. No me extraña que tenga problemas. Bueno, muchas gracias, señor Marchmont, señora Marchmont, por toda esta información. Cheska recibirá una hora de terapia todos los días. Necesitaré poder determinar su sentido de la realidad. ¿Creen que sabe que está embarazada, por ejemplo?

—Sin ninguna duda —confirmó David.

—Bien, ese es un paso en la dirección correcta. Déjenlo en mis manos, y veremos cómo evoluciona.

—¿Dónde vas? ¿No irás a dejarme aquí? —Cheska puso cara de horror mientras David la besaba en la mejilla. John Cox se había quedado discretamente detrás de él, interesado en observar la conversación.

—Los médicos quieren que te quedes aquí para poder cuidar de ti y del niño —respondió David con dulzura—. Será por poco tiempo, te lo prometo.

—Pero yo quiero irme a casa contigo. ¡Es Navidad, tío David! —A Cheska se le llenaron los ojos de lágrimas—. No me dejes aquí, por favor, no me dejes.

—Tranquila. No tienes de qué preocuparte. LJ vendrá a verte todos los días. Yo también vendré a visitarte siempre que pueda.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, cariño. —David se quedó callado, sopesando la prudencia de lo que estaba a punto de decir—. Cheska, antes de que me vaya, si hay algo que quieras preguntarme sobre tu madre... —David se interrumpió a media frase al ver que Cheska ni tan siquiera se había inmutado al oír el nombre de Greta. Se limitó a mirarlo con expresión ausente antes de volverse hacia la ventana—. Bueno, adiós, cariño. Hasta muy pronto.

—Adiós, tío David —respondió ella, volviendo la cabeza.

David salió de la habitación, con el doctor Cox pisándole los talones.

—No se preocupe, señor Marchmont. Aunque esa escenita pueda haber sido inquietante, creo que es alentadora. El hecho de que pueda expresar al menos algo de emoción, como estar disgustada porque usted se va, es un paso positivo.

—Pero me siento muy cruel dejándola aquí.

—Por favor, no se preocupe. Estoy seguro de que enseguida se adaptará. Está en el mejor sitio, y usted debe confiar en nosotros. Váyase a casa, intente relajarse estas Navidades, y volveremos a hablar después.

Empezaba a anochecer cuando David llegó a Marchmont con LJ. Agotado, emocional y físicamente, había sucumbido a la propuesta de su madre de que al menos pasara la Navidad con ella.

—Siéntate, David, y serviré algo fuerte para los dos.

David la vio verter whisky en sendos vasos.

—Ten. —Le puso el suyo en las manos y fue a atizar el fuego.

—A tu salud, y feliz Navidad. Estás estupenda, como siempre, mamá. Ahora mismo pareces más joven que yo —bromeó.

—Creo que es este sitio lo que me mantiene viva. Tengo tantas cosas que hacer que no me queda tiempo para envejecer.

—¿Estás segura de que podrás visitar a Cheska, mamá?

—Claro, hijo. Y Mary ha dicho que ella también irá.

—Pero ¿qué pasará cuando dé a luz dentro de unos meses y tenga que cuidar a una criaturita que dependerá de ella para todo? Es incapaz de cuidar de sí misma, y no digamos ya de hacerse cargo de un hijo. Y tal como está Greta, bueno...

—Sí, eso también me preocupa a mí. Pero ¿qué podemos hacer, aparte de rezar para que empiece a recuperarse? Aún le queda bastante tiempo.

—Parece un fantasma. Tan pálida, y con esa espantosa expresión vacía. Es muy frágil, mamá. Y no ha mencionado a Greta ni una sola vez. No ha reaccionado cuando me he referido a su madre justo antes de irnos.

—Bueno, como he reconocido al psiquiatra esta tarde, no puedo evitar preguntarme si todo esto es parte de un problema mental mucho mayor, y no solo el trauma por el accidente de Greta.

—Yo no lo creo. Cheska siempre ha sido muy estable. Ha estado en el candelerero durante años cuando otras personas mucho más maduras no aguantan la presión.

—Quizá, pero ¿no crees que eso podría ser parte de su problema? Es decir, ¿qué es la realidad para ella? Teniendo, además, tanta fama a tan corta edad. Sabes que nunca me pareció bien que hiciera todas esas películas. Me da la impresión de que no tuvo infancia.

—Sí, pero sabes que Greta solo quería lo que era mejor para ella —dijo David, poniéndose a la defensiva como siempre hacía cuando criticaban a Greta.

—¿Y qué hay del padre de su hijo? ¿Ese Bobby Cross?

—La noche del accidente, Greta iba a decirle que estaba casado. Si lo hizo o no, ahora mismo solo Cheska lo sabe. Leon llamará a Bobby en cuanto regrese al país, pero, para serte sincero, no va a servir de nada. Estoy seguro de que John Cox abordará el tema con Cheska. Quizá entonces sabremos más.

—¿Qué planes tienes para estos días? —preguntó LJ, cambiando de tema.

—Tengo que marcharme en San Esteban para ir a Cambridge a ver a Greta. — David se encogió de hombros—. Su especialista me ha llamado para decirme que no han encontrado nada en ninguna de las pruebas que le han hecho.

—Entonces, ¿no hay cambios?

—Parece que no.

—Bueno, ¿es verdaderamente necesario que vayas? No quiero parecer cruel, David, pero la pobre está en coma. En el Addenbrooke la cuidan bien y, además, en su estado dudo que te eche de menos durante unos pocos días más. Necesitas descansar, hijo. Es demasiado para ti.

—No, mamá —dijo David en voz baja—, lo que necesito es estar con la mujer que amo.

—Dime, Cheska, ¿qué tal te encuentras hoy? —John Cox le sonrió desde su lado de la mesa.

—Bien —respondió ella.

—Me alegro. ¿Te estás adaptando bien?

—Supongo, pero preferiría irme a casa.

—¿A Marchmont?

—Sí.

—¿Así que ves Marchmont como tu casa más que el piso de Londres en el que vivías con tu madre?

Cheska se quedó mirando una figurilla de un estante y no respondió.

—¿Querrías hablarme de tu madre, Cheska?

—Una vez estuve en una película en la que salía un psiquiatra.

—¿Ah, sí?

—Sí. Intentaba hacer creer a la gente que su hermano estaba loco para poder encerrarlo y robarle todo el dinero.

—Pero las películas no son reales, Cheska. Son fantasía. Nadie intenta decir que estás loca. Yo intento ayudarte.

—Eso es lo que decía el psiquiatra en la película.

—Pues hablemos del niño. Sabes que vas a tener un hijo, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —espetó ella.

—¿Cómo te sientes con eso?

—Muy contenta.

—¿Estás segura?

—Sí. —Cheska se movió nerviosa y miró por la ventana.

—Bueno, entonces sabes que debes cuidarte muy bien. Nada de saltarte

comidas. Tu hijo depende de que tú le ayudes a crecer.

—Sí.

—¿Qué piensas de tener a tu hijo sola, sin padre? —preguntó con delicadeza el psiquiatra.

—Pero mi hijo tiene padre —respondió ella con seguridad—. Nos casaremos en cuanto vuelva de Francia.

—Ya veo. ¿Cómo se llama tu... eh... novio?

—Bobby Cross. Es un cantante muy famoso, ¿sabe?

—¿Qué opinaba tu madre de que fuerais a casaros?

Cheska volvió a ignorar la pregunta.

—Bien. Creo que es suficiente por hoy. Hasta mañana. Ah, por cierto, esta tarde tienes visita. Viene a verte tu tío.

La cara se le iluminó con una sonrisa sincera.

—Oh, qué bien. ¿Viene para llevarme a Marchmont?

—Hoy no. Pero lo hará muy pronto, te lo prometo.

El doctor Cox pulsó un timbre de la mesa y una enfermera apareció en la puerta.

Cheska se levantó.

—Adiós —dijo, y salió del despacho detrás de la enfermera.

Esa tarde acompañaron a David al despacho de John Cox.

—¿Cómo está Cheska? —preguntó.

—Tal como le he dicho a su madre, mucho mejor, creo. Sin duda, mucho más receptiva que hace dos semanas. Parece darse mucha más cuenta del mundo que la rodea. Pero sigue negándose a hablar de su madre. Es difícil determinar si cree que Greta está viva o muerta. ¿Sigue en coma?

—Sí. De momento no hay señales de cambios.

—Esto debe de ser muy difícil para usted, señor Marchmont.

—Lo llevo bien —se apresuró a responder David, no queriendo verse sometido a un análisis psiquiátrico de su actual estado de ánimo—. Quizá, dadas las circunstancias, sea mejor no seguir insistiendo a Cheska para que hable de su madre. Después de todo, aunque reconociera que recuerda el accidente, ver a Greta tal como está, conectada a un respirador, difícilmente podría consolarla.

—En este momento estoy tentado de darle la razón —dijo el doctor Cox con un suspiro—. Cheska también me ha dicho esta mañana que Bobby Cross y ella se casarán en cuanto él vuelva de Francia.

—Eso podría significar que Greta no le habló de Bobby antes del accidente.

—¿Quién sabe? Aconsejo que nuestro próximo paso sea centrarnos en que tenga al niño y ver su evolución.

David llamó a la puerta de Cheska.

—Adelante.

La encontró sentada en una silla junto a la ventana.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

Ella se volvió hacia él y sonrió.

—Hola, tío David. ¿Has venido a llevarme a casa?

Él se acercó y la besó en la mejilla.

—Ya casi vuelves a ser la que eras. Es agradable verte vestida.

—Oh, estoy bien. Solo quiero saber cuándo puedo regresar a casa, nada más. Bobby se estará preguntando dónde estoy. —De repente, la cara se le ensombreció—. ¿Sabes?, tuve un sueño, tío David. Fue espantoso. Alguien me decía que Bobby ya no me quería, que estaba casado y tenía hijos, lo que significaba que no podía casarse conmigo. Es un sueño, ¿verdad, tío David? —Le escrutó la cara con aire desesperado, buscando confirmación—. Bobby me quiere, ¿verdad?

David tragó saliva y asintió.

—¿Cómo no iba a quererte? Anda, dame un abrazo. —La rodeó con los brazos y notó lo débil que estaba—. Eh, estás adelgazando, jovencita. Se supone que debes ganar peso, no perderlo.

—Lo sé. Lo siento. Dile a Bobby que prometo comer a partir de ahora. ¿Qué hay de la boda, tío David? En realidad, deberíamos estar casados antes de que llegue el bebé.

—Este sitio es muy agradable, ¿no? —David se acercó a la ventana, desesperado por cambiar de tema, ya que no sabía cómo responder—. Los jardines son preciosos. Deberías dar un paseo. Tomar el aire os vendría bien a los dos.

—Sí, supongo que es bonito —dijo Cheska, siguiendo la mirada de David—. Pero algunas de las otras personas están bastante locas. Por la noche, cuando intento dormir, oigo gente quejándose. Es horrible. Preferiría estar en Marchmont.

—Cuanto más te cuides y más caso hagas al doctor Cox, antes podré llevarte a casa. ¿Hay alguna cosa que te gustaría que te trajera mientras estás aquí?

—Supongo que un televisor estaría bien. Me aburro un poco sin nada que hacer.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias. Tío David, ¿estoy enferma? No me encuentro mal.

—No, no estás enferma. Solo has sufrido... un trauma que te ha dejado un poco débil, nada más.

Cheska palideció.

—Me... me siento tan confusa a veces. Tengo todas esas espantosas pesadillas, y a veces no puedo recordar qué es real y qué he soñado. A veces pienso que debo de estar loca. No estoy loca, ¿verdad? Por favor, dime que no estoy loca. — Las lágrimas le pusieron los ojos brillantes.

David se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla con ternura.

—Claro que no, cariño. Llevas mucho tiempo bajo una gran presión, nada más. La razón por la que estás aquí es para que descanses y tengas un poco de tranquilidad. No tienes que preocuparte de nada, aparte de cuidar de ti y de tu hijo. ¿Me prometes que lo harás?

—Lo intentaré. Es solo que a veces me asusto mucho, nada más. Me siento... Me siento muy sola.

—Pero no estás sola, Cheska. Tienes a tu hijo, viviendo dentro de ti. —David miró el reloj de la mesilla—. Voy a tener que irme ya, cariño. Vendré a visitarte la semana que viene.

—De acuerdo. Te quiero, tío David. —Cheska lo abrazó—. Tú no crees que sea mala persona, ¿verdad?

—No, Cheska, no lo creo. Hasta pronto.

David la besó en la rubia coronilla y salió de la habitación.

En el viaje de regreso a Londres, pensó en la conversación que habían tenido. No había duda de que Cheska estaba mejor, y en algunos momentos había parecido completamente normal. Pero la fantasía de Bobby le revolvía el

estómago.

Cuatro horas después de dejar a Cheska, volvía a estar a la cabecera de la cama de su madre.

David llegó a su casa de Hampstead después de hacer compañía a Greta durante toda la semana. El invierno había dado paso al verano, pero él apenas había percibido el cambio de las estaciones. Ya hacía casi seis meses del accidente y seguía sin haber cambios. Había cancelado casi todos sus compromisos laborales, con la única salvedad de su programa de radio del viernes por la noche, para poder pasar el resto de la semana con ella. Los médicos del Addenbrooke estaban desconcertados porque los TAC cerebrales y demás pruebas no habían indicado ninguna lesión permanente. Su única recomendación era que David le hablara y leyera todo lo posible, con la esperanza de que eso provocara una reacción. Él lo había hecho con gusto, pero en vano hasta la fecha.

El teléfono estaba sonando cuando abrió la puerta de casa y corrió a descolgarlo.

—¿Diga?

—Soy Leon, David. ¿Cómo está Cheska?

—Mejor, no gracias a ti —respondió David con frialdad.

—¿Y Greta?

—Todavía sin cambios. ¿Qué quieres, Leon? Ya no me representas, y si todavía no he sugerido a Cheska que también te despida, es solo porque está enferma.

—Oye, ¿no podemos olvidar el pasado? He pensado que deberías saber que he hablado con Bobby y pareció verdaderamente sorprendido. Dice que sí, que Cheska y él tuvieron una aventurilla, pero nada tan íntimo como para concebir un hijo. Jura que es imposible que sea el padre. Y que no tenía ni idea de lo joven que era.

—¿Le crees?

—¡Qué va! Pero ¿qué podemos hacer? Niega todo conocimiento o responsabilidad.

David apretó los dientes.

—Escúchame bien: si alguna vez vuelvo a encontrarme cara a cara con ese cabrón, ¡le machacaré las pelotas! ¿Le has preguntado si visitaría a Cheska?

—Sí, y ha respondido que no. Cree que podría empeorar las cosas todavía más. Dice que ella lo ha exagerado todo, que lo que tuvieron solo fue un idilio corto y poco serio, sin ataduras.

—No puedo decir que me esperara nada muy distinto, pero oír sus descaradas mentiras no deja de sorprenderme.

—Bobby no tiene moralidad, ni la ha tenido nunca. Oye, hay una cosa de la que tenemos que hablar. Me ha llamado Charles Day. Quería saber si Cheska está lo bastante bien para ir al estreno de *Señor, esto mío es amor*.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que me parecía poco probable. Por supuesto, no he entrado en detalles. Charles cree que ha tenido una crisis nerviosa por el trauma del accidente de su madre. No sabe nada del niño.

—Bueno, Cheska no está en condiciones de ir a ninguna parte. Y aunque lo estuviera, supongo que Bobby Cross irá al estreno. Leon, ¿cómo puedes siquiera sugerirlo?

—Vale, vale. Explicaré a Charles que está demasiado enferma para ir y le pediré que diga a la prensa que tiene gripe. Aunque es una lástima. Creen que la película va a ser un éxito en los dos lados del charco.

—Es una lástima, sí, Leon. Aunque, por otro lado, si determinadas personas no hubieran manipulado a Cheska, nada de esto habría pasado, ¿no?

—Lo sé, David, ¿qué puedo decir? Lo siento, de verdad.

—Bueno, la próxima vez que veas a Bobby, dile que no se acerque a mí. No responderé de mis actos.

Cuando colgó el teléfono con brusquedad, David supo que no podía más, ni física ni mental ni emocionalmente. Velar a Greta día tras día, haciendo lo que los médicos le habían pedido e intentando en vano que recuperara la memoria, estaba minando su positividad.

Había empezado a perder la esperanza.

Los meses pasaban despacio para Cheska. Algunos días se despertaba sintiéndose llena de energía, pensando en Bobby y el niño, pero otros se hundía en un pozo de pesimismo. LJ iba a visitarla casi todos los días, pero le gustaba hablar del tiempo y los corderos que nacían en la granja, cuando ella solo quería hablar de Bobby. El tío David también iba de vez en cuando, y Cheska siempre le preguntaba por qué no podía irse del Medlin; ella sabía bien que era un hospital para gente loca. Había intentado hablar con algunos de los otros pacientes cuando comían juntos en el comedor, pero ellos no le respondían o se repetían sin cesar.

David le había prometido que, cuando naciera el niño, iría a buscarla para llevarla a casa, y ella se consolaba pensando que ya no le quedaba mucho. Escribía largas cartas a Bobby y se las daba a David para que las echara al correo cuando él iba a visitarla. Bobby nunca respondía, pero ella sabía que estaba ocupado e intentaba entenderlo. Cuando estuvieran casados, tendría que habituarse a que él se fuera de viaje.

A veces, en plena noche, Cheska volvía a tener sus espantosas pesadillas. Se despertaba sollozando, y una de las enfermeras entraba a consolarla y le daba una taza de chocolate caliente con un somnífero.

De vez en cuando le venían a la cabeza retazos de algo terrible que había hecho, pero no hacía caso. Probablemente eran parte de la pesadilla.

En su último mes de embarazo, Cheska tuvo que guardar cama. Su presión arterial había aumentado y el doctor Cox le dijo que no debía hacer nada aparte de descansar. Pasaba casi todas las tardes viendo la televisión que le había

llevado el tío David.

Un domingo por la noche estaba sentada en la cama viendo las noticias.

«Y ahora conectaremos con Minnie Rogers, que está en Leicester Square, informando sobre las estrellas que van llegando al estreno de *Señor, esto mío es amor*.»

Cheska saltó de la cama y subió el volumen.

«Hola a todos. —La periodista sonrió a la cámara. Tras ella, Cheska vio montones de personas esperando detrás de barreras, como les había visto hacer infinidad de veces en sus estrenos—. Estamos esperando a que llegue Bobby Cross, el protagonista de la noche. Cheska Hammond, que interpreta el papel de Ava, guarda reposo por una gripe y no podrá asistir al estreno. ¡Oh! —La periodista se dio la vuelta, sin disimular su emoción—. Aquí llega.»

Una gran limusina negra se detuvo delante del cine. Bobby bajó, sonriendo y saludando a los admiradores que gritaban y se empujaban para acercarse más a él. A Cheska se le llenaron los ojos de lágrimas. Puso una mano en la pantalla y le acarició la cara.

Bobby metió el brazo en la limusina y una rubia guapa y esbelta con un corto vestido de lentejuelas bajó del coche. Él la rodeó por la cintura y la besó en la mejilla. Luego se dirigieron a la entrada del cine, volviéndose para posar delante de las cámaras.

«¡Los admiradores de Bobby están enloqueciendo! Nunca había gozado de tanta popularidad, y su actual temporada en el Palladium ha arrancado con las entradas agotadas —dijo la periodista con la respiración entrecortada—. Y esta noche va acompañando a Kelly Bright, la modelo más famosa de Gran Bretaña. Bobby y Kelly están entrando para reunirse con los otros actores. La película se exhibirá mañana en todos los cines y les aseguro que hay que verla. ¡Devuelvo la conexión al estudio, Mike!»

Un profundo gruñido animal le surgió de las entrañas. Se arañó varias veces la cara y empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

—No... no... ¡no! Es mío... es mío... ¡es mío! —Sus palabras dieron paso a un grito cuando se levantó.

Una enfermera oyó el alboroto y corrió a su habitación.

—¿Qué diablos...?

Cheska estaba golpeando el televisor con los puños.

—¡Para, Cheska!

Pero ella no le prestó atención. Sus puñetazos se tornaron cada vez más violentos.

La enfermera intentó apartarla.

—Vamos, deja que te meta en la cama. ¡Piensa en tu hijo, Cheska, por favor!

Ella se desplomó en el suelo. La enfermera se arrodilló a su lado, le tomó el pulso y entonces vio el charco de líquido en el suelo. Se levantó de un salto y apretó el pulsador.

«Por favor, Dios mío, por favor, Dios mío», murmuró David para sus adentros mientras dejaba el coche en el aparcamiento del hospital.

Cuando entró corriendo en el ala de maternidad, lo recibió John Cox.

—¿Va todo... está Cheska...? —No fue capaz de decir las palabras en voz alta.

—Cheska está bien. En cuanto se ha puesto de parto, la hemos trasladado aquí rápidamente y ha tenido una niña hace más o menos una hora, que ha pesado casi dos kilos ochocientos. Madre e hija se encuentran perfectamente.

—Gracias a Dios. —A David se le quebró la voz por la tensión que había pasado en el trayecto de cuatro horas desde Cambridge.

—Su madre está con Cheska mientras la limpian y la ponen cómoda, pero ¿le gustaría ver a su pequeñina?

—Me encantaría.

David siguió al doctor Cox por un pasillo hasta la sala de recién nacidos. Una enfermera se levantó y sonrió cuando entraron.

—Hemos venido a ver a la bebé Hammond —anunció el doctor Cox.

—De hecho, es Marchmont, doctor Cox —lo corrigió David con un súbito nudo en la garganta. Cualesquiera que fueran las circunstancias y complejidades de sus lazos familiares con esa niña, una nueva vida que llevaba su apellido acababa de venir al mundo.

—Es cierto.

La enfermera se acercó a una cuna, cogió una niñita y se la entregó con cuidado a David.

Él miró su arrugada carita. La niña abrió los ojos y los clavó en él.

—Parece muy espabilada —dijo.

—Sí, es una criaturita muy fuerte —observó la enfermera.

David besó a la niña en la mejilla, con lágrimas en los ojos.

—Eso espero. Por su bien, eso espero —murmuró.

Seis semanas después de que Cheska diera a luz, John Cox llamó a David a su despacho cuando él llegó para hacerle una de sus visitas quincenales.

—Creo que Cheska está lista para irse a casa.

—¡Qué buena noticia! —David estaba entusiasmado.

—Parece que dar a luz le ha aclarado las ideas. Ha hecho grandes progresos desde entonces y está lúcida, tranquila y relajada. Parece haber desarrollado una buena relación con la niña y el ginecólogo pasó ayer a reconocerla y la encontró en perfectas condiciones. Como es lógico, sería mucho más beneficioso para las dos que Cheska viviera en un entorno más natural que un hospital psiquiátrico mientras da sus primeros pasos como madre.

—Desde luego. ¿Y cree que está lo bastante fuerte mentalmente para salir adelante?

—Lo único que puedo decir es que ha mejorado muchísimo. Sigue negándose a hablar de su madre, pero podría pasarse toda la vida aquí y no hablar nunca de lo que ocurrió esa noche. La buena noticia es que no ha mencionado a Bobby Cross desde que dio a luz, lo que es buena señal. Por supuesto, necesitará mucho apoyo, pero creo que tener que cuidar de su hija le ha dado un nuevo propósito y otra persona en quien pensar aparte de sí misma.

—Bien. Espero sinceramente que tenga razón.

—Solo el tiempo lo dirá, pero llévela a casa y vea cómo progresa. Si surge algún problema, ya sabe dónde estamos. —El doctor Cox se levantó—. Vayamos a dar a Cheska la buena noticia, ¿quiere?

Cheska estaba sentada en su habitación dando el biberón a su hija. Sonrió

cuando David y el doctor Cox entraron.

—Hola, Cheska, ¿cómo estáis la niña y tú? Se os ve muy bien a las dos —dijo David, dirigiéndoles una sonrisa radiante.

—Lo estamos. Ah, y ya no tenemos que llamarla «niña». Te alegrará saber que por fin he decidido qué nombre ponerle. Voy a llamarla Ava, por mi personaje en *Señor, esto mío es amor*. Creo que le pega, ¿verdad?

—Es un nombre precioso —convino David—. Y tengo una buena noticia para ti: el doctor Cox ha dicho que puedo llevaros a casa a Ava y a ti.

—¡Oh, qué bien! Estoy deseando enseñarle Marchmont.

—Pediré a una enfermera que venga a ayudarte con la maleta. Nos vemos en mi despacho dentro de una hora para cumplimentar los formularios necesarios —dijo el doctor.

LJ estaba en el cuarto de los niños de Marchmont Hall. Tras la llamada de David, Mary y ella se habían puesto rápidamente a trabajar para dejarlo lo más acogedor posible.

—Bueno, aquí ya está todo listo. Será estupendo volver a tener un bebé en casa, ¿verdad? —dijo a Mary, que estaba poniendo sábanas limpias al colchón de la cuna.

—Sí, señora Marchmont, desde luego.

Veinte minutos después, cuando el sol había empezado a ponerse, LJ divisó el coche de David acercándose por el camino de entrada.

—¡Ya están aquí! —Aplaudió con regocijo—. Saldré a recibirlos.

Bajó la escalera corriendo y salió a toda prisa.

—Bienvenidas, cariños. Estoy muy contenta de teneros aquí a las dos —dijo afectuosamente mientras ayudaba a bajar del asiento trasero a Cheska y su hija.

—Y yo estoy muy feliz de haber vuelto, tía LJ. Ten, ¿quieres cogerla?

Cheska pasó la niña a LJ, quien le hizo carantoñas cuando entró con ella en casa.

—Está incluso más guapa que la última vez que la vi. Creo que tiene tus ojos, Cheska. ¿Has decidido ya cómo vas a llamarla? —preguntó cuando pasaron al salón.

—Ava.

—Qué bonito, como mi actriz de cine preferida. La señora Gardner estuvo bastante impresionante en *El ángel vestido de rojo*.

LJ se sentó en una silla y acunó a la niña. Ava crispó las minúsculas facciones y gritó.

—Tiene hambre —dijo Cheska.

—Mary ha preparado unos cuantos biberones hace un rato y los ha metido en la nevera. ¿Vamos al cuarto de los niños? Pediré a Mary que caliente uno y nos lo suba.

LJ observó a Cheska mientras daba el biberón a su hija en el cuarto. Estaba admirada de la confianza con la que parecía manejar a su hija, aunque ella misma casi fuera una niña. Después de hacer eructar a Ava, Cheska se levantó y la dejó feliz en la cuna.

—Ya está, probablemente dormirá hasta medianoche. Suele hacerlo.

—Bien, ¿por qué no te acuestas? —sugirió LJ—. Me quedaré con ella y haré el turno de medianoche. Debes de estar agotada, cariño.

—Estoy un poco cansada. Eres muy amable ofreciéndote.

—A partir de ahora me vas a tener que sacar de encima. Me encantan los recién nacidos —dijo LJ, riéndose.

—¿Sabes?, cuando era pequeña, esta habitación me daba miedo —reflexionó Cheska mientras miraba alrededor.

—¿Por qué, cariño?

—No lo sé. Buenas noches, LJ, y gracias.

Cheska la besó con suavidad en la mejilla y se marchó.

A la mañana siguiente, dejó a su hija al mimoso cuidado de LJ y Mary y salió a dar un largo paseo. Se animó cuando vio la extrema belleza de Marchmont. La mansión, recortada contra las colinas y bañada por el sol radiante, tenía las amplias terrazas llenas de jardineras con geranios rojos. Más abajo, el verde bosque era un derroche de color que parecía desbordarse por las laderas del valle.

Regresó justo a tiempo de comer y se reunió con LJ y David en la terraza.

—La cocina casera de Mary es genial después de lo mal que se comía en el

hospital —dijo a su tío.

—Bueno, para mí sigues estando demasiado flaca, jovencita —declaró Mary mientras le servía un buen plato de succulento cordero con tiernas patatas tempranas—. Lo que tú necesitas es mucho aire puro para coger un poco de color. Recuerdo habérselo dicho a tu madre la primera vez que vinisteis.

LJ lanzó a Mary una mirada de advertencia, pero Cheska se limitó a ignorar la alusión a Greta.

—Creo de verdad que debería volver pronto a Londres. Todas mis cosas están ahí, y querría traerme algunas.

David miró a su madre, indicándole que fuera prudente.

—Así me gusta —dijo LJ, sin hacerle caso—. ¿Qué te parecería si me quedara con la pequeñina un par de días?

—Si no te importa. ¿Sabes?, he decidido que Ava y yo deberíamos vivir aquí por ahora, si estás de acuerdo. Voy a decir a Leon que dejaré de trabajar mientras crío a mi pequeña.

—Bien, bien. —LJ lanzó una mirada triunfal a su hijo por encima de la mesa—. Claro que lo estoy, cariño. Nada me complacería más.

—Yo tengo que volver a Londres el lunes, Cheska. Podrías venir conmigo si quieres —dijo David, preguntándose por qué la idea le causaba tanta inquietud.

—Gracias. Me parece perfecto.

Esa tarde David llamó al doctor Cox para hablarle de los planes de viaje.

—Parece que por fin está afrontando la realidad. Es muy buena noticia, señor Marchmont.

—Entonces, ¿debería dejarla ir?

—No veo por qué no. ¿Dice que usted irá con ella?

—Sí. Pero ¿qué le digo sobre su madre?

—¿Se ha producido algún cambio?

—No —confirmó David.

—Entonces, dejaría que fuera Cheska la que sacara el tema, si ella quiere.

—Pero se dará cuenta de que Greta no está en su piso, ¿no? ¿Le digo la verdad?

—Si le pregunta dónde está, sí. No obstante, le recomendaría que no la dejara sola por las noches.

—Por supuesto. Me quedaré a dormir con ella.

—Bien, llámeme si necesita consejo, pero déjele tomar la iniciativa. Es importante que pueda abordar esto a su manera.

—De acuerdo. Le mantendré informado.

La noche antes de irse a Londres con David, Cheska fue al cuarto de los niños y abrió la puerta. La habitación todavía la inquietaba, pero esa noche no había fantasmas a los que enfrentarse, sino solo una niñita que dormía plácidamente en su cuna.

Alargó la mano y acarició la mejilla a su hija.

—Siento tener que dejarte, chiquitina, pero LJ te cuidará bien —susurró—. Y un día volveré a por ti, te lo prometo. Adiós, Ava.

Cheska se inclinó, besó a la niña en la frente y salió del cuarto sin hacer ruido.

Cheska y David charlaron animadamente durante el trayecto en coche.

—Es estupendo verte tan bien, pero no debes forzar la máquina en Londres, cariño —dijo él.

—Lo sé. Pero siento que necesito despedirme del pasado antes de empezar mi nueva vida con Ava en Marchmont.

—Estás siendo muy valiente, Cheska. Desde luego, ser madre te ha hecho madurar.

—He tenido que hacerlo, por Ava. Tío David, hay algunas... algunas cosas que quiero preguntarte —dijo Cheska despacio.

David se preparó mentalmente.

—Dispara.

—¿Era Owen mi verdadero padre?

David se quedó muy sorprendido. Sin duda, no era lo que esperaba que le preguntara, pero ya había dicho suficientes mentiras en los últimos meses y Cheska parecía lo bastante fuerte para encajar la verdad.

—No. No lo era.

—¿Eres tú?

David se rio.

—No. Por desgracia, no.

—Entonces, ¿quién era mi padre?

—Un oficial estadounidense. Tu madre y él se enamoraron justo después de que acabara la guerra. Luego, él volvió a Estados Unidos y desapareció del mapa. Por favor, intenta no disgustarte, Cheska. Aunque no nos unan lazos de sangre, para LJ y para mí, Ava y tú sois de la familia.

—Gracias por decírmelo, tío David —respondió ella en voz baja—. Necesitaba saberlo.

Llegaron al piso de Mayfair a las cinco de la tarde.

—¿Estás segura de que no prefieres dejarlo para mañana, Cheska? Podríamos ir a mi casa de Hampstead y acostarnos temprano —sugirió David camino de la puerta.

—No —respondió Cheska. Ya estaba girando la llave en la cerradura.

David entró detrás de ella.

—Lo dejé todo más o menos como estaba, aunque la asistenta ha ido viniendo, igual que siempre —comentó cuando Cheska abrió la puerta y encendió las luces. Intentó juzgar su estado de ánimo cuando ella entró en el salón.

—¿Te apetece una copa, tío David? Mamá siempre tenía whisky para cuando venías.

—Sí, gracias. —Era la primera vez desde hacía meses que Cheska mencionaba a Greta.

Fue al mueble bar, sacó un vaso y le sirvió un whisky.

—Ten. —Se lo dio y los dos se sentaron en el sofá—. Me gustaría quedarme aquí esta noche, tío David. ¿Te quedarías conmigo?

—Claro que sí. ¿Puedo invitarte a cenar? Me muero de hambre.

—No tengo mucho apetito, la verdad.

—¿Y si voy a la tienda de la esquina, compro pan, queso y jamón, y hacemos un pícnic en casa?

—Eso sería estupendo, tío David.

Cuando él se marchó, Cheska se levantó y entró despacio en la habitación de su madre. Cogió la gran fotografía enmarcada suya que tenía en la mesilla de noche. Se dirigió al armario y abrió las puertas. El familiar aroma del perfume de Greta le asaltó la nariz. Enterró la cara en las suaves pieles de un abrigo de visón y lloró.

Lo que David le había dicho en el coche había confirmado sus peores temores. La pelea con su madre en el Savoy no podía haber sido un sueño. Y si su madre no le había mentado acerca de su verdadero padre, lo más probable era que tampoco le hubiera mentado con que Bobby estaba casado.

Después de la pelea, ella había salido del hotel detrás de Greta. Y luego...

—Dios mío —gimió—. Lo siento mucho, mamá, lo siento.

Se tumbó en la cama de su madre, respirando de forma superficial y entrecortada, presa del pánico. Hundió los puños en la almohada, sintiendo una ira terrible e incontenible.

Todo era culpa de Bobby. Y sería castigado.

Oyó el timbre, se apresuró a rehacerse y fue a abrir a su tío.

David preparó sándwiches en la cocina mientras Cheska lo observaba sentada; después llevó los platos de comida a la mesa y se sentó enfrente de ella.

—Se te debe de hacer raro estar aquí —aventuró, dando un mordisco a su sándwich.

—Sí —convino ella—. Tío David, mamá está muerta, ¿verdad? Me lo puedes decir, ¿sabes?

David casi se atragantó. Consiguió tragarse lo que tenía en la boca, tomó un sorbo del repugnante vino que había comprado en la tienda de la esquina y la miró.

—No, Cheska, no.

—¿Mamá está viva? ¡Oh, Dios mío! Yo... —Cheska miró alrededor como si Greta fuera a entrar en la cocina en cualquier momento—. Entonces, ¿dónde está?

—En un hospital, Cheska.

—¿Está enferma?

—Sí. Está en coma, y lleva así varios meses. ¿Sabes qué es un coma?

—Más o menos. En una de mis películas, mi hermano se caía de un árbol, se daba un golpe en la cabeza y después se pasaba mucho tiempo en coma. El director nos explicó que era como la Bella Durmiente que se pasa cien años dormida.

—Es una analogía muy buena —convino David—. Sí, tu madre está «dormida» y, por desgracia, nadie sabe cuándo se despertará.

—¿Dónde está?

—En el hospital Addenbrooke de Cambridge. ¿Te gustaría ir a verla? Solo está a una hora y media en coche.

—No... no sé. —Cheska parecía nerviosa.

—Bueno, ¿por qué no te lo piensas? Sé que a los médicos de tu madre les encantaría que fueras. Nunca se sabe; puede que oír tu voz la despierte.

Cheska bostezó de repente.

—Estoy agotada, tío David, creo que me iré a la cama. —Se levantó y lo besó en la coronilla—. Que duermas bien.

—Buenas noches, Cheska.

David apuró su copa de vino y se levantó para recoger los platos. Llamaría al doctor Cox por la mañana, le explicaría lo que había sucedido esa noche y le pediría consejo. No cabía duda de que era un gran avance, no solo para Cheska, sino quizá también para su amada Greta.

Esa noche David se acostó en la cama del cuarto de invitados abrigando otra vez esperanzas.

A las diez de la mañana siguiente, David entró en la habitación de Cheska y la despertó con suavidad.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Debía de estar cansada por el viaje.

—Y por haber tenido una niña hace seis semanas. Te he preparado té y tostadas. E insisto en que te las comas todas, ya que anoche no tocaste tu sándwich. —Le dejó la bandeja en el regazo y se sentó en la cama—. Oye, tengo que ir a los Estudios Shepperton después de comer para hablar del programa especial de esta Navidad. ¿Por qué no me acompañas?

—No, gracias. Tengo mucho que hacer en Londres.

David frunció el ceño.

—Es que no me gusta que estés sola.

—Deja de preocuparte, tío David, estaré bien. Por favor, intenta recordar que ya soy una mujer adulta, con una hija.

—Tienes razón —convino él a regañadientes—. Pero volveré tarde, así que deja que te invite a cenar al italiano de la esquina. Y podemos hablar de si te gustaría visitar a tu madre antes de que volvamos a Marchmont el viernes. El

doctor Cox ha dicho que le parece muy buena idea.

—Vale —dijo Cheska, y después lo abrazó de forma espontánea—. Y gracias por todo.

Esa tarde, en cuanto vio que David se alejaba en el coche, Cheska salió del piso. Hizo una visita a su banco y cogió un taxi para ir al despacho de Leon.

—¡Cariño! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Perfectamente.

—¿Y cómo está la niña?

—Oh, es una preciosidad.

—Bien. Tú estás estupenda. Parece que la maternidad te favorece.

—Ava está en Marchmont ahora mismo. El tío David se queda conmigo en el piso.

—¿Sabes?, he recibido montones de llamadas de directores, de aquí y del otro lado del charco. Tienes tan buenas críticas por *Señor, esto mío es amor* que todo el mundo te quiere. Cuando tu hija sea un poco mayor, quizá te plantees volver a trabajar.

—Bueno —dijo Cheska—, de hecho, de eso quería hablarte. ¿Dices que Hollywood sigue interesado?

—Sí. Carousel Pictures quiere que hagas una prueba de cámara.

—El caso es, Leon, que siento que necesito hacer borrón y cuenta nueva, con todo lo que ha pasado. Así que, si todavía me quieren, estaría encantada de ir a hacer la prueba.

—Ya lo creo que te quieren —dijo Leon—. Dame luz verde y lo organizaré. Solo tengo que hacer una llamada.

—¿Qué tal mañana?

—¿Qué? —Leon pareció estupefacto—. Pensaba que querrías pasar al menos unos meses con tu hija.

—Bueno, nada me impide subir a un avión, hacer la prueba y volver, ¿no? Después, si les gusto, Ava y yo podríamos mudarnos allí de forma permanente.

—Comprendo. ¿Y qué opina David de esto? —preguntó Leon con cautela, recordando su última conversación con el tío de Cheska.

—Creo que solo está contento de verme mejor. Y la tía LJ no tiene problema

en quedarse unos días con Ava.

—De acuerdo. Bueno, si estás segura, deja que haga la llamada, ¿vale? Hollywood se despierta en una hora. Veremos qué podemos organizar.

—Perfecto. —Cheska se levantó—. Recuerda lo que siempre dices, Leon: «La fama llama a la fama». No quiero perder este tren.

—Desde luego, Cheska. Déjalo en mis manos y te llamaré con una respuesta sobre las seis.

El teléfono del piso sonó a las seis y veinte. Cheska lo cogió de inmediato.

—Soy Leon. Ya está todo organizado. Sales mañana a las cinco y media de Heathrow. Pediré a Barbara, mi secretaria, que te espere en el mostrador de BOAC para darte el visado y el billete, de primera clase, por supuesto. Un representante de Carousel estará aguardando a que llegues y te llevará a tu hotel. Tienes una suite en el Beverly Wilshire, con todos los gastos pagados. A propósito, ¿necesitarás dinero?

—No —respondió Cheska—. He ido al banco esta mañana y he sacado algo de dinero. Tengo mucho.

—Genial. Espero que te vaya bien, cariño. Pero, una cosa, no he comentado con los del estudio lo de tu hija. Allí son bastante chapados a la antigua, y no quiero arruinarte las posibilidades antes de hacer la prueba. Consigamos que te contraten y luego ya veremos.

—Lo entiendo, Leon.

—¿Estás segura de poder hacerlo? Podríamos aplazarlo sin problemas hasta que estés un poco más fuerte, ¿sabes?

—Estoy perfectamente, Leon, te lo prometo. Tengo que aprovechar el éxito de *Señor, esto mío es amor* antes de que me olviden.

—Es la pura verdad... Cheska, solo quería decirte que me sabe muy mal lo de tu madre. Y lo de Bobby también —añadió.

—¿Por qué debería saberte mal lo de Bobby?

—Porque sabía lo de su matrimonio y lo de su reputación, y no te dije nada. Te fallé, Cheska, y me siento mal por eso.

—Bueno, creo que quien va a sentirlo es él. Adiós, Leon. Te llamaré desde Estados Unidos.

David llegó a casa una hora después y los dos fueron a cenar al restaurante italiano.

—¿Te ha ido bien el día? —preguntó David mientras pedían.

—Sí. Lo he solucionado todo —respondió ella con cautela—. Y me he dado cuenta de que llevo toda la vida dependiendo de mamá y de que, ahora que no está... aquí, tengo que aprender a valerme por mí misma.

—Sí. —David suspiró—. Por desgracia, sí, al menos de momento.

—También he ido al banco, ya que no tenía ni idea de cuánto dinero tengo. Resulta, tío David, que soy bastante rica. —Soltó una risita.

—Bueno, tu madre siempre se preocupó de invertir tus ganancias con inteligencia y estoy seguro de que tu dinero habrá aumentado con los años. Al menos ese es un problema que no tienes.

—No. De hecho, tío David, he decidido que quiero volver a Marchmont mañana. Aquí ya lo tengo todo hecho.

—Claro. Pero si pudieras esperar hasta el viernes, te llevaría yo y así no tendrías que hacer el largo viaje en tren.

—Gracias por ofrecerte, pero preferiría llegar antes. Echo de menos a Ava. Meteré todo lo que quiero llevarme en una maleta, y a lo mejor podrías traérmela el fin de semana.

—Claro. Y comprendo perfectamente que quieras volver con Ava. Si coges el tren de las dos, pediré a mi madre que vaya a recogerte a la estación de Abergavenny a las seis y media. Tengo reuniones todo el día, así que no podré llevarte a Paddington.

—Me las arreglaré, tío David, de verdad. Cogeré un taxi.

—Debo decir que abrigaba la esperanza de que quisieras visitar a tu madre. Voy a Cambridge el jueves. ¿Estás segura de que no quieres acompañarme?

—Te prometo que iré la próxima vez que venga a Londres. Es solo que... todavía no me veo capaz. ¿Lo entiendes, tío David?

—Claro, cariño. Y solo quiero decirte que estoy admirado de cómo lo estás llevando. Lo has pasado muy mal, y ver que te estás recuperando tan bien me enorgullece mucho.

—Gracias.

—No olvides nunca que mi madre y yo siempre os apoyaremos a Ava y a ti, pase lo que pase.

Cheska lo miró.

—¿Pase lo que pase?

—Sí.

Cheska sabía que disponía de poco tiempo. En cuanto su tío se marchó del piso a las nueve de la mañana siguiente, cerró la cremallera de su bolsa de viaje y paró un taxi para que la llevara al hospital Addenbrooke. Al principio, el taxista se resistió a ir hasta Cambridge, pero enseguida consintió cuando Cheska le ofreció una cuantiosa propina.

Después de pedir al taxista que la esperara, dijo quién era en recepción y la acompañaron al pabellón número siete. Tocó el timbre de la entrada y una enfermera fue a abrirle la puerta.

—Soy Cheska Hammond, la hija de Greta Marchmont —dijo—. ¿Puedo ver a mi madre?

La enfermera jamaicana la miró estupefacta.

—¡Cheska Hammond! Vi *Señor, esto mío es amor* hace unas semanas. —Se acercó más, como si quisiera asegurarse de que era ella—. ¡Dios mío, es usted!

—Como he dicho, ¿puedo ver a mi madre?

—Esto... sí, claro. Perdone. Adelante, pase. —El azoramiento de la enfermera era palpable—. ¡No tenía ni idea de que fuera la hija de Greta! Me encantó su actuación, señorita Hammond —dijo, bajando la voz cuando entraron en la planta.

—Gracias.

Lo único que Cheska oía eran los irregulares pitidos emitidos por las diversas máquinas y monitores que había junto a cada cama.

—Bienvenida a la planta más silenciosa del hospital. Me temo que no hablo mucho con mis pacientes. Bien —dijo la enfermera, deteniéndose al pie de una cama—, aquí tiene a su madre. Va mejorando, ¿verdad? —añadió, inclinándose sobre Greta—. Tuvimos un problema con unas feas llagas, pero ya están curadas.

La dejaré a solas con ella. Háblele todo lo que pueda y cójale la mano. Los pacientes reaccionan a las voces y al contacto físico. Creo que su madre solo está siendo tozuda y ha decidido que no quiere despertarse porque sus ondas cerebrales son normales. Llámeme si me necesita.

—Gracias.

Cheska se sentó en la silla que había junto a la cama y miró a su madre. Greta estaba blanca como un fantasma. La delicada piel de sus delgados brazos estaba entrecruzada por cinta quirúrgica que sujetaba las agujas y tubos que la conectaban a los goteros que la mantenían con vida. Tenía una almohadillita con cables pegada a la sien y otra adherida al pecho. Con vacilación, Cheska puso la mano sobre la de su madre y le sorprendió descubrir que la tenía más caliente que la suya. Al tacto, era indudable que estaba viva, aunque a la vista pareciera muerta.

—Mamá, soy yo, Cheska. —Se mordió el labio, sin saber qué decir—. ¿Cómo te encuentras?

Le escrutó la cara por si reaccionaba, pero Greta no movió un músculo.

—Mamá —Cheska bajó la voz todavía más—, solo quería decirte que siento mucho la horrible pelea que tuvimos y... otras cosas. No quería hacerte daño. Te... te quiero.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y tragó saliva.

—Pero, mamá, no te preocupes, me aseguraré de que Bobby pague por lo que nos ha hecho. Hago esto por las dos. Tengo que irme, pero quiero que sepas que te quiero muchísimo. Gracias por todo, y te prometo que voy a hacer que te sientas orgullosa de mí. Adiós, mamá. Hasta pronto.

Cheska la besó con ternura en la frente, se levantó y se dirigió a la salida. La enfermera corrió a su encuentro.

—Señorita Hammond, ¿podría firmarme un autógrafo para mi hijo? Es un gran admirador suyo y...

Pero Cheska ya había cruzado la puerta y se alejaba por el pasillo. Salió rápidamente del hospital y se montó en el taxi que la esperaba. Una vez en Londres, pidió al taxista que la dejara delante del Palladium y encontró un pequeño supermercado muy cerca de Regent Street donde adquirió un frasquito del producto que necesitaba. En la floristería que había dos puertas más abajo, compró un gran ramo de rosas rojas. Palpando el frasquito que llevaba en el

bolsillo, regresó al Palladium.

Había recordado que, una tarde en la que estaban rodando *Señor, esto mío es amor*, Melody la había llevado al estudio contiguo, donde se filmaba un thriller, y eso era lo que le había dado la idea. No sería complicado. Dobló la esquina y, una vez estuvo en la entrada de artistas, miró dentro. Había un hombre mayor sentado en la portería, fumándose un cigarrillo.

—Perdona, corazón. Sostenme la puerta, ¿quieres?

Cheska se volvió y vio a un hombre detrás de ella cargado con una voluminosa caja. Le abrió la puerta y vio cómo la dejaba en el suelo de la portería. Cuando los dos hombres se agacharon para mirar dentro de la caja, se coló sin que la vieran y echó a correr por el pasillo. Sabía exactamente adónde iba. Había visitado a su tío David en el camerino de los famosos en más de una ocasión. Abrió la puerta, encendió la luz y respiró hondo. El camerino olía a él, a la loción almizclada para después del afeitado que siempre llevaba.

Cheska fue derecha al tocador, donde dejó el ramo de rosas rojas. Sobre la mesa había un bote de Crowes Cremine, que los artistas usaban para desmaquillarse después de actuar. Lo destapó; solo quedaba una cuarta parte de crema. Sacó el frasquito del bolsillo, lo abrió y vertió en el bote parte del líquido que contenía. A continuación, removiò la mezcla con una lima de uñas.

La textura cambió y adquirió el aspecto del requesón, pero dudaba que él se diera cuenta. Apagó las luces y volvió sobre sus pasos por el pasillo. Los dos hombres seguían dentro de la portería inclinados sobre la caja, vaciándola.

Cheska pasó junto a ellos sin que la vieran y salió otra vez a la calle.

Bobby Cross entró en el camerino y olió el aire. Arrugó la nariz por el fuerte olor y tomó nota mental de pedir al personal de limpieza que en lo sucesivo no utilizara tanta lejía. Luego los ojos se le iluminaron al ver el gran ramo de rosas rojas del tocador. Leyó la tarjeta que acompañaba a las flores. Por lo general, el portero quitaba las notas para revisarlas antes de que él las viera, pero esa se le debía de haber escapado.

«Nunca entendiste la locura del amor, así que ya no volverás a cantarla», rezaba.

Bobby se estremeció. Ya había recibido notas como esa de admiradoras

desquiciadas, y siempre lo dejaban inquieto. Rompió la tarjeta y la tiró a la papelería, junto con las rosas, y empezó a maquillarse.

Cargado de adrenalina, como siempre estaba después de actuar, Bobby se sentó delante del espejo de su camerino y pensó en la noche que le esperaba. Cenaba con Kelly, y después... bueno, después regresarían a su hotel, donde ella le ayudaría a relajarse. Sonriendo a su reflejo ante la perspectiva, metió de manera automática una bolita de algodón en el bote de Crowes Cremine para empezar a desmaquillarse.

Se aplicó la crema frotando bien y después se untó los párpados con ella para quitarse el perfilador y el rímel. Casi al instante, notó una extraña picazón en los ojos, que se fue extendiendo hasta que le pareció que tenía toda la cara en llamas. Gritó a pleno pulmón por el dolor insoportable.

Alcanzó a ver su espantoso reflejo en el espejo antes de perder el conocimiento.

LJ vio cómo los últimos pasajeros salían de la estación de Abergavenny y cómo partía el tren. Volvió a mirar en el andén, pero no había ni rastro de Cheska. Quizá había entendido mal a David cuando le había dicho que llegaba en el tren de las seis y media. De cualquier modo, no tenía sentido quedarse esperando en la estación. Ese día no había más trenes.

Cuando llegó a casa, subió a ver a Ava, que dormía plácidamente en el cuarto de los niños, y fue a la biblioteca para telefonar a David.

—Hola, mamá. ¿Ha llegado bien Cheska? —preguntó él.

—No. No iba en el tren.

—Qué raro. A lo mejor ha decidido quedarse otra noche en Londres. La llamaré al piso.

—Hazlo, y luego vuelve a llamarme y dime si está.

—Lo haré.

David la telefoneó al cabo de cinco minutos.

—¿Y bien? —preguntó LJ.

—No coge el teléfono. Quizá haya salido.

—Dios mío, David, no debería estar vagando por las calles de Londres sola y

de noche. No... no crees que haya podido pasarle algo, ¿verdad?

—Claro que no, mamá. Voy ahora mismo a su casa. Tengo la llave, así que podré entrar.

—Lláname con lo que sea, ¿quieres?

—Claro.

David se despertó sobresaltado cuando el teléfono del salón de Greta sonó.

—¿Alguna novedad, hijo?

—Hola, mamá. —David meneó la cabeza para despejarse—. ¿Qué hora es? Debo de haberme quedado dormido en el sofá. Estaba esperando aquí por si Cheska volvía.

—Las ocho y media de la mañana.

—Bueno, eso significa que Cheska ha pasado la noche fuera.

—¿Crees que deberíamos llamar a la policía?

—¿Y qué les decimos? Tiene edad suficiente para ir adonde le apetezca.

—Sí, pero solo hace unos días que le han dado el alta, David. Aunque parecía tranquila, estoy segura de que a su psiquiatra no le haría ninguna gracia si supiera que nadie la ha visto en las últimas veinticuatro horas. ¿Has llamado a Leon? Sé que estás enfadado con él, pero continúa siendo el agente de Cheska. A lo mejor sabe algo.

—Ya lo he llamado un par de veces al despacho, y anoche a su casa, pero no me ha cogido el teléfono. Probaré de nuevo. No nos asustemos todavía, mamá.

—Lo intentaré. Avísame si te enteras de algo.

David colgó el teléfono y volvió a marcar el número de Leon. Esa vez, el agente descolgó.

—Leon, soy David. Intenté localizarte anoche.

—No estaba en casa. Estaba en el hospital. ¿Te has enterado de lo que le ha pasado a Bobby Cross? Le...

—Bobby me da igual —lo interrumpió David, enfadado—. ¿Sabes algo de Cheska?

—Vino a verme hace un par de días.

—¿Ah, sí? —dijo David en tono grave—. ¿Y ayer?

—Qué va, David. Su avión apenas habrá aterrizado ya en Los Ángeles.

—¿Perdona? ¿Los Ángeles?

—Sí.

Hubo un silencio al teléfono.

—Oh, Dios mío, David, ¿no me digas que no lo sabías? Cheska me comentó que habías ido con ella a Mayfair. Me dijo que estabas de acuerdo en que era buena idea. Me dijo incluso que tu madre se había ofrecido a cuidar de su hija hasta que ella volviera.

—¿En qué estaba yo de acuerdo?

—En que hiciera la prueba de cámara para los Estudios Carousel de Los Ángeles.

—Leon, ¿crees de verdad que yo me avendría a que Cheska viajara a Estados Unidos sin su hija solo unos días después de haber salido de un hospital psiquiátrico?

—David, te lo juro, ella me dijo que lo sabías y...

David colgó el teléfono con brusquedad y volvió a descolgar para llamar a su madre.

—Mamá, soy David.

LJ lo esperaba en la puerta de Marchmont cuatro horas después.

—Pobrecillo, pareces agotado. Entra y pediré a Mary que nos prepare un té.

—Una bebida fuerte me sentará mejor, gracias, mamá.

Entraron en el salón y David se sentó. LJ le sirvió un whisky.

—Cuéntamelo todo, hijo.

Después de que David repitiera lo que Leon le había explicado, LJ movió la cabeza con aire incrédulo.

—¿Por qué? Es decir, ¿por qué iba a mentirnos Cheska?

—Quizá pensaba que no la dejaríamos ir a Estados Unidos.

—Bueno, ¿la habríamos dejado?

—Probablemente no. —David se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—¿Y Leon dice que volverá dentro de unos días?

—Sí, eso ha dicho.

—Bueno, David, espero equivocarme, pero mi instinto, que nunca me falla, me dice que Cheska no tiene ninguna intención de volver.

—¿No podríamos esperar a ver qué pasa? —sugirió David con un hondo suspiro—. No tiene sentido hacer conjeturas, y esta noche estoy demasiado cansado para pensar con claridad.

—Tienes razón. Al menos sabemos dónde está.

—Voy a darme un baño y me acostaré temprano. ¿Crees que Mary podría prepararme algo de comer?

—Seguro que sí. Pero antes de que subas... —LJ le tendió un periódico—. ¿Has visto el *Mail* de esta mañana? Hay un largo artículo sobre Bobby Cross. Parece que ayer tuvo un... accidente.

David echó un vistazo a la fotografía de primera plana de Bobby y leyó el artículo que había debajo.

ESTRELLA DEL POP DESFIGURADO
POR UNA AGRESIÓN DEMENCIAL

El cantante Bobby Cross ingresó anoche en el hospital con graves quemaduras faciales. Un empleado del teatro lo encontró inconsciente en su camerino y fue trasladado a toda prisa al hospital Guy, donde fue sometido a una intervención quirúrgica urgente para intentar salvarle el ojo izquierdo. Un portavoz de la policía refirió que habían añadido lejía a un bote de crema facial que el señor Cross utilizaba para desmaquillarse. La agresión fue de una «crueldad inigualable», dijo el portavoz. Se sospecha que fue obra de una admiradora trastornada. Se encontró un ramo de rosas rojas en su camerino, acompañado de una siniestra nota.

David miró a su madre. Sabía exactamente qué estaba pensando.

—No, mamá. Cheska puede haber tenido problemas, pero ¿esto? Jamás. Solo es una desagradable coincidencia.

—¿Tú lo crees?

—Lo sé. ¿Cómo está Ava?

—Durmiendo como un angelito. Es una preciosidad.

—Bueno, esperemos que su madre dé señales de vida pronto. Y que vuelva a por su hija. Buenas noches, mamá.

LJ no dijo nada cuando David salió del salón. Por el bien de Ava, rezaba para que Cheska permaneciera bien lejos de su hija durante el mayor tiempo posible.

Al día siguiente, David se marchó de Marchmont al amanecer. Tenía reuniones

en Londres, pero antes quería pasar por el hospital Addenbrooke para ver a Greta. Por una u otra razón, llevaba más de un mes sin visitarla, aunque llamaba al pabellón todos los días por si había cambios. Nunca los había.

En el viaje a Cambridge, no hizo sino pensar en Cheska. El horrendo ataque contra Bobby había salido constantemente en la radio y la noticia estaba en la primera plana de todos los periódicos. Por lo visto, su vida no corría peligro, pero, según las informaciones, no se recuperaría por completo de las lesiones de los ojos y la cara.

El talento de Bobby como músico era limitado, pero su carisma sexual era innegable. Con lo que había sucedido, por cruel que fuera, no cabía duda de que su etapa como ídolo de adolescentes y estrella de cine había terminado. David esperaba que su mujer lo apoyara, porque Bobby nunca la había necesitado tanto como en ese momento.

«Donde las dan las toman», murmuró para sus adentros cuando aparcó delante del hospital. Sin quitarse a Bobby de la cabeza, pensó en que su madre siempre lo había educado para que fuera un hombre honrado. Había visto cómo amigos y colegas suyos tomaban atajos para conseguir lo que querían, pero, a sus cuarenta y tres años, sabía que aquel era el mejor consejo que jamás le habían dado. Últimamente, había comprendido que toda mala acción tenía consecuencias.

Y aun así, Greta, quien apenas había hecho nada en toda su vida para perjudicar a nadie, había sufrido lo indecible.

Bajó del coche, cerró la puerta y se dirigió a la entrada del hospital, preguntándose si Cheska podía estar relacionada con la desgracia de Bobby Cross. Sabía que su madre pensaba que sí. Pero, razonó, LJ le estaba echando demasiada imaginación y solo era una coincidencia, ¿no?

Cuando cogió el ascensor al pabellón siete, recordó qué niña tan dulce había sido Cheska. Y para él, al menos, aún lo era. Jamás había visto ningún indicio en su comportamiento de que tuviera la clase de mentalidad violenta y psicótica capaz de concebir algo semejante. Sí, había estado loca de dolor tras el accidente de su madre, pero eso era natural, ¿no?

David tocó el timbre y vio que su enfermera favorita, Jane, le sonreía y se dirigía a la puerta.

—Hola, señor Marchmont. Hace tiempo que no le veía —dijo mientras lo conducía a la cama de Greta, con la rubia cola de caballo balanceándose bajo la

toca. David sabía que tenía debilidad por él. A menudo le llevaba una taza de té con galletas cuando estaba sentado junto a Greta, y sus amistosas bromas aliviaban su ingrata conversación de un solo sentido.

—Estaba de viaje. —Parecía la explicación más sencilla—. ¿Algún cambio?

—Me temo que no, aunque esta mañana la enfermera de turno le ha visto mover ligeramente la mano izquierda. Pero, como ya sabe, es probable que sea un reflejo nervioso automático.

—Gracias, Jane —dijo David cuando se sentó y vio que Greta seguía igual que la última vez que la había visto.

Jane asintió y se marchó.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás? —David le tomó la mano—. Siento no haber venido a verte. Estaba ocupado. Eso sí, tengo muchas noticias que darte.

Miró sus serenas facciones en busca de algún movimiento, un minúsculo parpadeo, quizá. Pero no hubo nada.

—Greta, te lo dije la última vez, y parece mentira, ya que nadie diría que tienes edad de ser madre, y no digamos ya abuela, pero Cheska ha tenido una niña adorable. La ha llamado Ava. Estoy convencido de que, cuando se sienta más fuerte, vendrá a verte. La niña es preciosa. Se parece mucho a su madre y, considerando que solo tiene unas semanas, duerme muy bien. Cheska parece haber nacido siendo madre. Hasta LJ está admirada.

David siguió hablando, como siempre hacía, desviando de vez en cuando la vista a la planta medio muerta que descansaba en el alféizar de la ventana, por encima de la cabeza de Greta, y dirigiéndose a ella, solo para mirar algo que no fueran sus blancas facciones inmóviles. Mientras hablaba, se puso a pensar en otras cosas que tenía que hacer.

—Has dicho que la niña se llama Ava. ¿Es por Ava Gardner, la actriz de cine?

—No, creo que es por otra persona —respondió David de forma automática, mirando aún la planta y pensando en posibles escenas para su programa de televisión. Había estado cavilando sobre qué caras famosas invitaría a su especial de Navidad y preguntándose si podría convencer a Julie Andrews—. Yo...

Su cerebro tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de suceder. Despegó los ojos de la planta, temiendo haber imaginado su voz, y se obligó a mirar a Greta.

—¡Oh, Dios mío! —susurró al ver sus hermosos ojos azules por primera vez desde hacía nueve meses—. Greta... estás...

No dijo una palabra más, pues rompió a llorar de inmediato.

Diciembre de 1985

Marchmont Hall,
Monmouthshire

Ya hacía tiempo que el sol se había puesto cuando David terminó de hablar. Sacó su pañuelo y se enjugó las lágrimas. Se había interrumpido muchas veces para mirar a Greta, la cual estaba sentada, escuchando con atención cada palabra que decía, y preguntarle si de verdad quería que continuara. La respuesta siempre había sido afirmativa.

Había hecho todo lo posible por describirle los hechos acaecidos, hasta donde él sabía o recordaba. Con todo, pese a la insistencia de Greta en que no le ocultara nada, había decidido no revelar sus sospechas sobre la implicación de Cheska en su accidente. El otro detalle que había omitido a propósito era su proposición de matrimonio. Le parecía que eso también sería demasiada carga para ella en ese momento, teniendo en cuenta todas las demás revelaciones.

Vio que Greta se había quedado con la mirada perdida y se preguntó qué estaría pensando. La historia bastaría para impresionar a una persona que no tuviera nada que ver con ella, pero aquello era su «vida».

—¿Estás bien, Greta?

—Sí. O, al menos, tan bien como puedo estar después de lo que acabas de contarme. A decir verdad, ya había recordado gran parte. Tú solo lo has aclarado y le has dado sentido. Lo que Cheska hizo a Bobby... —Greta se estremeció—. Podría haberlo matado.

—¿Crees que fue ella?

—Estoy casi segura. La locura que vi en sus ojos en el bar del Savoy justo antes de mi accidente cuando le dije que Bobby era un hombre casado... Estaba muy trastornada, y yo no lo vi —susurró—. Me negaba a verlo, David. Cometí muchos errores. Que Dios me perdone. Nunca debería haberla presionado tanto.

—Greta, no deberías ser tan dura contigo. De todos modos, ahora mismo

necesito beber algo fuerte. ¿Y tú?

—Quizá —convino ella—. Un vasito.

—Te prepararé una ginebra poco cargada. No tardo nada.

David salió del salón y se dirigió a la cocina. Tor estaba sentada a la mesa, leyendo el *Telegraph*. Después de llevar horas explicando una historia tan triste, le pareció que acababa de entrar en un mundo de calma y normalidad.

—¿Cómo está? —preguntó Tor.

—No lo sé, la verdad, pero después de lo que acabo de explicarle, bastante conmocionada, diría yo. Siento tener que pasar tanto tiempo con ella —dijo, besándola en la coronilla—. Prometo compensártelo en Italia. Solo faltan unos días.

Tor lo miró y le apretó la mano.

—No hay más remedio, y esperemos que, ahora que Greta ha recordado, ya no dependa tanto de ti en el futuro.

—Sí, esperémoslo. ¿Te sirvo una copa? —preguntó David cuando fue a la nevera ultramoderna y colocó un vaso debajo del dispensador de hielo.

—No, gracias —respondió Tor, de nuevo concentrada en el periódico.

David llevó las bebidas al salón y dejó el vaso de Greta enfrente.

—Gracias. —Cuando ella lo cogió para tomar un sorbo, David vio que le temblaba la mano.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte, Greta? —preguntó, convencido de que no era él quien debía tomar la iniciativa.

—David, parece que lo único que haces desde Dios sabe cuántos años es ayudarme. Y también a Cheska —añadió—. No sé cómo podré llegar a agradecértelo. Nos apoyaste durante todo el tiempo que yo estuve ingresada. No sé cómo lo hiciste. Me siento... tan culpable, por tantas cosas. ¿De qué manera podré llegar a compensarte?

—Acabas de hacerlo. ¿Sabes?, siempre me negué a perder la esperanza, así que es muy gratificante que se haya demostrado que tenía razón. Además, esa debería ser la menor de tus preocupaciones. Eres de la familia, Greta, y también lo es Cheska, y en momentos de necesidad nos apoyamos, ¿no? Es lo que hacen las familias. Y antes de que digas que no lleváis mi sangre, ninguna de las dos, eso no viene al caso.

—LJ debía de considerarme la causante de la destrucción de Marchmont Hall.

Y, en cierto modo, la suya. Aunque me ha aliviado saber que Owen me utilizó tanto como yo lo utilicé a él. Tantos años, y estaba enamorado de LJ. Eso es algo que nunca supe. Es muy triste, la verdad, para ambos.

—Bueno, los dos eran igual de tercos. Ocurre algunas veces.

Greta se estremeció cuando la asaltó el recuerdo de un momento concreto. Era tan vívido que se le escapó un grito.

—¿Qué pasa?

—Nada. Si me disculpas, David, voy a subir a echarme un rato.

Greta se levantó de golpe y se marchó. David se preguntó qué demonios era lo que había recordado. Y comprendió que podía ser cualquier cosa.

«Esto es el cuento de nunca acabar», masculló para sus adentros, apurando su ginebra; después se reunió con Tor en la cocina.

Greta se quedó sentada en la cama, deseando poder bajar de nuevo y preguntar a David si lo que había visto en su recuerdo era cierto: que en una ocasión él le había dicho que la amaba y le había pedido matrimonio.

Volvió a cerrar los ojos y se vio sentada a una mesa con él... ¡Sí, sí! Había sido en Monmouth, en el Griffin Arms, donde David le había dicho que la amaba: conservaba la imagen mental. Y por alguna razón que ahora le parecía totalmente incomprensible, ella lo había rechazado. Hurgó en lo más recóndito de su mente, esforzándose por recordar el motivo.

«Paciencia, Greta, paciencia», se dijo, pues ya había aprendido que algunos recuerdos la asaltaban contra su voluntad mientras que otros se hacían de rogar. Porque había otro recuerdo; algo que había sucedido después de aquello y que sabía que quizá lo explicaría todo con mayor claridad.

Volvió a cerrar los ojos y, como si estuviera intentando cazar una mariposa esquiva, procuró relajarse para tratar de atraparla en las redes de sus sinapsis. Ya vislumbraba retazos... Era en el Savoy —reconocía los pesados cubiertos de plata y el immaculado mantel blanco de lino—, David y ella charlaban mientras comían y Greta estaba muy nerviosa porque tenía algo que decirle. Entonces, David le había dado una información que la había desconcertado... ¿Qué era? Una mala noticia, algo que la había turbado...

Cheska y Bobby Cross.

Abrió los ojos, pues acababa de recordar el momento preciso en el que decidió decir a David lo tonta que había sido al rechazar su proposición de matrimonio tantos años antes. Había estado a punto de decirle que lo amaba y de preguntarle si aún sentía algo por ella...

Y más avanzada la tarde, habían quedado para tomar una copa, pero Cheska había llegado antes que él, tal como había dicho David. Y ellas dos tuvieron aquella horrible pelea. Ahora Greta sabía que no había llegado a expresar las palabras que necesitaba decirle porque poco después había salido del hotel para hundirse en el pozo del olvido...

Así pues, en todos esos años, David jamás había sabido lo que ella quería decirle.

¿Era demasiado tarde...?

«Quizá no», pensó, rememorando su declaración de amor y su petición de matrimonio una vez tras otra y atesorando el recuerdo. Con una sonrisa satisfecha, por fin se quedó dormida.

—¿Te apetece tomar el aire, cariño? —preguntó David a Tor al día siguiente después de comer.

—Buena idea. Greta está durmiendo, ¿verdad?

—Sí.

Salieron a pasear y Tor empezó a preguntarle cariñosamente por lo que había explicado a Greta. Él respondió casi todas sus preguntas con monosílabos. Se sentía protector con Greta y su situación, pero también culpable porque la Navidad no hubiera sido la que él imaginaba. Ni para él ni para Tor. Llevaba meses preparándose mentalmente para pedirle matrimonio, pues comprendía que era demasiado viejo para seguir aferrándose a sus sueños y quimeras de un amor ideal con Greta. Tor y él eran felices juntos desde un punto de vista pragmático. Y lo cierto es que debería hacer lo correcto y ponerle un anillo en el dedo.

Todas esas intenciones le rondaban por la cabeza mientras respondía sus preguntas lo mejor que sabía. Al mismo tiempo, cavilaba sobre qué recuerdo había recuperado Greta, pero ¿acaso importaba? Aunque hubiera recordado su pasado y el papel que David había desempeñado en él, jamás lo había querido. O, al menos, no de la manera en que él necesitaba. Además, pese a sus

sentimientos por Greta, lo cuales sabía que jamás cambiarían, Tor le había procurado una sensación de estabilidad; un agradable cambio frente a la locura de la época que acababa de relatar a Greta.

Su actual relación podía no tener la misma pasión, pero ¿era eso importante en ese momento de su vida, después de lo mucho que había sufrido en el pasado? Aquella etapa, yendo y viniendo entre Greta y Cheska cuando las dos estaban tan enfermas, lo había estresado tanto que temió estar al borde de perder la cabeza.

Y sabía que Tor se estaba impacientando, pues creía, con razón, que su relación necesitaba adquirir una base más sólida y permanente. Incluso se había llevado a Marchmont Hall el anillo de compromiso de su madre, el mismo que tenía en el bolsillo la noche que pidió a Greta que se casase con él. Estaba en un cajón de su habitación, listo para sacarlo en el momento oportuno. Quizá, pensó, debería esperar a que estuvieran lejos de allí, en su apartamento de Italia en Año Nuevo. Todo aquello habría quedado atrás para entonces, pero, al mismo tiempo, tenía la suficiente intuición para saber que Tor estaba tensa por la mera presencia de Greta, y no digamos ya por lo que había sucedido desde entonces.

—Creo que mañana empezará el deshielo, a juzgar por cómo calienta el sol. — Tor lo miró y sonrió.

—Es probable que tengas razón —convino David—. Pero ha sido muy bonito mientras ha durado.

—Desde luego. —Tor entrelazó el brazo con el suyo, alzó la cabeza y lo besó en la mejilla—. Tenemos que decidir qué aventuras vamos a correr el año que viene. ¿Dónde te apetece ir? He pensado que podríamos repetir la ruta de Marco Polo por China, dado que la última vez no pudimos terminarla, o quizá ir a Machu Picchu. Podríamos salir a principios de junio y después viajar por Sudamérica.

David la quería por lo que acababa de decir. Era el antídoto ideal para sus últimas horas. En vez de lamentarse por lo abandonada que él la tenía en Navidades, lo catapultaba hacia el futuro. David suspiró para sus adentros. El pasado ya no existía. Y Tor había sido una mujer muy paciente con la situación de Greta, a diferencia de como habrían actuado muchas otras. Le debía mucho por seguir apoyándolo.

—Las dos cosas me parecen maravillosas, la que tú prefieras. Además —dijo David, por puro instinto—, quiero pedirte una cosa.

—¿Ah, sí?

—Bueno, creo que si este año vamos a viajar al extranjero, estaría bien cambiar el apellido de tu pasaporte cuanto antes.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me gustaría que fueras mi esposa, Tor. Y perdona que no me arrodille, porque con la nieve podría darme un ataque de reuma y ya no podrías levantarme nunca más. Pero ahí lo tienes.

—¿Hablas en serio?

—¿Qué clase de comentario es ese dirigido a un cómico?

Tor sonrió y soltó una risita casi infantil.

—Bueno, ¿es así?

—Tor, ¡claro que sí! Iba a esperar a Italia, pero de repente me han entrado ganas de pedírtelo ahora. Dime, ¿qué te parece?

—Yo... ¿estás seguro? —Tor parecía asombrada, casi aturdida por su propuesta.

—Sí. ¿Y tú?

—Creo que sí.

—Por el amor de Dios, cariño, llevamos años juntos. ¿Por qué estás tan sorprendida?

Tor apartó la mirada y David la vio respirar hondo antes de volverse de nuevo hacia él.

—Porque creía que no me lo pedirías nunca.

Cuando Greta se despertó, se sentía renovada y exultante. Aunque había muchas cosas que David le había contado, y ella había recordado muchas más que debía superar de algún modo, el hecho de que David la hubiera amado una vez le colmaba el corazón de felicidad. Y si la había amado, podía volver a hacerlo, ¿no...?

Se dio un baño y después se esmeró más de lo habitual en peinarse, maquillarse y vestirse antes de reunirse con los demás en el salón para tomar una copa antes de cenar.

En cuanto entró, percibió el ambiente de entusiasmo. En la mesa de centro había una cubitera con una botella de champán frío.

—Te estábamos esperando —dijo Ava; se acercó a ella y la cogió del brazo—. David tiene algo que anunciar.

—Aunque creo que todos sabemos qué es —añadió Simon con una sonrisa pícaro.

—¡Chis! —exclamó Ava, dándole un codazo en las costillas—. Tío David, nos has tenido en vilo durante casi una hora. —Dio a Greta una copa de champán—. Vamos, desembucha.

—Bueno, el caso es que Tor y yo hemos decidido casarnos.

Ava y Simon alzaron sus copas y brindaron.

—¡Por fin! —exclamó Ava.

—Enhorabuena —dijo Simon, acercándose a Tor para besarla en la mejilla—. Bienvenida a la familia.

Greta se quedó donde estaba, aturdida, y vio que David la estaba observando. Se miraron solo unos segundos antes de que ella se repusiera, dibujara una alegre sonrisa en la cara y fuera a felicitar a la feliz pareja.

—Menudas Navidades hemos tenido —comentó Ava un poco más tarde durante la cena—. Primero tú recuperas la memoria, abuela, y ahora el tío David y Tor. No creía que hubiera mucho que celebrar ahora que LJ ya no está con nosotros, pero me equivocaba.

—Sí —respondió Tor—. Brindemos por LJ.

—Por LJ.

Greta, agotada su capacidad para parecer tan exultante como el resto, puso el pretexto de que le dolía mucho la cabeza y subió a acostarse.

Después de desnudarse y meterse bajo el edredón, hizo todo lo posible para alegrarse por David. Y por Tor. Estaba claro que lo que él había sentido por ella en otra época ya no importaba, de igual manera que tampoco lo importaba lo que ella había sentido por Max, el padre de Cheska. El momento ya había pasado, y no podía esperar que nadie más cambiara sus planes solo para complacerla.

Sencillamente, era demasiado tarde.

Greta se despertó temprano a la mañana siguiente, después de pasar una mala noche. Bajó y encontró a Tor sola en la cocina, desayunando.

—Buenos días, Greta.

—Buenos días.

—Hay café hecho si te apetece.

—Lo siento, pero a estas horas siempre tomo té —respondió Greta, encendiendo el hervidor—. Deben de ser mis raíces norteañas.

—Anoche te recogiste temprano, pero quería disculparme por haber elegido ese momento tan poco oportuno para anunciar lo nuestro, con lo que te está pasando. Recordarlo todo tan deprisa debe de ser muy difícil.

—Lo es en algunos aspectos, sí, pero en otros es muy positivo.

—Entonces, ¿lo llevas bien?

—Eso creo. ¿Cómo puedo saberlo? —Greta se encogió de hombros, a la defensiva.

—No, supongo que no puedes. En fin, te felicito por tomártelo todo con tanto estoicismo. Y realmente es muy revelador para ti. En cuanto superes el golpe, estoy segura de que podrás empezar a llevar una vida mucho más plena y activa de la que has tenido en los últimos años.

—Sí, seguro que sí.

—Creo que quizá haya sido una de las razones por las que a David le ha parecido que era el momento apropiado para pedirme que me case con él. Saber que, con el tiempo, serás mucho más independiente. Espero que no te moleste que te lo diga.

—En absoluto. —Greta se obligó a sonreír—. Creo que me tomaré el té en la habitación. Tengo que escribir un par de cartas.

Dejó a Tor sola en la cocina antes de que le echara su taza de té caliente por la cabeza solo para poner fin a sus comentarios bienintencionados pero sutilmente mordaces. No necesitaba que nadie le recordara la «carga» que había sido para David todos esos años. Y aunque entendía que Tor estuviera molesta por eso, no podía soportar que aprovechara justo ese momento para restregárselo en las narices.

Encontró a Mary en su habitación, haciéndole la cama.

—Hola, señora, ¿cómo se encuentra? —Mary la miró con lo que parecía compasión. Greta no estaba segura de cuál era el motivo.

—Voy tirando, gracias, Mary —respondió, decidida a que todos dejaran de tenerle tanta lástima—. ¿Qué te parece la noticia de David? ¿No es estupenda?

—Sí. —Su tono sonó a falso y miró a Greta de un modo extraño—. No era lo que me esperaba, he de decir.

—¿Ah, no? Pensaba que hacía años que se veía venir.

—Por eso precisamente. En mi opinión, señora, si uno quiere a una persona, no espera tanto tiempo antes de decidirse a casarse con ella. Sobre todo a la edad del señorito David. —Mary bajó la voz hasta que fue solo un susurro—. No es que Tor no me caiga bien, pero... nunca lo he visto muy convencido. Aunque no es asunto mío, ¿verdad? Espero que sean muy felices, señora, y que usted también pueda encontrar por fin algo de felicidad. Lo ha pasado muy mal.

—Gracias —dijo Greta, percibiendo la diferencia entre la compasión afectuosa y sincera de Mary y la de Tor.

—Y espero que se deje ver más por Marchmont después de esto. La joven Ava necesitará todo el apoyo que puedan darle cuando llegue el pequeñín. Recuerdo que usted fue una madre maravillosa con los gemelos.

—¿Ah, sí? —Greta irradió felicidad—. Bueno, sí, aunque no fue precisamente un lecho de rosas, con los problemas de Owen, ahora he recordado que yo estaba muy feliz.

—Lo estaba y... —Mary se ruborizó de golpe—, ¿puedo contarle un secreto? Antes siempre se lo explicaba todo. ¿Se acuerda de Jack Wallace, el administrador de la propiedad?

—Sí, claro, Mary. Pasaba mucho tiempo en tu cocina, comiéndose tus tartas caseras.

—Pues me ha pedido que me case con él, y creo que le diré que sí.

—¡Oh, Mary! Es estupendo. Debes de haberte sentido muy sola desde que Huw murió.

—Sí, y también él desde que murió su mujer. Pero ¿cree que es demasiado pronto? Solo hace tres años que enviudé, ¿sabe? ¡No querría que la gente pensara que soy una fresca!

—Dudo que alguien vaya a pensar eso. —Greta soltó una risita—. Y, sinceramente, Mary, yo que he perdido veinticuatro años, te aconsejo que, si has encontrado la felicidad con alguien, no la dejes escapar. La vida es demasiado corta para preocuparse por lo que piensa la gente.

—Gracias, señora Greta —dijo Mary agradecida—. Bueno, ya he terminado. Me voy abajo para preparar la comida. Sé que Tor cree que me ayuda, pero no

me gusta que nadie meta las narices en mi cocina. —Y salió soltando un bufido de irritación.

Greta tomó un sorbo de té, reconfortada por las palabras de Mary. En el pasado habían sido amigas y Greta esperaba que pudieran volver a serlo. Cuando apuró la taza, volvió a bajar para buscar a David; no creía que la noche anterior lo hubiera felicitado como correspondía. Además, antes de que Tor y él se marcharan a Italia, sabía que tenía que pedirle ayuda con el resto de su historia.

David estaba en su sillón habitual junto a la chimenea, leyendo el *Telegraph*.

—Buenos días, Greta. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, gracias —respondió cuando él la miró con expresión interrogante por encima del periódico—. ¿Y tú?

—Sin contar con que anoche bebí mucho más champán del que me conviene, bien también.

—Solo quería volver a decirte, David, que me alegro mucho por Tor y por ti. Espero que seas muy feliz. Te lo mereces.

—Gracias, Greta. Y espero que sepas que eso no significa que yo vaya a desaparecer de tu vida de repente. A Tor aún le quedan unos años para jubilarse, así que es muy probable que sigamos como hasta ahora, cada uno en su casa.

—David, en serio, no debes preocuparte por mí —repuso con más aspereza de la que pretendía—. Pero oye, ¿tienes algún plan esta mañana?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Bueno, evidentemente hay muchas cosas que ahora recuerdo de antes del accidente, pero me preguntaba, teniendo en cuenta lo que ahora sé que ocurrió antes, si me lo has contado todo. Porque me da la impresión de que, con buena intención, por supuesto —se apresuró a añadir—, has podido omitir algunas partes. ¿Estoy en lo cierto?

David dobló el periódico con cuidado y lo dejó en su regazo.

—Sí. No quería disgustarte. Has estado muy delicada, Greta.

—Bueno, ¿te parecería bien si yo te cuento lo que sé de lo ocurrido desde entonces y tú llenas las lagunas? No debería llevarnos mucho tiempo. Creo que es importante que conozca toda la historia. Sobre Cheska —añadió con énfasis.

—De acuerdo. —David no parecía demasiado entusiasmado—. Si empiezas, haré lo que pueda. Solo me preocupa que pueda ser demasiado para ti.

—No lo será —dijo Greta con decisión—. Salí del hospital después de

dieciocho meses. Ava estaba aquí en Marchmont y Cheska estaba en Hollywood, ¿sí?

—Sí, y en los dieciséis años siguientes no pasó nada de especial interés que debas saber. Por desgracia, todo se convirtió en una especie de pesadilla, parte de la cual ya conoces, justo antes de que Ava cumpliera dieciocho años...

Ava

Abril de 1980

Ava Marchmont subió a pie por la carretera y torció por el largo camino particular que conducía a Marchmont. Era un recorrido que detestaba en invierno, sobre todo si estaba nevando. En el momento en que abrió la puerta de la cocina, ya no se notaba los pies y tenía que calentárselos junto a la cocina de leña para que se le descongelaran. Pero, por suerte, el invierno ya era un mero recuerdo y la caminata de diez minutos era un placer en primavera. Durante el paseo, se fijó en los narcisos que florecían al pie de los árboles que bordeaban el camino. Los corderos recién nacidos, algunos de los cuales ella había ayudado a traer al mundo, habían empezado a valerse por sí mismos y retozaban felices en los prados cercanos.

Contempló el despejado cielo azul y la inundó una súbita felicidad. Dejó su pesada cartera de piel en el suelo y estiró los brazos por encima de la cabeza mientras soltaba el aire despacio. Notó el sol vespertino en la cara, se quitó las gafas y dejó que el mundo se convirtiera en una borrosa masa de tonalidades verdes, azules y doradas, asombrada de cómo su visión de la vida podía cambiar de una forma tan completa. Tenía los ojos del mismo color que su madre, eso decía siempre LJ. Ava solo desearía que le funcionaran como a la mayoría de las personas. Llevaba gafas desde los cinco años, cuando su profesora de primaria no lograba entender que una niña tan lista tuviera dificultades para aprender a leer y escribir. Le habían diagnosticado miopía crónica.

Volvió a ponerse las gafas, cogió la cartera y echó de nuevo a andar. El trimestre había terminado y durante las tres semanas de vacaciones que tenía en Semana Santa podría relajarse y disfrutar haciendo lo que más le gustaba.

Desde que era niña, Ava había echado una mano en la granja atendiendo a los animales. Ver sufrir a una criatura siempre la había acongojado y, cuando los

jornaleros decían que no había nada que hacer, Ava se negaba a dar al animal por perdido y lo cuidaba hasta que se reponía. En consecuencia, ya tenía su propio «zoológico», como LJ lo llamaba.

Un cordero enfermo, el pequeñajo de la camada, al que había alimentado con biberón hasta que tuvo edad suficiente para destetarse, había sido el primero. Henry ya era un carnero viejo y lanudo, y Ava lo adoraba. Había un gordo cerdo rosado que se llamaba Fred, numerosas gallinas y dos malhumorados gansos. Además, estaban los lebratos, infestados de ácaros, que había salvado de las garras de los gatos de la granja, llevándoselos a su habitación en cajas de zapatos y curándoles las heridas mientras LJ negaba con la cabeza y le decía que había pocas esperanzas. Su tía abuela decía que era más probable que los animales pequeños murieran de miedo que por sus heridas, y veía sorprendida cómo los delicados cuidados de Ava les devolvían la salud. Su zoológico estaba alojado en una espaciosa cuadra que no se utilizaba, y casi todos los animales que vivían en ella se volvían dóciles y saludaban ruidosamente a su salvadora siempre que aparecía.

También había un pequeño cementerio en un lugar tranquilo bajo un viejo roble que crecía detrás de la mansión. Cada muerte estaba señalada con una cruz y abundantes lágrimas por parte de Ava.

Con el paso de los años, Ava había desarrollado una idea clara de lo que quería hacer en la vida. Su rendimiento académico era irregular, pues mostraba poco interés en materias como el dibujo o la historia, pero, en todo lo que guardaba relación con la naturaleza y la biología, descollaba. Los últimos meses habían sido duros, pues sabía que debía sacar unas notas excelentes en sus exámenes finales para entrar en la Facultad de Veterinaria. No obstante, en las tres semanas siguientes, podría pasar el tiempo con sus animales, lo cual tenía claro que le enseñaba mucho más de lo que jamás aprendería sentada en una clase.

Llegó al recodo del camino desde el que se divisaba Marchmont Hall.

Mientras contemplaba los reflejos del sol en el tejado de pizarra, pensó en qué afortunada era de vivir ahí. La mansión tenía tanto carácter y un aspecto tan cálido y acogedor que jamás había querido vivir en ningún otro lugar. Su intención era regresar a Marchmont en cuanto se titulara en Veterinaria y, con el tiempo, abrir una pequeña clínica propia. Esperaba que la reputación de ayudar a los animales de la que gozaba en la zona contribuyera a que la clínica empezara

con buen pie.

Cuando estuvo cerca de la mansión, le alegró ver que el coche de la modista aún no había llegado. Hizo una mueca al pensar en la prueba que tendría después. Solo recordaba tres ocasiones en las que había llevado vestido y, ese verano, habría una cuarta. Aun así, pensó, tendría que hacer de tripas corazón. Después de todo, iba a ser un día muy especial. LJ cumpliría ochenta y cinco años. Y ella dieciocho solo unas semanas antes.

Abrió la puerta que comunicaba con la cocina. Jack Wallace, el administrador de la granja, estaba sentado a la mesa de pino tomándose un té mientras Mary extendía masa con el rodillo.

—Hola, Ava. ¿Qué tal el día, cielo? —preguntó Mary.

—Estupendo, ¡porque no tengo que volver a clase en tres semanas! —Ava se rio y dio a Mary un cariñoso beso en la mejilla.

—Bueno, si crees que te lo voy a poner fácil durante las vacaciones de Semana Santa, vas muy equivocada —dijo Jack con una sonrisa guasona—. Necesitaré tu ayuda para bañar a las ovejas ahora que Mickey se ha ido a la ciudad.

—Me parece bien —respondió Ava—, siempre que prometas llevarme a la subasta de ganado la semana que viene.

—Trato hecho, jovencita. Bueno, tengo que irme. Gracias por el té, Mary. Adiós, Ava.

Ava esperó a que Jack saliera y cerrara la puerta.

—Jack se pasa la vida aquí últimamente, Mary. Creo que podrías tener un admirador.

—¡Anda ya, soy una mujer casada! —Mary se ruborizó con su comentario—. Conozco a Jack Wallace desde que éramos niños de teta. Solo le hago compañía ahora que su mujer nos ha dejado.

—Bueno, yo que tú tendría cuidado —bromeó Ava—. ¿Está descansando la tía LJ?

—Sí. Aunque he tenido que amenazarla con encerrarla en su habitación. Tu tía abuela es demasiado terca para lo que le conviene. Necesita recordar que ya tiene ochenta y cuatro años, y esa sería operación le habría quitado las fuerzas a una mujer con la mitad de sus años.

—Le subiré una taza de té. —Ava fue a la cocina de leña, cogió el hervidor y se lo llevó al fregadero para llenarlo de agua.

—No tardes mucho. La modista llegará a las cinco. Válgame Dios, ¡seré feliz cuando esta fiesta de cumpleaños haya pasado!

Ava escuchó las quejas de Mary mientras daba forma a la masa a golpes, sabiendo que, en el fondo, disfrutaba con tanta planificación y actividad.

—Vamos a ayudar todos, Mary. Deja de preocuparte. Aún faltan meses. Si sigues así, te dará un ataque de nervios. ¿Qué hay para cenar esta noche?

—Filete y pastel de riñones, la cena preferida de tu tía abuela.

—Entonces, yo volveré a tomar un plato de verdura.

—Oye, yo no tengo la culpa de tus absurdas ideas vegetarianas, jovencita. El hombre come carne desde hace miles de años, igual que los gatos comen ratones. Es natural, parte de la revolución.

—Creo que quieres decir «evolución», Mary —la corrigió Ava con una sonrisa mientras vertía agua hirviendo en la tetera y la removía.

—Da igual. No me extraña que estés tan blanca. No es conveniente para una muchacha que se está desarrollando, y ese tofu que comes no puede sustituir a un buen trozo de carne roja. Yo...

Ava se escabulló de la cocina con la bandeja del té mientras Mary seguía refunfuñando sin darse cuenta de que ya no estaba, y subió a la habitación de LJ.

—¡Adelante! —respondió la anciana cuando llamó a la puerta.

—Hola, cariño, ¿has descansado? —preguntó Ava mientras dejaba la bandeja del té en la cama de su tía abuela.

—Supongo. —LJ la miró con sus risueños ojos verdes—. No soporto esto de dormir tanto por la tarde. Me siento como si fuera un bebé o un caso perdido. No estoy segura de qué es peor.

—Solo hace un mes que te pusieron la prótesis de cadera, ¿recuerdas? El médico ha dicho que tienes que descansar todo lo posible. —Ava sirvió el té en la taza de porcelana preferida de LJ y se la dio.

—¡Todo este jaleo! ¡No había pasado un solo día enferma hasta que esa maldita vaca me lanzó por los aires de una coz!

—Todo está bajo control, te lo prometo. Mary está en la cocina, refunfuñando y maldiciendo, y la modista llegará dentro de poco. No hay nada de lo que debas preocuparte —la tranquilizó Ava.

—Entonces estás diciendo que soy prescindible, ¿es eso, jovencita?

—No, LJ. Estoy diciendo que lo más importante es que recuperes las fuerzas.

—Ava la besó en la cabeza con cariño—. Termínate el té y, cuando me haya probado el vestido, volveré y te ayudaré a bajar la escalera.

—Pues te diré una cosa: de ningún modo voy a presentarme en mi propia fiesta con ese ridículo andador —dijo LJ con vehemencia.

—¡Tía LJ! Te quedan semanas para recuperarte, así que cálmate. Y, además, piensa en la pobrecita de mí. ¡Tengo que llevar vestido! —Ava puso los ojos en blanco horrorizada—. Bueno, tengo que irme y practicar eso de ser femenina.

Cuando Ava salió de la habitación, LJ dejó la taza en la bandeja y volvió a recostarse en las almohadas. Ava era un chicozito, ya desde pequeña. Y muy tímida. Solo se sentía cómoda con la familia. El único momento en el que su sobrina nieta rebosaba confianza era cuando estaba con sus queridos animales. LJ la adoraba.

Hacía casi dieciocho años, después de esperar durante semanas a que Cheska regresara de Los Ángeles, LJ había abandonado toda intención de distanciarse emocionalmente de la niñita que su sobrina había dejado en Marchmont. Por consiguiente, en una época en la que casi todas las mujeres de su edad se arrellanaban delante de la chimenea con una manta de cuadros sobre las piernas, LJ cambió pañales, gateó por el suelo detrás de una niña pequeña y, el primer día de colegio de Ava, se juntó en el patio con madres preocupadas que eran casi tan jóvenes como para ser sus nietas.

Pero aquello la había hecho revivir. Ava era la hija que nunca había tenido. Por pura casualidad, a las dos les apasionaban el aire libre, la naturaleza y los animales. La diferencia de edad era mucha, pero nunca había parecido que importara.

Desde entonces, LJ había pasado muchas horas pensando en cómo una mujer rebelde como Cheska podía haber concebido una niña tan sensata y equilibrada. Después de marcharse a Los Ángeles, hacía tantos años ya, no había tenido el detalle siquiera de llamar para que David y LJ supieran que estaba bien. Unos días después, David, que no había podido salir antes de viaje porque Greta había despertado del coma, debía coger un avión para llevarla de regreso a casa.

Entonces había llegado una carta a Marchmont Hall, dirigida a LJ y escrita en la infantil letra de Cheska.

*Beverly Wilshire Hotel
Beverly Hills*

Querida tía LJ:

Sé que debes de pensar muy mal de mí por lo que seguro entiendes como mi abandono de Ava. Pero me he pasado mucho tiempo pensando en lo que debo hacer, y creo que ahora mismo no sería muy buena madre para ella. Lo único que se me da bien es actuar, y el estudio me ha ofrecido un contrato de cinco años.

Al menos, así podré mantener a Ava y asegurarle un futuro, pero estaré muy ocupada rodando las películas, lo que quiere decir que no dispondré de mucho tiempo para pasarlo con ella. Tendría que contratar a una niñera y, además, no creo que Hollywood sea un sitio muy agradable para criar a una hija.

Sé que es pedirte mucho, pero querría que Ava se quedara en Marchmont y tuviera la clase de infancia en el campo que ojalá hubiera tenido yo. ¿Te harás cargo de ella, tía LJ? Siempre me sentí muy segura y protegida cuando estuve contigo en Marchmont y estoy convencida de que criarás a Ava mucho mejor que yo.

Si crees que es demasiado para ti, puedo mandarte dinero para que contrates a una niñera. Por favor, dime qué necesitas.

Además, probablemente pensarás que no quiero a Ava ni me preocupo por ella. Te juro que no es así y que por eso estoy intentando hacer lo mejor para ella, no para mí, para variar.

La echaré muchísimo de menos. Por favor, dile que la quiero y que iré a verla en cuanto pueda.

Te ruego que me perdones, tía LJ, y que me escribas cuando puedas.

CHESKA

LJ había leído y releído la carta, intentando decidir si debía pensar bien o mal de su sobrina. Sus peores temores solo se confirmaron cuando llamó a David y le leyó la carta.

—Mamá, odio decir esto, pero me temo que Cheska puede estar pensando en su carrera más que en Ava. Probablemente, el estudio no sepa nada de la niña. Tienen un código moral muy estricto para sus actores y ponen toda clase de cláusulas en los contratos para que tengan que cumplirlas. Si Cheska o su agente mencionaran que ha sido madre soltera a los dieciséis, la mandarían a casa en el próximo vuelo.

—Entiendo. Dios mío, David. Es decir, claro que no me importa cuidar de Ava, es una criatura adorable, pero ya no soy ninguna niña y difícilmente puedo sustituir a su verdadera madre.

Hubo un silencio al teléfono antes de que David respondiera.

—¿Sabes una cosa, mamá?, dadas las circunstancias, creo que es lo mejor para Ava. Cheska es... Cheska, y, para serte franco, si Ava se fuera a vivir con ella a Los Ángeles, los dos nos moriríamos de preocupación. La pregunta más importante es: ¿puedes con esto?

—¡Claro que puedo! —replicó LJ—. Tengo a Mary para ayudarme, y la adora. He conseguido administrar la hacienda y la granja, así que dudo que una niña cambie nada.

Como de costumbre, David se había quedado admirado con la confianza de su madre en sí misma. Nada podía con ella.

—Muy bien. Cancelaré mi vuelo y tú deberías escribir a Cheska para decirle que estás de acuerdo. Por supuesto, ella debe pagar la manutención de Ava. También le escribiré yo, y le diré esto mismo. Sinceramente, mamá, estoy aliviado. Con la lenta rehabilitación de Greta, si algo no necesitaba era subirme a un avión para ir a Los Ángeles.

—¿Cómo se encuentra?

—Haciendo fisioterapia para fortalecer la musculatura. Llevaba en cama tanto tiempo que la había perdido casi por completo. Ayer consiguió sostenerse de pie unos segundos.

—¿Y su memoria?

—Aún poca cosa, me temo. Ha mencionado su infancia un par de veces, pero, aparte de eso, parece incapaz de recordar nada. Para serte sincero, mamá, no estoy seguro de qué es peor, si hablarle durante meses sin que reaccionara, o ahora que me mira como si fuera un completo desconocido.

—Hijo mío, vaya temporada has pasado. —LJ se tragó su frustración. Lo que pensaba sobre la continuada devoción de su hijo por Greta era mejor no decirlo—. Esperemos que pronto recupere la memoria.

Desde entonces, hacía más de diecisiete años, Cheska no había regresado. Y, por desgracia, tampoco lo había hecho la memoria de Greta.

En los primeros años, el único contacto con Cheska había sido un cheque mensual y algún que otro paquete para Ava que contenía grandes cajas de caramelos estadounidenses y muñecas con las caras tan pintarrajeadas que Ava las dejaba de lado en favor de su gastado oso de peluche. El mensaje siempre era

el mismo: «Di a Ava que la quiero y que la veré pronto».

Cuando la niña tuvo edad suficiente para entenderlo, LJ le explicó que los paquetes de Estados Unidos eran de su madre. Durante unas cuantas semanas después de eso, Ava preguntó cuándo regresaría Cheska, ya que en las cartas que acompañaban a los paquetes ella había escrito que sería pronto. LJ no supo qué más hacer aparte de sonreírle alegremente y asegurarle que su madre la quería.

Con el tiempo, los paquetes dejaron de llegar y Ava dejó de preguntar. LJ continuó hablándole de Cheska, cuando venía al caso. Quería que la niña lo entendiera por si Cheska volvía algún día a por su hija, aunque esa posibilidad la horrorizaba.

LJ sabía por David que a Cheska le iba muy bien. Había rodado varias películas importantes que se habían exhibido en cines británicos —LJ se había negado a verlas— y, además, hacía cinco años había conseguido el papel principal en una nueva teleserie estadounidense. La serie había conseguido fama internacional y Cheska se había convertido en una superestrella de la televisión en todo el mundo.

Aunque LJ desaprobaba la televisión, le parecía injusto impedir que Ava tuviera un televisor, ya que todas sus amigas del colegio lo tenían. Una noche, cuando Ava tenía trece años, entró en su habitación y vio la cara de Cheska llenando la pantalla. Se sentó en la cama al lado de su sobrina nieta para ver la serie con ella.

—Sabes quién es, ¿verdad, cariño? —le preguntó.

—Claro, tía LJ. Es Cheska Hammond, mi madre. —Ava volvió a mirar la pantalla sin inmutarse—. La serie se titula *Los magnates del petróleo* y es fenomenal. A mis compañeras les encanta. Cheska es muy guapa, ¿no?

—Sí. ¿Les dices a tus amigas que es tu madre?

Ava se volvió hacia ella, con expresión de asombro.

—¡Claro que no! Pensarían que me lo invento, ¿no?

LJ tuvo ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

—Sí, supongo, cariño.

Se quedó hasta el final del episodio, viendo cómo la mujer que había conocido cuando era una niña se pavoneaba vestida con un buen número de vestidos exquisitos y pasaba por una impresionante selección de pisos y casas y, observó LJ, varias camas también.

Cuando el episodio terminó, se volvió hacia Ava.

—¿Es conveniente que la veas, Ava? Parece un poco verde.

—Oh, tía LJ, no seas tan chapada a la antigua. Lo sé todo sobre el sexo. Nos lo enseñaron en la escuela cuando teníamos doce años. Hasta nos pusieron un vídeo.

—¿Ah, sí? —LJ enarcó una ceja y le tomó la mano—. Cuando ves a tu madre, ¿te gustaría estar con ella en Hollywood, llevando esa vida tan glamurosa?

—¡Dios mío, no! —Ava se rio—. Sé que Cheska es mi madre biológica, pero no la conozco y no puedo decir que la eche de menos. Tú eres mi madre y Marchmont es mi hogar. —Abrazó a LJ—. Y te quiero muchísimo.

Con los años, Ava se había convertido en la vida de LJ, en parte de su ser. Su instinto maternal era tan fuerte como lo había sido con David. A veces se reprendía por vivir a través de ella, justo como Greta había hecho con Cheska, pero no podía evitarlo. Ava era adorable y haría lo que fuera por ella.

De pronto, LJ oyó los rápidos pasos de Ava acercándose por el pasillo y se obligó a salir de su ensimismamiento. Quizá tuviera que ver con la operación, pero últimamente tenía la sensación de que algo malo iba a suceder. Había intentado no hacerle caso, pero llevaba ochenta y cuatro años fiándose de su instinto. Y rara vez le había fallado.

Los Ángeles

—Oh, eres tú. —Cheska habló secamente al teléfono, se quitó el antifaz de raso y miró el reloj de la mesilla—. ¿Qué puñetas haces llamándome tan temprano, Bill? Sabes que es el único día que puedo levantarme tarde.

—Lo siento, corazón, pero son las once y media y tenemos que hablar. Es urgente.

—¿Significa eso que han accedido a pagarme veinte mil dólares más por episodio?

—Oye, Cheska, ¿podemos vernos para comer y te cuento?

—Sabes que los domingos descanso, Bill. Si es tan urgente, será mejor que vengas a casa. Mi masajista llega a las dos, así que pásate a las tres.

—Vale. Hasta luego, corazón.

Cheska colgó el auricular en su recargada base crema y dorada y se arrellanó en las almohadas, sintiéndose irascible. El sábado era el único día que podía trasnochar. El resto de la semana se despertaba a las cuatro y media de la madrugada y la limusina del estudio la recogía a las cinco.

Y la noche anterior había sido... bueno, había sido...

Pasó la mano por el otro lado de su inmensa cama de matrimonio y solo tocó sábanas arrugadas. Volvió la cabeza y vio un papel sobre una de las almohadas. Lo cogió y lo leyó: «Ha sido una noche deliciosa. Abrazos, Hank».

Cheska se estiró como un gato, recordando la noche que Hank y ella acababan de compartir. Hank era el vocalista de una banda nueva estupenda. Estaba actuando como artista invitado en la discoteca a la que ella había ido con un par de amigos y, en cuanto vio su cuerpo delgado, sus ojos azules y su pelo pajizo,

supo que tenía que ser suyo.

Más avanzada la noche, como de costumbre, Cheska tuvo lo que quería.

Normalmente, la emoción de la caza era lo que más la excitaba; el sexo en sí era decepcionante. Pero la noche anterior había sido fantástico. Quizá, solo quizá, accedería a verlo otra vez. Se levantó de la cama y entró en el baño de mármol contiguo para llenar la bañera.

Cuando se mudó a la parte alta de Chalon Road en Bel Air, justo después de conseguir el papel de Gigi en *Los magnates del petróleo*, su casa no tenía ningún tipo de seguridad. En la actualidad, un muro de ladrillo de tres metros de altura con videovigilancia permanente y alarmas la separaba del resto del mundo. Aunque la vista desde las plantas superiores era espectacular —todo Los Ángeles extendido en el valle—, Cheska no subió las persianas para dejar que la gloriosa luz del sol inundara la habitación. Siempre las tenía bajadas del todo hasta que terminaba de vestirse, porque, en una ocasión, un atrevido fotógrafo se había encaramado a una escalera de mano y la había fotografiado envuelta únicamente en una toalla. Había vendido la instantánea a un par de periódicos sensacionalistas por una fortuna. Después de todo, ella era una de las celebridades más conocidas de Estados Unidos, y posiblemente del mundo.

Cerró los grifos, pulsó el botón del jacuzzi y se metió en la bañera. Se sumergió y los chorros le golpearon el cuerpo con suavidad. No tenía la menor idea de por qué era tan urgente que Bill la viera. ¿Acaso había algún problema con el nuevo contrato? Negó con la cabeza para ahuyentar el pensamiento. Por supuesto que no. Gigi era el personaje femenino más popular de *Los magnates del petróleo*. Cheska recibía más cartas de admiradores que cualquier otro actor del reparto, hacía más apariciones en público y salía en más titulares que el resto de los actores juntos.

Sabía que en parte se debía a su licenciosa vida privada. El estudio la había reprendido en varias ocasiones cuando la fotografiaban con algún que otro amante joven y rubio, mascullando sobre la cláusula de moralidad de su contrato, pero ella no hacía caso. ¿Cómo podían quejarse cuando, después de todo, aquello suponía más publicidad para la teleserie? Y su vida privada era justo eso, privada, y no asunto del dichoso estudio.

Cheska se miró en el espejo y se vio un par de arrugas bajo los ojos. Estaba cansada, rendida después de rodar durante nueve meses seguidos. Gracias a Dios

que solo faltaban unas semanas para las vacaciones de verano. Necesitaba cambiar de aires, descansar y relajarse. Su turbio divorcio tan pregonado en la prensa hacía seis meses quizá la había afectado más de lo que ella creía. Según las leyes de California, el cónyuge tenía derecho a la mitad de todo lo que poseía su compañero. Como ella poseía mucho, y el cafre de su ex marido roquero no tenía nada, no había salido bien parada. Había tenido que ceder la casa de la playa de Malibú y la mitad de su dinero y otras inversiones al cabrón de Gene Foley. Él no había trabajado un solo día mientras estaban casados y, en cambio, se había juntado en la casa de la playa con sus amigos melencólicos para fumar chocolate, beber cerveza y gastarse el dinero que a ella tanto le costaba ganar en irse de juerga por sórdidos garitos de Los Ángeles. Cheska lamentaba el día que había decidido casarse con él, pero estaban colocados en Las Vegas y les pareció divertido despertar a un pastor a las tres de la madrugada y exigirle que los casara allí mismo. Gene había usado como alianza la anilla de una lata de cerveza. La publicidad había sido impresionante. Al día siguiente, su fotografía estaba en la portada de todos los periódicos importantes del mundo.

Lo cierto era que le había recordado a Bobby...

Por culpa de un momento de locura, Cheska había perdido mucho poder adquisitivo. Y siempre había vivido por todo lo alto. Compraba ropa cara de marca y daba fiestas enormes, servidas por las mejores empresas de catering, siempre que le venía en gana. Antes del divorcio, disponía de dinero para pagar ese tipo de cosas. En la actualidad, tenía lo que su contable llamaba un descubierto «brutal» en su cuenta bancaria.

Había pasado a verla la semana anterior y le había recomendado que empezara a reducir gastos. El banco estaba dispuesto a ampliar su descubierto en otros cincuenta mil dólares, pero solo si rehipotecaba su casa. Ella había firmado los papeles que él le había dado sin tan siquiera leer la letra pequeña.

Por todo eso necesitaba el aumento en su nuevo contrato. Su papel de Gigi era indispensable para *Los magnates del petróleo* y había querido apretar las tuercas al estudio. Bill, su agente en Estados Unidos, le había recomendado prudencia. Había dicho que los estudios eran volubles, que no les gustaba que los actores se creyeran más importantes que la serie en la que actuaban.

Cheska cogió una toalla cuando salió de la bañera. Pensó en qué ridículo era que la actriz de televisión más cotizada de Hollywood tuviera que cuidar el

bolsillo. Mientras se vestía, se consoló con la idea de que el nuevo contrato debería resolver todos sus problemas económicos.

—Pasa, pasa. —Cheska saludó a Bill desde el sofá cuando su sirvienta mexicana lo condujo al amplio y cómodo salón con vistas a la piscina—. No me puedo mover, cariño. Acaban de darme un masaje y pintarme las uñas de los pies. ¿Algo de beber?

—Un té helado estaría genial —dijo Bill a la sirvienta.

—Que sean dos —añadió Cheska cuando la mujer se retiró.

Bill se acercó a darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo te va, corazón?

Cheska sonrió y se estiró cuando él dejó su maletín en la mesita de cristal y se sentó.

—Bien, bien. Dime, ¿cuál es esa noticia tan urgente que has tenido que dejar a tu mujer y a tus hijos un domingo?

—Es sobre la teleserie.

—Bueno, ya me lo parecía. —Cheska escrutó la cara de Bill y notó claramente que estaba tenso—. No hay ningún problema, ¿verdad, Bill?

—Verás, Cheska, el caso es que me temo que el estudio no va a renovarte el contrato.

Cheska respiró hondo. En ese momento, la sirvienta regresó con el té helado y ambos esperaron en silencio a que dejara los dos vasos en la mesita y se retirara.

—Debes de haberlo entendido mal, Bill, ¿no?

—Irving me pidió que fuera a verlo el viernes. Ellos, bueno... —Bill se interrumpió, intentando pensar en cómo expresarlo—. El nuevo director del estudio es un padre de familia modélico y quiere que sus estrellas den ejemplo.

—Espera un momento, Bill. ¿Me estás diciendo que, aunque los personajes de *Los magnates del petróleo* se acuestan unos con otros de forma habitual, tienen hijos ilegítimos, problemas con las drogas y maridos violentos, sus estrellas tienen que vivir como santas? ¡Santo cielo! —Cheska negó con la cabeza y soltó una risa amarga—. ¿Cómo se puede ser tan hipócrita?

—Lo sé, lo sé —la tranquilizó Bill—. Pero en la próxima temporada de la serie eliminaré todo lo indecente. Muchas de las cosas que acabas de mencionar

quedarán fuera.

—Junto con el alto índice de audiencia —masculló ella—. ¿Por qué puñetas cree que ve la teleserie el público de este país?

—Estoy de acuerdo, Cheska, y solo puedo decir que siento mucho que te hayas quedado atrapada en el fuego cruzado. Pero te he avisado muchas veces de que al estudio...

—... al estudio no le gusta que sus primeras estrellas sean vistas en discotecas, bebiendo, bailando o, de hecho, teniendo alguna clase de diversión o vida propia —concluyó Cheska enfadada.

—Oye, seamos realistas, corazón. En estos últimos meses has llegado tarde al rodaje, te has olvidado de tus frases...

—¡Me estaba divorciando, por el amor de Dios!

Cheska dio un fuerte puñetazo a un cojín y lo tiró al suelo. Mientras miraba por la ventana, los conocidos sentimientos de siempre, los que esperaba que solo fueran un recuerdo lejano, amenazaron con aflorar. Los enterró bien hondo, tragó saliva y miró a Bill.

—Dime, ¿cómo... se va Gigi?

Era la pregunta crucial. Si el estudio decidía que Gigi se perdiera en el horizonte con un hombre, significaba que aún podía regresar. Si no...

Bill respiró hondo.

—Un accidente de automóvil. Muere al llegar al hospital.

—Entiendo.

Hubo otro largo silencio. Cheska se esforzó por no perder el control.

—Entonces —dijo por fin—, ¿ya está? Acabada, finiquitada, solo con treinta y cuatro años.

—Oh, vamos, estás exagerando —replicó Bill—. El estudio piensa que lo mejor es que anuncies que quieres dejar la serie por iniciativa propia para desarrollar diversos proyectos. Y no hay razón para que no pases a hacer otras cosas. Ya tengo un par de ideas.

Bill habló con una confianza que no tenía. Las malas noticias volaban en los pasillos de Hollywood. Y Cheska había adquirido la reputación de ser «problemática».

—¿No esperarán en serio que deje que me despidan sin defenderme? —exclamó Cheska.

—Corazón, créeme, no puedes hacer nada.

—¡Podría llamar al *National Enquirer* y decirles lo que está haciendo el cabrón de Irving! Nunca le he caído bien, Bill, desde que intentó ligar conmigo y yo le di un rodillazo en las pelotas. Si mis admiradores supieran que el estudio va a dar carpetazo a Gigi, ¡se pondrían como fieras!

Bill contuvo un suspiro. Ya se conocía el percal; estrellas que se creían indispensables tanto para el estudio como para el público. En realidad, ambos eran volubles, y Gigi caería en el olvido en cuanto otro personaje cautivara la imaginación de los telespectadores. Además, Cheska era muy difícil, siempre lo había sido. Hasta ese momento, por los índices de audiencia y un porcentaje de los beneficios, tanto él como el estudio habían estado dispuestos a soportar sus cambios de humor y su inestabilidad emocional.

—Oye, Cheska. Me temo que armar un escándalo por esto no va a hacer ningún bien a nadie, en especial a ti. Piensa en tu carrera. Tendremos que encajar el golpe si quieres tener futuro en esta ciudad.

—Es que no me puedo creer que esté pasando esto, Bill. —Cheska se frotó la frente, aturdida—. Es decir, la teleserie aún tiene un alto índice de audiencia, Gigi es el personaje más popular... Yo... —Se retorció las manos—. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Entiendo cómo te sientes, pero tendremos que pasar página y pensar en el futuro. No hay nada que podamos hacer.

Cheska lo miró con un brillo malévolo en los ojos.

—¿Te refieres a que no quieres que haga nada que perjudique tu buena relación con el estudio?

—Oye, eso es un golpe bajo, Cheska. He hecho todo lo que he podido por ti, tú lo sabes. Te he conseguido algunos acuerdos estupendos en los últimos años.

—Bueno, si esto es todo lo que puedes hacer, creo que quizá sea hora de cambiar. Voy a llamar a ICM. Estás despedido, Bill. Por favor, vete.

—Venga, Cheska, no hablas en serio. Vamos a resolver esto juntos y conseguirte algo realmente bueno.

—No me vengas con esas, Bill. Ahora tienes otros peces más gordos que yo; para ti, soy una actriz acabada con mala reputación.

—¡Cheska, no digas gilipolleces! —gritó Bill.

Ella se levantó.

—A partir de ahora, trataré contigo a través de mi contable. Mándale todos los

cheques a él, como de costumbre. Adiós, Bill.

El agente la miró. Tenía la barbilla levantada con aire desafiante y los ojos nublados por la ira. Le había parecido una de las jóvenes más bellas que había visto nunca la primera vez que la vio en su despacho hacía tantos años. Y probablemente aún era más hermosa ahora que había madurado. No obstante, bajo esa fachada, era una chalada, siempre lo había sido. Paranoica con lo que la gente pensaba de ella, pues creía que todo el mundo se la tenía jurada, incluso cuando estaba en la cresta de la ola. Por otro lado, la ciudad estaba llena de mujeres inseguras. Cheska solo era de lo mejorcito. Bill sabía que lo estaba librando de una buena, y no lo lamentaba. Decidió no seguir luchando.

—Está bien, Cheska, si eso es lo que quieres. —Suspiró, cogió el maletín y se dirigió a la puerta.

—Lo es.

—Si cambias de opinión, dímelo.

—No lo haré. Adiós, Bill.

—Buena suerte.

Se despidió de ella con un gesto de la cabeza y salió.

Cheska esperó hasta que oyó cerrarse la puerta de la casa. Luego se dejó caer al suelo y comenzó a gritar enfurecida.

Ocho semanas después, Cheska llegó a casa tras su último día en el estudio. Al final del rodaje habían sacado champán y una tarta enorme, y los otros actores le habían dicho efusivamente cuánto la echarían de menos. Ella se había pasado la fiesta apretando los dientes y sonriendo, fingiendo que dejar *Los magnates del petróleo* era decisión suya. Había comprendido que Bill tenía razón, que era la única manera de salvar lo que quedaba de su orgullo y su carrera, aunque estaba segura de que todos sabían que la habían despedido.

Cada vez que alguien le había preguntado por su próximo proyecto, Cheska había movido la mano con aire despreocupado y había dicho que se iba a Europa para tomarse unas merecidas vacaciones antes de comprometerse a nada. Lo cierto era que no tenía ningún proyecto. Había telefoneado a todos los agentes de categoría de la ciudad —ICM, William Morris, etcétera—, empresas que hacía unos años se desvivían por representarla. Ahora, cuando lo hacía, una secretaria tomaba nota de su mensaje, pero los agentes nunca le devolvían la llamada.

Cheska pidió a su sirvienta que le llevara una copa de champán y se arrellanó en un sillón del salón. Había empezado a preguntarse si había cometido un terrible error diciéndole a Bill que se largara. ¿Debería llamarlo? ¿Pedirle que la perdonara por haberse precipitado y empezara a buscarle papeles adecuados?

No, decidió. Su orgullo ya había sufrido bastante y no podía volver con el rabo entre las piernas. Lo único que podía hacer era bajar un poco el listón, buscar un agente nuevo que estuviera encantado de añadir a su lista un nombre famoso como el suyo.

Pero ¿era un agente de segunda peor que no tener agente?

Probablemente.

—¡Mierda!

Cheska se cogió las sienes con una mano. Estaba empezando a dolerle mucho la cabeza.

La sirvienta le llevó el champán y ella tomó un buen trago, sin importarle si le aumentaba el dolor de cabeza.

Y, por supuesto, estaba su problema económico. No tenía un centavo; de hecho, era aún peor. Debía decenas de miles de dólares. El día anterior, había ido a Saks a comprarse un vestido para la fiesta del final del rodaje y habían rechazado su tarjeta de crédito. Después de llamar, la dependienta le había dicho que había rebasado el límite. Así pues, Cheska había extendido un cheque que estaba casi segura de que no tendría fondos y se había marchado, ruborizada y hecha una furia. Al llegar a casa, había llamado a su contable y le había pedido que le mandara directamente el siguiente cheque que recibiera de Bill, sin ingresarlo. Serían más de veinte mil dólares, lo que debería bastarle para vivir unas cuantas semanas, si tenía cuidado.

Cheska soltó un grito de desesperación. Había trabajado sin parar desde los cuatro años, ¿y de qué le había servido? Poseía una casa que tendría que vender para saldar sus deudas y un armario lleno de ropa de marca que ya no tenía oportunidad de ponerse. Sus amigos actores, antes encantados de aceptar su hospitalidad, la habían abandonado en masa durante las últimas semanas.

Sabía por qué: se estaba hundiendo, y ellos se lo olían, como el perfume barato. En sus vidas no había cabida para una fracasada. Se les podía pegar.

Pasó el resto de la noche emborrachándose y se despertó por la mañana en el sofá, aún vestida.

La semana siguiente fue casi insoportable.

Anuló su cita con el masajista, su entrenador personal y su peluquera. Despidió a la sirvienta y a su empresa de seguridad, sabiendo que no podría pagarles a final de mes. Las uñas se le rompieron, el pelo le colgó lacio alrededor de la cara y dejó de vestirse por las mañanas.

Sus problemas económicos, y el aburrimiento, ya eran malos, pero los temidos sentimientos, los que había deseado y rogado que hubieran desaparecido para siempre, estaban empezando a aflorar. Sus sueños volvieron a acosarla, y se despertaba sudando y temblando.

Además, hacía unos días que había empezado a oír la voz de siempre, la misma que la había empujado a cometer actos terribles. No la oía desde que se había marchado de Inglaterra, hacía casi dieciocho años. Y otras voces se habían sumado a ella. En esa ocasión no le hablaban de otras personas, sino de sí misma.

«Eres una fracasada, ¿eh, Cheska?... Una tonta sin talento... Ya no volverás a trabajar nunca más... Ya nadie te desea, nadie te quiere...»

Cheska pasaba de una habitación a otra, intentando eludir las voces, pero siempre la acompañaban, sin ofrecerle un momento de paz.

Probó a darse puñetazos en la frente para intentar ahuyentarlas. Les respondió, gritando tan fuerte como ellas, pero las voces no se callaban... Sencillamente, no se callaban.

Desesperada, había llamado al médico hacía un par de días para que le recetara un tranquilizante fuerte, pero las pastillas no servían para calmarla ni para acallar las voces.

Cheska sabía que se estaba desmoronando. Necesitaba ayuda, pero no sabía a quién acudir. Si mencionaba lo de las voces a su médico, él la encerraría en un manicomio, como habían hecho los otros médicos cuando estaba embarazada.

Después de pasar dos semanas infernales, Cheska se miró una mañana en el espejo y vio que ya no estaba.

—¡No! ¡No! ¡Por favor!

Se desplomó en el suelo. Volvía a ser invisible. A lo mejor ya estaba muerta... A menudo soñaba con ello. ¿Qué era en realidad? Ya no lo sabía. La cabeza estaba a punto de estallarle, las voces le taladraban los oídos, riéndose de ella.

Echó a correr por la casa como una loca, tapando con sábanas los espejos que pesaban demasiado para moverlos y dando la vuelta a los demás para ponerlos de cara a la pared. Después se sentó en el suelo del salón, intentando respirar con normalidad.

Sabía que no podía seguir así. Las voces acertaban cuando le decían que no tenía futuro.

—¡Que alguien me ayude! ¡Socorro, socorro!

«Nadie va a ayudarte, Cheska... nadie. Nadie te quiere, nadie te desea...»

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Cheska empezó a golpearse rítmicamente la cabeza contra la pared, pero, aun

así, sus torturadores no se callaron.

Al poco se incorporó. No había alternativa. La paz que anhelaba solo podía alcanzarse de una manera.

Fue a su habitación despacio y sacó el frasco del cajón de su mesilla de noche. Se sentó en el suelo y miró las bolitas amarillas de aspecto inofensivo que la observaban a través del plástico marrón. Se preguntó cuántas tendría que tomar para asegurarse. Abrió el frasco y se puso una en la mano.

Las voces volvieron a taladrarle los oídos, pero esa vez se rio.

—¡Puedo haceros callar! —gritó con aire triunfal—. Es fácil, es tan fácil...

Se metió la pastilla en la boca y notó su textura yesosa y quemante en la lengua. Cogió el vaso de agua de la mesilla y se la bebió de un trago. Sacó otras tres y alzó la vista para mirar el cielo, donde estaba segura de que Jonny la esperaba.

—¿Puedo ir contigo, por favor? No quiero ir al infierno con ellas. Si digo que lo siento y creo en Dios, ¿me dejarán?

Por una vez hubo silencio en su cabeza. Nadie respondió y una sola lágrima le rodó por la mejilla.

—Lo siento, mamá, lo siento mucho. No quería hacerlo, de verdad.

«¿Y Ava? Abandonaste a tu hija... ¿Quién puede perdonarte eso?»

Las voces habían regresado.

—¡Por favor! ¡Por favor! —les suplicó.

Se tragó las pastillas que tenía en la mano, y estaba a punto de sacar más cuando oyó otro ruido... una campana repicando, como si estuviera en las puertas del infierno.

El repiqueteo le invadió toda la cabeza.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Por favor, basta!

El ruido le resultaba vagamente familiar, y poco a poco se dio cuenta de que no era el infierno que la llamaba, sino la campana del portón de la casa. De algún modo, consiguió llegar al recibidor, donde cayó de rodillas.

—¡Largaos, largaos! ¡Por favor! —gritó.

—Cheska, soy yo. ¡El tío David!

Ella miró la pantalla de vídeo. ¿David? No podía ser él. Su tío vivía en Inglaterra. Eran otra vez las voces. Intentaban engañarla.

—¡Cheska, por favor, ábreme!

Ella se levantó del suelo y miró su cara en la pantalla, solo para asegurarse. Más viejo y gordo, con el pelo cano y entradas, pero aún con los mismos ojos risueños.

—Vale, vale.

Cheska cruzó el recibidor tambaleándose para desconectar el sistema de alarma y pulsó el portero automático para que su tío pudiera entrar por el portón.

David hizo todo lo posible por disimular su sorpresa cuando Cheska le abrió la puerta. Tenía el pelo lacio y sucio y los ojos vidriosos, con grandes manchas negras debajo. Las pupilas le iban de un lado a otro, con lo que parecía un animal perseguido. En el centro de la frente tenía un gran cardenal negro. Una sucia sudadera le colgaba de los delgados hombros y sus piernas, antes torneadas, parecían dos palos. Se tambaleaba delante de él, como si estuviera borracha.

—Cheska, me alegro mucho de verte. —Se inclinó para besarla y olió a sudor.

—Oh, David, David, yo... —Lo miró con los ojos azules cargados de angustia, antes de prorrumpir en sollozos y volver a caer de rodillas.

Él la vio mecer el cuerpo sentada en el suelo, y se arrodilló para consolarla, pero ella gritó cuando intentó tocarla. David vio entonces el frasco de pastillas que tenía en el puño.

—Ya basta. Voy a llamar a un médico.

Ella lo miró.

—¡No! Yo... Estaré bien, en serio.

—Cheska, mírate. No estás nada bien. —David le arrancó el frasco de la mano y leyó la etiqueta—. ¿Cuántas te has tomado?

—Solo tres o cuatro.

—¿Lo juras de verdad?

—Lo juro, David.

—Bien. Vamos a levantarte del suelo.

David se metió rápidamente el frasco en el bolsillo y la ayudó a incorporarse. Cheska consiguió llegar al salón, se desplomó en el sofá y extendió los brazos hacia él.

—Por favor, ven a abrazarme. Tío David, abrázame.

Él hizo lo que le pedía y ella enterró la cara en su regazo. Se quedó un rato en silencio y después volvió la cara hacia arriba para escrutarle el rostro. Alzó una

mano y le tocó los ojos, la nariz y la boca.

—¿Eres real?

Él se rio por lo bajo.

—Bueno, ¡eso espero! ¿Por qué me lo preguntas?

—Oh, porque he imaginado muchas cosas en estos últimos días. Gente, sitios... —De repente, la cara se le iluminó con una sonrisa—. Si eres real, me alegro muchísimo de que estés aquí.

Acto seguido, cerró los ojos y se quedó dormida de inmediato.

Al cabo de un rato, David bajó con suavidad la cabeza de Cheska al sofá y la dejó durmiendo. Entró en la cocina y se fijó en que las encimeras estaban sucias y llenas de vasos y tazas usados. Sacó el frasco de pastillas del bolsillo y lo vació en el triturador de basura. No le cabía duda de lo que Cheska había estado a punto de hacer y agradeció al destino que hubiera decidido parar delante de su casa cuando iba camino de reunirse con un viejo amigo actor que vivía calle arriba.

En los últimos años había estado trabajando en Hollywood a temporadas y había pasado a ver a Cheska de vez en cuando para tomar una copa; pese a que había abandonado a Ava, creía que era importante mantener un cierto contacto con su sobrina. Pero siempre le había resultado difícil soportar su compañía. Normalmente, había algún hombre rondando por la casa y David dudaba que hubiera pasado más de unos minutos a solas con ella en todas sus visitas. Era consciente de que Cheska lo hacía a propósito, estaba casi convencido de ello; en Hollywood nadie sabía que tenía una hija y David estaba seguro de que hablarle de Ava era lo que ella menos quería. Sabía que no lo haría delante de desconocidos.

David le había escrito como correspondía para explicarle que su madre había despertado del coma poco después de que ella se fuera de Inglaterra y había intentado mantenerla informada de los progresos de Greta con el paso de los años. Pero siempre que la había visto, Cheska no había manifestado ningún interés en hablar de ella. Cuando él sacaba el tema, no era una conversación, sino un monólogo salpicado de frases tópicas como «Tu madre te manda recuerdos», lo cual era mentira, pues Greta ni tan siquiera se acordaba de Cheska.

Siempre que iba a visitarla, se marchaba de su casa sintiéndose profundamente abatido, pues era obvio que su pasado en Inglaterra ya no existía para ella. De igual modo que no existía para Greta. Eso lo entristecía y exasperaba, pero LJ siempre le decía: «Mejor dejar las cosas como están», y al final eso era lo que había hecho.

Lavó una taza y se preparó un té mientras repasaba mentalmente la situación. Tenía poca idea —más bien, ninguna— de qué había empujado a Cheska a intentar suicidarse. Daba por sentado que todo le iba de maravilla.

Había pasado un mes en Hollywood filmando un papel secundario en una película importante. El rodaje había terminado el día anterior y se disponía a regresar a Inglaterra. Al menos, por un tiempo. Tras asistir a la fiesta de su madre para celebrar sus ochenta y cinco años, se tomaba, con mucho retraso, un «año sabático», como lo llamaban los adolescentes de entonces. Tenía sesenta y un años y su carrera profesional, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, había llegado al punto en el que creía que podía tomarse unas vacaciones y retornar si lo deseaba. Se lo había ganado, y sabía que si no lo hacía entonces, puede que en el futuro estuviera demasiado delicado para intentarlo.

Y, por fin, no estaba solo.

Sonrió al pensar en ella: su figura menuda pero bien formada y su pelo oscuro, recogido en un moño, sus brillantes ojos castaños, de mirada afable e inteligente. Le había gustado desde el primer momento. Se habían conocido en una cena que daba un viejo amigo de su época en Oxford. Como estaba soltero, en esas ocasiones solían sentarlo al lado de mujeres que no iban acompañadas, la mayoría de las cuales lo dejaban frío. Pero Victoria, o Tor, como a ella le gustaba que la llamaran, era distinta. En un principio le había echado unos cuarenta y cinco años —aunque más adelante descubrió que pasaba de los cincuenta— y ella le había dicho que su marido había fallecido hacía diez años y que nunca había sentido la necesidad de volver a casarse. Era profesora de Historia Antigua China en Oxford y su marido había sido un erudito en Clásicas. Tor se había pasado la vida recluida en el mundo académico.

David se había ido a casa pensando que una mujer tan culta y leída tendría poco o ningún interés en un simple cómico como él. Ciertamente era que había tenido una excelente formación académica, pero también que había vivido en un mundo muy distinto desde entonces.

No obstante, una semana después de que se conocieran, recibió una nota suya invitándolo a Oxford para asistir a un recital en el que se había mostrado interesado. David había reservado una habitación en un hotel de la zona, preguntándose cómo se llevaría con los amigos intelectuales de Tor. Y había pasado una velada muy agradable.

Más avanzada la noche, mientras cenaban en intimidad, Tor le había reprendido por su modestia: «Tú entretienes a la gente, David. Es un gran don, mucho más grande que escribir una tesis sobre Confucio. Hacer que la gente ría y se sienta feliz por unos segundos es un talento maravilloso. Aparte de eso, también fuiste a Oxford. Y esta noche te has defendido estupendamente con mis amigos».

Habían empezado a verse con asiduidad y, por fin, David le preguntó si quería irse un fin de semana con él. La llevó a Marchmont, donde LJ enseguida le tomó cariño. Aunque, reflexionó David, dada la exasperación apenas disimulada de su madre por la pertinaz devoción de él hacia Greta —«¡Por el amor de Dios, cariño, ni tan siquiera se acuerda de quién eres!», era su cantinela habitual—, apenas le sorprendió su alivio de que su hijo por fin tuviera una «amiga», como LJ lo expresó con delicadeza. «Mamá, de verdad que solo es una amiga», insistió él ese primer fin de semana.

En los meses siguientes, David empezó a redescubrirse; su pasión por la música y el arte, pasear de la mano por un camino rural después de una copiosa comida de domingo, comentar hasta altas horas de la noche libros que los dos habían leído mientras daban buena cuenta de una botella de vino. Por encima de todo, sentía que había encontrado una mujer que valoraba y disfrutaba de su compañía tanto como él gozaba de la suya.

Entonces Tor anunció que había decidido tomarse un año sabático y visitar algunos de los parajes lejanos sobre los que había enseñado y escrito hasta la saciedad pero que nunca había visto en persona. Le preguntó en broma si quería ir con ella. Y, aunque en ese momento David se rio, cuando consideró la idea, empezó a pensar que quizá era justo lo que necesitaba. Los ojos de Tor rebosaron alegría e incredulidad cuando le dijo que quería acompañarla. «Pero ¿y tu carrera? ¿Y Greta?» Por supuesto, Tor lo sabía todo de ella. Greta era una parte importante de la vida de David. Desde hacía diecisiete años, Greta había ido a comer a su casa de Hampstead o él la había visitado casi todos los domingos,

aunque últimamente David había fallado algunas veces porque había hecho planes con Tor, lo que le hacía sentir culpable. Era muy consciente de lo mucho que Greta dependía de él. Ella rara vez salía de casa, pues las multitudes le resultaban inquietantes, y, aparte de él y Leon, quien se pasaba a verla alguna que otra vez para cumplir el expediente, solo recibía las visitas aún más esporádicas de LJ y Ava cuando iban a Londres a ver a David. Para Greta, la perspectiva de pasar incluso una noche fuera del templo de su piso de Mayfair era inadmisibile. En la práctica, vivía como una reclusa.

David jamás olvidaría el momento en el que Greta abrió los ojos después de los largos meses que había estado en coma. La felicidad que él sintió cuando todo su amor por ella se desbordó y le cubrió la cara de besos mientras las lágrimas le caían sin freno sobre su blanca tez, se trocó rápidamente en horror cuando Greta lo apartó con sus delgados brazos y le preguntó quién diablos era. Con los años, David había empezado a aceptar cómo eran las cosas y quizá cómo lo serían siempre. No le había quedado otra, pues la memoria de Greta se obstinaba en no recordar.

Para David, no era ninguna molestia que Greta dependiera tanto de él; al fin y al cabo, la amaba. Pero como ella jamás le había dado un solo indicio de que quisiera nada aparte de su amistad y apoyo, su situación no se había definido en todos esos años.

Conocer a Tor la había esclarecido. David por fin había empezado a comprender lo que su madre intentaba decirle desde el principio: era inútil suspirar por Greta.

LJ tenía razón. Debía pasar página.

Cuando David hubo asegurado a Tor que su decisión de acompañarla en sus viajes era seria, empezaron a planificar la ruta. Decidieron visitar primero la India, y desde allí, como a Tor le apasionaba andar, irían en avión a Lhasa, en el Tíbet, antes de disfrutar de varias semanas de travesía por el Himalaya. A continuación, viajarían por China siguiendo la ruta de Marco Polo, un viaje con el que Tor llevaba años soñando.

David vació los posos de su té en el fregadero. Cuando regresara a Inglaterra, sabía que tendría que ver a Greta para hablarle de su inminente viaje. Ella estaba

acostumbrada a que él pasara unas cuantas semanas en Hollywood; a menudo le había preguntado si quería acompañarlo, y quizá visitar a Cheska, pero ella siempre había rehusado. No obstante, seis meses era mucho tiempo. Tendría que pedir a LJ o a Ava que la visitaran durante su ausencia.

Y ahora estaba allí, por pura casualidad, en una situación que sabía que no sería nada fácil de resolver. Llamó a Tony, su amigo, y le dijo que le había surgido un imprevisto y que al final no podría quedar con él ese día.

Cuando colgó el teléfono, no pudo evitar comparar a la Cheska actual que dormía hecha una pena en el sofá con la hermosa mujer cuya famosa cara llenaba las pantallas de televisión, los periódicos y las revistas del mundo entero.

Algo horrible debía de haber sucedido últimamente para llevarla a un paso del suicidio. ¿Cómo podía averiguar qué era? Echó un vistazo a los nombres y números del bloc que había junto al teléfono, escritos en la infantil letra de Cheska. El tercero era el número de Bill Brinkley, el agente que ella había contratado después de mudarse a Los Ángeles y despedir a Leon sin cortesías. Él tenía que saber qué le había ocurrido, ¿no?

Marcó el número y preguntó por él.

—Bill, soy David Marchmont. Creo que nos hemos visto en un par de fiestas.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué tal estás, David?

—Muy bien, gracias.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Buscas otro agente? Estaré encantado de presentarte mis credenciales.

—Gracias, pero no, Bill.

—Vale. Entonces, si no puedo representarte, ¿qué otra cosa puedo hacer por ti?

—¿Has visto a Cheska últimamente? Sabes que es mi sobrina.

—¿En serio? No lo sabía. Y como ella me despidió hace un par de meses y me dejó muy claro que no quería saber nada de mí, la respuesta es no, no la he visto.

—Ya veo. ¿Por qué te despidió, si me permites la pregunta?

—¿Aún no lo sabes? Creía que se había corrido la voz por toda la ciudad.

—Quizá conozca a la gente equivocada, pero la noticia no me ha llegado todavía, no.

—Bueno, la verdad es que aún no es del dominio público, así que no lo comentes. Van a anunciar el dramático final de Gigi un mes o así antes de que la serie vuelva a emitirse en octubre. Para poner el interés al rojo vivo. Esperan un

récord de audiencia cuando la emitan. Así que la razón por la que Cheska me despidió es que me culpa de que el estudio elimine su personaje.

—Entiendo. Así pues, ¿quién la representa ahora?

—Ni idea. Alguien comentó que se iba a Europa para tomarse unas vacaciones antes de decidir lo que iba a hacer.

—Bien. ¿Puedo preguntarte por qué no le han renovado el contrato? No saldrá de aquí, te lo prometo. Después de todo, soy su tío y solo estoy... preocupado por ella.

—Pues... —Bill se quedó un momento callado—. Está bien, como eres pariente suyo, te lo diré. Cheska ya empezaba a ser demasiado difícil de manejar. Exigiendo mucho dinero, llegando tarde al estudio y dejándose fotografiar con hombres que no le convenían. Me temo que se lo ha buscado, David. Pero si hablas con ella, no le digas que he dicho eso.

—Claro que no. Bueno, me alegro de haber hablado contigo, Bill, y gracias por ser tan sincero.

—No hay de qué. Manda recuerdos a Inglaterra, y si ves a Cheska, salúdala de mi parte. Es una loca, pero tengo debilidad por ella. Fue una de mis primeras clientas.

—Lo haré, Bill. Gracias. Adiós.

David colgó, volvió a entrar en el salón y vio que Cheska seguía durmiendo. Suspiró. Ahora lo entendía todo. Si algo no se esperaba cuando había cogido el avión a Los Ángeles era que de nuevo sería la niñera de su sobrina, pero ¿cómo iba a darle la espalda y dejarla sola?

Salió de la casa para coger la maleta del coche. Mientras la deshacía en el cuarto de invitados de Cheska, reflexionó sobre por qué el destino lo había catapultado al pasado, cuando, por primera vez en años, estaba tan ilusionado con el futuro.

Cheska se despertó tres horas después. Pese a sus protestas, David insistió en llamar a su médico para pedirle que fuera a examinarla. El doctor llegó puntualmente y, después de una breve conversación para explicarle lo que había sucedido, David lo acompañó al salón, esperando encontrar a Cheska en el sofá, que era donde la había dejado. No estaba allí. Subió la escalera y llamó a la puerta de su habitación. Giró el picaporte y descubrió que estaba cerrada con llave.

—Cheska, déjame entrar. El doctor quiere echarle un vistazo.

—¡No! —Su tono era inquieto—. Estoy bien. ¡Dile que se vaya!

Pese a sus esfuerzos, David no consiguió convencerla para que abriera la puerta. Al final volvió a bajar.

—Bueno, no hay mucho que podamos hacer, ¿no? —dijo el médico—. Intente convencerla para que venga a verme mañana y, entretanto, anímela a comer y déjela dormir todo lo posible. Yo diría que sufre una depresión.

—Haré todo lo que pueda —respondió David al tiempo que le abría la puerta.

Una hora más tarde, Cheska bajó.

—Tranquila. Ya se ha ido —dijo David con calma, antes de apagar el televisor—. ¿A qué demonios ha venido eso?

Cheska se hundió en el sofá.

—Odio a los médicos. No me fío de ellos. Tú y LJ me internasteis en aquel hospital psiquiátrico cuando estaba embarazada y la gente se pasaba las noches gritando y llorando. Nadie va a volver a hacerme eso nunca más.

—Fueron los médicos los que nos recomendaron que te internáramos, Cheska. Y solo lo hicimos por tu bien. Y por el de Ava, por supuesto.

Cheska tenía la mirada perdida, como si estuviera concentrada en escuchar

algo. Se volvió hacia David, con los ojos vidriosos y sin brillo.

—¿Qué?

—Nada. Vas a tener que empezar a comer y a cuidarte, Cheska. Tienes una pinta horrible. Y tu casa está hecha una pocilga.

—Lo sé. —De repente sonrió y alargó los brazos hacia él—. Oh, tío David, cómo me alegra que estés aquí. No me dejarás sola, ¿verdad? No me gusta estar sola.

—Bueno, si quieres que me quede, vas a tener que empezar a portarte bien, jovencita.

David se levantó y fue a abrazarla. Cheska se acurrucó entre sus brazos, como hacía cuando era pequeña.

—Me portaré bien, tío David, te lo prometo.

Los días siguientes fueron extremadamente difíciles, conforme la triste realidad empezaba a hacerse patente. Cheska apenas dormía y se presentaba en la habitación de David a horas intempestivas, temblando aterrorizada por otra pesadilla. Él la abrazaba y la consolaba mientras ella hablaba.

—Oh, santo Dios, tío David. Me han despedido, ¡me han despedido de verdad! ¡A mí, Cheska Hammond, una gran estrella! Se acabó. Ya no tengo futuro, ningún futuro. Estoy acabada.

—Vamos, cariño, no digas tonterías. Hay montones de actores que dejan una serie y vuelven a triunfar en otra cosa. Algo surgirá, lo sé.

—Sí, pero tiene que surgir ya, tío David, no tengo un centavo. Estoy hasta el cuello de deudas y el banco va a quedarse con la casa...

—Pero ¿qué ha pasado con todo el dinero que tu madre invirtió para ti? ¿Y con el dinero que has ganado desde entonces?

—Me lo he gastado todo. Y lo que no me he gastado, se lo ha quedado el mierda de mi ex marido, o Hacienda. No queda nada, nada. Oh, tío David, mi vida es un desastre.

Él rodeó su cuerpo delgado con los brazos y la estrechó contra sí.

—Cheska, te ayudaré a solucionarlo.

—¿Por qué ibas a querer ayudarme, después de cómo me porté hace años? —gritó.

—Te he visto crecer, Cheska. Eres lo más parecido a una hija que conozco. Y las familias se apoyan en momentos de crisis.

Cheska alzó la vista para mirarlo, con la blanca cara surcada de lágrimas.

—Y tú siempre has sido como el padre que nunca tuve. Gracias.

Un par de días después, David llamó a Tor, quien lo esperaba en Oxford ese fin de semana, y le explicó la situación.

—No te preocupes, cariño. Al menos esto ha ocurrido ahora y así puedes ocuparte antes de que nos marchemos, y no cuando estemos en mitad del Himalaya e ilocalizables. Crees que para entonces Cheska estará lo bastante estable para que puedas irte, ¿no?

David percibió un deje de preocupación en su voz.

—Sí. Tendrá que estarlo, porque no pienso anular este viaje por nadie. Te avisaré cuando vuelva.

—Cuídate, David.

—Lo haré. Tú también.

En cuanto David colgó el teléfono, esperó y rezó para que nada pusiera a prueba su firme decisión al respecto. Aquel viaje era para él, y por una vez en la vida iba a anteponer sus deseos y necesidades.

Por suerte, con el paso de los días, Cheska empezó a tener mejor aspecto. El médico le había recetado un somnífero y, con ayuda de la medicación, empezó a dormir de un tirón y dejó de estar tan pálida. David consiguió que comiera con regularidad y se aseguró de que se vistiera por las mañanas. Aún había momentos en los que se quedaba absorta en su mundo, incluso cuando él le estaba hablando, y sus bonitos ojos adquirían esa extraña expresión vidriosa. Jamás mencionaba a Greta o a Ava. David siguió su ejemplo y tampoco las sacó a colación. También se abstuvo de explicar a LJ la verdadera razón por la que se había quedado en Los Ángeles. Sabía cuánto la alteraba tener noticias de Cheska.

Una tarde hermosa y apacible, David acababa de colgar el teléfono después de tranquilizar a Tor, asegurándole que Cheska estaba mucho mejor y que él esperaba poder regresar a casa pronto. Al darse la vuelta, vio a Cheska detrás de él.

—¿Con quién hablabas, tío David?

—Con Tor... Victoria, mi amiga.

—¿Te refieres a amiga amiga, o a novia? —preguntó ella con un deje travieso en la voz—. Por cómo le hablabas, yo diría que es lo segundo.

—Supongo que es las dos cosas —respondió David con cautela.

—Tengo una botella de vino abierta en la terraza. ¿Quieres salir a ver la puesta de sol y hablarme de ella?

David la siguió afuera. La vista desde la terraza era increíble. En el valle que se extendía por debajo del exclusivo mirador de Cheska, las parpadeantes luces del centro de Los Ángeles se destacaban sobre el cielo azul oscuro, surcado por espectaculares nubes doradas y rojas. Se apoyó en la barandilla, contemplando el espectáculo.

—Eres un pozo de sorpresas, tío David. —Cheska sonrió cuando le ofreció una copa de vino—. Vamos, cuéntame.

Y David se descubrió contándole a Cheska, que parecía ávida de saber hasta el mínimo detalle, todo sobre Tor y el viaje que habían planeado juntos.

—Parece adorable, y tú pareces un poco enamorado —comentó ella.

—Puede que lo esté. Pero, a mis años, las cosas son distintas. Nos lo estamos tomando con calma. Y el viaje nos dirá mucho a los dos. Tendremos que pasar seis meses juntos.

—¿Y cuándo te vas?

—A mediados de agosto, justo después de la fiesta de cumpleaños de mi madre.

—¿Sabes?, solía pensar que estabas enamorado de mi madre —reflexionó Cheska—. Incluso esperaba que un día os casarais.

—Se lo pedí una vez —le confesó David—, pero ella me rechazó.

—Pues fue muy tonta. Cualquiera podía ver que también te quería.

Sorprendido por su comentario, David guardó silencio. Quería ver si Cheska le preguntaba por su madre, pero como no lo hizo, enseguida retomó el hilo de la conversación.

—Y Ava, por supuesto, cumple dieciocho el mes que viene.

—Mi hijita, Ava, ya tan mayor. —Cheska dijo las palabras como si estuviera haciendo memoria de quién era Ava—. ¿Cómo está?

—Muy bien. Es lista, guapa y...

—¿Se parece a mí?

—Sí, yo creo que sí. Tiene tu misma tez, pero lleva el pelo corto, es mucho más alta que tú y, bueno, para serte franco, no podría tener un carácter más distinto al tuyo.

—Eso es una bendición —masculló Cheska en un susurro.

—¿Qué?

—Oh, nada. Háblame de ella, tío David: qué le gusta, cuáles son sus ambiciones. ¿Quiere ser actriz?

David soltó una risita.

—No. Ava quiere ser veterinaria. Tiene muchísima mano con los animales.

—Ya veo. ¿Sabe... sabe quién soy?

—Claro. LJ y yo nos hemos preocupado por hablarle de ti. Ava está enganchada a *Los magnates del petróleo*. Te ve todas las semanas.

Cheska se estremeció y David se reprendió por su metedura de pata.

—¿Y LJ? Supongo que me odia, ¿no?

—No, Cheska, no te odia.

—A los dos debió de costaros entender por qué vine aquí y abandoné a Ava, pero ¿no veis que no tenía alternativa? Sabía que, si os lo decía, no me dejaríais ir. Tenía que romper con todo, alejarme del pasado e intentar volver a empezar.

—Cheska, lo entendemos. Pero, para serte sincero, estos años han sido muy difíciles para LJ. Se ha convertido en la segunda madre de Ava y creo que le preocupa que un día puedas querer recuperar a tu hija. Mi madre quiere a Ava como si fuera suya, y cualquier sentimiento negativo que tuviera hacia ti lo ha olvidado totalmente por el bien de Ava.

Cheska suspiró hondo.

—La he cagado bien en la vida, ¿verdad, tío David? Mi carrera se ha ido a pique, no soy capaz de mantener una relación y abandoné a mi propia hija.

—Cheska, solo tienes treinta y cuatro años. A esa edad es cuando la mayoría de la gente empieza a prosperar en la vida. Hablas como si fueras tan vieja como yo.

—Me siento tan vieja como tú. Me he roto los cuernos durante treinta de esos años.

—Lo sé. Y ojalá no te hubiera presentado a Leon entonces. Puedes echarme la culpa a mí por haberte metido en esto.

—Por supuesto que no te culpo. Era lo que la vida me tenía reservado. Tío David, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Dispara.

—¿Crees... crees que soy... normal?

—Depende de cómo definas «normal», Cheska.

—Bueno, lo expresaré de otra forma: ¿crees que podría estar loca?

—Has tenido una vida muy poco convencional. Estar sometida a semejante presión desde bien pequeña seguro que ha tenido repercusiones. Si estás preocupada, siempre puedes hablar con alguien de cómo te sientes.

—¡Ni hablar! ¡Nunca más! Los loqueros no ayudan, solo se meten donde nadie los llama y empeoran las cosas. El caso es, tío David —Cheska respiró hondo—, que a veces oigo... voces dentro de mi cabeza. Y ellas, bueno, me empujan a hacer cosas que... que...

David se dio cuenta de que se estaba poniendo nerviosa.

—¿Cuándo oyes las voces?

—Cuando estoy enfadada o disgustada o... —Cheska se estremeció—. No puedo seguir hablando de esto. Por favor, no se lo digas a nadie, ¿quieres? —le suplicó.

—No lo haré, pero creo de verdad que deberías charlar de esto con alguien, Cheska. Podría ser algo sencillo, como la necesidad de tomarte unas vacaciones. —David habló con una seguridad que no tenía—. ¿Cuándo las has oído por última vez?

Cheska parecía debatirse en una lucha interna consigo misma.

—Llevaba años sin oírlas, y entonces... He dicho que no puedo seguir hablando de esto, ¿vale?

—De acuerdo, cariño, lo entiendo.

—¿Y... el padre de Ava? ¿Sabe ella quién es? —preguntó Cheska, cambiando bruscamente de tema.

—No. Tanto LJ como yo pensamos que decírselo era cosa tuya.

—¡Está mejor sin saberlo! —Los ojos se le ensombrecieron—. Jamás se lo diré.

—Puede que un día quiera saberlo.

—Bueno, yo... —Cheska se quedó mirando el vacío un momento, jugueteando con las borlas del cojín sobre el que estaba sentada. Luego bostezó—. Tengo

sueño. ¿Te importa que me vaya a la cama?

—No, en absoluto. Pero, en serio, deberías plantearte ver a alguien por tu... problema —dijo David con tacto.

Cheska se levantó.

—Vale. Lo pensaré. Buenas noches.

Se inclinó y lo besó en la coronilla antes de entrar en la casa.

A la mañana siguiente, Cheska despertó a David, quien apenas había dormido, llevándole a la cama una bandeja con el desayuno.

—Aquí tienes. Un verdadero desayuno inglés. Me acuerdo de cuánto te gustaba cuando era pequeña.

David se incorporó, se restregó los ojos y miró a Cheska con asombro. Llevaba una elegante camisa de seda y unos vaqueros, su maquillaje y peinado eran impecables y tenía los ojos rebosantes de vida. Parecía otra persona.

—¡Vaya, Cheska, estás guapísima!

—Gracias —respondió ella, ruborizándose un poco—. De hecho, me encuentro genial. Hablar contigo anoche me ha quitado un peso de encima. —Se sentó en la cama y se miró las manos—. He sido una tonta y una egoísta. Así que esta mañana me he levantado, he salido a nadar en la piscina y he decidido que ya es hora de que me rehaga.

—Bueno, si me permites decirlo, es una transformación extraordinaria, que a mí me parece muy bien.

—Oye, ¿y si nos vamos los dos a comer al Ivy? Tengo la sensación de que llevo semanas sin salir de casa.

—Es una gran idea, si me queda sitio después de este desayuno pantagruélico. —David sonrió.

—Seguro que sí. —Cheska se levantó—. Te veo abajo. Voy a llamar a Bill, mi agente, y me disculparé por haberlo despedido. Veré si acepta volver a representarme.

—Así me gusta.

—Oh, y creo que me vendría bien pedir hora con un terapeuta. Todos mis amigos actores tienen uno. Es de rigor. Nada del otro mundo, ¿verdad, tío David?

—No, Cheska, no lo es, de veras.

Cheska salió de la habitación y David volvió a recostarse en las almohadas, con un suspiro de alivio. Ahora que ella había hablado abiertamente de sus temores, quizá fuera capaz de vencerlos. Por supuesto, aún era pronto, pero después de pasar una semana sin ver de qué modo podría dejarla sola, empezaba a abrigar una cierta esperanza.

Puede que, después de todo, su ansiado viaje tuviera lugar.

—¿Lo tienes todo, tío David? —preguntó Cheska cuando él bajó con su maleta.

—Sí, eso creo.

—Estupendo. Ya ha llegado el taxi.

David dejó la maleta en el suelo.

—Bien, jovencita, quiero que me prometas que vas a seguir así. ¿Seguro que estarás bien? Siempre puedo quedarme un par de días más si...

—Chis. —Cheska le puso un dedo en los labios—. Estaré bien. Bill ya me ha organizado alguna cosa, así que voy a estar muy ocupada. ¿Quién sabe? Dejar *Los magnates del petróleo* podría ser lo mejor que he hecho en mi vida.

—Solo prométeme que seguirás yendo al terapeuta que has encontrado. Por cierto, hay un cheque para ti en la mesita. Debería bastarte para vivir un par de meses.

—Gracias. Te prometo que te devolveré el dinero en cuanto tenga trabajo. Anda, sal pitando o perderás el avión.

Cheska acompañó a David al taxi. Antes de que él subiera, lo abrazó.

—Muchas gracias. Por todo.

—No seas tonta. Tú solo cuídate.

—Lo haré. Que tengas muy buen viaje con Tor. ¡Mándame postales!

—Adiós, Cheska. Te llamaré desde Inglaterra.

David le dijo adiós sacando la mano por la ventanilla hasta que la perdió de vista.

En el largo vuelo a Inglaterra, David no pudo relajarse.

¿Estaba Cheska tan bien como para quedarse sola? ¿Debería él haber prolongado su estancia? No cabía duda de que su reciente transformación había sido extraordinaria y, en apariencia, la mujer con la que había pasado los últimos días parecía equilibrada y tranquila.

Pero ¿había sido el cambio demasiado inmediato... demasiado perfecto? Ya los había engañado a todos una vez, cuando, tras regresar a Marchmont del hospital con Ava, se había ido a Los Ángeles tan de repente. David solo esperaba que Cheska siguiera viendo al terapeuta y rezaba para que pronto encontrara un trabajo de actriz al que hincar el diente.

También se debatía entre decirle o no a LJ dónde había pasado los últimos días y en qué estado había encontrado a Cheska. Después de todo, se iba de viaje con Tor durante varios meses y sería difícil localizarlo en caso de emergencia. Para él, ese era precisamente el objetivo de tomarse unas vacaciones: perder de vista al resto del mundo.

Al final decidió que no se lo podía decir. Solo la disgustaría y preocuparía, y con su reciente operación y su inminente fiesta de cumpleaños, sencillamente no era justo.

Al menos, daba las gracias por que Cheska no hubiera parecido tener interés en ver a Ava. Estaba a miles de kilómetros de Marchmont y eso, reflexionó, probablemente era bueno.

Lo único que le quedaba por hacer era hablar con Greta.

Cerró los ojos e intentó dormir. Había hecho todo lo posible. Ahora le tocaba ser feliz a él.

Cheska había visto alejarse el taxi de David con una mezcla de alivio y tristeza. La noche en que había intentado hablarle de cómo se sentía y le había confesado que oía voces, se había acostado sintiéndose tranquila y relajada. Pero las voces la habían despertado, diciéndole que había permitido que David se le acercara demasiado; si le contaba más, volverían a encerrarla.

Se había incorporado sudando y temblando. Las voces tenían razón. Confiarse a él había sido un error; así pues, tenía que asegurarse de que se iba a Inglaterra. Le había costado mucho ignorarlas cuando le hablaban, pero, de algún modo, había conseguido parecer normal en los últimos días y él por fin se había

marchado.

Su vida no estaba acabada. Las voces le habían dicho lo que debía hacer.

Iba a ir a Marchmont, a ver a su hija.

Greta, como siempre hacía cuando David la visitaba, pasó una hora en la peluquería del barrio peinándose y marcándose el cabello. Aunque estaba segura de que él no se daba cuenta, la hacía sentirse mejor. Después se metió en la cocina, donde preparó un bizcocho y sus bollos especiales, los cuales sabía que a David le encantaban. Sacó de la vitrina su mejor juego de té de porcelana y le quitó el polvo antes de ponerlo en la mesa de centro. Después de mirar su reloj —David llegaría en menos de una hora—, fue a su habitación para vestirse con la falda y la blusa que había sacado antes. Se aplicó un poco de rímel y colorete, se pintó los labios y fue al salón a esperar a que sonara el timbre.

Llevaba semanas sin verlo, porque había estado en Hollywood rodando una película. Era un cielo: siempre se ofrecía a llevarla con él, y ella sabía que solo lo hacía por amabilidad. Además, la idea de tener que ir a un aeropuerto, subirse a un avión, pasar doce horas en una cabina atestada de pasajeros y aterrizar en un destino desconocido, sencillamente la superaba. Tenía que hacer acopio de todo su valor solo para ir al supermercado del barrio y a la peluquería una vez a la semana. Luego se apresuraba a regresar a casa y suspiraba aliviada cuando se refugiaba de nuevo en su piso.

David era muy comprensivo cuando ella intentaba explicarle por qué le daba tanto miedo salir de casa; le decía que probablemente guardaba relación con la noche del accidente. Según parecía, había mucha gente en la acera del Savoy esperando con ella a que el semáforo cambiara. A continuación, alguien la había empujado por detrás y ella había caído a la calzada delante de un coche.

Greta creía que eso podía explicar en parte su agorafobia, junto con el hecho de haber pasado muchos meses internada en el ambiente silencioso y calmado de un hospital. Había recordado que, el día que le habían dado el alta, se había tapado los oídos aterrorizada cuando David había bajado del taxi con ella en la ruidosa calle londinense.

Pero también era una sensación que no podía explicar a nadie. Todos los demás sabían quiénes eran, llevaban sus historias consigo dondequiera que

fueran; mientras que ella solo era un cascarón vacío que se hacía pasar por ser humano. Así pues, aparte de lo poco que le gustaban las multitudes o el ruido, lo cierto era que estar con personas normales no hacía sino aumentar su anhelo de llenar el hueco de su existencia.

La única excepción a esa regla era David, quizá porque fue la primera persona que vio al despertar del coma. Había estado a su lado al principio de su desdichada nueva existencia y confiaba plenamente en él. No obstante, aunque siempre era paciente con ella y hacía todo lo posible por estimularle la memoria, Greta percibía a veces su frustración. David le enseñaba una de las incontables fotografías que utilizaba para ayudarla a recordar su pasado, y cuando su memoria seguía tan en blanco como de costumbre, veía que lo disgustaba.

En ocasiones, cuando miraba la concurrida calle desde su ventana de la tercera planta, tenía la sensación de que vivía en un mundo de sombras. Los médicos habían sugerido que todo era creación suya. Pensaban que era capaz de recordar, porque, según parecía, jamás habían visto una sola lesión en los TAC cerebrales que le habían realizado. Eso significaba que su amnesia era, de algún modo, autoimpuesta; por el trauma, habían dicho.

«Sencillamente, su mente consciente ha decidido que no quiere recordar —le había explicado un especialista—, pero su subconsciente lo sabe todo.» Le había recomendado someterse a hipnosis y ella lo había probado durante más de tres meses, en vano. Luego le habían recetado pastillas —antidepresivos, creía—, un tratamiento que, según otro especialista, podía relajarla y quitarle el miedo a recordar. Lo único que conseguían era que durmiese hasta media mañana y dejarla atontada durante el resto del día. Tiempo después había hecho terapia, en cuyas sesiones se sentaba en una sala con una mujer que le hacía preguntas tontas del tipo qué tal estaba o qué había cenado la noche antes. Aquella clase de interrogatorio la exasperaba; quizá no recordara nada anterior al accidente, pero retenía perfectamente todo lo que le había sucedido desde que había despertado del coma.

Al final, de común acuerdo, todos se habían dado por vencidos, habían cerrado su caso y habían guardado su incomprensible enfermedad en el fondo de un archivador.

Todos salvo David. Él nunca parecía perder la esperanza de que Greta recordara algún día. Aunque ella la hubiera perdido mucho tiempo atrás.

Había algo en particular que le dolía mucho. Como los médicos no lograban hallar una razón para su amnesia, ella siempre tenía la sensación de que, por algún motivo, era culpa suya; un problema que podría resolver si de verdad quisiera. A veces veía una expresión en los ojos de la gente —sobre todo en los de LJ, en las pocas ocasiones que iba a Londres con Ava y ambas merendaban en su casa— que le indicaba que eso mismo también creían los demás. De todo, eso era lo que le parecía lo peor, que la gente pensara que fingía. En ocasiones, durante las interminables tardes que pasaba sola, lloraba de enfado y frustración porque alguien creyera que ella quería vivir así. En sus peores momentos, pensaba que ojalá hubiera muerto en el accidente en vez de tener que soportar la existencia tremendamente solitaria que soportaba desde entonces.

De no haber sido por David, bien podría haber hecho algo para poner fin a la semivida que llevaba. Nadie la echaría de menos: no era necesaria ni útil para nadie, solo una carga, y por esa razón siempre se aseguraba de no exigir demasiado a David, aunque, cuando él se levantaba para marcharse, quería arrojarle a sus brazos, decirle que lo amaba más de lo que las palabras podían expresar y pedirle que se quedara para siempre.

Había tenido esas palabras en la punta de la lengua bastante a menudo, pero se había refrenado justo a tiempo. ¿A qué clase de vida lo estaría condenando? Una mujer que se sobresaltaba cuando sonaba el teléfono, que preferiría morirse antes que tener que salir y relacionarse con los numerosos amigos de David, que era incapaz de imaginarse viajando más allá de la calle mayor de su barrio, y mucho menos a Estados Unidos o al apartamento que David acababa de comprarse en Italia.

«Lo único que puedo darle son bollos.» Suspiró para sus adentros cuando sonó el timbre.

—Hola, Greta, hoy estás muy guapa —dijo David; la besó en las mejillas y le dio un ramo de tulipanes—. Son tan bonitos que he tenido que comprarlos.

—Gracias —respondió Greta, conmovida por el detalle.

—Antes te encantaban los tulipanes —observó él mientras se ponía cómodo en el salón e inspeccionaba los bollos—. Mis preferidos. Se supone que estoy a dieta, pero ¿cómo voy a resistirme?

—Iré a encender el hervidor.

Greta corrió a la cocina. Lo había hecho hacía solo unos minutos, sabedora de

que el agua tardaría menos tiempo en hervir por segunda vez, porque no quería desperdiciar ni un solo segundo con David.

Llevó la tetera al salón, la dejó encima de la mesa y se sentó delante de él.

—¿Qué tal Hollywood? Te quedaste un poco más de lo que dijiste.

—Sí, el rodaje se alargó, como pasa a menudo. Me alegro de estar de vuelta. Esa ciudad no es un sitio que yo elegiría para quedarme mucho tiempo, como sabes.

—Bueno, al menos has cogido color —dijo ella en tono alegre mientras servía el té.

—Te vendría bien un poco de sol, Greta. Sé que te lo digo siempre, pero podría hacerte bien dar un paseo y tomar el aire. Green Park está muy bonito estos días, con todas las flores de verano que hay.

—Suenan estupendo. Igual lo hago.

Ambos sabían que mentía.

—Dime, ¿estás ocupado en las próximas semanas?

—Mucho —respondió David—. Entre otras cosas, voy a Marchmont este fin de semana porque Ava cumple dieciocho años, y después, por supuesto, mi madre hace ochenta y cinco en agosto. Supongo que has recibido sus invitaciones para las dos fiestas de cumpleaños.

—Sí, y les he respondido, y he metido dinero en la felicitación de Ava. Lo siento, David. No... puedo.

—Lo sé, pero es una verdadera lástima. A todos nos habría encantado que vinieras.

Greta tragó saliva, sabiendo que otra vez lo estaba defraudando.

—¿Quizá en otro momento? —dijo David, pues comprendía su malestar demasiado bien—. En fin, Greta, tengo una noticia que darte.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Bueno, he decidido tomarme un año sabático.

—¿Vas a dejar de trabajar?

—Sí, al menos por un tiempo.

—Dios mío, vaya noticia. ¿Y qué harás?

—He decidido irme a ver mundo. Tengo una amiga, Victoria, o Tor, como todos la llaman, y nos vamos a la aventura. La India, el Himalaya, el Tíbet, y a continuación haremos la ruta de Marco Polo por China, por lo que no debería

comerme otro de tus deliciosos bollos. —David soltó una risita cuando lo cogió—. Se supone que me estoy poniendo en forma para el viaje.

—Bueno... parece interesante —consiguió decir Greta, decidida a no mostrar a David que acababan de clavarle una daga en el corazón.

—Voy a estar seis meses de viaje, quizá más. Entenderás, Greta, que eso significa que no nos veremos durante un tiempo, pero creo de veras que es ahora o nunca. Me estoy haciendo viejo.

—¡Claro! —Greta fingió entusiasmo—. Te mereces unas vacaciones.

—Bueno, no sé si yo lo llamaría así, pero desde luego me vendrá bien romper con la rutina. ¿Vas a estar bien sin mí?

—Por supuesto. De hecho, me estoy leyendo todos los libros de Charles Dickens, así que eso me mantiene ocupada. Después empezaré con Jane Austen. Una de las pocas cosas buenas de mi amnesia es que puedo volver a leer todos los grandes clásicos, ¡pero por primera vez! —Greta sonrió alegremente—. Por favor, no te preocupes por mí. Estaré bien.

David se conmovió; sabía que Greta estaba disimulando para que no se sintiera culpable. Él era su cuerda de salvamento y los dos lo sabían. Una vez más, su determinación de hacer el viaje con Tor vaciló, y Greta lo percibió de inmediato.

—En serio, David. Seis meses no son tanto tiempo, ¿sabes? Y será muy interesante cuando me lo cuentes todo a la vuelta. Solo te pido que no cojas ningún engorroso germen extranjero ni te despeñes, ¿vale?

—Haré todo lo posible, te lo prometo.

A continuación charlaron sobre LJ y los planes de Ava de estudiar Veterinaria, ambos sintiéndose incómodos y nerviosos.

Por fin, Greta se armó de valor para hacer la pregunta que le quemaba en la lengua desde que David había mencionado a su «amiga».

—¿Sois tú y esa mujer, Tor, pareja?

—Bueno, supongo que podría decirse que lo somos —respondió David, comprendiendo que la sinceridad era la mejor táctica—. Últimamente nos hemos visto a menudo. Es muy agradable. Creo que te caería bien.

—Seguro que sí.

—En fin —David miró su reloj—, lo siento, pero debo irme. Tengo una reunión en la BBC dentro de media hora.

—Claro.

David se levantó y Greta hizo lo mismo. Se dirigieron a la puerta sin hablar.

—Intentaré pasarme un momento antes de marchar de viaje —dijo él, y la besó en las mejillas—. Cuídate, ¿quieres?

—Sí. Adiós, David.

Cuando él salió y cerró la puerta, Greta regresó despacio al salón. De forma mecánica, colocó las tazas y los platos en una bandeja y los llevó a la cocina para lavarlos. Miró el bizcocho, intacto, y lo tiró a la basura. Después de fregar los platos y recogerlo todo, regresó al salón y se sentó en el sofá. Se quedó con la mirada ausente y se preguntó cómo demonios iba a seguir viviendo mientras David estaba de viaje.

Aunque LJ había hecho todo lo posible por convencer a Ava de que diera una fiesta para celebrar que cumplía dieciocho años, ella se había negado en redondo.

—En serio, preferiría mil veces cenar en casa en familia —le suplicó.

LJ enarcó las cejas.

—Cariño, tendría que ser al revés, ¿no? Que tú lo celebraras con un fiestón y yo con una cena. Espero no haberte robado la chispa. Podríamos utilizar la carpa para los dos cumpleaños y sacarle el doble de partido.

—No, LJ, por lo que me dice todo el mundo, la universidad será una fiesta continua. Preferiría una cena, en serio.

Así pues, una bonita noche de julio, David, Tor, Mary y LJ se sentaron a cenar en la terraza y brindaron por la salud y la felicidad de Ava. Todos habían puesto dinero para comprarle un hermoso colgante de zafiro que combinaba con sus ojos. Esa noche Ava se fue a la cama sintiéndose verdaderamente querida.

Ava sonrió cuando descorrió las cortinas un mes después y el sol de agosto entró a raudales en su habitación. Iba a hacer calor ese día. La casa ya estaba despierta y oyó un rumor de pasos en la planta baja. Frunció el ceño al ver su vestido, que estaba colgado de la puerta del armario, y salió al pasillo para ir al baño a darse una ducha.

Veinte minutos después, estaba en la cocina preparando té para LJ. Mary estaba cortando un enorme salmón en rodajas, con rulos en el pelo y hablando con vehemencia.

—Sé que tu tía dijo que esto sería sencillo, pero ¿ha probado alguna vez a preparar suficiente comida para más de cincuenta personas? Aún apestaré a pescado cuando lleguen los invitados.

—Relájate —la tranquilizó Ava—. Ya casi has terminado.

—Es que quiero que todo esté perfecto, ¿sabes? Solo espero que mis dos sobrinas no les echen los guisantes por encima a los invitados cuando los sirvan.

—Claro que no, Mary. Anda, tómate una taza de té y siéntate un momento. —Ava sacó una silla y dejó una taza en la mesa—. Esta se la voy a subir a LJ.

Más avanzada la mañana, Ava estaba delante del espejo con su vestido. Estudió su reflejo y supuso que no le quedaba tan mal. Estaba hecho de gasa azul aciano y la falda plisada le llegaba justo por debajo de las rodillas. Tor, la novia de David, había dicho que el color combinaría con sus ojos, que en ese momento estaban enrojecidos y le escocían porque acababa de ponerse las lentes de contacto. Cogió sus zapatos y salió al pasillo para llamar a la puerta de la habitación de Tor.

—Hola, soy yo —dijo al entrar—. ¡Dios mío, me siento ridícula! —Se sentó en la cama de Tor y observó cómo se maquillaba delante del espejo.

—¡Deja de decir disparates, Ava! —la regañó Tor—. No entiendo por qué te haces siempre de menos. Eres guapa y esbelta, tienes un pelo rubio precioso y unos ojos azules increíbles. Es una lástima que no te pongas las lentes de contacto más a menudo.

—Es que son muy incómodas. ¿Te gusta llevar tanto potingue en la cara? —preguntó Ava mientras la veía pintarse los labios—. Creo que LJ no se ha maquillado en la vida.

—Bueno, yo no veo nada malo en ayudar un poco a la naturaleza, Ava, siempre y cuando no te escondas detrás del maquillaje, como hacen algunas mujeres. Ven aquí. —Tor le indicó que se acercara, se levantó del taburete y la sentó con suavidad delante del espejo—. Deja que te lo enseñe.

Diez minutos después, Ava se miró en el espejo. Tor le había puesto rímel en las pestañas y colorete en las mejillas, y le había pintado los labios de color rosa pastel.

—¡Caray! ¿Soy yo? —Acercó la cara al espejo y se miró sin terminar de creérselo.

—Sí, cariño. Eres tú. Así que, a partir de ahora, se acabó esa tontería de que eres poco atractiva.

—Es que pienso en todos los pobres animales que utilizan para testar los cosméticos, solo por la vanidad de las mujeres —observó Ava, sin dejar de mirarse en el espejo—. Me parezco a... me parezco a...

—Sí, Ava, te pareces a tu madre, considerada por la mayoría como una de las mujeres más bellas del mundo. ¿Vamos a ver si LJ necesita ayuda?

Ava sonrió.

—Sí, vamos.

En contra de lo que esperaba, Ava se lo pasó bien en la fiesta. Hacía un día glorioso y los invitados tomaron champán en la terraza antes de entrar a comer en la carpa del jardín. Ava estaba sentada entre LJ y David y le encantó ver a su tía abuela tan feliz de ver reunidos a todos sus viejos amigos.

—Puede ser mi última oportunidad de ver a muchos de ellos fuera de su ataúd

—murmuró LJ en un determinado momento—. ¡Santo Dios! La mayoría ya parecen medio muertos. ¿De veras puedo ser tan vieja?

Después de comer, cuando todos volvieron a reunirse en la terraza, un anciano caballero de ojos brillantes que estaba muy bronceado y llevaba bastón se acercó a LJ.

—¡Laura-Jane! Dios mío, ¿es posible que hayan pasado más de sesenta años desde la última vez que nos vimos? Creo que fue en el bautizo de David.

—¡Lawrence! —LJ se ruborizó de alegría cuando él la besó en la mejilla—. Has estado en África desde entonces, así que no es ninguna sorpresa.

—Pero ya estoy en casa. No quería que mis huesos reposaran en el extranjero.

—No, claro. Bueno, deja que te presente a mi sobrina nieta, Ava.

—Encantado —dijo Lawrence, tomando la mano de Ava y besándosela—. Y este es mi nieto, Simon.

Ava se quedó mirando al alto joven que salió de detrás de su abuelo y se adelantó para que los presentaran. Ya se había fijado en él, sobre todo porque era uno de los pocos invitados que tenía menos de setenta años. Era ancho de espaldas, con una tupida mata de pelo rubio y unos ojos castaños ribeteados por oscuras pestañas.

Lo miró a los ojos con timidez.

—Hola —dijo. Se ruborizó como había hecho su tía abuela.

—Ava, cariño, ¿te importa cambiarle el sitio a Lawrence para que podamos sentarnos juntos y ponernos al día? —preguntó LJ.

—Claro que no —respondió Ava.

Se apartó para permitir que Lawrence se acomodara en la silla, lo que la dejó de pie con Simon, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Te apetece beber algo frío? —le preguntó él—. Me estoy asando con este traje. El abuelo me ha obligado a ponérmelo —confesó.

—Mi tía abuela me ha insistido en que lleve esto —dijo Ava, señalando su vestido.

—Bueno, ha acertado con el color. Combina con tus ojos. A ver, ¿dónde podemos conseguir agua?

Después de buscar por la terraza a Megan y a Martha, las sobrinas de Mary —quienes se suponía que debían estar a disposición de los invitados con jarras de agua y zumo de flor de saúco—, y no encontrarlas, Ava entró en la mansión con

Simon y lo llevó hasta la cocina. Mientras llenaba dos vasos de hielo y el agua de manantial limpia y pura que salía del grifo, Simon se sentó a la mesa aliviado.

—Qué fresquito se está aquí. Gracias —añadió cuando Ava dejó el vaso de agua delante de él.

—Sí, en invierno se está tan fresco que Mary, nuestra sirvienta, lo llama «nuestro congelador».

—¿Te importa si me quito la corbata y la chaqueta? Me siento atado como un pavo relleno.

—Por favor, no dudes en hacerlo.

Ava tomó un sorbo de agua, sin tener claro si debería sentarse enfrente de él. Aunque a menudo trabajaba junto a los hombres de la granja, todos le sacaban varios años y ella iba a una escuela femenina, por lo que no recordaba haber estado nunca a solas con un hombre más joven.

—¿Te necesitan en otro sitio? —le preguntó él.

—No. Al menos de momento.

—En ese caso, ¿podemos quedarnos aquí charlando un rato antes de que volvamos a salir y yo tenga que ponerme otra vez la corbata?

—Claro —dijo ella, contenta de que él hubiera tomado la iniciativa.

—¿Dónde vives?

—Aquí en Marchmont, con mi tía LJ.

—Así que eres una chica de pueblo de pura cepa.

—Sí.

—Qué suerte tienes. Yo nací y me crié en Londres, pero llevo veintitrés años deseando vivir en el campo. Supongo que siempre deseamos lo que no podemos tener.

—Pues yo soy muy feliz aquí. Creo que no podría soportar vivir en una ciudad de forma permanente.

—Es bastante inaguantable, estoy de acuerdo. Despertarse aquí y descorrer las cortinas debe de ser como recibir un regalo todas las mañanas. Esto es precioso.

—Aunque llueve mucho.

—También llueve mucho en Londres. ¿Qué haces aquí? —preguntó Simon.

—Acabo de terminar secundaria. Espero entrar en el Real Colegio de Veterinaria de Londres, y si lo hago, también estaré por Londres —respondió Ava con una sonrisa irónica—. ¿Y tú?

—Este es mi último año en el Real Colegio de Música. Después me echarán y pasaré a engrosar las filas de los aspirantes a músicos.

—¿Qué tocas?

—El piano y la guitarra, pero, de hecho, quiero ser compositor. Estilo Weller más que Wagner. Pero, como dice mi familia, una buena base en música clásica es importante. Y aunque me paso casi todas las clases bostezando, probablemente tienen razón.

—Bueno, te admiro; yo soy una nulidad para la música.

—Estoy seguro de que tienes aptitudes, Ava. Aún no conozco a nadie que no las tenga, aunque solo sea tararear lo que suena en la radio. ¿Siempre has vivido aquí?

—Sí.

—¿Tus padres también?

—Esto... es un poco complicado, pero considero a LJ mi madre.

—Vale. Perdona por preguntar. —Simon le sonrió con aire de disculpa.

—Tranquilo.

—Si acabas de terminar secundaria, debes de tener dieciocho años. Pensaba que eras mayor. Pareces muy madura.

Ava notó sus ojos clavados en ella, observándola con interés, y se removió en la silla.

—Dios mío, debe de haberte parecido un comentario muy condescendiente, ¡viniendo de un viejo de veintitrés años! —Simon soltó una risita—. Por cierto, pretendía ser un cumplido.

Ava también le sonrió.

—Gracias. Pero más vale que vuelva con LJ. Debe de estar cansada.

—Claro. Me ha gustado mucho conocerte y hablar contigo, Ava. Y si vienes a Londres, estaré encantado de enseñarte la ciudad.

—Gracias, Simon.

Ava salió de la cocina con la cabeza atontada. ¿Era por el champán que había bebido antes o por hablar con Simon, que era, sin ningún género de duda, el joven más apuesto que había conocido nunca?

Los invitados habían empezado a marcharse y Ava vio que LJ tenía cara de agotamiento.

—¿Quieres subir a descansar, cariño? —le preguntó Ava.

—Ni hablar. Hoy seré la última en caer. Metafóricamente, al menos —respondió ella con estoicismo.

Ava la dejó en las capaces manos de David y Tor y regresó a la cocina para ayudar a Mary a acometer la ingente tarea de lavar la vajilla.

—¿Lo has pasado bien, cariño?

—Estupendamente —respondió Ava, arremangándose—. Y el salmón y las fresas con nata me han sentado de maravilla.

—Me ha hecho muy feliz ver a tu tía rodeada de tantos de sus amigos. ¿Y quién era ese joven con el que hablabas antes? Lo he visto haciéndote ojitos durante los discursos —dijo Mary, dándole un codazo y guiñándole el ojo mientras estaban juntas en el fregadero.

—Se llama Simon y es el nieto de un tal Lawrence, uno de los amigos de LJ. Estudia Música, pero es mucho mayor que yo.

—¿Cuántos años te lleva?

—Cinco.

—¡Oye, eso es ideal! Tú precisamente no podrías andar con un chico más joven, con lo madura que eres.

—En serio, Mary, solo lo ha hecho por cumplir. No es nada de... eso.

—¿Y qué es «eso»? —Mary le dio otro codazo.

—Ya sabes. «Eso.» En fin, deja de tomarme el pelo. No voy a volver a verlo nunca más.

—¿Dónde vive?

—En Londres.

—Donde tú estás a punto de ir a la universidad.

—Si entro...

—Todos sabemos que entrarás. Acuérdate bien de lo que te digo —Mary asintió, con las manos sumergidas en la espuma—, volverás a verlo.

Más avanzada la tarde, mientras el sol se ponía espléndidamente en el valle por debajo de Marchmont Hall, Ava se reunió con LJ, David y Tor en la terraza. Los últimos invitados se habían marchado y ellos estaban hablando de la fiesta.

—No sé cómo daros las gracias por hacer esto posible. —LJ alargó una mano hacia su hijo—. Ahora siento que me puedo morir en paz.

—Por el amor de Dios, cállate, mamá —dijo David—. Aún te queda mucha vida por delante.

—Esperemos que siga aquí para veros volver de vuestro viaje —respondió LJ con una sensiblería nada propia de ella.

—Claro que seguirás aquí —intervino Tor—. Solo nos vamos seis meses. Estoy segura de que no pasará nada malo en ese tiempo.

—Y yo estaré en Marchmont durante las primeras semanas de vuestro viaje —comentó Ava al ver la cara de preocupación de David.

—Además, tendrás nuestro itinerario, mamá. Siempre puedes dejarnos un mensaje en los hoteles en los que nos alojaremos de vez en cuando —dijo él.

—David, estoy segura de que no será necesario. Solo estoy siendo una vieja tonta. Debe de ser por el champán. Bueno, es hora de que me vaya a la cama. Puede que ya haya dejado atrás los mejores años de mi vida, pero ha sido un día maravilloso.

—Te acompaño arriba —se ofreció Tor cuando los tres se levantaron—. David, cariño, tú quédate aquí y relájate con Ava.

Cuando LJ y Tor se marcharon, David se volvió hacia su sobrina.

—A mamá le preocupa que nos vayamos de viaje, ¿verdad?

—Un poco, quizá. Pero imagino que, cuando tienes ochenta y cinco años, puede que sí te preocupe si vas a vivir para ver otro verano. —Se encogió de hombros.

—Por Dios, Ava, qué madura eres. Mayor que lo que corresponde a tu edad.

—Bueno, me ha educado una señora muy sabia.

—Por cierto, vi a tu abuela en Londres. Le dije que me marchó seis meses.

—No te preocupes, tío David, estaré pendiente de ella.

—Y vi a tu madre cuando estuve en Los Ángeles.

—¿Ah, sí? —respondió Ava con evidente falta de interés—. ¿Qué tal estaba?

—Bien, pero pasando por un periodo difícil.

—¿Se le ha perdido otro marido?

—¡Ava, hablo en serio! Es tu madre.

—Solo la conozco por los ecos de sociedad, como el resto del mundo. Lo siento, tío David.

—Lo entiendo. Y supongo que la parte buena es que te ha ido mucho mejor criándote aquí con mamá de lo que jamás te habría ido con Cheska. No es que

eso lo arregle, por supuesto —se apresuró a añadir.

—En fin, tío David, solo quiero que sepas que la tía LJ y la abuela estarán bien. Quiero que puedas irte sin tener que preocuparte por nada. Bueno —Ava bostezó—, voy a subir a dar las buenas noches a LJ, y luego también me acostaré.

—Oh, antes de que se me olvide. —David hurgó en el bolsillo de su chaqueta y le dio un papelito doblado—. Ese joven, el nieto del viejo amigo de mamá, me ha pedido que te dé esto.

—Gracias —respondió ella, cogiendo el papelito.

David la vio arrebolarse y se alegró de ello.

—¿Cómo se llama?

—Simon.

—Me ha recordado a alguien, pero ahora mismo no caigo. En fin, me ha pedido que te diga que le llames si acabas yendo a Londres. Buenas noches, cariño.

Ava lo besó afectuosamente en la mejilla. Cuando ella se dirigió a la mansión, David deseó poder librarse de la sensación de inquietud que lo embargaba. Quedarse a cargo de todo mientras él estaba de viaje era mucho pedir a una muchacha de dieciocho años que necesitaba concentrarse en su propio futuro. Pero, como había dicho Tor, él llevaba años apoyándolos a todos y, al fin y al cabo, solo eran seis meses...

Dos días después, David y Tor subieron a bordo del avión con destino a Delhi. Cuando despegaron y él perdía de vista rápidamente el paisaje de Inglaterra por debajo de ellos, Tor le agarró una mano y se la apretó.

—¿Estás listo para nuestra gran aventura?

David despegó los ojos de la ventanilla y se volvió para besarla.

—Sí.

Dos semanas después de su fiesta de cumpleaños, LJ estaba disfrutando de su ritual taza de té vespertina en la terraza. Aunque jamás había salido de Gran Bretaña, dudaba que, de haberlo hecho, hubiera contemplado alguna vez una vista comparable a la que tenía delante. Le quedaran los años que le quedaran — y el médico parecía creer que eran unos cuantos, si se cuidaba—, LJ sabía que podía morir feliz al día siguiente en su querida Marchmont. Mientras el sol de finales de agosto caía a plomo, cerró los ojos y se quedó adormilada, disfrutando del calor y el suave rumor del arroyo que corría más abajo. Muy pronto sería septiembre y llegaría el otoño, su estación del año preferida.

—Hola, tía Laura-Jane.

La voz le resultó familiar, pero no abrió los ojos. Pensó que debía de estar soñando despierta.

—LJ. —Una mano la meneó con suavidad—. Soy yo, he vuelto.

La anciana abrió los ojos parpadeando por el sol y, cuando la mujer que se alzaba frente a ella por fin cobró nitidez, palideció.

La mujer se acercó más y unas manos frías cubrieron las suyas.

—Querida LJ, soy yo, Cheska.

—Sé quién eres, cariño. Aún no estoy senil —respondió con toda la calma de que fue capaz.

—Oh, es maravilloso volver.

Las manos le subieron por los brazos y le envolvieron los hombros con fuerza, casi impidiéndole respirar.

—¿Qué... por qué estás aquí?

Las manos la soltaron y Cheska se arrodilló delante de ella, con expresión ofendida.

—Porque este es mi hogar, mi hija vive aquí y quería venir a ver a mi querida tía LJ. —Se quedó callada—. No pareces muy contenta de verme.

—Bueno... yo... —LJ tragó saliva—. Claro que estoy contenta de verte. Solo estoy... un poco sorprendida, nada más. ¿Por qué no has escrito para avisarnos de que venías?

—Porque quería daros una sorpresa. —Cheska se levantó—. ¡Oh! ¡Fíjate qué vista! Había olvidado lo bonito que es esto. ¿Sería posible beber alguna cosa fría? Me he subido a un taxi en Heathrow y he venido derecha aquí. Tenía muchas ganas de veros a todos.

—Estoy segura de que Mary te encontrará algo.

—¡Mary! Dios mío, ¿sigue aquí? No ha cambiado nada, ¿verdad? Iré corriendo a la cocina, cogeré algo de beber y la saludaré. Vuelvo enseguida.

Cuando Cheska entró en la mansión, LJ tenía lágrimas en los ojos. No de alegría, sino de miedo. ¿Por qué en ese momento, cuando David estaba de viaje con Tor...?

Cheska regresó al cabo de un rato, con un vaso alto de agua con hielo.

—Tengo montones de regalos para vosotras; están en el recibidor. ¿Dónde está... está Ava?

—Está fuera, por la hacienda.

—¿Crees que se sorprenderá de verme? ¿Te parece que sabrá quién soy?

—Claro que sí, en respuesta a tus dos preguntas.

Cheska empezó a andar de un lado para otro.

—No me odiará, ¿verdad? Por abandonarla, quiero decir. Al principio me fue imposible mandarla a buscar. Y después, cuando el tiempo fue pasando, me pareció injusto trastornarla cuando estaba claro que aquí era muy feliz. Lo entiendes, ¿verdad?

LJ asintió despacio. Estaba demasiado aturdida para ponerse a discutir.

—Pero ¿tú me odias, LJ?

—No, Cheska —respondió desanimada—. No te odio.

—Bien, porque ahora que he vuelto prometo que voy a compensar a Ava por todos los años que he faltado. Caray, ¡qué calor hace! Si no te importa, voy a ir a ponerme algo más fresco. Estoy pegajosa. ¿Puedo utilizar mi antigua habitación?

—Ahora es la habitación de Ava. Utiliza el antiguo cuarto de los niños. Lo hemos convertido en cuarto de huéspedes —respondió LJ con frialdad.

—De acuerdo. Si Ava vuelve mientras estoy arriba, no le digas que he venido, ¿vale? Quiero darle una sorpresa.

Ava regresó agotada después de pasar el día en la granja. Estaba exultante porque hacía una semana había recibido las notas finales y habían sido lo suficientemente buenas para asegurarle una plaza en el Real Colegio de Veterinaria de Londres. Y el día anterior había aprobado su examen de conducir, lo que significaba que por fin podría llevar el viejo Land Rover de su tía abuela.

LJ se había puesto tan contenta como ella, aunque al principio Ava se había preocupado por cuánto le costaría estudiar y vivir en Londres. Lo habían hablado esa noche mientras lo celebraban cenando: «Cariño, me ayudas en la granja desde que eras pequeña y nunca me has pedido un penique. Además, hay un legado, Ava, de tu abuelo. Es bastante dinero y cubrirá de sobra los gastos de tu estancia en Londres. Sé que es lo que tu abuelo habría querido. Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Has alcanzado tu sueño».

Ava abrió la puerta de la cocina y vio que Mary estaba preparando un costillar de cordero.

—Hola, Mary. Pensaba que LJ y yo solo íbamos a cenar una ensalada esta noche.

Mary alzó la vista y negó con la cabeza.

—Hay un cambio de planes, cielo. Tenéis una invitada, ¿sabes? Están en la terraza. Creo que será mejor que vayas a saludarla.

—¿Quién es?

Mary se encogió de hombros en actitud evasiva.

—Ve a verlo tú misma.

Cuando Ava entró en el salón, oyó la voz de LJ y otra vagamente familiar, con un ligerísimo acento estadounidense. Bajó a la terraza y vio la espalda de una mujer con una melena rubia sentada en una silla al lado de LJ.

Se quedó petrificada, incapaz de moverse. La mujer debió de oír sus pasos, porque se volvió.

Las dos se miraron durante un buen rato.

Entonces Ava oyó la voz de LJ. Le pareció tensa y forzada.

—Ava, cariño. Ven a conocer a tu madre.

LJ las miró juntas, con un volcán de emociones en el corazón. Cuando Ava había salido a la terraza, LJ había visto miedo en sus ojos. Cheska se había levantado para abrazar a su hija, y Ava se había quedado aturdida, incapaz de reaccionar. Después se habían sentado a hablar como las desconocidas que eran. Poco a poco, conforme la tarde había avanzado y se habían bebido el champán que Cheska había llevado e insistido en que descorcharan, Ava había perdido una pizca de su timidez.

Luego, durante la cena, LJ vio que Cheska se estaba esforzando por hechizar a su hija. Habló de su vida en Hollywood y de las personas que había conocido, y contó anécdotas sobre otros actores de *Los magnates del petróleo*.

LJ creía que conocía a Ava a fondo, pero esa noche era difícil saber cómo se sentía. A simple vista, sin duda, parecía encantada de escuchar las historias de su madre.

Al final, después del café, Cheska bostezó.

—Perdonadme, pero estoy agotada. Voy a acostarme. Me he pasado la noche volando y no he pegado ojo. —Se levantó y besó a LJ en la mejilla—. Gracias por la cena. Estaba deliciosa. —A continuación, abrazó a Ava—. Buenas noches, cariño. Espero que no tengas muchos planes para los próximos días. Quiero que pasemos juntas el mayor tiempo posible. Tenemos mucho tiempo perdido que recuperar, ¿no?

—Sí. Buenas noches, Cheska. —Ava asintió con calma—. Que duermas bien.

Cuando los pasos de Cheska se perdieron en el interior de la mansión, LJ se inclinó sobre la mesa y posó una de sus manos sobre el brazo de Ava.

—¿Estás bien, cariño? Siento no haber podido avisarte. No tenía ni idea de que venía. Debe de haberte impresionado.

Ava se volvió, su cara borrosa a la luz mortecina.

—No ha sido culpa tuya. Es muy guapa, ¿no?

—Sí, pero no tan guapa como su hija.

Ava soltó una risita.

—Algunas de las historias que ha contado... ¿Te imaginas llevando esa clase de vida?

—No, cariño, no.

—¿Crees que va a quedarse mucho tiempo?

—No tengo ni idea.

—Oh. —Ava miró una polilla que revoloteaba cerca de la lamparita de la mesa y la apartó de la luz con suavidad.

—¿Seguro que estás bien? —repitió LJ.

—Sí. Es decir, es muy simpática y eso, y parece divertida, pero no siento ninguna conexión con ella. Siempre me he preguntado cómo sería si llegaba a conocerla, y lo que he sentido ha sido... nada, en realidad. Me siento un poco culpable.

—Pues no debes. Te llevará tiempo conocerla. Quieres hacerlo, ¿verdad?

—Esto... creo que sí. El único problema es que dudo que pueda verla nunca como a mi madre, quiero decir, en el sentido estricto de la palabra. Mi madre eres tú, y eso nunca cambiará. Jamás. LJ, cariño, debes de estar agotada. ¿Te ayudo a subir?

Cuando LJ estuvo acostada, Ava se sentó al borde de la cama como siempre hacía. Besó a su tía abuela en la frente con ternura.

—No te preocupes por mí, LJ. Estoy bien. Te quiero. Buenas noches.

Salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido.

LJ se quedó mirando la oscuridad. Estaba confundida y preocupada y, por primera vez, notaba el peso de sus ochenta y cinco años. Había cosas de Cheska que quería explicar a Ava; quería advertirle que su madre no era lo que parecía. Pero no podía. Parecería que le tenía envidia y no quería que Ava se sintiera culpable por conocer a su madre si deseaba hacerlo. Y David había llamado desde Delhi el día anterior para decir que Tor y él se iban al Tíbet y pasarían unas cuantas semanas incomunicados. Se sentía insegura y vulnerable sin él.

Al final se durmió, pero pasó mala noche. En algún momento se despertó sobresaltada por un ruido extraño e inquietante. Encendió la luz de su mesilla y vio que no llevaba dormida ni una hora. Sí, decididamente oía a alguien, o algo, gimiendo en voz baja. Después oyó unas risas agudas. Justo cuando estaba a punto de coger el bastón y levantarse de la cama, los gemidos cesaron. Escuchó con atención, pero ya no oyó nada más.

Apagó la luz e intentó relajarse.

Ya había oído esas risas en una ocasión, hacía mucho tiempo, y se devanó los

sesos para intentar recordar dónde y cuándo había sido.

Entonces se acordó.

Había sido la noche que encontró a Cheska en el cuarto de los niños, destrozando al pobre oso de peluche indefenso.

El sábado por la tarde, una semana después de que llegara Cheska, Ava estaba sentada en la terraza con LJ, bebiendo limonada y disfrutando de la puesta de sol.

—¿Dónde habéis ido hoy, cariño? —preguntó LJ.

—De compras a Monmouth. Cheska parece tener mucho dinero y no para de comprarme ropa que cree que me favorece. El único problema es que la gente no para de reconocerla y de pedirle autógrafos. Al principio estaba bien, pero ahora me parece un incordio. Tiene mucha paciencia con sus admiradores. Sé que yo no la tendría.

—¿Y tienes la sensación de que la vas conociendo?

—Es muy agradable estar con ella, y nos reímos mucho, pero no logro hacerme a la idea de que es mi madre. No actúa realmente como tal, igual que haces tú. Es más como una hermana, supongo. A veces me parece jovencísima.

—¿Ha dicho cuándo se marcha? —preguntó LJ con vacilación.

—No. Pero supongo que será pronto. Tiene montones de compromisos en Hollywood. A decir verdad, estaré encantada de que se vaya. Tengo un millón de cosas que hacer antes de irme a Londres. Los niños del pueblo vienen a la hacienda el próximo fin de semana y me los llevaré a hacer un recorrido para observar la naturaleza. No me imagino a Cheska poniéndose unos vaqueros y echando una mano con la barbacoa de después. —Ava soltó una risita.

—No. El campo no es lo suyo.

Una hora más tarde, Cheska se unió a ellas con una botella de champán que había comprado en Monmouth y sirvió tres copas.

—Para celebrar que estamos juntas después de tanto tiempo. Chinchín, como decís aquí.

—Sí, chichín —dijo LJ poco convencida. Cheska siempre parecía encontrar una razón para descorchar otra botella y se estaba hartando de fingir que se lo bebía. El gas no le sentaba nada bien al estómago.

—Oh, pensaba que quizá te habías puesto el vestido tan bonito que te he comprado hoy, Ava —dijo Cheska con un mohín.

—La verdad es que no me quito estos vaqueros —respondió Ava—. Lo reservaré para una ocasión especial. Me has comprado tantas cosas que no sé cuál elegir.

—Bueno, no te vendrá mal renovar tu vestuario, ¿no? ¿Qué me dices de unas gafas nuevas? Esas no te favorecen, ¿sabes? Tienes unos ojos preciosos, del mismo color que yo, creo. Es una pena que los escondas detrás de esa montura tan gruesa.

—Tengo lentes de contacto, pero estas son mucho más cómodas.

—Creo que las gafas imprimen personalidad a la cara de Ava, Cheska —intervino LJ.

—Sí, claro que sí. En fin —Cheska sonrió—, tengo algo que decirlos a las dos. He disfrutado tanto durante esta semana que he decidido no marcharme a Los Ángeles y quedarme un tiempo más aquí. Es decir, si os parece bien.

—Pero debes de tener obligaciones con tu teleserie, ¿no? Y, además, ¿no te aburrirás? Marchmont no es precisamente Hollywood —dijo LJ despacio.

—No empezamos a rodar hasta finales de septiembre, y por supuesto que no me aburriré, LJ —respondió Cheska en un tono de evidente irritación—. Esta paz es justo lo que necesito después de Los Ángeles. Además, aquí es donde está mi familia —añadió, cogiendo la mano a Ava y dándole un apretón—. Solo lamento que el querido tío David no esté.

«Y yo», pensó LJ.

—Cheska, espero que no te moleste, pero tengo previsto hacer unas cuantas cosas en los próximos días, así que no podré salir contigo tan a menudo como hasta ahora —dijo Ava.

—Claro que no me molesta. Me encantará disfrutar del paisaje y relajarme. —Cheska se estiró y suspiró—. ¡Oh, qué feliz estoy de haber venido a casa!

Al día siguiente, Cheska insistió en invitar a Ava a comer a un caro hotel de la

zona, aunque la joven había prometido ayudar a Jack en la granja. Para mantener la paz, Ava accedió a ir, esperando que, después de eso, su madre la dejara tranquila hasta que se marchara de Marchmont.

—No me puedo creer que quieras ser veterinaria, cariño. —Cheska se estremeció mientras pinchaba con el tenedor un exquisito bocado de carne—. No sé cómo puedes. Ver sangre me pone mala.

—Pues verte a ti comiéndote un trozo de esa pobre vaca me pone mala a mí —replicó Ava con una sonrisa.

Cheska enarcó una ceja con irritación y continuó hablando:

—Por cierto, ayer me dijiste que LJ cubrirá tus gastos mientras estudias. ¿De dónde va a sacar el dinero? Vivir en Londres puede ser muy caro. Creo que debería cubrirlos yo.

—Por lo visto, mi abuelo, tu padre, me legó dinero. LJ dice que es bastante y que llega para todo sin problemas, así que, en serio, no te preocupes, Cheska.

—Oh, pero tu abuelo no... —Cheska se interrumpió. Había estado a punto de decir que Owen había fallecido antes de que ella tuviera diez años; así pues, ¿cómo podía haber legado dinero a una niña que aún no había nacido?

Ava no advirtió la súbita frialdad de los ojos de su madre. Estaba hablando sobre su sueño de abrir con el tiempo una clínica veterinaria en la zona.

—Bueno, te has planificado bien la vida, ¿eh, Ava? Por desgracia, el futuro no siempre es tan previsible como nos gustaría creer, pero estoy segura de que lo aprenderás con los años.

—Puede que tengas razón, pero sé lo que quiero. Y si lo planifico bien, no creo que haya ninguna sorpresa, ¿no? —Pero su madre se había puesto a mirar por la ventana con expresión ausente—. ¿Te encuentras bien?

Al final, Cheska miró a su hija y sonrió despacio.

—Te he oído, cariño. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Una suave neblina otoñal cernida lánguidamente sobre el valle saludaba a Ava todas las mañanas cuando descorría las cortinas de su habitación. Se impregnaba de cada detalle de la hermosa vista, atesorándola para cuando estuviera en Londres y no pudiera verla. Tal como había dicho a Cheska que haría, pasaba la mayor parte del tiempo en la hacienda, ayudando a los granjeros a embalar el

heno para el invierno. Solo veía a su madre a la hora de cenar, pues salía de casa mucho antes de que Cheska se levantara a media mañana. A veces, cuando regresaba a la mansión atravesando el bosque, veía una pequeña figura en el claro, junto a la tumba de Jonny. Suponía que Cheska estaba presentando sus respetos a su hermano gemelo, que había muerto cuando era muy pequeño. No podía creer que las vacaciones hubieran pasado tan deprisa y se preguntaba cuándo regresaría su madre a Hollywood. De un momento a otro, suponía.

Una semana antes de que Ava se fuera a Londres, Mary corrió a su encuentro cuando ella regresaba de la granja por el camino que conducía a la mansión.

—¿Qué pasa, Mary? —El corazón empezó a palparle.

—Es tu tía abuela, cariño. Se ha caído esta tarde. Cheska lo ha visto y dice que se ha tropezado por la escalera.

—¡Oh, Dios mío! ¿Se encuentra bien?

—Creo que sí, sí. Solo se ha dado un buen susto. El doctor Stone está ahora con ella.

Ava entró a toda prisa en la casa y corrió arriba. Abrió la puerta de la habitación de LJ, jadeando. Cheska aguardaba al pie de la cama, cruzada de brazos, mientras el joven médico tomaba la tensión a la anciana.

—¡Oh, LJ! —Ava corrió junto a la cama, se arrodilló y se fijó en lo pálida que estaba su tía abuela—. ¿Qué has estado haciendo? ¡Te he dicho que nada de carreras de obstáculos si yo no estoy para vigilarte!

LJ consiguió esbozar una sonrisa por la broma que Ava y ella se hacían desde su operación de cadera.

—¿Cómo está, doctor?

—Bueno, no tiene nada roto, solo algunas contusiones feas —respondió él—. Pero me temo que se le ha disparado la tensión, señora Marchmont. Voy a darle más medicación y quiero que me prometa que guardará cama durante el resto de la semana. —Se volvió hacia Ava y Cheska—. Nada de emociones, por favor. Conviene que la señora Marchmont esté tranquila y descanse para ver si le baja la tensión. Y si no se porta bien —mover un dedo mirando a LJ—, no tendré más remedio que ingresarla.

—En serio, doctor, me aseguraré de que no mueva ni un pelo. —Ava cogió la

mano a LJ con fuerza—. Siempre puedo retrasar el viaje a Londres.

—No puedes, Ava. Puedo cuidarla yo.

Era la primera vez que Cheska hablaba. Ava miró a su madre y, por alguna razón, le pareció que tenía una expresión extraña.

—Pero creía que tenías que volver a Hollywood.

—Sí, pero no puedo dejarte sola con esto. Voy a llamar a mi agente para decirle que avise a los estudios. Pueden rodar sin mí durante un tiempo, o eliminar mi personaje en los primeros episodios. Después de todo —añadió Cheska—, la familia es mucho más importante, ¿no? No debes perderte el comienzo del curso, ¿verdad, LJ?

—Claro que no. —LJ movió la cabeza con aire cansado—. Pero recuerda que también tengo a Mary. Por favor, Cheska, no te quedes por mí. Deberías regresar a Los Ángeles tal como tenías previsto.

—Ni pensarlo, LJ querida, así que vas a tener que aguantarte con que sea tu enfermera.

—¿Quieres acompañarme a la puerta, Ava? —preguntó el doctor Stone.

—Por supuesto. Volveré enseguida, LJ.

—E intente portarse bien durante cinco minutos, señora Marchmont.

—Me aseguraré de que lo hace. —Cheska le sonrió—. Adiós, doctor, y gracias.

El médico se ruborizó y le dijo adiós farfullando.

Ava lo acompañó a la puerta.

—¿Está seguro de que se pondrá bien?

—Mientras repose, eso espero. El problema de la tensión alta es que puede llegar a provocar derrames cerebrales. Tu tía abuela se ha dado un buen susto y, aunque está en muy buena forma para su edad, la operación de cadera la ha dejado sin fuerzas. —El médico se volvió hacia Ava en la puerta de la mansión—. Por cierto, ¿de verdad era Gigi de *Los magnates del petróleo*?

—Sí.

—¿Una pariente?

—Mi madre, de hecho.

El médico enarcó una ceja.

—No tenía ni idea. En fin, estoy seguro de que cuidará estupendamente de tu tía abuela. Va muy bien que esté aquí, con tu tío de viaje y tú a punto de irte a

Londres. Me pasaré mañana. Adiós.

El médico se marchó y Ava cerró la puerta. Cuando se dio la vuelta, vio a Cheska en la escalera detrás de ella.

—He pensado subir una taza de té a LJ —dijo su madre.

—Buena idea. Iré a hacerle compañía un rato. —Ava vio que tenía lágrimas en los ojos—. ¿Qué pasa? —preguntó, subiendo la escalera.

—Oh, Ava, me siento tremendamente culpable. Es decir... estaba justo detrás de ella y entonces... ha tropezado y se ha caído. —Se desplomó en los escalones y comenzó a sollozar.

Ava se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—No llores, Cheska. Por supuesto que no ha sido culpa tuya.

Su madre la miró y le agarró la mano.

—Ava, te diga lo que te diga LJ, te quiero mucho. Mucho. —Sus ojos parecían enormes, como platillos—. Lo sabes, ¿verdad?

—Caray, esto... sí, Cheska —respondió desconcertada.

Su madre había vuelto a quedarse con la mirada perdida.

—Hay tantas cosas que hacemos... cosas que...

Ava vio que se estremecía y después hacía un visible esfuerzo por calmarse.

—Lo siento, solo estoy afectada, nada más. Y me gustaría que me llamaras «madre», no «Cheska».

—Eh... claro. Ve a sentarte un rato en la cocina... madre. Subiré a ver a LJ.

—Gracias.

Cheska se levantó y se dirigió a la parte trasera de la casa con aire triste.

Desconcertada por el extraño comportamiento de su madre, Ava corrió arriba y se sentó al lado de LJ, quien, pese a su palidez, parecía un poco más animada.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con dulzura.

—Mejor, creo. ¿Está tu madre abajo?

—Sí.

—Ava, yo...

—¿Qué pasa?

—Bueno, sé que es horrible hablar de esto, pero creo que debemos hacerlo, de veras.

—¿Hablar de qué?

—De lo que te pasará si yo muero.

A Ava se le saltaron las lágrimas.

—Oh, por favor, LJ. Ahora no.

—Presta atención. —LJ le apretó la mano con fuerza—. Si ocurre, tu tío David heredará Marchmont, pero el testamento también dice que puedes seguir viviendo aquí. David me ha asegurado que él no quiere hacerlo. Y cuando David muera, los dos hemos acordado que Marchmont lo heredes tú. También está en su testamento. Además, hay un dinero, como sabes, legado por tu abuelo. Es tuyo, Ava, y... de nadie más.

—Pero ¿y mi madre? ¿No debería ella heredar Marchmont y el dinero si el tío David muere?

LJ suspiró hondo.

—Ava, hay muchas cosas que no sabes de tu pasado y de tu madre.

—Entonces explícamelas —le instó su sobrina nieta—. Es decir, ni tan siquiera sé quién es mi padre.

—Un día, quizá. Pero lo más importante de todo es... por favor, no te fíes de Cheska.

—¿Por qué?

De repente, LJ le soltó la mano y volvió a recostarse en las almohadas, agotada.

—Pregunta a tu tío, él te lo explicará.

—Pero, LJ, yo...

—Lo siento, Ava, estoy exagerando. No me hagas caso. Me he dado un susto, nada más.

—Pues yo no pienso dejarte hasta que te pongas mejor. En serio, estoy segura de que la Facultad de Veterinaria lo entenderá si tengo que incorporarme unos días más tarde.

—Me pondré mejor —respondió LJ con firmeza—. Y antes muerta que permitir que arruines tu futuro. Aún faltan unos días para que te vayas.

—Sí, y veremos cómo te encuentras entonces —replicó Ava con la misma firmeza.

—Aquí tienes. Una deliciosa taza de té. —Cheska entró en la habitación con una bandeja—. Bueno, este es un papel nuevo para mí, hacer de enfermera —dijo al dar la taza a LJ.

Esa noche, Ava no paró de dar vueltas en la cama, recordando lo que su tía

abuela había dicho y deseando que el tío David estuviera en Marchmont para que le explicara a qué se había referido.

LJ mejoró mucho en los días siguientes. La tensión se le estabilizó y el médico, que había estado extremadamente pendiente, visitándola todos los días y quedándose a tomar una taza de café con Cheska para tranquilizarla, dijo a Ava que estaba satisfecho con su recuperación.

—Creo que puedes irte a Londres mañana con la conciencia tranquila. Y tu madre la está cuidando muy bien, con la ayuda de Mary, claro.

Esa noche, Ava cerró la maleta con el corazón encogido.

Se marchaba al día siguiente temprano, y, además de estar nerviosa por su nueva vida y por cómo llevaría eso de vivir en una ciudad lejos de todo lo que conocía, estaba muy preocupada por LJ.

Subió a su tía abuela el chocolate caliente que se tomaba todas las noches y llamó a su puerta antes de entrar.

—Hola, cariño. ¿Ya lo tienes todo preparado? —LJ le sonrió.

—Sí. —Ava dejó el chocolate en la mesilla y se sentó en la cama; escrutó a su tía abuela y le alivió ver que ya no tenía la tez cenicienta; además, los ojos le brillaban—. ¿Estás segura de que no quieres que me quede? Solo es la semana de bienvenida para nuevos universitarios, no hay clases ni nada. Yo...

—Ava, ¿cuántas veces quieres que te diga que estoy perfectamente y casi recuperada del todo? Además, la universidad no solo consiste en ir a clase; la semana de bienvenida es para hacer amigos y divertirse. Quiero que también te lo pases bien.

—Lo haré, estoy segura, pero... —Ava tragó saliva cuando asomaron lágrimas a sus ojos—. Te echaré muchísimo de menos.

—Y yo a ti, cariño, pero espero que encuentres cinco minutillos para escribirme una carta contándome cómo te va.

—Claro que sí. Y ten. —Ava hurgó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó un papelito—. Este es el número de teléfono de mi colegio mayor. Si hay algún problema, por favor, llámame y ellos me pasarán el recado. También se lo he dado a Mary. Te lo dejo en el cajón de la mesilla. Y llamaré todos los domingos a eso de las seis.

—Bueno, no te preocupes si no puedes. Querida Ava —LJ alzó una mano y le acarició la mejilla con dulzura—, solo me has dado alegrías, desde el momento en que te vi. Estoy muy orgullosa de ti.

Se abrazaron, durante mucho rato, pues ninguna quería que la otra viera sus lágrimas.

—Venga, te levantas muy temprano, así que vete a la cama. Cuídate, cariño —añadió LJ cuando Ava se puso de pie y la besó para darle las buenas noches.

—Lo haré. Tú también. Te quiero.

A la mañana siguiente, incluso Cheska se levantó a las ocho para despedir a Ava.

—No debes preocuparte por nada. Te prometo que cuidaré muy bien de LJ. El doctor Stone dice que soy una enfermera nata. —Soltó una risita—. Así que vete y pásatelo bien en la universidad. Me entristece no haber podido ir. —Cheska rodeó a Ava por los hombros—. Te quiero, cariño. No lo olvides, ¿quieres?

—No lo olvidaré —dijo Ava mientras subía al taxi—. Tenme informada de cómo está LJ, ¿vale? Llamaré esta noche. ¡Adiós!

El taxi se alejó de Marchmont Hall a toda velocidad por el camino particular.

Ava se alegró de verse arrastrada por el torbellino de novedades, tanto buenas como malas, en su primera semana lejos de LJ y Marchmont. Había mucho que aprender; por ejemplo, cómo funcionaban el metro y los autobuses de Londres, o cómo sus compañeros parecían pensar que era divertidísimo competir para ver quién bebía más, incluso hasta el punto de perder el conocimiento. Y, por encima de todo, debía aprender a habituarse al incesante zumbido del tráfico que pasaba por delante de su habitación minúscula y mal ventilada. En el lado positivo, todos los estudiantes de su curso que había conocido hasta el momento parecían simpáticos y ya se había creado un ambiente de compañerismo entre ellos. Como no estaba acostumbrada a la gente, ni a estar rodeada a todas horas, aún le costaba integrarse. Pero con el carrusel de actos organizados para los nuevos universitarios, al final de la semana se sentía mucho más relajada.

Y lo mejor de todo era que había una carta de Simon esperándola a su llegada. Le decía que se mantenía fiel a su promesa del verano y que le encantaría que se vieran para enseñarle Londres.

Durante las primeras largas y asfixiantes noches, cuando todas las fibras de su ser suspiraban por volver a estar en el fresco espacio abierto de Marchmont, Ava pensaba en Simon. Le había respondido cuando él había dejado la nota al tío David para mandarle su nueva dirección en Londres, pero desde entonces había intentado no hacerse ilusiones. El hecho de que Simon le hubiera escrito de nuevo hizo que se estremeciera de placer.

Hasta el jueves no había conseguido armarse de valor para llamarlo desde el teléfono público del final de su pasillo y quedar con él. Y ese domingo Simon iba a llevarla de paseo, como él había dicho, para enseñarle los sitios interesantes.

El domingo por la mañana, después de que se acostara pasadas las tres de la madrugada tras asistir al baile de bienvenida para los nuevos universitarios, se levantó de la cama dando tumbos.

«Tengo que aprender a no beberme todo lo que me ponen delante», se dijo a sí misma, con las sienes palpitándole. Se tomó dos analgésicos y echó un vistazo a la ropa que tenía en el armario. Por primera vez en su vida, Ava pensó bien qué ponerse. Se decidió por unos pantalones rosas y un caro jersey de cachemira que Cheska le había comprado; tras ponérselos advirtió que se parecía demasiado a su madre, de manera que los descartó en favor de unos vaqueros y una camiseta. Esa mañana, los ojos le escocían demasiado para llevar lentes de contacto —se le enrojecerían y le llorarían si se las ponía—, de modo que optó por las gafas.

A las once se dirigió con aire indeciso al vestíbulo de su edificio, el cual, para variar, estaba desierto. Todos los demás estudiantes debían de estar durmiendo la mona de la noche anterior. Simon ya la esperaba fuera; lo vio a través de las puertas acristaladas. Con el corazón palpitándole, y diciéndose con firmeza que él solo le había escrito por la relación de sus respectivas familias, abrió la puerta y salió a saludarlo.

—Hola, Ava. ¡Qué distinta estás! —exclamó Simon, besándola en las mejillas.

—¿Ah, sí?

—En el buen sentido, como si fueras tú de verdad. Y me encantas con gafas —añadió—. Te pareces bastante a una profesora muy guapa que tuve a los siete años. Estuve enamorado de ella durante años, ¡y desde entonces me gustan las gafas!

—Gracias... creo. —Ava sonrió con timidez, y se fijó en que él también llevaba vaqueros y una sudadera.

—Bueno, de camino aquí he pensado que no tenía sentido llevarte a ver las atracciones turísticas de siempre, ya que puedes ir fácilmente sola, así que voy a enseñarte el Londres que a mí me gusta. ¿Vale?

—Genial.

Él le ofreció el brazo, que ella aceptó, y los dos echaron a andar juntos por la calle mientras Londres seguía durmiendo.

Cuando llegó a su habitación a las siete de la tarde, Ava estaba agotada. Simon

podría ser un urbanita, pero, paradójicamente, todo lo que habían hecho había conllevado andar mucho. Habían paseado por Hyde Park y se habían detenido en Speakers' Corner para escuchar a los aspirantes a orador ensalzando sus radicales opiniones políticas, algunas de las cuales eran tan extrañas que habían tenido que marcharse muertos de risa. Luego habían paseado junto al Támesis por el camino de sirga entre Westminster y Hammersmith, donde habían hecho un alto para comer en un pub ribereño.

No hubo un instante que Ava no disfrutara, pues no se habían dedicado a ver monumentos antiguos ni se habían abierto a codazos entre los turistas para contemplar mejor un cuadro en una pinacoteca; solo habían hablado de todo y nada. Y en los espacios abiertos que Simon había elegido como telón de fondo de su día, Ava había dejado de sentirse claustrofóbica, tanto en el plano físico como mental, y se había relajado.

Hizo el calor suficiente para que se sentaran en la terraza del pub y, mientras comían, Simon le ofreció más detalles del papel que acababan de darle en un musical del West End.

—No es a lo que quiero dedicarme, como sabes, quiero ser compositor —reconoció, como si le diera vergüenza—. Pero necesitaban verdaderos músicos que supieran cantar y tocar un par de instrumentos, y un conocido me recomendó que hiciera una prueba. Seguí su consejo y me escogieron. Nadie estaba más sorprendido que yo, créeme, pero, por otra parte, me da para vivir. Y cuando el musical se estrene, tendré todo el día para concentrarme en componer mis temas. Ahora incluso tengo un agente teatral. —Puso los ojos en blanco al decir eso último.

—¿De qué va el musical?

—Oh, de cuatro cantantes muy famosos de los años cincuenta y sesenta. Cantamos muchos de sus éxitos, así que seguro que atraerá a montones de treintañeros y cuarentones.

—¿Cuándo se estrena?

—Dentro de unas tres semanas. Puedes venir al estreno si te apetece.

—Me encantaría.

—Aunque, francamente, no creo que sea gran cosa como actor.

—Pero podrías hacerte famoso, Simon.

—Si algo no quiero ser es famoso, te lo prometo. Mi intención es abrir mi

propio estudio de grabación algún día, donde compondré y grabaré canciones para otra gente. Preferiría quedarme siempre en segundo plano.

—Yo también —convino Ava enfáticamente.

Al final del día, Simon la había acompañado a su colegio mayor de Camden y le había dado un beso en la mejilla.

—Buena suerte esta semana, Ava. Intenta no quedarte dormida en demasiadas clases —añadió con una sonrisa

—No lo haré. Y muchísimas gracias por el día de hoy. Me lo he pasado muy bien. —Ava se dio la vuelta para entrar en el edificio, pero él la tomó del brazo para impedirselo.

—Oye, sé cómo pueden ser las primeras semanas, pero, si tuvieras tiempo, me encantaría volver a verte.

—¿De verdad?

—¡Sí! ¿Por qué parece tan sorprendida?

—Porque pensaba que probablemente hacías esto como un favor a tu abuelo, que él te había ordenado que me llevaras a pasear porque es amigo de mi tía abuela.

—Entonces estás suponiendo que soy mucho menos egoísta de lo que en realidad soy. En serio, hoy me lo he pasado muy bien. ¿Qué te parece este viernes por la tarde? ¿Te recojo a las siete?

—Si estás seguro...

—Ava, estoy segurísimo.

Ava se tumbó en la cama y fantaseó con Simon. Debió de quedarse dormida, porque cuando se despertó ya era de noche. Se dio la vuelta y miró el reloj de la mesilla. Eran más de las diez.

—¡Maldita sea! —masculló. Era demasiado tarde para llamar a Marchmont Hall, como había prometido a LJ que haría.

Fue a prepararse una taza de té en la cocina comunitaria de su pasillo, se la llevó a su habitación y se la bebió mientras preparaba lo que necesitaba para su primera clase de la mañana siguiente. Luego volvió a tumbarse en la cama y tomó nota mental de llamar a LJ al día siguiente.

Después de subir a LJ su chocolate caliente, Cheska bajó a la planta baja y fue a la biblioteca. Tras pasarse días buscando, esa tarde por fin había encontrado la llave del cajón del escritorio, oculta debajo de una maceta. El hecho de que estuviera escondida confirmaba sus sospechas de que LJ guardaba sus documentos privados en ese cajón.

Se sentó al escritorio, insertó la llave en la cerradura y la giró. Abrió el cajón y sacó una abultada carpeta verde. Dentro había numerosos documentos. Cheska los hojeó hasta encontrar lo que buscaba. Apartó la carpeta para repasarla a fondo después, abrió el grueso sobre de vitela y desplegó el papel que contenía. En él había escrito: «Últimas voluntades y testamento de Laura-Jane Edith Marchmont».

Cheska comenzó a leer:

Lego la hacienda de Marchmont a mi hijo, David Robin Marchmont. Y, a su muerte, es mi deseo que la totalidad de la hacienda pase a mi sobrina nieta, Ava Marchmont, de común acuerdo con el actual testamento de mi hijo.

Cheska notó la rabia bulléndole en las entrañas, pero hizo todo lo posible por dominarse y seguir leyendo. Solo en un codicilo encontró por fin su nombre.

Unos minutos después, ya estaba fuera de sí. Dio un puñetazo sobre la mesa y volvió a leer el codicilo, solo para asegurarse.

Como administradora del fideicomiso de Cheska Marchmont (conocida como Hammond) que le legó su padre, Owen Jonathan Marchmont, es mi deber revocar dicho fideicomiso. En el testamento de Owen Marchmont (adjunto) se estipula que «la suma legada en fideicomiso a Cheska Marchmont solo le sea entregada a condición de que visite Marchmont al menos una vez al año hasta que cumpla veintiún años de edad». Constató que Cheska no ha estado en Marchmont ni una sola vez desde que tenía dieciséis años, luego esta condición no ha sido satisfecha. No solo eso, sino que ha dejado a su hija a mi cargo y no ha juzgado apropiado ponerse en contacto con ninguna de las dos en una serie de años. Por consiguiente, creo que no tengo más alternativa que atenerme a la condición de Owen Marchmont y legar el dinero del fideicomiso a la hija de Cheska Marchmont, Ava, la cual vive en Marchmont desde que nació. Creo que este dinero le corresponde por derecho.

Estaba firmado por LJ ante testigos.

—¡Bruja! —gritó Cheska y, fuera de sus casillas, se puso a rebuscar en la carpeta hasta encontrar lo que quería. Era un informe financiero de una

compañía de corredores de bolsa que revelaba la cantidad acumulada en el que debería ser «su» fideicomiso: ascendía a más de cien mil libras.

Miró varios extractos de cuenta más. El de fecha más reciente indicaba que había más de doscientas mil libras en la cuenta de la hacienda de Marchmont.

Cheska se derrumbó por completo.

—¡Yo soy su hija! —gritó entre sollozos—. Debería ser todo mío. ¿Por qué no me quería...? ¿Por qué? ¿Por qué?

«Recuerda, Cheska, recuerda...», dijeron las voces.

—¡No! —Se tapó los oídos, negándose a escucharlas.

Una húmeda mañana de octubre, unos días después de que Ava se hubiera marchado, LJ se despertó y vio a Cheska sentada en la silla junto a la ventana.

—Dios mío, me noto mareada. ¿Qué hora es? —preguntó.

—Más de las once.

—¿Las once de la mañana? ¡Santo cielo! Nunca había dormido tanto en mi vida.

—Te vendrá bien. ¿Cómo te encuentras?

—Hoy fatal, la verdad. Vieja y enferma. No envejezcas, Cheska. No es una experiencia agradable.

Cheska se levantó de la silla, cruzó la habitación y se sentó a su lado en la cama.

—Espero que no te moleste que te lo pregunte, pero creo que tengo que hacerlo. ¿Qué ha pasado con el dinero que mi padre me dejó en fideicomiso?

—Bueno, yo... —LJ hizo una mueca cuando un fuerte dolor le subió por el brazo izquierdo.

—Es decir, sigue ahí, ¿no? El caso es que lo necesito con urgencia.

LJ no podía creer que Cheska estuviera preguntándole por el fideicomiso en ese momento, alzándose sobre ella como un bello ángel vengador, cuando LJ estaba en la cama, débil, enferma e indefensa. El dolor se intensificó y notó un extraño cosquilleo en el lado izquierdo de la cabeza. Le faltaba el aire y tuvo que hacer un esfuerzo para responder la pregunta de Cheska.

—Había una cláusula en el testamento de tu padre. Decía que tenías que volver a Marchmont al menos una vez al año. No lo has hecho, ¿verdad?

Cheska endureció las facciones.

—No, pero tú no impedirías que yo recibiera mi legítima herencia por una condenada cláusula sin importancia, ¿verdad?

—Yo... Cheska, ¿podemos hablarlo en otro momento? No me encuentro nada bien.

—¡No! —Los ojos le brillaron, cargados de ira—. ¡Ese dinero es mío!

—Se lo doy a Ava. ¿No crees que se lo merece? Además, pensaba que tú tenías mucho dinero. Yo... —LJ contuvo la respiración cuando el dolor le irradió por el cuello hasta la cabeza.

Cheska parecía no advertir su expresión de dolor.

—¿Y Marchmont? Soy la heredera directa, siendo hija de mi padre. Debe pasar a mí y no al tío David, ¿no?

—Cheska, yo soy la propietaria legal de Marchmont y puedo dejársela a quien quiera. Y, por supuesto, el heredero legítimo, el verdadero pariente consanguíneo de tu padre, es David, mi hijo.

—¡No! ¡Yo soy hija de Owen! Hasta tengo una partida de nacimiento para demostrarlo. No solo has dado el dinero de mi fideicomiso a mi hija, sino también mi hogar a mi tío. ¿Y yo qué? ¿Cuándo se preocupará alguien por mí? —gritó.

LJ miró a Cheska a través de un velo rojo. Había dibujos de vivos colores danzando ante sus ojos. Quería responder... justificarse, pero cuando abrió la boca para hacerlo, no pudo articular palabra.

—Siempre me has odiado, ¿verdad? Pues no vas a salirte con la tuya, queridísima tía, porque...

LJ se incorporó de golpe, emitió un débil gemido y volvió a desplomarse contra las almohadas. Se quedó inmóvil, blanca como el papel.

—¿LJ? —Cheska zarandeo a su tía—. ¡Despierta y escúchame! ¡Sé que solo estás fingiendo para no tener que hablar de esto! ¡LJ! ¿LJ?

Cuando su tía siguió sin moverse, la expresión furibunda de Cheska dio paso al horror.

—¡LJ! ¡Por el amor de Dios, despierta! Lo siento, no quería disgustarte. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —Abrazó el cuerpo inerte de LJ, sollozando histéricamente.

Y así fue como Mary las encontró, después de oír los gritos de Cheska desde

abajo. Llamó a una ambulancia y fue con LJ y Cheska al hospital de Abergavenny.

Los primeros días de clase fueron para Ava tan aterradores como agotadores mientras se habituaba a una forma de aprender completamente nueva. Sentada en un aula con otros ochenta estudiantes, esforzándose por escuchar todas las palabras que salían de la boca de sus profesores, lo anotaba todo lo más rápido posible y luego corría a su habitación para redactar sus apuntes de forma ordenada y en su contexto. También empezaba a disfrutar cada momento, haciendo nuevos amigos y adaptándose a la vida universitaria.

Hacía tres tardes que telefoneaba a Marchmont Hall sin obtener respuesta. No estaba especialmente preocupada, ya que solo había dos teléfonos en toda la mansión, uno en el despacho y otro en la cocina. Y si todos estaban fuera o en el piso de arriba, no los oirían. No obstante, cuando nadie respondió la cuarta noche, empezó a inquietarse. El viernes por la tarde, cuando de nuevo nadie descolgó el teléfono, buscó el número de Mary en su agenda y la llamó. El marcado acento de su marido, Huw, la saludó al otro lado de la línea.

—Perdona que te moleste, Huw, pero estoy un poco preocupada. Nadie me coge el teléfono en Marchmont Hall. ¿Va todo bien?

Huw guardó un momento de silencio antes de responder.

—Pensaba que se lo habrían dicho, señorita Ava. Lo lamento, pero su tía abuela tuvo un derrame cerebral hace tres o cuatro días y su madre está en el hospital con ella. Mary también la ha visitado todas las tardes, que es por lo que creo que usted no la ha encontrado en la casa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es grave? ¿Corre peligro? Yo...

—Por favor, no se altere, señorita. No conozco los detalles, excepto que su tía abuela está estable y en el mejor sitio posible. ¿Por qué no me da el número desde el que llama para que Mary la telefonee en cuanto llegue a casa?

—Sí, y mientras tanto, ¿puedes decirme en qué hospital está mi tía? Llamaré de inmediato.

—Es el hospital de Abergavenny. Entonces, va a esperar ahí mismo, ¿verdad? Mary debería llegar en unos quince minutos.

Impresionada y extrañada de que nadie le hubiera dicho que LJ estaba ingresada, Ava marcó el número de Información para pedir el teléfono del hospital. La pasaron con la centralita y, después de lo que le pareció una eternidad, con el pabellón donde se encontraba LJ. Pero entonces se quedó sin monedas y la línea se cortó justo cuando la enfermera del pabellón por fin se puso al teléfono. Ava colgó con un golpetazo, exasperada, antes de mirar su reloj y ver que eran las siete y diez. Había quedado con Simon delante del colegio mayor a las siete. Como no quería separarse del teléfono público por si Mary llamaba, pidió a una de las chicas de su pasillo que saliera a decirle dónde estaba. Él cruzó la puerta de doble hoja justo cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? ¿Mary? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está? ¿Por qué no me ha avisado nadie? Yo... —Ava se echó a llorar, asustada y frustrada.

—Cálmate, cielo —la tranquilizó Mary—. Tu madre insistió en que no te lo dijéramos para no alterarte en tus estudios; dijo que era mejor esperar hasta que tuviéramos buenas noticias para no preocuparte. Aunque yo le dije que, en mi opinión, pensaba que tú querrías que te avisáramos de inmediato... En fin, como ya sabes por Huw, tu tía abuela sufrió un derrame cerebral. Ha estado en cuidados intensivos estos días, pero te alegrará saber que justo esta tarde la han trasladado a planta y dicen que está fuera de peligro. Tranquilízate, cielo.

Ava estaba llorando al teléfono.

—Sabía que no debería haberla dejado. ¿Estás absolutamente segura de que se pondrá bien?

—Eso han dicho los médicos, sí.

—Voy a subir al primer tren para ir a casa ahora mismo. Cogeré un taxi en la estación e iré directamente al hospital.

—No te servirá de nada: no van a dejarte verla. El horario de visitas ha terminado y ya la han acostado hasta mañana. Ven a Marchmont Hall, y avisaré a tu madre de que vienes.

—De acuerdo —dijo Ava, intentando calmarse. Por el rabillo del ojo vio que Simon la observaba—. Dile que no llegaré hasta después de medianoche.

—Lo haré, cariño. Cuídate, que tienes mucho viaje por delante. Te veo mañana en la mansión.

—Gracias, Mary.

Ava colgó, se enjugó las lágrimas con brusquedad y se volvió hacia Simon.

—¿Tu tía abuela está en el hospital?

—Sí, y no puedo creer que mi madre no me lo haya dicho. Lo siento mucho, Simon, pero tengo que irme a Marchmont de inmediato.

—Claro. Oye, Ava, ¿y si te llevo yo? Queda lejísimos en tren.

—Te lo agradezco mucho, Simon, pero estoy segura de que llegaré bien. Tengo que hacer la maleta.

—Ava —Simon la asió por el brazo cuando ella se dio la vuelta para alejarse por el pasillo—, quiero llevarte. No tardo nada en coger el coche y nos vemos en la puerta del colegio mayor dentro de media hora, ¿vale?

—Vale —respondió agradecida.

—Pero te advierto que no es precisamente un Rolls Royce —añadió Simon antes de girar sobre sus talones y dirigirse a la salida.

Cinco horas después, Simon conducía su viejísimo Mini por el bacheado camino que conducía a Marchmont. La calefacción se había estropeado durante el viaje y a Ava le castañeteaban los dientes, no sabía si de frío o por la tensión.

Mary había dejado sopa y pan en la cocina; Simon devoró su parte mientras ella apenas probó bocado, aquejada de una sensación de náuseas. No había ni rastro de Cheska cuando Ava llevó a Simon a un cuarto vacío de la primera planta.

—Muchísimas gracias por traerme —dijo.

—No hay de qué. —Simon la abrazó fuerte—. Intenta dormir un poco, ¿quieres?

—Sí. Buenas noches.

A la mañana siguiente, Ava encontró a Mary en la cocina.

—¿Cómo estás, cariño? Ven a darme un abrazo —dijo, limpiándose las manos en el delantal.

—Oh, Mary, ¿por qué no me avisó nadie? Dios mío, si hubiera muerto, yo...

—Lo sé, lo sé. Pero ahora está fuera de peligro y estoy segura de que la animará muchísimo verte.

—¿Crees que deberíamos llamar al tío David?

—Se lo pregunté a tu madre y ella me dijo que no deberíamos molestarlo en vacaciones. Ahora que tu tía abuela está mejorando, creo que podemos dejarlo tranquilo; de lo contrario, las dos sabemos que vendría pitando. Oye, estaba a punto de llevarle el desayuno a tu madre, ya sabes que siempre desayuna en la cama, así que, ¿por qué no subes conmigo y la saludas?

—Deja que prepare un par de tazas de té para mí y para Simon —dijo Ava, encendiendo el hervidor.

—Con que Simon, ¿eh?

—Sí, tuvo la amabilidad de traerme anoche.

—¿Y es el mismo Simon que vino a la fiesta de cumpleaños de tu tía abuela?

—Sí.

—Pues es todo un detalle por su parte, ¿no? Te dije que volverías a verlo —observó Mary con los ojos risueños—. Bueno, te veo arriba.

Después de subir el té a Simon, que seguía durmiendo, y dejárselo sobre la mesilla, Ava se dirigió a la habitación de su madre por el pasillo. Respirando hondo, llamó a la puerta y entró. Cheska estaba sentada en la cama desayunando.

—¡Ava, cielo! Ven a darle un beso a tu madre.

Ella lo hizo y Cheska dio unas palmaditas en la cama, indicándole que se sentara.

—Esta mañana estoy agotada. Desde el derrame cerebral de la pobre LJ, he estado en el hospital día y noche. Lo cierto es que su vida pendía de un hilo. —Cheska bostezó con teatralidad.

—¿Por qué no me dijiste que había tenido un derrame cerebral?

—Porque no quería preocuparte, cariño. Y, además, yo estaba aquí para cuidarla, así que no tenía sentido que interrumpieras tus estudios.

—Si alguna vez vuelve a pasar algo, madre, llámame de inmediato. LJ lo es todo para mí, ya lo sabes.

—Sí, lo sé, ¡no te cansas de repetirlo! Además, ya se está recuperando. Y la que se encuentra fatal soy yo.

—Pues hoy no tienes que preocuparte por ir a verla. Iré yo.

—Si no te importa, te lo agradecería mucho. —Cheska volvió a bostezar—.

Creo que me quedaré en la cama para recuperar sueño. ¿Puedes bajarle la bandeja a Mary y decirle que nadie me moleste?

—Claro. Hasta luego.

Simon insistió en llevar a Ava al hospital de Abergavenny y le dijo que esperaría fuera y que no se preocupara por el tiempo que estuviera dentro. Ya en el pabellón, Ava se presentó a la enfermera de recepción y le preguntó si podía ver a su tía abuela.

—El horario de visitas no ha empezado aún, pero ya que has venido de tan lejos puedo hacer una excepción —respondió con amabilidad.

—¿Cómo se encuentra? Mi madre dice que ya no corre peligro.

—Así es. El doctor Simmonds, el especialista, está en la planta. Iré a buscarlo para que habléis antes de ir a verla.

Ava esperó nerviosa. El médico llegó y le estrechó la mano.

—Soy el doctor Simmonds, señorita Marchmont. ¿Por qué no me acompaña para que podamos hablar en privado?

Ava lo siguió al interior de un despachito. El doctor Simmonds cerró la puerta y le ofreció una silla. Ella se sentó agradecida, pues las piernas apenas la sostenían.

—Señorita Marchmont... o Ava, ¿puedo llamarte Ava? Como seguro que te habrá dicho tu madre, tu tía abuela ha sufrido un derrame cerebral. Se ha recuperado, pero va a necesitar muchísima rehabilitación. Estará en el hospital otra semana más o menos, pero después, si me lo permites, te recomendaría una clínica particular. Allí, la señora Marchmont podría recibir la clase de fisioterapia intensiva que va a necesitar, y en un entorno menos frío que este. Tengo la esperanza de que, con la debida atención, recupere el habla. Es menos probable que recupere el pleno uso del brazo izquierdo, pero ¿quién sabe? Tu tía abuela es una mujer formidable, Ava, con una voluntad de hierro.

—Sí, lo es. —Ava estaba horrorizada por lo que acababa de escuchar—. ¿Dice que no puede hablar?

—En este momento no. Me temo que es un síntoma bastante frecuente de ictus. Ya he dado a tu madre una lista de algunas clínicas muy buenas relativamente próximas que creo que deberíais ir a ver.

—De acuerdo. Gracias por hablar conmigo. Ahora debo ir a verla.

—Por supuesto. Te acompaño.

LJ estaba durmiendo. Ava se quedó en silencio junto a su cama, mirándola. Parecía tan frágil, tan vieja.

—Quédate todo el tiempo que quieras —dijo el doctor Simmonds antes de marcharse.

Ava fue a sentarse junto a la cama de su tía abuela y le tomó una mano.

—Querida LJ. Acabo de ver al médico y me ha dicho que estás mejorando mucho. Hasta me ha dicho que cree que estarás lista para salir del hospital bastante pronto para ir a algún sitio un poco más cómodo mientras te recuperas. Es estupendo, ¿verdad?

Ava notó una ligera presión en la mano y vio que LJ tenía los ojos abiertos, y rebosantes de felicidad por ver a su querida sobrina nieta.

—Siento mucho no haber venido antes, pero nadie me avisó de que estabas enferma. Pero ahora estoy aquí, y te prometo que no me iré hasta que hayas salido del hospital.

Ava vio cómo LJ movía los labios para formar palabras que no logró articular. Se fijó en que la parte izquierda de la cara parecía que se le hubiera descolgado, como si un lado de la boca se le hubiera quedado trabado en una mueca permanente.

—El especialista ha dicho que, con el tiempo, deberías poder hablar, pero no te preocupes por eso ahora. En cambio, ¿por qué no te lo cuento todo sobre Londres y la universidad?

Durante veinte minutos, Ava le habló de su nueva vida en el tono más alegre de que fue capaz, estrechándole la floja mano izquierda en la suya y haciendo todo lo posible para no angustiarse cuando la veía esforzarse por responder. Al final se quedó sin nada más que contar y se dio cuenta de que su tía abuela estaba gesticulando débilmente con la mano derecha.

—¿Estás dirigiendo una orquesta? —la chinchó con ternura.

LJ negó con la cabeza exasperada y volvió a gesticular hasta que Ava por fin entendió a qué se refería.

—¿Quieres un bolígrafo?

LJ asintió y señaló el cajón de la mesilla.

Cuando hubo escrito lo que quería, le dio el papelito. Con letra enmarañada, rezaba: «Te quiero».

—¿Cómo ha ido? —preguntó Simon cuando Ava subió al coche.

—Fatal. De momento no puede hablar y tiene el brazo izquierdo paralizado. Pero el doctor me ha avisado de que parece mucho peor de lo que está en realidad. Yo... —Por un momento, Ava no pudo seguir haciéndose la fuerte—. Y debo aferrarme a eso —consiguió decir.

—Sí. —Simon le cogió la mano y se la apretó con fuerza—. Debes hacerlo, cariño.

Cuando llegaron a Marchmont Hall, Mary ya se iba a casa.

—Hay estofado de ternera y albóndigas en el horno para tu invitado y una ensalada de queso en la nevera para ti. Volveré mañana para prepararos una comida bien rica. ¿Cómo estaba tu tía? —preguntó al ver la palidez de Ava.

Ella solo pudo encogerse de hombros.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero mejorará. Debes creerlo.

—¿Has visto a mi madre hoy? —preguntó Ava, para cambiar de tema.

—Hace como una hora. Estaba a punto de darse un baño. Bueno, me voy, nos vemos mañana. Cuida de Ava, ¿quieres, Simon? Se ha llevado un buen susto.

—Claro.

Cuando Mary se hubo marchado, Ava sirvió la comida y llevó los platos a la mesa.

—¿Se baña siempre tu madre a las dos de la tarde? —preguntó Simon cuando se pusieron a comer.

—Probablemente. Esta mañana estaba muy cansada, porque se ha pasado toda la semana con LJ en el hospital. Simon, voy a tener que quedarme aquí por ahora. No puedo dejar a LJ hasta que al menos haya salido del hospital. Y sé que tú tienes que volver para los ensayos.

—Bueno, no tengo que irme hasta mañana, así que ¿por qué no damos un paseo esta tarde? Tomar el aire puede venirte bien, y me encantaría ver la hacienda.

Ava estaba a punto de responder cuando Cheska entró en la cocina.

—¡Aquí estás! Me ha parecido oír un coche, pero... —Se interrumpió al ver a Simon.

—Madre, este es mi amigo, Simon Hardy. Simon, mi madre, Cheska Hammond.

Ava vio que Simon se quedaba boquiabierto.

—¿Te refieres a Cheska Hammond? ¿La Cheska Hammond que hace de Gigi en *Los magnates del petróleo*?

Cheska lo estaba mirando con una expresión muy extraña, pero poco después pareció recobrar la calma y el hermoso rostro se le iluminó con una amplia sonrisa.

—Sí, soy yo. ¡Y me alegro mucho de verte! Estoy segura de que ya nos conocemos. Yo... —Cheska volvió a mirarlo—. ¿No crees?

—No. Seguro que me acordaría.

Simon sonrió, se levantó de la silla y le tendió la mano con educación. En vez de estrechársela, Cheska lo besó afectuosamente en las mejillas.

—Pues es un placer conocerte, Bobby.

—Es Simon, señorita Hammond.

—Por favor, llámame Cheska. Bueno —cruzó la cocina con aire majestuoso hacia la nevera—, creo que esto hay que celebrarlo con champán.

—Para mí no, madre.

—Ni para mí —añadió Simon.

—¿De verdad? —Cheska, con la botella en la mano, los miró haciendo un mohín—. Pero es maravilloso teneros aquí. Deberíamos celebrarlo.

—Quizá más tarde. Solo son las tres de la tarde —dijo Ava, totalmente desconcertada por el comportamiento de su madre teniendo en cuenta lo que le había ocurrido a LJ.

—Oh, no seas tan aguafiestas, Ava. Pero vale, lo reservaremos para después. Decidme, ¿qué hacemos esta tarde?

—Bueno, Ava iba a llevarme a pasear para enseñarme la hacienda —respondió Simon.

—¡Qué gran idea! Justo lo que todos necesitamos, aire puro. Me encanta pasear en esta época del año. El otoño es precioso, ¿no os parece? Dejad que vaya a ponerme algo más práctico y os veo aquí en diez minutos.

Confundida, Ava la vio salir de la cocina casi brincando. Que ella supiera, su madre nunca había ido más allá del cercano bosque, y no soportaba el frío.

—Dios mío, Cheska Hammond es tu madre —murmuró Simon, negando con la cabeza—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Es importante? —bufó Ava, y se disculpó de inmediato.

—No, por supuesto que no es importante. Pero cuando una superestrella

internacional entra de improviso en una cocina que está en el quinto pino, es comprensible asombrarse, ¿no?

—Bueno, pues ahí lo tienes. Esa es mi madre.

—De hecho, explica por qué me resultaste familiar la primera vez que te vi. Eres igual de guapa que ella —dijo Simon con dulzura.

—Bueno, más vale que nos preparemos para el paseo. —Ava se levantó con brusquedad—. Te buscaré unas botas de agua.

Diez minutos después, los tres bajaban por la escalera de la terraza, su madre llevando un abrigo viejo y unas botas de agua demasiado grandes que le daban un aspecto un poco ridículo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó, entrelazando su brazo con el de Simon—. El bosque es precioso, sobre todo en esta época del año, y después podemos pasear junto al arroyo.

—Me parece bien —convino Simon.

Ava los siguió, asombrada de que Cheska aún no le hubiera preguntado cómo estaba LJ esa mañana, y también intranquila por cómo estaba acaparando a Simon. Veía que él no solo estaba extasiado por conocer a Cheska, sino también por las atenciones que ella le estaba prodigando.

Aunque Simon jamás le había dicho qué intenciones tenía con ella, y ciertamente el chico no había ido más allá aparte de darle un beso en la mejilla y un abrazo, sintió una punzada de envidia al verlos reírse juntos mientras caminaban por delante de ella. Cheska no podía ver a Simon de esa manera, ¿verdad? Tenía edad suficiente para ser su madre.

Por otra parte, Ava calculó que, si Cheska solo tenía dieciséis años cuando dio a luz, eso significaba que, de hecho, solo se llevaba once años con Simon. Y, además, parecía diez años más joven de la edad que tenía. Ava se estremeció, asqueada por cómo su madre había pasado de estar agotada esa mañana a ser una chispeante... muchacha en cuanto había visto a Simon.

«Que hagan lo que quieran», masculló para sus adentros.

Cuando regresaron del paseo, Ava dijo que se iba al hospital para visitar a su tía abuela por la tarde.

—Te llevaré en coche —se ofreció Simon de inmediato.

—Oh, Dios mío, no hace falta, Simon. Ya has hecho bastante por hoy — anunció Cheska—. Ava puede ir sola en el Land Rover, ¿verdad, cariño? Y no te preocupes, yo haré compañía a Simon. Hasta podría prepararle mis huevos revueltos con salmón ahumado. En Hollywood todo el mundo viene a mi casa a almorzar los domingos. ¡Mi receta secreta es famosa!

—En serio, no es ningún problema...

—Tranquilo, Simon. —Ava ya había cogido las llaves del Land Rover del gancho—. Hasta luego.

Ava estaba sentada al lado de LJ, intentando no pensar en Simon y Cheska juntos en Marchmont Hall y contenta de que la anciana pareciera mucho más animada y espabilada que esa misma mañana. Había ido provista de cuadernos y bolígrafos, así como de la novela de Jane Austen preferida de su tía abuela. LJ garabateó palabras cortas en respuesta a sus preguntas:

«Sí, mejor.»

«Doctor dice que mañana puedo sentarme en silla.»

«¡Y me ducharán!»

Cuando Ava vio que LJ se estaba cansando, abrió *Emma* y empezó a leerle. Cuando sonó el timbre que anunciaba el final del horario de visitas, alzó la vista del libro y vio que LJ se había quedado dormida. La besó con ternura en la mejilla y salió del hospital, temerosa de regresar a casa.

Cuando llegó, encontró a Simon y a Cheska sentados en la cocina riéndose juntos. Había una botella vacía de champán en la mesa.

—Hola, cariño. Simon y yo hemos estado muy a gusto, ¿verdad? Me ha hablado de su debut en el West End y me ha invitado al estreno. Por supuesto, la música de los sesenta es de mi época —dijo Cheska.

—¿Quizá podríais venir juntas? —Simon clavó sus ojos castaños en Ava.

—Eso si LJ ha salido ya del hospital —respondió ella con aspereza.

—¿Te apetece una copa, cariño? —preguntó Cheska, enseñándole una nueva botella que acababa de descorchar.

—No, gracias. Si me disculpáis, me voy a la cama. Buenas noches.

Ava se dirigió a la puerta de la cocina y los dejó solos.

Al día siguiente, pese a las protestas de Cheska de que Simon debía quedarse a comer, él dijo que tenía que regresar a Londres.

—A partir de mañana ensayaremos sobre el escenario, así que será una semana larga.

—Bueno, estoy deseando ver el musical —dijo Cheska, saliendo a despedirlo al coche con Ava—. A lo mejor luego podemos cenar juntos.

—Creo que me esperarán en la fiesta del estreno, Cheska. Pero gracias por tu hospitalidad. Ava —Simon le hizo señas para que se acercara aunque Cheska seguía cerca—, ¿me avisarás cuando vuelvas a Londres?

—Sí. —Ava asintió.

—Esto... —Simon la miró, luego miró a Cheska, y se encogió de hombros—. Mándale recuerdos a tu tía abuela y cuídate.

—Lo haré.

—Es un encanto, ¿verdad? —dijo Cheska cuando entraron juntas en la mansión.

—Sí.

—Muy maduro para ser tan joven.

—Me voy al hospital, madre —se apresuró a decir Ava, sin ningunas ganas de oír cómo ensalzaba las virtudes de Simon—. ¿Me acompañas?

—Hoy quizá no. Simon y yo nos fuimos a dormir bastante tarde anoche. Y antes has dicho que LJ estaba mucho mejor ayer por la tarde. Voy a recuperar un poco de sueño después de comer.

En los días siguientes, Ava pasó todo el tiempo que pudo con LJ en el hospital y le alegró mucho su mejoría. Al final de la semana, el doctor Simmonds la llamó a su despacho y le dijo que creía que LJ pronto estaría lista para salir del hospital.

—¿Habéis mirado alguna de las clínicas que te recomendé?

—No, pero lo haremos ahora que usted piensa que está preparada para marcharse. Gracias, doctor. —Ava se levantó—. Le agradezco mucho todo lo que ha hecho.

—Solo hago mi trabajo, Ava —respondió él, acompañándola a la puerta—. Por cierto, ¿cómo está tu encantadora madre? No la he visto esta semana.

—Se encontraba agotada después de pasar toda la semana con mi tía abuela, así que la he relevado.

—Bien, salúdala de mi parte, ¿quieres?

—Claro.

—Y tenme informado de cómo os va con las clínicas particulares. Yo le reservaría plaza a partir del próximo miércoles con carácter provisional.

Cuando llegó a casa, Ava llamó a los tres centros que el especialista le había recomendado. Uno estaba completo, pero los otros dos dijeron que tenían plaza para LJ a partir de la fecha que el doctor Simmonds había propuesto. Tras haber pasado los últimos días evitando a su madre todo lo posible, harta ya de sus interminables monólogos sobre lo maravilloso que era Simon, Ava fue en su busca. La encontró en la biblioteca hojeando unos documentos.

—¿Te gustaría venir conmigo esta tarde a visitar las clínicas que nos ha recomendado el médico? LJ saldrá del hospital el miércoles.

—Pues... ¿es necesario, Ava? Estoy segura de que puedo confiar en tu criterio de cuál será la clínica más adecuada. Obviamente, la que esté más cerca de aquí, ya que, cuando tú vuelvas a la universidad, seré yo quien vaya siempre a visitarla.

Ava se dio cuenta de que su madre estaba distraída.

—Vale. Iré a verlas y te informaré.

—Gracias, Ava. ¿Algo más?

—No. Qué buena noticia que LJ esté mejorando, ¿no?

—Sí, maravillosa. —Cheska asintió, de nuevo concentrada en los documentos.

El miércoles Ava fue con LJ en ambulancia a la clínica que la joven había elegido. Cheska había dicho que cogería el Land Rover de LJ y se reuniría con ellas allí. Fiel a su palabra, las esperaba en el aparcamiento cuando llegaron.

La clínica estaba rodeada de cuidados jardines. El personal era amable, y la habitación de LJ tenía mucha luz y una hermosa vista de los jardines. En su primera visita, le alegró ver que había tantos pacientes jóvenes como ancianos. «Tenemos personas de todo tipo, querida —le había explicado la supervisora—. No somos un vertedero para la gente mayor, sino un centro de recuperación para enfermos de cualquier edad.»

Ava ayudó a deshacer la maleta de LJ y dispuso sus objetos personales como a ella le gustaba. Cheska se limitó a quedarse sentada en una silla con aire distraído. Ava y LJ habían desarrollado una forma de comunicación: LJ le apretaba la mano, o enarcaba una ceja y, con un ligero temblor, le señalaba lo que quería con el brazo sano. Si no lograba hacerse entender, se lo ponía por escrito.

—Cielo, creo que deberíamos irnos ya, así damos tiempo a LJ para que se acomode. —Cheska estaba mirando por la ventana, crispando los dedos con nerviosismo.

—Oh, esperaba poder quedarme un rato, madre. No te preocupes, vete a casa y llamaré a Tom, el taxista, para que venga a buscarme.

—Está bien. Esperaré —dijo Cheska con firmeza.

LJ apretó la mano a Ava y negó ligeramente con la cabeza, señalando la puerta.

—¿Seguro que estarás bien?

LJ asintió.

—Volveré mañana. Cualquier cosa que necesites, anótala y dale el papel a la supervisora. Cuando luego la llame, podrá decirme qué tengo que traerte.

LJ parecía irritada.

—Lo sé, lo sé, me estoy preocupando por pequeñeces —dijo Ava, antes de besarla en la frente—. Me muero de ganas de que vuelvas a estar en casa. Te quiero.

LJ le dirigió su sonrisa torcida y le dijo adiós con la mano de una forma tan lastimosa que a Ava volvieron a saltársele las lágrimas.

Ya fuera de la clínica, se mordió el labio cuando Cheska abrió el coche.

—Oh, Dios. Odio dejarla aquí.

—No seas tonta, Ava. Está en buenas manos, como ves. Además, este sitio nos cuesta un dineral, así que debería ser bueno.

—Lo sé. Lo siento. Supongo que es porque sé que tengo que volver pronto a Londres.

—Bueno, yo estaré aquí, ¿no?

Cheska arrancó y dio marcha atrás con brusquedad.

Ava visitó a LJ todas las tardes en los tres días siguientes y se aseguró de que su tía abuela estaba contenta y bien instalada. El personal parecía amable y la fisioterapia la estaba ayudando mucho. Aunque todavía no había recuperado el habla, ya podía dar pequeños paseos por el jardín con ayuda de un bastón.

«Debes volver a Londres. Estoy mejor.»

Ava leyó la nota y vio a LJ mirándola y asintiendo. Escribió otra nota y se la dio.

«¡Mañana!»

—Pero, LJ, no quiero irme hasta que hayas vuelto a casa.

«Debes irte. No me desobedezcas.»

—No te desobedezco, pero...

«Sigo siendo tu tía.»

—De acuerdo, si insistes. Pero volveré el próximo fin de semana.

«Ya veremos.»

Esa tarde, cuando Ava dijo a su madre que creía que LJ ya estaba lo suficientemente recuperada para que ella se fuera a Londres, Cheska declaró que también tenía intención de visitar la capital.

—Y tengo que ver el musical de Bobby... Simon, quiero decir. También he pensado pasar a ver a mi antiguo agente. Mientras esté en Inglaterra, sería una lástima no explorar las oportunidades.

—Pero ¿y LJ? Pensaba que estarías aquí para visitarla mientras yo no estoy.

—Por el amor de Dios, Ava. ¡Solo estaba pensando en pasar una noche en Londres! Mary está aquí, y seguro que LJ podrá sobrevivir veinticuatro horas sin nosotras. Podemos quedar en el teatro para tomar una copa antes del musical. Por supuesto, antes tengo que encontrar algo que ponerme. Al fin y al cabo, es un estreno. ¡Qué emoción!

A la mañana siguiente, Cheska despidió a Ava con un beso y una sonrisa.

—Nos vemos el miércoles por la noche. Y no te preocupes por LJ. Ahora me voy directamente a verla.

—Vale. Mándale recuerdos.

—Lo haré.

A la mañana siguiente, Cheska se puso una entallada blusa de seda que combinaba con sus ojos y le descubriría el nacimiento del escote. Después bajó a recibir al doctor Stone, que acababa de llegar en su coche.

Cuando él se marchó, Cheska condujo hasta Monmouth y entró en la recepción de Glenwilliam, Whittaker y Storey, los abogados de la hacienda de Marchmont.

—Hola, soy Cheska Hammond. Tengo una cita con el señor Glenwilliam.

—Eh, sí... señorita Hammond... —A la recepcionista se le trabó un poco la lengua—. Siéntese, por favor, y avisaré al señor Glenwilliam de que ha llegado.

—Gracias.

Cheska tomó asiento. Poco después, la puerta se abrió y salió un hombre de treinta y pocos años. Ella se levantó.

—Señorita Hammond, es un placer. Pase a mi despacho, por favor.

—Gracias. Pensaba que iba a ser un viejo gruñón. —Cheska soltó una risita coqueta.

—Pues... no. Debe de estar pensando en mi padre. Se jubiló hace un par de años y ahora llevo yo el bufete.

—Entiendo —dijo ella, entrando en el despacho detrás del señor Glenwilliam.

—Por favor, tome asiento, señorita Hammond.

—Gracias.

—Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Verá, el problema es que mi tío está pasando unas largas vacaciones en el extranjero y en este momento no se le puede localizar. —Cheska cruzó las piernas despacio y vio cómo el abogado seguía sus movimientos con la mirada—. Y ahora que LJ, mi tía, está tan enferma, yo... —Se le saltaron las lágrimas y metió la mano en el bolso para sacar un pañuelo.

—Por favor, intente no angustiarse, señorita Hammond.

—Bueno, lo han dejado todo en mis manos y necesito consejo.

—Intentaré ayudarla en todo lo que pueda —la tranquilizó el abogado, mirándola a sus celeberrimos ojos azules.

—Se lo agradezco, señor Glenwilliam. Como estoy segura de que ya sabe, administrar la hacienda de Marchmont exige plena dedicación. Mi tía ha cumplido bien este cometido durante muchos años, pero últimamente, debido a su enfermedad, muchas cosas no han recibido la atención necesaria. Hay un montón de facturas que no se han pagado, vallas que tienen que repararse de inmediato. Jack Wallace, el administrador de la granja, vino a verme ayer. Es preciso hacer algo.

—¿En serio? —El señor Glenwilliam enarcó una ceja—. Me sorprende, señorita Hammond. Estuve en Marchmont Hall no hace mucho para ver a su tía y me pareció que todo funcionaba como un reloj, igual que siempre.

—Bueno, digamos que a veces las apariencias engañan. En fin, el problema más urgente es que necesito dinero para pagar los salarios y algunos gastos generales.

—Eso no será un problema. Llevamos muchos años ocupándonos de la gestión de Marchmont. Si me trae las facturas, estoy autorizado para extender cheques utilizando la cuenta de la hacienda. Hay mucho dinero. Más adelante, cuando su tía esté mejor, ella...

—Pero esa es la cuestión, señor Glenwilliam. —Cheska dejó que las lágrimas volvieran a surcar sus mejillas—. No creo que mi tía vaya a recuperarse nunca del todo. Al menos no lo suficiente para administrar la hacienda. Y con mi tío fuera del país, yo soy la familiar más cercana y quiero hacer lo que pueda, al menos hasta que él vuelva.

—Entiendo. Como usted ha dicho, Marchmont exige plena dedicación. ¿Y su carrera de actriz?

—La familia es lo primero, ¿no? Tendré que tomarme un año sabático hasta

que vuelva mi tío.

—Bueno, creo que eso es un poco drástico, señorita Hammond. Como ya le he dicho, este bufete ha administrado la hacienda de Marchmont en numerosas ocasiones y no tendrá ningún problema en volver a hacerlo, con carácter transitorio, por supuesto.

—No, no creo que esa sea la respuesta, señor Glenwilliam. Perdóneme si le parezco grosera, pero no quiero tener que venir corriendo cada vez que necesite un cheque para comprar heno o pienso, por muy agradable que sea verlo.

—Entiendo, señorita Hammond. —El señor Glenwilliam se enderezó la corbata—. Entonces, ¿lo que en verdad quiere es un poder notarial temporal?

—¿Ah, sí? ¿Podría explicarme qué significa?

—Verá, cuando un médico dictamina que una persona no es apta para administrar sus finanzas o negocios, se puede conceder un poder notarial a un pariente próximo o a una entidad jurídica. Eso les permite acceder a las finanzas y los faculta para actuar en nombre de la persona.

—Ya veo. ¿Y podría tramitármelo usted?

—En teoría. Aunque creo que nuestro bufete debería intentar ponerse en contacto con su tío antes de adoptar una medida así.

—Por desgracia, está haciendo una travesía por el Himalaya y después irá a China. Podrían pasar semanas, si no meses, antes de que puedan hablar con él. Yo misma lo he intentado, por supuesto, sin éxito hasta la fecha. —Cheska volvió a cruzar las piernas y, una vez más, vio que a Glenwilliam se le iban los ojos.

—Veo que eso complica la situación, señorita Hammond. Pero ¿está bien segura de que esto es lo que quiere? Marchmont es una gran responsabilidad, sobre todo para alguien con, siento tener que decirlo, poca experiencia en este tipo de asuntos.

—Sí, al menos en un futuro previsible. Cuando vuelva mi tío, ya veremos.

—Bueno, tendría que redactar una serie de documentos, y su tía tendría que firmarlos.

—Eso podría ser un problema. Ahora mismo, mi tía no puede llevarse un vaso a la boca, y no digamos ya firmar con su nombre. También ha perdido el habla.

—Bien, entonces tendríamos que pedir a su médico que escriba una carta constatando que, en este momento, la señora Marchmont no puede ocuparse de

sus asuntos.

—De hecho, la tengo aquí. El doctor Stone ha visto a mi tía y constata en la carta lo que le acabo de decir.

—Entiendo. —El señor Glenwilliam abrió la carta y la leyó—. Insisto en que sería un poder notarial temporal, hasta que su tía se recupere o... bueno, en ese caso, entraría en vigor su testamento.

—Por supuesto —susurró Cheska, bajando los ojos—. Y mi tío David heredará la hacienda, ¿no?

—Exacto —confirmó el señor Glenwilliam—. Debo repetir que es muchísima responsabilidad, señorita Hammond.

—Lo sé. Pero quiero hacer todo lo posible para ayudar a mi tía. Si ella sabe que Marchmont está en buenas manos, eso le quitará un enorme peso de encima. Cuento con Jack Wallace, y usted estará aquí para asesorarme, ¿verdad, señor Glenwilliam? —Lo obsequió con su sonrisa más seductora.

—Por supuesto. Siempre que necesite ayuda o consejo, basta con que me llame. Entretanto, mandaré redactar los documentos.

Cuando llegó a casa, Cheska hizo una llamada telefónica.

—No, no tiene incontinencia, pero actualmente no puede hablar. ¿Cree que podría tener sitio para ella? Estupendo. Bueno, me gustaría llevarla el lunes por la tarde, si a usted le parece bien. Sí, lo haré. Adiós.

Esa noche, Cheska no durmió. La asustaban los sueños que sabía que tendría.

El lunes por la mañana, Tom, el taxista, la llevó a Monmouth. Cheska le dijo que regresaría a casa por su cuenta y fue primero al bufete del señor Glenwilliam para recoger el sobre con el poder notarial temporal y después al banco, que estaba a la vuelta de la esquina. Allí transfirió una cuantiosa suma de dinero de la cuenta de la hacienda de Marchmont a la suya propia. Preguntó dónde podía alquilar un coche y, siguiendo las indicaciones del empleado, encontró la estación de servicio.

Pagó la cuenta del alquiler, se puso al volante y condujo hasta la clínica de LJ.

Unas horas después, estaba de regreso en Marchmont Hall. Subió a su habitación y empezó a hacer el equipaje. Luego bajó a ver a Mary.

—Como sabes, mañana me voy a Londres, Mary, y he pensado que hoy

deberías irte temprano y tomarte también el día libre mañana. Pasar tiempo con tu maridito. Has trabajado mucho últimamente. De hecho... —Cheska hurgó en su bolso y sacó el monedero—, ¿por qué no salís a cenar esta noche? Sería mi manera de darte las gracias. —Cheska le ofreció dos billetes de veinte libras.

Mary la miró sorprendida.

—Pero, si usted está fuera un par de días, debería venir igualmente para echar un vistazo a la casa, ¿no?

—No hace falta, Mary. Te prometo que soy perfectamente capaz de dejarlo todo bien cerrado antes de irme. Insisto, en serio.

—Si eso es lo que quiere, es usted muy generosa, señorita Cheska. Y tiene razón, será agradable pasar tiempo con Huw. Por supuesto, iré a visitar a la señora Marchmont mientras usted no está.

—De hecho, cuando he ido a verla hoy, la supervisora me ha dicho que mañana se la llevan al hospital de Abergavenny un par de días para que su especialista pueda hacerle pruebas y valorar sus progresos. Será mejor que esperes unos días antes de visitarla. Por una vez en tu vida, olvídate de Marchmont y de todos nosotros. —Cheska le sonrió con afabilidad—. Así, cuando vuelvas, te sentirás renovada.

—De acuerdo —convino Mary, sin estar convencida—. Me voy. Su cena está en el horno —añadió, quitándose el delantal—. Disfrute mucho en Londres y mande un beso a mi Ava, ¿quiere?

—Claro.

Cuando Mary se marchó a casa, no pudo evitar sentirse intranquila. La señorita Cheska siempre había sido rara, pero como era la sobrina de la señora Marchmont, pensaba que no le tocaba a ella cuestionar sus órdenes.

Esa noche, Cheska deambuló por los desiertos pasillos de Marchmont Hall. Las voces de su cabeza, y una en concreto, estaban muy insistentes.

«Debería ser tuya, tienes que luchar por ella... Ella te odia, siempre te ha odiado...»

Cheska se sentó en la cama de su antiguo cuarto, el cuarto en el que Jonny y ella habían dormido tranquilamente en sus cunitas en otra época. Ella lo adoraba. Y él se había ido.

—Pero no te fuiste, ¿verdad, Jonny? ¡Ni te irás nunca! —sollozó, sentada con las piernas cruzadas como hacía de pequeña, pero con los puños en los ojos para detener las lágrimas y las voces—. Nunca pararán, ¿verdad? ¡Nunca pararéis! —gritó angustiada—. Dejadme en paz, dejadme en paz...

Cuando las voces de su cabeza alcanzaron un volumen insoportable, Cheska comprendió de repente que tenía que hacer algo para acallarlas.

Si destruía los recuerdos, ya no podrían seguir persiguiéndola.

Sí, sí, ¡esa era la solución!

Cerró la voluminosa maleta que ya tenía preparada para marcharse a Londres al día siguiente y la bajó al recibidor. Después entró en el salón, se dirigió a la chimenea, cogió la caja de las pastillas para encender la lumbre y las cerillas y volvió a subir a la primera planta. Con calma, arrastró la papelera hacia sí y la colocó debajo del viejo caballito balancín de madera que su tía le había dicho que había sido de David. Cogió un viejo libro ilustrado que le encantaba cuando era pequeña, le arrancó las páginas, las arrugó hasta convertirlas en bolas y las metió en la papelera una a una.

Se arrodilló, encendió unas cuantas cerillas y las tiró a la papelera. Las bolas de papel prendieron de inmediato y Cheska se sentó al borde de la cama para ver cómo las llamas lamían el desconchado flanco pintado del caballito balancín. Satisfecha, se levantó para marcharse.

—Adiós, Jonny —susurró.

Cuando salió del cuarto, el caballito era una luminosa masa de fuego.

Cuando Ava regresó a su habitación después de su última clase, se metió rápidamente en la ducha, se puso un ajustado vestido negro que Cheska le había comprado en Monmouth, se pintó un poco los labios y corrió de nuevo a la calle para coger el autobús a Shaftesbury Avenue.

El vestíbulo del teatro ya estaba concurrido, y se abrió camino entre la gente hasta el bar del primer piso, donde su madre había quedado con ella.

—¡Cariño! —Cheska, rebosante de alegría, se abrazó a su hija y la besó en las mejillas—. Ven a sentarte. Dorian ha pedido champán.

—¿Quién es Dorian?

—Dorian, cariño, es mi nuevo agente. Bueno, en realidad, no es nuevo. Solo ha tomado el relevo de Leon Bronowski, quien me representó hace años cuando fui actriz en Londres. Se muere por conocerte. Mira, ahí está.

—Oh.

Ava vio que un hombre calvo de mediana edad, vestido de forma extravagante con una chaqueta de terciopelo escarlata y una corbata dorada, se acercaba a su mesa.

—Señorita Marchmont... Ava. —El hombre le tomó la mano y se la besó—. Soy Dorian Hedley, agente sin igual y a punto de hacerme cargo de la carrera ya rutilante de tu madre. ¡Dios mío, Cheska, podría ser tu doble! ¿Champán, Ava?

—Solo una copita, gracias. —Ava se volvió hacia Cheska, que estaba espectacular con el vestido de noche azul marino con brillos que llevaba. A su lado, Ava se sentía poco atractiva y sosa en comparación—. Pero creía que ya tenías un agente en Hollywood.

—Sí, cariño, lo tengo. Pero... oh, llevo un tiempo pensando en que ya va siendo hora de cambiar. Dorian me ha convencido de que tengo razón, ¿verdad,

Dorian?

—Sí. Estados Unidos siempre parece llevarse todos nuestros mejores productos, así que celebro haber podido recuperar uno.

—Entonces... madre, ¿vas a quedarte en el Reino Unido de forma permanente?

—Bueno, voy a intentarlo. Esta tarde he entrado en el despacho de Dorian solo para saludar, y los dos nos hemos puesto a hablar y hemos descubierto que coincidimos en muchísimas cosas. Dorian venía esta noche al estreno porque tiene a uno de sus representados en el musical, así que hemos salido a tomar una copa y me ha convencido de que mi futuro está en Inglaterra. —Cogió la mano a Ava—. ¿No es maravilloso? Es decir, ahora podremos estar las dos en Londres.

Ava frunció el ceño, pensando en LJ.

—Claro.

Se quedó sentada en silencio, escuchando cómo Cheska y Dorian criticaban diversos programas de televisión, se reían de algunos cotilleos y ponían verde a una actriz especialmente conocida. Ojalá no hubiera ido. Se sentía completamente fuera de lugar.

Por fin sonó el timbre que indicaba que el espectáculo estaba a punto de empezar y Dorian las condujo a un palco situado a la izquierda del escenario. Ava miró la platea y vio que la gente susurraba y señalaba a su madre.

Las luces se apagaron y las cadencias del rock and roll de los años cincuenta pronto llenaron el teatro. Simon salió a escena y Ava no le quitó ojo mientras él y el resto de los actores imitaban a algunas de las estrellas pop más conocidas de la época.

Después del intermedio, el musical pasó a los años sesenta. Las luces se atenuaron y Simon se adelantó y se quedó junto al micrófono, vestido con unos vaqueros y una rebeca.

Ava se quedó extasiada con su preciosa voz dulce cuando cantó una balada. Se fijó en que su madre estaba inclinada hacia delante, respirando de forma entrecortada, también con los ojos clavados en Simon.

—Sí, esa es la locura, la locura del amor...

Madre e hija permanecieron sentadas una al lado de la otra, ambas absortas en sus recuerdos. Para Cheska, la atrocidad que había cometido la noche anterior quedó borrada de su memoria. Eso había sido un sueño. Esto era la realidad. Él había vuelto a ella, y esa vez sería para siempre.

Ava recordó el paseo que Simon y ella habían dado por la orilla del Támesis y lo cómoda que se había sentido con él. Pero, al mismo tiempo, comprendió que Simon era un hombre guapo con talento que, después de esa noche, tendría un ejército de chicas persiguiéndolo. Obviamente, estaba fuera de su alcance.

Al final del musical, el público se levantó para aplaudir a los actores y Cheska gritó más que nadie.

—No te importa venir con nosotros a los camerinos, ¿verdad, Ava? —le preguntó cuando salieron del teatro—. Tengo que decir a Bobby lo maravilloso que ha estado.

—Querrás decir Simon, madre —la corrigió Ava.

Una vez dentro, Dorian se fue a ver a su cliente y Cheska se dirigió al camerino de Simon pavoneándose. Entró sin llamar y descubrió que se le había adelantado una multitud de admiradores. Se abrió paso a codazos entre ellos hasta llegar a Simon, que estaba hablando con alguien, lo abrazó y lo besó en las mejillas.

—¡Cariño, has estado maravilloso! ¡Qué debut! Mañana estarás en boca de todos, te lo prometo.

—Esto... gracias, Cheska.

Ava, que se había quedado cerca de la puerta porque apenas se cabía en el camerino, vio que Simon estaba sorprendido por los excesivos elogios de su madre. Entonces Simon reparó en ella, le sonrió y pasó por el lado de Cheska para ir a su encuentro.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó con dulzura.

Ava sonrió con timidez.

—Bien, gracias. Has estado impresionante.

—Gracias. Yo...

Cheska estropeó el momento, en un tono de voz extrañamente agudo:

—Te veré en la fiesta, Simon.

—Eh... lo siento, Cheska, pero hace falta entrada.

—De hecho, voy como invitada de Dorian, mi agente. Venga, Ava, demos a Simon un poco de tiempo para que hable con los demás. —Cheska casi la sacó del camerino de un empujón y juntas regresaron a la entrada de artistas, donde

las esperaba Dorian—. Ava, cariño, me temo que Dorian no tiene entrada para ti. ¿Por qué no vienes mañana al Savoy para desayunar conmigo?

—Tengo clase, madre.

—Pues entonces a comer, o a cenar. Mañana hablamos. Buenas noches, cariño.

Ava la vio cogerse del brazo de Dorian, quien le dio las buenas noches moviendo mudamente los labios mientras Cheska se lo llevaba calle arriba. Triste y desanimada, echó a andar para subir a un autobús que la condujera a su colegio mayor.

Cuando entró en su habitación, vio que le habían metido una nota por debajo de la puerta.

«Perdona —decía—. Antes se me ha olvidado avisarte de que una tal Mary ha llamado preguntando por ti a la hora de comer. Ha dicho que por favor la llames urgentemente. Helen de la habitación de al lado.»

Ava se notó la boca seca y el corazón empezó a palparle. LJ...

Agarró un puñado de monedas y fue al teléfono público. Ya eran más de las once, así que esperaba que Mary siguiera despierta y le cogiera el teléfono. Por suerte, lo hizo.

—Mary, soy Ava. Acaban de darme el recado. ¿Qué pasa?

—¡Oh, gracias a Dios, Ava!

—¡Por favor, dime! ¿Es LJ?

Ava oyó un sollozo al teléfono.

—No, no es LJ.

—¡Gracias a Dios! Oh, gracias a Dios. Entonces, ¿qué es?

—Ava, es Marchmont Hall.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un incendio terrible. Oh, Ava, Marchmont Hall se ha incendiado.

—Mary se deshizo en lágrimas.

—¿Hay... heridos?

—No encuentran a tu madre y, como el incendio empezó anoche, no saben...

—Mary, mi madre está bien. La acabo de ver aquí en Londres.

—Bueno, oye, ¡qué alivio! Sabía que se iba a Londres, pero pensaba que saldría esta mañana, y... —Mary no terminó la frase—. En fin, me alegro de que anoche no estuviera en la mansión.

—Me ha dicho que se queda en el Savoy. Llamaré ahora para dejarle un

recado. Está en una fiesta y no tengo ni idea de cuándo volverá.

—Ava, en serio, creo que tenemos que intentar ponernos en contacto con tu tío David. ¿Tienes la lista de números que dejó por si había una emergencia?

—Sí. Veré dónde puede estar en estos momentos y le mandaré un mensaje a la oficina postal más próxima. Aunque es difícil saber cuánto tiempo tardará en recibirlo. Supongo que todavía se encuentra en el Tíbet. Oye, Mary, mañana cogeré el primer tren a Marchmont.

—¡No, Ava! Ya has perdido demasiadas clases este primer trimestre; tu tía abuela diría lo mismo, estoy segura. Y, además, de momento no hay nada que puedas hacer, de veras.

El teléfono empezó a pitar.

—Mary, lo siento, pero ahora tengo que colgar. No tengo muchas monedas y necesito llamar a mi madre. Hablamos mañana por la mañana.

Después de colgar y volver a descolgar, Ava consiguió el número del Savoy en Información y dejó recado a Cheska para que las llamara de inmediato a Mary y a ella. Cuando regresó a su habitación con paso vacilante, se le saltaron las lágrimas al pensar en su querida Marchmont Hall, reducida a cenizas.

Sin saber cómo diablos iba a conciliar el sueño, se ovilló en la cama y se puso a temblar, pensando en cómo todo parecía haber empeorado desde que Cheska llegó a Marchmont.

A las diez de la mañana del día siguiente, Ava llamó a la puerta de la suite de Cheska en el Savoy. Después de telefonar al hotel, donde le habían dicho que el número de la señorita Hammond estaba bloqueado, había decidido saltarse otra clase más e ir en persona.

—Madre, soy yo, Ava.

Poco después, la puerta se abrió y Cheska, con regueros de rímel en la cara y el pelo alborotado, se echó a sus brazos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Acabo de hablar con Mary. LJ jamás me perdonará, ¡jamás! ¿Por qué ha tenido que pasar mientras yo estaba a cargo de todo? Los dos me echarán la culpa, ¿sabes?, ¡ya lo creo que sí!

Ava vio la expresión de sus ojos. Parecía bastante desquiciada.

—Por supuesto que no lo harán. Vamos, madre. Seguro que ha sido un

accidente, ¿no?

—No... no lo sé. No lo sé...

—Madre, debes calmarte. ¡Por favor! Esto no le hará ningún bien a nadie, y menos a ti.

—Pero yo... Oh, Dios...

—Oye, creo... creo que debería llamar a un médico. Voy...

—¡No!

La vehemencia con la que Cheska reaccionó la asustó. Vio que su madre se enjugaba las lágrimas y se sonaba la nariz con un pañuelo empapado.

—No hace falta que venga ningún médico. Estaré bien ahora que has venido, en serio.

—Vale, ¿qué tal un coñac o algo por el estilo? Va bien para los sustos, creo. ¿Pido que suban una botella?

Cheska señaló un armario del rincón del salón amueblado con un gusto exquisito.

—Prueba ahí.

—Vale. ¿Por qué no vas a arreglarte un poco? Te serviré un coñac y luego podemos hablar de lo que vamos a hacer.

Cheska miró a su hija de hito en hito.

—¿Cómo he podido traer al mundo a una persona como tú? —dijo, y se fue al baño.

Ava sirvió el coñac y se sentó en el sofá hasta que su madre regresó con la cara muy pálida pero impecable.

—Bien, lo único que sé es que hubo un incendio. Por favor, madre, ¿podrías decirme que pasó exactamente?

—Bueno, me fui de Marchmont Hall el lunes a eso de las ocho de la tarde. Mary me ha dicho que Jack Wallace la llamó de madrugada cuando vio grandes columnas de humo saliendo por las ventanas. Llamó a los bomberos, pero creo que para entonces el fuego ya había prendido con fuerza.

—¿Y son graves los daños?

—Sí, bastante graves, me ha dicho Mary. Se ha quemado el techo y casi todo el interior, pero, según parece, los muros exteriores siguen intactos. Jack dijo a Mary que los salvó una lluvia torrencial. Supongo que al menos debemos agradecer eso.

—¿Saben cómo empezó?

—Mary me ha dicho que podría haber sido una avería eléctrica. Algunos cables eran viejísimos. Pero, oh, Ava —Cheska se estremeció—, lo peor es que yo podría haber estado dentro. Solo decidí irme antes a Londres en el último momento. En un principio tenía pensado marcharme al día siguiente.

—¿Y los animales? ¿Están bien?

—Estoy segura de que sí, y sé que Jack está al tanto de que los cuidan bien. El incendio solo ha afectado a la mansión. —Cheska se tapó la cara con las manos—. No quiero verla. No soporto imaginarme esa casa tan bonita calcinada y humeando.

—Tenemos que ir a Gales. De hecho, deberíamos salir de inmediato.

Cheska se quitó las manos de la cara y la miró horrorizada.

—No te referirás a irnos en coche a Marchmont ahora, ¿verdad? No, no, no podría afrontarlo. —Se puso de nuevo a llorar.

—Pues iré yo.

—¡No! Por favor, Ava. —Cheska le agarró la mano—. Te necesito aquí conmigo. No puedes dejarme sola, ¡por favor! Solo dame un poco de tiempo para que me reponga. No puedo ir todavía, no me veo capaz.

Ava vio que Cheska se ponía de nuevo histérica. Se acercó más a ella y la rodeó con un brazo.

—Está bien —dijo con un suspiro—. No te dejaré sola.

—Además, Jack Wallace ha dicho que no podemos hacer nada. Él se está ocupando de la granja, como de costumbre, y el señor Glenwilliam está tratando con la compañía de seguros.

—Bueno, cuando estés más calmada, debemos ir lo antes posible. Mary ha dicho que la policía querrá hablar contigo, por si viste algo raro antes de irte de Marchmont Hall.

—Podrán venir aquí, ¿no? Estoy demasiado afectada para conducir. Además, tengo una reunión importante el viernes por la mañana. Anoche conocí un director en la fiesta del musical que está deseando que actúe en su nueva serie de televisión.

—¿No puedes pasarlo a otro día?

Ava estaba escandalizada de que su madre pudiera siquiera pensar en su carrera en un momento como ese.

Cheska reparó en la expresión de su hija.

—Si hace falta, lo haré, claro. Y esta mañana he llamado a la clínica. LJ está mejorando mucho. Obviamente, no debemos decirle nada hasta que esté lo bastante fuerte para encajar el golpe, así que creo que es mejor que no la visitemos en un par de días. Ninguna de las dos podría ocultárselo si la viéramos ahora.

—Supongo que tienes razón, aunque habrá que decírselo pronto. Solo doy gracias por que estuviera en la clínica, de lo contrario... —Ava se estremeció—. Y pobre tío David. ¿Qué va a decir cuando descubra que su madre se está recuperando de un derrame cerebral y Marchmont Hall se ha incendiado? Le he mandado un mensaje, pero no sé cuándo lo recibirá.

—¿Ah, sí? Bueno, tú y yo vamos a tener que hacer frente a esto solas hasta que vuelva. Podemos superarlo si hacemos piña, ¿no? Si nos apoyamos e intentamos resolver las cosas.

—Sí. Escucha, madre, si hoy no nos vamos a Marchmont Hall, tengo clase esta tarde. ¿Te parece bien que vaya? Ya llevo bastante retraso acumulado.

—Volverás luego, ¿verdad? ¿Me lo prometes?

—Si es lo que necesitas, claro.

Ava se levantó, besó a su madre y salió del hotel, contenta de notar el cortante aire de octubre en la cara y estar en la calle, donde todo parecía seguir igual que siempre.

Cuando Ava regresó al hotel después de clase, tal como había prometido, descubrió que su madre había pedido que le subieran la cena y abundante champán.

—He pensado que podíamos ver una película juntas —propuso mientras servía dos copas y levantaba las tapas de plata de una variedad de platos—. No sabía qué querías, así que he pedido una selección.

—Debo hacer un trabajo, madre, y mañana tengo clase temprano. Cenaré y luego me iré.

—¡No! Por favor, Ava, no quiero estar sola esta noche. Me ha llamado la policía y vendrán a verme mañana por la tarde. Estoy asustada, muy asustada. A lo mejor dicen que es culpa mía.

—Estoy segura de que no lo harán. Solo quieren información.

—Por favor, te lo ruego, quédate. Sé que voy a tener unas pesadillas espantosas.

—Está bien —consintió Ava a regañadientes, al ver la expresión desesperada de sus ojos.

Cenaron, vieron una película y Ava empezó a bostezar.

—Hora de irse a la cama —dijo—. Dormiré en el sofá.

—¿Te importaría... te importaría dormir conmigo? —le preguntó Cheska—. La cama es inmensa. Es que esta noche no quiero estar sola. Sé que tendré pesadillas. Ven a verla.

Ava la siguió cuando salió del salón y entró en la suntuosa habitación. Cheska desapareció y al poco regresó vestida con un camisón de satén.

—¿No vas a cambiarte, Ava?

—No he traído nada.

—Puedo prestarte uno de mis camisones, cielo. Tengo varios. Ven a echarles un vistazo.

Ava entró en el vestidor y dejó escapar un grito de asombro. Colgados de la barra había diversos trajes y vestidos. En los estantes había blusas, ropa interior, camisones y pijamas muy bien doblados. Incluso para alguien tan excesivo como su madre, era mucha ropa para una estancia de veinticuatro horas.

A menos que el plan de Cheska fuera precisamente no regresar a Marchmont...

Demasiado agotada y desconcertada para ponerse a pensar siquiera en ello, Ava eligió uno de los camisones menos escotados de su madre y se lo puso.

Cuando volvió a la habitación, Cheska estaba sentada en la cama. Dio unas palmaditas en el colchón.

—Métete dentro.

—¿Puedo apagar la luz? —preguntó Ava mientras lo hacía.

—Preferiría que no. Háblame, Ava.

—¿De qué?

—Oh, de cualquier cosa agradable.

—Pues... —A Ava no se le ocurría nada.

—Vale, entonces supongo que yo te contaré un cuento, siempre que me abracés. Esto es divertido, ¿no? Como estar en un colegio mayor —dijo Cheska, acurrucada en los brazos de su hija.

Ava pensó con angustia en su preciosa habitación de Marchmont Hall, calcinada y expuesta al cielo nocturno, en todas sus preciadas pertenencias consumidas por las llamas. No, aquello no era divertido, nada divertido.

—Bueno, érase una vez...

Ava escuchó a medias el cuento de hadas que su madre le explicaba, sobre un duendecillo que se llamaba Shuni y vivía en las montañas galesas. Espantosas imágenes desfilaron ante sus ojos como fogonazos: Marchmont Hall en llamas, LJ en una clínica de convalecencia, David ilocalizable...

Al final se quedó dormida. Vagamente, oyó la voz de su madre y notó una mano acariciándole la frente.

—Quizá sea lo mejor, cielo, y, además, Bobby viene mañana a almorzar. Será estupendo, ¿verdad?

Ava sabía que debía de estar soñando.

Cuando Ava se despertó, vio que Cheska no estaba en la cama. Se incorporó y se restregó los ojos. La noche anterior había bebido demasiado champán y le dolía la cabeza. Miró su reloj; casi eran las once menos veinte. Con un gemido, se dio cuenta de que ya no llegaba a clase.

—Hola, dormilona. —Cheska sonrió cuando salió del vestidor como si acabara de salir del rodaje de *Los magnates del petróleo*. Iba perfectamente peinada y maquillada y llevaba uno de sus trajes más elegantes—. Mis invitados llegan en quince minutos. ¿Te quieres dar una ducha?

Ava la miró desconcertada.

—Pero, madre, no tendrás gente a almorzar, ¿verdad? Me dijiste que la policía venía hoy, y tenemos que pensar sin falta en irnos cuanto antes a Gales.

Cheska se sentó en el borde de la cama.

—Cielo, te lo he dicho, en Marchmont no podemos hacer nada. He llamado a Jack Wallace hace una hora y me ha asegurado que todo está bajo control. Piensa, igual que yo, que es mejor que nos quedemos aquí de momento. También he llamado a la clínica para pedirles que digan a LJ que hemos cogido una gastroenteritis y no queremos que se contagie. Es una mentira piadosa, lo sé, pero al menos ahora no se preocupará de que no vayamos a verla. Deja que hable con la policía esta tarde e iremos viendo. —Llamaron a la puerta de la suite y Cheska se levantó de un salto—. Debe de ser el servicio de habitaciones. He pedido seis botellas de champán. Supongo que será suficiente, ¿no?

—No tengo ni idea, madre —respondió Ava impotente.

—Bueno, siempre podemos pedir más, ¿no?

Acto seguido, Cheska salió a toda prisa de la habitación y cerró la puerta.

Ava suspiró, desquiciada por los súbitos cambios de humor de su madre, y se

levantó de la cama. Su habitual energía parecía haberla abandonado y todos los músculos del cuerpo le dolieron cuando entró en el lujoso baño para darse una ducha.

Mientras el agua la revitalizaba, intentó encontrar una lógica al comportamiento de su madre, pero le costó. La noche anterior, Cheska estaba consternada; esa mañana, en cambio, era como si no hubiera sucedido nada fuera de lo corriente.

Al vestirse oyó risas en la habitación contigua. Se sentó en la cama y negó con la cabeza. No se veía capaz de entrar. Una lágrima le rodó por la mejilla y rezó para que David recibiera pronto su mensaje.

De repente llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo.

—Hola, cariño, soy yo. ¿Qué pasa? —preguntó Simon; entró y se acercó a ella.

Ava alzó la vista sorprendida, preguntándose por qué estaba allí.

—¿No te lo ha dicho Cheska?

—¿Decirme qué?

—¿Que Marchmont Hall se ha incendiado? ¿Que mi hermoso hogar es un montón de cenizas?

Hubo un breve silencio mientras Simon asimilaba la información.

—No, no me lo ha dicho. Hace un momento he oído que comentaba a Dorian que habíais tenido un problema, pero nada más. ¡Santo cielo! —Simon se pasó la mano por su mata de pelo rubio—. ¿Dices que Marchmont Hall está destruida?

Ava se secó los ojos y la nariz con la mano.

—Sí. ¡Y ni tan siquiera parece importarle! ¿Cómo puede dar una fiesta esta mañana? ¿Cómo?

Simon se sentó a su lado en la cama.

—Dios mío, Ava, lo siento mucho. ¿Hay heridos?

—No. La mansión estaba vacía.

—Bueno, eso es algo, al menos. Estoy seguro de que enseguida la reconstruirán. Tendréis el dinero del seguro y...

—¡Pero esa no es la cuestión! ¡No queda nada! ¡Mi tía abuela está en una clínica, mi tío está Dios sabe dónde y mi madre se comporta como si ahí al lado fuera Navidad! No... no sé qué hacer.

—Ava, te lo prometo, te ayudaré en todo lo que pueda. Vamos...

—¡Cielo! ¿Hay algún problema? —Cheska estaba en la puerta, observándolos.

—Ava está disgustada por el incendio de Marchmont —respondió Simon—. Como es comprensible.

—Claro. —Cheska se acercó y se sentó al lado de Simon—. Sé que ha sido un golpe horrible para ti, cielo, pero estoy segura de que Bobby no quiere que lo aburras con tus lágrimas, ¿verdad, Bobby?

—Me llamo Simon, y no me molesta nada en absoluto —respondió él con firmeza.

—Ven conmigo, Simon —le dijo Cheska en tono seductor—. Quiero hablar de una cosa contigo.

—Iré en un rato, cuando Ava esté más tranquila, ¿vale?

—Bien, no tardes mucho. Hay una persona que quiero que conozcas.

Cheska los dejó solos y Simon se volvió hacia Ava.

—Siento no haber podido hablar casi nada contigo la noche del estreno.

—Tranquilo. —Ava se encogió de hombros—. Estabas ocupado.

—Desde luego, a tu madre no hay quien le pare los pies. Parece que quiera convertirme en una estrella.

—Lo más probable es que pueda hacerlo —observó desconsolada—. Por lo general, parece conseguir todo lo que quiere.

—Quizá, pero verás, Ava, te he echado de menos. ¿Puedo invitarte a cenar una noche después del musical?

—Me encantaría, pero con lo que está pasando ahora mismo, quizá pase un tiempo antes de que pueda aceptar tu invitación. Tengo intención de irme a Gales en un par de días.

—Por supuesto. Sé que ahora mismo tienes otras cosas en la cabeza. —Simon le subió la barbilla y le dio un suave beso en los labios—. Pero en cuanto tengas ocasión, podemos...

Los dos oyeron a Cheska gritando su nombre desde el salón.

—Será mejor que vayas —dijo Ava.

Simon suspiró y asintió.

—Tiene un productor discográfico aquí al lado que quiere que conozca antes de que se marche. ¿Me acompañas?

—No, gracias. No me veo capaz, lo siento.

—De acuerdo. Lo entiendo. Si hay algo que pueda hacer, llámame, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Adiós, cariño. Por favor, cuídate.

—Lo intentaré.

Ava lo vio salir y luego entró en el baño, echó el cerrojo y abrió todos los grifos al máximo para ahogar las risas que se escapaban del salón.

Pese a sus recelos por la extrañeza de la situación, Ava se había sentido culpable de no haberse unido a la fiesta de Cheska, de modo que había apaciguado a su madre antes de marcharse diciéndole que al día siguiente tenía tiempo para ir a verla. Había asistido a la clase de la mañana, pero sabía que tenía la concentración hecha pedazos y había regresado al Savoy de mala gana.

Cheska estaba pletórica por su reunión de esa mañana en la BBC.

—Escriben el papel especialmente para mí. Es muy emocionante, y quiero llevarte de compras para celebrarlo. Y si me quedo en Londres, necesito ropa nueva.

—¿Vino la policía ayer por la tarde? —preguntó Ava.

—Les telefoneé para anularlo —respondió Cheska en tono alegre—. Vienen mañana. Bien, salgamos de compras.

No era un pasatiempo con el que Ava disfrutara en sus mejores momentos y le parecía una tremenda frivolidad teniendo en cuenta lo que había sucedido, pero, como de costumbre, Cheska no aceptó un no por respuesta. Así pues, la siguió a regañadientes por Harrods mientras ella revoloteaba entre los percheros de ropa como un pájaro en busca de un gusano.

—Oye, cielo, ¿me sujetas esto? —Cheska descolgó otro caro vestido de la barra y se lo puso en los brazos, que a duras penas podían sostener toda la ropa.

—Pero, madre, ¿y toda la ropa que tienes en el hotel?

—Es vieja. Este es un nuevo comienzo y quiero estar lo más guapa posible. Oye, ¿por qué no te pruebas esto? —Cheska había descolgado una chaqueta corta de color rojo con una falda a juego.

—Tengo mucha ropa. No necesito más, de veras.

—No se trata de eso. Esta clase de ropa no se compra porque sea práctica.

Además, casi todas tus cosas están en Marchmont Hall, probablemente se hayan echado a perder. Estoy segura de que vas a necesitar un vestuario mucho más elegante ahora que vives en Londres.

Ava echó un vistazo al precio de la etiqueta cuando se probó la chaqueta roja. Valía casi ochocientas libras.

—¿Qué opinas? —Cheska entró en el vestidor de Ava con un elegante traje negro y crema, de corte impecable y anchas hombreras—. Creo que es demasiado serio, ¿tú no? —Se dio la vuelta delante del espejo.

—Creo que estás guapísima, madre.

—Gracias. Bueno, tengo que probarme un montón más antes de decidirme. —Miró a Ava, vestida con la chaqueta roja y la falda—. Te queda genial. Nos lo llevamos.

Después de lo que parecieron horas, salieron de Harrods y pararon un taxi. Cheska había sido incapaz de decidir qué conjunto prefería, de manera que se había comprado los cinco, junto con zapatos a juego y un par de bolsos. Se lo entregarían todo más tarde en la suite del Savoy.

—Al Beauchamp Place, San Lorenzo, por favor —dijo Cheska al taxista.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ava.

—A cenar con Dorian.

—¿De verdad quieres que vaya contigo? Debo terminar urgentemente un trabajo.

—Claro que sí, cielo. Dorian quiere hablar contigo.

El representante ya las estaba esperando sentado a una mesa. Se levantó, las besó y les sirvió un par de copas de vino blanco. Después de hablar de banalidades para romper el hielo, Dorian se volvió hacia Ava.

—Querida, tu madre y yo necesitamos tu ayuda.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Bueno, parece que Cheska ha conseguido un papel estupendo, escrito especialmente para ella, en una importante teleserie nueva que se emite en la BBC en primavera. El caso es que necesitamos crearle una imagen en los medios de comunicación británicos. Anunciar que ha vuelto a su país para quedarse y dar un giro positivo a por qué lo ha hecho.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, aunque su personaje en *Los magnates del petróleo* es archiconocido,

a Cheska se la asocia casi al cien por cien con ese papel. Y tenemos que conseguir que el público británico deje de hacer esa asociación para que empiece a pensar en la propia Cheska y en quién es. Tengo una muy buena amiga en el *Daily Mail* a la que doy primicias. Se le hace la boca agua con la posibilidad de contar la historia de tu madre y tú.

—¿Qué historia?

—Como estoy seguro que sabes, Ava, en este momento nadie conoce tu existencia. Pero oye bien lo que te digo: la gente se enterará en cuanto Cheska salga en televisión todos los domingos por la noche. Por tanto, es mucho mejor que contéis la historia con vuestras propias palabras: una actriz famosa tiene una hija cuando es casi una niña, pero se ve obligada a dejarla mientras va a forjarse una carrera en Hollywood. La madre regresa a Inglaterra y se reencuentra con ella. Es material de portada, te lo garantizo. ¿Qué te parece?

—Me parece horrible. —Ava se estremeció—. No quiero que el mundo conozca mi vida privada.

Cheska le tomó la mano.

—Lo sé, cariño. Pero el problema es que, si quiero quedarme contigo en Inglaterra, tengo que ganar dinero. La única manera en que puedo hacerlo es trabajando de actriz. Y la prensa se cebará conmigo si descubre que existes. Me destruirá, lo juro.

Ava quería decir que el precio de la suite del Savoy y la fortuna que se había gastado en Harrods le habrían permitido vivir con holgura durante un tiempo.

—Bueno, no diré a nadie que soy tu hija, te lo prometo. Preferiría no hacerlo, madre, insisto.

—Lo entiendo, Ava —intervino Dorian—, pero debemos manejar este asunto con mucho cuidado, por tu madre. La periodista que tengo en mente sería... compasiva. Y, por supuesto, tú revisarías el artículo antes de que saliera publicado.

—No te importaría, ¿verdad, cielo? Solo un articulito y una foto. Por favor... Necesito que hagas esto por mí. Toda mi futura carrera depende de ello.

—No quiero, lo siento —respondió Ava con firmeza.

—Pero digo yo que querrás ayudar a tu madre en todo lo que puedas —insistió Dorian.

—Sí, claro, pero... estoy asustada. ¡Nunca en mi vida he conocido a un

periodista!

—Yo estaré contigo, Ava. Déjame hablar a mí —se ofreció Cheska.

Ava sabía que la estaban avasallando. No se veía con fuerzas de soportar los mohínes y las zalamerías que sabía que vendrían a continuación. Se sentía agotada.

—Está bien —convino, pero no lo estaba.

—Gracias, querida —dijo Dorian con alivio—. Resuelto, pues. Llamaré a Jodie esta noche y quedaré con ella para que vaya al Savoy. ¿Qué, pedimos? Estoy muerto de hambre.

Después de la cena, que Ava apenas probó, pues se le revolvía el estómago cuando pensaba en cómo la habían manipulado, Dorian pagó la cuenta y dijo que tenía que ir a ver a un cliente que actuaba en un espectáculo. Ava se quedó sentada incómodamente a la mesa, esperando a que Cheska se terminara el café para poder marcharse.

—¿Estás ocupada mañana? —le preguntó su madre.

—Sí. Todo el día.

—¿En serio? —dijo Cheska cuando salieron a Knightsbridge Street y el frío las envolvió—. Suponía que querías estar presente cuando viera a la policía. Vendrán en algún momento de la tarde.

—Pues me será imposible. Voy muy atrasada con los trabajos y tengo que organizarme para ir a ver a LJ este fin de semana. No quiero posponerlo más. —Ava captó la expresión dolida de su madre—. Pero iré a verte al Savoy a eso de las cinco.

—Gracias, cielo. —Cheska paró un taxi que pasaba a su lado—. Cógelo tú —dijo, poniéndole un billete de veinte libras en la mano.

—En serio. Puedo ir en autobús.

—Y, en serio, quiero que vayas en taxi. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Ava bajó la mirada y asintió. ¿Qué más podía hacer?

—¿Sabes, Ava?, tú no estabas cuando descubrí que me había quedado embarazada. Tenía quince años y me asusté mucho. No tenía a quién acudir. Debes recordar que abortar aún era ilegal. Aunque tampoco se me habría pasado por la cabeza —se apresuró a añadir Cheska—, porque quería tenerte. Pero tu abuela acababa de sufrir el accidente y estaba en coma, y yo no tenía ni idea de cómo criar a una hija. Cuando me fui a Hollywood para hacer una prueba de

cámara y me contrataron, mi agente me dijo que no le hablara a nadie de ti. Sé que debería haberme negado, pero ¿puedes intentar entender lo ingenua y vulnerable que era? Era más joven que tú ahora.

Ava se dio cuenta de que el taxista las estaba mirando mientras esperaba.

—Hablémoslo en otro momento —se apresuró a decir.

—Hasta mañana, cariño.

Cheska se despidió de ella alegremente con la mano cuando el taxi se alejó. Ava se arrellanó en el asiento, con la cabeza dándole vueltas ante la terrible certeza de que su madre le había ganado la partida una vez más.

Ya en su habitación, intentó concentrarse en el trabajo, pero se descubrió incapaz de dejar de pensar en su madre. Todo lo que Cheska era, o al menos parecía ser, le resultaba incomprensible. Dejó el bolígrafo y apoyó la cabeza sobre el trabajo sin terminar, pensando a quién diablos podía acudir en busca de consejo.

No quería preocupar a Mary, y, por el momento, LJ no era una opción como confidente. ¿Y Simon? No estaba segura.

—Tío David —suspiró cuando, agotada, se metió en la cama—, por favor, por favor, recibe pronto mi mensaje.

La puerta de la suite se abrió y Cheska recibió a Ava con una sonrisa.

—El inspector Crosby se marcha ya. Pasa a saludarlo.

Ava entró en el salón detrás de su madre. El inspector parecía tranquilo y estaba metiendo una carpeta en su maletín.

—Esta es Ava, mi hija, inspector.

Ava le estrechó la mano.

—¿Han descubierto ya qué causó el incendio?

—Los investigadores siguen trabajando en ello, pero están bastante seguros de que fue provocado. Creen que empezó en uno de los dormitorios. No se preocupe, señorita, nos estamos tomando este caso muy en serio. Marchmont Hall forma parte del patrimonio nacional, además de ser el hogar de su familia, y...

—Me ha pillado por sorpresa, como te puedes imaginar —lo interrumpió Cheska—. Como ya he dicho al inspector Crosby, podría haber sido un intruso

que quería matarme. Los famosos como yo a menudo atraen acosadores, como sabes. ¡Pensar que podría haber muerto quemada en mi cama!

—Sin duda, hay gente muy rara por ahí, señorita Hammond —convino el inspector Crosby—. Y Marchmont Hall apenas está protegido en materia de seguridad. Obviamente, he preguntado a su madre si fuma, o si encendió una vela y la cerilla se le pudo caer sin querer —añadió.

—¿Lo hiciste, madre?

—¡Ava! Tú sabes que no fumo, y creo que me acordaría si hubiera hecho algo para provocar un incendio.

—Desde luego, ha tenido mucha suerte, señorita Hammond —confirmó el inspector—. Bien, ¿sería posible tener un par de fotografías con su autógrafo para llevárselas a mis hijos?

—Claro, permita que vaya a buscarlas.

Ava se quedó junto al inspector, con evidente incomodidad.

—No sabía que Cheska Hammond tuviera una hija. Es usted igual que ella —comentó.

—Gracias. Dígame, ¿qué pasa con Marchmont Hall a partir de ahora?

—Los investigadores casi han terminado. Presentarán su informe la semana que viene. Tengo que atar unos cuantos cabos sueltos más y veremos qué saco en claro.

—Pero ¿creen que fue un intruso quien inició el incendio a propósito?

—Ahora mismo no parece que haya otra explicación, a menos que su madre quisiera incendiar su propia casa —bromeó.

—No es la casa de mi madre, inspector, es de mi tía.

—Aquí tiene. —Cheska apareció blandiendo las fotografías.

—Gracias. Mis muchachos se pondrán muy contentos. —El inspector las metió con cuidado en el maletín y le tendió la mano—. Encantado de conocerla, señorita Hammond. Y a su hija —añadió, mirando a Ava—. Las llamaré.

—¡Es como si me hubiera pasado la última hora en el banquillo de los acusados! —gimoteó Cheska cuando el inspector salió y cerró la puerta. Se hundió en el sofá. El miedo le nubló los ojos—. Tú no crees... tú no crees que sospeche de mí, ¿verdad, Ava?

—No, madre.

—Es solo que algunas de las preguntas que me ha lanzado han hecho que me

sintiera como una... una delincuente.

—Yo no me preocuparía. Cuando se ha ido, estaba claro que ya era uno de tus más fervientes admiradores.

—¿Tú crees?

—Sí. Bueno, lo siento, pero tengo que irme.

—¿Irte adónde?

—Al colegio mayor, a trabajar un rato.

—¡Pero no puedes! Jodie llegará dentro de quince minutos.

—¿Quién es Jodie?

—La periodista. Te prometo que no nos llevará mucho tiempo. Te pediré algo de cenar.

—No tengo hambre.

—¿Champán, entonces? Diré que nos lo suban.

—No, gracias.

—Oye, cielo, sé que no quieres hacer esto, pero nos lo prometiste a Dorian y a mí. Déjame hablar a mí. Estoy acostumbrada. ¿Vale?

Una hora y media después, Ava salió del Savoy con el estómago revuelto. Cheska había insistido en sentarse a su lado mientras Jodie las entrevistaba, cogiéndole la mano, pasándole el brazo por la espalda e interpretando a la perfección el papel de madre abnegada. Ava apenas había dicho nada y solo había respondido con monosílabos las preguntas dirigidas a ella. Había llegado un fotógrafo y, después de tomarles varias fotos, Ava se levantó, besó a su madre y se machó. Cuando salía, Cheska murmuró algo sobre ver a Simon al día siguiente y añadió que después tendría una buena noticia para Ava.

En cuanto tomó asiento en el autobús, Ava se obligó a reconocer que Cheska estaba enamorada de Simon. Y quizá él de ella. Al llegar a su habitación, se echó en la cama con lágrimas en los ojos, pero al cabo de unos minutos decidió que no tenía sentido darle demasiadas vueltas en ese momento. Tomó la decisión de viajar a Gales al día siguiente para hacer una visita a LJ. Aunque sabía que no podría hablarle de la tragedia que había golpeado Marchmont Hall, necesitaba estar en compañía de su tía, su presencia firme y segura la reconfortaba. Cuando cerró los ojos, agotada y obligándose mentalmente a conciliar el sueño, pensó en

dónde habían dicho los investigadores que se había originado el incendio. Y de repente, con todas las fibras de su ser, supo que su madre mentía.

—Señor Glenwilliam, tengo una llamada para usted de David Marchmont.

—Gracias, Sheila.

—¿Glenwilliam?

—David, me alegra muchísimo que hayas llamado.

—Acabamos de llegar a nuestro hotel de Lhasa después de hacer una travesía por el Himalaya. Había un mensaje tuyo y otro de Ava pidiéndome que os llamara urgentemente. No he podido localizar a Ava en el teléfono que me dio de Londres, así que he probado suerte contigo. ¿Qué ha pasado? ¿Es mi madre?

—No. Ella está bien, que yo sepa. Al menos, está en una clínica...

—¿Una clínica?

—Sí, pero dadas las circunstancias, todos podemos estar aliviados de que fuera así. Una de las razones por las que intentaba localizarte es que hace unos días Marchmont Hall sufrió graves daños en un incendio.

—¡Dios mío! ¿Hay heridos?

—No.

—Gracias a Dios. Te agradezco que me avisaras, Glenwilliam.

—Bueno, la señorita Hammond me advirtió que no podría localizarte, pero pensé que lo mejor era que...

—¿Cheska? ¿Ha vuelto al Reino Unido?

—Sí, aunque, según parece, ahora está en Londres. Y, por supuesto, Ava también está ahí, en la universidad.

—¡Dios santo! ¡Parece que se hayan desatado los infiernos! Mi madre está en una clínica, Marchmont Hall se ha quemado y Cheska está en Inglaterra. ¿Está ahora con Ava?

—La señorita Hammond se aloja en el Savoy, según me ha dicho tu sirvienta.

La he llamado varias veces al hotel, pero aún no me ha devuelto las llamadas. Necesito hablar con ella. Ahora que tiene un poder notarial temporal para administrar Marchmont, no puedo hacer nada sin su autorización. Además...

—¿Un poder notarial? ¿Cheska? ¿Por qué?

—Lo siento, David, permite que me remonte un poco más atrás. La razón por la que tu madre está en una clínica es que sufrió un derrame cerebral en septiembre. Los médicos y yo pensamos que lo mejor era que la señorita Hammond llevara las finanzas de Marchmont mientras ella se recupera.

—¿Un derrame cerebral? ¿Ha sido grave?

—Por lo que sé, se está recuperando bien. No obstante, hay otro problema del que necesitas estar informado, y es... —Glenwilliam vaciló antes de darle la noticia—, que se ha retirado una importante cantidad de dinero de la cuenta de Marchmont; mi deseo era comprobar que la operación se ha hecho por orden de la señorita Hammond y, obviamente, saber por qué ha traspasado el dinero.

—¿Qué? ¿Por qué diablos has permitido que Cheska tenga un poder notarial? —estalló David—. Podrías haber esperado hasta haber hablado conmigo, ¿no?

—Perdóname, David, pero no sabía cuánto tardaría en localizarte, y la señorita Hammond insistió mucho. Por supuesto, me ofrecí a administrar la hacienda en tu ausencia, pero ella parecía decidida a hacerse cargo personalmente. Poco podía hacer yo para impedirselo. El médico de tu madre había declarado por escrito que no estaba en condiciones de seguir administrando la hacienda.

—Y ni tú ni tu entropierna pudisteis resistiros a su famosa cara ni a su legendario encanto, sin duda. ¿Preguntó también quién heredaría la hacienda cuando mi madre muriera?

Hubo otro silencio.

—Creo que sí, sí.

—¿Y tú se lo dijiste?

—Parecía que ya lo sabía, David. Solo le aclaré la situación.

—Oye, volveré lo antes posible. Primero iré a Londres, hablaré con Cheska y averiguaré qué demonios trama. Te llamaré cuando aterrice. Adiós.

David colgó el teléfono con un golpetazo y volvió a echarse en la cama con un gemido.

Tor acababa de salir de la ducha.

—¡Dios santo! ¡Cómo se agradece tener unos pocos lujos después de llevar

semanas lavándonos con cubos y durmiendo sobre esas horribles esterillas! David, ¿qué te pasa? ¡Estás blanco como el papel!

—Sabía que no deberíamos haber pasado tanto tiempo incomunicados. ¡Inglaterra es un caos!

—Pero, cariño, esa era la idea. Alejarnos de todo, estar solos un tiempo.

—Si le ha pasado algo... Yo... —A David empezaron a temblarle los hombros. Tor se sentó a su lado y lo abrazó.

—¿A quién? ¿El qué? ¡Dímelo!

—Mi madre ha sufrido un derrame cerebral. Glenwilliam me ha dicho que está en una clínica. Y Cheska ha vuelto a Inglaterra.

—¿Cheska? ¿Está en Marchmont Hall?

—No, Tor. Además de eso, hubo un incendio. La mansión se ha quemado. No sé hasta qué punto es grave, pero Glenwilliam ha concedido a Cheska un poder notarial y ahora ella se ha ido a Londres, después de haber retirado lo que Glenwilliam ha llamado una «importante cantidad de dinero» de la cuenta de la hacienda de Marchmont.

—¡Por Dios! Al parecer, más nos vale ir pensando en coger un avión a Londres de inmediato. Llamaré al conserje mientras tú te preparas una bebida fuerte. Y otra para mí —añadió Tor.

David se levantó y fue al mueble bar. Se sirvió un vaso grande de ginebra, le añadió tónica y hielo, y tomó un buen trago.

Veinte minutos después, Tor colgó el teléfono y empezó a meter ropa en la bolsa de viaje de David.

—Sales esta noche. Tendrás que hacer escala en Beijing y cambiar de avión para ir a Londres. Hay que esperar bastante en Beijing, pero no he podido hacer más con tan poco tiempo. Deberías llegar a Heathrow el domingo por la tarde, hora local.

—¿Y tú?

—Lo siento, pero solo quedaba una plaza en el avión, cariño. Me están buscando un vuelo, y volveré en cuanto pueda.

—Todo esto es culpa mía. —David suspiró desesperado—. Si no hubiera estado tan obsesionado con hacer este viaje, a lo mejor me habría dado cuenta de

que Cheska tramaba algo.

Tor lo sentó en la cama y le cogió las manos con ternura.

—Querido David, llevas toda la vida intentando cuidar de Greta, de Cheska y de Ava. Ninguna de las tres tiene siquiera lazos de sangre contigo. El hecho de que te hayas tomado un tiempo para ti no te hace culpable de nada. Debes recordarlo.

—Gracias, cariño. Lo intentaré.

—Bien, será mejor que te metas rápidamente en la ducha. Solo tienes veinte minutos antes de salir para el aeropuerto.

Ava estaba sentada a su mesa, esforzándose por terminar el trabajo para poder dejarlo en el casillero de su tutor antes de irse a Marchmont, cuando llamaron a la puerta.

—Una llamada para ti, Ava.

Ella se dirigió al teléfono público.

—¿Diga?

—Soy yo, Mary. Siento molestarte, pero no sé qué más hacer. Anoche llamé y no me cogieron el teléfono.

—¿Es LJ? —Una vez más, a Ava le dio un vuelco el corazón.

—Ava, no te asustes, no está muerta, o al menos que yo sepa. Solo está... desaparecida.

—¿Desaparecida? ¿Qué diablos quieres decir?

—Anoche fui a visitarla a la clínica. La supervisora se sorprendió de verme. Ella pensaba que yo estaría al corriente de que su sobrina se la había llevado hacía unos días, pero no sabe dónde.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que Cheska la ha sacado de la clínica y no nos lo ha dicho?

—Sí. El lunes, antes de irse a Londres. Me dijo que no fuera a visitarla en un par de días porque se la llevaban al hospital de Abergavenny para hacerle unas pruebas.

—Entonces estará ahí, ¿no?

—No, he llamado y me han dicho que la señora Marchmont no tiene programada ninguna visita hasta la semana que viene. —Ava oyó que Mary

contenía un sollozo.

—Bueno, es muy sencillo: llamaré a mi madre ahora mismo y averiguaré dónde la ha llevado y por qué.

—La telefoneé anoche al Savoy, pero la recepcionista me dijo que ha bloqueado su línea hasta nuevo aviso. Oh, Ava, ¿qué ha hecho tu madre con ella?

—No lo sé, pero te prometo que voy a averiguarlo. Intenta no dejarte llevar por el pánico, Mary. Estoy segura de que no le ha pasado nada. ¿Alguna noticia del tío David? Según su itinerario, ya debería estar en su hotel de Lhasa.

—Aún no, pero estoy segura de que llamará en cuanto reciba el mensaje.

—Lo necesitamos aquí con urgencia, Mary, es el único que puede encontrarle una lógica a lo que ha pasado. Pensaba ir a Gales esta tarde, pero es obvio que antes tengo que ver a mi madre. Te llamaré en cuanto la haya visto y sepa dónde ha llevado a LJ.

—Gracias, cielo. Pero, por favor, ten cuidado cuando se lo preguntes, ¿vale?

—¿A qué te refieres? —dijo Ava.

—Pues... solo eso, puede que tu madre no sea lo que parece.

Ava pensó sombríamente que ya había empezado a deducirlo por sí sola.

Simon llamó a la puerta de la suite de Cheska.

—¡Pasa!

Probó de girar el picaporte y descubrió que no estaba echada la llave.

—¿Hola? —dijo al entrar.

—Aquí, cariño —respondió una voz desde la habitación—. Ven.

—Vale. —Simon abrió la puerta—. Siento haber llegado un poco tarde, Cheska, yo...

Lo que vio lo dejó mudo. Cheska estaba tumbada en la cama, vestida únicamente con un sujetador negro, unas bragas y unas medias transparentes sujetas por un ligero de encaje. Tenía una copa de champán en la mano.

—Hola, cielo. —Le sonrió.

—¿Dónde está el productor discográfico que querías presentarme? —preguntó Simon, intentando mirar donde fuera salvo a Cheska.

—Llegará más tarde. Ven aquí, querido. Tenemos mucho que celebrar. —Extendió los brazos hacia él.

Simon se hundió en una silla.

—Bobby, no hay motivo para que seas tímido. Antes no eras nada tímido, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas, Cheska. Y, por enésima vez, me llamo Simon.

—Claro que sí. Ten, bebe un poco de champán. Te relajará.

—No, gracias. Oye, Cheska, me temo que ha habido un error.

—¿Qué «error»?

—Creo que... —Simon se esforzó por hallar las palabras adecuadas—. Creo que quieres cosas de mí que yo no puedo darte.

—¿Por ejemplo? —Cheska sonrió con aire seductor—. Si te refieres a tu cuerpo, tu corazón y tu alma, pues sí, tienes razón. Los quiero. Te quiero, Bobby. Siempre te he querido. Sé que estás enfadado conmigo por lo que te hice, pero te compensaré, lo juro. Y, además, la cara ya se te ha curado del todo. —Se levantó y se acercó a él. Estupefacto, Simon siguió en la silla y ella se sentó a horcajadas sobre él—. Por favor, Bobby, perdóname, perdóname. —Se inclinó hacia delante para besarlo en el cuello.

—¡No!

Entrando en razón, Simon se levantó de un salto y Cheska casi se cayó al suelo de espaldas.

Cuando recuperó el equilibrio, lo miró haciéndole ojitos.

—Sé que te estás haciendo el duro. Siempre me tenías en ascuas. Déjalo ya, Bobby, olvidemos el pasado y volvamos a empezar. La vida va a ser maravillosa. Me mudo a Londres para que podamos estar juntos. He visto un piso fabuloso en Knightsbridge que voy a alquilar para nosotros. Tengo un papel estupendo en una serie de televisión y tú tendrás un contrato de grabación y...

—¡Para! ¡Para!

Simon la agarró por los hombros y la zarandó.

Cheska siguió sonriéndole con su aire ensoñador.

—Recuerdo que a veces te gustaba hacerme daño. No me importa. Hazme lo que quieras, cariño, lo que quieras.

Simon notó que le acariciaba la pierna con el pie.

—¡Cállate! —gritó, y le soltó una bofetada, aunque no muy fuerte para no hacerle daño.

La sorpresa hizo que Cheska callara. Lo miró con expresión herida.

—Bobby, ¿qué he hecho? Dímelo, por favor.

Simon la condujo a la silla y la ayudó a sentarse.

—Cheska, por última vez, no me llamo Bobby. Soy Simon Hardy. Te conocí hace solo unas semanas. No tenemos un pasado, ni tampoco tenemos futuro.

—Yo... oh, siempre fuiste cruel, Bobby. ¿Ya no te gusto? Dime qué he hecho.

—No has hecho nada, Cheska. Sencillamente, no saldría bien, eso es todo.

—Por favor, dame una oportunidad para demostrarte lo feliz que puedo hacerte.

—No. Tienes que entender que es imposible que tengamos una relación.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de otra persona, por eso.

Cheska se quedó con la mirada perdida antes de volverse de nuevo hacia él, con el rostro cargado de odio.

—Lo estás volviendo a hacer, ¿verdad?

—No, Cheska. Nunca he hecho esto. Ni a ti ni a nadie.

—¡No me mientas! Todas las noches que pasamos juntos. Decías que me amabas, que siempre me amarías, y después, y después... —No terminó la frase.

—Oye, no tengo ni idea de qué estás hablando, pero ahora voy a irme.

Simon se dirigió a la puerta.

—¿Quién es ella? ¿Es la esposa que tuviste escondida durante años, o la putilla de la maquilladora que te tirabas al mismo tiempo que a mí?

—No sé de qué hablas ni de quién. Siento que las cosas hayan acabado así.

—Si te vas, te juro que iré a por ti y te castigaré como la otra vez.

Simon se dio la vuelta y vio maldad en sus ojos vidriosos.

—Creo que necesitas ayuda, Cheska. Adiós.

Mientras Ava estaba en el autobús camino del Savoy, parecía que los pensamientos se agolparan en la cabeza. En las últimas semanas había sido testigo de muchos momentos en los que Cheska cambiaba de humor de repente, pero siempre había atribuido su extraño comportamiento al hecho de que hubiera vivido en un mundo tan exclusivo y fuera tan famosa. Todas las personas que la conocían se sentían honradas y admiradas; el mundo entero la adoraba. Ava sabía que al principio también ella había sucumbido a sus encantos.

Pero ahora sabía que su madre les había mentado a Mary y a ella al no decirles que se había llevado a LJ de la clínica. Y en lo que respectaba al incendio —Ava suspiró cuando bajó del autobús y esperó a que el semáforo cambiara para poder cruzar la calle y llegar al Savoy—, ¿creía realmente el inspector que Cheska podía no haber tenido nada que ver con él? ¿Lo había engañado como a los demás?

El problema era que, en ambos casos, Ava apenas podía hacer nada. Era su madre, y difícilmente podía llamar al inspector y decirle que sospechaba de ella.

Cuando enfiló la corta calle del Savoy, tiritando en la niebla vespertina, intentó decidir qué le diría. Las acusaciones siempre acababan con Cheska llorando, y con Ava sintiéndose culpable y pidiéndole perdón. Justo mientras pensaba en eso, vio a una figura familiar saliendo por la puerta giratoria del hotel.

Se escondió entre las sombras del edificio, pero Simon ya la había visto y fue a su encuentro.

—Ava, hola.

Ella vio que estaba nervioso y le costaba respirar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí. Bueno, más o menos.

—No me digas que acabas de ver a mi madre —aventuró Ava, sin mirarlo a los ojos e intentando actuar como si le diera igual.

—Sí. Me había dicho que había alguien que tenía que conocer. Un productor discográfico.

—Estupendo. Espero que haya ido bien.

—El productor no estaba.

—Lo siento.

—Ava, escucha, ¿puedes dejar de tratarme como a un desconocido? Te prometo que no es lo que parece.

—Eres la segunda persona que me dice algo parecido hoy.

—Bueno, siento repetirme, pero, en vista de lo que acaba de pasar en su habitación, creo que tu madre se ha hecho una idea de mí completamente equivocada.

—¿Y qué ha pasado?

—Verás, ahora tengo que irme al teatro; esta noche hay una función benéfica y empieza temprano. Y lo que tengo que decirte es bastante difícil de explicar.

—¿Por qué no lo intentas? —Ava se estaba mirando los pies. Donde fuera menos a él.

—Creo que a tu madre... le gusto.

—¿En serio? ¿Y no te habías dado cuenta hasta ahora?

—Sí, es decir, no. Me daba cuenta de que era muy agradable conmigo. Pero suponía que era por ti.

—¿Por qué por mí?

—Bueno, no es raro que una madre intente ser amable con el novio de su hija, ¿no?

—Pero tú no eres mi novio, Simon. Ni tan siquiera nos hemos besado.

—Yo... —Simon la cogió por los hombros con suavidad y la acercó más a él—. Mírame, Ava, por favor.

—Simon, si quieres salir con mi madre, es cosa tuya, pero no esperes que me guste.

—Yo no quiero salir con ella, por supuesto que no, ¡tontorrón! Solo era amable con ella por nosotros. Preparaba el terreno, por así decirlo.

—¿Para qué?

—¡Para nosotros! Oye, Ava, eres más joven que yo y no quería forzar nada. Pensaba que podríamos conocernos poco a poco sin presiones, pero al menos debe de haberte quedado claro que estoy interesado.

—No lo sé. —Ava negó con la cabeza con aire abatido—. Ahora mismo estoy muy desconcertada, con muchas cosas en que pensar.

—Claro —dijo Simon con dulzura—. Por favor, déjame darte un abrazo. ¿Quieres?

Ava seguía con el cuerpo tenso cuando él la abrazó.

—¿Y tú por qué estás aquí? —le preguntó.

—Porque, por lo visto, Cheska ha sacado a mi tía abuela de su clínica y nadie sabe dónde está. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—No lo sé, pero después de lo que he visto en su habitación, Cheska no está bien.

—Sí, es cierto. —Ava ahogó un sollozo y Simon la abrazó más fuerte—. Si ha hecho daño a LJ, te juro que...

—Escúchame, no quiero que veas a tu madre sin mí. Reúnete conmigo en el teatro después de la función, hacia las nueve y media. Después podemos volver

juntos al Savoy y enfrentarnos a ella. ¿Me lo prometes?

—Si de verdad crees que es importante... —dijo ella.

—Lo es.

Cuando Bobby se marchó, Cheska se vistió en un suspiro y no tardó en bajar para seguirlo al teatro. No era culpa suya que le tuviera rencor. Necesitaba volver a explicarse, hacer las paces y enseñarle cómo sería el futuro. Bajó del ascensor, cruzó el vestíbulo y salió a la calle por la puerta giratoria. Mientras esperaba a que el portero le parara un taxi, vio a Bobby por el rabillo del ojo, de pie en la acera, unos metros más adelante. Estaba abrazando a una mujer, pero Cheska no alcanzaba a verla bien. Cuando Simon subió la barbilla a la joven, vio que se trataba de Ava, su hija.

—¡Traidora! —murmuró en voz baja, consumida por una cólera terrible.

Los vio alejarse hacia Strand Street. Bobby tenía un brazo por encima de la espalda de Ava en actitud protectora. Cheska levantó la mano para despedirse del portero, rehusó subir al taxi que la esperaba y empezó a seguirlos. En la calle principal, los vio detenerse. Simon besó a Ava en la frente, le dio un último abrazo y se alejó por la calle hasta perderse de vista. Ava se quedó en la acera, esperando a que el semáforo cambiara para cruzar.

La asaltó un recuerdo. Ya había estado allí.

Las voces le dijeron lo que debía hacer, como habían hecho la última vez, hacía tantos años.

Cheska apretó el paso para alcanzar a su hija.

David llegó a Heathrow completamente agotado y con los nervios destrozados. En cuanto pasó la aduana, se dirigió a toda prisa a la parada de taxis.

—Hotel Savoy, por favor.

El taxi avanzó con rapidez hasta que llegó al principio de Strand Street, donde había mucho tráfico. David iba absorto en sus pensamientos, intentando aclararse las ideas, sin saber qué iba a decir exactamente a Cheska cuando se encontrara cara a cara con ella.

—¿Le parece bien bajar aquí, jefe? Ha pasado algo más adelante. Puede hacer a pie los pocos metros que le quedan. Será más rápido que esperar aquí.

—Sí, está bien.

David bajó con la bolsa de viaje y echó a andar hacia el Savoy. Cruzó a la otra acera sorteando los coches parados en la calzada. Había ocurrido un accidente, no sabía de qué tipo, en el semáforo cerca de la entrada del hotel.

Se había formado un corrillo alrededor de una persona que yacía en la calzada, junto a la acera. Respirando hondo, pues la escena le traía sus peores recuerdos, David pasó junto al grupo de gente, asegurándose de no mirar, pero, una vez en la acera, algo le instó a detenerse y darse la vuelta. Estaban subiendo la camilla a la ambulancia y David vislumbró sobre ella una melena rubia y un perfil demasiado conocido.

—¡Dios mío, no! —exclamó, abriéndose paso entre la gente a empujones.

Se encaramó a la parte trasera de la ambulancia y explicó al sanitario quién era.

—Nos vamos, señor. Tenemos que hacer que los coches se aparten. ¿Viene con nosotros?

—Sí. ¿Se ha hecho mucho daño? —quiso saber David.

—Pregúnteselo usted mismo. Está consciente y razona. La llevamos a urgencias por si tiene algún hueso roto. El coche le ha dado en el hombro y ha recibido un golpe en la cabeza, pero, aparte de eso, parece estar bien. El tráfico iba tan lento que el impacto ha sido mínimo. Ava —el sanitario la llamó alzando la voz para hacerse oír por encima de la estruendosa sirena—, mira quién ha venido a verte.

David fue a sentarse junto a su sobrina y le tomó una mano.

—Ava, soy yo, el tío David.

Ava abrió los ojos. Lo miró y, cuando se dio cuenta de quién era, su expresión se trocó en asombro.

—Tío David, ¿eres tú de verdad o estoy alucinando por el accidente?

—No, soy yo de verdad, cariño.

—¡Gracias a Dios que has vuelto! ¡Gracias a Dios!

—He vuelto, sí, y voy a solucionarlo todo. No quiero que te preocupes por nada. ¿Sabes dónde está tu madre?

—No, la verdad —respondió Ava—. Iba a verla al Savoy para preguntarle qué ha hecho con LJ, pero Simon me ha parado antes de que entrara.

—¿A qué te refieres con «qué ha hecho con LJ»?

—La ha sacado de la clínica y no nos ha dicho dónde la ha llevado. Lo siento, tío David, yo...

Ava ya no dijo nada más durante el trayecto al hospital Saint Thomas.

—Yo no me preocuparía demasiado, señor —dijo el sanitario cuando sacaron la camilla de la ambulancia—. Parece muy lúcida. Buena suerte.

Cuando se llevaron a Ava en la camilla, David rellenó el papeleo necesario. Sentado con inquietud en la sala de espera, recordó lo que Ava había dicho sobre el traslado de LJ y casi se preguntó si había estado soñando en voz alta. Se inclinó y sacó su agenda de la bolsa de viaje. Luego fue al teléfono público para llamar a Mary. Aunque las monedas solo le llegaron para mantener una breve conversación con ella, le confirmó lo que Ava había dicho y el corazón le dio un vuelco. Pidió a Mary que empezara a llamar a los hospitales y otras clínicas de la zona para ver si podía encontrar a LJ. No creía posible que Cheska se hubiera deshecho de ella. Su madre tenía que estar en alguna parte y él haría lo que fuera necesario para encontrarla. En cuanto se asegurara de que Ava estaba bien, volvería al Savoy y vería a su sobrina esa misma noche, aunque tuviera que

echar abajo la puerta de su habitación. Por supuesto, la otra gran pregunta era si el accidente de Ava era solo eso, un accidente. ¿O acaso Cheska tenía algo que ver, por cualquier retorcida razón que su mente ofuscada se hubiera inventado?

¿Por qué diablos se había ido de viaje? Debería haber sabido que Cheska podía pensar en volver a Inglaterra. Estaba arruinada y su carrera en Hollywood, prácticamente acabada. La pobre e inocente Ava, que no sabía nada del lado oscuro de su madre, se había llevado la peor parte. Y no digamos ya su madre...

Por fin, el médico salió a verlo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó David.

—La buena noticia es que no hay nada roto en el hombro, pero parece que tiene una conmoción leve por el golpe en la cabeza. Pasará la noche en observación. Acabo de llamar pidiendo una cama en planta. Si todo va bien, la mandaríamos a casa mañana por la mañana. Venga a verla. Está sentada y tomando una taza de té.

El médico lo condujo por el pasillo y descorrió la cortina.

—Los dejaré solos. Tengo que ver a otros pacientes —dijo en tono de disculpa.

David fue a sentarse al lado de Ava. Tenía mucho mejor aspecto que antes.

—¿Cómo estás, cariño?

—Aparte de que me duele mucho la cabeza, no demasiado mal, dadas las circunstancias. El médico ha dicho que he tenido suerte.

—Sí, desde luego.

—Tío David, cuando la abuela tuvo su accidente, ¿no fue también delante del Savoy?

—Sí.

Ava se estremeció.

—Qué horrible coincidencia, ¿no?

—Sí, pero, por favor, no es más que eso. —David no estaba nada seguro de creer lo que acababa de decir.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las nueve.

—¡Oh, no! Le dije a Simon que lo vería después de su actuación. Tenemos que averiguar dónde está LJ. Estoy muy preocupada por ella. ¿Podrías ir al Queen's Theatre para explicarle lo que ha pasado? Después quizá podríais ir a ver a mi

madre.

—¿Simon? —David se rascó la cabeza—. ¿Quién es?

—Lo conociste en la fiesta de cumpleaños de LJ. Dijiste que te recordaba a alguien.

—Sí, al final me acordé de que se parece a alguien llamado Bobby Cross. —David suspiró.

—¿Bobby? —Ava frunció el ceño—. Qué raro. Cheska no para de llamar a Simon con ese nombre.

—¿Ah, sí?

—Sí, y la razón por la que Simon estaba hoy en el hotel es que Cheska le había dicho que quería presentarle a un productor discográfico. Me lo he encontrado cuando salía del Savoy, y más o menos me ha dicho que se le ha tirado encima.

David se había estado preguntando si la situación podía empeorar todavía más, y entonces comprendió que acababa de pasar.

—¿Irás a ver a Simon en mi lugar, tío David? No está lejos de aquí.

—Ava, creo que ahora debería quedarme contigo.

—No, me encuentro mucho mejor. Y estaría mucho más contenta sabiendo que LJ está bien. Pero, por favor, ten cuidado con Cheska. Simon estaba muy afectado por su forma de comportarse.

—No te preocupes por mí, Ava. Conozco a tu madre desde que era pequeña. Pero sí, me gustaría hablar con Simon para saber qué ha pasado exactamente. Aunque me lo puedo imaginar.

La enfermera descorrió la cortina y les dijo que Ava ya tenía una cama en planta.

—¿Puedes sentarte en la silla de ruedas o te subimos en la camilla?

—La silla de ruedas, sin dudarlo —respondió Ava, bajando de la cama y quedándose de pie—. ¿Ves? Estoy bien, tío David. Por favor, ve a averiguar dónde está LJ.

—Además, me temo que a estas horas no van a permitirle entrar en la planta, señor —aclaró la enfermera—. Apagan las luces dentro de veinte minutos.

—De acuerdo, pero ¿podré llamar luego para ver cómo sigue Ava?

—Por supuesto. Le darán el número en recepción. Bien, aquí está su carroza, señora —bromeó la enfermera cuando llegó un celador con la silla de ruedas. Ava se sentó y David la besó en la mejilla.

—Si hay algún problema, tienen mis números de teléfono —dijo David a la enfermera mientras iban por el pasillo con Ava.

—Adiós, tío David. Por favor, ven a verme por la mañana para explicarme qué has averiguado.

—Vendré, te lo prometo —respondió él, mandándole un beso cuando el celador entró con la silla en el ascensor y las puertas se cerraron.

Paró un taxi delante del hospital, le dio las señas del Queen's Theatre de Shaftesbury Avenue e intentó encontrar una lógica a lo que Ava acababa de explicarle.

Simon regresó a su camerino a toda prisa después de la función benéfica. A esa hora ya esperaba estar cambiado y listo para reunirse con Ava, pero los patrocinadores del acto benéfico —dos jóvenes miembros de la familia real— habían ido a ver el musical y los actores habían tenido que quedarse para que los presentaran. Miró su reloj y comprendió que más le valía pisar el acelerador. Abrió la puerta del camerino mientras se desabotonaba la camisa del traje, por lo que tardó un momento en darse cuenta de que tenía una invitada muy poco grata.

—Hola, cariño. He venido a decirte que entiendo por qué estás tan enfadado conmigo. Lo que te hice estuvo muy mal, pero tú me habías hecho mucho daño, ¿sabes?, yo...

—Cheska, lo siento, pero, como ya te dije, no tengo ni idea de qué estás hablando. Y preferiría que te fueras, en serio. —Simon se sentó al tocador de espaldas a ella.

—Vamos, Bobby —dijo Cheska, en tono zalamero, levantándose de tal manera que su reflejo apareció en el espejo detrás de él—. Debes recordar lo bien que nos lo pasábamos. —Le puso las manos en los hombros y empezó a hacerle un masaje.

—Por última vez, Cheska —replicó él, apartándose y poniéndose de pie para encararse con ella—, no tengo ni idea de quién ese tal Bobby. Me llamo Simon. Y si no te vas voluntariamente, me temo que tendré que llamar a seguridad.

Cheska mudó la expresión.

—¿Me estás echando? ¿Después de todo lo que hemos vivido? ¿Después de lo

que me hiciste? Antes te he visto con Ava. ¡Es repugnante!

—¿Qué? ¿Cómo diablos puedes decir que es repugnante? ¡Estoy enamorado de Ava! Es muy posible que quiera pasar mi vida con ella. Lo siento, pero si no te gusta, vas a tener que aguantarte.

Cheska echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Venga, Bobby. Sabes que no puedes estar con Ava.

—Más te vale decirme por qué no.

—Porque —los ojos de Cheska brillaron con aire triunfal— ¡es tu hija! ¿Qué me dices a eso?

Simon la miró, horrorizado.

—Estás loca de remate.

—¿Loca? Ni hablar. Tú eres el cabrón aquí. Me dejaste embarazada y después me abandonaste. Sí, ¡me abandonaste! Y yo solo tenía quince años.

—Cheska, te lo voy a repetir: creo que me estás confundiendo con otra persona.

Simon intentó no alterar la voz. Cheska estaba a punto de ponerse histérica y tenía la mirada desquiciada. Despacio, retrocedió hacia la puerta cuando ella se acercó a él.

—¡Siempre fuiste un inútil tramposo y embustero!

Alargó bruscamente la mano y le propinó una fuerte bofetada. Y otra, y una tercera, hasta que Simon, aún aturdido por el susto, consiguió agarrarla por las muñecas.

—¡Para! —exclamó mientras la sujetaba.

Ella bajó la cabeza y le mordió la mano. Con un alarido, Simon la soltó y Cheska se le echó encima, atacándolo como un animal salvaje, arañándole la cara con sus largas uñas rojas. Le asestó un fuerte rodillazo en la entrepierna y él gritó de dolor, incapaz de defenderse. Cuando se dobló por la cintura para recuperar el aliento, notó que sus manos lo agarraban por el cuello y empezaban a apretar.

—No mereces vivir —le oyó decir.

Empezó a ver puntitos mientras ella apretaba cada vez más fuerte y lo acribillaba a improperios. Demasiado aturdido para defenderse, cayó al suelo, arrastrándola consigo.

«Dios mío —pensó—, va a matarme. Voy a morir aquí...»

Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, vio que una figura entraba y agarraba a Cheska por detrás. De golpe, las manos dejaron de aprisionarle el cuello. Tosiendo y escupiendo mientras aspiraba todo el aire de que era capaz, vio que un hombre al que reconocía pero no acababa de situar tenía a Cheska bien sujeta por los hombros mientras ella forcejeaba y le daba patadas.

—¡Cheska! ¡Para! ¡Ya basta! Ahora el tío David está aquí, y todo va a ir bien.

Cheska se quedó sin fuerzas y se dejó caer en los brazos del hombre como una muñeca de trapo.

—Lo siento, tío David, no quería hacer daño a nadie, de verdad. Es que Bobby no me ha tratado muy bien, ¿sabes? Por favor, no me castigues, ¿quieres?

—Claro que no te castigaré —dijo David—. Te cuidaré, como he hecho siempre. —Simon se incorporó, ya un poco menos mareado, y vio que el hombre abrazaba a Cheska y le acariciaba el pelo—. Creo que debería llevarte a casa y meterte en la cama, ¿tú no? Estás agotada, Cheska.

—Sí —convino ella.

El hombre miró a Simon mientras llevaba a Cheska a una silla y la sentaba. Estaba casi catatónica, con la mirada ausente, sin una pizca de la agresividad anterior.

Simon se dio cuenta de que su salvador era David Marchmont, el tío de Ava, conocido por sus muchos admiradores como Taffy.

—¿Estás bien? —le preguntó David, moviendo mudamente los labios por encima de la cabeza de Cheska.

—Creo que sí. No ha pasado nada —respondió Simon mientras cogía un pañuelo de papel para restañar la sangre del mordisco de Cheska—. Me ha pillado por sorpresa, pero estoy bien.

David dejó a Cheska en la silla y fue a ayudarle a levantarse del suelo.

—Ava ha tenido un pequeño accidente esta noche. Se encuentra bien, pero quizá quieras llamar al hospital Saint Thomas en mi lugar para preguntar cómo está —susurró—. Tendremos que hablar mañana, así que os veré en el hospital a las diez. Y ahora —dijo, alzando la voz y volviéndose hacia Cheska— voy a llevar...

Pero su sobrina ya se había levantado de la silla y estaba en la puerta, girando el picaporte. Antes de que uno u otro pudieran reaccionar con la suficiente rapidez para detenerla, ya estaba fuera del camerino. David salió al pasillo tras

ella y la vio cruzar la entrada de artistas y perderse en la noche. Momentos después, miró a ambos lados de la concurrida calle, pero no vio ni rastro de Cheska.

—¡Maldita sea! —se reprendió.

No debería haberla soltado en ningún momento. Solo le cabía esperar que regresara al Savoy. Decidió coger un taxi allí mismo por si Cheska intentaba hacer las maletas y marcharse a toda prisa. Paró uno y se montó.

Cuando el taxi llegó al hotel, David bajó y dejó propina al portero. Se lo pensó mejor y se volvió otra vez hacia él.

—¿Ha visto a mi sobrina, Cheska Hammond, salir del hotel esta noche? ¿Y sabe si ya ha vuelto?

El portero conocía a David desde hacía tiempo.

—De hecho, señor, ha salido del hotel a eso de las seis y media y me ha pedido que le pare un taxi. Yo lo he hecho, pero luego ha debido de cambiar de opinión, porque la he visto irse a pie hacia Strand Street. He supuesto que habría visto a algún conocido. Me acuerdo porque ha sido justo antes de ese desagradable accidente cerca del semáforo. El taxista que he parado estaba muy molesto, porque se ha quedado aquí encallado sin pasajeros durante media hora larga antes de que despejaran la calle. Y no la he visto volver aún, señor.

—Gracias —dijo David, poniéndole otro billete en la mano.

Dentro ya del hotel, fue a recepción y explicó que había quedado con su sobrina, la señorita Hammond, en su suite, pero que ella aún no había regresado.

—¿Sería tan amable de abrirme la puerta para que pueda esperarla cómodamente? Puede que tarde bastante.

—No es lo habitual, señor, pero tratándose de usted, estoy seguro de que no habrá problema. Permítame que lo consulte con el director.

David esperó junto al mostrador con impaciencia, afectado por lo que el portero acababa de explicarle. Sin duda, necesitaba hablar con Ava y Simon al día siguiente, pero si Cheska los había visto juntos fuera del hotel...

Consiguió sonreír agradecido cuando el recepcionista confirmó que el director iba a permitirle entrar en la suite de Cheska.

Se paseó por las habitaciones amuebladas con un gusto exquisito, fijándose en las numerosas bolsas de Harrods y diversas boutiques de ropa aún sin abrir del vestidor. Solo Dios sabía cuánto costaba la suite y cuánto se había gastado

Cheska hasta el momento. Por desgracia, tenía muy claro cómo estaba financiando sus excesos.

Aunque se moría de ganas de ducharse, no quería que Cheska lo pillara desprevenido si regresaba, de manera que se sirvió un whisky doble y se sentó a esperar.

Greta estaba profundamente dormida cuando oyó el timbre de la puerta. Encendió la luz y vio que era casi medianoche. Cuando volvió a sonar, la invadió el miedo. ¿Quién diablos podía ser a esas horas de la noche? El timbre sonó otra vez, y otra más, y después quienquiera que fuese empezó a aporrear la puerta. Nerviosa, Greta se puso la bata y fue de puntillas hacia el recibidor.

—¡Madre, soy yo, Cheska! ¡Déjame entrar! Por favor, déjame entrar.

Greta se quedó petrificada. Aquella era la hija de la que David le había hablado, la hija a la que no veía desde hacía muchos años, porque estaba en Hollywood triunfando en la televisión.

—Por favor, mamá, abre la puerta. Yo... —Greta oyó un fuerte sollozo—. He vuelto a casa.

Un escalofrío de terror recorrió el espinazo de Greta.

—Mamá, por favor, te lo ruego. Soy tu hijita, y te necesito. Te necesito, mamá...

Hubo más sollozos y Greta siguió petrificada, debatiéndose entre el miedo irracional que sentía, el temor de estar molestando a sus vecinos y su fascinación de que la hija que le habían dicho que tenía estuviera en su puerta.

Cuando los sollozos aumentaron de volumen, la razón de los vecinos ganó a las demás. Greta se acercó a la puerta y recorrió todos los cerrojos excepto la cadenita que la mantendría entrecerrada mientras se aseguraba de que era Cheska.

—¿Hola? ¿Cheska? —Greta miró por el hueco, pero no vio a nadie.

—Estoy aquí, mamá, sentada en el suelo. Estoy demasiado cansada para levantarme. Por favor, déjame entrar.

Greta miró hacia ese lado y vio una mujer rubia que reconoció al instante de la

televisión. Respirando hondo, desenganchó la cadena y abrió la puerta despacio. Cheska, que estaba apoyada en ella, casi cayó al suelo de espaldas.

—¡Mamá! Oh, mamá, te quiero. Ven a darme un gran abrazo como hacías antes. Por favor.

Cheska extendió los brazos y Greta le cogió las manos. La metió en el piso casi a rastras; después cerró la puerta y volvió a echar los cerrojos. Le alegró ver que Cheska no inspiraba ningún miedo. De hecho, inspiraba justo lo contrario: parecía una niña triste y asustada.

—Por favor, abrázame, mamá. Nadie quiere a Cheska, ¿sabes?, nadie me quiere.

Incómoda, Greta se quedó de pie junto a ella, deseando sentir, oír o ver algún recuerdo de aquella hija que al parecer había traído al mundo. La hija que, según David, había criado y querido hasta que Cheska se marchó a Hollywood mientras ella estaba en el hospital después de su accidente.

A menudo se había preguntado por qué su hija no había ido nunca a visitarla ni le había telefoneado. Mientras miraba a la mujer sentada en el suelo, deseó con todas sus fuerzas que los sentimientos que antes tenía por Cheska se reavivaran de repente ahora que la tenía delante. Pero, al igual que le ocurrió con David cuando había abierto los ojos por primera vez y lo había visto, mirar a Cheska era como ver a una desconocida. Aun así, hizo lo que le pedía y se arrodilló para abrazarla.

—Mamá, oh, mamá... Te necesito. Tú me protegerás, ¿verdad? No permitas que me lleven con ellos, por favor.

Lo único que Greta pudo hacer fue escuchar mientras Cheska farfullaba. Era extraño tener a una mujer adulta de su mismo tamaño sentada en el regazo y comportándose como una niña. Pero, por otro lado, imaginó Greta, tal vez la maternidad consistiera en eso.

Al cabo de un rato, sugirió en voz baja que pasaran del suelo del recibidor al salón.

—¿Necesitas comer, quizá? ¿O una taza de malta? Me gusta tomarla por la noche.

—Mamá, ya lo sé. Antes nos la tomábamos juntas, ¿te acuerdas? —dijo Cheska cuando Greta la acomodó en el sofá.

—Pues claro —mintió, y al ver que Cheska temblaba, sacó una manta de un

armario y la envolvió en ella.

—¿Y los sándwiches que siempre me hacías cuando llegaba tarde a casa después de rodar por la noche? ¿De qué eran...? ¡Sí! De extracto de levadura. Me encantaban.

—¿Ah, sí? —preguntó Greta con aire indeciso—. Bien, te los preparo ahora si quieres.

Greta fue a la cocina, sorprendida de que Cheska no pareciera saber que no podía recordar nada. Bueno, tendría que fingir. Cuando encendió el hervidor, volvió a estremecerse de miedo, pero no hizo caso. Aquella mujer era su hija, y no representaba ninguna amenaza para ella.

Cheska se comió los sándwiches de extracto de levadura y tomó la bebida de malta, y después Greta sugirió que era hora de que las dos se acostaran, pues era la una de la madrugada.

—¿Puedo dormir contigo, mamá, como hacíamos antes? No quiero estar sola. Tengo pesadillas...

—Todo el mundo las tiene, pero si quieres dormir conmigo, no hay problema. Te buscaré algo que ponerte, ya que no has traído nada.

Greta fue a su armario y sacó un camisón, deseando poder decir a David que Cheska por fin estaba allí con ella. Pensó en lo extraño que sería dormir en su cama con una mujer adulta desconocida, pero era agradable tener a alguien de quien ocuparse, alguien que parecía necesitarla.

En cuanto Cheska se hubo cambiado de ropa, las dos se metieron en la cama.

—Esto es maravilloso. Aquí me siento segura. Creo que podré dormir.

—Bien. Pareces muy cansada, así que probablemente lo necesites.

—Sí. Buenas noches, mamá. —Cheska se volvió hacia ella y la besó en la mejilla—. Que duermas bien.

Greta apagó la luz y se quedó escuchando la calmada respiración de su hija en la oscuridad. Se tocó la mejilla en donde Cheska la había besado y se le saltaron las lágrimas.

Simon ya estaba a la cabecera de la cama de Ava cuando David llegó al hospital a la mañana siguiente.

—Hola, tío David. El médico dice que estoy bien y que puedo irme a casa —

dijo Ava, dándole un beso—. Vosotros ya os conocéis, ¿verdad?

—Sí —respondió Simon, cruzando una mirada irónica con David.

—¿En la fiesta de LJ, y anoche en el teatro? —apuntó ella.

—Sí —confirmó David.

—¿Y dónde está LJ? —Ava los miró a los dos.

—Por desgracia, no conseguimos preguntárselo a tu madre —respondió David—. Anoche no volvió al Savoy.

—Dios mío. —Ava enterró la cabeza entre las manos—. Así que ahora tenemos dos personas desaparecidas.

—David, ¿has visto esto? —preguntó Simon, pasándole el *Daily Mail*.

David miró la portada y le sorprendió ver una gran fotografía de Cheska, especialmente glamurosa, abrazando a Ava, quien parecía bastante incómoda.

La hija perdida de Gigi: la desgarradora historia de cómo la estrella de teleserie mundialmente famosa Cheska Hammond ha regresado a Inglaterra después de dieciocho años en busca de la hija que dejó cuando era un bebé. CONTINÚA EN LA PÁGINA 3.

David fue a la página tres.

Cheska Hammond, quien fue la estrella más taquillera de Inglaterra y, más recientemente, actriz de fama mundial interpretando a Gigi en *Los magnates del petróleo*, ha regresado a Inglaterra para quedarse. Y la historia de por qué ha decidido volver es más conmovedora que ninguna de las películas que ha protagonizado.

Conocí a Cheska en su suite del Savoy. Tan deslumbrante en persona como en la pantalla, pero con una delicadeza y una vulnerabilidad que hacen que parezca solo un poco mayor que la hija por la que ha regresado a su país, Cheska me contó su fascinante historia.

«Tenía quince años cuando descubrí que estaba embarazada. Supongo que era muy ingenua y un hombre mayor se aprovechó de mí [sigue negándose a nombrar al padre]. Por supuesto, mi carrera iba muy bien en esa época. Acababa de protagonizar *Señor, esto mío es amor*, y Hollywood estaba interesado en mí. Podría haber hecho lo que hicieron muchas chicas en mi situación y abortar, aunque era ilegal en la época.»

A Cheska le tiemblan los labios al recordarlo y se le saltan las lágrimas. «No podía hacerlo. No podía matar a mi hija. Había cometido un error terrible, pero era mi responsabilidad y no podía asesinar a una criaturita inocente por un estúpido error mío. Poco después, mi madre sufrió un terrible accidente de tráfico y supongo que eso aumentó mi determinación de tener a mi hija. Así que me escondí durante el embarazo y, cuando nació, se acordó que mi tía cuidaría de Ava. Si el estudio de Hollywood hubiera conocido su existencia, mi carrera se habría ido al traste y yo no habría podido mantener a mi hija. —

Cheska hace una pausa para respirar, esforzándose por contener las lágrimas—. La dejé en Gales en una bonita casa de campo, sabiendo que estaba en buenas manos. Por supuesto, mandé todo el dinero que pude para contribuir a su manutención...»

Como Ava ya lo había leído, esperó en silencio, mirando la cara de David, pendiente de su reacción.

«... Yo escribía continuamente a mi tía, preguntándole si quería mandar a Ava de vacaciones a Los Ángeles para ver si le gustaba, pero mi tía nunca fue muy partidaria. Por supuesto, yo entendía sus razones. Habría sido muy perturbador para una niña. Así que, aunque me rompió el corazón, decidí que Ava estaba mejor allí. Eso fue hasta que me enteré de que mi tía estaba gravemente enferma. Lo dejé todo y volví para cuidar de ella y de mi hijita. Y aquí es donde tengo intención de quedarme.»

Veo cómo Cheska pone una dulce mano en el hombro de su hija. Ava, que tiene dieciocho años y es la viva imagen de su madre, le sonrío. El vínculo entre ellas es evidente. Pregunto a Ava qué le parece que su madre haya regresado.

«Maravilloso. Es maravilloso que haya vuelto.»

Le pregunto si le guarda algún rencor por dejarla durante tanto tiempo. Ava niega con la cabeza. «No, ninguno. Siempre supe que me apoyaba. Me mandaba bonitos regalos y me escribía cartas. Entiendo por qué hizo lo que hizo.»

A continuación, Cheska y yo hablamos de sus planes de futuro. Se encoge de hombros. «Bueno, espero ponerme otra vez a trabajar lo antes posible. Puede que actúe en una serie de televisión, y me gustaría probar suerte en el teatro. Eso sería todo un reto.»

Le pregunto por los hombres en su vida y ella se pone tímida y suelta una risita. «Sí, hay alguien, pero preferiría no hablar de eso aún.»

Me despido de la actriz que era famosa en Hollywood por sus fogosas actuaciones tanto dentro como fuera de la pantalla. Por la expresión serena y satisfecha de la mujer que mira a su hija con evidente adoración, no cabe duda de que la maternidad la ha vuelto más madura y sosegada. Bienvenida a casa, Cheska. Nosotros, como Ava, nos alegramos de tenerte de nuevo aquí.

David terminó de leer y cerró el periódico con firmeza. Miró a Ava para juzgar cómo se sentía.

—Casi he vomitado por toda la página cuando lo he leído. Pero no podía, porque entonces el médico igual creía que aún no estaba bien y me tendría más tiempo aquí. —Sonrió sin ganas, haciendo todo lo posible por quitar hierro a la situación—. Pero lo que es más importante: ¿dónde ha ido Cheska? No estaba contigo, ¿verdad, Simon?

—¡Por supuesto que no!

—Eso puedo confirmarlo —intervino David—. Y estoy furioso con Cheska por haberte hecho pasar por esto. —Señaló el periódico.

—Le supliqué que no me obligara, pero con ella es muy difícil negarse. No sabes lo rara que ha estado en estas últimas semanas. —Ava negó con la cabeza, exasperada—. Pareció ponerse peor después de conocerte, Simon.

—Oh, estupendo, gracias. —Simon le dirigió una sonrisa y se volvió hacia David—. Pero Ava tiene razón. Anoche, cuando me atacó en mi camerino (lo siento, Ava), estoy seguro de que dijo que yo era tu padre. Jesús, es de locos, ¿no?

—No tanto como parece, si Cheska creía que tú eras su primer amor, Bobby Cross —explicó David—. Te pareces mucho a él.

—Bobby Cross... Simon interpreta su personaje en el musical en el que trabaja, ¿verdad, Simon? —añadió Ava.

—La trama se complica —murmuró David—. ¿Fue Cheska a verte actuar?

—Vino con Ava la noche del estreno. La invité cuando la conocí en Marchmont Hall. Había llevado a Ava a Gales con mi coche para que viera a su tía abuela después de que tuviera el derrame cerebral. Solo lo hice por cumplir, David, nada más —dijo con firmeza.

—Por supuesto. Y no podías conocer su pasado.

—Tío David —Ava había estado escuchando en silencio—, ¿es ese tal Bobby Cross mi padre?

David guardó silencio antes de responder.

—Sí, Ava, lo es. Siento mucho ser yo quien te lo diga y no tu madre, pero, dadas las circunstancias, es mejor que lo sepas, porque explica bastantes cosas. El pobre Simon ha sido víctima de una mente muy confundida y perturbada. Jamás me perdonaré haberos dejado. Qué catástrofe. Lo siento mucho.

—No seas tonto, tío David. Ahora lo más importante es encontrar a mi madre. —Ava estaba aturdida por la noticia, pero decidió no pensar en ello hasta que encontraran a Cheska y a LJ—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—En el camerino de Simon. Conseguí calmarla, y cuando estaba ayudando a Simon a levantarse del suelo, ella corrió a la puerta y huyó antes de que pudiera alcanzarla. ¿Tienes alguna idea de adónde pudo ir?

—No, pero... Estas últimas semanas he estado muy disgustada. Y solo tenía ganas de estar con LJ. ¿Cuál sería el refugio de mi madre?

—No tengo ni idea. ¿Y tú? —David miró a Simon.

—Casi no la conozco. No puede volver a Marchmont Hall, por lo tanto, ¿dónde estaría su casa si no es ahí?

—¿No sigue viviendo la abuela en el mismo piso de Mayfair en el que se crio Cheska? —preguntó Ava.

—¿Greta? Pero Cheska no se ha acercado a su madre desde el accidente —dijo David.

—Aun así, ¿dónde más podría ir? —Ava se encogió de hombros.

—¿Sabes qué, Ava?, puede que tengas razón. Simon, ¿puedo dejarte aquí para que te ocupes de ella?

—Claro.

—¿Dónde iréis? —preguntó David cuando se levantó para marcharse.

—Me llevo a Ava a mi refugio, o dicho en otras palabras, mi cochambrosa pensión de Swiss Cottage. —Sonrió—. Deja que te anote mi número de teléfono.

David le dio las gracias, besó a Ava y se marchó, asegurando que los llamaría si había novedades.

—¿Simon? —dijo Ava en voz baja.

—¿Sí?

—¿Sabes que acabas de decir que vas a llevarme a tu casa cuando salga de aquí?

—Sí.

—Bueno, de hecho, tengo que ir a la mía. ¿Podrías llevarme a Marchmont más tarde, después de tu actuación?

—Por supuesto, si estás segura de encontrarte con ánimos para hacerlo.

—Lo estoy. Tengo que estarlo. Dios mío. —De repente, Ava ya no pudo seguir conteniéndose y se le saltaron las lágrimas—. ¡Es todo tan horrible! Lo siento —murmuró avergonzada.

—Ava, no tienes que disculparte. Lo has pasado fatal —dijo Simon, tomándola en sus brazos y estrechándola contra sí mientras ella sollozaba.

—Solo... prométeme que nunca voy a tener que estar cerca de Cheska. Está completamente loca, Simon. Y yo he estado muy asustada porque no sabía qué hacer.

—Te lo prometo. Ahora tu tío ha vuelto y lo solucionará todo, estoy seguro. Y más tarde, siempre que estés bien, te llevaré a Gales y encontraremos a LJ, te lo

juro.

—Gracias, Simon. Te has portado maravillosamente.

—Tú también. Eres increíble, Ava, en serio —susurró él con admiración, y le acarició su sedoso pelo rubio.

David llamó a la puerta del piso de Greta. Como de costumbre, ella miró por el hueco con la cadena puesta, vio quién era y lo obsequió con una gran sonrisa de bienvenida mientras la quitaba y le abría la puerta.

—¡David, qué sorpresa! Pensaba que no volvías hasta dentro de un par de meses.

—Bueno, la situación ha cambiado. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien —respondió ella, como siempre hacía—. De hecho, estoy bastante contenta de que hayas venido. Tengo una invitada. Vino anoche de madrugada y tenemos que hablar bajito —Greta bajó la voz cuando lo llevó al salón— porque aún duerme.

—¿Cheska? —El alivio anegó el corazón de David.

—¿Cómo lo sabías?

—Intuición. O, al menos, Ava pensó que podía haber acudido a ti. ¿Cómo la encontraste?

—Bueno, para serte sincera —respondió Greta, cerrando la puerta del salón—, no sabría decirte. Estaba un poco disgustada cuando llegó y me dijo que solo quería venir a casa.

—¿Has dicho que sigue durmiendo?

—Sí. De hecho, no se ha movido desde que cerró los ojos a mi lado anoche. Debía de estar muy cansada, la pobrecilla.

—No te ha contado nada, ¿verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo se siente, o qué es lo que la ha disgustado.

—No, la verdad. Por Dios, David, pareces casi un policía. —Greta soltó una risita nerviosa—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien.

—Bueno, me alegro muchísimo de verte. ¿Cómo te han ido las vacaciones?

—Han sido... increíbles, fantásticas. Pero no he venido para hablar de eso. Greta, ¿crees que Cheska confía en ti?

—Bueno, eso parece. De hecho, anoche acudió a mí. Como tú me has dicho, soy su madre —repuso en actitud protectora.

—¿Te acuerdas de ella?

—Por desgracia, no. Pero parece bastante agradable. Y, en serio, no hay ningún problema en que se quede aquí conmigo si hace falta. Me gustó bastante cuidarla anoche. Hace que me sienta útil.

—Oye, Greta, necesito que le preguntes una cosa cuando se despierte.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Al parecer... —David pensó en cómo se lo podía explicar—, al parecer ha sacado a mi madre de la clínica donde estaba rehabilitándose y la ha llevado a otro sitio. Y ahora mismo no sabemos dónde.

—Bueno, seguro que se lo puedes preguntar tú, ¿no, David?

—Sí. Pero si confía en ti, es más probable que te lo diga.

Greta frunció el ceño.

—David, ¿qué pasa?

—Es complicado, Greta, y te prometo que te explicaré más en otro momento. Pero en estos momentos me preocupa que, si Cheska me ve, se asuste y vuelva a huir.

—Vamos, hablas de ella como si fuera una niña y no una mujer adulta de... ¿cuántos años debe de tener? —Greta hizo cálculos—. ¿Treinta y cuatro? No estará metida en algún lío, ¿verdad?

—No, en serio, aunque, entre tú y yo, ahora mismo no está muy bien.

—¿Qué le pasa?

—La mejor manera de expresarlo es que está un poco confundida —respondió David con tacto—. Creo que puede estar sufriendo una crisis nerviosa.

—Entiendo. Pobrecilla. De hecho, dijo que sentía que nadie la quería, que estaba completamente sola.

—Bien, obviamente mi deseo es que tenga la ayuda que necesita. Pero antes, ¿qué te parece si le llevas una taza de té y le preguntas con delicadeza si recuerda el nombre de la clínica en la que ha internado a mi madre?

—Pues claro. No es una pregunta que pueda parecerle amenazante, ¿verdad?

—No —la tranquilizó David.

—¿Quieres que vaya a despertarla ahora?

—Sí. Después de todo, es casi mediodía.

—De acuerdo.

—Y, Greta, no le digas que estoy aquí.

Cuando ella se alejó camino de la cocina para preparar el té, David fue a la puerta del piso sin hacer ruido, giró la llave en la cerradura y se la metió en el bolsillo. Si Cheska intentaba huir, no podría salir. Se preguntó si sería mejor decirle a Greta la verdad. Sin embargo, al no recordar nada de Cheska, ¿cómo afrontaría en quién se había convertido su hija y en qué medida había intervenido ella en ese cambio?

David oyó que Greta llamaba a la puerta de la habitación con suavidad, y luego entraba. Consumido por la tensión, esperó a que regresara. Volvió diez minutos después.

—¿Cómo está? —preguntó, apartándose de la ventana. Había estado andando de un lado a otro del salón como un tigre enjaulado.

—Un poco tristoná.

—¿Le has preguntado dónde está LJ?

—Sí. Y me ha dicho que claro que sabe dónde está —respondió Greta, un poco a la defensiva—. Dice que la ha llevado a una bonita clínica de convalecencia que se llama The Laurels, justo a las afueras de Abergavenny. Aunque también me ha dicho que LJ y tú no os habéis portado muy bien con ella últimamente.

—Gracias, Greta. —David sintió un profundo alivio—. ¿Qué hace ahora?

—Le he sugerido que se levante y se dé un baño. —Greta entornó los ojos—. ¿Qué pasa, David?

—Nada. Cheska solo necesita ayuda, nada más. Está un poco... deprimida ahora mismo.

—Bueno, sé lo que es eso. Me ha preguntado si podía quedarse un tiempo conmigo y le he dicho que sí, que claro que puede. Y hablo en serio, David. Es agradable tener compañía. Y es mi hija.

—Greta, por favor, tienes que confiar en mí. Cheska no puede quedarse aquí contigo. Me la tengo que llevar ahora, para que le den la ayuda que necesita.

—Yo no me voy a ir a ninguna parte.

Greta y David alzaron la vista. Cheska estaba en la puerta, vestida con el pantalón y la blusa que su madre le había prestado.

—Hola, Cheska. Tu madre me ha dicho que has dormido de un tirón.

—Sí, y me encuentro mucho mejor. Y me quedo aquí, con mamá, tío David. Tú no puedes obligarme a irme, y yo no pienso hacerlo.

—Verás, Cheska, solo queremos lo mejor para ti, cariño. Como mínimo, deja que te lleve a ver a un médico.

—¡Nada de médicos! —gritó Cheska, asustando a Greta—. ¡No puedes obligarme! ¡Tú no eres mi padre!

—No, tienes razón. Pero si te niegas a venir conmigo, lo siento, pero tendré que hablar con la policía y decirles que fuiste tú quien provocó el incendio de Marchmont Hall. Tengo razón, ¿verdad, Cheska?

—¿Qué? Tío David, ¿cómo puedes decir una cosa así?

David probó con otra táctica.

—Cheska, cariño, si yo esperara heredar una casa y dinero por ser la única hija viva del anterior propietario, podría disgustarme un poco al descubrir que eso no iba a pasar. Y puede que incluso me enfadara tanto como para hacer alguna tontería de forma impulsiva.

Cheska lo miró con recelo.

—¿Ah, sí?

—Entiendo que quizá estabas muy disgustada porque creías que te estaban estafando la herencia. Y solo con que me lo hubieras pedido, yo te habría dado Marchmont. De verdad.

Cuando Cheska lo miró, parecía desorientada. Vaciló un momento antes de asentir con alivio, o eso le pareció a él.

—Sí, estaba disgustada, tío David, porque debería haber sido mía. Y estaba harta de que todo el mundo me excluyera. No era justo. Pero no fue solo eso...

—¿Qué fue, Cheska?

—Fue... fueron las voces, tío David. Tú ya lo sabes porque te hablé de ellas en Los Ángeles. No se callaban, ¿entiendes?, y yo necesitaba que lo hicieran. Así que decidí que era lo mejor que podía hacer. ¿Vas a contárselo a la policía? No lo hagas, por favor. Podrían meterme en la cárcel.

David vio terror en sus ojos.

—No, no lo haré, te lo prometo, siempre que ahora vengas conmigo tranquilamente.

—No sé...

David se acercó a ella despacio.

—Ven conmigo, cielo, e intentaremos ayudarte a ponerte mejor.

Alargó la mano hacia ella, y Cheska empezó a tenderle la suya. Pero, de repente, volvió a gritar.

—¡No! ¡Ya he confiado en ti, tío David, y siempre lo cuentas todo! Volverás a meterme en uno de esos sitios horribles, y me encerrarán para siempre.

—Claro que no te encerrarán, Cheska. Yo nunca te haría eso, y tú lo sabes. Anda, vámonos para conseguirte ayuda. Me aseguraré de que no te pasa nada, te lo prometo.

—¡Mentiroso! Crees que no sé lo que harás si te cojo la mano. ¡No me fío de ti! ¡No me fío de nadie! Mamá —se acercó a Greta—, por favor, dime que puedo quedarme aquí contigo.

Greta estaba mirando a David, impresionada por lo que acababa de oír y presenciar.

—Bueno, si el tío David cree que deberías ir con él, cariño, quizá sea lo mejor.

—¡Traidora! —gritó Cheska, y escupió a su madre—. ¡Pues no podéis obligarme! ¡No me iré con él!

Salió disparada al pasillo y echó a correr hacia la puerta del piso. Greta se dispuso a seguirla, pero David la detuvo.

—He cerrado con llave antes, así que no podrá salir. Pero es mejor que te quedes aquí y me ocupe yo de ella —dijo.

Oyeron cómo Cheska intentaba abrir la puerta con desesperación. Cuando no lo consiguió, se puso a aporrearla.

—Lo siento, Greta, pero ¿puedes llamar a una ambulancia, por favor? Creo que vamos a necesitar refuerzos —dijo David antes de salir y dejarla encerrada en el salón.

—Cheska —suplicó mientras andaba hacia ella—, te lo ruego, intenta calmarte. ¿No entiendes que quiero que te pongas mejor?

—¡No es verdad! ¡Siempre me habéis odiado, todos vosotros! No puedes obligarme a ir contigo, ¡no puedes! ¡Déjame salir!

—Vamos, cariño. Esto no le hace ningún bien a nadie, y menos aún a tu pobre

madre.

—¡Mi madre! ¿Y dónde ha estado en estos últimos años? ¡Me gustaría saberlo!

—Cheska, ¿no te acuerdas? Sufrió un grave atropello hace años delante del Savoy. Como Ava anoche. Te alegrará saber que Ava está bien, al menos. Anda, ¿puedes dejar de aporrear la puerta antes de que un vecino llame a la policía, si no lo hago yo?

Al escuchar sus palabras, Cheska dio media vuelta y echó a correr por el pasillo. Se metió en el baño y se encerró dentro.

—¡Me quedo aquí! ¡No puedes atraparme! ¡Nadie puede! ¡Nadie!

—Está bien, cariño, quédate ahí y yo te esperaré fuera.

—¡Vete! ¡Déjame en paz!

—¿David? —dijo Greta desde el salón—. ¿Por qué me has dejado encerrada? ¿Qué diablos pasa?

—Greta, ¿has llamado? —preguntó él cuando los sollozos histéricos del baño subieron de volumen.

—Sí, deberían llegar de un momento a otro, pero...

—Estás ahí por tu propia seguridad, Greta. Por favor, confía en mí.

Los sanitarios llegaron cinco minutos después. David les resumió los hechos y ellos asintieron con calma, como si afrontaran situaciones de esa clase todos los días. Lo cual era probable, pensó David.

—Déjenosla a nosotros —dijo uno de ellos—. Steve, ve corriendo a la furgoneta y sube una camisa de fuerza, por si acaso.

—Dudo que salga de ahí por voluntad propia —observó David, suspirando.

—Ya veremos. Bien, ¿por qué no va a sentarse en la otra habitación con la madre de la mujer, señor?

David abrió la puerta del salón y fue junto a Greta, que estaba sentada en el sofá, pálida y temblando. Se sentó a su lado y la abrazó.

—Lo siento mucho, Greta. Sé que te cuesta entenderlo, pero, en serio, esto es lo mejor para Cheska.

—¿Está loca? Desde luego, lo parece.

—Está lo que yo llamaría... perturbada. Pero estoy seguro de que, con tiempo y ayuda, se recuperará.

—¿Ha sido siempre así? ¿Es culpa mía?

—No es culpa de nadie. Creo que Cheska siempre ha tenido problemas. No debes culparte. Algunos nacemos así.

—Esta mañana me he despertado feliz —le susurró—. Es agradable tener compañía. Me siento muy sola aquí.

—Ya lo sé. Al menos he vuelto, y eso ya es algo, ¿no?

Greta lo miró y le sonrió sin convicción.

—Sí.

Al final, después de probar todas las tácticas posibles para convencer a Cheska de que saliera, los sanitarios tuvieron que echar abajo la puerta del baño. Sus gritos mientras le ponían la camisa de fuerza hicieron estremecerse a Greta y a David. Llamaron con rapidez a la puerta del salón y un sanitario asomó la cabeza.

—Nos vamos, señor. Probablemente sea mejor que no venga en la ambulancia con ella. Le hemos administrado un sedante y nos la llevamos a la unidad psiquiátrica del hospital Maudsley de Southwark, donde la explorarán. Usted o su madre quizá quieran llamar más tarde.

—Claro. ¿Debería ir a despedirme de ella?

—Yo que usted no lo haría. Ahora mismo no resulta agradable verla.

Media hora después, David se despidió de Greta, prometiéndole que la llamaría cuando tuviera noticias, y regresó al Savoy, donde explicó a la chica de recepción que Cheska había tenido que marcharse por una emergencia y que ya no regresaría. Dijo que esa noche se quedaría en la suite y recogería sus objetos personales.

Una vez arriba, llamó a Información, pero descubrió que había cuatro clínicas de convalecencia que se llamaban The Laurels en un radio de quince kilómetros de Abergavenny. Anotó todos los teléfonos y empezó a hacer llamadas. Por fin la encontró cuando marcó el último número. Una mujer descolgó el teléfono.

—Buenas tardes —dijo David—. Querría saber si tienen una paciente llamada Laura-Jane Marchmont.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer de malos modos.

—Su hijo. Dígame, ¿está ahí?

—Sí, ingresó la semana pasada.

—¿Y cómo se encuentra?

—Bastante bien. No habla mucho, pero usted ya lo sabe.

David hizo una mueca por su falta de tacto.

—Voy a ir a visitarla. ¿Puede darme la dirección?

—¿Cómo sé que es usted quien dice ser? La familiar que la trajo era una mujer. Usted podría ser cualquiera.

—Le he dicho que soy su hijo —respondió enfadado—. Tendrán familiares que visitan a sus pacientes continuamente, ¿no?

David se dio cuenta de que estaba hablando solo. La mujer ya había colgado.

Llamó a Mary y le pidió que buscara la dirección en la guía telefónica local y que fuera allí lo antes posible. A su vez, ella le dijo que Simon llevaría a Ava a Marchmont esa noche después de su actuación y que los dos se quedarían a dormir en su casa.

—Encontraré la dirección, y Simon y Ava irán mañana a primera hora —le prometió Mary—. ¿Dónde está Cheska?

—En el hospital. Anoche fue a ver a Greta y han tenido que ponerle una camisa de fuerza y llevársela en una ambulancia. Ha sido... espantoso.

—Anímese, señorito David. En serio, el hospital es el mejor sitio para ella. ¿Va a venir pronto a Marchmont? El inspector de policía llamó ayer. Le dije que usted había regresado de su viaje y le gustaría que hablaran. Creo que quiere volver a interrogar a Cheska. Fue ella la que incendió Marchmont Hall, ¿verdad?

—Sí, Mary, creo que sí.

—Dios me perdone, porque la quiero, pero si le digo la verdad, espero que no la dejen salir del hospital en mucho tiempo. Pobre Ava, no sabía qué pensar de su madre.

—Lo sé, y esta vez prometo que me aseguraré de que no haga daño a nadie nunca más. Manda recuerdos a Ava cuando la veas y dile que iré mañana. Solo cabe rezar para que mi querida madre siga en el mundo de los vivos. Por la impresión que me ha dado la mujer con la que he hablado, algo malo pasa. Gracias por todo, Mary, de veras.

—No tiene que darme las gracias, señorito David. Oh, casi se me olvida decírselo. Tor me ha llamado a casa esta tarde. Está en Beijing y llegará a Heathrow mañana a las ocho de la mañana.

—Entonces la recogeré en el aeropuerto e iremos juntos a Marchmont. Podemos dormir en la Casa de la Alondra.

—Les pondré la calefacción. Adiós, señorito David. Cuídese, ¿quiere?

David colgó el teléfono y se dirigió al sillón. Se sentó, enterró la cabeza entre las manos y lloró.

Simon aparcó delante de una lúgubre casa adosada próxima a una estrecha callejuela de un sórdido barrio de Abergavenny.

—¿Estás segura de que es este el sitio? Cheska no la habría dejado aquí, ¿verdad? —Ava se mordió el labio.

—Sí. —Simon soltó la palanca de cambios y le apretó la mano—. Venga, entremos y saquémosla de ahí.

Se acercaron a la casa. Ava vio que había bolsas de basura en descomposición amontonadas junto a la puerta. Simon tocó el timbre y, como no funcionaba, llamó a la puerta con los nudillos. La abrió una mujer gorda de mediana edad que vestía una sucia bata.

—¿Sí?

—Venimos a ver a la tía abuela de mi amiga, la señora Laura-Jane Marchmont.

—No los esperaba, y la casa está hecha una pocilga. Mi limpiadora acaba de dejarme tirada. ¿Pueden volver mañana?

—No. Queremos verla ahora.

—Lo siento, pero no es posible. —La mujer se cruzó de brazos—. Váyanse.

—De acuerdo, entonces tendré que llamar a la policía y vendrán ellos en vez de nosotros, ya que actualmente Laura-Jane Marchmont figura como persona desaparecida. De modo que o son ellos o somos nosotros —dijo Simon en tono amenazador. Ava lo miró agradecida, dando gracias a Dios de que la hubiera acompañado.

Ante esa respuesta, la mujer se encogió de hombros y los dejó entrar.

Simon y Ava la siguieron por el estrecho pasillo, ambos con ganas de vomitar por el olor a orina y col hervida.

—Esta es la sala de estar de los pacientes —anunció la mujer cuando pasaron junto a una salita llena de sillas viejas colocadas alrededor de un viejísimo televisor en blanco y negro. Había cuatro pacientes mayores dormidos delante;

echaban un capítulo de *Tom y Jerry*.

Ava se fijó rápidamente en las caras y negó con la cabeza.

—No está ahí.

—No, está arriba, en su cama.

Simon y Ava subieron la escalera detrás de ella arrastrando los pies.

—Aquí la tienen. —La mujer los hizo pasar a una habitación mal iluminada. Había cuatro camas que apenas cabían y el olor a carne humana sin asear dio ganas de vomitar a Simon y a Ava—. Su tía está en esa de ahí.

Ava contuvo un sollozo cuando vio a LJ inmóvil sobre la cama, con la piel cenicienta y el pelo revuelto.

—Oh, LJ, ¿qué te han hecho? LJ, soy yo, Ava.

Su tía abuela abrió los ojos y Ava vio que los tenía apagados, vacíos, sin esperanza.

—¿Me reconoces? Por favor, dime que me reconoces.

Le rodaron lágrimas por las mejillas mientras veía los esfuerzos de LJ por mover la boca. Una mano asomó por debajo de las sábanas y le cogió la suya.

—¿Qué dice, Ava? —preguntó Simon.

Ava se acercó más y se fijó bien en sus labios.

—Dice «casa», Simon. Dice «casa».

Diciembre de 1985

Marchmont Hall,
Monmouthshire

David y Greta se quedaron sentados en silencio durante un rato, absortos en sus pensamientos.

—Y eso es todo —dijo David con un suspiro, antes de apurar su whisky—. ¿Te había contado alguna vez que Ava presentó una queja a las autoridades por el sitio espantoso en el que Cheska había dejado a mi pobre madre? Poco después, lo cerraron y procesaron a la dueña.

—No, creo que no. No me sorprende que la pobre LJ tardara un tiempo en recuperarse —dijo Greta—. Y aunque Cheska se lo merecía, agradezco que la policía no presentara cargos contra ella cuando descubrieron que había provocado el incendio. Creo que eso habría acabado con ella.

—De hecho, Greta, querían llevarla a juicio. Y aconsejaron a mi madre que, como propietaria legal de Marchmont, también interpusiera una demanda. El inspector descubrió que Cheska había mentido acerca de la hora a la que había llegado al Savoy esa noche. Cuando preguntó en recepción, le dijeron que se registró pasadas las cuatro de la madrugada. Más tarde, Mary le explicó que Cheska le había dicho que se tomara un par de días libres mientras ella no estaba, lo cual ya era sospechoso por sí solo.

—Ya veo. Entonces, ¿cómo impedisteis que la policía siguiera adelante?

—Fue mi madre, sobre todo. La publicidad habría sido un tormento y le preocupaba Ava, que ya había pasado suficiente. Pero lo que disuadió finalmente a la policía fue que Cheska estaba en una unidad psiquiátrica y, de cualquier modo, no habría podido comparecer ante la justicia. Por supuesto, significó que perdimos el dinero del seguro, pero eso no era lo importante.

—David —dijo Greta con vacilación, sabiendo que tenía que expresar la sospecha que le rondaba por la cabeza desde que él le había hablado del

accidente de Ava delante del Savoy—, ¿crees que fue Cheska la que me empujó en el semáforo esa horrible noche?

—Esto... —David suspiró, sin estar seguro de cómo responder. Decidió decir la verdad. Después de todo, era lo que ella le había pedido—. Viéndolo ahora, creo que es muy posible que fuera ella, sí. Sobre todo después de lo que acabo de contarte que le pasó a Ava, sería una increíble coincidencia que Cheska no hubiera tenido nada que ver. Pero, por supuesto, no hay pruebas, Greta, ni nunca las habrá. Lo siento mucho; debe de ser terrible para ti pensar siquiera que podría ser una posibilidad.

—Cuesta creerlo, sí, pero tengo que aceptar que Cheska estaba muy enferma. Dios mío, David —Greta se llevó los dedos a la sien—, no te imaginas qué mal me sabe que estuviera pasando todo esto y tú no me lo contaras. He vivido en mi propio mundo todos estos años y tú has tenido que fingir que Cheska tuvo una simple crisis nerviosa y decidió dejar su carrera y llevar una vida tranquila en Suiza. —Lo miró—. ¿Es eso cierto?

—Más o menos, sí. Aunque, por desgracia, no puede marcharse por voluntad propia. Está en una pequeña unidad psiquiátrica muy segura de un sanatorio próximo a Ginebra. Tuve que internarla, tanto por su bien como por el de todos los demás.

—¿Crees... crees que yo tengo la culpa de sus... problemas? Jamás debería haberla presionado tanto de pequeña, lo sé. Después de lo que he recordado, ¡tengo miedo de haber creado un monstruo!

—Si te soy franco, dudo que su extraña infancia fuera lo mejor para su personalidad con carencias. Pero debes recordar que ya le pasaba algo. Parte de la enfermedad de Cheska es que sufre delirios y paranoia. Vivió en un mundo de fantasía cuando era actriz infantil, aunque tú no podías saber que siempre le había costado distinguir entre fantasía y realidad. Mira Shirley Temple. Estuvo en una situación parecida a Cheska, una gran estrella desde muy pequeña, pero, ahora que ya es adulta, tiene relaciones plenas y se ha convertido en una influencia positiva. Por lo tanto, no, Greta, en serio, no debes echarte la culpa. Hiciste lo que creías correcto en ese momento.

—Le fallé, David. Debería haberme dado cuenta de cómo la afectaba. La verdad es que estaba viviendo el sueño que yo habría querido para mí.

—Todos le fallamos, en uno u otro sentido —respondió David en voz baja—.

Y las personas a su alrededor que deberían haber visto cómo era no pudieron hacerlo porque estaban cegadas por su belleza y su fama. Era una actriz brillante. Dentro y fuera de la pantalla. Y su capacidad de manipulación era sublime. Podía tergiversar cualquier situación en su favor y conseguir que todos la creyésemos. Desde luego, a mí me engañó una vez tras otra. La única persona que siempre la vio venir fue mi querida madre. Dios mío, cómo la echo de menos.

—No me extraña. Era una mujer increíble. Ojalá pudiera haberle dado las gracias por todo lo que hizo por mí, por Cheska y por Ava antes de morir.

—Creo que estaba lista para irse —dijo David—. Y por lo menos al final no hubo hospitales. Cuando me llegue la hora, espero seguir su ejemplo y sencillamente marcharme mientras duermo.

—Eso ni lo menciones, David. —Greta se estremeció—. No soporto pensar en no tenerte aquí. Al menos, pronto habrá una nueva vida en Marchmont. La próxima generación.

—Sí, también doy gracias por eso.

—Cuántos trastornos nos ha causado Cheska a todos. —Greta negó con la cabeza—. Y ni tan siquiera somos parientes de sangre. Piensa en lo distinta que habría sido tu vida si no te hubieras compadecido de mí hace tantos años y me hubieras mandado a Marchmont.

—¡Y qué aburrida! Te prometo que no lamento ni un instante.

David puso la mano sobre la suya y se la apretó.

Tor entró en ese momento.

—¿Cómo estás, Greta? —le preguntó.

—Muy afectada, si te digo la verdad. Hay muchas cosas que no quiero recordar.

—No me extraña —convino Tor—. ¿Os apetece una taza de té o un chocolate caliente antes de acostaros?

—No, gracias, cariño —respondió David.

—Bien, me voy arriba. Debe de ser este aire de campo lo que me deja para el arrastre.

—Subo enseguida.

—Vale.

Tor les dio las buenas noches y se marchó.

—Pero tú al menos ahora has encontrado la felicidad. —Greta consiguió sonreír.

—Sí. Tor ha sido un ángel conmigo. ¿Y tú, Greta? Espero que, ahora que has recordado, recuperes el tiempo perdido.

—Tantos años perdidos, pero va a llevarme un tiempo superar lo que ha pasado en los últimos días —reconoció ella—. Es como si le hubiera abierto la puerta a mi memoria, y me está costando mucho dormir. Los recuerdos no dejan de venirme a la mente, como una película que vi hace mucho tiempo.

—Ha sido muy traumático para ti, y creo que de momento lo estás llevando de una forma admirable, en serio. Aunque creo que deberías hacerle una visita a tu médico cuando vuelvas a Londres. Puede que necesites ayuda, solo por un tiempo. Bueno. —David se levantó y se inclinó para darle un beso de buenas noches—. Me voy a la cama, ¿y tú?

—Creo que me quedaré un rato más aquí, pero tú sube. Buenas noches, David, y gracias otra vez por... todo lo que has hecho por mí y mi difícil familia.

David se marchó y Greta se quedó mirando la oscuridad de la noche. Que David hubiera hablado de Londres y del final de su estancia en Marchmont Hall había despertado sus temores. Regresar al vacío de su existencia, incluso con los recuerdos que había recuperado, era muy deprimente. Tendría que superar la culpa, y aún más la posibilidad de que su propia hija hubiese intentado asesinarla y convertirla en un inútil cascarón vacío durante los últimos veinticuatro años. Pero superar eso en casa, y otra vez sola, era una perspectiva terrible.

—Vamos, Greta, has podido antes y podrás ahora —se dijo a sí misma en voz alta.

Y quizá, reflexionó, haciendo todo lo posible por ser positiva, ahora que había recuperado la memoria, el mundo no le parecería un lugar tan aterrador y no se sentiría como una extraterrestre que vagaba sin rumbo por él. Puede que David tuviera razón y ese fuera el comienzo de una nueva vida. Sonrió al pensar en él y en la preciada historia que habían compartido y habían reencontrado hacía poco. Él la había amado... pero ya era demasiado tarde.

Se levantó y apagó las luces. No debía ser egoísta ni pensar en sí misma. David era feliz con Tor. Y se merecía esa felicidad más que nadie.

—Le llaman por teléfono, señorito David —dijo Mary a la mañana siguiente, asomando la cabeza por la puerta del salón. David estaba leyendo el *Telegraph* junto a la chimenea—. Es de Suiza.

A David le dio un vuelco el estómago cuando entró en la biblioteca para ponerse al teléfono. Había llamado al sanatorio la noche antes de ir a Marchmont, preguntando por Cheska para desearle feliz Navidad. Le habían dicho que tenía bronquitis, una enfermedad a la que había sido propensa en los últimos años, pero estaba tranquila y tomando antibióticos.

La había visitado de forma esporádica desde que había ido allí con ella en el avión ambulancia hacía cinco años. Le había parecido que lo mejor era sacar a Cheska del país y hacerla desaparecer en lugar de sufrir la humillante intromisión de la prensa que se produciría si se descubría que estaba internada en un centro psiquiátrico. El sanatorio costaba una fortuna —era un hotel de lujo más que un hospital—, pero al menos David sabía que estaba bien atendida.

Se puso al teléfono.

—Soy David Marchmont.

—Hola, monsieur Marchmont, soy el doctor Fournier. Siento molestarle en estos días señalados, pero debo informarle que su sobrina está en cuidados intensivos en Ginebra. Hemos tenido que trasladarla allí de madrugada. Por desgracia, su bronquitis se ha agravado y ha derivado en neumonía. Monsieur, creo que debería venir.

—¿Corre peligro?

Hubo un silencio antes de que el médico respondiera.

—Creo que debería venir. De inmediato.

David alzó la vista y clamó al cielo. Después, sintiéndose egoísta, pues su primer impulso había sido pensar que tendría que cambiar sus planes de Año Nuevo con Tor en vez de preocuparse por el evidente estado grave de Cheska, dijo:

—Claro. Cogeré un avión lo antes posible.

—Lo siento, monsieur. Sabe que no lo aconsejaría a menos que...

—Lo entiendo.

David anotó las señas del hospital en el que Cheska estaba ingresada, llamó a la agencia de viajes local y pidió que le reservaran plaza en el primer vuelo que hubiera. Cuando subió la escalera para meter algunas cosas en una bolsa de

viaje, horrorizado por tener que decírselo a Tor, se encontró con Greta que bajaba.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días.

Greta lo miró.

—David, ¿va todo bien?

—No, Greta. Perdóname por darte más malas noticias, pero es Cheska. Tiene neumonía y está en cuidados intensivos en Ginebra. Acabo de llamar a la agencia de viajes y cogeré el primer avión que salga. Voy a hacer el equipaje.

—Espera un momento, David. ¿Dices que Cheska está grave?

—Por lo que ha dicho el médico, sí. Para serte sincero, no lo entiendo. Cuando llamé hace unos días me dijeron que tenía un poco de bronquitis. Ahora parece que se le ha agravado muchísimo.

Greta lo miró y asintió.

—Por desgracia, puede pasar, David. A su hermano gemelo, Jonny, le ocurrió lo mismo. ¿Te acuerdas?

—Sí. Bueno, esperemos que la supere.

—Iré yo.

—¿Qué?

—Iré yo. Después de todo, Cheska es mi hija. Y creo que ya has hecho suficiente por ella. Y por mí.

—Pero estos últimos días han sido muy intensos para ti, Greta, sin mencionar que apenas sales de tu piso desde hace veinticuatro años...

—¡David, deja de tratarme como a una niña! Soy una mujer adulta. Y si voy es gracias a estos últimos días, no a pesar de ellos. Tú tienes planes con Tor y yo no tengo ninguno. Y, además, quiero ir. Pese a todo lo que Cheska es y ha sido, la quiero. La quiero... —Se le quebró la voz, pero se rehízo—. Y lo único que deseo es estar con ella. ¿De acuerdo?

—Si eso es lo que de verdad quieres, llamaré a la agencia de viajes y reservaré el billete a tu nombre. Será mejor que subas a hacer el equipaje.

—Ahora mismo voy.

Una hora después, Greta estaba lista para marcharse. Salió al pasillo para llamar

a la puerta de la habitación de Ava.

Su nieta estaba echada en la cama, leyendo un libro.

—Hola —la saludó—. Simon me ha dicho que tengo prohibido levantarme. He dormido mal. Este pequeñín parece tener montones de brazos y piernas. Dios mío, no sabes lo alegre que estaré cuando nazca.

Greta se acordó de lo incómoda que había estado en sus últimas semanas de embarazo y se le pasó una idea por la cabeza.

—Tienes mucha barriga, Ava, incluso para estar de treinta y cuatro semanas. La ginecóloga no ha hablado de gemelos, ¿no?

—No, de momento no, pero para serte sincera, no me hago una ecografía desde las doce semanas y, no se lo cuentes a Simon o me mataría, me he saltado las dos últimas visitas. Tenía demasiado trabajo en la clínica para ir a Monmouth.

—Pues tienes que ir a hacerte una revisión, cariño. Es muy importante. El bebé debe ser lo primero.

—Lo sé. —Ava suspiró—. El problema es que no teníamos pensado formar una familia tan pronto. Los dos estamos con mucho trabajo ahora mismo.

—Te comprendo perfectamente. Yo tenía dieciocho años y me quedé horrorizada.

—¿Ah, sí? Pues te diré un secreto: ¡yo también me quedé horrorizada! Pero me parecía tan egoísta que no se lo quise decir a nadie. Gracias, abuela. De hecho, me alivia mucho que digas eso. ¿Quisiste a tus hijos cuando nacieron?

—Los adoraba. —Greta sonrió; el maravilloso recuerdo volvía a estar a su alcance—. Ahora recuerdo esos dos primeros años como unos de los más felices de mi vida. En fin, no sé si te ha llegado la noticia, pero esta noche me voy a Ginebra. Me temo que tu madre está enferma.

A Ava se le ensombreció la cara.

—No. ¿Está muy enferma?

—No lo sabré hasta que llegue, pero creo que todos deberíamos aceptar el hecho de que el médico no habría llamado y aconsejado que alguien fuera hasta allí si no estuviera grave.

—Entiendo. No estoy muy segura de cómo me sentiré si...

—Es lógico, después de todo lo que te hizo pasar. Ava, ahora que he empezado a recordar el pasado, solo quería decirte que siento muchísimo lo que te ocurrió.

Y no haber podido apoyarte más como abuela.

—No dependía de ti, abuela. Cheska es la que tiene la culpa, por haber estado a punto de matarte. Lo has pasado fatal desde entonces. No me puedo imaginar cómo debe de haber sido perder la memoria.

—Horrible —reconoció Greta—. En fin, antes de que me vaya, quiero que sepas que estaré encantada de ayudarte en lo que pueda cuando llegue el niño. Hazme una llamada y me tendrás aquí.

—Gracias, te lo agradezco mucho.

—Bueno, tengo que irme. Cuida de los dos, ¿quieres? —Greta se inclinó para besar a su nieta.

—Tú también. Dale recuerdos a Cheska —añadió Ava cuando Greta salía de la habitación.

—Bueno, mejor me voy. —Greta estaba junto a la puerta de la mansión, a punto de subir al taxi que la llevaría a Heathrow. Se despidió de David, Tor, Simon y Mary con un abrazo y dio las gracias a todos por acogerla—. Llamaré en cuanto llegue.

David le llevó la bolsa de viaje al taxi y le cogió la mano cuando ella abría la puerta del acompañante.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —le preguntó.

—Totalmente.

Greta se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. De forma instintiva, él la abrazó.

—Qué viaje el nuestro, Greta —susurró—. Por favor, cuídate. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, lo haré. Adiós.

Greta subió al taxi antes de que David pudiera ver las lágrimas que habían asomado a sus ojos.

Lo primero en lo que Greta reparó cuando entró en el hospital fue el olor. No importaba en qué país estuviera el hospital ni lo caro y sofisticado que fuera, siempre era el mismo olor, y siempre le recordaba su propia estancia después del accidente. Se presentó en recepción, donde una mujer vestida con un elegante

traje subió con ella en un ascensor y la dejó con la enfermera de noche de la unidad de cuidados intensivos.

—¿Cómo está? —preguntó Greta. El horrible silencio, solo interrumpido por el ruido de máquinas, era otra cosa que también recordaba vívidamente.

—Me temo que su estado es grave. Los pulmones se le han llenado de líquido debido a la neumonía y, aunque hemos hecho todo lo posible por remediarlo, hasta ahora el tratamiento no ha surtido efecto. Lo siento —dijo en su brusco acento suizo—. Ojalá pudiera darle mejores noticias. Aquí la tiene.

Aparatos de todo tipo rodeaban la frágil figura tumbada en la cama. Cheska tenía puesta una máscara de oxígeno que parecía demasiado grande para su cara acorazonada de delicadas facciones. Greta se preguntó si eran imaginaciones suyas, pero su hija parecía haber encogido. Los huesos de sus diminutas muñecas casi se le transparentaban bajo la fina piel blanca.

—El médico pasa cada quince minutos. No tardará.

—Gracias.

La enfermera se marchó y Greta se quedó un rato observando a su hija. Parecía que durmiera tranquilamente.

—Hijita mía, ¿cómo puedo decirte cuánto te he querido? Debes saber que nada ha sido culpa tuya. Yo debería haberlo visto, debería haberlo sabido —susurró—. Lo siento, lo siento muchísimo...

Alargó una mano y le acarició la mejilla. Cheska parecía tan inocente y vulnerable como cuando era pequeña.

—Fuiste una niña buenísima, nunca me diste ningún quebradero de cabeza, ¿sabes? Te adoraba. Eras preciosa. Y aún lo eres.

Cheska no se movió, de manera que Greta continuó:

—El caso es, Cheska, que he recuperado la memoria. He recordado todo lo que pasó y cuántos errores cometí. No te puse a ti la primera, ¿sabes? En esa época creía que el dinero y la fama eran más importantes, y te presioné, porque no sabía cuánto daño te hacía. No veía cuánto sufrías... Por favor, perdóname. Por todo lo que hice mal.

Cheska se estremeció de repente y tosió, una tos grave y pastosa que Greta recordaba tan bien de los últimos dolorosos días con Jonny.

—Cariño, no puedo soportar que me dejes ahora, porque por primera vez siento que puedo ser la madre que siempre has necesitado. Has perdido tanto...

Primero a Jonny, tu querido hermano gemelo. Recuerdo que le seguías a todas partes. Y después a tu padre...

—Jonny...

Un extraño sonido gutural salió de debajo de la máscara de oxígeno y Greta vio que Cheska tenía los ojos muy abiertos.

—Sí, cariño, Jonny. Era tu hermano y...

Cheska se llevó débilmente el brazo a la cara. Tocó la máscara de oxígeno y movió la cabeza.

—Cariño, creo que no te la puedo quitar. Los médicos han dicho...

Cheska intentó arrancársela.

—Deja que lo haga yo. —Greta se inclinó sobre ella y le quitó la máscara de la boca—. ¿Qué es lo que querías decir?

—Jonny, mi hermano. ¿Me quería? —preguntó Cheska con voz ronca, resollando por el esfuerzo.

—Sí, te adoraba.

—Me está esperando. Él estará ahí.

La respiración de Cheska se tornó incluso más fatigosa y Greta volvió a colocarle la máscara de oxígeno.

—Sí, lo está, pero, por favor, recuerda que yo también te quiero y te necesito...

En ese momento entró el médico para ver cómo se encontraba Cheska, quien parecía haberse quedado otra vez dormida.

—¿Podemos hablar, señora Hammond?

—Es señora Marchmont, en realidad, pero, por supuesto.

El médico le indicó que debería salir de la habitación.

—Adiós, hijita —dijo ella.

Se levantó, besó a Cheska en la frente y salió.

—Adiós, mamá —susurró ella con la máscara puesta—. Te quiero.

Fue Mary quien descolgó el teléfono cuando este sonó en Noche vieja a la hora de comer.

—¿Diga?

—Mary, soy Greta. Cheska ha fallecido a las tres de esta madrugada.

—Oh, lo siento, lo siento mucho.

Hubo silencio durante un buen rato.

—¿Está David? —preguntó por fin Greta.

—Lo siento, pero Tor y él se han ido esta mañana a su apartamento de Italia. Estoy segura de que puede llamarles ahí. ¿Le doy su número?

—No. Dejemos que disfrute de sus vacaciones. ¿Está Ava?

—Está descansando. Pero Simon está por la casa.

—¿Podría hablar con él, por favor?

Mary fue a buscar a Simon. Él escuchó lo que Greta tenía que decirle y convino en informar a Ava con delicadeza cuando se despertara.

—Lo siento, Greta. De verdad.

Simon colgó el teléfono y suspiró.

—El final de una era, ¿no? —dijo Mary.

—Sí. Pero hay otra que está a punto de empezar y todos debemos intentar no olvidarnos de eso.

Mary lo miró cuando se alejó, con las manos metidas en los bolsillos, y supo que tenía razón.

David y Tor estaban viendo cómo los magníficos fuegos artificiales de Año Nuevo iluminaban el puerto de Santa Margherita.

—Feliz Año Nuevo, cariño —dijo David, abrazando a Tor.

—Feliz Año Nuevo, David.

Al cabo de un momento, ella se separó de él y fue a sentarse al minúsculo balcón.

—¿Qué pasa, Tor? —David frunció el ceño—. Algo va mal. Has estado un poco distante desde que llegamos. Cuéntamelo —dijo mientras se sentaba enfrente de ella.

—La verdad, David, yo... —Tor se frotó la frente—. Este no es el momento.

—Si son malas noticias, nunca es el momento. Así que, por favor, cuéntamelo.

—Bien... se trata de nosotros. —Tor tomó un trago de champán—. Ya llevamos casi seis años juntos.

—Así es. Y por fin voy a llevarte al altar.

—Y me sentí muy honrada y feliz de que me pidieras matrimonio... al principio. Te quiero, David, mucho. Espero que lo sepas.

—Claro que lo sé. —David estaba desconcertado. Normalmente, Tor jamás iniciaría una conversación como esa—. Pero ¿qué quieres decir con «al principio»?

—En Navidad me di cuenta de una cosa, incluso después de que me pidieras que me casara contigo.

—Dímela.

—Bueno, el caso es que sé que tú me dices que me quieres, y en cierto modo te creo, pero la verdad es que, David, creo que estás enamorado de otra persona. Y que siempre lo has estado.

—¿De quién?

—Cariño, no nos subestimes ni a mí ni a ti. De Greta, por supuesto.

—¿Greta?

—Sí, Greta. Y, lo que es más importante, sé que ella también te ama.

—¡Oh, por Dios! ¿Cuánto champán has bebido, Tor? —David soltó una risita—. Greta no me ha amado nunca. Te dije que le pedí que se casara conmigo y ella me rechazó.

—Sí, pero eso fue entonces y esto es ahora. Hazme caso, David, ella te ama. Confía en mí. Lo he visto esta Navidad. Os he visto juntos.

—En serio, Tor, creo que exageras.

—No lo hago. Toda tu familia lo ve, no solo yo. Y si dos personas se aman, lo

más lógico es que estén juntas. David —Tor alargó la mano y le apretó la suya —, creo de verdad que deberías reconocerlo ante ti mismo: para ti solo ha existido una mujer. No intento que te sientas culpable, pero creo que ambos deberíamos afrontarlo. Hemos pasado seis años estupendos juntos, de los que no lamento un solo instante, pero creo que lo nuestro ha llegado a su fin. Y la Navidad me lo ha dejado muy claro. Francamente, no quiero ser la segunda opción y, por desgracia, así es como me siento.

—Tor, por favor, ¡te equivocas! Yo...

—David, ya habíamos decidido que, incluso después de casarnos, nada cambiará, al menos durante un tiempo. Yo tengo mi vida en Oxford y tú tienes la tuya en Londres y en Marchmont. Nos hemos hecho compañía y ha sido maravilloso. Y te tengo muchísimo cariño, pero...

—¿Estás diciendo que me dejas?

—Oh, David, por favor, no seas tan dramático. No, no voy a dejarte. Espero que siempre seamos amigos. Y si tú o Greta os armáis alguna vez de valor para reconocer lo que sentís el uno por el otro, espero de verdad que me invitéis a la boda. —Tor se quitó el anillo de compromiso y se lo devolvió—. Bien, ya lo he dicho. Venga, vayamos al pueblo para celebrar Año Nuevo.

Greta aterrizó en Heathrow un día triste y gris de principios de enero. Había decidido no celebrar un funeral por Cheska. Habría significado pedir a la familia que se desplazara a Ginebra, y también cabía la posibilidad de que los medios de comunicación se enteraran. En cambio, en la maleta transportaba las cenizas de Cheska, para llevarlas a Marchmont y enterrarlas junto a la tumba de Jonny la siguiente vez que fuera.

Su piso estaba helado, pues llevaba vacío casi dos semanas. Después de encender el agua y la calefacción central, se preparó una taza de té, se sentó en el sofá y se calentó las manos con la taza. No estaba segura de cuándo regresaba David de Italia, y había dicho a todos en Marchmont Hall que esperaran hasta que hubiera regresado para darle la noticia.

El reloj hacía tictac. Y oía el rumor del agua llenando las cañerías.

Aparte de eso, silencio.

Tomó un sorbo de té y se quemó la lengua. Pensó en cuánto había cambiado

todo desde que había ido a Marchmont hacía dos semanas. Antes estaba vacía, desnuda de sentimientos. Y ahora se sentía tan llena de emoción que no sabía si podría contenerla.

Tras la muerte de Cheska, su único deseo había sido hablar con David, sabiendo que sería la única persona que comprendería su desolación. Había perdido a sus dos hijos, y aunque, para su pobre hija atormentada, verse liberada de su mente torturada quizá fuera lo mejor, perder a la bella niña que tanto había adorado justo después de recuperar la memoria la consumía.

Pero estaba decidida a que lo único que no debía seguir haciendo era depender de David. Solo desde que había recordado su pasado se daba verdadera cuenta de lo que él había hecho por ella y había significado para ella a lo largo de los años. Ahora, aunque nunca antes lo había necesitado tanto, tenía que dejarlo marchar.

La semana siguiente transcurrió con una lentitud exasperante. Para distraerse durante el triste periodo posnavideño, Greta escribió una carta a David, dándole efusivamente las gracias por toda su ayuda a lo largo de esos años y explicándole que Cheska había muerto en paz. Asimismo, escribió a Ava, pues también quería explicarle que su madre no había sufrido en sus últimos momentos y que le había dado recuerdos para ella.

«Nunca te he sido de mucha utilidad, pero, como te dije antes de irme de Marchmont, si me necesitas cuando nazca el niño, estaré encantada de ayudarte en todo lo que pueda», escribió.

David la telefoneó de inmediato, después de leer su carta, para preguntarle cómo estaba y para decirle que ella tenía razón: Ava esperaba gemelos. Greta necesitó todas las fuerzas para decirle que le iba bien y que había seguido su consejo y se estaba forjando una nueva vida llena de ocupaciones. David la invitó a comer al Savoy esa semana, pero ella le dijo que no podía porque ya había hecho planes para irse de vacaciones; no obstante, regresaría la segunda semana de febrero y podría verlo entonces. Ava le respondió, quejándose de que el médico le había prohibido salir de la mansión y diciéndole que esperaba que fuera a verla después de que nacieran los gemelos.

Greta hizo limpieza a fondo del piso hasta dejarlo reluciente, preparó pasteles que nadie iba a comerse y se apuntó a clases de yoga y dibujo en el centro de

educación para adultos de su barrio. Se puso a tejer abriguitos de lana, patucos y gorritos, igual que había hecho hacía años para sus propios hijos y para distraerse en Marchmont. También tejió dos chales de ganchillo y se lo mandó todo a Ava por correo en una voluminosa caja.

Podía conseguirlo, no dejaba de repetirse. Solo le llevaría tiempo.

Enero por fin dio paso a febrero, y Simon le dio la buena nueva de que había sido bisabuela. Ava había dado a luz a un niño, Jonathan, y a una niña, Laura. «¿Puedes, por favor, decirle cuánto me alegro, Simon? Y, por supuesto, si hay algo que pueda hacer, estaré encantada de ayudar. Sé lo agotador que puede ser con dos», dijo. Cuando colgó, lloró de alegría, y también de tristeza porque Cheska no estuviera ahí para ver a sus nietos.

Unos días después, cuando se arrellenó en el sofá para ver una teleserie, con la cena en el regazo, sonó el teléfono.

—¿Abuela?

—Sí. Hola, Ava, ¿cómo estás? ¡Enhorabuena, cariño!

—Gracias. Creo que sabes cómo estoy, porque tú ya pasaste por lo mismo. Desvelada, exultante y sintiéndome como una vaca lechera. —Ava suspiró—. Pero más feliz de lo que he sido en mi vida.

—Me alegro mucho, cariño. Como sabes, me encantó tener a mis hijitos.

—Eso dice Mary. Me ha asegurado que eras una madre maravillosa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por cierto, gracias por los preciosos chales y la demás ropa. No te puedes hacer una idea del servicio que me hacen. Aquí el frío es intenso, y parece que Laura y Jonathan vomiten encima de todo. Eres muy mañosa. Ojalá supiera yo tejer así.

Greta sonrió.

—Puedo enseñarte un día si quieres, como LJ me enseñó a mí. Es fácil.

—Bueno, esa es la cuestión... Para serte sincera, voy muy apurada ahora mismo y aún será peor cuando vuelva a trabajar, que es lo que quiero hacer en un par de meses. Abuela, ¿qué te parecería venirte una temporada para ayudarme? Sé que David dice que acabas de volver de vacaciones y estás bastante ocupada en Londres, así que, si no puedes, por favor, dilo. Es solo que no quiero meter a una persona desconocida en casa, así que he pensado pedírtelo a ti. Ahora mismo estoy desesperada —añadió con un temblor en la voz que revelaba agotamiento

físico, algo que Greta recordaba demasiado bien.

—Por supuesto. Me encantaría ir a ayudarte, cariño. ¿Cuándo querrías que fuera?

—Lo antes posible. Simon está hasta el cuello de trabajo grabando un álbum en el establo, y aunque Mary hace todo lo posible, tiene mucho trabajo en la mansión y no quiero abusar de su amabilidad.

—¿Qué te parece si voy el fin de semana? Así tendré tiempo de terminar unas cuantas cosas que tengo pendientes.

—Sería estupendo. Muchas gracias, abuela. Dime a qué hora llega tu tren a Abergavenny y mandaré a alguien a buscarte.

Greta colgó el teléfono y dio un gritito de alegría.

Al día siguiente, fue a la peluquería antes de comer con David. Dedicaría el resto del día a hacer el equipaje. Al menos ya se sentía capaz de ver a David y saber de Tor. Para variar, ella también tenía planes.

Habían quedado en su mesa habitual del Asador del Savoy y Greta vio de inmediato que David había perdido peso.

—¿Has hecho régimen? —le preguntó.

—No, creo que es genético. Conforme se acercan a la vejez, hay personas que engordan y otras que adelgazan. Debo decir que tienes un aspecto increíble, Greta. ¿Champán?

—Sí, ¿por qué no? Qué gran noticia lo de Ava, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Has visto ya a los gemelos?

—No, pero me voy a Marchmont mañana para echar una mano. Ava parece agotada.

—Me asombra que tengas tiempo con lo ocupada que estás en tu nueva vida.
—David sonrió.

—Bueno, es mi nieta, y me necesita. ¿Qué tal tú?

—Oh, bien. He estado trabajando en mi libro y pensando en jubilarme.

—¿Cómo está Tor? —preguntó Greta en tono alegre.

—Bien, que yo sepa. Hace un tiempo que no nos vemos.

—¿Está muy ocupada en Oxford?

—Supongo. De hecho, Greta, ya no estamos juntos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Fue decisión de Tor. Dijo que la relación no iba a ninguna parte y, para serte sincero, probablemente tenía razón.

—Me dejas asombrada —repuso Greta cuando llegó el champán—. Esperaba que me contaras todos los detalles de vuestros planes de boda.

—Bueno, mejor que haya pasado ahora, antes de casarnos. En fin —David entrechocó su copa con la de Greta—, por los recién llegados... Y por ti, Greta. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Ah, sí? Eres muy amable, David.

—Sí. Has pasado mucho, sobre todo desde Navidad, y por lo que parece, lo has llevado de maravilla.

—Yo no diría tanto. A veces me he sentido profundamente desconcertada, pero hay que hacer lo que se puede y seguir adelante, ¿no?

—Sí, eso es cierto. Y reconozco que estoy muy bajo de moral desde la muerte de Cheska, sobre todo al estar tan reciente la de mi madre.

—En cierto modo, es como correr un maratón, ¿no? No puedes derrumbarte hasta que llegas a la meta. A lo mejor te está pasando eso, David.

—A lo mejor. —Se encogió de hombros, poco convencido—. Y dudo que escribir mi autobiografía haya ayudado. Significa que me paso todo el tiempo teniendo que pensar en el pasado.

—¿Salgo yo? —bromeó Greta.

—Tal como te prometí, os he dejado fuera a ti, a Cheska y a Ava. Lo cual significa que es bastante floja. Todas habéis sido una parte muy importante de mi vida. En fin, ¿pedimos?

Greta comió con avidez mientras que David solo comisqueó.

—¿Seguro que estás bien, David? —Greta frunció el ceño—. No pareces tú, la verdad. Probablemente es por Tor. Debes de echarla mucho de menos.

—No, no es eso. —David se concentró en doblar su servilleta en un pequeño triángulo.

—Entonces, ¿qué es?

—Es la razón que dio cuando me dijo que creía que lo mejor era terminar nuestra relación.

—¿Y qué fue?

—Pues...

—Suéltalo, David. Nada de lo que digas me sorprenderá. Te conozco desde hace demasiado tiempo.

—El caso es... —David se calló un instante— que dijo que no tenía sentido que siguiéramos porque yo siempre había estado enamorado de otra.

—¿En serio? ¿Y quién es ella?

David puso los ojos en blanco.

—Tú, por supuesto.

—¿Yo? ¿Por qué diablos Tor iba a pensar eso?

—Porque es cierto. Y tenía razón.

—Bueno, estaba equivocada cuando he dicho que nada de lo que pudieras decir me sorprendería —observó Greta en voz baja después de un largo silencio.

—Sí, pero tú me has preguntado. En fin, ahí lo tienes. Yo le dije que tú nunca has sentido lo mismo por mí...

—¡David! ¡Por supuesto que siento lo mismo por ti! Lo siento desde hace muchísimos años. De hecho, aquel horrible día en el que Cheska casi seguro que me empujó a la calzada, después de explicarle que Bobby Cross estaba casado, ¡te lo iba a decir! Y luego, por supuesto, no me acordaba de nada, así que sencillamente volví a enamorarme de ti.

—¿Hablas en serio? —David la miró con tal expresión de terror que Greta quiso reírse.

—¡No, estoy de broma! Pues claro que hablo en serio, tontorrón. Me he mantenido alejada estos dos meses porque no quería continuar siendo una carga para ti.

—Pensaba que era porque, ahora que te acuerdas de todo, ya no me necesitas.

—Como ambos sabemos demasiado bien, siempre te he necesitado. Te quiero, David.

Él vio su expresión de felicidad y, cuando empezó a asimilar lo que ella había dicho, le devolvió la sonrisa.

—Pues bien —dijo.

—Pues bien.

—Aquí estamos.

—Sí, aquí estamos.

—Mejor tarde que nunca, supongo. Solo han hecho falta cuarenta años para que llegase este momento. Aunque ha merecido la pena esperar.

—Sí. Y, David, soy yo la que ha sido tonta. No veía lo que tenía delante de las narices.

—La gente a menudo no lo ve.

—Oh, Taffy —dijo Greta, volviendo a llamarlo por su apodo—, si lo hubiera visto, qué distinto habría sido todo.

—Bueno, aún nos queda mucha vida por delante, ¿no?

—Sí. —Por primera vez en años, Greta sintió que así era.

—¿Y qué te parece si empezamos a vivirla llevándote a Marchmont mañana? Podemos saludar a los recién llegados juntos tú y yo.

David alargó la mano por encima de la mesa y Greta se la tomó.

—Sí. —Sonrió—. Ese sería un comienzo perfecto.

Agradecimientos

A Claudia Negele de Goldmann Verlag, Jez Trevathan y Catherine Richards de Pan Macmillan, Knut Gørvell, Jorid Mathiassen y Pip Hallén de Cappelen Damm, Donatella Minuto y Annalisa Lottini de Giunti Editore, y Nana Vaz de Castro y Fernando Mercante de Editora Arqueiro.

Al «Equipo Lulu» —mi banda de «hermanas»— Olivia Riley, Susan Moss, Ella Micheler, Jacquelyn Heslop, mi encantadora hermana «de sangre» Georgia Edmonds, a quien está dedicado este libro, y a mi madre, Janet.

Un agradecimiento especial a Samantha y Robert Gurney por permitirme utilizar su fabulosa casa y a sus dos hermosas hijas, Amelia y Tabitha, en mi película.

A Stephen, mi marido y agente, y a mis «cuatro fantásticos»: Harry, Isabella, Leonora y Kit.

Y a mis maravillosos lectores de todo el mundo: sin vuestro apoyo, este libro jamás habría tenido una segunda oportunidad.

Una historia de olvido y recuerdo cuyas raíces se hundirán en lo más profundo de nuestra memoria



Han pasado treinta años desde que Greta dejara atrás Marchmont Hall, una hermosa casa situada en los montes del rural Monmouthshire. Pero cuando regresa allí en Navidad, invitada por su viejo amigo David Marchmont, no guarda ningún recuerdo de su tiempo pasado allí: un trágico accidente ha borrado las huellas de décadas enteras de su vida. Paseando por el frío paraje, Greta descubre una tumba entre los árboles, y la desdibujada inscripción le revela que un niño descansa eternamente bajo tierra.

El chocante hallazgo despierta antiguos recuerdos en la mente de Greta. Así, con la ayuda de David, empezará a unir las piezas dispersas no solo de su propio pasado, sino de la historia de su hija Cheska, cuya imagen se alejará poco a poco de la del ángel que parecía ser...

Los secretos enterrados verán de nuevo la luz

«Riley lo ha vuelto a conseguir. Una obra elegantemente esculpida que gustará tanto a los fans de la novela romántica como a los de la histórica.»

Library Journal

Lucinda Riley nació en Irlanda y durante la juventud fue actriz de teatro, cine y televisión. A los veinticuatro años escribió su primer libro, pero el éxito le llegó con *El secreto de la orquídea*, traducida a treinta y cuatro idiomas. Ha vendido más de diez millones de ejemplares de sus libros en todo el mundo y varios de ellos han aparecido en las listas de best sellers de *The New York Times* y de *The Sunday Times*.

En la actualidad está dedicada por completo a su nueva serie, «Las Siete Hermanas». Los cuatro primeros, *Las siete hermanas*, *La hermana tormenta*, *La hermana sombra* y *La hermana perla*, han sido éxitos de ventas por toda Europa y una productora de Hollywood ha adquirido los derechos para una serie de televisión.

Cuando no está escribiendo, viajando o correteando tras sus hijos, le gusta leer libros que no ha escrito con una copa de vino rosado de Provenza en la mano.

Para más información, visita su página web:
esp.lucindariley.co.uk

También puedes seguir a Lucinda Riley en Facebook y Twitter:

 Lucinda Riley

 @lucindariley

Título original: *The Angel Tree*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 1995, Lucinda Edmons

Edición revisada © 2015, Lucinda Riley

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Rosa Pérez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Fotografía de portada: © Mark Owen / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita

reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4522-4

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

[Las raíces del ángel](#)

[Nota de la autora](#)

[Nochebuena, 1985](#)

[Capítulo 1](#)

[Greta](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Día de Navidad, 1985](#)

[Capítulo 16](#)

[Cheska](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Diciembre de 1985](#)

[Capítulo 36](#)

[Ava](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Diciembre de 1985](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Lucinda Riley](#)

[Créditos](#)